

MANUEL LLANO

# ARTÍCULOS EN LA PRENSA MONTAÑESA

III

(1934 - 1937)

RECOPILACIÓN E INTRODUCCIÓN DE  
IGNACIO AGUILERA

INSTITUTO DE LITERATURA JOSÉ M.<sup>a</sup> DE PEREDA  
DE LA  
INSTITUCIÓN CULTURAL DE GANTABRIA

DIPUTACION PROVINCIAL DE SANTANDER

17  
Lanz 72



MANUEL LLANO

# ARTÍCULOS EN LA PRENSA MONTAÑESA

III  
(1934 - 1937)

RECOPILACIÓN E INTRODUCCIÓN DE  
IGNACIO AGUILERA

INSTITUTO DE LITERATURA  
JOSÉ MARÍA DE PEREDA



INSTITUCIÓN CULTURAL DE CANTABRIA

DIPUTACIÓN PROVINCIAL  
DE SANTANDER  
1972

DEPÓSITO LEGAL: SA. 50 - 1972

---

«Resma» - Prolong. Marqués de la Hermida, s/n - Santander, 1972



ARTÍCULOS DE MANUEL LLANO EN  
LA PRENSA MONTAÑESA



#### 424.—ESBOZOS. LA FAMILIA EN LA LITERATURA

Van naciendo con buen ímpetu los temas que tienen su manantial en la intimidad espiritual de las familias. El carácter particularísimo de la ética familiar en sus nexos con el mundo, con las costumbres, con las creencias, con todas las maneras, con todas las tendencias clásicas, y nuevas de lo social. La literatura ha hecho tópico extenso y nutrido de las dos características más objetivas de las desenvolturas familiares: lo opulento y lo mísero, el oro y el andrajo, devaneos de heráldica y pasos lentos de la pobreza más dramática. Inmensidad de páginas alrededor de estos signos humanos, siendo los hondos relejes de estas ruedas gigantescas, incansables, estruendosas; describiendo con minuciosidad, las hambres, las intemperancias, la dureza de sentimientos de lo abundante; los vicios, lo ocioso y bien nutrido de cosas económicas. Lo social, en lo literario, no iba más de estas dos fuentes tan antiguas, tan anchas, tan distintas. El escritor buscaba en ellas el estímulo de su ingenio, las pinturas, el donaire descriptivo, la emoción, una estética sentimental o un arte labrado con risas, con orgullos, con el rumor de fiestas en los palacios, con el ruido de trompas de caza, de carruajes, de cristales finos; con el rebullicio incesante creado por la expansión de la riqueza, de la felicidad, de la gula, del contento. En estas cosas se reconcentraba el criterio del escritor acerca de lo social. Páginas con ecos sutiles de deleites, de angeos y trotes de monterías en los bosques señoriales; crepiteo de leños en las mansiones opulentas, entre el respirar alborotado de la noche invernal; galanteos retóricos, reverencias barrocas de minué, soliloquios de jóvenes extraños ante unas teclas amarillas, silenciosas; algún idilio de pastorela cerca de un puente rústico, de un tronco, de una cabaña de leñador, de un arroyo.

Páginas de fríos, de desesperaciones hiperbólicas, de miserias errabundas, de acatamientos dóciles, de tonadillas campestres, de tierras bermejas o pardas de heredad humilde, de serenidades agrarias...

Lo familiar encerrado en el tópico, en el concepto superficial y plañidero que dio tipismo a la literatura de una época decadente. No existían más aristas que la hartura o el ayuno. Familias opulentas y familias miserables. Criterios robustecidos en la ligera contemplación de lo material, de la apariencia, de lo externo. Todo era consecuencias fisiológicas, cosas de dientes, de manteles, de botellas, de mendrugos, de hosterías famosas, de pórticos de iglesias, con unas figuras humanas encorvadas, extendiendo el brazo al señorío remilgoso y erguido. No existían otros motivos sociales. Todos los efectos se desprendían de la hacienda o de la miseria de la familia. Efectos exclusivamente materiales, causas de abundancia o de escasez. Se describían congojas, vicios, docilidades clásicas, orgullos que tienen la raíz en lo profundo de los tiempos, virtudes señeras, recatos patriarcales en pueblos imaginados, andanzas de calaveras, de duques, de arrieros, de tunantes. Lo pintoresco o, lo trágico, el hartazgo o la vigilia de las familias, los placeres o las penas. Se describía incesantemente como se describe un suceso extraordinario, un paisaje raro, las incidencias excepcionales de una caminata extensa. Lo descriptivo, nada más que lo descriptivo; los solemnes campanazos, los flautas, los redobles, los arpegios, las risas o los sollozos de la lírica. Se presentaban defectos arcaicos, caracteres originales, estigmas violentos o pacíficos, manías, decadencias; pero no se insinuaba el remedio de las letras ni el acrecentamiento de las bondades, de las inteligencias, de los conceptos, que es lo esencial, lo imprescindible en este género literario. La familia elemento de literatura para recrear, para esparcir el tedio, para llenar apetitos de lectura, no como medio eficaz para la educación de temperamentos, de voluntades, de energías. Esta ha sido la técnica, el asidero, el tópico, con raras excepciones de avenencia del arte con lo profundamente sustancial de la lucha, del pensamiento, del quebranto y de la desorientación humana...

Ahora se modifica la tendencia. El arte envolviendo a lo útil, sin menoscabo de lo sentimental, de lo humorístico, de la poesía. La literatura como cauce de inquietudes y de inclinaciones. Nexo amable y cordial entre el pequeño mundo del hogar y el movimiento universal de las ideas. Preocupaciones materiales y ansias de lo moral; lo físico y lo sociológico, el cerebro y el corazón, todo lo que constituye la vida.

Esa encuesta abierta recientemente en un periódico de Madrid acerca del concepto de familia, determina, con vigor, un nuevo aspecto de lo literario en la entraña de lo social. Ya no es el privilegio del linaje, lo menesteroso, lo rico o lo pobre, el fracaso de la cualidad material. Es el pensamiento,

la condición íntima, el prejuicio, el ánimo, la personalidad moral con todas sus impacencias concretas, con sus ideas imprecisas o firmes. Todo lo que tiende a evitar lo otro: la soberbia, la docilidad que perjudica, lo convencional dañoso, lo injusto, lo arbitrario, lo insensato. La educación familiar, el ensanchamiento de su criterio, la transigencia racional de sus disciplinas como base de bienestar colectivo. Nos quejamos del mundo, y somos nosotros los que le hacemos injusto, perverso, inclemente. La culpa está en nuestro interior, en nuestra conducta, en nuestras obras. El mundo es un eco permanente de la familia. Esta es el laboratorio del veneno o del reconstituyente moral que después, en el mundo, se convierten en actitudes nobles o en conductas tímidas, reprobables, francas o recelosas.

En la familia encuentra la juventud su tormento futuro o su optimismo, su encogimiento o su valentía, los arreos de su lucha o las trabas insoportables que le harán caer muchas veces. La literatura tiene que decir, tiene que inculcar tenazmente, que la familia ha de ser para la juventud escuela del ánimo, del carácter, del brío, no acicate inflexible de sumisión sistemática, de obediencia, arbitraria, o pequeña dictadura de gustos, de ideas, de costumbres invariables, fijas, estrechas, en discordia con nuestros pensamientos. El joven no suele encontrar en la familia semblantes propicios a sus confesiones, a la expansión de los secretos que le afligen, a sus intimidaciones, al verdadero nervio de su carácter. Y así ocurre que los padres son los que menos conocen la naturaleza moral de los hijos. Una actitud en el hogar y otra en la calle. Un joven, conversando con sus amigos, no muestra el mismo carácter que en sus conversaciones domésticas acerca de los múltiples problemas del mundo. La familia no es su confidente, no le infunde una confianza plena en el alboroto cerebral y espiritual de su mocedad. Entre el afecto y el respeto, rebulle el recelo, el miedo, la cautela, que es su táctica para evitar el disgusto, la disputa, las palabras enojadas. Lo acata todo aparentemente: las ideas, los escrúpulos, las costumbres que le imponen. Se hace hipócrita, que es la cualidad más universal. No se atreve a confesar sus flaquezas, su caídas incipientes, las consecuencias morbosas de aquella tentación inevitable, de aquel mal instante, por miedo al castigo, a las voces destempladas, a los gestos hoscos. En vez de un remedio, de un consuelo, de un consejo persuasivo y bondadoso, que detenga, que corrija, que devuelva la paz y la salud, se encuentra con la ira, con la amenaza violenta, con días y días de sobresalto, de acritudes que siempre le están recordando su falta natural.

Estas cosas deben ser la envidia de lo familiar en la literatura. Orígenes de pecado, de anormalidad, de vicios, de conductas, de fanatismos, de resabios torpes, de incomprensiones. Educar a la familia para educar al mundo. Que

aquella sea una escuela de brío, de sensibilidad, de caracteres, no un torcedor enérgico de vocaciones, de propósitos sanos, de ideas...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 2-I-1934.

#### 425.—ESBOZOS. LA FAMILIA Y EL MUNDO

*El hombre a quien le arrancan su vocación es en lo universal un hombre incompleto, como un ciego, como un sordo, como un manco.—Andrenio.*

Infinidad de familias, violentos torcedores de vocaciones, de aptitudes, de ideas. Es la conveniencia típica, creadora incesante de rectificaciones equivocadas, de intransigencias, de rumbos marcados por el egoísmo, el capricho, la comodidad. Miles y miles de jóvenes empiezan a luchar en el mundo con el ánimo descontento, débil, mohino, sin el regusto que dan las actividades predilectas. Sus energías morales se rompieron en el instante en que les quitaron aquel deseo amable, recién nacido, lleno de frenesí limpio, de entusiasmo, de voluntad. Y comienzan a desenvolverse con el presentimiento de próximos fracasos inevitables. Después todo va repercutiendo en las andanzas del mundo —en el enredijo de lo colectivo— en forma de negligencias, de perezas, de actitudes torpes, de todo lo remiso y caritodoso que ayuda a tejer la historia, narración de la conducta de los pueblos, memoria de la humanidad...

En la encuesta a que me refería en el artículo anterior, habla la juventud, a la otra banda del deporte, de los dancings, de las aventuras nocturnas. Sus voces escritas responden a conceptos bien concretos y firmes en la morada de la meditación. Experiencia adquirida en el hogar desde que se comenzó a recorrer la vía ondulada de la adolescencia.

Un joven cuenta sus pensamientos impacientes en líneas breves y sencillas. Léxico de cartas a los amigos, a los compañeros, a los hermanos. El siente inquietudes de una prosperidad intelectual, apariencias de libros, de didácticas extensas, de fundamentos científicos, literarios, mecánicos. Quisiera ser astrónomo, ingeniero, navegante, arquitecto. Pero viene la razón a poner un límite a lo imaginativo, que es ambicioso por naturaleza de juventud. Se convence,



con cierta amargura, de que no se puede dominar lo abrupto, lo apacible, lo nuevo o lo antiguo, la matemática o el verso de todas las culturas. Detiene la marcha de su ambición, que iba por caminos imposibles. Se compenetra con la realidad, con las circunstancias económicas, que son las decisivas, las que impulsan, las que imponen lentitud a la prisa del ansia, las que regalan ruedas rápidas al propósito o rompen el eje, apenas iniciada la marcha. Se compenetra con la realidad, y busca entre los caminos de su ambición el mejor avenida con su carácter, con sus gustos, con sus inclinaciones. La vida empieza a podar el árbol de los deseos. Enerva la codicia de sabiduría universal y reconcentra los afanes en la actividad predilecta, en lo que está dentro de las posibilidades, en lo que está limpio de utopías, de simas, de tránsitos difíciles. Ha escogido su mies y quiere cultivarla con afectuosa constancia. El entendimiento sonríe a la conciencia y la conciencia sonríe al entendimiento. Están de acuerdo; no hay reproche íntimo; no existe recelo cerebral ni descontento en el espíritu. Quiere ser ingeniero. Se lo dice el ánimo, la voluntad, la vocación. La idea se acrecienta a fuerza de pensar en ella; la va afirmando, la va echando rocíos de complacencia, de optimismos, de gozo. Todo está en ese pensamiento constante y caliente: el brío, la fe, la energía...

Después viene el tampanazo en la columna vertebral del propósito; el estupor con sus dos manazas, una de hielo y otra de lumbre; el ceño de la contrariedad; el agravio a su idea. Su familia no quiere que siga ese camino. Su familia quiere que sea abogado, porque lo es su padre y lo fue su abuelo... Imposición violenta de la trayectoria de las actividades del linaje. Le dicen que es gran delito romper la tradición familiar. El no cree en ese delito ni en la eficacia de ese criterio tradicional. Le llaman indócil, rebelde, descastado. Le molestan con hostilidades impertinentes. Su idea se aviva, crece, se exalta. No cesan las voces enojadas, las tolvaderas de súplicas, de modos impetuosos... Un cerco de ira que le va venciendo. Sus horas tienen acíbares, espinos, lumbres, estremecimientos. Es tremendo tener que acariciar lo que se aborrece, elogiar lo que se desdeña. Tan tremendo como vernos forzados a menospreciar lo que es esencial en la vida de nuestras esperanzas. Este joven comienza a estudiar leyes con pereza, sin el estímulo secreto de la inclinación, con odio, con acritud persistente. Estudia por temor, por forzoso acatamiento a la disciplina familiar, que no admite otras rutas que las que ella marque ni otras leyes particulares que las que ella dicte, creyéndose zahorí infalible. El fracaso futuro, inevitable de este joven, que cuenta sencillamente su contrariedad, comenzó a crearse entre aquel cerco de ira, en aquellas maneras impetuosas, en aquellas voces enojadas que le obligaron a enmendar la línea de su idea...

Otro joven se lamenta de diversos resabios familiares, opuestos a sus pensamientos. El cree de un modo y le obligan a hablar y a proceder de otro. No es la imposición de la obediencia a la verdad; es la imposición de la obediencia a lo convencional, que suele ser escanillo de cosas vergonzosas, escondidas en un aparente decoro. Le están haciendo hipócrita, taciturno, medroso, desconfiado. Sus palabras y sus obras tienen que ser ecos de las palabras y de las obras de la familia...

Siguen las querellas de la juventud. Aquí hay un reproche para el torcedor violento de aquella inclinación. Allí otro, y más abajo otro. Nada más que contrariedades, desvíos, aporreamiento de propósitos, quebranto de buenas aficiones. Este quiere ser forjador y le hacen carpintero, porque así lo exigen las conveniencias de la familia. Allí se aprovecha una beca para hacer eclesiástico a un adolescente que quiere ser maestro de escuela...

El tema es inagotable. Es el mundo en una miniatura magnífica; una representación de lo universal entre unas paredes atildadas, entre unas paredes descoloridas, polvorientas, reviejas, entre unas paredes desnudas, o vestidas con el barroquismo de los cuadros, de los tapices, de los grandes retratos familiares. El mundo se refleja en estas cosas, y el espíritu que bulle entre estos objetos se refleja en el mundo. Es un intercambio permanente de productos morales entre lo particular y lo colectivo, entre la unidad y el conjunto. Las familias lanzan su nota y el mundo hace la canción. Notas delicadas, suaves, finas —consecuencias de sentimientos bondadosos, de conductas transigentes, de buenas ansias, de afanes perseverantes y justos— dará a ese cantar una melodía suave, noble, fraternal, vibrante. Notas ásperas, bárbaras, groseras —consecuencias de sentimientos zafios, de conductas intransigentes, de afanes torpes e injustos— harán un cantar de chasquidos, de baladros cínicos, de incoherencias báquicas, de órganos rotos, de campanas hendidas...

Las familias dan las notas y el mundo las compone. Cada actitud individual aprieta una tecla, rasca una cuerda, produce un sonido. Cada actitud particular crea un arpegio, un redoble, un rumor como de piedras, de hierros, de tempestades, de iras, de rezos, de blasfemias, de modestias, de temores, de amabilidades... De la preponderancia de los unos o de los otros sonidos van naciendo las circunstancias, el pentagrama de la canción del mundo —más inteligente que honrado—, que unas veces parece hecha por artistas locos, otras veces por artistas casi divinos, otras veces por artistas perversos, cínicos, malhumorados...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 7-I-1934.

*La Federación provincial del ramo de edificación declara que en Santander hay cinco mil obreros sin trabajo.—Los periódicos.*

El mundo adolece de menosprecio. Es más intenso el aborrecimiento que lo afectivo, más fuerte la acritud que la simpatía, más profundo el desdén que la afabilidad. Todo es consecuencia del afecto o del desprecio. Desde lo primitivo, la historia nada más que es una lucha permanente, tenacísima, monótona, de afectuosidades y desvíos, de actitudes afables, compasivas, generosas y movimientos impertinentes de desaires, de desdenes, de intemperancias. En el estruendo de esta lucha chispea el odio, que es otro elemento eterno de la historia, el sonido de redoble frenético que crea el palillo de una condición al golpear el parche de la cualidad contraria. Odio del afecto al aborrecimiento; odio del aborrecimiento al afecto. Esta es la pugna incessante de las edades históricas, lo que enmienda, afirma, desorienta o esclarece las rutas de la Humanidad; el remanso o el alboroto; el arrecife o el estuario tranquilo. Las circunstancias nacen de esa disputa terca, porfiada; de esa polémica impetuosa, incansable, entre la afabilidad y la dureza del coraje, entre los ánimos misericordiosos, cristalinos, sentimentales y los caracteres desabridos, desafectuosos, neblies. Esta es la esencia de la historia, el origen, y lo sucesivo, la simiente y la cosecha, el antaño lejano, el antaño reciente, lo nuevo, lo antiguo.

A la civilización le falta eso, eso, la superioridad del afecto, que debe ser como la gracia, como la expresión del semblante del mundo. Se acrecienta el ingenio, la sabiduría, el arte. Se forman temperamentos inteligentes, finos, cultos, saturados de ambientes científicos y literarios; pero existen ausencias del afecto, que es el único cauce por donde tiene que discurrir la corriente de la civilización si no quiere estrellarse en sus mecanismos, en las pirámides de su química, en el refinamiento de sus criterios, en sus hélices vertiginosas, en su laboratorios.

No se puede ser artista sin más elementos que el idioma, la técnica, el conocimiento exacto de la dimensión, de las formas, de los modos de hacer. El secreto está en transmitir nuestra emoción, los respingos de nuestra sensibilidad, el humor o la menlancolía de nuestro espíritu. Conoce el mundo con minuciosidad asombrosa todas las maneras que labran en lo utilitario, en lo eficaz, en lo bello, en la superficie de lo humano y de la naturaleza. Moldea, afina, construye, inventa, adorna, por eso, porque es inteligente.

Y esto no basta para que sus obras lleguen al atrio lejano de la perfección, como no es suficiente la sabiduría para crear arte. Nadie puede ser poeta o pintor, por habilidad, por inteligencia, por entendimiento, si no tiembla adentro la candelita de lo sensible. En arte vale más un ascua de sensibilidad que un destello potente de intelectualismo. El mundo está repleto de saber, de destreza, de cultura teórica. Tiene inteligencia, es habilidoso, posee un entendimiento inacabable. Es erudito, ingeniero, arquitecto, filósofo. Escudriña en el complicado dibujo de las constelaciones, en los abismos, en el átomo. Es sabio, teólogo, alquimista, clarividente. Cada sonido es un secreto de la Ciencia o de la Mecánica, descubierto por el hado del cerebro. Ha hecho vulgar lo que se tenía por misterioso, por indescifrable. El enigma conversa con claridad, se ha familiarizado con las multitudes, es cosa natural, dominada, dócil... Pero le falta eso, eso, el afecto, que es lo mismo que la emoción y la sensibilidad en el arte. Crea formas sin expresión de espíritu. Es inteligente, audaz, competentísimo; pero carece de afecto, que debe ser el alma de toda civilización, el motor, la médula, los ojos. Todo radica en esa carencia de afectuosidad: la miseria, el acicate del odio, el estímulo de la rebeldía, los estorbos, el agravio, las angustias, la guerra, el fracaso de las aptitudes, el llanto por vernos vencidos, el coraje por vernos menospreciados, lo que escribe los torbellinos, las tempestades de la historia. El afecto es el resorte de civilización esencialmente humana. No es la sabiduría, ni la mecánica, ni la química, ni el enciclopedismo, ni la radio, ni el zumbido de los aeroplanos. Es el afecto, señor, el afecto, esa cosa tan sencilla que hace diligentes, justos, cordiales, abnegados, a los hombres...

Islotes de lo afectuoso en el entresijo de lo popular. Ráfagas de sentimientos que vayan de acá para allá como los aires, como las corrientes del mar. Causas de afectos, no causas de aborrecimientos. He aquí el secreto sencillo de la dinámica del mundo, la enjundia de la paz, la firmeza de los grandes principios sociales. Todo ha de quebrantarse, sino se construye con las cales de esa condición. Más que problemas de régimen se trata de problemas de afecto. La ausencia de esta cualidad es el impulso estupendo de todo lo miserable, de todo lo dramático, de todo lo torpe que rebulle en el mundo. El desafecto va de las cosas que parecen insignificantes a los motivos gigantescos. Lo mismo niega un salario, un refugio, un granito de justicia que incendia a los pueblos con lumbres de guerra. Lo mismo da un codazo que rompe un corazón.

Nada significan los cambios políticos, las reformas, la bondad de las leyes, la sutileza legislativa de las evoluciones, si el hombre continúa siendo el mismo, si el afecto está alejado de las singladuras de la muchedumbre, si no existe ese intercambio de cordialidad, traducido en auxilio, en consuelo,

en actitud generosa, en exaltación constante del desinterés y de todas las maneras contrarias al vicio universal del egoísmo. Transformación de los sistemas de régimen requiere cambios de conductas particulares, enmiendas personales, concordancia del ejemplo individual de los que trazan la nueva ruta con el espíritu, con la doctrina que represente el Estado.

No creo en la eficacia de las más hermosas ideas si sus intérpretes son hombres insensatos, egoístas, vanidosos, fanáticos. En puridad de actitud, todos los que escribimos de vez en cuando de las angustias, de las hambres, de los fríos ajenos; todos los que pertenecen a colectividades que tienen por esencia el relativo bienestar de los hombres, su trabajo, su decoro, su tranquilidad, debiéramos privarnos de muchas cosas innecesarias, para enervar aquellas angustias, aquellos fríos, aquellos dolores. Pero no existe acuerdo entre la sustancia de la doctrina y la actitud particular. La idea manda y el hombre obedece si se trata de conquistar beneficios, prosperidades, el afianzamiento de la comodidad, el ensanchamiento de su desenvoltura económica. Pero muestra despego, es remiso, avaro en los instantes en que es menester cumplir otro de los preceptos fundamentales de la doctrina, desposeyéndose de parte de su salario o de su hacienda para no hacer tan áspera, tan atormentada la vida de los que carecen de salario y de hacienda. El mundo está lleno de teorías de la compasión, de la justicia, de la fraternidad. La actitud suele ser antítesis de esos vocablos, contradicciones, reversos. Si la humanidad se salva algún día, ha de ser por afectuosa, no por sabia, ni por audaz, ni por inteligente. El afecto, el afecto, que es el buen oriente, el compendio de toda cultura moral, la síntesis de todos los preceptos, el alivio de esos cinco mil hombres, la paz, el ejemplo, la línea recta de la historia...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 14-I-1934.

#### 427.—ESBOZOS. EL CENTRO DE ESTUDIOS IRA A LA ALDEA

Hay que hacer comprensible el ancho concepto del Centro de Estudios Montañeses a la gente sencilla de por allá adentro. La gente sencilla, a vuelta con sus terrones morenos y con sus talegas pastorales, que no conoce la Historia, ni el significado de investigación etnológica, ni la extensa y concreta acepción de los vocablos cultos que encierran áreas del saber popu-



lar, de las costumbres, del arte rural, de la leyenda, del pastoreo, de las creencias, de las diversiones campestres. La Historia para esta gente apacible y sencilla, en su criterio nubloso de lo antiguo y de lo actual, no es otra cosa que recuerdos escritos de las guerras, de los cataclismos originados por la ambición o la maldad de los hombres; cosas de reyes, de cureñas, de milicias, de ateos. Este concepto obedece a lo anodino, conciso y torpe de los monótonos procedimientos que han sido rumbo invariable de técnica para los autores de Manuales de Historia con destino a las escuelas primarias. La muerte de un rey, la exaltación de otro, los caracteres personales de las dinastías, las fechas y las consecuencias cruentas de las batallas, cuándo llegaron los celtas, los romanos, los árabes, la peste que diezmo a Castilla aquel año, aquella victoria memorable, aquel quebranto, aquel sacrificio, aquella actitud heroica. Falta la parte pacífica y laboriosa de la Historia, la que va construyendo el espíritu social de las épocas, su artesanía, su labranza, los efectos prósperos o decadentes de todas las actividades que no tuvieron nada que ver con las lanzas, con las lombardas, con los alfanjes.

Se olvidan también los efectos del arte, de las maneras morales, el alma de la mudanza de las ideas, el modo de vivir, la dinámica de los oficios, los escalones de la cultura, el por qué de aquella decadencia y de aquel florecimiento. Para ellos, la Historia no es libro de paz, de cultivo de los campos; de trajines del arte, de molinos, de aperos, de aceñas, de hombres que aran, de hombres que levantan edificios o trazan caminos o dan vueltas a la rueda de la alfarería. Creen que la Historia no la han hecho los canteros, los artífices, los segadores, las ruecas, los aladros, los curtidores, los talabarteros, los que trillan, los que remiendan las pellizas y los zurrones.

Nada más que andanzas de emperadores, de generales, de ejércitos. Un libro de batallas, de reinados, de saqueos, de incendios, de preponderancias de la fuerza, de la pólvora, de los filos brillantes. No pueden comprender que es consecuencia de laboriosidad, de herramientas, de versos, de ciencia, de instrumentos de agricultura, de llantas, de romances, de aficiones, de acequias...

Ellos lo creen así desde la infancia, desde que vieron en un libro escolar la estampa de un cartaginés, de un celtíbero, de un bárbaro, de un califa...

La Historia, queridos amigos míos de las mieses, de las pastorías, de las minas, de las pequeñas fábricas rurales, son vuestras propias actividades, vuestras voces, vuestros pasatiempos. La rueca es un elemento de Historia, y el butrón que poneis en el río, y la argolla de vuestras abarcas; la legra, la cebilla de vuestros ganados, los números o las letras que grabáis con la



punta de la navaja en la corteza de los nogales, de las encinas, de los fresnos, para pasar el rato. La Historia son los golpecitos de la azuela, el retintín de las campanillas, los techos de terrones de las cabañas, las tarreñas, los rabeles, las trigueras, los adrales, los almoreces, los martillos de picas, el dalle, los bígaros, los cayados, con sus adornos de rayitas cruzadas, con sus nudos, con sus regatones redondeados y pulidos...

Aquel anciano que marca con la punta de su cuchillo una cabecita de corzo en la panza de una jarra de abedul, está haciendo historia, está conservando herencia de arte. Aquel otro que refina un cuenco y le adorna con unas líneas labradas, imitando las alas de un azor, el pico de un arrendajo, la cabeza lista de una raposa, también está escribiendo historia. Es sustancia de lo histórico el movimiento del cedazo, las vueltas de la rueda del molino, las flautas de ramita de nogal verde que hacen los niños en el mes de abril; la yesca y la piedra de lumbré, la masera, las escudillas de pitano rojo, las picayas de los ancianos, los zurrones, las hondas, el modo de repicar las campanas. El nombre que vosotros dais a las nubes cuando parecen lana cardada o franjas negras o montes nevados con bordes brillantes.

Cuando decís que la luna roja barrunta viento, y la luna blanca, sereno, y la luna descolorida, vendaval, estáis haciendo Historia. Y aquella viejecita que cuenta a los nietos las aventuras de los arrieros, las picardías de la rámica, la leyenda del hombre que se convirtió en piedra, cómo engañó la zorra al cuervo, el milagro del árbol que empezó a llorar y a sacudir las ramas como si fueran brazos, cuando le estaban golpeando. Y el viejo que pone armadijos a la raposa, y el que construye bioldos y horcas para el trigo de allá abajo. Es Historia el golpe del cache en la brilla, el aire que levantan las panderetas, los escarpines de sayar, los pespuntes de las blusas, la coronilla del emboque, las calderas, los maquileros, los celemines, el modo de pronunciar, los giros del baile, los grandes campanos que tocáis en Antruido, las cucharas de madera con que revolvéis las pulientas. Cuando llamáis majuelo al badajo de las campanas y escanillo a la cuna, también hacéis Historia. Es Historia el alfiletero, las tenazas para abrir los erizos de las castañas, los candiles, la caña con que sopláis la lumbré, el redondel negro de las magostas, los acericos, los barajones para andar en la nieve, las carlancas de los mastines, los yugos, los papeles y los libros viejos que guardáis en la alacena del cuarto o en la arcona del desván, las trovas tristes, las trovas alegres que hacían los vaqueros según iban caminando por los seles, por los pernales, por las lombas, hacia las brañas...

Queridos amigos míos de las tierras, de las herrerías, de las majadas. Es Historia la cavilación de la adivinanza, el empleo de las malvas, de las hojas de laurel, de las hierbas llenas de rocío. Y la colodra, el pitano del

cántaro, las varas retorcidas de la estirpia, los baraustes de los corredores. Todo lo que es paz, afición, actividad. El trabajo, la leyenda, el pasatiempo, el adorno...

De estas cosas van a conversar con vosotros esos hombres inteligentes y afables del Centro de Estudios Montañeses, que quieren aprender en vuestro lenguaje, en el arte que echáis en la madera, en la piedra, en el hierro, en los vaivenes de la azuela, en el nombre que dais a aquella estrella, a aquellas nubes amontonadas, a las rocas picudas de aquella cumbre...

Cuando en el atrio de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo me habla de estas cosas tan inolvidables el secretario del Centro, Fernando G. Camino, tan vehemente, tan efusivo, tan fino de letras y de carácter, no sé por qué pienso en un pastor elogiando el cuenco que acaba de hacer, en un aparcero, muy contento, hablando de la tierra suave de su mies, del pelo luciente de sus vacas duendas, de los lombillos largos de su pradera. Al salir, veo a don Marcelino, quietecito, pensativo, todo vestido de piedra blanca. Le miro como un siervo a su señor, como miraría un helecho a un roble, un cobertizo a un palacio, una barca a un bergantín.

Y se siente uno granito de maíz, pedacito de remiendo, residuo de corteza de borona...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 21-I-1934.

#### 428.—ESBOZOS. ROMANCERO MONTAÑÉS

Hablan sin parar según van caminando por aquella vereda de cumbre, entre rocas rebajetas, en las que otean los milanos todas las mañanitas. Voces cristalinas de ángeles humanos, manoteos alegres, incansables, precipitados. Van hablando de los truenos, de los cuervos, de los lobos. El trueno es el ruido del carro del profeta Elías rodando por las cuestas del cielo. El cuervo, cuando hace mucho frío, coge a un pájaro y le tiene toda la noche arrimadito al pecho para que le de calor. El lobo acomete a las personas en las orillas de los ríos y de las canales, donde más estruendo hace el agua, para que no se oigan las voces de angustia, los gritos, los silbos. Las mejillas de estos niños que van caminando por una vereda de cumbre, están encendidas. Sus ojos destacan luminosos. De vez en cuando dan golpecitos con los palos

en las lastras, en los arbustos, en las colinas diminutas de los ribazos. Otras veces se detienen, dejan de hablar, cogen una piedra y la lanzan a aquella quima donde descansan unos verderones con manchas amarillentas en el plumaje. Contemplan la huida de los pájaros, se ríen de su sobresalto y siguen hablando sin cesar, muy contentos, con manoteo precipitado, lo mismo que hacen los azores con las alas, cuando empiezan a volar entre sus padres. Después hablan de un gigante que tenía los pelos de hierbas secas, las barbas de brezo, las mandíbulas de roble, la nariz de encina, la frente de haya, las piernas de fresno, los brazos de abedul, los ojos de lumbre. Su jadeo movía las hojas más altas de los árboles y las piedrecitas de los senderos. Por la noche, sus ojos parecían dos llamas redondas, grandes, como si hubiera dos lunas y bajaran al ras del monte de vez en cuando...

Hablan y hablan sin parar. Allá abajo cantan unos pastores el romance del «moro piadoso». Otros arrojan el cayado a los novillos indóciles, lavan los cuencos blancos, las tarreñas rojas, las jarras picudas. Unos remiendan el elástico verde, otros recuecen la yesca en un puchero colorado, otros se entretienen en echar pedacitos de borona a la boca del mastín. Los niños cantan ahora unos romances. El romance de «doña Ana», el de «Gerineldo», el de «las tres cautivas». Después tiran más piedras a los pájaros. Y reanudan el romance interrumpido. De una braña sale un sonido largo de bígaro, después otro sonido más corto, y después otro sonido más largo...

Manchitas rojas de refajos pastorales entre el rocío matutino. Van de acá para allá, inquietas, por cuestras de anjeo, entre el color de miel de la arcilla blanda de los senderos, entre lo negro de las árgomas quemadas y el verde intenso, brillante, del rozo. Los arroyos parece que han comenzado a correr esta mañana, siempre tan infantiles y gozosos, cantando el romance de sus aguas cristalinas. Más colores vivos de estameña polvorienta en las lastras, de capa de nata en las cumbres frías. Colores rubios, azules, cárdenos, en las orillas de las camberas. Puntitos blancos salpicados en la pelliza verde del monte, como respuntes de una blusa. Porque el monte lo tiene todo: matices de casullas, de chambras, de retablos parroquiales, de limones verdes y maduros, de la granilla encarnada de las brevas. Colores de sayal viejo, de sayal recién comprado al baratijero, de sotana de capellán pobre, de capa y levita de hidalgo viejecito, de boina de pastor, de pelo luciente de ganado, de vellones de corderos, de montoncitos de nueces, de panojas sin deshojar. Las manchas rojas de las haldas pastorales van y vienen, unas veces con lentitud, otras veces apresuradas, detrás del rumor jovial de las campanillas. Brilla el agua y la hierba. Los azores comienzan a tejer su danza sobre los picachos. Canta el monte el romance de los días buenos. Un romance de silbos largos, de hojas, de fontanas, de mugidos. Los días malos canta el

romance de las aguas desesperadas, el romance de los robles estamengados por el viento, de las encinas, de los abedules... Las encinas hacen entonces un ruido de lastra arañada por las uñas de un gigante. Los abedules imitan a las guitarras y a los violines de los ciegos vagabundos. Los robles hacen un ruido ronco, como las aguas que se precipitan por debajo del molino. Los fresnos, como si tocaran muchas carracas. Las hayas suenan lo mismo que el órgano de la parroquia en la fiesta triste de las tinieblas. Ahora, no. Ahora es el cantar de los días buenos. El aire es el arco, y las hierbas y los árboles son los rabeles. El monte está lleno de docilidad, está contento, no siente ninguna pesadumbre.

Las ovejas se han detenido en una braña. Abajo, en el pueblo, parece que se queman todos los tejados. Se abren las troneras de par en par. Empiezan a trajinar las maseras, los picayos lucientes de mesar la hierba, las legras de filo rizado, el hacha, las maconas redondas y pajizas del maíz. Por el pueblo pasan unos arrieros. Caballos de orejas delgadas, de ojos grandes y claros, recto el codillo, alta y descarnada la cruz, ancha y enjuta la rodilla. La gente se asoma a los ventanos. Los arrieros vienen armando una gran algazara de canciones. En las colleras, unos cascabeles polvorientos que hacen un gri-gri sordo de cansancio y de antigüedad. Resuenan los borcегués duros. Visten los arrieros unos zamarrones rubios de pana muy recia. Sones lentos, tristes, perezosos, entre el retintín de las colleras y los golpes rítmicos de los cascos. Los arrieros llegan cantando el romance del conde de Olinos, el de Geyferos, el de Galiarda. Más tarde, cuando se cansen de cantar, hablarán de la moza de aquella venta, del vino de aquel mesón. Conversaciones de onzas de oro, de trabucos, de gitanas zahoríes, de bailadoras altas y delgadas...

Comienzan en las brañas los ocios pastoriles. Los cayados y los zurrones descansan en un ribazo, en una peña del prado silvestre. Las pastoras hablan de escarpines ribeteados de azul, de pañuelos sevillanos, de delantales blancos con franjitas amarillas como la flor de hinojo; de faltriqueras de terciopelo, de sortijas de plata. Después cantan el romance de Tamar, de la Samaritana, de la «mala hierba». Sones tristes y lentos, entre el retintín de las campanillas y vuelven a hablar de los alfileteros de nácar, de las gargantillas brillantes, del rosario de huesitos de oliva de los olivares de la tierra lejana del Señor...

Ya han pasado muchas aguas por debajo de los molinos. Se han desgranado muchos montones de panojas, que parecen colinas de oro. Sesenta, setenta, ochenta años. Todo se ha ido desvaneciendo en el tiempo. Pero los arroyos todavía parece que han comenzado a correr esta mañana, siempre

tan infantiles y tan gozosos. Sigue el monte enseñando sus ocre, sus puntos bermejos, verdes, azules, pardos, amarillos. Porque el monte lo tiene todo: colores de harina sin cerner, de telas dominicales, de piescos maduros, de natillas, de pulientas, de pergamino, de alas de golondrinas y de cigüeñas. Faltan las manchitas rojas de las haldas pastorales. No se habla de escarpines ribeteados, de sortijas de plata, de las mandíbulas de roble, de los brazos de abedul... Pero yo lo estoy viendo ahora como con un catalejo de mito. Escucho los romances, aquí, aquí cerquita, en este cuarto de escritor pobre, con los codos apoyados en una mesa de pino. Mis celdas íntimas se llenan de sonidos, de espíritu de aquella época, de sus palabras finas, dulces, sonoras...

Estoy viendo la esencia lejana y diversa de las cosas...

Cuando cierro este nuevo libro que me ha hecho sentir tan amables sensaciones de antigüor, me parece que lo que cierro es un arca de reliquias.

Y escribo dos cartas concisas, sinceras, fraternales:

«Vuestro Romancero popular de la Montaña es un monumento de nuestra literatura secular. Es el mejor que se ha publicado en España. Yo os felicito de todo corazón y a la Sociedad de Menéndez Pelayo, que le ha editado, y a la tipografía que le imprimió...».

Después escribo en uno de los sobres: «Tomás Maza Solano. Biblioteca Municipal, Santander». Y en el otro: «José María de Cossío. Tudanca»...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 28-I-1934. (V. O. C. págs. 409-412)

#### 429.—ESBOZOS. LA NUEVA FUERZA

*Aspiramos a dotar a la clase obrera de una cultura fundamental.*—Ateneo obrero, de Torrelavega.

Todas las épocas tienen sus características esenciales. Estas divisas de los tiempos son como los defectos, las manías, las perezas, los afanes o las virtudes de las personas. Epocas inclinadas a la banda de las letras, del arte, de la laboriosidad de los finos regustos espirituales. Tiempos bien avenidos con lo material, con lo económico, con todo aquello que produce ocio, deleite, estímulo de gulas. La Historia es una renovación inacabable de estos signos

humanos. Unas veces, renacimientos cortos del alma, del cerebro, de lo sentimental, de lo justo. Y otras veces, largas exaltaciones del vicio, de la picardía, de todo lo opuesto al rumbo blanco, sabio y honesto de la vida. Son dos tendencias vigorosas que luchan como dos ejércitos. Un ejército de libros, de hombres apacibles y sensatos, de poetas, de filósofos, de sentimientos pacíficos, de modestias. Y otro ejército de hombres que se divierten, con menoscabo de otros hombres; de hombres que mienten, de cínicos, de falsos, de pensamientos zahareños, de ambiciones incontenibles. La ruta la marca siempre el victorioso, que no suele ser el más sabio, el más justo ni el más noble. La victoria es la que transforma, la que impone la dirección, la que destruye y edifica, obediente a su criterio. No suele ser lo más útil, lo más ancho y bueno de pensamientos y de actitudes. Casi todas las preponderancias del mundo han carecido de estas bondades.

Los caminos los han señalado los más valientes, las voluntades más duras, no los más próximos a la virtud, a la sabiduría, a la amabilidad. Ausencias de inteligencia bondadosa, de ingenios limpios y justos, de penetraciones leales con las ansias silenciosas de la parte desventurada del mundo. Actitudes en contacto con lo pícaro, con lo inmoral, con lo ocioso. Toda la Historia es un acervo enmarañado de estos ejemplos. Individualidades atrevidas, prestigios de la fuerza, de la audacia, de las dinastías, de los uniformes. Imperativos inexorables de esa fuerza y de ese prestigio convertidos en maneras fijas, en reglamentos de un tipismo intransigente, en amenazas, en leyes, en castigo, en restricciones rígidas. Los modos han sido impuestos por las cuatro o cinco personalidades que ha tenido cada período histórico, no por la experiencia ni por la idea, ni por las necesidades ni por los deseos de la colectividad. Un temperamento rodeado de un núcleo de fuerza conforme, por avaricia, con el linaje de sus procedimientos, y ya estaba en vigor la ley, el mandato, el rumbo nuevo de la Historia. Todas las épocas universales se mueven alrededor de personajes elocuentes, entrometidos, prestigiosos por la casta, por las hazañas, por el favor dinástico, por lo recio del carácter y por otros motivos menos honestos. Las excepciones son montoncitos insignificantes al lado de esas grandes pirámides de picardías, de audacias, de favoritismos clásicos, de aventureros convertidos en grandes señores...

Nuestra época también es época de fuerza. No existe deseo humano que no necesite de esta cualidad. Fuerza de la imaginación del artista, del ingenio del escritor, de la cultura del maestro, de la destreza del mecánico, de la habilidad de los que manejan los instrumentos del trabajo, de la industria, de la ciencia, de la literatura. Sin ese brío todo se menoscaba y



se debilita. Cada uno pone la fuerza de su inteligencia, de su vocación, de sus músculos, de su temperamento, de su didáctica, en las actividades diarias. Todo es fuerza y movimiento. Es una ley inalterable de vida. Fuerza del artificio del hombre contra lo fragoroso e indócil de la Naturaleza; fuerza contra el dolor, contra el cansancio, contra la angustia, contra las pasiones, que son las candelas que queman el espíritu o las nieves que le aterecen. La victoria sigue siendo producto de la fuerza. A más brío más eficacia, como en todos los períodos históricos, como en todas las desventuras del tiempo. La victoria es la que borra, la que traza, la que indica los horizontes hacia los que hay que caminar.

Pero ya no es el valor absoluto, la audacia, el entrometimiento, la elocuencia de las personalidades. Es el brío de las muchedumbres, sus deseos, sus sentimientos. No es fuerza de armamentos, de privilegios, de riqueza, de personajes. Es brío de sinceridad, de fe y de cultura. La nueva fuerza tiene que ostentar estas tres características. La sinceridad es el temperamento de la idea, la fe es su alma, la cultura es su sensibilidad y su inteligencia. Más que coraje de energías físicas es menester fortaleza de lo moral, robustez del entendimiento, enjundia de todas las potencias del espíritu. Llevar a la doctrina el aire de las culturas diversas, saturarlas de estilos desprendidos del libro, del ejercicio intelectual, de la lectura, que es la que va sutilizando, la que acrecienta, la que nutre la naturaleza íntima donde se crean nuestras acciones; la que da vigor al sentimiento, a la voluntad, a la energía ética, al concepto de todas las cosas insignificantes y de todas las cosas trascendentes que rigen la marcha del mundo. Sin aquellos tres elementos no pueden llegar a un medro definitivo las fuerzas nuevas. Hasta ahora se viene cultivando dos de estas características esenciales: la sinceridad y la fe, que equivalen a enardecimiento contra el agravio, contra todos los motivos que nos perjudican, contra todas las vilezas y sinrazones. Pero se descuida la cultura, que es lo mismo que menospreciar el desarrollo de la inteligencia.

Echar sinceridad y fe en las ideas son méritos particulares que dan prestigio a la conducta, a una actitud, a un carácter. Constituyen ambas cualidades un vigor y una decencia extraños entre el gran ruido de la Humanidad hecho con furias, con carcajadas, con sobornos, con llantos, con voces duras, inflexibles, impertinentes, con voces humildes, tímidas, suplicantes. Pero en las relaciones del individuo con lo colectivo hace falta más que sinceridad y fe. Es menester el vestido de esos méritos, la palabra, las maneras externas de esas excelentes virtudes, el complemento de esas dos fuerzas nobles y firmes. Hace falta la hacienda de la cultura, que ayuda a persuadir, la hacienda de la cultura para repartirla, para dejarla aquí y allá en sementera pródiga de educación, que es la semilla que menos se ha sembrado

en la inmensa besana del mundo. Cosechas abundantes de hostilidad, de rencor, de afrentas, de pensamientos fríos, de conceptos miserables, de pasiones bellacas. El rumor de lo educativo es casi imperceptible entre ese retrueno inacabable de lo grosero, de lo vanidoso, de lo soberbio. Fuerza de cultura, de sensibilidad, de letras, de fineza del espíritu, de pulimento del brío. La carencia de estas divisas se refleja en el camino de las doctrinas, entorpece, hace mella en la desenvoltura del entusiasmo, aleja el hito de la idea. La fuerza de lo ideológico tiene que estar afianzada en la fuerza de la Pedagogía...

Esa nota sencilla, cordial, sincera, del Ateneo Obrero, de Torrelavega —y la labor de entidades análogas— estimula al ensanchamiento de esa fuerza de cultura, tan imprescindible en las características de nuestro tiempo. Hay que responder a ella como a una llamada cariñosa, amable, fina. Un hombre, ante unas buenas páginas, hace más por su idea, por su fe, por su creencia, que atronando el ambiente, ante los mostradores y las barricadas, con un himno que encomie la bondad y la eficacia de ésta o de aquella tendencia...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 4-II-1934.

#### 430.—ESBOZOS. LA UNIVERSIDAD POPULAR

Se está muy bien en este ambiente espiritual, intenso, delicado. Hace unos instantes que se han cerrado las puertas de las fábricas, de los talleres, de los escritorios. Comienza en la ciudad el ocio del principio de la noche. Refulgen los escaparates, los vestíbulos de los teatros, las ringleras de luces que marcan unas líneas brillantes en el aire. Hace unos instantes que se han abierto estas otras puertas. Atrás queda el ruido, el jadeo de las calles, el estrépito de los vehículos. Estas puertas se abren todas las noches silenciosamente. Traspasa uno sus umbrales y desaparecen el rumor, el rechinar, las bocinas, el estruendo de las ruedas. Se penetra en un silencio grato, recogido, un poco místico, como si la ciudad se hubiera quedado muy lejos, como si estuviéramos en una casa de campo, rodeada de árboles, de tinieblas, de huertos nazarenos, de tierras amplias de hortelanía. Van en-

trando unos jóvenes con cuadernos y libros debajo del brazo. El camino ancho del jardín se llena de conversaciones suaves, de pasos rápidos, de saludos cordiales...

Después, unas voces fervientes que me lo cuentan todo como se cuenta una extraordinaria delicia, la alegría de un viaje feliz, el comienzo de una aventura vestida de complacencia. Los cuadernos y los libros descansan en la diminuta pendiente de los pupitres. Pronto comenzarán los lápices a correr en el papel. El maestro se dirige a la pequeña plataforma de la cátedra. Es un joven moreno, de trazas campesinas, que mañana volverá al Instituto para seguir desenredando sus días de estudiante. Por la noche tornará a ser maestro de los que desenredan sus días en las imprentas, en las fundiciones, en los almacenes, en los escritorios, en las carpinterías. Voces fervientes que me hablan de esta Universidad Popular como un creyente de su templo, como un artista de su obra, como un hortelano de sus cosechas y de sus rosales. Yo escucho silencioso y atento, como se merecen estas vehemencias, estas sinceridades, estos pensamientos tan finos y tan limpios. Apología sencilla del desenvolvimiento de los estudios, de los sistemas de enseñanza, de las Matemáticas, de la Historia, de la Gramática, de la Literatura, de todas las materias que se cursan en este Centro, antes muy alejadas de las apetencias populares...

Simpático conjunto de buenos ánimos. Esta es la definición más sencilla de la Universidad Popular. Los buenos ánimos constituyen el compendio de unos esfuerzos calientes convertidos en trabajo, en afán, en deseo de prosperidad intelectual, en el trato agradable con unos libros al comienzo de la noche. Este joven viene de una imprenta. Ha estado todo el día dando golpecitos a unas teclas o llenando de letras el componedor. Ese otro ha permanecido en un ambiente de fragua, entre los resoplidos del fuelle y el retintín cristalino del yunque. Este viene de una carpintería; aquéllos, de un mostrador, de las ventanillas de una oficina, del pupitre de un almacén, de un taller de mecánica. Muchachas de familias modestas con los mismos afanes, con idénticas vocaciones. Estudiantes del Instituto que vienen a enseñar todas las noches, convertidos en maestros adolescentes, sintiendo la inquietud de la responsabilidad, el escarceo íntimo y gozoso de sus inclinaciones nobles, humanas, educativas. Se está muy bien en este ambiente de laboriosidad, viendo cómo aprenden los jóvenes artesanos y cómo enseñan los jóvenes estudiantes. Cada rasgueo del lápiz en los cuadernos me parece el rumor de un alma que se pone contenta porque ve próximo el logro de un ansia. Cada mirada al rostro del maestro es un afán extraño, lleno de afición, de ganas frenéticas de comprender, de no olvidar, de hacer

de la memoria una sierva de aquellas palabras, de aquellos nombres, de aquellos pasajes. Buenos ánimos en los semblantes, en los ademanes, en los ojos tan atentos, tan llenos de devoción. Los buenos ánimos, que estimulan la inteligencia, aproximan las consecuencias de la cultura, esclarecen conceptos, encienden luminarias en el espíritu. El ocio convertido en actividad. Dejar la herramienta y coger el libro. Concilio de vocaciones, de voluntades, de caracteres dóciles a las letras...

La Universidad Popular es una compenetración de deseos jóvenes, de entusiasmos, de conductas ejemplares, de sacrificios del que aprende y de sacrificios del que enseña. Lo económico es aquí elemento desconocido. Está inédito en estas salas ese inconveniente universal. Se abren las puertas como en los templos para que entren los creyentes.

Yo pienso, mientras corren los lápices por el papel y sale lenta, clara, persuasiva, la voz del maestro, que lo económico es lo que más ha influido en ese rezago del pueblo en las jornadas del saber. Había que comprar la cultura como se compra un vestido, una sortija, un arrequive caro. Quien no podía adquirir ese vestido tenía que remendar el que usaba o ir enseñando las carnes. Con la cultura ha sucedido lo mismo. El pueblo desvalido no podía comprar vestidos para su personalidad intelectual. Tenía que caminar desnudo o con unos hilvanes débiles o con unos remiendos llenos de manchas y de agujeritos. Cuando se cerraban para él las puertas de la escuela, se abrían las del trabajo. Las escuelas eran lóbregas, tristes, desaparecibles. Los pobrecitos maestros andaban siempre mohinos, pensativos, destrozados. El trabajo era duro, largo... Vocaciones que se rompían con violencia, dóciles deseos quebrantados, caminos y caminos de renunciación. Siempre lo económico como una muralla, como un mar, como una sima muy ancha y muy profunda. Remiendos descoloridos, hilvanes. La cultura era un lujo raro como el buen paño y los buenos manjares, como un departamento de primera clase del ferrocarril, como la cámara adornada de un buque. Lo otro era la sentina, los bancos duros, la tela miserable y delgada, los maestros macilentos, las escuelas sombrías. Era menester saturarse de renunciaciones. El pastor que quería ser maestro, tenía que desechar esa idea y continuar subiendo y bajando cuestas con el cayado y el zurrón. El aprendiz de un oficio que pensaba en unos libros de arquitectura o en las herramientas de un escultor, seguía trajinando con la garlopa. El muchacho de una barca pescadora que sentía afición por la náutica, llegaba a hombre lanzando y recogiendo las redes. Un obstáculo en cada umbral, una puerta de hierro en cada puente, unos mastines en cada vestíbulo de la inclinación. Echaba el hombre a andar por el mundo, y siempre tropezaba

cuando quería subir los escalones de la cultura, del saber, de su deseo honesto y humilde.

Estos centros de enseñanza popular determinan la iniciación de una gran enmienda. Ya no es lo económico lo que entorpece las divulgaciones de la cultura. Estas puertas se abren a toda la juventud. Ahora es sólo el obstáculo subjetivo de la pereza, del vicio, de lo inconsciente, los tres pecados inmortales, los tres venenos, las tres sombras...

Yo pienso en estas cosas mientras los cuadernitos se van llenando de notas. Los lápices corren presurosos como detrás de una ilusión magnífica; como siguiendo las huellas de un carro de oro o de un gran afecto. La voz del maestro continúa saliendo clara, sencilla, amable. Parece un misionero jovencito enseñando unos salmos a otros jovencitos del pueblo, muy lejos de la ciudad, en un caserón agrario rodeado de árboles, de huertos, de silencio de labranza dormida.

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 11-II-1934

#### 431.—ESBOZOS. LOS CAMINOS DE LA DESGRACIA

*Las estadísticas de los servicios municipales de Londres comprueban que miles de niños mal nutridos pertenecen a familias que han gozado de posición desahogada y que emplean los recursos que les quedan en sostener la apariencia de una vida fácil.—Los periódicos.*

«El escritor —dice René Bazin— debe conocer el mal, pero no ha de limitarse a hablar solamente de él. Debe ver la salud al lado de la enfermedad, el remedio al lado del sufrimiento, y, sobre todo, cuando toque las llagas sociales, no debe tener el derecho de enconarlas o de tratarlas como una simple materia de descripción.»

La desgracia viene por cualquier camino. Es una frase sencilla, clásica, que siempre parece nueva. Unas veces vamos en busca de la felicidad y nos encontramos con un tampanazo de dolor que mortifica toda la vida, a todas las horas, como un gran remordimiento. Otras veces es el mismo afán de prosperidades. También la tentación de la vanidad, la prisa del deseo, el movimiento incontenible y rápido de los apetitos, es lo que nos lleva a

la sombra tenebrosa, al tajo negro, a ese recodo agudo con que tropezamos al pasar. Caminos fragorosos de ambiciones, de vicios, de costumbres, que son como acicates del cansancio del espíritu, como nubes de polvo de todas las calzadas remotas y cercanas que recorre la imaginación con su frenesí de sabores, de cimas, de lejanías... Caminos sencillos de ánimos austeros, contentos con su veredita humilde, con el aire de su ambiente, con el silencio de sus pasiones, siempre dormidas, siempre quietecitas... Un día en aquel tránsito amable, en aquella penumbra llena de serenidad, donde se desenvuelven las circunstancias de estas vidas silenciosas, se encuentran con un chasquido repentino, con un zumbido inesperado, con un rumor que les aturde. Ellos marchaban sosegados, meditando en cosas buenas, con sabores de bondad y de complacencia, que son las mieles y los vinos más dulces del espíritu. Se detienen sorprendidos y miran a todas las partes con estupor. Es la envidia, la soberbia, la maldad de los otros, poniendo sus armadijos, abriendo sus zanjás, lanzando sus piedras. En ese instante comienza a respirar cerca de nuestras sienas ese gigante invisible, misterioso. Su jadeo se cuele por la carne y le sentimos como un viento frío en la morada secreta de los sentimientos. Sus manos aprietan con saña bárbara, remueven la paz escondida en la conciencia, retuercen el ánimo, tiran de las fibras de la sensibilidad como tira el leñador de las ramas de un árbol y el campanero del cordel de las campanas.

No es sólo concepto de desgracia lo adverso de nuestros propósitos, lo contrario de nuestros apetitos, lo dramático, el accidente en el mar, en el aire, en la carretera, en la fábrica, en la mina. No es sólo desgracia la pérdida del bienestar, el extravío de la hacienda, el dolor de lo trágico, la desaparición de un afecto que era en nuestra vida como una estrella de oriente. Existen adversidades que remellan más el ánimo que estas cosas naturales o raras. Desgracias como consecuencia de lo insidioso, del pesar inconfesable por aquel prestigio ajeno que queremos romper; de la calumnia, del falso testimonio, de las palabras... Duele más intensamente un golpe en un sentimiento profundo, en lo honesto de una conducta, en lo ejemplar de una actitud, en lo limpio de una imaginación, que un desgarrar anatómico o que un morbo corporal. Se olvida más pronto un dolor fisiológico que una aflicción del espíritu producida por los filos de la envidia, de las palabras de la mala fe que van cortando serenidades, enturbiando nuestras amables penumbras, abriendo simas en nuestros parajes predilectos. Sí, la desgracia viene por cualquier camino. La trae el viento, el agua, la centella, la nieve, el fuego, la enfermedad, la ruina... Y las palabras, que también son a veces lo mismo que vendavales, lo mismo que vientos y



centellas, como furias de torrente y golpes de mar. Caminos de alegrías, de pobreza, de renunciación, de abundancia, de orgullos, de humildades. Por cualquier parte, por cualquier horizonte de claridad o de sombras, por cualquier resquicio llega la adversidad tocando su campanón roto. Unas veces la estimula un capricho. Otras veces una manía, una negligencia, una ambición, una torpeza, una prisa. Hoy nos la ponen delante los otros, y mañana la sacamos del cuenco de nuestro ánimo como se saca el veneno de un frasco. Sale de nuestros pensamientos, de las tinieblas o de las luces de nuestra moral, de la velocidad o de la lentitud de nuestros deseos impacientes. O se desprende de la actitud de los demás, de esos regustos secretos, monstruosos, que saborean los hombres cuando ven derramar las lágrimas que ellos querían ver salir, cuando contemplan la amargura que ellos deseaban contemplar, cuando escuchan las quejas que hace tiempo esperaban oír...

La desgracia de esos niños de Londres, de los niños de muchas partes del mundo, ha venido por los caminos de la vanidad y del orgullo de los padres. Es una consecuencia de condiciones seculares injertadas en convencionalismos nuevos. Predominio eterno del exterior, de la envoltura, de lo que ve la gente. Es el miedo al mundo, a la murmuración, a la burla, al desprecio, al tópico de ese «qué dirán» que embaraza la práctica de lo que se siente, de lo que se desea... La desgracia de esos niños es también una perdurable consecuencia de actitudes sociales para los que ven desaparecer su bienestar, su fortuna, su lujo. El mundo satiriza implacablemente, suele reírse de estas caídas, de estas ruinas, de estas hondas angustias. Quien pasa por el trance de verse pobre después de haber gustado el panal de la riqueza, teme a la burla, a los gestos descarados, a las miradas frías de los cínicos. Y quiere sustraerse a esas actitudes ajenas, unas veces disimuladas y otras veces atrevidas y violentas. El sabe que el fracaso es uno de los infinitos motivos que divierten al mundo. Porque la gente se divierte muchas veces con las zozobras, con las preocupaciones, con los dolores de los que tropiezan en la imposibilidad, en lo adverso, en la miseria.

Una caída en la calle estimula el regocijo de los transeúntes. Nos acercamos presurosos a preguntarle si siente algún dolor, si el golpazo ha sido fuerte. Y aguantamos la risa, apretando los dientes o inflando los carrillos o escondiendo los labios con la mano... El caído dice que no siente dolor alguno, que no ha sido nada, que se encuentra perfectamente bien, como antes de resbalar. Y sonríe para engañarnos, para que le creamos fuerte, haciendo grandes esfuerzos para no soltar una queja, un juramento, una furiosa interjección. Y finge también regocijo. Trata de envolver en humor el pequeño drama...



Pues lo mismo sucede con los que tropiezan o resbalan en sus circunstancias. Saben que la gente se ríe, ven su regocijo, presienten las carcajadas a punto de estallar. Y fingen su opulencia, su comodidad, su contento con los miserables residuos de sus bienes. Conocen la eficacia de la apariencia, lo que significan unas sortijas que relumbran como candelas, un traje de lienzo caro, un palco del teatro, un té en un salón de moda, hasta un féretro de madera cara cuando uno se muere... Todos los restos de la hacienda empleados en mantener la apariencia de un señorío que soporta el hambre silencioso, sonriente, pasando y repasando los dedos por las teclas de un viejo piano...

Pero a veces, señor René Bazin, el escritor estrella su ingenio contra la imposibilidad de las soluciones. Existen defectos universales que no tienen enmienda, culpas que no pueden corregirse, torpezas sin contrición, costumbres que jamás encontrarán rectificaciones, maneras que no pueden suavizarse. El escritor, entonces, tiene que limitarse a describir, a compadecer. Hay defectos que son eternos, lo mismo que el hambre, lo mismo que la sed, lo mismo que el sueño. La vanidad, el orgullo, la avaricia, el temor, son condiciones naturales como el ruido del río y del mar, como el bramido del viento o la risa o el llanto. Decir al mundo que compadezca al caído, que no se burle, que consuele —que es la única medicina de estos males— es lo mismo que decir al viento que no brome y al mar que no se enfurezca y al trueno que deje de retumbar...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 18-II-1934.

#### 432.—ESBOZOS. EL CAYADO Y LA GUBIA

Dejarías muchas impaciencias dolorosas en los colores silvestres, en la albenda de los prados, en las arenas oscuras de los arroyos... Tú también vienes de allá, de las colinas, de los molinos rotos, de las cercas de zarzamora y de espino. Todos los artistas que vienen de allá han dejado en los aires de labranza muchas tristezas que la gente no comprende... Tú también vienes de allá, de los portales anchos, de las callejas, de los huertos, de las cuestecitas de los seles calvos. Traerás recuerdos de mirlos, de molares de piedra, de ojos grandes y dóciles de vacas duendas, de chasquidos de ramitas

nuevas, de martas, de plumas lucientes de azores... Y también memorias profundas de vientos, de escajos, de borona dura, de cansancios, de fríos, de ventiscas, de grandes impacencias. La poesía y lo dramático como un rosál y un espino, como una romería y un embargo, como una corza y un lobo. Aguas de remansito redondo de fuente montés en tus recuerdos. Aguas de torrentes, que son los baladros sordos de las hoces pindias, estrechas, que se llevan rutando todo el invierno como un enfado de mito escondido entre las peñas. Tú estarías allí, meditativo, con tu cayado, pensando en las cosas humildes en que piensan todos los pastores del mundo. El cantar de aquel arrendajo te parecería el ruido de un cerrojo. Y meditarías en el motivo de esa extraña semejanza hasta que el pájaro se echara a volar repentinamente. Pensamientos cautivos en el rumor de unas hojas, en el repiqueteo de unas abarcas que se acercaban, en los saltos de un perro barcino, en el glu-glu constante del agua. Sensaciones aderezadas con ruido de vendaval, con vientos fríos de tramontana, con remolinos de nieve, con lluvias finas del mes de abril, con arpegios, con colores de brezos, de malva, de rozo, de lastra, de sendero, de paisaje quemado en el otoño.

Toda la vida de la naturaleza mandando en el espíritu, en la idea, en el ingenio, en los conceptos. Y entre estos rumores y estas pinturas eternas de las cuatro estaciones, sentiría los brincos de la inclinación instintiva y secular de todos los pastores: el amor a la madera, a la legra, al filo que va labrando y puliendo el haya, el abedul, el fresno.

Estabas rodeado de arte en el pueblo y en el monte. Veías al arado pintar líneas morenas, haciendo paisaje de labranza. Veías el dalle borrando el verde del prado, calumniando el matiz, tallando el relieve del lombillo. Y la azuela con su peso brillante traginando, imitando los picotazos de las aves, en un trozo de nogal, de haya, de alisa encarnada, que luego se convertía en una colodra, en una abarca, en un talo redondo, en una masera pequeñita de cabaña, en las cambas de una rueda. Te rodeaba el arte en los seles, en las calles silenciosas de tu pueblo, en las iglesias. Cristos viejecitos y toscos de los humilladeros; imágenes de las hornacinas y de los retablos de las capillas antiguas; bancos de respaldo tallado, filigranas de piedra en los escudos, ruelas con pájaros labrados, con saltamontes, con cabecitas de nutrias y de golondrinas. Y la inclinación del pastor que aprecia a la madera, que le entretiene y le da un regusto de actividad primitiva.

Unos hacen jarritas con un pico agudo como el de un cántaro de cerámica rural; otros construyen zapitas de boca redonda, arquitas para las joyas de los señores, cucharas pulidas, refinadas con cristal, miniaturas de rastrillo, de yugos, de aladros, de maseras, de almireces. La madera es el recreo del pastor; es como esencia de sus horas, de su carácter. Su leño

y su navajita como dos complementos imprescindibles de su traza. Tú apreciarías también a la madera. Es posible que comenzaras labrando una cabeza de novillo en el puño del cayado. Después enredarías en un trozo de quima tierna. Te pondrías muy contento con aquel testuz, con aquellas alas de milano, con aquella cara de hombre, con aquel semblante de nazareno. Tu navajita (¿no guardas aquella navajita?) seguiría labrando rostros de labradores, la cara del bobo de la aldea, el semblante de un molinero, de un guardamontes, de una niña. Amor a la madera, que es la cualidad más constante de las pastorías, un abolengo fino de antigüedad remota, la labra más firme y más prestigiosa de las pellizas, de los zurrones, de las zaleas...

Tu vienes también de allá adentro, donde los vientos y los matices, en una armonía natural, dan ritmo a los pensamientos, a los gustos, a las tristezas, como si los colores campestres se le metieran a uno en el ingenio, en el carácter, en el alma...

Yo no conozco a este muchacho, a este joven y habilísimo artista, que guardó ganados, como Emilio Bourdelle, el escultor francés. No sé cómo es su rostro, ni si es pulcro o descuidado en el vestir, ni si es vehemente o lento en el hablar, robusto o cenceño, alto o rebajete. Un libro nos hace amigos de su autor; un verso, del poeta que le creó; un cuadro, del artista que dejó allí la imaginación, el temperamento, el brío. Así resulta que uno es amigo de muchas personas a quienes no hemos visto nunca. En la infancia fuí amigo íntimo de Hoffmann, el de los cuentos de los mayorazgos, de los toneleros, de las minas, de los pucheritos de oro... Después fuí amigo de los años y de las leguas de Gabriel Miró, de las aldeas y de las estepas de Ivan Bunin, de los cortejos populares de Bojer, el noruego; de otros muchos ingenios que dan a la vida, al campo, a las palabras un sentido tierno de lo humano. Conversaciones extensas, interminables, con estos grandes amigos, en una penumbra de casa sosegada con unas baldas de pino, con unas ringleras cortas de libros, con unas oleografías de rebujales, de cordilleras, de bodas aldeanas...

Yo no conozco a este muchacho y ya me siento amigo íntimo de él. Hay afectos profundos que nacen repentinamente ante una frase escrita, ante una pincelada maestra, sin saludos, sin conversaciones, sin el trato amable y permanente en el paseo, en los parajes predilectos. La noticia de una existencia dolorida, de un arrebató noble de la dignidad, de un sacrificio, despiertan la simpatía cordial y ancha. Uno quisiera haber sido compañero de aquel poeta, de aquel filósofo, de aquel aventurero, de los personajes de aquella novela, del autor de aquellas imágenes. Es la actitud, la conducta, el trance, los caminos de aquellas personas buenas, sus cansancios,

sus fiestas, su vicisitudes, sus méritos extraordinarios, lo que nos hace sentir esas misteriosas sensaciones de atracción. Por eso yo me siento amigo de este Mauro Muriedas sin haber hablado nunca con él. Me han contado su vida —comienzos de biografía interesante, desgarrada, dolorosa, honesta— y sé, por voces amigas, de sus afanes, de sus luchas, de sus quebrantos. Después vi su exposición de escultura en el Ateneo de Santander. (Está muy mal que haya pasado casi desapercibida esta notable exposición, alba primaveral de un gran temperamento). Mi amistad nació allí, ante aquellas figuras perfectas. Mis ojos conversaron con su arte, con las sienes de sus creaciones, con los trazos estéticos y armoniosos, finos, que fue dejando su herramienta en el leño. Su herramienta, que obedece dócilmente, contenta, desenvuelta, a una técnica calentada con sensibilidad, con talento, con candelas de corazón y de ingenio.

La iniciativa bien expresada en formas orgánicas; delicada y real la fijeza de la actitud; exacto el tipismo de las proporciones; bien reflejado el distintivo de los caracteres, la peculiaridad del gesto. Mauro es dueño de la expresión en su aspecto popular. La observación y las maneras del artista compenetradas con el esfuerzo de entusiasmo, de brío moral, de juventud, que es menester estimular y proteger para que no se canse, para que no se malogre, como otros, injustamente desamparados en sus comienzos...

La expresión, la expresión como vena del secreto. Rostros de madera que parecen rostros de carne, con sus melancolías, con sus meditaciones, con las indiferencias, con las ansias. Vida de estados de ánimo. El sentimiento, el reposo, la tristeza, el hastío, marcados en un leño trabajado por manos jóvenes que un día agarraron el cayado, como Bourdelle, en el regazo de las colinas...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 25-II-1934.

#### 433.—ESBOZOS. ELOGIO DE LA BORONA

*A don Jesús de Cospedal, creador fecundo de iniciativas, patriarca de la pluma, constante en el entusiasmo, en el amor a la vida campesina, en la que echa todos los martes el rocío y el aire de su cerebro y de su espíritu...*

La Diputación Provincial ha acordado conceder premios a los labradores que más se destaquen en el cultivo del maíz. Está muy bien. Es téc-

nica forzosa de todos los tiempos remover el estímulo con recompensas. Lo mejor sería que cada cual practicara las virtudes sin pensar en el premio. Pero esto es una utopía de moralista y de poeta. Es menester estímulo de recompensa para todo: para ser leales, para ser justos, hasta para lo que va en beneficio de nuestro bienestar, de nuestro sosiego, de nuestro porvenir. La recompensa es motor de buenos o de malos movimientos humanos, acicate prestigioso de ira o de mansedumbre, de esfuerzos, de prisas, de puñadas, de docilidades...

El maíz, elemento esencial de tradición y de porvenir. El maíz retemblando en la tolva, formando como colinas de sol en las estancias soladas de castaño, entre las paredes ahumadas de las cocinas, en los desvanes con claridad humilde y tímida de tronera. Maíz gordezuelo, con su piquito trigüeño, de la leyenda cantábrica del sembrador y del molinero; maíz de las alforjas de los pobres vagabundos con escarchas y relentes en las barbas; maíz de los diezmos antiguos en talegas pajizas con cordones retorcidos de cuero. Este color suave, luciente, rubio, como pintura natural de costumbres laboriosas, de paisaje de tierra morena con unos carros puntiagudos y blancos, con maconas anchas y redondas de listones pálidos, con yuntas mansas que esperan quietecitas a que se llenen las estirpias. El maíz, sustancia de lo viejo y de lo nuevo, lo mismo que el trigo en Castilla y las vendimias en La Mancha y las redes en los pueblos de las orillas del mar.

No se puede desposeer a las cosas de sus rasgos distintivos, arraigados en el espíritu y en el organismo. El maíz es fisonomía vegetal de ambiente de raza, de movimientos de lo histórico y de lo moral. La historia de la Montaña es un ajeteo insistente, una renovación hacendosa de celemines, de deshojas, de desgranaduras, de ascuas y cenizas apretando la borona; de ruedas de molinos, de maseras que parecen barcas diminutas cargadas de polvo de cereal. El maíz, distintivo de personalidad cantábrica. No concibe uno a los corredores sin ramos de panojas en los pinos de las vigas; a las viejas, sin un montoncito de grano en el regazo oscuro, desgranando lentamente; a los desvanes, sin ese color de sol bueno de las cosechas, extendido en las tablas, tapando las grietas, cubriéndolo todo de oro arrancado de la mina de la mies. No concibe uno al campo sin esos nublados de humo del otoño, cuando se queman los montoncitos de cañas secas, ásperas, donde creció la panoja en su envoltura verde. Ni un jergón de casa pobre sin el crujido de la hoja; ni una muchacha sin su cestito de mimbre, echando grano rubio a las gallinas; ni un anciano sin su manojo de hojas finas para liar el pitillo; ni una cocina sin un yezo apretado, sobre un taburete. El maíz enjundia de cansancios de casta, de alegrías, de impaciencia, de serenidad,

de alimento, de fiesta. Creador de sensaciones, y elemento imprescindible del terreno, de las energías corporales, del abolengo etnográfico. Cada pueblo tiene sus características de trabajo, su peculiaridad tradicional en el esfuerzo. En unos son los olivares; en otros, las cepas; en éstos, el trigo, el lino, el centeno; en aquéllos, los naranjos... Aquí es el maíz, el maíz, que es como el temperamento de la tierra, como una labra heráldica de la actividad, como naturaleza peculiar del tempero, del clima, de la herencia, de la vida del campo y del hombre...

Y la borona, la borona, con su corteza de oro viejo, de hoja seca de castaño, de retablo antiguo, de ladrillo cubierto de ceniza clara, humeante, con sus arrugas de rostro venerable, angustiado de calor. Borona pequeñita y delgada de los pastores; borona ancha de las familias, atotogadita en el lar, vestida de hojas humedecidas, escondida en polvo de astillas olorosas, en ascuas de roble, de ramas viejas y estériles de nogal, de quimas destrozadas en el monte, o en el huerto o en la lera por las hachas de mil filos de los vendavales... Hay que hacer un poema a la borona, como se ha hecho con las viñas, con el trigo, con las olivas. Primero el aladro, de traza primitiva, escueto, tirando líneas derechas de linde a linde, bruñendo los terrones, tallando la llanura del valle. Después los tambaleos del rastro, sus pinos repeinando los surcos, desmenuzando la besana, borrando las rayas profundas. Y los mazos de majar, con su pico pulido, golpeando con furia. Y las azadas de las salladoras, su ritmo secular, su escarabajeo ligero, cuidadoso, alrededor de los maíces recién nacidos, con un agraz inocente de tallo, con sus hojas frisadas, débiles. Después las despuntadoras, con su navajita leve, con el delantal recogido. El cambio de matiz de la mies; su tránsito del verde al pajizo; el rumor del aire cuando los maíces están altos, intactos; la ondulación de sus cimas, su brillo en las noches luneras. El estrépito de la lluvia en las hojas largas, estrechas, puntiagudas. Hay que hacer un poema a la borona, a su corteza nutrida, a su meollo amarillo, a las ampollitas negras que salen en las rodajas cuando se ponen a calentar.

La borona, señor, la borona, tan llena de humildad de campo. Al cortarla parece que mete uno el cuchillo en oro tierno, extraño, de minas de mito, ablandado por un conjuro de leyenda. Un poema al cernedor, a su vaivén rápido, a su aro polvoriento con sedimento de muchas moliendas. Y al tic-tac presuroso de la cítola y las vueltas lentas de la rueda, y al agua, que es remanso inmóvil en la presa y estruendo y coraje debajo del molino, como genio de hombres tímidos, bondadosos, convertido en ira, en manotazos, en voces ásperas y precipitadas. Y el aire jovial del molinero al medir la maquila; el rumor del agua caliente al caer en la masera con su cotería



de harina; las palmaditas suaves, rítmicas, en la masa para formar la torta; la jaculatoria antigua mientras se limpia el lar abrasado; el humo de la corteza al salir de su cobijo de ceniza y de brasa; los golpecitos cautelosos con la paleta para saber si ya está cocida. La borona, que es signo clásico de nuestro abolengo, sustancia histórica y moral de las épocas montañosas, espíritu, energía, temperamento... Un poema a la borona, a sus trozos esparcidos en las mesas a la vera de las escudillas; a su corteza fuerte, con surcos morenos, con arrugas del color de la miel, con manchas parduzcas, doradas, negras, con puntitos casi bermejos...

El menosprecio de la borona determina el comienzo de una época montañesa, más concretamente, con más precisión, que otro accidente excepcional del tiempo. Lo decadente de estos pueblos es, ni más ni menos, que una consecuencia de ese aborrecimiento y del aprecio a otras actividades interinas, pasajeras, sin cimiento firme en las desenvolturas rurales. Cuando se busca la prosperidad por conducto de técnicas económicas que no favorecen a nuestros propósitos, que amohinan más que las maneras antiguas, que nos derriban en vez de levantarnos, no hay más remedio que volver a lo conocido, a lo familiarizado con el ambiente, con el terreno, con lo etnográfico. Esto no es retroceder en la civilización. Regresar de la necesidad, de la ruína, del fracaso, del sobresalto, de la angustia, a ese término medio que, si no es la comodidad, tampoco es la miseria, no es motivo anacrónico en la marcha de la historia. Es como guarecerse de un vendaval, de unas centellas, de unos vientos malos. La decadencia se inició en el instante en que la borona fue aborrecida. Y el renacimiento está precisamente en el antagonismo de ese desprecio, en el ruido de los molinos ahora silenciosos, en los maizales extensos, en la vuelta a la borona... Sí, sí, en la vuelta a la borona, que no es desacato al tiempo ni al progreso.

El concepto puro de civilización, en diversos aspectos de la actividad, se encuentra a veces en lejanías pasadas, en modos olvidados, entre las cenizas de los viejos trajines...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 4-III-1934.

*Es muy lamentable que en las Bibliotecas de ciertas agrupaciones de diversas tendencias se desdeñen las obras de grandes escritores, por motivos ideológicos.*

Hay que trazar un ecuador entre el hemisferio de las ideas y el hemisferio del arte. Unos versos pueden ser magníficos, aunque no estemos conformes con la doctrina que exalten, aunque sean una antítesis enérgica de nuestros pensamientos. Dentro del arte, el prestigio es consecuencia del modo de construir, del brío de la frase, de lo caliente de las sensaciones, de la belleza que transvierta del color, del ingenio, de la forma, de la técnica. Un volteriano que posea un criterio puro de lo artístico, no hace mella en sus convicciones elogiando el estilo, el frenesí religioso de un místico del siglo XVI. Ni un cristiano desacata el dogma, el espíritu de su creencia, la sustancia de la ley ortodoxa, encomiando algunos capítulos de Gorki o de Goethe, el enemigo tenaz de la cruz. Galdós elogió a Pereda y Pereda elogió a Galdós. Para el uno, era Dios el amo de las estrellas, de los matices del campo, de la noche, del día; el Señor de los vientos, de las aguas, de los remansos, de las tempestades. Para el otro, todo obedecía a riendas y a impulsos naturales, a causas desposeídas de toques de Divinidad. Un camino de tradición, saturado de fe, de esencias religiosas, de herencias clásicas. Y un camino que se apartaba del primero, que discurría por otros climas ideológicos, que atravesaba otras colinas y otros valles. Esta conducta marca la distinción entre las ideas y el arte, entre el pensamiento y la estética. Se pueden sentir profundamente las emociones de los personajes románticos de Víctor Hugo y las emociones de los héroes cristianos de las novelas de Chateaubriand, desenvolviéndose en ambientes dispares, con otras costumbres, con ansias distintas, con conceptos diferentes acerca de lo conocido y de lo misterioso, del hombre y de la Naturaleza, de la humildad y de la culpa, del premio y de la recompensa.

Arte en una imagen que recuerde penitencias asombrosas de anacoretas, suplicios, castidades, martirios. Arte que refleje angustias, serenidades, resignaciones, arrepentimientos, dulzuras en rostros de expresión ascética. El no creyente tiene que alabar la amargura de esos semblantes, el color de júbilo o de muerte, el gesto de dolor o de esperanza, las lágrimas que parece que están corriendo por unas mejillas demudadas; el aire de súplica, de contentamiento, de fe, de arrobo a lo divino... Arte en una imagen que recuerde maneras mundanas, gestos de ira, de avaricia, de escepticismo, de

vicio; todo lo ausente de la piedad, de los nimbos de los justos, de la poesía de las figuras cristianas en un circo romano, en un desierto, en una gruta, en un templo, en una cruz, en una lumbre... El creyente, en este caso, tiene que alabar, también, el reflejo fiel de las actitudes, la destreza del artista, su inspiración, la viveza del color, la fantasía, el estilo, el contraste de matices y de luces, la unidad de la composición, lo anatómico, lo expresivo, lo espiritual. Se puede rechazar el motivo que inspiró la obra artística, la calidad del asunto en desacuerdo con nuestros gustos o con nuestras ideas; pero no la manera de hacer, los trazos, las líneas, la técnica del dibujo, si ella responde a normas bellas y concretas y sabe poner cosas escondidas del ánimo en los ademanes y en los rostros...

Concepto del arte y concepto de las ideas. No deben mezclarse ambas cosas. Es menester respetar la belleza creada por temperamentos, por costumbres, por gentes que pensaron y piensan de modo distinto al nuestro. Arte de naturalistas, de sentimentales, de místicos, de mundanos, de popes, de rabinos, de sacerdotes católicos, de pastores protestantes, de librepensadores. No ver en la belleza caracteres de política, de tendencia social, de ideologías atrevidas o dóciles, tradicionales o nuevas, religiosas o heterodoxas. No confundir la personalidad que da el credo, la fe, el carácter del pensamiento que nos parece mejor, más eficaz, más humano, más racional para arreglar las cosas del mundo, con la personalidad que da el cultivo del arte en forma de colores, de letras, de imágenes, de estampas, de relieves. Hay belleza en un manantial, en un tránsito exornado de hierbas verdes, de plantas, de árboles. También en una cisterna solitaria, polvorienta, en un cauce reseco, en un álamo perdido en la llanura, en una peña descarnada, en un paraje desnudo del adorno vegetal. En los múltiples antagonismos de la Naturaleza, de las épocas del año, de los climas, de las sensaciones, de las creencias, de los gustos de los hombres, se encuentran aspectos de arte eterno. En un enfado y en un contento, en una indocilidad y en una mansedumbre, en una ira y en una resignación...

La poesía del arte, lo mismo se desprende de un paisaje de rocas, de suelos abruptos, de grietas, de estepa, que de un panorama de bosque, de tierra jugosa y sembrada, de los matices de unas leguas de campiña. Lo mismo de un corazón encendido de anhelos humanos que de un espíritu abrasado de deseos divinos, cartujano, lleno de humildad nazarena. Por eso, al hacer tala o exaltación de las obras artísticas, es menester separar de la tendencia doctrinal el criterio puro de la estética. Censurar con acritud, con energía, con insistencia el cariz de la idea de un ingenio si no estamos de acuerdo con sus normas respecto a la orientación de la marcha del mundo, para llegar a este o aquel hito, para enderezar o para torcer estas o aquellas

inclinaciones colectivas, para apartarse de estos recodos o aproximarse a aquellos linderos. Pero haciendo la salvedad justa de su mérito como artista; de la emoción, de la delicadeza, de la filosofía que sabe crear. El poeta, el pintor, el que maneja la herramienta de la Escultura, formando intensas emociones en letras, en colores, en madera, en piedra, en arcilla, no debe encontrar en su camino la dificultad exterior de sus ideas como tropiezo que pone el mundo al talento y a la vocación. La misma fe de estos hombres, su entusiasmo por la doctrina acogida en su ánimo, puede convertirse en fuente de arte, en trozos de antología perdurable, en modelos de estilo y en ejemplos de brío literario. Es el mismo caso del letrado que defiende al delincuente y del letrado que le acusa. Las dos oraciones, inspiradas en pensamientos encontrados, pueden alcanzar idéntica elocuencia, la misma belleza, análoga forma típica...

Hay que abrir una sima entre la idea y el arte. No confundir ambos aspectos del sentimiento con menoscabo de la poesía, del genio, del lenguaje. Yo recreo mi espíritu con páginas de diversos y antitéticos temperamentos. Unos piensan en la infalibilidad de un dogma clásico, antiguo, latino, y otros meditan en causas y en efectos alejados de raíces tradicionales. En el mismo sitio donde unos ven la verdad, ven otros el yerro. Donde éstos encuentran motivos de apología caliente, fervorosa, magnífica, hallan aquéllos estímulo de duda, de reproche, de desobediencia. Unos creen escuchar arpas y salterios donde otros creen oír sonidos desapacibles y duros. En estas dos imaginaciones, en las palabras que expliquen tan opuestas perspectivas, puede vivir idéntica calidad de arte. Un sectario puede crear hermosas imágenes, estilo, pureza de léxico encomiando sus principios morales. En una diatriba de estos fundamentos, hecha por un carácter opuesto, también puede encontrarse ese léxico, ese estilo, esa originalidad de la imagen. No es el arte patrimonio de una tendencia ideológica determinada. Es vendimia de ingenios movidos por diferentes criterios...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 11-III-1934.

*En estos tiempos de grandes reformas, de impulsos a la asistencia social, no hay que olvidar que existen muchos niños ciegos sin amparo.—José María Viñual.*

Yo soy amigo de un niño ciego. El niño ciego no es como los demás niños. Parece un ánimo anciano en un cuerpo jovencito. Su andar, reposado, lento, da sensación de cautela temerosa, como si no tuviera deseos de llegar a ninguna parte. Yo soy amigo de un pobre niño ciego. Su bastoncito de espino, toca la arcilla de los senderos, el polvo de los feriales, las piedras de las camberas, del monte, de las trochas. Siempre caminando despacio, con su palo de espino, con su chaqueta remendada, con sus zapatos de peregrino desaseado y triste. Le encuentro descansando en el pretil de un puente, en el banco de piedra de un viejo mesón de la carretera, en un campito pindio de orilla de vereda. Unas veces camina hacia la villa, hacia una feria, hacia una romería, que son las mieses de sus cosechas, los ríos de sus butrones, los céntimos de su bolsita de cuero. Otras veces regresa de un pueblo lejano de la otra parte del monte, transido, polvoriento, reseco de tanto repetir la antifonía de la oración y de la súplica en los portales de la comarca. En los breves descansos, su lazarillo le parte unas nueces, le monda una manzana, le anuda los cordones de los borceguíes. Su lazarillo es un anciano cenceño, de espaldas rendidas, con unas barbas revueltas, canas, con una cachava de cerezo... Hombre del pastoreo, de la labranza, de la majada o de la mies, triste consecuencia de cansancios, de energías destrazadas, de ánimos perdidos en las cuestras, en los bancales, en los resoles, en las escarchas. La mies y la majada expulsan a los hombres que ya no pueden más, como a las yuntas viejas que se cansan en un repecho. Este viejo hizo hoyadas, miles y miles de surcos, derrumbó árboles, arregló caminos. Cada golpe de apero, cada esfuerzo, cada línea de besana, eran como pasos hacia la miseria. Unos trabajan y van construyendo el descanso, el alivio, la relativa tranquilidad futura con el vaivén de la herramienta, con el palpito de las actividades artesanas, de la impaciencia mercantil o del afán intelectual. Otros trabajan y van construyendo la propia miseria, aunque sean más rápidos aquellos vaivenes, más intensas aquellas impaciencias, aquellas palpitaciones. Todo es enjundia de suerte, de carácter, de ambiente. Este anciano recorrió leguas de labranza detrás del arado, de los rebaños, de los carros, de las esquilas. Leguas de tempero que se iba labrando con idas y vueltas de la reja puntiaguda, incansable, bruñida de sol y de tierra.

Leguas monteras, de cumbre a cumbre, con la responsabilidad primitiva de la guarda pastoral, tan señera, tan calurosa y tan fría, tan de Antiguo Testamento, tan saturada de siestas, de carreras, de resoles, de vendavales...

Ahora son caminos largos, inmensos, de pobreza vagabunda, llevando de la mano a un niño ciego que le pregunta cosas inocentes de las aguas, de los carricoches que pasan, de los árboles, de los automóviles, de las estrellas. Oigo sus palabras de súplica antigua, palabras de herencia eterna, que son como invocaciones inalterables de la desdicha de todos los tiempos, de todos los países, de todos los idiomas. Después se marchan a otra puerta. Siempre las mismas palabras, lentas, monótonas, humildes. La voz del viejo parece el rumor de un campano herrumbroso, con muchas manchitas cárdenas, golpeado suavemente con el cuento de un cayado. La voz del niño es dócil, delgada, tímida. Desgracia con experiencia de sabores monteses, de caminatas en mieses y serranías cantábricas, que respiran cierzos y ábre-gos. Y desdicha que empieza a crecer en unas tinieblas, agarrada a un palo de espino, a una mano seca y débil, paseando sus horas tenebrosas por los caminos vecinales, por las camberas de las mieses, por los campos... El lazarillo advierte los escalones abruptos y desiguales de los atajos, las paseras de los arroyos, los tropiezos de peña y escajo de las vargas, los hoyitos de las veredas retorcidas como barrenos. A veces, en los tránsitos arriscados, en los vados anchos, en las pendientes resbaladizas, que tienen como reflejos de estaño a causa de la lluvia, el viejo carga al niño en sus espaldas y le lleva despacito, cuidadosamente, sintiendo esa otra responsabilidad primitiva, que unas veces es consecuencia del afecto, otras veces de la servidumbre, de la lástima, de la recompensa. A la otra parte del tránsito abrupto, del río, de la pendiente, el cieguecito vuelve a caminar, muy contento de aquel alivio del itinerario. El viejo jadea, se pasa la mano por la frente y sigue el camino, ahumando sus barbas con el vaho negro de la pipa.

Delante está la montaña o la carretera como estímulo de limosnas próximas o lejanas. No existen más estímulos para este ánimo sumido en una decadencia de esperanza y de brío; ni para este otro ánimo infantil, sin candelas de pupilas vivas, reconcentrado en su oscuridad, en su noche sin alba, con la eterna venda de sombras en los ojos...

Yo soy amigo de un niño ciego. Un niño ciego no es como los demás niños. Tiene el rostro de hombre inocente que ha envejecido sin arrugas, sin pecados, sin remordimientos, sin celajes y truenos en el universo simplificado de la conciencia. Siempre con su expresión meditativa y resignada, con su aire de formalidad prematura, con la cabeza erguida y los ojos muy abiertos, como si contemplara, lleno de curiosidad complaciente, unos pano-



ramas misteriosos, un mundo secreto, inédito para los demás hombres; un mundo de colores, de formas, de extensiones infinitas...

Converso con los padres de mi amigo en una estancia ancha de casa labradora. Esta casa estaba mohina, apretada de necesidades, miserable, triste. La aparcería era insignificante para evitar esos profundos agobios. Unas estirpias de panojas, una pareja de bueyes rumbones, arrendados; un huerto de alquiler. Una parte pequeñita de lo esencial, una colodra de grano donde hacen falta muchas colodras, unos céntimos donde es menester un doblón, unos puñaditos donde son necesarios varios celemines.

Todo era escasez y suspiro antes de que el niño comenzara a caminar por los pueblos. Poco a poco la casa fue medrando mientras el viejo y el niño desenredaban itinerarios, lentamente. Botijos nuevos en los huecos redondos del cantarero, ajetreo extraordinario de la artesa, unas ovejas, una vaca de pelo fino, tasugo, con cara mansa de corza gigantesca. Todo con los cansancios, con los fríos, con los calores del niño y del viejo, como si su cachava y su bastoncito fueran conjuros que apartaran la miseria, la desazón, la tristeza, de la familia. La desgracia de mi amigo es la que va formando la felicidad de los padres y de los hermanos, su alcancía, su hacienda, sus propiedades de terrones y recillas, de manzanos y de nogales. El anda desaliñado, con su chaquetón de remiendos, con su boina agujereada y descolorida, envejeciendo en la infancia, su paso a paso de calzada y de vertiente, persignándose en los umbrales, rezando por las ánimas, por las tierras, por los ganados... Yo converso con los padres de mi amigo el niño ciego. Por los ventanos entran hojas de ramitas de laurel. Les hablo del hijo con la vehemencia que da el afecto, la lástima, el deseo de sacar una espina de un alma. El cieguecito y el lazarillo estarán ahora muy lejos, atravesando un pueblo, un monte, un trozo de carretera solitaria. Han salido esta mañana hacia el oriente, cuando más runfaba el viento. Converso con este hombre y con esta mujer de las cosas dramáticas, del invierno, de la ceguera de su hijo, de sus andadas más allá de los confines del valle. Elogio su inteligencia, su docilidad, su traza esbelta y fina, su carácter amable. Los padres se ponen contentos de mis alabanzas, añaden nuevos méritos a mi apología, bendicen esa inteligencia, esa docilidad. Después les hablo de lo bien que estaría el niño lejos del pueblo, en un colegio donde aprendiera una profesión que le apartara de la mendicidad. Y me ofrezco a ayudarles en los trámites necesarios para realizar esa idea. Los padres me miran ahora sin contento, recelosos, contrariados. Su expresión ha pasado repentinamente de la complacencia al enfado disimulado con una sonrisa falsa. Dicen que les da mucha pena separarse de él, que no se acostumbrarán a la falta de

su compañía, de su voz humilde y cariñosa, de los cánticos que silba de vez en cuando mientras desgrana las panojas del limosneo. Pero yo observo que no es el afecto ni la pena de la ausencia. No muestran los semblantes el duelo de esos pensamientos. Es lo otro, lo otro, lo que está a la banda de allá de lo afectuoso. Es el egoísmo, el miedo, la pérdida de esos puñaditos de hacienda que trae el hijo al regreso de sus peregrinaciones. No es cosa de cariño; es cosa de interés.

Sigo hablando del invierno, de las avefrías, de los temporales. En los ventanos se mueven las hojas de las ramitas de laurel. Ellos permanecen silenciosos, contemplando los tizones. Al salir me miran con recelo, con desconfianza, como si les hubeira amenazado con quitarles la artesa, las ovejas, la vaca...

Este es un aspecto antiguo del problema del niño ciego. Los padres egoístas, inclementes, como obstáculo, como torcedor del porvenir de los hijos...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 18-III-1934.

#### 436.—ESBOZOS. LA NOVELA Y EL MUNDO

*Hace falta convertir en ejercicio práctico, fecundo, permanente, la teoría literaria de la justicia y de la misericordia.*

La novela, como indicio literario y como perspectiva teórica de andanzas desconocidas, de parajes tenebrosos o amenos de sentimientos vulgares o extraños, de accidentes humorísticos o dramáticos. Casi todos los hombres conocen los meridianos oscuros de muchas vidas, las impaciencias ajenas, los caminos tortuosos de la miseria, los herreñales fértiles de la bondad extraordinaria, el recato del dolor silencioso por estímulo de una bella técnica de palabras, de estilo, de imaginaciones. Contacto espiritual con páginas que van formando nuestro concepto de las vidas vagabundas, de las penas estáticas, del manantial de los delitos, de las circunstancias tenaces en su adversidad, de todo lo que es aspereza, desesperación, culpa o arrepentimiento en caracteres amables o malvados. La vida, conocida a través de la novela, de una autobiografía, de unas memorias. No como consecuencia

de la propia observación ni de la experiencia remudada con nuevas incursiones en el dolor, en los orígenes de este agobio objetivo, de ese trance malaventurado, de aquellas caídas del ánimo, de la fe, del decoro moral, de las distintas facetas que constituyen la felicidad, el prestigio, el bienestar. El conocimiento de los tránsitos ajenos por caminos dramáticos, retorcidos, infinitos, suele ser producto endeble de lecturas artificiosas, obedientes, sumisas al itinerario, a los ámbitos, a la psicología geográfica, a la emoción, a los colores primarios o nuevos, al ingenio trabajoso o espontáneo del artista. Por eso recibimos las sensaciones como el eco tenue de lejanías, como rebote débil, como ruido ficticio del mar en una caracola puesta al oído a muchas leguas de la costa, ausentes de los pueblos que están escuchando siempre el rumor de las marejadas. Ecos de angustias remotas, de pasos lentos en calvarios lejanos. La novela es esto para el lector. Reflejo débil o intenso de conato de realidad; una bella mentira en la que no existe más verdad que el arte con sus tres características de sentimiento, de léxico, de imaginación; una hermosa hipérbole de vicisitudes aderezadas con áreas de paisaje, con recuerdos incoherentes de cosas vistas en distintos lugares, con virtudes o manías de diversas personas compendiadas en el temperamento de un solo personaje; una realidad de ambiente y de caracteres, de causas y de consecuencias, de movimientos y de ideas, transformada muchas veces por imperio de técnica, de moral, de criterio, por el temperamento, el gusto, el sentimentalismo o el humor del que escribe. Otras veces es la mentira con semblante de verdad. El ingenio adivina mortificaciones, pesares, duelos, circunstancias trágicas o venturosas, unas lágrimas o unas carcajadas, unos agravios o unos sacrificios. Cosas evidentes que se enredan y se desenredan todos los días, que corren por los arcaduces de la vida y saltan o se apaciguan en un ánimo. En este caso, el artista inventa las personas, las circunstancias, las horas, las conversaciones, las claridades o las nieblas del tiempo. Inventa también los hilos y los linderos de la trama, el desenvolvimiento de los personajes, sus costumbres, su cultura, su ignorancia. Pero existe una verdad o una serie de verdades humanas, concretas, inalterables, fijas en lo universal, como accidentes silenciosos o atronadores de la Naturaleza: el vicio, la virtud, la humildad, el orgullo, el afecto, el menosprecio, el hambre, la gula, el amor, el engaño. Es mentira el hecho, pero no la esencia, el recato o lo desvergonzado, la tara, el deleite, la acritud, lo amargo, lo huraño o lo jovial que describe esa página novelesca, puesto que el mundo vive de esos gestos, de esos sentimientos, de esas cualidades parcas, vivarachas, reposadas, glotonas.

La gente conoce el espíritu y el semblante trágico del mundo a través de la literatura. Busca emociones dolorosas, intensas, en los libros, en el

teatro, en el cinematógrafo; pero se aparta, egoísta, de la verdad cotidiana, errante, de esos motivos; del llanto real, de la miseria que palpita a su alrededor, de todo lo que necesita un apoyo, una frase cordial, un impulso de misericordia o de justicia. Nos atrae la vida aparente de unas personas, de unos hechos, de unas penas creadas por la imaginación del escritor, cautivas en una estética tipográfica, en un estilo, en un escenario. Sentimos sus sobresaltos, sus caídas definitivas, su estupor ante la desgracia que les está tundiendo, sus súplicas estériles, sus martirios. Nos compadecemos del frío de este niño, de la desesperación de aquel hombre, de las aflicciones de esa mujer, con una lástima literaria que sale de la letra, del arte, del momento inspirado del artista, de sus sentimientos, de su cerebro. La teoría de esos dolores, que son como siervos dóciles del autor de los paseítos de su pluma por el papel, nos estimula el llanto, el afán de remedio, el ansia de un consuelo espontáneo, eficaz, cordial, como un salmo, como una parábola galilea.

Experimentamos rachas de coraje ante la actitud de aquel malvado. Quisiéramos confundir aquella vileza, aquel propósito siniestro, esta falsedad, esa avaricia. Quisiéramos quitar los estorbos que impiden esta felicidad, ese descanso, aquella exaltación noble de lo bondadoso, de lo noble, de lo honesto. Leyendo unos capítulos de novela todos nos sentimos justos, leales, misericordiosos, complacientes, rebeldes, envuelta el alma en vahos de romanticismo. Rebeldías imaginativas contra un mundo retratado en letras, en ritmos de pensamientos, en reflejos de sensibilidad. Nos desazonan las ideas inclementes de los personajes, las bifurcaciones de aquel vicio que menoscaba la paz, el contento, la alegría de unos inocentes. Gustamos el deseo de encender aquellas lámparas apagadas en estancias morales por soplos de cólera, de venganza, de represalia rencorosa. Enfados enérgicos, sentimentales, repentinos, ante las conductas contrarias a la ética, a la amabilidad, a la compasión, al olvido de unos agravios insignificantes. Los semblantes taciturnos, doloridos; las escenas en que predomina la soberbia y estalla en sollozos la humildad, los momentos en que se teje una gran injusticia en el telar perpetuo de las malas acciones; los instantes en que los sentimientos son como piedras lanzadas con furia, como vientos de tormenta, como trallazos de unos mayores bárbaros; las horas, siempre monótonas, frías, impasibles, que presencian cavilaciones amargas, propósitos impotentes, quiebras y ruinas del amor, del agradecimiento, de los deberes fundamentales... Todo esto nos conmueve en la lectura. Hasta los temperamentos que tienen nuestros mismos defectos, nos son antipáticos, odiosos, indignos. Entonces el hombre muestra hostilidad hacia sus culpas, de un modo inconsciente, sin recordarlas, sin darse cuenta de sus máculas. Allí están sus ma-

nías, sus delitos, sus perezas para el bien, sus prisas para el deleite. Pero él no las ve: nada más que contempla las manías, los delitos, las sombras del otro, del personaje cuya psicología va perfilando el autor. Parece un justo censurando la vida de un pecador, condoliéndose y enojándose con unas costumbres reprobables que él practica casi todos los días. Mientras se pasan las páginas con su pequeño rumor de aleteo áspero, la mente rechaza todos los motivos que se oponen a la felicidad, a la iniciativa, al esfuerzo, a la idea ejemplar, al contento de los personajes de la novela, que es lo mismo que aborrecer todas las dificultades que impiden el relativo bienestar del mundo, del hombre, del infeliz por cosas del corazón o por efectos de lo económico...

Mas esa energía y esa lástima que experimentamos mientras leemos, se quedan allí estériles, muertas, en aquellas horas. El aire de la vida real reseca esas espigas sentimentales. Vuelve a cantar el egoísmo con su vozerón bárbaro en la celda íntima de la conciencia. Es como si un cataclismo hubiera hecho desaparecer a un paisaje; como un tránsito desde un verso a un mercado... Y hace falta borrar ese cambio tan brusco; el abismo que separa a las sensaciones de la lectura de las sensaciones diarias. Hace falta poner en la vida corriente la lástima, el enojo, la energía, el espíritu que gastamos teóricamente compadeciendo las amarguras, los desastres, de los tipos novelescos. Sentir por el hombre que pasa a nuestro lado, triste, roto, infeliz, una cordialidad idéntica a la que experimentamos por los hombres ficticios, imaginados, que lloran, sufren y tienen hambre de pan, de justicia, de afecto en unos capítulos de novela. Es la única manera de salvar al mundo...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 25-III-1934.

#### 437.—ESBOZOS. SAMARIA Y JUDEA

*Yo os digo que vuestra justicia tiene que ser mayor que la de los escribas y fariseos.—Jesús.*

Y era la hora sexta del día. Sicar se queda en la tramontana con el brillo de sus arenas angustiadas de calor, después del regocijo de las mañanitas puras retozando en las tierras de Samaria. Jesús va descansado del

camino. Senderos montuosos sin ventalles de ramas, sin sombras, sin brocales. Calina del mediodía en las pequeñas lomas rubias, en el páramo, en aquel hondón ancho que parece una bahía abandonada por el mar. Los discípulos del Señor se han ido a la ciudad a buscar alimentos. Soledad en el sendero, en los rebujales escondidos a la otra parte de los altozanos, en las sombras de los cedros alejados del camino, plantados por los patriarcas... Y un universo de rumores venturados, de ecos de amarguras y de felicidades, de candelas de misericordia en el alma de Jesús. Cerca está el pozo legado por Jacob a su hijo José, a la orilla del camino que va a Galilea. Sobre el arcón del pozo se sienta Jesús a descansar... Y llegó una mujer a sacar agua, con un ánfora bermeja en el hombro.

—Dame de este agua, mujer...

—¿Cómo tú, siendo de Judea, me pides de beber a mí, que soy samaritana?

—Mujer; yo soy la paz, el manantial de paz que nunca se queda enjuto. Todo el que beba de este agua, aun siendo del pozo de Jacob, volverá a tener sed; pero el que bebiere del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, porque ese agua se hará en él fuente de eternidad... Yo doy el agua pura de la paz, del perdón, de la misericordia... Ya llega el tiempo en que no se adorará en vuestro templo ni en el de Jerusalén... Samaria tiene que amar a Judá y Judá a Samaria. Y el que tiene salud, al que padece de enfermedad. Y el sano, al leproso.

Y pasados dos días, prosigue el Señor su viaje a Galilea. Se va acercando a la noche del huerto de los Olivos. Es también la hora sexta del día. Más rebrillos de arenas calientes en la llanura con huellas de camellos y pies descalzos. Neblina de bochorno oriental en los horizontes que miran a la Palestina, a las vertientes del Esdrelón, a las cumbres suaves y pequeñas de Silo y de Betel, donde crecen los lirios...

Y no comían ni bebían con los samaritanos. Ni atravesaban sus tierras ásperas de color rojizo, pardo, amarillo, con aguas remansadas de cisternas, con el redondel duro de los brocales, con los senderos estrechos y largos de los profetas. Malos aires para los hombres de Judá los aires de Samaria. Malos aires para Samaria los aires de Judea, con sus colinas rotas, con sus pequeños desiertos, con los troncos retorcidos y rayados de sus viñas, con sus rocas agudas, erizadas, blancuzcas, morenas... Y no hacían posada en sus establos, ni se detenían en sus valles, ni se llevaban en sus ánforas, para la sed del camino, el agua fina de sus pozos patriarcales. Rodeos y leguas de los judíos para no pisar el suelo aborrecido de Samaria, reseco del sol de Jehová, esparcido por los vientos que llegaban de la Perea con efluvios de rosas y de trigos. Odio nacido en las labranzas, en las sinagogas, en las



suaves cimas de Sichem, en las anfractuosidades de Garizim, en los caminos que iban a Jericó, en las llanuras de Israel. De los samaritanos, ni el cansancio ni la miel, ni el vino ni el pan, ni el lino ni el ventalle de sus bosques, ni el remiendo para la túnica ni la venda para la llaga. De los judíos, ni el humo de sus fogariles, ni el rumor de sus manantiales, ni la paz ni la cortesía, ni la riqueza ni el zumbido de sus abejas, ni los panales de sus colmenas. Aborrecimiento recíproco como ley esencial de los linajes. Samaria escarnecía a Judea y Judea escarnecía a Samaria. Eran como dos vendavales en el remanso de los valles bíblicos, como alborotos extraños en un Jordán sereno, cristalino, silencioso. Para el judío, un samaritano era motivo de agravio, de maltrato, de burla, de menosprecio. Para el samaritano, un judío inspiraba idénticos agravios, el mismo menosprecio, análogas burlas. Siempre con el zumbido íntimo de un resentimiento sin ocaso, diligente, despierto. Malos pensamientos para Judea los buenos pensamientos de Samaria. Malos sentimientos para Samaria los buenos sentimientos de Judea. Ver siempre, siempre, la culpa, el yerro, la avaricia en las estancias ajenas. Luchas en los caminos, en los mercados, en las lindes estrechas de las tierras de sembrar, cuando pasaban las carabanas cansadas de horas y de calor, cansadas de pasos y de sed, con las cabezas agachadas, temerosas, y las túnicas polvorientas estremecidas de aire. El Nuevo Testamento tejía el Evangelio con hilos de parábola. Huertecitos de olivos; lagos con espejos de estrellas y de cedros; higueras estériles; lágrimas de siervos fatigados; arenas de Betania con huellas de leprosos y de camelleros; caminos de estepa que cruzan y recruzan las tribus como rasguños de polvo seco, de ladera, de senos rubios de colinas. Samaria llenaba sus cántaros altos y estrechos en el pozo de Jacob, cultivaba sus trigos, practicaba sus ritos paganos. Judá, pedregosa, árida, muerta de sed, con sus parajes señeros de roca y de cauces secos, con las ruedas remelladas de sus molinos, con las notas viejas de sus salterios que parecía que cantaban paciencias, recelos, melancolías antiguas en ánimos nuevos. Sigue tejiendo evangelios el hilo nazareno de la parábola en una cumbre escarpada, en unos esponsales, cerca de los tabernáculos, de las barcas, de los sembradores. No adolecía el recelo de Samaria y de Judea. Estruendo de luchas, de afrentas, de imprecaciones.

Los judíos —decían los samaritanos— no tienen virtud, ni pensamiento honesto, ni paso con buen oriente, ni humildad. Las samaritanas —decían los judíos— olvidan los salmos viejos de David; son soberbios, desleales, perezosos, lentos en los caminos de la bondad, rápidos en el ultraje, ligeros en las andadas del mal, de la envidia, de los deleites. Acrecentamiento de la aversión que llena todas las tribus, que levanta vientos de ira, que rasga las túnicas, que destruye los rebaños y arranca las espigas y hurta los bienes

de los mercaderes que van de camino. No hay tregua de paz, de olvido, de perdón. Miradas de lobos y de milanos. Cada encuentro era una batalla de agravios, de piedras, de injurias entre humos del polvo de los andurriales, de las mieses, de las riberas. Samaria era la honda que disparaba contra Judá. Y Judá, el báculo recio que golpeaba a Samaria. La una adoraba al monte Garizim, bermejo y arenoso, el monte de sus padres con troncos muertos de olivos y de cedros. La otra decía que el sitio de oración era Jerusalén. De esta disputa religiosa nace el recelo exaltado, la ofensa, la furia de secta, incontenible, casi bárbara. Los samaritanos celebraban las plagas, las tristezas, las ruinas de los judíos. Estos se regocijaban con las sequías, con los llantos, con las tormentas que afligían es espíritu de Samaria...

Apresuramiento del tiempo que parece que siempre está enloquecido de deseo, de injuria, de venganza, en unos caminos astronómicos. El tiempo con sus galernas espirituales, con sus abismos, con sus desiertos. Egras de razas, de civilizaciones, de culturas, dando vueltas en la rueda vertiginosa del mundo, peregrino eterno de inmensidad. Y siempre, siempre, Samaria y Judea perviviendo en el espíritu de todos los pueblos. Samaria y Judea, Señor, tan enemistadas, tan recelosas, tan llenas de ira y de estímulo íntimo de batalla. En la lucha política unos están en Garizim y otros en Jerusalén. La furia, el aborrecimiento, el odio, hechos técnica, disputa, ímpetu. Los unos celebran el fracaso, los duelos, las impacencias estériles de los otros. Estos se regocijan de las tareas infecundas, de los yerros, de las actitudes ineficaces de aquéllos. Samaria y Judea, intransigentes, violentas, soberbias en los Parlamentos, en las tabernas, en las calles, en las familias...

«No dicen bien paño gastado y paño nuevo, odres viejos y vino nuevo. Son cosas heterogéneas que sería poco cuerdo unir íntimamente. Un nuevo espíritu reclama formas nuevas. Formas nuevas reclaman nuevo espíritu. De nada vale arreglar el pozo si el agua sigue manando impura»...

Jesús sigue caminando con sus delirios de justicia, senderito manso de Samaria, entre matorrales de enebro...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 1-IV-1934.

*Todo el universo se compone de contrarios.*—Baltasar Gracián.

Adentro está el silencio, el pensamiento recogido en unas páginas. Estas páginas parecen escritas expresamente para la calidad vehemente o pacífica de nuestra apetencia, para nuestros gustos intelectuales, de acuerdo con el criterio que tenemos del arte, de las emociones, de la belleza. Adentro se mueven unos labios con el apresuramiento que da el deseo de llegar a lo acre o dulce del desenlace; a unos capítulos que presentimos dramáticos, doloridos, mohinos de penas y de adversidad; a unas páginas que el espíritu barrunta regocijadas, felices, como si hubieran salido de un hontanar misterioso que manara gracias, contentos, albricias sin poniente. Ojos ávidos, muy abiertos, que caminan sin cansarse por las minúsculas llanuras de las páginas, por sus caminitos paralelos, derechos, como surcos negros en una campiña nevada. En estas diminutas llanuras hay jardines amenos, aires de arrayán y de mirto, cardos, espinares, cizañas, embeleso de paisaje jugoso con fronda y arroyo. O tristeza de paisaje reseco, sediento, sin el chasquido antiguo del agua, sin suelo verde, con grietas, con arenas estériles. Por estas diminutas llanuras pasan y repasan los hombres. Unos vendimian miseria y otros vendimian fortuna. Pasan los hombres, cada uno con su mochila de deseos, de maldad, de amabilidades, de penas, de complacencias, de culpas, de resquemores, de secretos. Sensaciones del alma, de los caminos, de los deleites, de los dolores, en las carreras de los ojos y de la inteligencia por estas landitas cuadradas, que ahora, en la noche, toman el sol de las bujías, en una cima plana de madera luciente. Adentro trabaja el entendimiento; juega el ánimo en mares y montañas de literatura, con aventuras impresas; vibran las cuerdas del rabel de la sensibilidad; se descubren parajes de lo histórico, de lo científico, de lo moral; se llena el silo hermético de la memoria de cosechas arrancadas de las mieses de los libros; en los cuencos del ánimo van cayendo, gota a gota, mieles de cultura, que son las más sabrosas y duraderas. Cada página que se pasa es como aire de un horizonte nuevo, de otras cosechas, de otras minas; como una singladura más hacia el hito imaginado en las leguas de nuestra didáctica. Impaciencias de emoción, de ansia incontenible y laboriosa, de curiosidades pintadas en los rostros lo mismo que un estado de alma creado por el deber, por la inclinación, por el pasatiempo predilecto, por el estudio.

Unos han venido aquí a saturar el espíritu de hipérboles bellas, de

artificios del ingenio que parecen reflejos iluminados de movimientos humanos reales, precisos, rígidos en su costumbre extraña o vulgar, estática o peregrina. Otros buscan el encanto de relatos imposibles, de devaneos sentimentales tan alejados de nuestro tiempo, tan escondidos en los entresijos y sepulturas de la historia. Aquéllos desenredan los nudos de las matemáticas; juegan con las constelaciones en un planisferio; meditan sobre unas páginas con figuras geométricas, con estampas de reyes godos, con tajos y cuchillos de pedernal neolítico, con representaciones gráficas de anatomía, de arquitectura, de física, de bergantines antiguos, de monedas romanas, de labras heráldicas. Estos experimentan el embeleso de una imágenes magníficas, de unos episodios humorísticos o dramáticos, de cosas míticas o de andanzas humanas. Trato atento, diligente, cordial, con todas las consecuencias escritas de la fantasía, de la experiencia, del genio, de la observación, de lo utilitario, de los viajes, de lo moral, de lo poético. Ganas insaciables de saber, de hacienda intelectual, que es la más rica y suele ser la más pobre; de manjares de espíritu condimentados con sentimientos, con estilos, con el duelo, el humor, la energía o la dulzura del lenguaje... Adentro está el silencio, la laboriosidad, la compenetración del carácter con diversos temperamentos que fueron dejando en unos papeles cifras y eras de historia, comentarios geográficos, versos, vicisitudes propias o ajenas, jornadas de novela...

Y afuera, cerca de los anchos escalones de la Biblioteca municipal, se ensayan unos bárbaros al comienzo de la noche. Afuera corretea y se ríe el desacato, la cautela, la furia del mal. Un bárbaro moderno es el que arranca las maderas y los hierros de los bancos de los paseos; el que deja el equilibrio casi todos los días en el fondo de un vaso y después vocifera en la tiniebla de la calle; el que rompe las macetas de los jardines públicos; el que arroja barro a las estatuas; el que mortifica los sentimientos, la honestidad, las creencias, el pudor; el que habla mal delante de los niños; el que desgarrar las quimas de los árboles; el hurraño maligno, que es tormento de los débiles... Afuera está una barbarie insistente que agravia los sencillos fundamentos del respeto, que es la esencia, la raíz, la arteria, el primer surco de la civilización. Adentro, tras aquellas altas cristaleras, se construyen ideas, culturas, sensibilidades. En el exterior se desparrama una ira inmotivada, sin las causas que estimulan el coraje, el delito, la venganza. Ahora se desgajan unas ramas, después se arranca el césped, más tarde se pisan los pequeños arriates, zumban unas piedras o repican otras en los hierros de las verjas. Cada quima que se desgaja violentamente de los árboles de este pequeño paisaje, es lo mismo que si se arrancaran pedacitos del tronco de la civilización... Y pien-

sa uno en estas distintas actitudes, que son miniaturas de dos tendencias universales, de las dos conductas de la humanidad, de los dos temperamentos más salientes del mundo. En las salas, espaciosas y confortables, de la biblioteca se exalta un afán hondo de cultura, el pasatiempo limpio y útil, la emoción que regalan unas líneas, unas descripciones, unos parajes históricos, unos versos. Los ojos y la mente trabajan para nutrir el alma. Las pupilas van captando corrientes de frases que se convierten repentinamente en moléculas de sabiduría, en material de criterio, en semilla de ideas y de conductas. En el exterior rebulle un contraste malicioso. Trisca una rama y rebota una piedra en la cerca maciza del jardín. Unas manos incansables en este jugueteo maligno hacen que se estremezcan las hojas de los árboles jovencitos, arrancan una planta, un guijo de la orilla del arriate, una enredadera que trepa por la pared, destruyen con saña, con constancia, con un brío morbosos y cínico.

Cerca de ese sosiego, de esa hilandería en que los copos son los libros, y las ruecas las inteligencias, casi en contacto con los estantes repletos, se desenvuelven unas costumbres antagónicas, como reversos de la fineza, de la buena inclinación, del silencio fértil, del ansia de avanzar por las páginas allá, con ánimo y regusto de caminante que se va acercando a su frontera...

En todas las cosas sucede lo mismo. Siempre un ímpetu opuesto, violento, tenaz; sistemas vivaces o lerdos, letrados o analfabetos contrarios a los buenos deseos, a la iniciativa ejemplar, a la preponderancia cabal de lo justo, de lo ético, de lo noble. Todo tiene su contrariedad. Lo villano se opone a lo noble, el vicio a la virtud, lo ignorante a lo sabio, la envidia al mérito, lo perezoso a lo diligente, lo caduco a lo brioso, lo torpe a lo honesto...

El escritor no puede hacer más que señalar con el puntero estos arrecifes del mapa de lo social. El remedio no está en su enfado ni en el rasgueo de su pluma ni en su lamentación. Decir dónde se encuentra ese remedio es tanto como descubrir ahora a la gente que la sed se aplaca con el agua, y el hambre con el pan, y el frío con el calor y el cansancio con el descanso. Es tan vulgar, tan conocido, el sistema de represión de estos desmanes, que repetirlo aquí sería tan inocente y tan bobo como decir para qué sirven los reformatorios, las cárceles, los guardias municipales, los policías, los jueces...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 8-IV-1934.

*Que se nos exija una plena y eficaz función; pero antes, que se nos considere, que se nos dignifique.*—Del manifiesto de los maestros nacionales.

El pobre maestro de escuela se levanta temprano. Hace unos momentos que ha sonado la campana de la torre, vibrando en un aire que todavía tiene pureza de alba... Siempre unos ojos maliciosos, que miran un reloj cuando el maestro de escuela atraviesa la calle rural. El maestro de escuela es exacto, puntual, diligente. Pasan las yuntas con su campanilleo cristalino; pasan los menesterosos que han hecho posada en los pajares y en las socarrañas; los leñadores con sus coloños; una moza con su caldero; una vieja con sus cántaros... Las cercas brillan de lluvia o de rocío... El reloj que miran aquellos ojos maliciosos no está de acuerdo con el reloj del señor maestro. El reloj del maestro señala las nueve en punto de la mañana. El otro reloj marca las nueve y cinco minutos. Esta pequeña, esta insignificante diferencia de tiempo, se convierte en horas de conversación ociosa ante las mesas de las tabernas, en los portales, en las fraguas, en las mieses, en el pórtico de la parroquia...

—El señor maestro salió de su casa con cinco minutos de retraso...

Barbulla incesante en las cocinas, en los prados, en las tierras humildes del maíz. La noticia sale de un ventano y llega al corredor de la casa aledaña. Del corredor salta a un portal, del portal corre hacia el pozo del río, donde lavan unas mujeres arrodilladas en las piedras; del pozo del río, a la taberna; de la taberna a otros portales y a otros corredores; de estos portales y de estos corredores a casa del regidor... El arroyo convertido en río por hipérbole de la gente, la jaculatoria en rosario, el dedal en caldera, la escudilla en tinaja...

—El señor maestro llegó tarde a la escuela...

Rebullicio cauteloso de conversaciones. Voces quebradas, frescas, finas, ásperas, repitiendo la misma afirmación. Los cinco minutos han crecido considerablemente, dando quiebros y rebotes en todo el pueblo. Los cinco minutos se han convertido en media hora en sus volteos y revuelos en el ambiente de la aldea. Después aún se alarga más ese lombillo de tiempo que van segando los dalles de la lenguas...

—El señor maestro abrió la escuela bastante tarde... Ya había sonado la trompeta del panadero...

Cuando el maestro llegó a la escuela aún no había ningún muchacho



ante la puerta. Abrió las ventanas, limpió el polvo de su mesa, leyó un rato. Después fueron llegando los escolares, remisos, descalzos, con abarcas, con borceguíes llenos de barro... Sigue la barbullita, sigilosa, incesante, terca. Al medio día el señor maestro vuelve a atravesar, risueño, las calles agrarias. La gente le saluda con mucho respeto. El no ve más que gestos atentos, complacientes, cariñosos. Lo otro está escondido detrás de la cara, a la otra parte secreta de los ojos, de las sonrisas, del cariz del semblante. El rostro es como la muralla que no dejar ver los panoramas del pensamiento, del espíritu, de las intenciones... A los pocos días el señor maestro recibe un pliego oficial, en el que se alude al descontento de los vecinos, porque muchas mañanas abre tarde la escuela. El se queda asombrado con el papel entre las manos, y siente una gran tristeza y una mialita de ira. El es puntual, diligente, madrugador. No siente ningún reproche en la conciencia... Al recorrer de nuevo las callejuelas, las campas, los corrales, la gente le sigue saludando con mucho respeto, le sonríe humilde y atentamente, con un dejo cariñoso en la cortesía. No ve el descontento en ningún semblante. Sigue levantándose temprano. Hace unos momentos que ha sonado la campana de la torre. Siempre hay unos ojos maliciosos, falsos, que miran un reloj al pasar el maestro por la calle. Cuando llega a la escuela aún no está ningún niño ante la puerta. Abre las ventanas, limpia el polvo de su mesa, lee un rato, esperando... Después llegan los escolares, perezosos, descalzos, con abarcas, con borceguíes...

Unos son torpes, lentos en el discurrir, nublados de imaginación, con mucho cierzo en la inteligencia. Otros ven claridad en la mancha negra de las pizarras, en el color zafio de la tinta. La escuela es una miniatura del mundo. Pequeños hombres mazorrales, pacíficos, inteligentes, aturdidos, cuidadosos, rebeldes, tímidos. Unos avanzan y otros se rezagan. En esta diferencia tiene el maestro la saeta de un tormento, la tuerca de una gran contrariedad, el espino de una preocupación.

Muchos padres no quieren creer en lo remiso y duro del talento de los hijos. Achacan la lentitud en el aprender a otras causas ajenas al entendimiento, a la conducta, al carácter de los escolares. Si el niño torpe es pobre, casi menesteroso o de familia aparcerera, sin un carro de tierra propia, achacarán lo mezquino de su progreso instructivo, a eso, a eso, a su misma pobreza, a imaginadas preferencias del señor maestro, a imaginados aborrecimientos para todo lo que trasciende a miseria, a necesidad, a melanes y remiendos. Si el niño vivaz, inteligente, aplicado, pertenece a una familia de labradores acomodados, con yuntas, con aseladeros, con hornos, sus progresos, en criterio enojado y envidioso de los padres del niño torpe o vago, no serán consecuencia de sus magníficas disposiciones, de su aplicación, de

su talento. La achacarán a predilecciones y a esmeros constantes del maestro; por eso, por eso, por los aseladeros, por el horno, por las aves, por los frutos diversos de la hacienda... Y se desparramará en todos los ámbitos del pueblo esa típica murmuración que ha cansado muchas vocaciones, muchos entusiasmos, muchos optimismos. El señor maestro soporta el velortazo de esa injusticia. A él lo mismo le da el remiendo que el buen lienzo, lo mismo el hijo del aparcerero que el hijo del hacendado. Pero la gente recelosa, maligna, villana, dice que no, que no le da lo mismo, que los ricos aprenden más, que los pobres aprenden menos... La insidia rebota, brinca, se esparce, respinga...

Comienza la época de la labranza. Salen los aperos de los portales, de las socarreñas. El río ya no trae ruido de campanos golpeados. El señor maestro abre las puertas de la escuela lo mismo que en el invierno, cuando el viento silba su canción de rabia. Repiquetean las astas de los arados en las piedras de las callejuelas, pregona un baratijero, se oyen los cascos del caballo o la bocina del automóvil del médico. Una mujer vocea a un milano que se ha posado en la pared del huerto. La escuela está casi desierta, silenciosa, sin el rumor de otros días. Unos muchachos andan delante de la pareja en las mieses; otros guardan las vacas en el monte. Días y días de ausencia, de trajines en el campo, de idas y venidas delante de la pareja, mientras el aladro va tallando la tierra.

Los escolares olvidan, sedimentan la pereza, se retrasan. Los padres desechan esta responsabilidad atávica, profunda, característica. Siempre encontramos disculpa a nuestras negligencias, a nuestras faltas, a nuestros vicios... Vueltas y revueltas, simas y cumbres, rincones y llanuras de la murmuración que tiene arcaduces de noria antigua, eterna, incansable. La conducta del señor maestro, noble, sensata, laboriosa, es ahora como un cernedor movido por las manos de todos los habitantes del pueblo, como un tamboril, donde tocan todos los vecinos malintencionados de la aldea... El señor maestro no enseña, el señor maestro no reprende, el señor maestro...

Y después lo íntimo, la candela que abrasa el espíritu, el manojito de rozo en el alma. El señor maestro tiene un sueldo que es como un pecado, como una gran mancha de cardenillo, como una choza en el área extensa de la cultura española. El señor maestro tiene unos hijos adolescentes que trotan en los campos con los hijos de los labradores. Y no sabe qué hacer con ellos, qué rumbo enseñarles, qué orientación dar a sus vidas. La ciudad está lejos, con sus fábricas, con sus escritorios, con sus industrias, con sus Institutos. No sabe qué hacer con sus hijos adolescentes... El no tiene tierras, ni reses, ni cuadritos de pradera...

El mejor epílogo de las fiestas conmemorativas de la República sería una exaltación profunda, enérgica, cariñosa, en favor de ese manifiesto de los maestros de escuela, que es un compendio escueto, sencillo, doloroso, de inquietudes subjetivas, de cansancios muy antiguos, de afectos patrióticos, de todas las sensaciones amargas que llevan al ánimo la meditación, el descontento, la súplica estéril...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 15-IV-1934.

#### 440.—ESBOZOS. APRENDIZAJE DEL ESPIRITU

*La escuela española precisa un medio de comunicación con el exterior, principalmente con las familias que se sitúan un poco al margen de toda labor escolar.—Del periódico mensual que publica el Grupo Escolar Menéndez Pelayo.*

Yo acabo de leer hace unos momentos un periódico escrito por unos niños. Dos hojas pequeñas con estética ingenua de tipografía antigua. La letra cursiva y la letra redonda con transiciones de rayas negras como fronteras de los climas del pensamiento, de los estilos, de las ideas que comienzan a brotar, de las inclinaciones que van formando el temperamento y el concepto. Dos hojas pequeñas que recuerdan antigüedad de tipografía, los primeros periódicos, las primitivas gacetas. Todos los comienzos de las vocaciones artísticas tienen formas de orígenes lejanos. Las rayas, los círculos, los rasguños de los niños dibujando un rostro, un pájaro, un salvaje con su arco y su flecha, tienen reminiscencias de figuras rupestres. Es el principio, que siempre se asemeja a otros comienzos muy alejados de lo actual. Dentro de la civilización, el arte de los niños, de los pastores, de los campesinos adolescentes, recuerda estilos remotos. Es como un renacer de lo infantil del arte, del génesis de lo bello, de las inocentes maneras primitivas, de una geometría analfabeta, instintiva. Estas páginas tienen humildad pura de iniciación. En ellas los pequeños escolares hablan de sus propósitos, de sus contentos, de sus deseos. Uno elogia la utilidad de las excursiones, otro alude a la vida de los pescadores, otro se refiere al modo de evitar las guerras. Escarbaduras en la costra de lo social que son como principios de surcos futuros, muy fértiles, muy anchos, muy profundos...

Este periódico de los niños regala sabores humildes y cordiales de literatura espontánea, vivaracha, sin el vestido barroco del léxico, sin el artificio de las frases requetepensadas, sin limas ni cinceles que desbastan, pulen, recortan y afinan. Es la fuerza de la palabra, nada más que la fuerza de la palabra respondiendo con sencillez al brío jovencito del pensamiento; la palabra desnuda, escueta, exacta, comprensible. Precisión de cifra en los vocablos. Las palabras como los guarismos, y la frase como una suma. Uso justo de las voces sin lo precario ni lo excesivo, siguiendo la recta, dejando atrás el surco derecho, la estela de tinta del pensamiento y del propósito. Para esto hay que ser muy niño o muy viejo; estar saturado de cosas inocentes o de cosechas de experiencias, ser crepúsculo en la vida, tener intactos los rincones de la vanidad, de la ufanía, de la ambición. O sentir cansancios de todas estas cosas; cansancios de memorias, de lecturas, de imaginaciones... Sí; este periódico es antología bella de la sencillez, de lo conciso, de un laconismo caliente y expresivo. Rayas en la superficie, en la corteza de las cosas humanas, en el matiz espiritual del mundo, en el semblante huraño, sumiso, jovial o taciturno de las costumbres, de las amabilidades, de los desabrimientos. La barrena de la meditación aún no tiene filo para romper la costra, no puede ahondar, no puede dar vueltas. Rasguños en lo externo, que son como las primeras grietas de la mina, como deseos de escarbar, de levantar la tapa, de abrir la puerta. El viejo ahonda. El niño escarba. El viejo escritor está ya de vuelta de muchas profundidades, ha descifrado muchos enigmas, ha roto con los ojos y con el ingenio muchas envolturas. El niño escarba y escarba en la piel del mundo. Todo es roca para la punta de la barrena de su meditación. Arañazos de águila jovencita, de azor nuevo. Su intento labora, crea, dibuja en la corteza. El mundo para él no es más que lo que contempla. No hay minas de deleites, de amarguras, de sobresaltos, de serenidades. Nada más que paisajes, edificios, carruajes, gentes que mandan y gentes que obedecen, ocios y trabajos, afectos, ruidos, movimientos, vestiduras ricas, decorosas, destrozadas. No puede llegar a las causas de esos contrastes; no comprende esa eterna diversidad de condiciones, de conductas, de criterios. Lo exterior es para él la verdad, el fundamento, el origen. Las cualidades de los hombres las ve el niño en el rostro, en las dádivas, en el sonido suave o áspero de las palabras. En el semblante está lo bueno y lo malo. El lo cree así, y juzga los caracteres según las sonrisas, la expresión, la seriedad, lo campechano. El viejo desconfía de los semblantes. Sabe el desacuerdo que existe entre el ánimo y el rostro, entre una sonrisa y una intención, entre una mirada y un sentimiento. La cara es la celestina del espíritu. Un semblante de cariz ascético puede esconder una imaginación de pícaro.

Hay técnicas de arte, de cortesía, de recato. Técnica de los hombres que se dan importancia, de los que fingen humildad, de los que aparentan energías, culturas, austeridades. Técnicas de sonrisas, de embelecados, de roncerías, de saludos muy atentos. Estilos en la literatura, en la política, en la industria. Estilos del arquitecto, del pintor, del orfebre, del poeta, del que hace estatuas, del que repica las campanas, del que toca un instrumento, de la oratoria, del mercader, del mendigo, del cómico, del que finge una virtud, una inclinación, un desprecio. Unos se hacen los tontos, los infelices, los ingenuos. Es su técnica de lucha. Otros fingen voluntad dura, viveza de carácter, genio violento, intransigencia, soberbia. Otros, sutileza de cortesía, señorío espiritual, amabilidad. Son las técnicas particulares que labran el prestigio, la abundancia, el respeto, el arrequive de los adjetivos. El anciano conoce estas cosas, y por eso desconfía de los semblantes, de las actitudes, de los gestos. El niño, no; el niño desconoce la niebla, la claridad, la candela o el hielo, la tuerca o la miel escondidos en la profundidad de una sonrisa, de una mirada, de una lisonja. Para él, todo está en la superficie, en el vestido, en el rostro. Para el viejo todo está en lo hondo, en lo secreto, debajo de la corteza. Esta experiencia y aquellos limbos, tan alejados, tan antagónicos, tienen una extraña semejanza en la forma de la expresión. Quien ha escrito mucho retorna a una infancia de estilo. Cuenta las cosas con sencillez, sin escudriñar en el lenguaje, escuetamente, con justeza de vocablo y de imagen, casi lo mismo que estos escolares que hablan en su periódico de los males de la guerra, de la cordialidad, de la higiene, de compenetraciones universales. La palabra respondiendo con sencillez a la impaciencia del pensamiento. Las palabras con valor concreto de guarismos. Y la frase como una suma. Para esto hay que ser niño o viejo, estar en el oriente o en lo vespertino de los años...

Propósitos nobles y eficaces, que son como semillas de nuevas áreas pedagógicas. Este periódico llevará a los hogares las aspiraciones y las inquietudes de la escuela, antes cautivas, quietas, sin extensión exterior, reconcentradas en ámbitos de rutina, adoleciendo. En él, los ensayos de los pequeños escolares representan los palotes primarios de sus ideas, de sus compases, de sus conceptos. Aprenden a compenetrarse lentamente con las amaruras, con los movimientos, con los deberes y responsabilidades del mundo.

El concepto moderno de cultura no está exclusivamente en la apetencia clásica de fórmulas, de términos, de teoremas y cronologías históricas. Está en predisposiciones fijas, sistemáticas, amables, de la sensibilidad. La cultura, más que sabiduría, es sentimiento. Ese periódico es eso: estímulo del sentir, que es la disciplina fundamental del conocimiento humano. Estos

niños comienzan a trazar rayitas de curiosidad, de arte, de humanitarismo en la cobertura de las cosas morales como se juega arrancando un césped o descortezando una ramita. Jugueteos de la pluma, de la imaginación, del ingenio, que poco a poco se convertirán en inquietudes serias, familiarizadas con el carácter. Irán descubriendo la diferencia que existe entre el matiz y lo interno. A medida que vaya penetrando el barreno de su meditación irán menospreciando la pintura de lo aparente. Se acostumbrarán a levantar la tapa de las cosas, a quitar la hoja, el polvo o el barro que esconde el verdadero matiz de las conductas. Y a tijeretear en la funda del prejuicio, en el capisayo de los conceptos falsos, que es la vestidura del mayor núcleo de la humanidad. Despacio, con una lentitud laboriosa, con el anteojo de su iniciativa, comenzarán a ver panoramas internos, raíces, fondos...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 22-IV-1934.

#### 441.—ESBOZOS. DECADENCIAS DRAMATICAS

*Habana.—Ante los consulados siguen presentándose multitud de emigrantes sin trabajo, que quieren regresar a sus países.*

Una tradición que se derrumba como un hastial viejo. Esta tradición fue la que mejor supo llegar a la raíz del estímulo, la que exaltó briosamente el respingo de avaricia que salta y trepa en todos los corazones. La gula más ahincada en la mente es la gula sempiterna del bienestar. Todos buscamos ese cobertizo o ese palacio como ideal definitivo de nuestra existencia. En ese hito de las pretensiones vemos el descanso, la complacencia de todos los deseos, el final de todos los tránsitos amargos. El bienestar es la idea mejor incrustada, la inquietud más impaciente, el pensamiento que más escarba, el propósito que picotea en el ánimo con más prisa. El rumor de todas las horas, de todos los caminos, de todos los reposos y trabajos... Zumba en los instantes de dolor, en los trances de optimismo, en los momentos que presencian el escarabajeo rápido de un afán, la perplejidad de una duda, lo remiso de una pena. No existe sustancia humana más sedimentada en el alma que la apetencia de bienestar. El bienestar por caminos de arte, de cavilaciones, de esfuerzos honestos,



de maneras pícaras, de artimañas reprobables, de actitudes sin escrúpulo, de tácticas torcidas o rectas, dignas o vergonzosas. Si el hombre echara en la siembra de la justicia, del decoro moral, de la lástima, el fervor que desgasta en su larga peregrinación detrás del fuego fatuo de su comodidad, la vida tendría como un contacto de dioses justos y benévolo. Pero el hombre no quiere. El hombre se reconcentra en sus intimidades, reverencia a los propios deseos, escarba en todo lo que le promete amontonamiento de felicidad, de hacienda, de predominio. El exterior es un conjunto de medios, de palancas, de motores que pueden levantar y remover su desgracia o su contento. Nada más que eso. Su bienestar es el único oriente, la levadura de sus pensamientos, la túnica y el fuego de sus intenciones, el carruaje diligente de sus picardías, de su ingenio, de su aseo moral o de su cinismo. Todo está en ese afán eterno, vigoroso, desasosegado, que es el que dirige el concierto de nuestras actividades con su batuta nerviosa, rápida, aturdida...

Esa tradición que se está derrumbando con estrépito de llantos, de iras, de esperanzas desbaratadas, tenía su fortaleza, exclusivamente, en esa ambición de bienestar. De sus profundidades salían reflejos de metales preciosos, que son las chispas más gratas a los sentidos. Nuestro atavismo emigratorio era manía arcaica, errante, de rumbos, de cautelas, de égiras incesantes. La juventud corría, se precipitaba, con una avidez frenética. El barco era como un vestíbulo andariego, tambaleante, de lo remoto, de lo desconocido. Agua y estrellas: cosas infinitas. Ambición y esperanza, también cosas infinitas, como aquellos chispeos estelares y aquellas ondulaciones furiosas del desierto del mar. Unos salían de las besanas, de los entresijos de las cordilleras, de los pueblos acostados en la estepa. Otros salían de las ciudades decadentes, de las villas ociosas y polvorientas, de los pueblos sobrecargados de labras, de caserones destartados, de conventos vacíos. Era la tradición utilitaria, el afán de bienestar, el aborrecimiento circunstancial del polvillo de las trillas y de la envoltura áspera de las mazorcas. La tradición se iba puliendo con frotos de oro y de lágrimas. Unos la ofrecían ex votos de felicidad, de riqueza, de cosas que relumbraban como pedacitos de Sirio. Otros la alimentaban con pedazos calientes de ilusiones acabadas de romper, con espumas de desesperación, con ese vino de llanto, cristalino, tibio, transparente, que sale gota a gota como destilaciones de alma. Todas las tradiciones crecen, se configuran, se extienden de la misma manera. Se hacen de fracasos y de victorias, de desgracias y de venturas. Su prestigio es un tumulto de querellas, de himnos, de lamentos, de risas. Todo mezclado en ráfagas y en montones de diversas naturalezas. Cóleras, templanzas, fortunas, miserias, nervios de hierro, nervios de mimbre. América tenía prestigio de mito blando y fecundo, como un dios menor de omni-

potencias inacabables. Buen estímulo para ese resquemor secreto del apetito de bienestar que nos vuelve locos a los hombres de vez en cuando. La tradición emigratoria se formó así, por avaricia. No es verdad que fuera aventura con sustancia característica de temperamento de raza. Fue una aventura de codicia económica, escueta, sistemática, que no caracteriza a ningún pueblo, porque es resabio de todas las etnografías. La línea tradicional de la emigración, que ahora se está borrando, en una decadencia dramática, con una esponja inmensa mojada en llanto, es rumbo de hombres, de familias, de propósitos personales, no de carácter de raza. En este aspecto de la ambición todos los climas dan idénticos frutos. Fue también consecuencia de envidias sucesivas, que iban formando en la adolescencia y en la juventud, unos regresos espaciados, cada muchos años, con los arrequives clásicos de la indianía...

Todas las tradiciones tienen su término. Las tradiciones son lo mismo que los gustos, las costumbres, las modas, en las distintas desenvolturas de los hombres. Unas generaciones las crean, las forman, las pulen, las robustecen. Otras las ensanchan, las infunden nuevo vigor. Otras generaciones las desgastan, las podan, las descortezan. Y otras las olvidan y las sepultan. Tradiciones utilitarias, sentimentales, recreativas. El término de las utilitarias es consecuencia natural de esterilidad, de cansancios sin fruto, de agotamiento de lo fecundo, lo mismo que se queda seco un torrente o desaparece un bosque. También es efecto de abundancias excesivas. Las recreativas y las sentimentales mueren por mandato enérgico, inevitable, de las épocas, por mudanzas de los caracteres, de los objetivos, de las técnicas. Cambian los gestos, las maneras de la cortesía, las trazas externas, los modos de los recatos, de los atrevimientos, de la vanidad, del esfuerzo. Todo modifica su esencia y su forma. Cada paso de civilización es una enmienda certera o equivocada de tradiciones. El término de una tradición utilitaria crea retrocesos gigantescos en las singladuras económicas, detiene la marcha de un abolengo de trabajo y de beneficio, borra caminos, deshace propósitos típicos. Significa la contrariedad de orientes perdidos y la desaparición de elementos añosos de vida. Es lo mismo que una pesadumbre inesperada de graneros incendiados, de vides y minas destruidas, de instrumentos rotos y herramientas destrozadas. El fin de una costumbre útil a la prosperidad, a los mantenimientos, a las esperanzas, determina el cambio brusco y hondo de las circunstancias de un pueblo. Es el comienzo de una era, una linde del tiempo, una sima entre años ya desenredados y días indecisos, misteriosos, inciertos. Todas las tradiciones utilitarias tienen su término inexorable. Son como árboles que se van secando, como edificios antiguos que se van tartalando lentamente por achaque de años, de vientos, de lluvias. Una gene-

ración las inventa y las construye. Otra generación las cuida, las fortalece, las exprime. Otra sigue presenciando su madurez, extrae sus sustancias, las va debilitando. Otra generación contempla absorta y triste su decadencia. Y otra tiene que abandonarlas por estériles y miserables. La ley natural de la iniciación, del crecimiento, de la pendiente de ocaso, se cumple en el hombre, en la industria, en el arte, en los movimientos del cerebro y del espíritu. Nada es más fuerte que los dedos invisibles, inmensos, atléticos, del tiempo, que siempre está desmenuzando energías, piedras, ingenios. Las tradiciones tienen los mismos vaivenes, los mismos respingos, los mismos abatimientos que el hombre. Adolecen o se avivan como una pasión, un afecto, una vanidad. Nacen en cualquier parte, tienen inconsciencias infantiles, fogosidad de juventud, temblores y encorvamientos de vejez, fatigas, lentitud de pasos postreros... Y mueren también en cualquier parte, arrugaditas, flacas, cansadas. Sobre sus cenizas se levantan otros comienzos de costumbres utilitarias. Se quebranta una labor y surge otra. Tras un cataclismo viene el estupor, y después la reconstrucción o el comienzo ávido, presuroso, enérgico, de otras actividades. A esta decadencia de la tradición emigratoria tiene que seguir necesariamente un principio o un renacimiento de cualquier cosa. Son muchas las cosas que tienen necesidad de desbrozamiento, de impulso, de vigor. Ahí está la tierra aborrecida, olvidada, yerma, y las aguas perdidas que nada más que hacen correr y correr, sin mover nada, sin bifurcarse en aceñas por unos campos resecos que tienen hambre centenaria de colores verdes, de empalizadas de granjas, de crujido de rejas, de todo lo que es capaz de quebrantar las tradiciones que echan al hombre de su país...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 29-IV-1934.

#### 442.—ESBOZOS. EPISODIOS DE LA VEJEZ

*El gobierno francés estudia un proyecto encaminado a establecer casas-refugios para los ancianos desvalidos en los términos rurales del país.—Los periódicos.*

Yo os voy a presentar hoy un aspecto social del campo. Os voy a contar unos episodios escuetos, sencillos, dolorosos, de tío Francisco, tan menudito

y tan dócil. Tío Francisco coge un pedazo de borona y una cebolla blanca y se dirige a un rincón del huerto, a la orilla del río cercano, a una linde escondida de la mies. La mujer de su hijo es avara, hosca, miserable. Su hijo es pacífico, tímido, laborioso. El viejo contempla con mucha pena la excesiva docilidad de su hijo y las maneras bruscas y recelosas de la nuera. El viejo ya no puede hacer nada. Le pesa todo en la espalda, en las manos, en los hombros. Le pesan el dalle, los cántaros, la azada, el hacha. Pero tiene que hacer algo; no tiene más remedio que hacer algo. El hijo le dice que se esté quieto, que no trajine, que descanse, que tome el sol y el aire en el corredor. Cuando la nuera oye estas palabras trastea en la cocina con enfado, mueve el cernedor con rabia o amasa con furia. Por eso tío Francisco tiene que hacer algo; tiene que trajinar con constancia. Unas veces se va al monte y trae una quima arrastrando. Después la parte en astillas con golpes lentos y débiles del hacha. Otras veces trae un coloñito de ramas secas; abre hoyos en el huerto; arranca las malezas; poda los piescales charparros. Siempre en una actividad trabajosa, persistente, lamentable. Le tiemblan las manos cuando golpea con el eslabón, cuando se lleva la tarreña a los labios, cuando arranca unas hiedras o unos cardos, cuando se persigna en la iglesia. El come con miedo, con sobresalto, encogido, sin atreverse a pedir nada. La cara de la mujer de su hijo es lo mismo que una veda a su apetito y a su tranquilidad ante la mesa rebajeta de castaño. Aquellos ojos lo escudriñan todo con minuciosidad, con aire de enojo, con avaricia. Escudriña en el ademán del tío Francisco cuando parte su trocito exiguo de borona, cuando sorbe en la escudilla, cuando lía los cigarros delgaditos. Todo lo que hace el anciano está malhecho. Y la nuera repite la censura, no calla, insiste, resopla. Los hoyitos del huerto son poco profundos; los piescales están mal podados; la quima que trajo del monte no es buena para la lumbre. El viejo no dice nada. Se dirige al portal, se sienta en el escaño de piedra y se entretiene contemplando el picoteo de las gallinas o las manchas vivas del sol en la losa del suelo. El va pensando en que los viejos son como cántaros sin asa y sin boca, como cazos sin rabera, como cernedores sin aro, como candiles sin mecha. Lo mismo que un rastrillo sin pinos, un remiendo roto, una panoja desgranada hace ya muchos años. Sigue abriendo hoyos en el huerto, arrastrando quimas, arrancando malezas, cortando ramas en el tiempo de la poda, asistiendo a los entierros, a las novenas, a la misa de poco después del alba. Cuando la mujer de su hijo sale de la cocina, el viejo exalta el brío de su postrera agilidad. Se levanta de la silla bajita de listones morenos, con prisa, precipitadamente, un poco aturdido. Abre la puerta negra de la alacena, coge un pedazo de borona y lo esconde, con presteza, en el seno. Tose y carraspea para apagar el chirrido de la

alacena; pisa las migas que se han caído; arranca una cebolla del largo ramo colgado en la pared, y vuelve a la silla con cautela y sobresalto de niño que sale de una huerta con las manzanas hurtadas. Después se marcha a la orilla del río, a un rincón del huerto o del establo, a una linde escondida de la mies. Y allí va comiendo despacito, con regusto infantil, entre el rebullicio de los pájaros, de los maíces, de las hojas.

Tío Francisco sube a las majadas veraniegas de vez en cuando. Sale del pueblo al amanecer y atraviesa las mieses de las praderas del valle. Después empieza a caminar por el monte con lentitud, y se detiene a refrescar en todas las fuentes del itinerario. Al oscurecer llega a las majadas. Se alegra mucho la cara rugosa y pajiza de tío Francisco cuando ve los pequeños y terrosos tejados de las chozas, las puertas de varas retorcidas, el humo azul de las lumbres de la borona. El fue pastor hasta que le dijeron que ya no podía ser pastor. Se quedó absorto, triste, con la cabeza erguida y los ojos muy abiertos. Los vecinos le hablaban de su vejez, de sus piernas medio baldadas, de sus cansancios. Le trataban con una compasión cariñosa que al viejo le parecía injuria, aborrecimiento, maltrato. Mientras los vecinos, en el amplio portal del Concejo, continuaban tratando de los pastos, del toro, de las vacas estieles, de las ordenanzas pastoriles, tío Francisco abatió la cabeza, pensativo. Apoyó el brazo en la pared y en el brazo la frente. Su lloro no se oía a causa de las voces, de las disputas, de las risotadas. Después echó a andar apoyado en su cayada morena, secándose las lágrimas con su pañuelo blanco y azul, áspero, con rayitas de repasos. Desde entonces, de vez en cuando, todos los estíos, sube tío Francisco a las majadas, su paso a paso de fatiga.

Instante dramático en que el hombre se da cuenta del desastre definitivo de sus fuerzas. Todos los caminos le parecen pindios. Todo es cuesta para sus piernas débiles. Son cuestecitas las lindes, los campos, las mieses. Todos los terrenos son para él lo mismo que escalones y pendientes pedregosas. La carga más liviana es peso duro, costal enorme, cruz grande y nudosa, coloño abrumador. Es tremendo ese momento de la vida en que todo tiene para nosotros cansancio de cuestras o de arenales. Tío Francisco va un día al monte próximo y echa a andar de regreso con su quima arrastrando. Tiene que sentarse varias veces, sudoroso, pálido, a la orilla del camino. No puede, no puede con la quima. Las piedras son como garfios que tiran de la corpulenta rama. Esfuerzos vanos, persistentes, desesperados. La quima no se mueve; la quima es lo mismo que una rueda que se atasca en la cambera. Más intentos, después de un leve descanso. Pero no; la quima no se mueve de allí o avanza un trecho cortito y vuelven los garfios



de las piedras a tirar de ella hacia atrás. Entonces el viejo continúa caminando sin la rolliza rama. A un tiro de piedra del sitio en que la abandonó retrocede, se acerca a ella con esperanza, torna a cogerla, la arrastra un instante. El viejo se pone contento sintiendo el ruido que hace la quima a sus espaldas, saltando en las piedras como el asta de un arado... Y otra vez lo estéril del brío, la quemadura del sudor corriendo por las grietas de las arrugas del rostro; golpecitos del eslabón, unas chupadas ansiosas al cigarro, unos intentos inútiles más desesperados. La quima se queda allí con desolladuras en la corteza, con los nudos resobados. Tío Francisco siente la tragedia profunda y agobiadora de esos instantes como si anduvieran a testarazos y a pedradas con su espíritu. Le duele el ánimo, la memoria, la voluntad, las penas antiguas, las penas de ahora... Una mañana de estío emprende la marcha hacia las majadas. La chaqueta al hombro y en una de sus mangas, atada por el puño con un cordón o con un junco, lleva unos mendrugos y unas cebollas. La manga de la chaqueta es la alforja improvisada de estos caminantes. Va contento como un zagal. Cuando empieza a caminar por el monte, las abarcas o los borceguíes le pesan, le estorban. Se detiene a menudo, se tambalea en los peldaños desiguales de los atajos, que son los cauces secos de los arroyos turbios y alborotados del invierno. La majada está mucho más allá de aquella lomba y de aquel collado. El sigue andando, pero no deja de pensar en que es imposible, imposible, que pueda llegar hasta aquella cumbre. Se lo dice el escucho de su ánimo, se lo dicen sus piernas indóciles a la voluntad, sus pies doloridos, la multitud de puntitos brillantes, inquietos, que le bailan delante de los ojos. Unos cuantos pasos más y torna a detenerse, pensativo. Mira al sol y ve que ya es tarde; mira a la cumbre y ve que está muy lejana; mira a la cuesta y la ve arriscada, grande, casi infinita, con sus hondones tenebrosos. Se queda irresoluto, inmóvil, con las manos apoyadas en el palo, la una encima de la otra. Y retrocede más encorvadito, más despacio, hacia el valle, con una tremenda sensación de agobio en el pecho, en las sienes, en los pobres deseos, en los pensamientos...

Yo recibo cartas de tío Francisco. Otros días las recibo de tío Antonio, de tío Arsenio, de tío Agustín. Todas dicen lo mismo. Las cuitas y los deseos de éstos son análogos; tienen un íntimo parentesco de tristezas, de acabamientos, de lamentaciones. Ellos no pueden hacer nada, son aborrecidos, se dan cuenta de que estorban y quieren venir a un asilo para morir en paz, sin ver aquellas miradas malditas, aquellos gestos, aquellas maneras desapacibles. Yo contesto a estas cartas con promesas afectuosas. Los asilos están llenos, la miseria es uno de los tres o cuatro caracteres más profundos de la época, la riqueza no acaba de compenetrarse con estas desgracias. Es



terrible tener que escribir estas líneas a unos pobres ancianos rompiendo sus últimas esperanzas. Yo no me atrevo a quebrarlas definitivamente; sigo con promesas, con promesas. Y siento remordimiento por ese engaño, por esas palabras, por mi pecado. Las cartas se renuevan cada vez más dolorosas, más apremiantes, más desconsoladoras. No sabe uno a quién pedir perdón de este engaño sentimental a los pobres viejecitos. El remordimiento sigue retumbando en mi ánimo. Y para allá van las promesas, las inciertas promesas, cada vez menos persuasivas, más avergonzadas, más aturdidas...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 6-V-1934.

#### 443.—ESBOZOS. LOS FALSOS DOCTORES

*El problema más urgente que tiene que tratar de resolver el parlamento es el del paro obrero.—Virgili.*

*El Cantábrico*, 13-V-1934. (V. O. C., págs. 352-356)

#### 444.—ESBOZOS. LA APARIENCIA Y LA AVARICIA

*Hace falta la protección de las personas pudientes en beneficio de esta obra social.—El presidente de la Diputación.*

La apariencia y la avaricia son las dos cuñas más profundamente clavadas en el alma del mundo...

Yo quiero referirme ahora exclusivamente a los pueblos. En los pueblos se observa mejor que en las ciudades. El contacto con la desgracia y con la felicidad es más íntimo; sus querellas y sus expansiones están más cerca de nuestros pasos, se perciben con una precisión constante, como los árboles

familiares y las torres y los arroyos. En los pueblos se sabe con certeza infalible dónde está lo abundante, lo estéril, lo escaso, lo miserable, lo triste, lo lleno, lo vacío. Un pueblo es una gran familia, en la que los unos conocen las culpas, los duelos y los vicios de los otros. Los ojos y las imaginaciones llegan más allá de la apariencia, del disimulo, de todo lo que finge en el semblante, en la traza, en la palabra, unas sensaciones o unas circunstancias. Sí, los ojos están acostumbrados a desmenuzar apariencias; las desgarran, las desnudan, llegan a la realidad como la barrena a la otra parte de la tabla. Se percibe lo más oculto, lo más escondido, lo más recatado...

Aquel señor que va por aquella callejuela, risueño, erguido, con desenfado, con su bastón y su sombrero, mirando contento las ramitas de los manzanos y las paredes torcidas de las hazas vestidas de zarzamoras, parece poseer el complaciente desembarazo que da la hacienda, la tranquilidad, la visión de un porvenir claro, abundante, venturado. Su gesto trasvierte sosiego interior. Sus pasos son firmes, enérgicos, un poquito fanfarrones. Le brillan unas sortijas amarillas y blancas. Pasos de quien vuelve de comprar un magnífico caballo y se dirige a casa del escribano a firmar la propiedad de una extensa pradera, de un amplio solar, de un bosque con liebres y martas. El forastero verá en la desenvoltura, en las frases y en la sonrisa de este señor los reflejos naturales, espontáneos, característicos de la felicidad, de todo lo contrario a la pobreza, a la vigilia, al sobresalto. Los juegos de su bastón en el aire de la callejuela le parecerán movimientos joviales, incontenibles, del ánimo optimista y valiente. Tendrá envidia de su porte, del afecto con que contempla la labranza, los nogales, las reses que pasan mansas, lucientes, con su campano. Su criterio acerca de la vida y de las costumbres de este señor, se llenará de delicias de paz agraria, de brincos de galgos, de criados obedientes y laboriosos, de ambientes de estancias viejas con unos cuantos muebles anacrónicos; de establos con mucho rebulido de campanillas, de relinchos, de mugidos. El forastero se aleja, sigue su itinerario con la suave memoria de aquellos instantes, del jugueteo jovial de aquel bastón negro, del manso ruido de los trajines en los campos. Tiene la certeza de haber encontrado en la callejuela cortita y estrecha de un pueblo, a un hombre feliz, lleno de paz, enamorado de las espigas, de los ríos, de las laderas. Y volverá a envidiar aquella sumisión cariñosa al ambiente, a las costumbres, a las sendas monótonas de todos los días. Si el viajero permaneciera más horas en este pueblo, modificaría su criterio con desconsuelo, como se pasa de un camino de lirios a un camino de escajos. Aquel señor nada más que tiene el bastón, el sombrero, las sortijas. Las estancias viejas y anchas de su casa están vacías. No tiene laboriosos y obedientes criados. Ni establos con rebullicio de campanillas, de mugidos, de

relinchos. Este señor posee unas tierras, cobra unas rentas insignificantes, tiene unos frutales y un castañar, un galgo, una escopeta, unos cuantos bastones, cuatro o cinco sombreros. Con la pequeña hacienda podría vivir decorosamente, como un labrador acomodado, sin grandes penas. La gente le mira con profunda lástima o se ríe de su disimulo pacíficamente orgulloso, inofensivo, pertinaz. Su potaje tiene menos sustancia que el potaje de un pastor; su lecho, más duro; sus pesadumbres, más dolorosas y permanentes. Toda la pequeña hacienda se le va en mantener un decoro arbitrario, con chispeos de sortijas, con humo de cartuchos, con polainas amarillas, con ladridos de perdigueros. Los hijos están flacos, pálidos, tristes. La gente lo comenta en las tierras de sembrar, en los atrios parroquiales, en el molino, en la taberna, unas veces con lástima, otras veces con ironía, otras veces con risas y algarazas alborotadoras...

Por allí va un anciano con hondos surcos en la frente como el entrecejo de un mastín. Su zamarra está rota. Parece un pedigüeño trashumante, que busca un pajar donde dormir. La pechera de su camisa es un remiendo tosco, puesto allí hace mucho tiempo, de cualquier manera. Un puño es azul, el otro amarillo, la pechera de verde áspero, como la hoja de higar. El viajero tendrá compasión de este viejecito harapiento y encorvado, que trasvierte abandono y miseria. Su concepto de la vida y de las costumbres de este anciano se llenará de tarreñas desportilladas, de techumbres agujereadas, sin retejar, de caminatas agobiadoras con rezos en los portales. Y le dará una moneda que el anciano cogerá humildemente, cabizbajo, con un agradecimiento extraño, mirando con recelo a todas partes, como si estuviera hurtando. Si el forastero continuara en el pueblo se enteraría de cosas peregrinas. Vería que la gente saludaba al anciano con mucho respeto, lo mismo que al médico y al arcipreste. Se asombraría de esta respetuosa actitud de los labradores para con este anciano, que camina despacito, como agachado, con la mano derecha apoyada en un palo y el brazo izquierdo posado en la espalda, inclinada, rendida. La gente conoce concienzudamente las costumbres del anciano. La gente de la aldea abre agujeritos en la aparencia, como en una pared, y ve lo que está a la otra parte. Este viejo habita una casa pequeñita, con un balcón corto, con la chimenea destrozada, con un pajar reducido. El enciende la lumbre, hace resoplar al fuelle para que se extienda la llama, recose sus calzones, llena su cántaro, friega su caldera, arregla su paraguas. Echa en su mezquino huerto el abono que encuentra en las callejas, en las camberas de la mies, en los abrevaderos. Pide un poquito de hilo a la mujer del vecino, una aguja prestada, un botoncito para su chaleco verdoso... Y por la noche palpa con sus manos secas, con abultadas arrugas en los artejos, unos rincones secretos del pajar.

Todo su rostro se llena de recelo. Vuelve a palpar con delectación, con una cautela voluptuosa y larga. Toda su vida se reconcentra en ese instante en los ojos, en los dedos. Le tiemblan las mandíbulas pajizas y secas. Siente unos pasos en las tinieblas de la calle y encoge su cuerpo menudo, apaga de un rápido soplido la pequeña llama del candil, escucha atentamente hasta que los pasos se alejan. Al día siguiente sigue dando golpecitos con su picaya en las callejuelas del pueblo. La zamarra destrozada, el remiendo verde en la pechera, el puño azul, el puño amarillo, infunden en la gente un respeto profundo y humilde. La gente sabe que el viejo posee unos caudales ocultos; que es avaro; que quiere pasar por pobre; que le duelen las entrañas y los sentidos cada vez que tiene que comprar una jícara de aceite, una madejita de hilo, una escudilla de sal...

En los pueblos se observa mejor la avaricia, la apariencia, la desgracia. No existe pena oculta, ni hambre ignorada, ni quebranto secreto, ni afición que no se descubra. Entre la apariencia del señor del bastón y el egoísmo del viejo de la zamarra, se afligen unos huérfanos pequeñitos, abandonados, con la frente apoyada en los baraústes del corredor, mientras su madre resalla en la mies, carga coloños o esparce largos lombillos de hierba estival. Y una anciana prepara la cesta de mimbre o el cuévano o la talega de cuero para ir, poco a poco, de puerta en puerta, más allá del confín de la comarca. Y en aquella casa de techumbre alabeada, con la tronera caída, y el ventano torcido, un viejo piensa en un refugio amable lejos del pueblo.

El señor del bastón sigue disparando su escopeta. Sigue dando golpecitos la picaya del anciano de la zamarra en las piedras de las callejas. Todas las noches le tiemblan las mandíbulas cuando acaricia aquella grieta del pajar. La gente le saluda humilde, con mucho respeto. Si ocurre una desgracia en el pueblo y unos vecinos piadosos van por las puertas pidiendo para aliviar ese doloroso trance, el viejo de la zamarra los mira con enfado, dice que no tiene nada, que se vayan, que le dejen en paz...

La apariencia y la avaricia son los ruidos que retumban con más constancia debajo de las sienes del mundo...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 20-V-1934.

#### 445.—ESBOZOS. LOS HOMBRES EXTRAORDINARIOS

*Ha pasado casi desapercibido el aniversario de la muerte de don Marcelino Menéndez Pelayo.*

*El Cantábrico*, 27-V-1934. (V. O. C., págs. 325-328)

#### 446.—ESBOZOS. CEREBROS Y CONCIENCIAS

*La desgracia de la humanidad está en el apartamiento de lo espiritual y de lo transigente.—Wells.*

Existe una multitud de costumbres más fuertes que la táctica de las reformas. Se modifican las leyes, se contraen o se extienden las libertades, se bifurcan o se constriñen ciertos beneficios, se impulsan estas iniciativas y se detienen aquellas otras. Pero hay maneras sociales, vicios, ratificaciones nocivas de eternidad, tenaces, siempre despiertas como las pasiones, los afectos, los aborrecimientos. Hay tópicos perdurables de costumbres y de culpas, como hay tópicos incommovibles de filosofía, de arte, de literatura, de doctrina. A través de los renacimientos y de las decadencias históricas, de las formas gubernamentales, de las renovaciones de los modos colectivos, de todo lo que remuda la fisonomía y la desenvoltura política, sobreviven esas maneras y esas actitudes tan antiguas, que son las picardías, las técnicas, los medios del hombre para lograr los objetivos de su ambición, de su rencor, de su avaricia. Cambian los sistemas, los modismos del lenguaje, las aficiones, los corolarios teóricos de la moral, el concepto del derecho y de la didáctica, los juicios acerca de la poesía, del recato, de la sencillez, de lo ampuloso. Lo que ayer fue motivo de exaltación sentimental, es hoy origen de hastío, de indiferencia, de impasibilidades. Sucede lo mismo con los sistemas de trabajo, con las expansiones recreativas, con la investigación científica, con los procedimientos de enseñanza, de gobierno, de castigo, de crítica. Con los nuevos días, el criterio también tiene su alba o su crepúsculo, su tormenta o su bonanza, su niebla o su claridad. Pero en el

fondo del carácter, en los entresijos del cerebro, permanecen herencias milenarias, inextinguibles, que son los obstáculos abominables de la mudanza espiritual, tan necesaria, tan apremiante, para la sutileza y eficacia de la civilización...

No puede ensancharse, ni puede arraigar en el temperamento del mundo lo que no esté saturado de afecto, de cordialidad, de justicia. Primero el hombre, la preocupación constante del hombre, de su paz, de su alma, de su inteligencia. Y el desarraigo de esa herencia esparcida en los pensamientos, en las conductas, en las obras, en los propósitos, en los recovecos, tinieblas y claridades de la intimidad. Herencia de envidia maliciosa, de falsedad con apariencias efusivas, de artimañas desleales de vanidad persistente, de avaricias insaciables, que son las penas, los quebrantos, la desesperación de los otros. Y el orgullo, el orgullo, que no tiene inconveniente en humillarse en secreto para obtener alguna preeminencia ante el público. Mudanza rápida de modas, de gustos artísticos, de géneros literarios, de creencias, de formas de superficies. La sustancia moral continúa con la misma levadura. No palpita al compás del progreso mecánico, de la ciencia, del arte. Está intacta de impulsos buenos, de aires renovadores, de amabilidad, de pulimento. Continúa con los mismos pecados de siempre, con idénticos vicios, con análogos egoísmos. Cambia la ruta de los Estados, y el hombre no modifica la suya; el hombre siempre es lo mismo. No adapta su conducta al espíritu saludable de esas transformaciones, su rumbo es el que marca su beneficio y su comodidad, su rencor, su apetencia moral, su positivismo, su venganza. Prosigue la táctica bien emparejada con su ánimo y no con la advertencia de sus obligaciones para con los demás. Los regímenes nuevos serán análogos a los viejos si no predomina la ética individual. Sin transformación de almas no puede modificarse el ambiente del mundo, aunque se reformen los códigos, las leyes, los preceptos; aunque se inventen cosas asombrosas; aunque se descubran secretos pasmosos de la Naturaleza; aunque la Física, la Mecánica, la Astronomía se empeñen en desentrañar misterios. El mundo no es sólo salarios, trajines, hierro, cemento, motores, máquinas, viñedos, trigales, minas, flotas, finanzas, sabiduría, modos y competencias políticas o industriales. Hasta ahora casi todas las fuerzas, los ingenios, los propósitos, se han dedicado al acrecentamiento de lo material y de lo intelectual. Fórmulas, disquisiciones y minuciosidades biológicas, investigación en signos y en huellas remotas, retumbidos de máquinas, polémicas de Filosofía. Devaneos incansables de la inteligencia para dar con este secreto, con aquella solución, con el misterio de aquel enigma. Letras, números y ruidos. Consecuencias del entendimiento y de los brazos, del laboratorio, de la fábrica, de la biblioteca. El espíritu relegado como una cosa de orden inferior, con su atavismo,



con su recelo, con su tosquedad. No ha experimentado la progresiva renovación de los trajines que andan a vueltas con las cifras, con los microscopios, con los motores, con el cemento, con la piedra, con la Química, con los legajos de los archivos, con la Historia, con el Arte.

Hay un desacuerdo profundo entre la cultura del cerebro y la cultura del alma. El cerebro está en una cima y el alma en una tenebrosa hondonada. El cerebro es inteligente, fino, civilizado. El alma permanece sin ese cultivo insistente y fecundo que se ha echado en la inteligencia, en la arquitectura, en la mecánica, en todo lo que ha enriquecido al mundo con moles gigantescas, con grandes pájaros artificiales, con comodidades, con sonidos, con descubrimientos que parecían mitos y fantasías hace ochenta, noventa años. Se ha cultivado todo menos la conciencia. Esmeros con el bronce, con las fuerzas hidráulicas, con los artefactos bélicos, con la perfección de los oficios, con lo que produce interés, deleite, bienestar, preponderancia económica. Esmeros con las inteligencias, con las habilidades, con las disposiciones adecuadas a esta artesanía, a aquel deporte, a aquella especialidad científica. Efectos de estudio, de fuerza, de talento; no de sensibilidad, de ética, de civismo, de templanza. El entendimiento, más prestigioso, más alto y más profundo que el sentimiento. El entendimiento dando cosechas abundantes, roturando febrilmente, sin parar, venciendo fatigas todos los días, camino de lo inédito, desbrozando, construyendo. El sentimiento en un barbecho exiguo, ocioso, paralizado, siempre en la misma linde estrecha, andando de acá para allá con la carga de su vieja pereza, sin salir de su área antigua y estéril. Existe una distancia enorme, astronómica, entre la vida del cerebro y la vida del espíritu. La inteligencia ha recorrido trayectos asombrosos; los trayectos que eran el imposible, la fantasía, lo sobrehumano de la leyenda primitiva. El espíritu camina con lentitud; no sale de su paso leve, siempre despacio y ocioso. El entendimiento es lo mismo que un aeroplano. El espíritu es como un caminante subiendo un repecho. En esta inmensa diferencia de velocidad está el desequilibrio de la civilización, las costumbres personales, más fuertes que las reformas; todo lo que es menoscabo de la misericordia, de la dignidad, de la energía moral, lo que es menester para hacer al hombre más sincero, más justo, más cordial, más noble, menos rencoroso, más amigo del hombre. La nueva civilización tiene que echar en la conciencia el mismo cuidadoso cultivo que ahora se dedica a las inteligencias. Trabajar las almas con el esmero con que se trabaja con los números, con la Física, con la Mecánica, con el cemento, con el deporte, con los diversos estilos del progreso material. No es utopía el llegar a ese hito casi definitivo de lo humano. No es imposible aproximar la evolución de las conciencias a la marcha rápida del cerebro. Si no se logra ese para-

lelismo tan imprescindible, el mundo será siempre el mismo, tendrá el mismo sabor amargo, idénticas intemperancias, aunque los Estados cambien su régimen, aunque se modifiquen las técnicas legislativas, aunque se multipliquen las Universidades, la comodidad, los artificios útiles. El mundo da la impresión de un hombre de extraordinario talento —ingeniero, químico, erudito— dominado por el vicio, por la avaricia, por la adustez, por todo lo contrario a lo sencillo, a la virtud, a la bondad, a las diversas cualidades generosas... Y el mundo, como el hombre, es mejor que sea menos sabio, pero más amable, más virtuoso, más cordial, más efusivo...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 3-VI-1934.

#### 447.—ESBOZOS. EL DESIERTO DE LA CIUDAD

*Hay que ir extirpando todos los convencionalismos que relegan al mérito.*—Zozaya.

Este hombre es útil, inteligente, desenvuelto, limpio de criterio, pulcro de conducta, fino de espíritu. Este hombre no tiene relaciones con uno de esos personajes prestigiosos por letras, por oro, por política, por causas honestas o por causas abominables. Nada más que tiene unos cuantos amigos que andan a vueltas con su herramienta, con unos libros de contabilidad, con las teclas de la máquina. Estos sus amigos no tienen influencia, no pueden ayudarle en esa incesante y fatigosa peregrinación buscando dónde emplear su energía, su inteligencia, su afán de trabajo. Son gentes sencillas que no pueden regalar más que afectos y compasión. Así pasa el tiempo lleno de renunciaciones, de sobresaltos, de pena. El tiempo de los afligidos y de los infortunados, que es como un molino que va triturando esperanza, optimismos, deseos. Este hombre pone el ánimo en una cosa que pudiera ser el comienzo de su actividad, y esa cosa tan remirada, tan apetecida, se va alejando, alejando, con una presteza de centella, hasta no ser más que un puntito insignificante en un horizonte de ansias, de estímulos espirituales, de secretas congojas. Desaparece, se esconde, se deshace. No ha dejado más que una huella de maltrato, de esquivéz, de engaño en la pobre intimidad. Y surge otro adjetivo, que es como una bisma para esas llagas. Se enerva el reciente resquemor, se aplaca el zumbido de la contrariedad, se olvidan

las angustias, las fatigas, las tristezas. Este otro objetivo parece más concreto, más fácil, más cercano. El hombre ve en él el término de su ocio, que es dolor y cansancio. Su pensamiento es entonces como un rezo a la suerte, como una invocación a la felicidad, al contento, al sosiego. Van a terminar sus terribles inquietudes, el agobio del alma y del cuerpo, las horas amargas, espinosas, mortificantes; las meditaciones que siempre encuentran una muralla, una tiniebla, un límite de sombras, de fuego, o de nieve. El espíritu requiere caricias de esperanza; ven más cerca y más preciso ese cambio de su vida, el pórtico de una bienandanza construida con trabajo y con cordura. Su ocio lamentable se va a convertir en movimiento provechoso.

Días de impaciencia, de frenesí moral, de mezcolanza de alegrías, de temor, de duda. Se van a cumplir sus ansias nobles, ejemplares, magníficas. Conoce perfectamente la técnica de su oficio, de su arte, de su profesión liberal. Presenta pruebas gráficas de su competencia, de su laboriosidad. Sabe que hay un puesto vacante y lo solicita humildemente, presentando unos certificados, unos modelos de su trabajo, unas demostraciones inmejorables de la especialidad a que ha dedicado sus afanes. Ve cerquita el recommienzo de sus trajines, la restauración de su hogar, de sus entusiasmos, de su brío moral y fisiológico. El trabajo es para él la suma de sus deseos, el compendio de sus vehemencias actuales, el origen de muchas sensaciones complacientes. Pero el nuevo objetivo se borra repentinamente, cuando pensaba en lo cerca que estaba la realidad. Sus certificados no tienen valor alguno; su conducta, con ser tan cabal y tan pulida, resulta ineficaz, no es convincente, no tiene fuerza. Otra vez ve alejarse a la esperanza que es lo mismo que pasar de un paraíso a un cautiverio, de una superficie suave, amena, deleitosa, a una cuesta abrupta, dura, interminable; lo mismo que uno que busca calor y le tiene ya cerca, y a los pocos instantes le envuelven en hielo. Se ha desvanecido esta otra posibilidad, dejando más huellas de maltrato, de esquivéz, de engaño en la pobre conciencia. Derrumbamiento de ánimos, de confianza en el mérito propio y en la justicia y en la bondad ajena. Aunque esté en la ciudad, le parece caminar por un desierto. Le falta la protección, la tranquilidad, el oriente. Desventurado del hombre a quien la ciudad le parezca un desierto. Se apaga una candela y se enciende otra, después de una transición de estupor, de llanto, de desesperación. Vuelve a ponerse el ánimo en otra cosa. Va de acá para allá buscando, inquiriendo, con los certificados de su conducta y de su competencia. Caminatas por calles que son para él lo mismo que vías dolorosas. Proceso misterioso de ilusiones, unas detrás de otras, las nuevas sobre las cenizas de las viejas. Al instante de morir una, nace otra, que siempre cree que es la definitiva,

la que le va a traer la realidad de su pensamiento. Y así se van renovando las esperanzas y las contrariedades, un día y otro día, siempre con un alba de fe y un crepúsculo de desengaño, de imposibilidad, de desconfianza. Sus ambiciones son naturales, concretas, entre límites de sencillez, sin revuelos imposibles de imaginación. El se conformaría con sentir el ruido de su herramienta, con fatigarse todos los días, en la práctica de su oficio o de su profesión intelectual. Nada más que con eso, tan sencillo, tan humilde, tan parco. Se va convenciendo de que la voluntad y el mérito no son elementos suficientes para que el hombre encuentre el camino sin estorbos. Hace falta más que esas cualidades, más que esa pureza de criterio que todo lo ve en la conducta, en las disposiciones laboriosas, en lo digno del arte, del oficio, del temperamento. Hace falta más, mucho más que todo eso. No es suficiente conocer minuciosamente la técnica de la profesión, amarla, pulirla a fuerza de esmero y de inteligencia, compenetrarla con el talento, con la sensibilidad, con el carácter.

Ser perfecto en el oficio, en el arte, en la profesión, es muchas veces lo mismo que no saber nada, lo mismo que ser operario o artífice remiso e inhábil. Y ser imperfecto, indocto, nulo, es muchísimas veces lo mismo que ser inteligente, culto, hacendoso. La vida se nutre de estas grandes y eternas paradojas. Todo se trastrueca y se invierte con la «naturalidad anormal» tan bien ultrajada por la pluma de Wassermann. El piensa en estas cosas según va devanando sensaciones amargas, corajes ocultos, pensamientos rápidos, ardorosos. Le dan ganas de golpearse la frente, de sollozar, de lanzar gritos sediciosos, enormes, locos. No puede contener en la conciencia el enfado con el mundo, las penas, las iras, el chasquido de sus propósitos al quebrarse en lo arisco de las circunstancias. Esfuerzos del carácter, de la dignidad, del cerebro para templar los enojos que le abrasan el espíritu. Nace otra esperanza y es lo mismo que si cayera oro en el ánimo, polvillo de lirio, chispeo de estrella. Se reanuda la amistad del propósito y de la voluntad, se restaura lo que se ha destrozado en el ánimo, vuelve a erguirse el pensamiento, sale el afán de su desmayo y la energía de su flaqueza. Porque hay también convalecencias de dolores morales, de tristezas, de fracasos. Y el espíritu vuelve a su trato con la esperanza que tantas veces se extravía y tantas veces se encuentra en la vida. Confianza nueva en los días futuros, en la bondad de los hombres, en la desaparición de lo adverso y en el alba de lo favorable. Surge otro objetivo, otro propósito, la fe en este nuevo intento. Vuelve a mostrar las pruebas de su competencia, de su conducta, de su laboriosidad, de sus necesidades. Coloquios con gentes que no comprenden estas cosas. Más caminatas, más agobios, más incertidumbres. Y otra vez la tremenda sensación de desierto en plena ciudad, entre

el ruido, las voces, los edificios. Vuelven a entenebrecearse los pensamientos, vuelven los deseos de pronunciar improprios, quejas enormes, frases violentas...

Este hombre es útil, inteligente, desenvuelto. Este hombre tiene un concepto exacto de los deberes, de la familia, del trabajo; de la idea y de la dinámica que constituyen la personalidad profesional. Pero le falta algo que es más eficaz, más decisivo, más convincente que aquel criterio y aquella desenvoltura. Le falta la influencia, que es lo mismo que una palanca y que un motor para levantar y dar movimiento a los propósitos sencillos, a los proyectos extraordinarios. Le falta eso, eso, la recomendación, que ya es algo imprescindible, más prestigiosa y persuasiva que el mérito en conducta y en habilidad. La recomendación, que hace pasar a los tontos por listos, a los viciosos por honestos, a los locos por cuerdos, a los falsos por leales, al ignorante por culto, al vago por laborioso...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 10-VI-1934.

#### 448.—ESBOZOS. EL PERDON Y EL OLVIDO

*Los niños de Maliaño recibieron con aplausos a unos jóvenes que se fugaron de la casa paterna.—Los periódicos.*

Los muchachos tienen curiosidades inexplicables. Se aposenta en el ánimo, repentinamente, una idea de aventura, de caminos desconocidos, de ganas de poseer las cosas que aman su inocente envidia, y es lo mismo que una pasión que empieza a escarbar con su pico de fuego en el espíritu del hombre. Curiosidades de lejanías, de singladuras de mar, de tierras extrañas, de todo lo que tiene características extraordinarias. El niño no piensa en las dificultades, en la distancia, en el cansancio, en la angustia de los caminos desconocidos. No ve más que la causa de su devaneo imaginativo y nada más que siente el regusto intenso del propósito, el afán de contemplar las cosas compenetradas con su inclinación. No es docilidad de carácter, ni agraces de rebeldía, ni iniciaciones prematuras de andanzas nocivas, ni desacato a las costumbres, al afecto paterno, a la disciplina. Es la curiosidad inevitable, la curiosidad, que es ajena a esa disciplina, a ese afecto, a ese desacato.

La curiosidad, que es deseo incontenible, empujón poderoso, ansia, emparejamiento de pensamientos, y de estímulos exteriores. Olvido momentáneo de todo lo familiarizado con nuestro ambiente, con las costumbres diarias, con las impaciencias, los sosiegos, los apetitos, las inquietudes naturales. Es como una gran sorpresa, como una perplejidad, como un hallazgo excepcional de un camino. Nace la curiosidad, concreta, fuerte, tenaz, y todas las demás sensaciones se quedan inmóviles y ociosas. Aquello nos atrae, aquello nos zarandea como un huracán.

El hombre posee la defensa de la voluntad, de la conciencia del deber, de las responsabilidades, la idea de lo que es útil y de lo que es perjudicial y estéril. El niño, no. El niño está indefenso ante el escarceo violento de la curiosidad. No tiene criterio de los motivos dañosos ni de los motivos saludables. Es bueno lo que a él le agrada, lo que le sonríe, lo que ensancha el área de su deleite. Es malo lo que no le gusta, lo que pone límites a sus expansiones, lo que le prohíbe estos brincos, aquellas desenvolturas, esos regocijos. Lo amable está para él nada más que en la transigencia, en lo que estimula sus deseos, sus juegos, sus propósitos, sus contentos. Todo lo que se opone a estos movimientos inevitables de su ánimo, es malo, amargo, hosco, intemperante. Es bueno lo que acaricia, lo que regala, lo que disculpa, lo que disimula. Es malo lo que riñe, lo que voca con enojo, lo que prohíbe. No ve las consecuencias, el engaño de lo aparente, el afecto que puede esconder una palabra áspera, un castigo, una veda. Ni la malicia, el desafecto, la acritud que puede guardar una sonrisa, una tolerancia, una frase suave, complaciente, campechana. Por eso todas las curiosidades que nacen en su imaginación están desposeídas de conceptos dañosos. La travesura es producto de curiosidad o de tentación, no de deseos de ocasionar preocupaciones dolorosas, amarguras, lágrimas. La curiosidad en el niño es, en lo intenso y en lo profundo, lo que el egoísmo en el hombre, no en lo morboso ni en lo cruel ni en lo desapacible. Una pasión inocente que se desborda, que trajina incesantemente, que tiene apremios análogos a los del hambre, a los de la sed, a los del sueño...

Yo recuerdo un episodio de infancia en un pueblo, entre unas laderas verdes, morenas, rubias. Aquel niño era dócil, reposado, noble. La conducta de un niño en una aldea se analiza por su respeto a los ciruelos ajenos, por su estatismo en la iglesia, por su amor a los aperos, a los ganados, a las mieses. No es el mejor el más hábil ni el más inteligente. Es el más humilde, el más devoto, el más obediente, el más puntual en el horario de escuela y de iglesia, el que se quita la boina con más rapidez para saludar al médico, al señor maestro, al señor cura; el que no perniquebra a las ovejas, el que



no tira piedras a las golondrinas, a los nogales, al tejado de la parroquia; el que no vuelve con la blusa desgarrada, el que no se burla de las manías de los viejos, el que acude con más presteza a besar la mano de los misioneros, el que no destroza los nidos, el que no enturbia las fuentes... La conducta de aquel niño estaba de acuerdo con este criterio acerca de la bondad, de la compostura, de la educación infantil. Respeto a las cerezas, a las cercas, a los brunos negros y brillantes. Las madres de los revoltosos, de los que rompían las quimas y correteaban por entre los maíces altos, apetecían para sus hijos aquella actitud invariable de docilidad. En las riñas, en los lamentos familiares, en los castigos por esta desobediencia, por aquella tardanza en volver de la escuela, del monte, del molino; por este desacato a la costumbre, a la obligación, a la humildad, siempre se oía el nombre de aquel niño como un estímulo a la enmienda, al arrepentimiento, a la recompensa. Un día la gente se quedó asombrada. Era la época en que el espino comienza a echar la flor. Aquel niño había desaparecido del pueblo. Rebuscamientos minuciosos en las orillas del río, en las leras arenosas, en los montes próximos. Toda la aldea se llenó de lamentaciones, de sobresaltos, de angustias. Exploraciones estériles en toda la comarca; preguntas a los caminantes, a los cosarios que pasaban en sus carros azules, a las renoveras, a los baratijeros.

Al anochecer volvió el niño mohino, polvoriento. Su padre venía detrás con mucha ira en los ojos, en los pasos, en las manos. Recuperó el pueblo su vieja serenidad. Desde aquel día perdió el niño su prestigio. Relatos humildes del origen de su rota aventura. A él no le gustaba el trajín del campo, de las majadas, de los ganados. Su curiosidad y su inclinación estaban ausentes de los trabajos rutinarios de la aldea. Quería ser dependiente en una taberna de Cádiz, de San Fernando, de Chiclana. Era una idea fija que no le dejaba en paz ni en la escuela ni en la mies, ni mientras oía las jaculatorias de la novena en aquellos bancos estrechitos y largos de la parroquia. Por eso había comenzado a caminar aquella mañanita, sin concepto de la distancia ni de la ruta. Desde entonces la admiración se convirtió en aborrecimiento. La gente le miraba recelosa y burlona. Los muchachos del pueblo le mortificaban constantemente con el recuerdo de aquella mañanita en que echó a andar hacia aquellas montañas zarcas de la parte del ábrego que se veían desde las cumbres pastorales del valle. Sus padres le hacían trajinar con lo que más aborrecía: los aperos, los terrones, las hierbas. Y se reían de sus inclinaciones y de su curiosidad por las cosas de San Fernando, de Cádiz, de Chiclana. Todo era maltrato, resquemor, hostilidad. Se había arrepentido de aquellas tentaciones; pero la gente no creía en el arrepentimiento. Yo le veía llorar muchas veces en un rincón del huerto, en una

colina cercana, apoyada la frente en un tronco. La gente no perdona nunca la caída, el error, la aberración de un instante. Aquel niño no podía soportar aquellas miradas, la represalia familiar, las palabras hostiles de los muchachos, de los hombres, de las mujeres parteras; las palabras que le recordaban su regreso a la aldea, mohino, lloroso, delante de su padre. Y por eso volvió a marcharse con más presteza, con más sigilo, por unos caminos monteses que no sabía a dónde iban a parar. Ya no era la curiosidad, el acicate de sus inclinaciones, lo que le hacía dejar el ambiente natal. Era la represalia tenaz, el castigo permanente, las miradas, las burlas, los maltratos...

A esos muchachos de Maliaño les han recibido cariñosamente sus compañeros. Ejemplo magnífico de renovación de modos sociales. Así debe recibirse siempre a quien regresa de una penitencia, de purgar un error. La hostilidad entenebrece los pensamientos, crea rebeldía, apaga propósitos de enmienda definitiva. Es mejor olvidar aquel momento, no aludir en lo sucesivo a la causa de la caída, del delito, de la travesura. Dar sensación de cordialidad, de afecto, de olvido. Las reincidencias suelen ser originadas por lo inflexible y hosco de las maneras de la gente para quien vuelve contrito, triste, avergonzado. En ese olvido aparente y bondadoso del pasado ajeno, del mal pensamiento, de la culpa, del yerro, puede estar el estímulo de la enmienda, la ruta clara y derecha de la conducta. Desesperar al niño, al joven, al hombre, con el recuerdo de aquel instante, de aquel ademán, de aquella tentación, es hacerle desabrido, rencoroso, violento. Con la primera actitud puede penetrar en la conciencia un sutil aire de gracia moral...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 17-VI-1934.

#### 449.—ESBOZOS. LA LEYENDA DEL LOBO

*Baltasar Gómez, de Silió, ha cazado en once años cuarenta y dos lobos.*—Los periódicos.

El lobo, tan ágil, tan brincador, con las orejas erizadas, con los ojos brillantes en la niebla. El lobo arañando la tierra cuando barrunta el temporal; moviendo la cola con presteza cuando siente los trotecitos jóvenes de los potros, el campano de una vaca extraviada, los balidos de un rebujal.

Su influencia dramática en las costumbres de las brañas del estío; en las costumbres de las frías pastorías del invierno; en el ánimo de los caminantes; en los relatos minuciosos y aventureros de los cabrerizos, de los cosarios rurales, de los ermitaños, de todos los que caminan por el monte cuando el verde se pone la pelliza blanca del lino frío de las nubes. El lobo en las conversaciones de todas las noches, cuando el pico de la candileja da su luz delgadita y humilde, cuando la lumbre baila sus danzas rojas. Primero la leyenda en lenguas muy viejas que ya han dicho todo lo que tenían que decir en el mundo: conjuros antiguos, rezos, querellas, enfados, mentiras, dolores, bondades... Primero la leyenda, toda vestida de nieve y de viento.

Una vez iba un patriarca por un camino de Dios. El patriarca vestía una túnica amarilla como la cara de Nuestra Señora, la de los siete puñales. El camino era de arena reseca y rubia de sol; las nubes parecían piedras blancas, amontonadas, unas grandes, otras más pequeñitas. No se oían rumores de manantiales ni de pájaros. El patriarca era alto y delgado y tenía las barbas del color de las panojas. Horas y horas de desierto sin probar el agua y el pan. El hambre es madre de las tentaciones, de los malos pensamientos, de las malas miradas. El patriarca era puro de imaginación y de espíritu, parco, dulce, muy amigo de los lirios del Señor, del milagro luciente de las estrellas, de los arroyos, de las palomas, de las espigas. Pero tenía hambre y sed, que son como antiparras que nos hacen ver las cosas de otra manera, aunque seamos buenos, humildes, dóciles; las colinas parecen montañas; lo blanco, bermejo; la rosa, cardo, espino, hortiga. No podía el patriarca con aquella fatiga del camino y de la necesidad. Llamaba a su resignación, a su virtud, a su fe. Y le contestaban allá dentro con enojos extraños. La paciencia y la virtud enfadadas eran tormento, tempestad, retrueno en el universo del alma, en los entresijos del mundo interior, en la memoria. Al atardecer vió acercarse a un anciano con un niño. El anciano traía una alforja y un odre pequeñito. Estímulo de la tentación del caminante de la túnica amarilla como la cara de Nuestra Señora. Olvido de Dios, de las estrellas, de los lirios, de las espigas, de las palomas. La alforja y el odre pasaron de la espalda del viejo a las manos del profeta. (Dicen las lenguas viejas su filosofía sencilla: Siempre están pasando en el mundo estas cosas. La vida es una repetición constante de estos encuentros, cosas de alforjas y de odres, de manotazos, de cansancios que se rebelan, de inocentes que sufren los desmanes, las furias, las violencias ajenas). Avidez del patriarca por lo que guardaba la alforja. El caminante oía los lamentos del viejo y el lloro del niño que seguían su camino devanando aquella pena repentina que era como una pena más grande sobre las otras. El patriarca se disponía a comer el pan moreno de la alforja y a beber del agua del

odre. Seguía calentando el sol las arenas de la estepa, las barbas del color de la panoja, la túnica amplia, amarillenta. El Señor había visto el hurto del profeta, su ademán, su coraje. Y quiso castigarle como castiga el Señor cuando se enfada con los hombres: unas veces con lumbre, otras veces con aguas que encentan, otras veces con lepras, con dientes de león, con pico de víbora. La estepa estaba solitaria; no se veía nada en los cuatro horizontes. Cuando el caminante abrió la alforja el desierto empezó a entenebrerse. Cuando partía un pedacito de la hogaza empezó a nevar. Unos aullidos lejanos que el peregrino no había oído nunca. Los aullidos se acercan intensos, largos, agudos. Sobresalto temeroso del profeta, que guarda el pan en la alforja y corre, temblando de frío y de angustia. Pronto le rodean unos animales desconocidos, flacos, con las orejas tiesas. El conocía el pelambre blanco que tiene el tigre en el vientre, la guedeja que cubre la nuca del león. Pero no había visto nunca aquellas cabezas aguzadas. Destrozos en la alforja, en el odre, en la túnica. Devoran el pan, la cecina ahumada y dura. Después devoran al hombre. Las lenguas viejas dan emoción al relato; parece que se oyen los dientes, los desgarros, los crujidos. Así creó el Señor a los lobos, en aquel instante, entre pecado y nieve...

Más leyendas, más leyendas de los viejecitos, entre rebullicio de sayales rojos, pardos, azules, mientras se consume el aceite de la candileja. Hay lobos que tienen en la entraña una piedrecita negra que sirve para curar la envidia, los instintos del ladrón, los remordimientos veniales. Época del reverdecimiento del campo, cuando nace la flor del espino, cuando canta el cuclillo y llegan las golondrinas. En esta época nace, una vez cada siglo un lobo verde, pacífico, amigo de los hombres, de los rebaños, de los mastines. La primera persona que se encuentre con el lobo verde, sentirá un contento extraño, que durará toda la vida. Más devaneos de la leyenda vestida de nieve, de vientos fríos, de noche, de relámpagos. Leyendas fantásticas llenas de lobos, de águilas, de mirlos. Hay una hierba que nace a la sombra de los helechos. Una hierba del color del hinojo seco, con unos puntitos blancos. Brota en los otoños, los años en que setiembre se lleva los puentes. Quien encuentre esta hierba y la lleve escondida en una hoja de laurel espontará al lobo o le hará dócil, manso, bueno. Y la oración inocente de los zagales en la noche medrosa del monte, cuando nos asustan los árboles, las sombras inquietas de las ramas, los cárabos, los arbustos que mueve el aire; cuando los «gusanitos de seda» nos parecen ojos pequeñitos de lobeznos. Y el comienzo de la noche en la majada antigua cuando se tocaba el bígaro para espantar al lobo. Los pastores inflaban sus carrillos y salía del cuerno un sonido ronco prolongado como si un mito montés estuviera silbando en una cumbre. No parecía un instrumento de paz de majada, de humildad pastoral. Su ruido

no hacía ritmo con el rumor vivaracho del aire en aquellas ramas, con lo jovial de los silbos, de los manantiales, de las voces que cantan. Parece hecho para lanzar sus acentos entre estruendos, entre palabras de ira y trotes de caballos y rechinamientos de ruedas bélicas de hace muchos años, en un desfiladero, en una villa fronteriza, ante unas murallas. Su sonido áspero, fuerte, de gruñido de oso, es como el tañer de un campano en un concierto de rabeles. Pero es útil a la pastoría, lo mismo que una honda y un cayado. Resuena en una lomba, en una colina, en la puerta de una choza, y huye el lobo como si escuchara una detonación, el retumbar de un hacha, unos ladridos persistentes, cercanos, furiosos.

Más leyendas, más leyendas de lobos. El tizón y la lumbre para espantarlos, sus acechos en las orillas de los ríos y de los canales, donde el agua hace más ruido, para que no se oigan las voces, los gritos de los pobres caminantes, sorprendidos. El lobo, amigo de San Francisco; el lobo que está a la puerta del palacio escondido de las hechiceras; el lobo que habló una vez en el pórtico de la iglesia para descubrir a los pastores que mataban a las ovejas y le echaban a él la culpa... Y después las quejas en contacto con lo dramático de la realidad; conversaciones en que alude a las escopetas, a los armadijos, a las trampas, a los venenos. La realidad de los daños como remate de la leyenda. Está bien que se conserve la leyenda, su eficacia espiritual, su poesía, sus colores de nieve, de estameña, de campo... Pero hacen falta retumbos de detonaciones en la cordillera, cansancios, constancia, habilidad, los bríos de ese hombre que ha dado muerte a cuarenta y dos lobos en los montes de su comarca...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 24-VI-1934.

#### 450.—ESBOZOS. EL OBRERO ESTUDIANTE

*El joven obrero Gregorio Gutiérrez González, de Reinos, ha conseguido brillantes notas en las quince asignaturas de que se ha examinado en aquel Instituto.*

A mí me están contando unas cosas muy agradables. Cuando una voz afectuosa le habla a uno de cosas agradables, se oscurece, se esconde, se aleja por un instante la parte amarga e inquieta de la vida. Se remudan los



pensamientos, olvidan las sensaciones sus resquemores, la memoria cierra sus puertas a las llamaditas impertinentes de los recuerdos cercanos o alejados, que son tormento y disciplina de las horas; se apaga el ansia predilecta, se olvidan los pecados, las ambiciones, los delirios, las impacencias. Un relato de cosas buenas, de cosas sencillas y dulces, de cosas afables, es lo mismo que una transición de paz y de deleite entre los enojos, las torpezas, las perplejidades, los sabores acedos de todos los días. Estos regalos se gustan pocas veces. Son como alegría de cautivo, como sol de invierno, como contento inesperado y extraño de afligidos por desamor, por extravío de la felicidad, por pérdida de la salud, del bienestar, de la hacienda. Cosas agradables para mi ánimo son las noticias de un esfuerzo noble que encuentra su quicio; la enmienda de un grave yerro; la exaltación de una virtud, de un mérito, de un afán constante, limpio, puro; el hallazgo de un rincón de justicia; el elogio de una actividad, de una actitud, de un sacrificio; un arrepentimiento; una pena que se convierte en placer; una incertidumbre que encuentra un sosiego; la miseria que se convierte en prosperidad por caminos honestos. Cosas agradables para mi ánimo son las noticias de las conductas dignas que no se remellan ni se tuercen por estímulo de economía, de recompensa, de alabanza, de lisonja; el principio fácil de la desenvoltura de una gran vocación; el fin de una pesadumbre; la fatiga que halla su descanso; exaltaciones de bondades, de sentimientos, de arte, de laboriosidad, de modestias fecundas, de ingenios humildes, de afectos diligentes. Aquel artista dio con el carácter, con el matiz, con la imagen que le hacía falta para salir de su preocupación agobiadora. Aquel joven encontró una ruta propicia a sus inclinaciones. Aquel hombre amable, hacendoso, leal, salió de una pavorosa inquietud, de un peligro, de un trance amargo. Todos éstos son motivos agradables. La anécdota de un hombre sencillo, la sutileza inocente de un niño, el criterio certero de un joven, la enmienda de un desmandado, el premio a un virtuoso, a un sabio, a un justo...

Es cosa agradable la actitud de ese joven de Reinosá. Su conducta, su vocación, su constancia. La voz afectuosa que me cuenta el gran romance del sacrificio de este joven tiene entusiasmo y devoción, que es lo único que hace falta para contar las cosas como Dios manda. Y el motivo tiene como un intenso sabor de bienaventuranza jovencita y nueva que alivia los sobresaltos, las incertidumbres, los pesares propios. Este joven trajina en su oficio, desgasta sus nervios, oye ruidos de motores, de hierros, de aceros, de bronce, de ruedas vertiginosas, pequeñitas y grandes. Todos los días el oriente del deber, todos los días el cansancio de los brazos, lo monótono de los golpes, fértiles, de los rumores, de los movimientos. Apremio de necesidades, de ansias, de deseos que se impacientan. El tiene todos



los entresijos de la imaginación llenos de obsesiones magníficas. Contempla cimas, metas, límites prodigiosos, con los ojos de su entendimiento. Lo cotidiano con sus sinsabores, y lo futuro con sus recompensas dulces, prósperas, abundantes. Enervamiento de las penas y de las necesidades con la visión precisa y amena de lo venidero. El piensa que está atravesando ahora un tránsito agobiador, que está subiendo una gran cuesta, que va cargado de coloños, de balumbas, de maconas llenas de piedra. Y después, como en un cambio de sensaciones y perspectivas, pensará en el instante en que acabe de subir la agria cuesta, en su descanso en la colina, en las lágrimas mezcladas con sonrisas que derraman todos los hombres buenos cuando sienten un poquitín de felicidad a la parte de allá de un calvario, de una injusticia, de unos desprecios, de unas abrumadoras dificultades... ¡Qué bellos, señor, son los relatos de los episodios agradables! Yo pienso en la vida de este muchacho, en sus zozobras íntimas, en su soledad de artesano huérfano con obligaciones de hombre maduro, con responsabilidades domésticas ineludibles, perentorias, diarias. Y pienso en todos los dolores, en las contrariedades, en las penas profundas del talento sin amparo, de la afición sin estímulo, de las vocaciones consumidas en llanto y en renunciación inevitable, en todo lo que no puede medrar ni contentarse a causa de la pobreza...

Entre la amargura de estos pensamientos, salta en la memoria el recuerdo de este joven que va venciendo lo desdenoso del tiempo y de los ambientes, la hostilidad de las circunstancias, las maneras de los hombres insensibles, las sinrazones. El ejemplo de su voluntad es una imprecación silenciosa, pacífica, merecida, sin rencor. La voluntad, la voluntad más fuerte que las dificultades íntimas, más fuerte que los obstáculos exteriores. Vencer dificultades de dentro y de fuera, aplanar sus repechos y sus cimas, quemar sus zarzas, pulverizar sus rocas, atravesar sus mares, sus ríos, sus desiertos. También hay cordilleras, cuencas profundas, mares revueltos, nieblas, centellas, nieves en las andanzas del espíritu. Este joven habrá sentido el contacto violento y frío de estas cosas. Muchas veces, su ánimo señero y fino se habrá detenido perplejo y triste. Su ansiedad se llenaría de niebla. Su esperanza daría tumbos y volvería a incorporarse dolorida, llorando en la conciencia, en el rostro, debajo de la frente, en lo oculto del carácter. Respingo del temperamento como un revuelo de aguilucho. No había más remedio que seguir echando sacrificio en aquellas letras, en aquellos números, en aquellos mapas, en aquellas figuras. Renunciación a los deleites objetivos. El trabajo y el estudio como único tic-tac de sus expansiones. Laboreo en la fiesta con los ojos, con la memoria, con el discernimiento. Sentir los rumores de la fiesta dominical, los cantares, el rebullicio, y estarse allí, allí quietecito, pasando y repasando páginas. Trajín intelectual en la

noche, dale que dale a la mina de la didáctica, descubriendo peñas duras, veneros blandos, capas arriscadas, terrenos suaves, superficies amenas. Esperar la fiesta pensando en los libros con la misma intensidad deliciosa con que otros piensan en los rebotes de un pelotón en el recreo, en la cara de la novia, en las barajas, en los paseos, en los frascos. Coordinación de sacrificios formando regustos secretos. Y hacer de las renunciaciones voluntarias un hacecillo de gozos, una disciplina útil, una ilusión, una inmensa esperanza, un ideal concreto, no un enfado perseverante ni un pesar ni una congoja traslúcida en el carácter. Retorcer este apetito en favor de la vocación, apartar al ánimo de todo lo que es menoscabo de nuestros propósitos, de nuestro arte, de nuestras intenciones. Es cosa agradable escuchar una voz buena y afectuosa que nos habla de los hombres extraordinarios que destruyen con el filo de su voluntad la maleza, la apetencia, el resabio abominable o inocente. No son hombres extraordinarios, exclusivamente los que escriben muchos libros, los que derrochan ingenio, los clarividentes, los zahoríes de la poesía, de la mecánica, de la ciencia. Son también hombres excepcionales los que aguantan sus iras, los que pueden vengar una injuria y la perdonan, los que repelen una tentación, los cautos, los que no cuentan sus amarguras, los que tratan a los humildes con humildad; los que van triturando renunciaciones, deseos de delitos, expansiones naturales de juventud. Este muchacho de Campoo es un temperamento extraordinario. Manejar la herramienta, resudar en los trajines de un trabajo corporal, sentir la terrible preocupación del mantenimiento de la familia, de los apremios económicos, de todas las contingencias adustas de la pobreza, que nunca tienen semblante bueno, y vestir estas inquietudes con afanes de letras, de números, de sabiduría, es conducta excepcional, un fenómeno de espíritu, un episodio extraño en la historia actual del mundo. Si en vez de quince asignaturas, hubieran sido quince goles, quince lanzamientos magníficos de disco, quince saltos de atleta ágil y robusto, quince puñetazos bien encajados, ya estaría enaltecido con léxico de alabanzas de valedores. Uno quisiera ir apartando estorbos del camino áspero de este mozo ejemplar. Quisiera remellar definitivamente el pico de roca de sus dificultades. Pero no puede ser, no puede ser. Hay que conformarse con escuchar el romance de las cosas agradables que nos cuentan de estos hombres sagaces, singulares, inteligentes, que han sido como cascaritas de nuez y se van arbolando de navíos...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 4-VII-1934.

*La fe tiene que ir acompañada de la virtud.*—Chateaubriand.

La conciencia siente unos estremecimientos de culpa oyendo la palabra, la lamentación, el reproche, del Padre Laburu. Porque somos culpables todos; el escritor, el artista, el mercader, el culto, el ignorante. Es un universo de culpas repartido en pedazos grandes y pequeños entre todos los hombres. Escritores que aconsejan y no practican. Mercaderes que hurtan y oran. Predicadores que recitan homilías evangélicas con palabras ausentes del corazón. Avaros que menosprecian los hondos abismos donde se consume la miseria, y se santiguan todas las mañanitas y todas las noches con la mano perversa con que cuentan y recuentan la hacienda, lejos de las gracias de Cristo. Miradas humildes en unas horas recoletas de oración, y obscenas, orgullosas, frías en otras horas mundanas. Labradores que hacen rogativas y se embriagan, mienten, calumnian, y afrentan al vecino. Mujeres que adornan y asean el retablo, bruñen las campanillas, limpian los candelabros, suspiran de hinojos y hablan mal de la gente por envidia, por malicia, por rencor, por vicio. Hombres que llevan las andas y rezan en el coro y acuden, diligentes, a la novena, y después mienten, se injurian, son torpes, deshonestos a hurtadillas o con descaro, duros de sentimiento, precarios de caridad, miserables, acedos para el humilde. La culpa está desperdigada como los cardos del monte y las hojas del otoño. No hay resquicio moral ni morada íntima ni pensamiento ni paz ni sobresalto que no tenga una mácula, un puntito, una sombra, una tiniebla de esa responsabilidad. El que hace versos, el que machaca la piedra, el que canta antifonías, el que enciende las candelas, el que repica o voltea las campanas, el que come a manteles, el que va a los trisagios, el que medita en los oficios, el que no cree, el que se burla de los iconos, el que compra bulas, el que pide indulgencias, el que encarga oraciones, el que trajina con mercaderías, el que interpreta las leyes, el que gobierna, el que obedece. Culpa inmensa construida con destemplanzas, con vanidad, con la discordia entre el pensamiento y la palabra, con el ruido de los cerrojos avaros que parecen cerradura de cárcel o de infierno, con el desprecio de la abundancia a la pobreza, de la felicidad a la desgracia, de la salud al dolor, del contento al afligido...

Hombres que temen a Dios y aborrecen al hombre. No puede ser esa exaltación humana del amor de Dios sin otra exaltación paralela de amor a los hombres, es lo mismo que respetar al padre por temor, no por afecto,

y agraviar a los hermanos débiles, indefensos, humildes. El amor de Dios tiene que estar saturado de buenos afectos a lo humano, de exaltaciones continuas y ejemplares de misericordia amplia, sin lindes, sin los hitos del límite. Se puede temer a Dios y aborrecer a los hombres, pero no es posible amar a Dios sin querer a los hombres. De nada vale el temor al castigo eterno ni la delicia secreta de la recompensa infinita si ese temor o ese gozo no van haciendo estela de espíritu y realidad de mandamiento. Hombres amigos del oro que se hincan en la losa del templo. Hombres que prevarican escondidos, con cautela de animalitos de parábola. Hombres que piden a Dios mercedes, prosperidades propias, buenos orientes, luz de entendimiento, salud, bienestar, y rechazan, por pereza o por egoísmo, las súplicas y las advertencias pacíficas de los infelices que les piden con encarecimiento dócil y triste unas pequeñas mercedes justas, unas insignificantes prosperidades, un poco de bienestar. Culpas antiguas y nuevas como borrones, raspaduras y garabatos en las páginas de lirio del evangelio; como añadidos, cercenamientos y reformas abominables en una arquitectura perfecta y pura que hubiera sido hecha por las manos de Dios; como rectificaciones a la palabra divina, a la advertencia prudente, a la ruta infalible, al mandato cauto y sabio. La culpa dilatándose como humachos negros que emborroñan el espacio. La culpa como los monstruos de las tentaciones de San Antonio, convertidas en fragor real, en una verdad de todas las horas, metidas en la intención, en la conducta, en las ideas. Todos tenemos en el alma gotitas de ese morbo de avaricia, de pecados capitales, de ansias excesivamente terrenas que son los enemigos malos del precepto, de la concordia, de la extensión y de la profundidad, de la práctica religiosa en contacto, con las contingencias desafortunadas de los hombres. Creer en el misterio, reverenciar el dogma y no acatar la parte de la doctrina relacionada con lo humano es otordoxia arbitraria, casi nula de gracia religiosa, convencional y fría. Para mí no es ortodoxo el creyente deshonesto, avaro, injusto, el creyente que no experimenta misericordia, el que no da de su pan y de su hacienda, el que vacía la bolsa de su conciencia por la Pascua florida todos los años, para volver a llenarla de morrillos de culpa, de broza de pensamientos. No está, exclusivamente, la enjundia del precepto en obedecer la llamada de las campanas, en cumplir fáciles penitencias de oraciones, en llevar laureles a bendecir, en pasar y repasar las cuentas relucientes del rosario, en encender candelas en los retablos, en regalar joyas a las imágenes, en conocer sin comprenderla, sin sentirla, sin gustarla, la letra sencilla y transparente que manda consolar, perdonar, ayudar... No está exclusivamente en la castidad, en lo contemplativo, en el cilicio, en lo minucioso del culto, en el odio a la blasfemia, al ateo, al relapso. Está en los motivos más

insignificantes, en lo cotidiano, en las relaciones de unos hombres afortunados con otros hombres infelices, en el empleo de nuestros bienes, en la expresión de nuestros juicios, en nuestra actitud en todas las circunstancias amables o ariscas, en el trato de nuestros semejantes, en la virtud que inclina a compadecerse de las miserias y trabajos ajenos...

Superabundancia de rutinas alejadas del puro concepto cristiano, tan amable, tan sentimental, tan humanitario. Pocas preocupaciones por lo humano. La religión para la inmensa mayoría de los creyentes es un conjunto de prácticas concretas que alivian pesares, calman la adversidad, perdonan pecados, enervan tribulaciones. No es compenetración con el sacrificio, con la generosidad, con la templanza, con las bondades que crean paz, estímulo, afectos, remansos sociales. Se cumplen las reglas litúrgicas del culto, se presencian las ceremonias, se escuchan las pláticas, se invoca a la divinidad para que aplaque los males, para que el mundo mejore sus condiciones morales, para que los hombres sean buenos y pacíficos. Pero las conductas son remisas en ejemplos, en sementera, en amabilidad, en dulzura. Las conductas son antagonismos de la súplica de la oración. No hacen nada para lograr el enervamiento de aquellos males, para que los hombres sean buenos, pacíficos, un poco más felices. La oración pide y la conducta niega. La oración tiene apariencia de humildad, parece dócil, suave, y la conducta es soberbia, vanidosa, áspera. La oración es como una campana de ermita y la conducta como un estruendo de detonaciones, de chasquidos, de voces malhumoradas, de vicios. Jaculatorias para que medren las espigas, para que se acaben las guerras, para que el sol no agriete los campos, para que las centellas y los pedriscos no descarguen en nuestros sembrados, para que el río desbordado no nos lleve la heredad, para las epidemias, para las cosechas, para los ganados, para los pleitos, para los temporales, para los peligros... Pero no obras ejemplares que extirpen incertidumbres y tristezas ajenas, injusticias, iniquidades, desesperaciones, hambres, resquemores de fracasos, desamparos. Ausencia de caridad, que es el fundamento del Cristianismo en lo humano, su espíritu, su esencia, su oriente terrenal debajo de la gracia de Dios entre la teología y el misterio... Oyendo al Padre Laburu se le estremece a uno la conciencia. Y se piensa en estas cosas, que son frutos malos de una simiente buena. Se piensa en la piedra, en la tierra, en la nieve, en las zarzas que tiene encima el Nuevo Testamento. Y en la parábola que iba dejando caer en el aire labrador unos sentimientos de azucena y de mirto...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 7-VII-1934.



*En una aldea gallega fue sorprendido un nutrido grupo de hombres, mujeres y niños, jugando a los prohibidos.— Los periódicos.*

Es menester repudiar las malas costumbres. En estas transformaciones de los modos campesinos rebulle aún la torpeza de un vigor incansable. Tierra y maleza de años ocultan las buenas costumbres. Vientos y resoplido de días nuevos avivan lo dañoso, estimulan lo grosero, incrementan con furor permanente lo que es mancha, blasfemia, remiendo extraño y feo del paisaje. Yo voy andando por esos caminos humildes de polvo montés, de hierbas pisadas por tarugos, borceguíes y pezuñas; por esos caminos de piedrezuelas clavadas en la tierra, hundidos como cauce de riguera invernal, con una anfractuosidad estrechita. Caminos de pradera, caminos de pendiente, rubios y morenos, caminos retorcidos como argomas, caminos derechos como abedules, caminos tortuosos que parecen arrugas largas y venerables del semblante verde del monte. En estos caminos se encuentra uno a los cosarios que van y vienen con una alforja de cuero, a los trajinantes, a las renoveras, a los pastores, a los leñadores. Uno los mira con simpatía antigua, con simpatía de hace veinte o veinticinco años, como si estuviéramos otra vez en aquel momento de infancia, como si no hubieran pasado tantas cosas de ida y de regreso, buenas y malas, dulces y amargas, por los misteriosos senderitos del alma, que unas veces van al dolor y otras veces al placer. El paisaje es el mismo de aquellas circunstancias antiguas. Unos humos de nieblas, unos brezos, unos árboles, unos calveros extensos que antes fueron bosques, unos regatos, unos pájaros tocando azules. Paisaje hecho de lastra, de estameña, de piedra, de helecho, de espino, de escajo, de aguas, de rozo. El mismo de siempre con sus retorceduras, con sus colinas, con sus colladas. El ánimo se pone contento, vuelve a gustar sensaciones de adolescencia, desaparece toda la ceniza y todo el hielo que la vida ha ido dejando en el espíritu. Es uno bueno, vivaracho, inocente, en estos senderos. Parece que el aire se lleva todo lo nocivo del entendimiento, de la conciencia, del carácter. Se contempla todo con una simpatía pura y fina de artista o de convaleciente que estuvo cerca de la frontera tenebrosa. Los árboles rotos, las peñas resquebrajadas, los precipicios, los cardos, las flores silvestres, el torrente bravo, el arroyo pacífico, el malvís, el cuervo. Idéntica simpatía para lo temeroso y para lo ameno. Un helecho y un roble, una sima y una cumbre, un estruendo y un silencio, producen idéntica sen-



sación de contento en estos regresos al ambiente que dejó caricia o maltrato en nuestra memoria. Pero viene el encuentro con el hombre, la mala sorpresa, el cierzo humano que sale de las palabras. Esta cortesía rara, apacible, bondadosa, indefinible, que uno tiene para el paisaje se paraliza repentinamente, como cuando se oye una injuria, una carcajada, una violenta negativa contestando a nuestra sinceridad, a nuestra tristeza, a nuestra súplica...

Se oyó hablar y el paisaje parece que se entenebrece, parece que pierde sus matices típicos, bellos, limpios. La palabra, no responde a la costumbre que nosotros creíamos intacta, perdurable, fina y amablemente pintoresca. Sensaciones de riña en un templo, de vino en un cuenco pastoril, de orgánico en una fiesta campestre, de cayado en manos de un señorito. Sensaciones opuestas a las que regala el paisaje, el rumor natural, el aire jugando con los adornos de la naturaleza, el agua corriendo, precipitándose, quieta, peregrina. El encuentro con el hombre, que va perdiendo su compenetración con el ambiente. Una palabra, una actitud, un gesto os rompen la complacencia del camino, el gozo del regreso. Los hombres con quienes conversáis parecen viajeros indiferentes de tierras lejanas que pasan por allí desazonados, transidos, perezosos. Nada más que les queda en el léxico un pequeño dejo ortológico que es reminiscencia descolorida de lo clásico. Modismos de ciudad sin donaire en la expresión, sin la gracia concisa de la sentencia rural, de la escueta filosofía del refrán, del pensamiento hecho palabra blanda o dura, seca o jugosa, devota o incrédula. Palabras que unas veces parecían dichas por un estoico y otras veces por un poeta vestido de labrador o de cabrero. Todo es copia de ciudad; el lenguaje, los juegos, los vicios. La ciudad lejana influyendo en los gustos, en el vestido, en las maneras, en las diversiones. Lo malo y bobo de la ciudad saturando las conversaciones, los delitos, los ocios, las gulas, las fiestas. El campo trae a la ciudad hombres inadaptables por avaricia, por deseo de holganza, por ambición, por miseria. Y la ciudad deja en el campo trozos incoherentes de costumbres nuevas, retozos de ideas que gritan y cantan, estímulos de unas envidias insoportables que hacen coger odio a la mies, al rebaño, a la hierba, al molino. Una profunda tentación en la paz, una pedrada en un remanso, un bocinazo de automóvil entre unos huertos, entre unas casas rebajetas, entre unos nogales; como un escopetazo inesperado en la puerta de la ermita de una ladera. Se enerva lo bello peculiar, la costumbre que recrea, fertiliza los sentimientos o alivia el resquemor del trajín, de la pesadumbre, de la impaciencia. Nada más que queda lo malo atávico o lo malo que va dejando el paso rápido de colores, líricas y voces de ciudad en su tránsito por aquellas áreas silenciosas con cielo de cartuja. En un sendero os encontraréis con la sorpresa, en un picacho, en un portal, en una taberna, en una cabaña.

Estáis contemplando el paisaje con arrobamiento místico. Se amontonan los recuerdos de los cansancios, de los placeres buenos, de las melancolías que nacieron allí hace años y dejaron surco indeleble en vuestro temperamento. Deleites de perspectivas y de rumores. En lo intenso del éxtasis, una voz pastoral, la voz de un segador, de un labriego que va de camino, de una moza que baja del monte con un coloño de leña en la cabeza. Y en esas voces que os saludan percibís el cambio, la tremenda diferencia entre aquellas circunstancias de hace veinte o veinticinco años y el instante de ahora. Una sola voz es lo suficiente para haceros pasar del recuerdo de lo puro a la realidad desabrida, insustancial, olvidadiza, desdeñosa. Esas voces transcienden demasiado a referencias, recuerdos, espejismos de las cosas malas de la ciudad, convertidas en eufemismos, en cantar deshonesto, en risa maliciosa o falsa, en guiño artificioso, en gestos imitados...

Se hunde lo bueno, lo natural, las peculiaridades hermosas del lenguaje, de las danzas, de la economía, del recato, del alimento, del trabajo, de las costumbres. Y flotan otras peculiaridades nocivas, arcaicas, impertinentes, que unas veces ofenden al prójimo y otras veces traen remembranzas bárbaras que incendian, talan, rompen, crean ruidos, quiebran la hacienda, la paz, el crédito. Exaltación de costumbres perniciosas y aborrecimiento a las costumbres amables, compatibles con todos los tiempos, con todas las ideas, con todos los caracteres nuevos de lo social, lo mismo que el arte del pintor, del poeta, del arquitecto. Destruir costumbres buenas, aunque tengan sus raíces en lejanías de historia, es lo mismo que destruir aquellos monumentos del ingenio, del sentimiento, de los colores, de la Geometría, de todos los aderezos de la Estética...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 15-VII-1934.

#### 453.—ESBOZOS. EL MIEDO A LA GENTE

*Una bella costumbre antigua adulterada con groseras maneras modernas es tan desagradable como un monumento arquitectónico restaurado con distinto estilo.*—Blasco Ibáñez.

Todos los años, por esta época de las romerías canta la mi pluma el mismo cantar. No puedo hurtar al ánimo de las cosas de por allá dentro, donde

ahora hacen rumor las tórtolas, los dalles, los maíces. Es la manía, la manía jovial o seria que tenemos todos los hombres: los felices y los tristes, los ricos y los pobres, los intelectuales y los ignorantes, los parcos y los glotones, los buenos y los malos, los dóciles y los traviesos. La manía es el rasgo más profundo y característico del temperamento. Un hombre sin una manía es lo mismo que un piano al que le faltan unas teclas, lo mismo que una abarca sin los tarugos completos, lo mismo que un rabel al que le falta una cuerda. La manía es gozo secreto, avivadora pertinaz de sensaciones predilectas, olvido circunstancial de resquemores, de desazones, de penas, recreo sencillo del espíritu. Ese hombre colecciona monedas antiguas, sellos de correos, estampitas de historia natural, retratos, y autógrafos de artistas, de sabios, de aventureros, de vagabundos. Ese hombre siente en esos momentos el contacto íntimo de esa quimera que se llama felicidad. Aquel otro tiene manías de amistades preclaras por prestigio de arte, de talento, de fuerza, de política, de valentía, de alcurnia. Quisiera llamar amigos a los marqueses, a los condes, a los novelistas famosos, a los poetas, a los toreros, a los cantantes, a los cómicos... Este hombre cría palomas que llevan mensajes, limpia con un regusto profundo los pocillos de barro y de cristal de las jaulas donde cantan unos tordos, o educa gallos para las peleas o perdigueros para la caza. Aquel hombre tiene la manía de los trajes azules, de los sombreros verdes, de los bastones relucientes, de las pipas, de las petacas. Ese otro siente un raudal de contento cuando encuentra en el tenderete de un librero de viejo unos tomos raros que hablan minuciosamente de la astrología, de la alquimia, de la hechicería. Es la manía, señor, la manía inevitable hecha costumbre perniciosa o buena, rastri-llando con sus púas suaves y diligentes todo el escajo, todo el rozo, todas las hojas ásperas que el trabajo, la impaciencia, la preocupación amontonan en los senderitos del alma. Unos tienen sus manías en unas alas pintadas, en el color de un lienzo, en el trato con gente de pro, en el adorno de la casa, en un manjar. Otros las tienen cautivas en apetencias de libros, de cachivaches antiguos, de romances centenarios, de caballos trotones y finos, de anzuelos para pescar en el río, de escopetas para cazar en el monte. Quitar al hombre sus manías y su espíritu y envejecerá casi repentinamente, como si una gran tragedia estuviera pesando con lentitud por ese camino misterioso, unas veces torcido, otras veces derecho, que va desde el entendimiento a la conciencia. La manía es sople suave, toquecito bueno, candela de las cosas negras del espíritu, consuelo, ánimo, estímulo, respingo y sensación vivaracha en lo interno...

Todos los años por esta época canta la mi pluma el mismo cantar. Empieza a retumbar el tamboril en los campos, y mi manía baila lo mismo

que una moza galana. Mi manía, señor, es sencilla. Se conforma con un rinconcito de monte, con un carro de tierra de cumbre, con unos árboles, con unos azores que pasen volando, con unas ovejas blancas, con unas ovejas negras en el paisaje cantábrico, desde donde no se vea el mar ni se oiga el silbo del tren, ni se vislumbre el humacho negro de las chimeneas de las fábricas. Manía de pureza en las costumbres bellas. El añadido o el cercenamiento moderno en estas costumbres es como un remiendo de cemento en un campo o como un adorno esencia! que se quita de una rueca, de una cayada, del retablo de una capilla vieja. Ha comenzado a desenvolverse el rumor de las romerías. Mi manía se va hacia ellas con prisa de zagal que vuelve del monte con frío, con cansancio, con unos escajos entre el sayal de los escarpines, con la desazón que dan las cuestas en el invierno, el viento, la lluvia, la niebla. Voy hacia ellas con presteza de novio, de creyente que teme llegar tarde a los oficios, de quien va a recibir una recompensa, una herencia magnífica, un gran alivio. Cuando llego allí mi manía se sobresalta. Veo que la gente está rompiendo estética, sencillez, decoro. Veo trizas desperdigadas de cosas que fueron muy bellas. Y siento unos profundos deseos de reñir, de dar voces enojadas, de desbaratar las danzas, los redobles, el alborozo de decir unas palabras sinceras, insolentes, precipitadas, furiosas, más intensas que el ruido de la fiesta. Pero viene el reparo, la vergüenza, el miedo al concepto ajeno, que son los cómplices de las torceduras de lo colectivo. La gente se reíría de mi ira. La gente nada más que aplaude y festeja a la voz que estimula sus pasiones, sus ideas, sus ansias, aunque sean nocivas, torpes, imposibles. Ir en contra de esas corrientes turbias, hervorosas, rápidas, es sentir a nuestro alrededor restallidos de odio, de desprecio, de burla. Uno piensa en estas consecuencias mientras la gente se divierte con sonos, movimientos y palabras que desvirtúan la esencia racial de la fiesta, su abolengo, lo peculiar, el paisaje, el ambiente. Y pensando en esas consecuencias, el enfado se hace cobarde, la ira no se atreve a lanzar sus piedras en la honda de la palabra, el enojo se disimula contemplando el humo de los figones, los tenderetes escuetos de las rosquilleras, algún puntito de lo típico que da sensación de hallazgo de oro en un matorral. El miedo al concepto que el mundo pueda formar de nuestra actitud, de nuestras palabras, de nuestros elogios o de nuestras censuras, es la causa de que medren muchas cosas que debieran estar flacas, y de que estén flacas bisuntas, débiles y doloridas otras muchas cosas que debieran estar robustas, contentas, fuertes. Frenos que pone a la sinceridad el temor, el prejuicio, la ufanía de nuestro bienestar o de nuestro renombre; el miedo a la antipopularidad, a la zumba de los socarrones, a la ironía de los ingeniosos. Esta táctica casi generalizada es la que impide la exaltación de valores efectivos,

pródigos en el saber y en el sentir. Y la que evita el derrumbamiento de exaltaciones injustas, mediocres, estériles, que mandan, dirigen, administran, señalan rutas. Lo mismo que con las costumbres sucede con las ideas, con los criterios, con los gustos, con el arte.

A mi alrededor se desenvuelve la fiesta debajo de unos árboles. Mi manía tiembla, se llena de aflicción, siente una punzadita de rencor. No encuentra los sonos ni las palabras ni los movimientos ni los colores en que ella piensa muy a menudo como en un gran afecto ausente. Estos romeros están injuriando al paisaje, a la moral, a la estética. Estos romeros disfrazados están manchando una tradición sencilla, buena, hermosa. Barroquismo torpe de colores de vestidos, de adornos raros. No se le quita a uno el deseo de reñir, de protestar, de dar voces, de romper aquellos percales, aquel tambor que redobla lo que no debe redoblar, aquel pito que olvida lo clásico, lo puro, lo nuestro. Yo no me explico a un órgano de parroquia tocando sonos mundanos ni a un pito y un tamboril imitando aires de charanga, de manubrio, de acordeón. Y me voy de allí pensando en que el pitero y el tamborilero siguen los gustos de la gente, tocan las cosas nuevas que piden los romeros, no se atreven a desempolvar los sonos de las danzas viejas, porque su prestigio y su economía sufrirían grave menoscabo. Esta actitud del pitero y del hombre del tambor, que halagan los gustos de los romeros, es idéntica a la de muchos novelistas, de muchos poetas, de muchos oradores, de muchos autores de artículos y de obras de teatro, que ineducan, malean sentimientos, enardecen vicios...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 29-VII-1934.

#### 454.—ESBOZOS. LOS HOMBRES Y EL TRABAJO

*Hay que fomentar el desenvolvimiento de las escuelas de orientación profesional.*—Ministerio de instrucción pública.

Todos los hombres hablan a menudo de su profesión. Unos con placer en la palabra, otros con coraje amargo, algunos con cierto aire resignado. Todos los oficios, todas las castas de las actividades, tienen arterias llenas de ese regusto y de ese pesar. Los más están desazonados con su ruta, con los vaivenes de su desenvolvimiento diario, con la herramienta, con los libros,

con los instrumentos que empezaron a manejar en la adolescencia. Una minoría relativamente insignificante es la que siente el raro gozo de la profesión, la que se compenetra amorosamente con sus letras, con sus rasgos, con sus yerros, con sus números, con sus líneas, con sus cales, con sus maderas. De esta compenetración cariñosa con el oficio, salen los artistas de las diversas actividades, los bien amañados en el trajín, los pulcros y competentes en el hacer, en el labrar, en el discurrir profesional. De aquella desazón brota perdurablemente el enojo que se refleja en el ademán, en el movimiento de la herramienta, en el rasgueo de la pluma, en los golpecitos a las teclas de las máquinas, en el sonido y en la dinámica del oficio. El descontento con nuestra actividad es uno de los mayores castigos que puede caer en la conciencia del hombre.

Ni la aflicción por menoscabo de la amistad, de afectos profundos, de esperanzas grandes; ni los arañazos de la envidia, de la hostilidad, de la calumnia; ni lo precario de unas circunstancias lamentables; ni el desprecio, ni los punterazos del orgullo, ni las pedradas violentas de la sinrazón; ninguna de estas punzadas ni de estos sobresaltos hacen más mella en el espíritu y en el carácter que el enfado con la propia actividad. Sentir esa sensación permanente de disgusto es lo mismo que verse uno forzado todos los días, todos los años, a aplacar la sed con agua turbia y templada de sol, y a quitar el hambre con pan de un centeno amargo. Estar contento con el oficio es poseer un granito de la panoja de la felicidad, un dedal de ese vino misterioso, una molécula de la puntita de esa estrella remota. Estar contento con el oficio es olvido de preocupaciones, de sinsabores, de las pequeñas vicisitudes mientras el trajín adorna, desbasta, medita, crea, restaura, pule. Afectos de la vocación que van aclarando nieblas, rompiendo densidades, destilando habilidad en las horas diligentes, gotita a gotita de ingenio, que es el sudor de la inteligencia cayendo en la pluma, en el pincel, en la rueda del alfarero, en el filo de la azuela, en la retorta del químico, en el recetario del médico, en el dictamen del abogado, en el lápiz del arquitecto, en la carta del marino, en el apero del labrador, en los números y en las figuras del ingeniero.

Existe una diferencia enorme entre uno que ama a su oficio y otro que le aborrece. En realidad, no hay más que dos géneros de caracteres en lo colectivo: uno que sale de la compenetración íntima con la actividad y otro que es consecuencia del aborrecimiento, del despego, de la antipatía al oficio. Estos dos caracteres repercuten en las ideas, en los múltiples conceptos que tiene el hombre acerca de la felicidad, del optimismo, de la complacencia, de los deberes, de las transigencias. No es posible que piense lo mismo un contento con sus trajines que otro que cometió yerros por inexperiencia,



por mala orientación, por prisa en elegir el camino, por apremio de la necesidad. Quien tiene cariño al oficio, posee un criterio más puro de las responsabilidades, piensa con más bondad, porque no experimenta el amargor constante de esa trascendental equivocación; lleva a la idea fuerza pacífica, constancia eficaz, cortesía para el antagonismo que representan los otros, afán de victoria sin maneras dañosas, sin iras insensatas. Uno que aborrece a su oficio, que no se compenetra con su esencia y con su técnica manual o intelectual, nueva o añosa, posee un criterio saturado de pesar, de amargura, de desabrimiento. Da sensación de carácter de enfermo que sabe que no se va a curar nunca. Aun perteneciendo al mismo terreno ideológico del que está contento con sus labores, habrá diferencias abultadas en la forma, en los procedimientos, en los trazos de la táctica. Todo su fracaso se desperdiga en la idea que estará siempre malhumorada, adusta, llena de achaques y de fiebres morales. Pondrá en los pensamientos un ímpetu morbosos, aturdido, violento, como una consecuencia natural de su constante enfado, de su contrariedad, de su odio a la herramienta, a su ambiente de trabajo, a los materiales dúctiles, duros, flexibles, pesados o ligeros que tenga que modelar, pulir, aderezar. No hay motivos que más influyan en la idea que los que tienen sus raíces en esas particularidades enojadas por fracaso, por extravío de la inclinación, por espejismo de vocaciones prematuras, imprecisas, que luego se convierten en tormento, en pereza, en arrepentimiento tardío, en reproche secreto que no cesa de reñir en la conciencia. Todos estos percances del ánimo encuentran un eco inevitable en la ideología, que no puede ser interpretada de idéntica manera por un hombre aficionado a su labor y por otro que la desdén.

El primero echará en su creencia la sinceridad, el gusto, el ingenio que ha empleado en vencer las dificultades del oficio; la experiencia en el discurrir que se adquiere luchando con esta complicación profesional, con los resortes, con los mecanismos, con los problemas que de vez en cuando se muestran desobedientes y tercos a nuestro ejercicio cotidiano. El segundo echará una prisa aturdida y loca. Tendrá rencor. Verá en todo lo que le rodea la culpa del fracaso propio. Su descontento le hará antipáticos los ambientes, las personas, las costumbres. En su idea habrá ciertos puntitos inquietos de venganza. Le parecerán débiles, calmosos, excesivamente lentos, los procedimientos que se emplean para llegar a la hegemonía de su clase en lo social. Toda su participación en la desenvoltura de la doctrina, rebotará resquemor, efectos de hastío, de enfado, de fracaso. El, quizá, es bueno, pacífico, sentimental, pero su descontento es como una llaga que le escuece, como un dolor sordo que no le deja en paz, como si tuviera unos pedacitos de vidrio en el seno. Es el enojo, la equivocación, la culpa subjetiva, el

amargor íntimo, la contrariedad, que también crean violencia, lo mismo que el hambre, la sinrazón, el agravio...

Las escuelas de orientación profesional son las casetas de derrota donde se marcan los rumbos de las actividades. Fomentar inclinaciones, enmendarlas, dar a cada habilidad su surco y su aire es formar hombres contentos con su herramienta, que es tanto como hacerlos más amables, más optimistas, más inteligentes. Una escuela de orientación profesional es como una hortelanía experimental en la que cada planta tiene el cultivo adecuado a su organismo, a la prisa o la lentitud de su crecimiento. Formar hombres contentos con su trajín diario, es llevar a las ideas más templanza y más serenidad, que son las ruedas mejor llantadas para que corran los criterios, las actitudes, la voluntad...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 5-VIII-1934.

#### 455.—ESBOZOS. EL ARTE DEL PUEBLO

*La Gaceta ha publicado un decreto creando un museo nacional de arte popular.*

La paz de la aldea cantábrica se interrumpe por unos momentos. Esta paz tan sensible, tan viejecita, se rompe de tarde en tarde, cuando llegan los titeretes flacos, con remiendos; cuando llegan sudorosos y transidos de cuestras los candidatos, los indianos, los misioneros... Ahora es una voz fuerte, extraña, lenta, que se mete por las puertas rebajetas y morenas, por los ventanos angostos, por las troneras que parecen picos de boinas negras en el cotorro bermejo de las casas. No es la voz perezosa y cansada del amolador, entre silbo y silbo retorneado y largo como un escarabiteo del sonido; ni el pregón incansable del baratijero, con su mula o con su carro verde; ni la palabra remisa del calderero con sus borceguíes erizados de remiendos. Es una voz más civilizada, una voz nueva que cae en la púrpura del crepúsculo como una piedra en el pozo pacífico del río. Las artesas están quedas en las mesas anchas y negras de humo y de tiempo; el hacha deja de golpear en la quima tirada en el portal; los perros barcinos, negruzcos, pardos, se sobresaltan en los corrales; las mujeres dejan de amasar, de repeinarse, de estamengar en el corredor las pequeñas esteras; de entrelazar las

trenzas de las niñas. Los hombres detienen el vaivén rítmico de la azuela, dejan de dar golpecitos con el eslabón o de suavizar en los labios la hoja de maíz para liar el cigarro. Todo se paraliza unos instantes: las riñas, los rezos, los trajines, los buenos y los malos pensamientos. Se paran las ruedas, se interrumpen bruscamente las cavilaciones, las mentiras, la conversación. La voz va de acá para allá con su estímulo nuevo, sembrando sorpresa y unas miajas de avaricia. La gente se mira contenta y perpleja. Aquel señor alto y enjuto, con piernas de cigüeña, parece un caballero de buena casa que se ha metido a mercader por un capricho de hacendado que se aburre en su pueblo sin tener en qué entretenerse. No es como el baratijero con larga blusa azul, ni como el pellejero con su chaqueta vieja de pana desollada. El señor alto y delgado viste bien, sus zapatos relucen, sus dedos tienen sortijas, su voz fuerte y lenta tiene un acento de fineza que persuade y anima.

Influencia perdurable de las trazas en el concepto rural. Influencia del paño, de las sortijas, del sombrero, del bastón, de las palabras finas en el ánimo de las gentes sencillas de los campos. No persuade la verdad, el temperamento, la razón mal vestida, con achaques de tela basta y vieja, con calzado áspero y polvoriento de caminatas largas. Es lo otro, lo otro, lo que remuda criterios, lo que convence, lo que crea docilidad, respeto, confianza, lo que siega recelos, dudas, socarronerías. Siempre la envoltura de las cosas, su color, su pulcritud, su solemnidad, creando sensación respetuosa, fe, obediencia, acatamiento diligente.

Este señor que recorre las calles aldeanas tiene en su traje la cualidad del persuadir. Otros las tienen en la cortesía o en la modestia fingida, en las amabilidades aparentes, en lo campechano del ademán, del saludo, de la sonrisa, en la voz sonora, recia, grave, aunque sea mentirosa y letrada, fría. La gente es incauta y crédula. Todavía, a pesar de los desengaños frecuentes, no ha aprendido a ser recelosa cuando es menester que lo sea. En este aspecto, el mundo está aún en un agraz viejo y eterno, como esas manzanas de leyenda que no maduran nunca.

A los pocos momentos este señor habla con los vecinos como si hubiera nacido en una de estas casas apesadumbradas en ringlera un poco contrahecha y pindia; como uno que ha estado ausente y regresa, al cabo de los años, mejor vestido, hablando más fino y más lento de memorias lejanas, de las casas que han desaparecido, de los prados que eran maíces, de la carretera que pasa por donde antes amarilleaba la trocha estrechita.

Sube y baja muy jovial los peldaños de piedra, de roble, de castaño. De aquí saca un almirez amarillo con unas cuantas manchas cárdenas, un cuadro que representa las murallas de Jericó y unas largas trompetas bíbli-

cas, una pila de agua bendita hecha de madera de fresno por un pastor que murió hace cien años. No hay alacena, pared, armario, rincón, donde él no husmee y registre. Van saliendo de las oscuridades, de las gateras, de las arcas, multitud de objetos olvidados allí como cosas inservibles. Ruecas blancas, amarillas, azules. Faltriqueras antiguas de sayal con unas rosas bordadas, con su cordoncito de seda, con sus picos ribeteados de terciopelo verde. Flautas de nogal con lagartijas y cuclillos labrados. Cuencos antiguos con dibujos temblorosos de mano vieja imitando golondrinas, campanas, zurrone, cabezas de chivos. Todo el arte del pueblo estampado en un trozo de madera, en un pedazo de lienzo, en un asta que resuena con estrépito. En estas cosas puso el anciano su paciencia, la vieja su ocio de invierno, el mozo su esmero, el niño su afán vivaracho, impaciente. Después se quedaron allí, abandonados, colgados de un pino sin desbatar, cautivos en un arca, en una alacena abierta en el muro. Indiferencia hacia esos recuerdos familiares en los que quedó lo esencial de los ingenios, de los gustos, del arte popular que caracterizaron una época, un pueblo, una costumbre. Esos objetos están allí escondidos por el mismo motivo que cuelgan del techo del establo unas telas de araña o se deja en un rincón una abarca rota. Lo mismo que esas cosas insignificantes, innecesarias, usadas y bisuntas que dejamos un día en cualquier sitio recatado de la casa y se están allí mucho tiempo olvidadas hasta que un niño da con ellas y las desbarata en sus juegos, o se extravían en una mudanza. Niños que se entretienen con la vaina de la espada del abuelo militar, con el antejo largo, sin lente ya, del bisabuelo marino; con las cachavas, con las herramientas, con los cartapacios, con las pipas, con los dibujos que fueron afición, entretenimiento, deleite, entusiasmo de hombres desaparecidos.

En lo rural sucede lo mismo con el arte de las épocas muertas. Allí se quedaron aquellos bellos objetos de madera, de cerámica, de piedra, de juncos, y allí están como la telaraña del techo del pajar, como la abarca rota del rincón, como frascos vacíos, polvorientos, que se suben un día al desván y no se vuelven a bajar nunca. Un niño toca el viejo tambor del abuelo con el aro azul. Rompe el parche y le carga de piedrecitas, arrastrándole por la calleja. Otro coge el antiguo candil picudo y le pierde en un pozancal donde ha estado trajinando toda la mañana. Otro juega con su navajita y corta las orejas erizadas, el hocico agudo de un lobo labrado en el puño de la cayada hace muchos años. O llega un señor bien portado, de traza amable, como ése que rompe con su voz extraña la paz del pueblo, y se lleva todas esas cosas magníficas, bellas, antiguas. Se lleva los cazos de larga rabera, las trébedes añosas, los marcos de los cuadros, las arquitas, los iconos diminutos de las salas, las ruecas, los

bancos tallados, los candelabros, las artesas redondas, los picaportes. Se lleva el arte, que es recuerdo de temperamentos, espíritu de razas, viñeta de historia. Unas monedas blancas brincan y retintinean en los escaños de piedra de los portales. Caras zanguangas se alegran mucho, como si hubieran cambiado un talego de harina mala por un talego de plata...

Si se quiere salvar lo poco que queda en los pueblo del arte popular, es menester el rápido establecimiento de museos etnológicos con carácter genuinamente provincial. No soy aficionado al centralismo en las cosas de arte que caracterizan a las distintas áreas de lo nacional con un atractivo añejo que también es como viñeta del prestigio que da el paisaje, el clima, el recuerdo histórico, la arquitectura, el abolengo intelectual o económico, el tipismo geográfico y poético de su naturaleza. Cada región debe conservar sus recuerdos artísticos lo mismo que las familias conscientes conservan las cosas insignificantes o las cosas valiosas y extraordinarias que dieron mérito, renombre, alegría o dolor a la casta...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 12-VIII-1934.

#### 456.—ESBOZOS. MUSEO DE ANTIGÜEDADES

Sigue uno recorriendo las estancias que aún no han sentido la voz locuaz y campechana del chamarilero, porque la carretera está lejos, a la otra parte de un monte, de una lomba ancha y verde, de una cumbre zarca que tiene puesta, casi siempre, la boina de la niebla. El tiempo y el anticuario no han podido borrar la estela de arte de estos pueblos arrecostados en una ladera, hundidos en un valle, emperigotados en lo sumo de una cordillera. Pero el egoísmo tiene espuelas agudas, atraviesa montañas, cruza y recruza desiertos, recorre itinerarios pindios, pedregosos, retorcidos. Cuando en los pueblos de las orillas de la carretera no encuentre el anticuario sus añejas mercaderías de arte, resudará en estas trochas, camino de lo escondido. Y borrará con su palabra jovial y con la tentación de su dinero esta estela de arte que se inicia en lejanías de historia, en lo remoto de la actividad de unas comarcas que aun conservan residuo de reminiscencia de lo que ya molió la rueda vertiginosa del tiempo. Como ha de llegar, inexorablemente, el momento en que nuestras aldeas se queden sin esas cosas



íntimas de su pasado laborioso y estético, por persuasiones extrañas y estímulos de lo económico, es mejor que nos adelantemos nosotros con esa otra persuasión moral, desinteresada, noble, que evite el engaño, el despojo, el retintineo de unas monedas insignificantes en el banco de piedra de los portales. El Centro de Estudios Montañeses, conjunto de artistas, de eruditos, de poetas, puede detener esas invasiones de carácter utilitario que van a dejar a la etnología montañesa sin una colodra antigua de segador. Ya que se han roto y se están rompiendo costumbres que podrían ser como adorno y sonido de lo arcaico en la prisa y en la sutileza de lo nuevo, conservemos ese otro género de arte racial, labrado en un respaldo, en una masera, en el aro de un cernedor, en el yugo de una yunta, en la paleta de apartar la ceniza...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 19-VIII-1934. (V. O. C., págs. 35-37)

#### 457.—ESBOZOS. CONCEPTOS DE PATRIOTISMO

*Hay que buscar nuevas sendas para un nuevo patriotismo.*  
Lloyd George.

Cada cual comprende las cosas a su manera, según la claridad o la tiniebla de su ambiente moral. Existen diversas formas de comprender el amor, la virtud, la fe, la sabiduría. No comprende lo mismo un vanidoso que un humilde, ni un manso lo mismo que un soberbio, ni un bellaco lo mismo que un perspicaz, ni un calavera lo mismo que un asceta. Cada cual ve las cosas según sus apetencias, sus renunciaciones, sus afectos, sus odios, su amargura, su contento, sus ropas finas, sus harapos, su desenfado, su timidez. Yo comprendo el patriotismo de una manera sencilla, como consecuencia de conductas particulares. Otros le comprenden a través de ufanías utópicas, de ensanchamientos geográficos, de insustanciales victorias deportivas, de humos de acorazado, de runruneo de aviones... El aficionado a los bosques ve en las extensas manchas forestales, inquietas y rumorosas, el fundamento más fuerte de la prosperidad del país. Para él no hay cosa más patriótica que la explotación de la madera, las repoblaciones de los páramos, las ringleras de hayas, de encinas, de abedules. El aficionado al mar forma su concepto del patriotismo con ajetreos y martillazos de asti-



llos, con grúas gigantescas cargando y descargando en la ribera, con estadísticas de tonelaje, de construcciones, de naufragios. Este tiene afecto al campo. Su patriotismo se labra en el entendimiento con imaginaciones tenaces, llenas de espigas, de vendimias, de olivares, de almendros, de siegas, de aspas de molino, de bieldos, de manceras torcidas. Diversidad de criterios esparcidos en las múltiples formas de la actividad, de la doctrina, de los deseos. Es difícil que dos españoles se pongan de acuerdo en eso de entender la esencia, la fórmula, el dogma de la prosperidad nacional. Son treinta y dos rumbos de conceptos, con sus guiñadas y desviaciones correspondientes, en el mapa verde, blanco, azul, bermejo del patriotismo. Rumbos de minas, de mieses, de mares, de hidráulica, de finanzas. Rumbos rectos y finos, ásperos y tortuosos de mercadería, de mecánica, de química. Más intensos y largos los rumbos materiales que los que tienen su raíz en el estuario pacífico o tormentoso de la conciencia, que es de donde salen y donde arriban todas las cosas humanas. Patriotismo hecho de blondas, de hierros, de bancales, de navíos, de motores, de chimeneas altas que siempre están llorando humo. Lo utilitario como fundamento primordial del patriotismo. Antaño se veía la utilidad en la expansión geográfica, en tierras conquistadas, en locura de andanzas con sonidos épicos y voces de romance. Hoy, remellada esa arista de lo antiguo, el patriotismo se ha hecho industrial, labrador, político, burocrático, deportivo, universitario.

Casi todos fundamentan el prestigio del país en esos seis principios. Mucha industria, muchas áreas labradas, muchos estudiantes, muchos mayores de las ideas... Todo lo que crea riqueza, medro familiar, abultamiento de lo económico, bachillerías, doctorados, elocuencia. Se olvida del prestigio moral, que es la esencia más limpia y más perdurable del patriotismo. Porque el hogar no es feliz ni honorable aunque sobren los mantenimientos, aunque se aumenten los toneles de la bodega, aunque no abrume ese pesar universal de lo económico. No es digno ni feliz con todas esas cosas, si el padre y los hijos no son cortesés, justos, tolerantes, sentimentales, recatados. Un país, lo mismo que un hogar, no señala su dignidad, su valía, su mérito con la abundancia de comodidades, de tierras cultivadas, de finanzas, si falta esa cortesía, aquel sentimiento, ese recato. Un pueblo al que le sobre caudal y comodidad y carezca de fineza espiritual, de vida interior afable, de maneras enérgicas y justas, da la misma sensación que un señor rico, grosero, inculto, que maltrata, jura, se embriaga, vocea impertinencias. O como un sabio o un artista envidioso, zafio, malhumorado, ladino para el mal, hurtador de elogios, avivador de insidias y de vicios. No está el renombre de los pueblos exclusivamente, en su arquitectura, en su paisaje, en su industria, en su cultura libresca, como tampoco está el prestigio de

una familia en sus joyas, en sus tapices, en sus automóviles, en su abo-  
lengo...

El concepto puro y eficaz del patriotismo hay que buscarle en los motivos que parecen más insignificantes. Cosas sencillas de la conducta que constituyen un conjunto de energías buenas, saturadas de sentimientos limpios, de ética, de arraigada enjundia moral, de cuidadoso desvelo por la educación del espíritu. Vosotros conocéis a un hombre de talento, a un excelente artista, a un escritor renombrado. De su inteligencia salen resplandores de belleza que van a parar a unos rasgos, a unos colores, a unas páginas. Vosotros admiráis profundamente al hombre de talento, al artista, al escritor, porque os deleita con su ingenio, con su humor, con sus paisajes, con sus narraciones pícaras o dramáticas. Y cuando apartáis los ojos de sus obras, de un rostro de madera o de piedra, de una pintura, de una página, tenéis un gesto que parece de conmiseración, porque recordáis devaneos y actitudes que no están de acuerdo con el sentimiento, con el alma, con el vigor de ese arte que os embelesa. La página parece escrita por un santo, y resulta que su autor es un gran tunante. Esto sucede muchas veces. Es terrible ese desacuerdo entre la prosa y el alma. Sabéis que ese hombre no posee el prestigio cabal. Es irresoluto, embustero, avaro, orgulloso. Sus anécdotas rebosan pecados; pecados de avaricia, de vanidad, de tacañería, que son los tres infiernos del mundo, ardiendo siempre. Lo mismo sucede con los pueblos. La laboriosidad, la iniciativa inteligente, el ingenio, no constituyen por sí solos lo concreto y definitivo de la idea del patriotismo. Conducta, conducta, que es el alma, el nervio, el aire que fertiliza. La conducta, alimentada con manjares sencillos de sinceridad, de actitudes ejemplares, con el vigor espontáneo y continuado del pensamiento. El patriotismo en el amor al idioma, desterrando de él palabras extrañas que parecen erratas bárbaras; en el trato familiar y social; en la tolerancia; en el respeto; en la pureza del lenguaje; en el deseo de hacer amable la tierra al viajero... Hace más patriotismo un analfabeto noble, sobrio, leal, de buenas costumbres, que un sabio torpe, vicioso, negociante de ideas, de erudición de literatura. Esta bella cualidad del patriotismo, que tiene un anverso de virtud y un reverso de afecto, más que en el ingenio radica en el genio; más que en la inteligencia, en la voluntad; más que en la sabiduría, en la educación; más que en lo habilidoso, en el entusiasmo... A lo mejor hace más patriotismo una cayada que una toga...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 26-VIII-1934.

El niño zarandeado en las palabras lentas de los sabios, en las palabras bonitas de los poetas, en las palabras de los pedagogos. En la poesía, un montoncito de tópicos clásicos: inocencias, cabellos negros y rubios, rostros de angelotes de Murillo. Y a la otra parte de la poesía —en la realidad, en el polvo, en lo material— otro montoncito de iras, de tesis pedagógicas, de descontentos, de lamentaciones. El niño creando imágenes y creando preocupaciones. Algo así como un soneto y un problema aritmético. Creando preocupación en la mente de los hombres, como los tallos incipientes de la mies crean inquietud en el entendimiento de un labrador vago, perezoso, que no cultiva bien, que todo lo espera de la lluvia y del sol. Así tiempos y tiempos de historia, de ciudad, de aldea. Un dolor que no se alivia, un camino que no se arregla, una alberca que no se limpia. Es lo mismo que si tuviéramos un viejo resquemor y no hiciéramos nada para aplacarle. Todo es frase y querella. Falta el movimiento, la energía, la voluntad en estas cosas del niño, zarandeado en el cernedor de las quejas, de las censuras, de la poesía. Se habla excesivamente de sus malicias, de su indocilidad, de su desaplicación, de su prematuro conocimiento de las cosas malas. Los padres se pasman de ese ancho y profundo conocimiento del pecado. Y la ira va a parar al rostro del maestro, a la intemperie moral de las costumbres nuevas, a las lecturas furtivas, a las proyecciones cinematográficas. Culpas de la calle, de la escuela, de los amigos avispados y pícaros, del lenguaje deshonesto que se oye al pasar. Los padres se creen intactos de esas culpas. Ellos no piensan en sus palabras, en sus gestos, en su desenvoltura en lo íntimo de lo familiar. No recuerdan aquella frase, aquel movimiento, aquella pecaminosa conversación. Para ellos, toda la maldad está entre el ruido de la calle. En la calle es donde aprenden los hijos a mentir, a blasfemar, a injuriar. En la calle es donde aprenden esas cosas tremendas, donde se va extraviando la pureza de los sentidos, donde se pierde el concepto sentimental y bello que regala a la infancia la imagen y el adjetivo de la poesía. En la calle, en ella es donde crecen las uñas de la malicia. Toda la culpa es de la calle, en el criterio fijo y enojado de los padres.

En la calle se respira insidia, desacato, apariencia, rumor de palabras feas, iras, disputas, procacidad, insultos, juramentos. La calle va arrancando rosas de espíritu, malvas de inocencia, azucenas de pensamientos, todo el lirio que tiene el niño en la imaginación. La calle va sembrando ortiga, espino, cardo, tuera. Los padres piensan en estas cosas que van desgastando docilidades, ternuras, sensaciones apacibles. No meditan en su ejemplo, en

sus maneras, en sus costumbres, en sus vocablos. Se creen alejados de la responsabilidad. Si sus hijos tienen esta torcedura moral, aquella manía nociva, ese rasgo imprudente del carácter, aquel esbozo de vicio, la culpa es de la calle, de la gente que no tiene recato, del maestro, que es blando en el corregir, perezoso, insensible; de los cartelones del cinematógrafo, con sus terribles estampas de bandoleros, de contrabandistas, de tunantes. Todos encontramos disculpa y atenuante a nuestra negligencia, al descuido, a la falta, al vicio: el que se embriaga, el que maltrata, el que se equivoca, el que miente, el que envidia, el que hurta, el que engaña, el que fracasa. No vemos la lumbré o el hielo interior que nos calienta esta ira, esta pasión, este deseo, o nos enfría aquel buen pensamiento, aquella virtud, aquella misericordia...

Y yo creo que toda la culpa no está en la calle. La culpa, la semilla, el manantial, está en casa, rezumbando, rezumbando sin parar. La calle es eco de la casa. A la calle van a parar nuestros disgustos, nuestras ideas, nuestros pecados, nuestras virtudes. En casa se habla de todo, y el niño escucha atentamente con aire aburrido. En casa se habla de la conducta de aquella mujer, de los vicios extraños de aquel hombre, de las martin-galas de aquel otro para vivir sin quebraderos de cabeza. Yo voy a una aldea, por ejemplo, y escucho lo que se habla en una cocina, en un portal, en una taberna. Los niños juegan con unos garojos pajizos, sentados en el ladrillo. Aquí se habla mal de todo el mundo: del señor cura, del señor maestro, del boticario, del guardamontes, del molinero, del procurador, del notario, de la mujer del herrero, de la sobrina del capellán. Se inventa el «por qué» hiperbólico y minucioso de todas las prosperidades, de todas las galas, de todas las conductas. No hay sortija ni pendiente de moza, ni vestido fino, que no tenga su relato inmoral. Todo viene por unos caminos abominables. El «por qué» discurrido de las tristezas persistentes de aquel señor, de la casa nueva del negociante, de la riña del campanero y del forjador, de los viajes frecuentes que hace a la ciudad la mujer del amolanchín, de la cerca nueva que se levantó en aquel huerto, de los pescozones que dio tía Esperanza a su nuera. Desacatos a todos los mandamientos en el origen de aquella hacienda, en el afianzamiento de esta amistad, en las ropas que estrena una moza guapa y pobre. El niño sigue entreteniéndose con sus garojos pajizos. Oye cosas raras, que el instinto va esclareciendo. Narraciones minuciosas de vicios, de afrentas, de engaños. El devaneo de aquella muchacha, la aventura de aquel viejo atrevido en un campo, en un pajar, al regreso de una romería; la desgracia de aquella pobre mujer estéril, aborrecida, triste, avergonzada. El niño lo oye todo al son del crujido de los zarzos y del crepiteo de la lumbré. Su espíritu se va manchando con

la pintura negra, verde, colorada de las conversaciones. Su troje chiquitín se llena de ponzoña que lanzan las bocas de los hombres. Conversaciones de gulas, de insidias, de embustes, de artimañas reprobables.

Es como una ventisca que estropea las yerbas buenas, como si se metiera en al alma blanca un tizón, una racha de viento, un resoplido de corneja, de lobo, de raposa, ahuyentando a las palomas, a las corderas, a las golondrinas que todos los niños tienen en los sentimientos. No se repara en la presencia de los niños. El anciano cuenta las picardías de su juventud con un barroquismo morbosos, impertinente. Se habla de lo que es menester hacer para saltar esta ley, para disculparse, para hacer pasar por verdad una gran mentira, para engañar, para aparentar abundancia en la escasez, contento en la tristeza, virtud en el pecado, templanza en la avaricia, humildad en la soberbia. El prejuicio rebota en las paredes, se extiende en las estancias, corre, se apacigua, murmura y va a caer en el alma de los niños, que aprenden así a ser embusteros, hipócritas, disimulados, insidiosos...

En la ciudad sucede lo mismo. La casa es una escuela de murmuración. No hay vecino sin tacha, ni talento sin vanidad, ni cortesía sin prejuicio. Se pone mancha en todo: en la belleza, en el ingenio, en la laboriosidad, en la sencillez, en la parquedad, en el decoro. Las familias se descuartizan moralmente con las frases. El padre relata delante de los hijos las añagazas que emplea para disculparse de ciertas negligencias en sus obligaciones, para conseguir aquella pretensión inmerecida, para apartar ciertos estorbos que no dejan correr el egoísmo de su deseo... No, no es la calle la única cantera de estos grandes defectos de la infancia. No es la calle, con sus gritos sediciosos, con sus calumnias, con sus intemperancias, con su vocabulario, con sus burlas. Es también el hogar, las palabras de los padres, su despreocupación. Conversaciones de trampas, de alifafes morbosos, de vicios, de anécdotas de taberna o de burdel...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 2-IX-1934.

#### 459.—ESBOZOS. LAS ALMAS TRISTES

*El Cantábrico*, 9-IX-1934. (V. O. C., págs. 343-347)



*Hoy se celebran los actos de homenaje en honor de los maestros nacionales de la Albericia.*

Se puede hacer literatura de todo: de la inquietud propia, de la desazón, de la amargura, de la jovialidad, de todo lo que pasa en nuestro espíritu y ante nuestros ojos. El escritor debe sacar substancia para su arte lo mismo de las cosas nimias que de las cosas extraordinarias por su volumen o por su ruido.

No hay movimiento humano ni rumor de la Naturaleza, ni cariz del cielo, ni bramido o bonanza de la mar, ni sosiego del paisaje que no presente una característica inédita, que no tenga un puntito escondido que nadie ha visto para convertirle en letra, en vocablo de sensibilidad, en sonido de emoción, en ese pentagrama tipográfico que recoge y lanza rocío, lluvia, viento, granizo, resol de pensamientos y de consecuencias de sonidos, subjetividades del artista, su azucena o su espino. Hay motivos muertos, de roca, de estepa arrasada, de bosque reseco, de río ya enjuto. La observación puede descubrir un entresijo de vida en esos accidentes yertos y menospreciados. Siempre hay palpitaciones señeras, raras, escondidas, para quien quiera encontrarlas, en esos panoramas muertos, de troncos, de piedras, de arenas, de rocas estériles, como siempre existe una candelita en las tinieblas del ánimo desesperado, lleno de hastío, de polvo de caminos dolorosos, de todo lo que entenebrece la fe, el vigor moral, la esperanza. Motivos que desparraman vida en su estatismo o en su inquietud. Pedacitos de montañas zarcas, de anfractuosidades bellas, de cumbres, de pendientes verdes con garabatos de sendas rubias, pardas, negras, con arroyos que bajan runrunando su enfado turbio del invierno o su contento transparente de comienzos del estío. La observación también puede descubrir entresijos hoscos, muertos, feos, en estos accidentes bellos, olorosos, cubiertos con hermosas túnicas de hierbas, de musgos, de vegetación. Siempre hay palpitaciones hurañas, tristes, antagónicas, en estos panoramas vivos, de árboles, de aguas, de madre selvas, como siempre existe una tiniebla arrinconada de duda, de pecado, de secreto nocivo en las claridades del ánimo más contento, más optimista, más jovial. Motivos de viajes, mirando por la venta del ferrocarril, por la ventanita redonda del barco, desde los rumbos del aire. El escritor observa cosas lentas en lo vertiginoso. Cosas lentas o cosas quietas del camino, que se quedan atrás, en los recodos de la ruta, vestidas de



crepúsculo vespertino, de alba, de calina, de lluvia, de todo lo que manda el cielo. Aquella mujer pensativa sentada en el banco de una estación; aquella muchacha que ofrecía, como una samaritana, el agua fina en unos cántaros rojos; aquel cobertizo que echaba humo negro; aquel barquero del río; aquel capellán montado en una mula; aquellos monigotes de los sembrados, que espantan a los pájaros. Circunstancias sencillas, insignificantes de todos los días, que se convierten en literatura humana si se sabe observar en el rostro pensativo de la mujer sentada en el banco de la estación, en la muchacha que ofrece al viajero el agua fina de las fuentes de su pueblo, en el cobertizo miserable, en la sotana bisunta del capellán, en el barquero arregado, en los monigotes del huerto que parecen hombres de muchos sitios castigados allí. Una literatura de entraña que cuente orígenes de los efectos malaventurados de estas vidas que ven nuestros ojos peregrinos recorriendo el paisaje.

Males y remedios como las dos arterias más anchas del mundo, como las dos arterias que llevan tristeza o amabilidad; las dos corrientes que mueven los molinos del espíritu, los dos caminos que van a parar a lo dramático o a la serenidad. Se puede hacer literatura de todo, literatura de esas dos corrientes de los males y de los remedios, de un gusano y de un águila, de una choza y de un palacio, de una lágrima y de una carcajada, de un duelo y de unos esponsales, de un bobo y de un sabio, de una peña y de un rosal, de un santo y de un pecador, de lo turbulento y de lo pacífico, de lo religioso y de lo ateo. Todo está en la observación y en el sentimiento. Sujetar y limpiar bien los anteojos del alma y contemplar las cosas con un frenesí manso, como si fueran nuestras, con una devoción de rezo, entregando el espíritu al regazo duro o blando de la perspectiva...

Los periódicos son también paisajes. Los periódicos, creadores de sensaciones. El noticiario, lo mismo que un abundante acervo de realidades recién nacidas, de temas jovencitos que van saliendo de la virtud, del egoísmo, de la pasión, de la venganza, de la opulencia, de la pobreza, del heroísmo, del miedo. Sí, un periódico es para el escritor como un paisaje moral. El espíritu se alegra o se entristece, se enfada o se contenta, siente ira o paz, deseos de reñir o de alabar, según se va recorriendo el paisaje negro de las líneas, donde uno ve los cardos, las malvas, los guijarros, las arenas, los tumultos, las suavidades o arideces de los temperamentos.

Noticias que parecen estimuladas por santos. Noticias que parecen estimuladas por diablos. Mezcolanza de conceptos y de actitudes distintas que van haciendo la historia, que dan carácter a la época, que enseñan ondulaciones y rectas psicológicas. Cosas de bárbaros, de fanáticos, de prevarica-

dores típicos, de hombres honrados, de pícaros. Este paisaje del periódico no tiene uniformidad en el matiz ni en el ambiente. Estáis contemplando unas hierbas buenas y a la vera de estas hierbas buenas os encontráis con la sorpresa de un matojo de ortigas. Os estáis deleitando con un ventalle suavísimo, andáis unos pasos y el viento trae fragores de riñas, de voces que juran, de pistolas, de bombas, de llores, de carcajadas malditas. Veis correr amenamente el arroyo de una prosa, os embelesáis con su rumor de pensamientos y de poesía y apenas habéis gustado su cantar, tropezáis con un regato de sangre, con una montaña de egoísmos, con una estepa estéril de sentimientos, con una colina de ambiciones, de desdenes, de cinismos, con una sima de torpezas, de delitos, de apariencias abominables. Cambio brusco de sensaciones, jugueteo del paisaje del periódico con el ánimo, del eco de la actitud amable o condenada de los otros, con el criterio que tenemos de los orígenes del bien y del mal. El escritor, en esta diversidad de accidentes contrarios del paisaje, no sabe en cuál detener su atención. Todo estimula su inteligencia, su afán, sus ganas de crear. El periódico le ofrece oro, plata, cobre, bronce, hierro, ánforas, tarreñas, jícara de hechos. Cada noticia conmueve su conciencia. No sabe qué escoger para el devaneo de su pluma. Le atrae el oro de aquella buena obra, la plata de aquella conducta ejemplar, el hierro de las palabras de aquel político, la ceniza de aquella miseria, las horcinas de aquella voluntad que se ha roto, esta exaltación, aquel decaimiento. Y pasando y repasando este paisaje del periódico, cuando las sensaciones se van quedando dormidas, se va uno a lo predilecto como se busca una sombra, una fuente, una cabaña, cuando nos sorprende el calor, la sed, la tormenta en el monte. Siempre se encuentra un refugio para el ánimo, lo mismo en el paisaje de la naturaleza que en el paisaje de la lectura. Siempre, siempre, hay un cobijo pacífico, agradable, bueno, en este panorama del periódico, lleno de borrascas, de calma, de lamentos, de vendavales de iras, de pactos reprobables, de estallidos, de catástrofes, de mentiras, de vanidades, de acusaciones, de lisonjas.

Yo veo ahora, aquí, en el periódico, un paisaje exiguo de niños que son como lirios que crecieran en la mies de la tipografía, como pajaritos que hubieran venido a posarse en este huerto de surcos negros y blancos. Y pienso que se puede hacer literatura de todo. Cada titular del periódico es una insinuación. Esta noticia encomia a unos maestros inteligentes, bondadosos, ejemplares. Yo leo con detenimiento estas líneas sinceras que hablan de conductas magníficas, de vocación profunda, de méritos raros, de recompensas efusivas. Y sigo viendo los lirios de los niños entre los laureles que van creciendo en los campos nuevos de la pedagogía. Un homenaje a unos maestros es un desagravio a la educación, que todos los días está recibiendo

trastazos, pedradas, injurias. Entre el paisaje híbrido del periódico destaca este oasis pequeñito donde uno descansa la imaginación y la memoria, transidas de correr por las columnas, de saltar sus trochas, de recruzar sus páramos, de sudar en sus cuevas, de extraviarse en sus laberintos políticos y dramáticos. Hay que fijarse en todo, en lo que parece insignificante y en lo que parece inmenso. A veces lo que parece insignificante tiene volumen de inmensidad, y lo que parece inmenso tiene peso de avellana vacía, de mimbres, de gotita de agua. Yo me fijo en este acto de homenaje a unos excelentes maestros, que es como un remanso en las borrascas de los periódicos, como un camino bueno, derecho, seguro, que atraviesa unos terrenos erizados, revueltos, con montículos y grietas, con armadijos y pozancales. Es lo que yo observo con más predilección en este viaje de los ojos por los caminos del periódico, por la variedad de su paisaje, buscando sensaciones para hacer literatura...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 16-IX-1934.

#### 461.—ESBOZOS. UNA CARA DE NIÑO

*El Día de las Colonias es uno de los diversos intentos que son menester para cambiar el ambiente de lo social. Es una insinuación a los hombres para que sean buenos y generosos, aunque nada más sea una vez al año...*

Yo estoy contemplando la cara de este niño. La cara de este niño me hace ver reflejos de amargor prematuro. Su gesto no me parece infantil. Su expresión es lo mismo que una pincelada de tristeza y otra pincelada de dolor en un semblante de pergamino. Yo quiero contaros sencillamente lo que veo en la cara de este niño. No es menester estudiar libros voluminosos ni tener gran hacienda de psicología para comprender concienzudamente lo que dicen los semblantes. La expresión de un rostro cualquiera es una consecuencia del ambiente. El ambiente ultraja o acaricia, maltrata o alivia, acongoja o enardece, estimula o quebranta salud. El ambiente —sus voces, sus silencios, sus movimientos, su cordialidad o su desdén— es como un pincel que va pintando gestos, expresiones, características de fisonomía. Hay climas de ambientes como existen climas geográficos que dan la fertilidad, lo estéril, lo mediocre, lo lozano, húmedo o reseco del terreno. Climas

de olivares, de arrayanes, de abetos, de encinas, de naranjos, de vides, de matiz blanco, pardo, bermejo, verde. Lo característico del cultivo está en el clima, en su bondad o en su crudeza. Ambientes de miserias, de lástima, de justicia, de intemperancia, de egoísmo, de generosidad, lo mismo que las tierras buenas y las tierras malas, lo mismo que zonas ardientes, frías, templadas, del universo moral. El clima da color a la piedra, al polvo, a las cercas, a los sembrados, a la remudanza y a lo permanente del paisaje. Colores de norias, de llanuras bermejeadas, de orillas de arroyos, de nieve, de estameña, de bosques, de desiertos, de montañas. Cada clima con lo peculiar de su color y de su cosecha. Cada ambiente con su tipismo espiritual, con sus costumbres, con su cosecha de sentimiento, de inteligencia, de educación. El ambiente es el que hace clima en los rostros, el que madura o deja en agraz los buenos o los malos gestos, el que reseca, colorea o empalidece los semblantes, el que va pintando la expresión, lo exterior del ánimo, el forro del carácter.

En la cara de este pobrecito niño, veo yo muchas y muy eternas cosas. Es como entraña que saliera a la superficie, como blendas sacadas de la profundidad, como raíces que asomaran en la tierra viva de la carne. A este niño le está insultando el mundo, sin palabras, sin miradas, sin el ceño de los enfados y de las riñas. Le está insultando el mundo con su indiferencia y con sus movimientos. Temporales de circunstancia han dejado aquí, en este rostro, sus espantosas ruinas. Circunstancias presentes eslabonadas con circunstancias pasadas como rotaciones de noches y de días malos y hurraños. O morbos heredados en la sangre, morbos paternos que se pasean incesantemente por las venas del hijo como un veneno de culpas, de placeres, de vicios, que han ido a parar allí, allí, a lo inocente. Yo veo en el rostro de este niño un pedacito de paisaje, del paisaje que hace el clima malo. El ambiente, que es clima de lo moral, ha ido pintando este color pálido de malaria o de arbusto seco, descortezado hace tiempo, este color de semilla amarillenta, de matiz que se va desvaneciendo por raspaduras de intemperie, de uñas de escarcha y de cierzo. El ambiente, el ambiente, que tiene desafectos, nudos, cerrojos, para el hombre y para el niño. Esta criatura es una de las infinitas espigas débiles que crecen en el clima formado por los vientos de las palabras frías, por los vientos y los hielos de los vocablos y de las aptitudes que se dilatan en los maridianos sociales como noroeste y ábregos, zumbando siempre, siempre. En la cara de este pobrecito niño veo yo huellas de pedradas de egoísmo, que son las más tremendas pedradas del mundo, las que derrumban fortalezas de esperanza, las que abren anchas brechas en la débil muralla del ánimo, las que rebotan en las paredes del castillo interior y hacen que salgan gritando las penas, las pasiones agredidas, los pensa-



mientos afligidos, la paciencia, la larga y sedimentada paciencia, convertida en furia, en querella, en locura. Este rostro es como una evocación que me hace ver los movimientos bruscos y zafios de las maneras sociales. El mundo está reconcentrado en estas mejillas, en estos ojos, en esta frente. El mundo, que descarna perennemente, que echa escurrajos negros en los dolores de la inocencia, que desgarran cobijas, esbozos de felicidad, semillitas de propósitos excelentes. Este niño, que tiene en el semblante los rasgos de los manotazos del mundo, no sabe de dónde vienen los golpes. Apenas siente el resquemor encarnado que sigue al pellizco. No sabe nada, nada. Escucha los lamentos de los padres porque le ven flaco, con mala color. Pero no comprende por qué está flaco y descolorido. No sabe por qué, ni medita, porque tampoco sabe meditar, ni sospecha que está en el comienzo de una terrible enfermedad. El mundo sigue echando maltrato en su carne. Su rostro me enseña historia actual e historia de tiempos ya molidos por la rueda infinita de lo astronómico, por las ruedas pequeñitas, deleznable, de los hombres. Historia actual que tiene su sustancia en todos los años muertos, en toda la vida que fue, en los recovecos y en las extensiones de la Humanidad desde los clanes y los patriarcas hasta el comunismo y el fascio.

El tópico del egoísmo es el eje de las ruedas de la Historia. Por muchas vueltas que se dé al tema de la desigualdad, de la sinrazón, del hambre, del hartazgo, del abrigo, del frío, de todo lo que es abundancia o penuria, siempre hemos de caer en el origen clásico de todos los males de las épocas: en ese tópico milenario, en ese eje que no han logrado romper la religión, las revoluciones, la cultura. Teorías cordiales que se extravían en nieblas de egoísmo, compactas, extensas, oscuras. La Historia es un quebradero de teorías hermosas, perseguidas y destrozadas por el gigante del egoísmo, que tiene las sienes en un polo y los pies en el otro. Sus brazos rodean al mundo como un zodiaco incrustado en la tierra, como un ecuador de yedra y de roca. Siempre, siempre el egoísmo, su zumbido en la Historia, entre las armas, entre las oraciones, entre el amor, entre el palpito de la Naturaleza. Es lo mismo que un insecto eterno que se mete en las palabras y estropea la pureza del salmo, la energía sentimental de la idea, el silencio meditativo con las arpas misteriosas que tocan pensamientos, ansias, ilusiones. La Historia es como una lección de moral interrumpida muy a menudo por un pecado, por un estruendo de iras, por un tumulto de odios. Todo está saturado de egoísmo. El propósito tiene orígenes magníficos. Su letra parece poseer gracia divina; parece que está intacta de respiración y de contagio humano. No parece cosa de tierra, de mentes, de tinta, de puntos de pluma. Da sensación mística de santidad. Parece que la han escrito unos mitos bondadosos, unos buenos

magos inspirados por unas buenas hadas o por un Cristo redivivo, vagabundo de horizontes, de ciudades, de aldeas, de campos, de marinas. Pero viene el egoísmo, el egoísmo, que hace clima universal, y va echando borrones en la doctrina, va raspando precepto, corcome, enmienda... Y así resulta que la interpretación se aleja de la sustancia original de las doctrinas como un águila está alejada de la sierpe que zigzaguea en el polvo. Estas pequeñas y estas grandes cosas veo yo en la cara de este niño enfermo, macilento, delgadito, que mira a todas las partes con atención, como si se le hubiera perdido algo. La cara de este niño me hace ver reflejos de amargor prematuro. Su gesto no me parece infantil. Su expresión es lo mismo que una pincelada de tristeza indefinible y otra pincelada de dolor, también indefinible, en un semblante de pergamino...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 23-IX-1934.

#### 462.—ESBOZOS. UN POBRE CAMINANTE

*El Cantábrico*, 3-X-1934. (V. O. C., págs. 339-342)

#### 463.—ESBOZOS. UN ESCRITOR Y UN PUEBLO

*Se han publicado, en un tomo, las obras completas de Don José María de Pereda, con un extenso y magnífico estudio-prólogo del ilustre escritor Don José María de Cossío.*

Don José María es un hidalgo. Las características sabias y bondadosas de su fina hidalguía están adentro, como la savia debajo de la corteza y el compango entre el cuero del zurrón. Yo quiero contaros sencillamente, en consonancia con el espíritu de este caballero, algo de lo cotidiano de Don José María. Don José María vive en un pueblo que es como el pórtico pindio



de una hoz artificial a lo largo de unas peñas blancas, caminito de Castilla, por Piedras Luengas. Este pueblo es en el mapa universal lo que una hormiga descansando en el falderón de una peña enorme. Como accidente geográfico, es lo mismo que un granito de panoja perdido en la mies. En el mapa de lo literario, este pueblo moreno, rodeado de suave y áspero paisaje verde —hierba, escajo, rozo—, es como un monumento ante el que evocan sensaciones de lecturas clásicas del siglo XIX, los viajeros eruditos, los poetas, los artistas, los curiosos. Ortologías de todos los pueblos de Europa, de todos los pueblos que parlan lenguajes de Europa lejos del continente. Palabras arriscadas, incomprensibles, entre estas cosas humildes que comienzan en una cayada que parece un garabato de espino, de fresno, de acebuche y terminan en una solana de balaustres blancos, mirando a la banda de las nieves, al huerto, a las crestas, a la otra arquitectura agobiada y rebajeta. Buen sitio para pensar mirando y remirando los montes, los vuelos de las avefrías, las nubes amontonadas, negras, que vienen del noroeste, poco antes del viento o del trueno. Don José María es lo mismo que un elemento etnográfico de este pueblecito acurrucado al amor viejo de una vertiente cantábrica. El rute del río, la campana de la iglesia y voz campechana de don José María. Suprimir la voz de don José María y parecerá que del paisaje, en ciertos momentos, cuando el hidalgo pasea con su cachava, se ha ido uno de sus rumores más peculiares como cuando se marchan las golondrinas o el cuclillo, o como si se rompiera la campana más retumbona de la iglesia. Don José María habita una casa que es la abadesa de las otras casas, con sus hábitos pardos y blancos y sus tocas rojas. Creo que fue Unamuno quien dijo una vez que había que escribir la «historia universal» de esta casa y de este pueblo.

Mi hidalgo es madrugador. Su diana la tocan el monte próximo, las abarcas cabreras, los pájaros del huerto. El día se abre sumido en brumas o lleno de gracia de sol. Resuenan los primeros hachazos en las quimas acolofnadas en los portales; baila la serpentina negra del humo la danza de todas las mañanas; el mendigo sigue su camino con hierba de pajar en las vestiduras desolladas; las ovejas comienzan a tocar sus campanos, en ringlera de puntos andariegos blancos y negros como ese cielo y ese humo; el pescador regresa con sus butrones. Se abre el día con ruido bíblico de ganados, de tierras tundidas, de aguas. Unos trajinan con la azuela, otros escarban en la mies con las uñas de hierro que hace el hombre de la fragua. No hay brazo en quietud ni quehacer que se demore. La ira del dalle en la hierba, el escarabiteo ágil de la azada alrededor del maíz pequeñito... Siempre hay algo que componer: la abarca que necesita una argolla, la portilla sin las palancas cabales, la cerca caída, el eje roto, las llantas desgastadas... Le pa-

rece a uno mentira que en estos pueblos tan chicos haya tanto que hacer. Don José María también comienza sus trajines, que son afanes de benedictino, en una celda amplia rodeada de campos, de surcos, de esquilas. Por las ventanas se ven cumbres y callejas, lo erguido y lo humilde, los dos extremos de la cualidad humana. Ya está mi hidalgo en su mies. Su apero es pequeñito, diligente, y hace unos surcos negros en unas hazas blancas como capitas de nata. La herramienta de don José María corre de lindera a lindera, presurosa, con frenesí de imaginación y de espíritu, dejando una huella imborrable y enérgica de sabiduría, de sabiduría de romance, de estética, de historia, de costumbres. Afuera se labran surcos para dar contento a los apetitos materiales. Aquí en esta sala se labran unos surcos que llenan después ansias de alma, apetencias de arte, ganas de belleza y de cultura. Palomas de pensamientos que salen del palomar del cerebro y van a posarse en las hazas cándidas de don José María. Ya están labrados muchos pedacitos de esta mies. El ingenio va exprimiendo su grosella. Vueltas y más vueltas de la herramienta de don José María. El entendimiento mueve sus aspas, sus ruelas, sus cedazos. Todo es actividad debajo de la frente. La idea dibuja esta expresión concreta; aclara aquel concepto viejo, confuso; enmienda aquel criterio. Se cierne la harina de la idea y se convierte en masa de palabras, en pan de frases con miga eterna de espíritu, con corteza de estilo. La mañana de la aldea sigue con sus rumores de ruedas, de pedresas, de cachavas que suenan en la piedra, de niños que cantan números en la escuela. Don José María continúa aumentando el caudal de sus renglones, ensimismado en aquellas páginas, en las líneas recién escritas, en el oro olvidado que descubrió en los libros viejos. Va gastando y renovando su acervo como pajar que se queda vacío y se vuelve a llenar. Lo universal en el silo ancho de mi hidalgo; lo universal de las letras en esta estancia de pueblo, a leguas y leguas montesinas de las imprentas, de las universidades, de las librerías.

Mediodía, cuando el sol está encima de aquel pico. Es la hora en que el pastor abre su zurrón, la hora en que el aladro se queda quieto en el surco sin terminar. Don José María también deja su herramienta. No hay fatiga en su mente, porque yo creo que es mentira que canse lo artístico que se labra o se repule con placer. La pluma se ha quedado humedecida de negro en una escribanía anacrónica y bella que es como una labra heráldica de la mesa. Mantenimiento de sabor y aderezo primitivo que sale de las ubres de la tierra, del río. Después, don José María se marcha a refrescar la imaginación conversando con las lindes, con los labradores. Sementera de democracia que es otra de las grandes labores de su conciencia y de su entendimiento. Democracia práctica, de todas las horas, que es el antagonismo ejemplar y justo de esa ficción de democracia que nace y muere

en la palabra, sin la extensión de los hechos. Afabilidad, llaneza, sencillez; ser humilde con los humildes, más humilde que los humildes; apretar la mano de un cabrero; posar la diestra afectuosamente en el hombro de un analfabeto bueno, que saluda apocado y risueño; sentirse feliz con las bromas de los ancianos, con las travesuras de los niños, con los atavismos inocentes de las familias...; abrir la alacena del ánimo a todas las llamadas. No creo en el talento de los orgullosos. Don José María es preclaro en las letras, en el espíritu, en lo democrático; es la antítesis del orgullo... Su ejemplo es una lección diaria de actividad, de afecto a las cosas humildes, de estímulos. El gran escritor y el hombre cordial forman un paralelismo singular. Don José María quitando este tropiezo del camino ajeno, restaurando aquella ruina moral, aconsejando, enmendando pensamientos descarriados por ignorancia, por ira, por necesidad, que son las fuentes de los malos desvíos... Por la noche, su biblioteca es como un concejo espontáneo de campesinos. Llega el maestro de escuela, alto, enjuto, afable, con sus piernas largas. Cada vez que veo a don Escolástico, el maestro del pueblo de don José María, pienso en un don Quijote ya retirado de las aventuras, en ropilla, sin los arreos del caballero andante. Yo no hago más que pensar en esto cuando veo a don Escolástico. Y siento una lástima grande, una lástima profunda por el pobre don Alonso, que no pudo gustar el pastoreo con que soñaba de vuelta a su aldea, vencido... Llega el señor cura, llegan unos hombres con cara de filósofos, o de ascetas. Unos me hacen pensar en Zurbarán. Otros me hacen pensar en El Greco. Teniers está afuera, en el campo. Aquí nada más que veo a Zurbarán y a El Greco, que es mejor. Si yo pusiera un hábito de estameña, polvoriento, a aquel labrador enjuto, de expresión recogida y austera, parecería un místico, casi descarnado, del siglo XVI, descansando en casa de un arcipreste, amigo de los naipes y de los libros. Conversaciones de simientes, de mieses, de todas las cosas sencillas de que habla el Evangelio. Afuera, los diversos tonos del viento y del río, que son los rumores eternos de la noche en este entresijo cartujo de cordillera. La velada se desenvuelve como una vieja hila sin ruelas ni leyendas. Don José María lee unas páginas amenas, y su voz caliente, entusiasmada, de hombre maduro que en el alma no deja de ser muchacho, me regala sensaciones de voz de jefe de clan pronunciando las palabras misteriosas, las palabras cordiales, de un bello rito patriarcal... Tudanca duerme en su lecho pindio, mullido de literatura, debajo de los siete diamantes de la Osa Mayor...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 21-X-1934.

#### 464.—ESBOZOS. ELOGIO DE LA EMOCION

*La emoción es el pan de la sensibilidad.—Gorki.*

*El Cantábrico*, 28-X-1934. (V. O. C., págs. 329-332)

#### 465.—ESBOZOS. LA EMOCION DE LA PAZ

*El Cantábrico*, 4-XI-1934. (V. O. C., págs. 329-336)

#### 466.—ESBOZOS. RETABLOS ESPAÑOLES

El arte está de retorno a los campos. Parece que la ciudad ha borrado perspectivas al instinto, a la observación, al ingenio del artista, o que éste encuentra calmosos sus sentimientos entre las calles y el ruido. Para los que sentimos afición al campo —al paisaje y al hombre del campo—, esta vuelta al silencio y a los motivos humildes de la aldea, es como una epifanía de un alba de época que rectifica a lo ya remolido. Yo creo que lo sustancial del ambiente y del espíritu de las razas está en lo rural. La ciudad es una plagiadora descarada, constante, caprichosa, de modas y de gustos extraños. El campo es más conservador, no tiene tanta prisa, aunque a veces también plagia las maneras de la ciudad en ciertas características no fundamentales de la vida. Así y todo, a pesar de estas inocentes imitaciones, que tienen mucho de manía infantil, la solera moral no pierde su sabor secular. Siempre hay entresijos puros, intactos, medio dormidos en el siglo, caleros de espíritu y arcones de tradición, al amor de una montaña, al cantar de un río, en lo bermejo o moreno de una llanura. La ciudad, por fuerza inevitable de circunstancias económicas o de vanidades colectivas, llena el surco de su actividad o de sus deleites de híbridas semillas extranjeras. Sobre el sedimen-

to racial va echando cemento o pintura, brizna o humo, flor o lodo de costumbres extrañas. No puede sustraerse al aire que viene de lejos arrastrando sonidos nuevos, a veces incoherentes y ásperos. Puede decirse que la ciudad hoy tiene acentos, gustos, aborrecimientos, inclinaciones de todas las ciudades del mundo. De unas copia la arquitectura; de otras, el vestido; de otras, la canción; de otras, los modos externos del amor. Es una mezcolanza de imitaciones que va desvaneciendo las maneras y los gestos propios, la herencia, la personalidad... La aldea es más huraña, más recelosa, más enemiga de remudanzas. Ve pasar las cosas extrañas con curiosidad, con cierto asombro, y a veces con desdén. La ciudad modifica, amplía, constriñe, derrumba y construye para revestirse de tono de época, que es utilidad o estética. Su iniciativa tiene la raíz en el presente y las ramas en el porvenir. El pasado no influye en su sentido moral íntimo ni en las trazas de lo externo. Lo actual y lo futuro son las ruedas de su inteligencia, los vientos de su afán, los estímulos de su prosperidad. Y por eso se desvanece el recuerdo, lo peculiar etnológico, el carácter propio. Su espíritu es reflejo del alma de otras ciudades próximas o lejanas. La civilización ha conseguido ese intercambio permanente de conceptos, de fragores humanos, de costumbres, creando la semejanza rígida, fría.

La aldea, lo poco que reforma, es sólo por utilidad. No tiene idea de la estética artificiosa ni afición al adorno creado por los hombres. Se modifica por necesidad, exclusivamente. Su estética está en la Naturaleza, en los colores que la rodean, en los campos, en las riberas, en las montañas. Hace remiendos de prados, que es belleza utilitaria extendida en la belleza natural. Hace camberas, que son, ni más ni menos, que lindes bellas, oscuras, también utilitarias, entre dos extensiones verdes de paisaje. Hace mieses, que es el mismo valle o la misma ladera más suaves, más blandos, sin las encrespaduras de la maleza y de la piedra. Su estética nada más que está en lo natural del terreno, en los modismos, en las costumbres añosas, en el carácter. No tiene apetencia de artificios vanos. Lo espiritual se conserva inconscientemente, como el sarro en la campana de la chimenea o la mata de malvas que crece en un rincón del huerto. Puede más el antaño que lo actual; es más vigorosa la herencia ética, más firme el criterio formado hace una centuria de años, que el estímulo de juicios y ejemplos presentes. Lo que es útil se adapta lentamente, con cautelosa precaución, muy despacio, como tanteando el terreno desconocido. Desde que se ensaya hasta que se consolida pasan muchos años, lo que tarda un roble en hacerse alto y robusto. Y como el criterio de lo útil no tiene más seno que lo material, he aquí que lo único que se reforma es la herramienta, lo que quita fatiga al trabajo, lo que aumenta el producto, lo que



favorece el esfuerzo, lo que beneficia la economía. A las cosas del espíritu no se las considera utilitarias. El pasatiempo, las expansiones del carácter, lo moral, no producen utilidad. Todo lo que no cae en la alforja o hace dar vueltas a la rueda del molino, no es útil. Es útil un herrero; pero no es útil un sabio que pasea por la carretera o por la mies, meditabundo. (Los artistas y los intelectuales que tienen que vivir en los pueblos paladean insistentemente grandes amarguras, por esa idea egoísta que la gente tiene de lo fecundo y de lo estéril). Es útil un segador y no es útil un poeta. Es útil un pajar y no es útil el rostro tallado en el respaldo de un banco. Es más útil un buey, un asno, un mastín, que un biólogo, un pintor, un novelista. «Vale más mujer fea con caudales que mujer hermosa sin cien reales». (Bien es cierto que algo de todas estas cosas también ocurre en la ciudad). Se supe-dita el placer de la abundancia al placer del amor, del afecto, de las sensaciones del alma y del entendimiento. Puesto que lo único que en el campo admite reformas es lo que engendra consecuencias útiles, y lo espiritual no se considera como utilitario, he aquí la rara permanencia de lo puro en el temperamento, en la costumbre, en el cantar, en el juego, en el refrán, en la filosofía, en las creencias de las aldeas sin fábricas ni minas ni estación de ferrocarril ni caminos reales. Por eso digo yo que lo sustancial —bueno y malo— del ambiente y del espíritu de las razas hay que buscarlo en lo rural o en las ciudades pequeñas, silenciosas, que parecen aldeas grandes, con un gran templo, unos soldados, una ancha plaza empedrada...

A estos lugares peregrina ahora el arte en busca de esencias humanas representativas, que descubren caracteres de pueblos, pálpitos de casta, su bondad, su genio, su naturaleza moral, su gozo y su sufrimiento. Esos retablos de Francisco Galván, presentados en la Exposición del Círculo de Bellas Artes, y que con tanto calor elogia la crítica madrileña —que no suele ser la más sabia y certera, pero sí la más decisiva—, muestran el renacer de la inclinación artística hacia lo humano y natural del campo, hacia una verdad vieja y nueva, apacentada en recovecos, en cumbres y en hondones de la historia y de la geografía. Francisco Galván ha recorrido el país, cerrando los ojos ante lo barroco o escueto del artificio. Ha buscado la naturalidad y se ha tropezado muchas veces con ella en unas calles estrechas y señeras, en una mies, en un olivar, en un viñedo, en una fiesta campestre. El artista, auxiliándose de los cantos populares: las jotas, las soleares, las albaes, las serranillas, las alboradas, los zortzicos, plasma en sus bellos retablos —poesía sacada de la verdad de los hechos— espíritu de pueblos españoles, alma de tipos que rezan, mendigan, aran, hidalguean, estudian. Arte representativo de las diversas comarcas, de lo clásico de su carácter y de lo típico de su paisaje, los dos elementos que dan el distintivo del hombre y del terreno.



Sin más inquietudes que las que lleva al ánimo aquella sencillez natural, ha recogido el ambiente y el alma de lo español, esparcido en las montañas y en las llanuras con el ritmo antiguo de sus norias o la marcha enfadada o mansa de sus ríos...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 11-XI-1934.

#### 467.—ESBOZOS. EL SABER DE LOS PUEBLOS

Siempre el tópico necio de la negativa, saltando en nuestros meridianos etnográficos, como un pájaro en los paralelos bíblicos de los surcos. Aquí no había nada de calidad. Lo popular de los valles estaba hueco y seco. Nimiedades de pueblos sin trascendencia artística. Insignificancia de costumbres esparcidas en las aldeas como flor y cardo de rastrojo, como hojas de mayue-tas silvestres en los rincones húmedos del monte. La negativa se dilataba constantemente cuando ciertos intelectuales se referían a lo abrupto y marino de nuestra geografía. Aquí no existía huella del profundo y sencillo saber popular, que es sendimento de historia y característica de temperamento regional. Yo leía hace unos momentos la copia de una carta que en el mes de las nueces de hace cuarenta y cinco años dirigía un intelectual montañés a un escritor de Cataluña. Uno tiembla ante estas letras que apedrean nuestro paisaje estético-moral. «Esto es un páramo reseco, sin una espiga de saber antiguo. Por aquí parece que ha pasado un terrible vendaval, que se ha llevado todo lo que usted deseaba conocer. Una docena de refranes sin médula filosófica, cuatro cuentos de brujas feas que hacen portal de la chimenea y senderos de los aires, unos marineros borrachos, unos labradores inconscientes y medrosos, unos hidalgos misántropos, al amor de la lumbre, sucios, incultos, orgullosos, que viven miserablemente con unos celemines de maíz, unas ovejas, unas aves de corral, unas legumbres, unas manzanas». En estas líneas se concreta el concepto que merecía hace cuarenta años el acervo del saber popular de la Montaña: lo fantástico trivial de los cuatro cuentos de las brujas, el vicio antiguo de los marineros y la miseria de los hidalgos. Magnífico abolengo para andar por el mundo de los libros. La creencia se extendió como niebla, como sonos primarios de cuerno de bárbaro tocado en una cumbre, como una enorme carcajada de mito travieso saliendo de una gruta desconocida. Abundancia de escajos, de acebos, de zorros, de

regatos que cuando se secan en el estío se convierten en atajos de caminantes. Chozas montesinas con el techo de bálagos, tarugos ruidosos en la piedra de los senderos, humos de yesca rubia, borona, carros que cantan según van rodando, jaranas en las noches de los molinos mientras se espera la vez de la molienda, mayorazgos enamoradizos, mozas forzudas, señores de media capa bisunta, sacristanes que hurtaban el aceite y echaban la culpa a las lechuzas, aparceros supersticiosos, con un signo eterno de recelo en el carácter, siempre con ganas de pleitos por una brizna, por una simiente, por una uña de cordera. El defecto como única expansión de los hombres que nacían, vivían y morían sin salir de su ambiente. Tumultos de defectos como rumor peculiar.

Para ése y para otros muchos intelectuales de aquella época —y de otras más recientes— lo pintoresco puro, suave, bello, no existía. Pretender encontrarlo era lo mismo que pretender dar con un cuervo rojo, una trucha negra, un lobo blanco. No existía esa tradición cordial y mansa, poética y ejemplar, dulce y amena, que es el verdadero recato y la vereda blanda en lo deshonesto y áspero de la Historia. Lo típico no tenía importancia para los devaneos de la literatura limpia, realista, copiadora de ambiente y de actitudes sugestivas. Todo era feo y mezquino de arte. La solera era agria y pequeña, como un cuenco. Nada más que trascendía el paisaje, los campanarios, las mieses, los muros viejos de una arquitectura en desuso, abrumada de siglos y de agravios humanos y atmosféricos. Desdén sin conocer la forma y el sabor de las cosas. Crítica sin conocimiento de la cualidad, sin desmenuzar el paraje, sin un estudio lento y cuidadoso de la obra, del color, de las personas que allí se mueven en fiesta o en trabajo. Las apreciaciones están llenas de estos pecados tan repetidos y abundantes en todo género de crítica. Fundamento del juicio en lo que uno piensa y no en lo objetivo del panorama, de la escena, de las palabras. El juicio yerra cuando su lente no ha visto el origen y las consecuencias. La crítica no es producto de instinto, es efecto de conocimiento, de familiaridad con lo que va a ser juzgado, de tino en el decir. Este vicio de hablar de lo desconocido como si no hubiéramos compenetrado con su esencia, con sus recovecos, con su superficie, es la mancha más vieja y más joven de lo intelectual ficticio. Aún existe la creencia secular de que la osadía es el mejor sistema para encumbrarse. Tal condición cuando no va acompañada de un abundante viático de conocimientos termina en un abismo de vergüenza. Sucede lo mismo que con el embustero, con el temerario, con el hipócrita. Un día llega la verdad con su cayado de oro y golpea con una ira justa, semejante a la de un hombre bueno y resignado que se cansa de tanto ultraje. De la tierra montañesa se hablaba así, sin conocimiento, que es la raíz del juicio.

Lentamente se fue desvaneciendo el error. Otros hombres con normas más amorosas y más templadas fueron quitando aristas a la injusticia. El tópico comenzó a derruirse como un hastial viejo. Se abrió la puerta de lo desconocido y salió un aire de antigüedad, vivo y bueno en lo moderno. Fecundidad de costumbres, de sonidos, de arte en la madera, en la piedra, en el cuero; de poesía mitológica en los pueblos del valle, del monte, de la orilla del mar. Desde la ciudad no se oyen estos rumores ni se contempla el bello vestido de las costumbres. La ciudad es la peor atalaya para estas observaciones. No se puede percibir desde esta vertiente lo que sucede a la parte de allá de la cordillera. Y esto es lo que venía ocurriendo aquí: negar lo que había en lo hondo del pozo sin asomarse al brocal, negar lo que había en la cumbre sin llegar a ella, negar la existencia de la mina sin explorar la sierra. La negativa hacía juicio y creencia en los laboratorios intelectuales por esa manía torpe de hacer crítica de lo que conocemos superficialmente, de paso, sin detenernos con devoción, que es lo mismo que no saber nada. El conocimiento de las cosas no viene de referencias ligeras, de observaciones rápidas, de andanzas de viajero que va de prisa, deseando llegar a su negocio o a su descanso. Es efecto de lentitud metódica, de largo contacto con la realidad que nos aficiona, de detenimiento, de escudriño. Pasar por la vera de la gente no es conocerla. Es menester apaciguar la prisa de la curiosidad y apacientarla en el objetivo con una calma serena y fértil. Así es como se llega al redaño de las cualidades, a los repliegues del carácter de los pueblos. Observar el dejo de su lenguaje, los adornos de sus casas, sus mantenimientos clásicos, sus ocios, sus ademanes cuando están contentos o cuando están enfadados, lo trágico que tiene remedio y lo trágico irremediable. No preparar fiestas para estudiar sus danzas y sus canciones. Lo que se prepara para estos fines suele adolecer de artificio, pierde naturalidad, surge lo tímido, que es el peor estorbo de la desenvoltura típica. Es mejor ir allá sin decir a lo que se va y sorprender la vida natural, espontánea, sujeta a las normas de siempre. Aparentar indiferencia y sentir adentro muchos deseos de gustar modismos, trajines, sonos, costumbres. Ir al monte con el pastor y con el herbolario; acompañar al cosario de la comarca; platicar muchas veces con el herrero en su fragua; conversar con los viejos que se apoyan en sus cachavas; seguir la pequeña ruta del arado; cansarse uno en los repechos; dormir en las majadas en noches de calma y en noches de tempestad; resbalar en las vargas arcillosas; hacerse amigo de los niños que cantan conjuros para encontrar los nidos, para hacer las flautas, para librarse del mito malo que se esconde entre los maíces o en los bosques. Es la única manera de ahondar en el conocimiento de los pueblos, de llegar a la entraña de su leyenda, de su ética, de su arte. Esa primera publicación del

Centro de Estudios Montañeses («La escultura funeraria de la Montaña») demuestra lo fértil de esas visitas detenidas, atentas, fervorosas, buscando arte y espíritu de pueblos. Desde la ciudad no se puede hacer nada. Desde la ciudad no se pueden descubrir las riquezas morales y artísticas de los campos. Hay que ir por ahí. Hay que arañarse con las árgomas y beber de bruces en los arroyos y llenarse de polvo en las camberas y desgastar muchos tarugos y asubiarse debajo de las peñas o en un árbol hueco, negro por dentro de humo invernal de lumbre de vaqueros...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 18-XI-1934.

#### 468.—ESBOZOS. LA SOMBRA DE JUDAS

Una estampa de periódico que sirve de estímulo a sencillas meditaciones. En las líneas escuetas que explican la actitud de las dos personas de la estampa, ve uno el símbolo reducido de la desenvoltura del mundo en lo moral y en lo físico. Una enfermera está enseñando a andar a un hombre apoyado en unas muletas. La rabia de la revolución, brillando en un filo o rezongando en una bala, dejó tullido a este hombre, con un cabestrillo de inválido, una venda en la frente, una pierna cercenada. Y ahora está aprendiendo a andar en una sala amplia, con sus muletas, inclinado el busto, al amparo de una mujer vestida de blanco que sonríe dulce y amargamente, con una mezcla de consuelo y de pena. Esta fotografía abre de par en par la puerta íntima de todo lo que en el hombre es coraje, lástima, sentimiento, reproche. El tiempo nuevo y el tiempo por nacer escarabajean en el cerebro, despiertan la memoria (silo de sensaciones de días muertos) o forman pensamientos de más allá, en lo futuro, en otra era del mundo que sirva de linde entre dos civilizaciones: la una, la de hoy, material, glotona, viciosa, injusta; la otra, la del mañana, vitalizada de espíritu, suave, fina. En esa mujer y en ese inválido veo yo el pasado y lo actual del mundo. Y vislumbro, con mucha fe, una chispecita de porvenir, entre unas nieblas remotas, como si estuviera naciendo otra historia, como si se estuviera formando otro mundo en la lejanía del tiempo. El pasado es desvalido; el pasado tiene las piernas amputadas; no puede caminar con desembarazo por los campos del espíritu; no llega a terminar las leguas de su perfección. (Con el presente sucede lo

mismo). Me refiero al pasado de la gente agobiada de trajines y de necesidades, los trajines que no acallan ni vencen a las necesidades.

Este hombre encorvado, flaco, que mira al suelo con temor, como el que tiene miedo de caerse, falto de energía y de voluntad, me representa la ruta que queda atrás, el pasado remoto y el pasado reciente, el pretérito de las masas laboriosas y sencillas, sin las muletas de la justicia o de la misericordia, que más que amor al prójimo y flor de adentro, es temor al enfado de Dios, a su castigo, a sus lumbres. Gente que nunca aprende a andar, que tiene de la vida un triste concepto de tambaleo, que no la enseñan a caminar con firmeza, sin mirar al suelo con temor, pretendiendo tentar el aire, que es lo mismo que buscar el apoyo de la sombra, del espacio, de la nada. En esto radica la desgracia más honda y más larga del mundo, el eterno veneno que los hombres felices, afortunados por suerte de sino o por suerte de casta, van echando en las arterias, espirituales de los débiles de los que sientes pesadillas y fiebres de miseria, de los que siempre se encuentran con recodos ásperos, con formas frías y descorteses del lenguaje, con gestos de indiferencia que caen el alma como si las palabras y las miradas lanzaran ventiscas, nubes violentas de polvo, navajas, puñados de nieve y de barro. A esta gente nada más que se la ha enseñado a caer, a sufrir impertinencias del dolor, de la tristeza, de las preocupaciones de pan y de techo, que son las más terribles, de esos humildes que se quedan casi siempre en eso, en deseos ceñidos de privaciones. Consejos constantes de resignación, de templanza, de obediencia. Superabundancia de máximas morales que están mal avenidas con la realidad deplorable del hombre que vive en perpetua incertidumbre, transido de tanto esperar su sosiego, sacando del troje de su imaginación recuerdos de llanto, de amenaza, de tragedia íntima, silenciosa, que dejó sarro de sufrimiento y hojas de las ramitas cortadas de la esperanza en el suelo y en el cielo de la conciencia. A este núcleo del mundo no se le ha enseñado a andar. Por eso se ha caído muchas veces con estruendo y grito, levantando polvo dramático que se pega a la historia como musgo rojo, húmedo, como cuajarón de heridas anchas y hondas en el pecho y en las sienas de las épocas. El estorbo, levantándose erizado en todos los caminos. Estorbos en las rectas de las vocaciones, en las ansias buenas de la juventud, en la calzada de la vejez, en los propósitos de la inteligencia, en la desenvoltura de la idea y de la voluntad. No poder ser lo que uno quiere ser, renunciar a esa inclinación de letras, de arte, de ciencia que se hace en nosotros resquemor y tormento de amor malogrado.

A la pobre gente nada más que se la ha enseñado a entumecer sus deseos, a rumiar piedra de renunciación, a desbaratar sus inclinaciones, a envidiar, a tener fe en lo supraterrrenal, a odiar al mundo como se odia a un



enemigo cruel, a recogerse en su ignorancia, a protestar estérilmente, como protestaría un cordero de los mordiscos del lobo. (El mundo es la sombra del Judas miserable, egoísta, falso, por encima de la sombra de Cristo). A la pobre gente no se la ha enseñado a andar por kilómetros suaves hacia su bienestar y su aseo moral, que son los dos únicos principios de paz. Siempre entre unas dificultades aglomeradas en el ambiente, esparcidas en la marcha como colinas de roca, de vertientes verticales, como ríos anchos, revueltos, sin barca para pasar. La levadura de la existencia de estas muchedumbres es la dificultad, laberinto de dificultades, lo mismo que columnas de gran mezquita que desorientan y aturden. La dificultad es la madre arisca del enfado. Cuando el enfado salta a la vida exterior, corriendo por el mundo, en el acervo de la historia van cayendo estrépitos, las llamas, los truenos, los relámpagos, las centellas que hacen los hombres con la química y con la mecánica. Y todo es por eso, porque no se les ha enseñado a andar. Porque nada más que se les ha enseñado a caer, a traquetear en la vida, a bambolearse entre una orilla de incultura y otra de necesidad, las dos cicutas de los siglos, los manantiales de los enojos violentos, locos, irresponsables como una tempestad o una inundación. Faltan las muletas del amor, de la generosidad, del afecto, para que la gente humilde aprenda a caminar sin sobresalto, sin pena, sin morbos, en un paseo laborioso. Hacer de la vida eso, un paseo laborioso, no una cuesta de calvario; un tránsito fecundo y suave, no un desfiladero que va a parar a un abismo. No creo que la paz de los pueblos sea exclusivamente virtud de regímenes políticos y de formas de gobierno. Todo ello es cambio de postura en el mismo lecho si no acompaña la reforma interna del hombre. Creo que esa paz es consecuencia de conductas, de pulimento de caracteres particulares, de enseñar a andar a la gente con tranquilidad, desenvuelta, contenta, con muletas de justicia, de amor y de enseñanza. Que los mandamientos de las tablas de Moisés no sean derogados en la práctica. Que el principio religioso del creyente subsista lo mismo que en el rito, en la práctica. Que las fórmulas de las doctrinas sociales no se estrellen en un choque con el egoísmo tremendo del hombre, deshacedor de concordia, de justicia, de bondad. Ved vosotros de qué manera tan sencilla, tan sin filosofías sutiles, se puede enseñar a andar a la gente para que no levante, al caerse, nubes de polvo dramático, para que camine serena, sin odio, sin hambre, sin esa sombra del Judas miserable, egoísta, falso, por encima de la sombra de Cristo...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 27-XI-1934.



Eso de los fantasmas que ahora se desliza por los caminos universales de los periódicos, también se presta a unas sencillas meditaciones. Yo quiero hablaros de los fantasmas modernos, que son los legendarios, los de todos los tiempos, con vestidos nuevos. La maroma de las épocas que van naciendo tira de lo viejo, de lo viejo que es gozo de instinto, mito de ilusión, vicio, engaño, devaneo de gulas, manjar de deseos, vino rancio de placeres en cántaros recién cocidos. Por eso, por herencia de costumbres interiores, el fantasma de hoy jadea, corre, brinca, mete miedo lo mismo que el fantasma antiguo. La humanidad es un alma milenaria que echa en el tiempo siempre, siempre, el mismo calor y el mismo frío. Cambian las superficies de los caracteres, las fisonomías, pero el alma es la misma, la misma, eterna como el mar, con años en que predominan la calma, la serenidad, el recogimiento, con años en que predominan el ruido, la galerna, los malos vientos. Epocas que maduran cosechas morales, y épocas que no las dejan medrar. Epocas que crean y avivan fantasmas y épocas que pretenden deshacerlos. La razón va venciendo a los supersticiosos. La electricidad, la mecánica, el retumbo de lo nuevo, han podido con lo fuerte y extenso de la leyenda, con su aire de hadas, de dioses menores, de fantasmas blancos creadores de sobresaltos. Ceniza de una fe que ponía en la vida sustos, encogimientos, miedo, entre las sombras y los vientos runfadores de las noches. Miedo a las ruinas, a la tiniebla de los bosques, al fuego fatuo; miedo vencido por la persuasión de la inteligencia, que es la llamada a romper la roca, el leño, el hierro moral del tiempo humano. Cada traslación del mundo en la noria del espacio es como una molienda, como unas trituraciones de sedimentos supersticiosos. La química y la física se ríen de la alquimia como se reía un aeroplano de un Clavileño, y un trasatlántico de una carabela. Todo se ha ido deshaciendo con martilleos de ciencias. La letra fue borrando sombras seculares. El fantasma sobrenatural murió en la luz. La superstición va quedando atrás en la noche y penumbra de historia, como signo muerto de generaciones...

Pero perviven otros fantasmas que vienen de lo antiguo. Fantasmas viejecitos, con rostros jóvenes, que son yedra y musgo de todos los años del mundo, milano o víbora de todas las épocas. Yo quiero aludir a estos fantasmas atávicos que asustan, humillan, acobardan y meten respeto a la buena gente. No se cree en el fantasma del cuento rural, en el fantasma de las narraciones del invierno, ante la fogata, saliendo de las ruinas de los palacios, de los molinos solitarios sin ruedas ni techo, de lo tenebroso del monte o de la orilla del mar en alboroto. Se cree en otros fantasmas que corren

incansables perpetuamente. Unos halagan, otros amenazan, otros nos hacen sentir reverencia y respeto. El prejuicio, por ejemplo, es el fantasma universal de hoy, de siempre, de todos los climas sociales. El fantasma terrible del prejuicio que atraviesa el mundo desde lo remoto hasta lo actual. Temer al prejuicio es lo mismo que temer a un fantasma de cuento de cocina campesina. Creer en la apariencia es creer en otro fantasma. He aquí las dos formas errantes que atemorizan, sobresaltan y engañan a la gente. La superstición de ayer tenía su desasosiego en la sobrenatural. La superstición de hoy tiene su inquietud aquí, en lo humano. Unos hombres son fantasmas de los otros. Allí está hablando un señor. Su lenguaje es el vestido de una utopía muy alagadora. La gente le escucha conmovida, apretada, en silencio. Es rico y combate a la riqueza, es soberbio y elogia a la humildad, paladea gulas y censura a los sibaritas, es miserable y habla mal de los tacaños. La gente cree, se enardece, hace ruido de salvas, que muchas veces son elogio inconsciente a la picardía del orador, a lo ficticio de su emoción y de su sinceridad, a lo falto de su sentimiento. La pobre gente, entonces, está creyendo en un fantasma. El miedo al mundo, a su murmuración, a sus criterios, es otro fantasma que nos hace andar con cautela, en larga zozobra, con una despreocupación fingida, externa, que es inquietud adentro. En este caso, los hombres son fantasmas para nosotros. Pavor a sus palabras, a sus juicios, a sus gestos, a sus miradas. Multitud de fantasmas en nuestra imaginación: «Si digo esto, me van a censurar. Si hago esto otro, la crítica dañina me va a perjudicar. Si me muestro muy contento, la murmuración no acabará de destejer en mi conducta. Si muestro mi alegría, sucederá lo mismo». Siempre con estos fantasmas que acobardan el ánimo. Matan la sinceridad, ponen candados a las verdades del carácter. Allí está otro señor que gesticula, vocea, domina con su desenfado y su vanidad. Empieza a tragar con los codos y se abre paso por entre la multitud buena y tímida. Este señor tiene en los codos el talento, la sabiduría, la perspicacia. En los codos está su inteligencia y su ingenio. La gente se aparta y le deja pasar. Y llega a la colina de su propósito haciéndose temer, con descaro de modos, impasible, sin perplejidad, riéndose del mundo que no se atreve a pararle, que le deja correr y subir. Este señor es otro fantasma que mandará, se hará respetar, dominará temperamentos...

El miedo a decir la verdad, a arrancar la careta cínica del necio, del embustero, del hipócrita relapso, típico, del inmoral, del falso, es otro fantasma que se filtra por el muro débil de la carne hasta la celda de la conciencia. Es fantasma el temor a lo que el prójimo pueda decir o pueda pensar de nuestra conducta, de nuestras inclinaciones, de nuestra actitud en circunstancias extraordinarias, decisivas. Juicios, ironías, miradas, gestos, adje-

tivos que imponen miedo tonto de fantasmas clásicos de leyenda, esperando en un recodo, saliendo de un bosque, corriendo por una calle señera y oscura. Es fantasma el prestigio del petulante de buena traza, hilvanador de tópicos, de voz sonora, afectada, que amedrenta con palabras, con manotazos, con miradas fijas, insistentes. Su figura y su voz siembran respeto temeroso, cobardía, sensaciones zanguangas en hombres simples que no se atreven a erguirse, que dejan hacer, que conocen y sufren las consecuencias de la mentira y la dejan rodar, aguantando, medrosos, quejándose en lo íntimo. El fantasma de la política es el cacique, que siembra miedo, con sonrisas, en los campos y en las ciudades. Más fantasmas sigilosos, atrevidos, cautos, desvergonzados, deslizándose con prisa o con técnica de lentitud socarrona por entre la bulla o el silencio de los hombres. Aquel fanfarrón es un fantasma al que no nos atrevemos a mirar ni cuando sonríe ni cuando jura. Un ímpetu nuestro, a lo mejor, bastaría para deshacer su crudeza exterior, falsa, pero nos apartamos como de un fantasma que brama, grita o levanta un viento frío en nuestro camino. Aquel sabio inédito que dicen que hace mucho y no hace nada, serio, distraído, raro en el vestir, también es un fantasma. Nadie se atreve a decir que este sabio no es sabio, que ese valiente es cobarde, que aquel apóstol es un pícaro, que ese humilde es soberbio, que este virtuoso es un pecador, que aquel honrado es un ladrón. Es decir, nadie se atreve, por miedo o por excesiva bondad, a deshacer fantasmas. La inteligencia, la cultura, el acopio de letras destruyeron la creencia en el fantasma sobrenatural. La verdad, el decoro moral, la valentía del espíritu tienen que desvanecer la influencia de esos otros fantasmas que traen al mundo encogido, débil, acobardado, regido por sombras en muchos aspectos fundamentales. La física y la química se ríen del viejo concepto de la alquimia bruja. Un niño de hoy se ríe del espectro a quien temía el hombre de ayer. La sinceridad y el juicio tienen que comenzar a reírse de estos fantasmas de presunción, de apariencias, de embeleco. Cuando resuene la primera carcajada del mundo empezará a salvarse, que es creer nada más que en la verdad...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 2-XII-1934.

*Una anciana de un pueblo inglés ha sido condenada a morir en la horca por haber envenenado, por piedad, a un hijo suyo imbécil.—Los periódicos.*

A mí no me extraña que una pobre madre haga eso. El amor materno es lo divino en lo terrenal, aunque peque. Da sensación de mancha viva y pura de sol extendida en el inmenso estercolero del mundo. Si hace falta desgarrar su paz, se desgarrá. Si es menester pasar días de vergüenza, se sufre este oprobio que es contento en lo interior si se salva el hijo. Si hace falta humillarse, la madre, aun la más altanera y orgullosa, se humilla, y entonces más que una mujer, más que una figura humana, parece un gran dolor arrodillado con las siete cruces de los siete puñales. A mí no me extraña que una madre dolorida y vieja haga eso. Son muchas las viejecitas que se marchan del mundo con la terrible pena de dejar aquí a hijos viciosos, anormales, propicios al mal, a la actitud burlesca de los hombres, a la rechifla, al maltrato. De buena gana se los llevarían con ellas. Así cerrarían sus ojos sin esa postrera meditación que se enlaza con la agonía como un crepúsculo triste en la noche. Dejar en el mundo a un hijo bobo, desamparado, es morir pensando en que dejamos en la vida a un pedacito de entraña nuestra, condenado a ser «cosa» de las burlas, de los golpes, de las bromas crueles. Un tonto es estímulo ambulante de risa y de jarana. El niño le tira piedras, le persigue, le acecha. El hombre le detiene, le exige esas «gracias» lamentables, trágicas, esas «gracias» inconscientemente groseras de los imbeciles, que forman tropel de zanguangos y arma alborotos de risas en las plazas, en los zocos, en las tabernas. El mozo le enseña malicias, palabras abominables, ademanes deshonestos. Aquí le embriagan y allí le aturden a pescozones.

No hay andanzas más dramáticas tras de un pobre tonto desvalido, corrutón de pueblos y de campos, juguete de muchachos y de hombres, regocijo morboso de las fiestas, siervo de todas las casas, alivio de hastío, cuévano de todas las cargas, espinazo de todos los coloños y balumbas. Un tonto en un pueblo es como un almirez donde todos machacan, como una campana apedreada, como un acerico donde todos clavan alfileres. El tonto es lo mismo que un árbol en el que se juega a la flecha, a la honda, a la navaja. En los trajines de los juegos, el tonto ocupa un lugar bien definido entre el hombre y el asno. Se aprovecha su vigor y su paciencia, se le carga, se le fatiga, se le amenaza con la vara. El tonto no dice nada. Parece que tiene

conciencia concreta de que ha nacido nada más que para arrastrar quimas, para mecer cunas, para cargar montones de cosechas, para limpiar albercas, para barrer establos, para ser compañero del caballo, del buey, del perro, como otros, más vivaces e inteligentes, parecen compañeros, del lobo, del raposo, de la rámila, en sus tratos con los demás hombres. Camino del molino con la talega de cuero, amarilla, repleta. Camino del monte con el hacha y el cordel. Siempre caminos largos, de cansancio, con prisas, con aguijoneo de palabras que sirve de disciplina y de amenaza. Su docilidad es una invitación al abuso. Su fuerza es otra invitación al descanso de los demás. Un tonto en un pueblo es lo mismo que un complemento del brío y de la eficacia de la yunta, del asno, de las mulas. Se le considera como a un animal doméstico, obediente, forzado, que tiene el privilegio de saber hablar, que gime de vez en cuando, que entiende la terminología de las labores agrícolas, que comprende las palabras que dan nombre a los aperos, que pone la misma cara para reír que para llorar, que en vez de hierba se alimenta con pan, con borona, con pulienta, con lo que comen las personas. Esta es la única diferencia entre el concepto acerca del imbécil y el concepto acerca de la bestia mansa, útil, trabajadora.

El tonto, de mandadero desinteresado de cosas que abruman las espaldas o escuecen los hombros. El tonto, llorando sin ganas de llorar porque le dicen que llore a cambio de una manzana, de un bruño agrio, de un puñado de nueces. El tonto, riendo estruendosamente, sin ganas de reír, porque le dicen que ría a cambio de un zoquete de pan, de un vaso de vino, de un pitillo, de cualquier futesa de taberna o de portal. El tonto, imitando mugidos, rebuznos, gritos de cárabo, visajes de tasugo en la trampa, ladridos de perdiguero impaciente, en una reunión de señoritos rurales, de labradores ociosos, de veraneantes que le hacen fotografías, de mozos que le hacen dar brincos y le emborrachan, de muchachas que van o vuelven con los cántaros rojos y le encuentran en el camino, placentero, sumiso. El tonto, en el pórtico, antes de los oficios, entre ruido de carcajadas, buscando la boina que le han escondido, diciendo a las mujeres las desvergüenzas y los requiebros verdes que le enseñan los muchachos, fumando un cigarro de polvo, pretendiendo encender una cerilla que ya no tiene fósforo. El tonto, buscando una aguja en el pajar hasta que se cansa la broma de tanto reír; imitando torpemente la voz y el ademán del misionero; preguntando a un pescador que si caza muchas liebres, y a un cazador que si pesca muchas truchas.

El tonto, el pobre tonto de los pueblos o el pobre tonto vagabundo, siervos de muchos hogares, siervos de caminos, de praderas, de mercados, de mieses. Aprovechamiento inicuo de su fuerza y de su docilidad. Explota-



ción de estas dos cualidades como se explota un carro, un trineo, un cuévano, una caldera. Zarandeo de muchos brazos juntos para sentir ese contento malo que nos produce el forcejeo inútil de la débil para librarse de nuestras bromas, del manteamiento, de la treta humorística que es gozo en quien la hace y dolor en quien la sufre. Los canes, los pájaros y los tontos son los blancos de las piedras en la paz aparente de lo rural. Divierte la sorpresa de un perro, de unos pájaros sobresaltados, de un tonto temeroso, mozo o viejo infeliz, que se asusta de los niños, como se asustan las vacas de los corzos que pasan corriendo. Son los tres elementos esenciales para el esparcimiento campestre de la travesura, del mal instinto. En el desenvolvimiento de las costumbres aldeanas, el tonto, el ave, el perro, son tres acicates de violencia, de persecución, de puntería. Siempre con el recelo tembloroso que crea el maltrato, el zumbido de la piedra, el runfar del palo... Por eso a mí no me extraña que una madre anciana y dolorida, cerca de la muerte, haya hecho eso. Sus imaginaciones acerca del futuro de su hijo estarían llenas de presentimientos dramáticos. Ella contemplaría muchas veces el agobio, la burla, el castigo bárbaro que se echa sobre estos infelices. Todo sería niños traviesos, hombres malos, dolor, afrenta, martirio, piedras, palos, engaños. Y se volvería loca pensando en que así libraba a su hijo de un gran peligro, de una zarpa, de un calvario largo, abrumador, intenso...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 9-XII-1934.

#### 471.—ESBOZOS. EL MONTE Y EL ESPIRITU

Hay mucha semejanza entre la educación y lo forestal, entre el monte y el espíritu. Un alma sin buenas y fuertes raíces de sensaciones, sin ventalle perpetuo de sentimientos, sin nidales de recatos y de dignidad, me parece a mí un monte sin árboles, sin sombras amables, sin el mantillo suave del bálago, sin el cantar del bosque. Almas que incendian todos los días leyes de ética. Almas que parecen tierra arriscada, maldito terrón áspero, cotera calva, rebujo de escajo, colina sin cimera forestal. Un monte desnudo es lo mismo que un espíritu sin amabilidad, pesimista, sin la vegetación íntima que airea los pensamientos, los propósitos, la voluntad. Sí, una estepa montesina es un retrato material —piedra, barda, carrasca— del desierto extendido en las almas.



Siempre que yo me encuentro con un espíritu así, pienso en un monte talado. Hombres sin las características esenciales de su paisaje moral. Animos abruptos, ideas estériles como lastras, propósitos rocosos. Temperamentos como fuerzas descarnadas, donde nada más que resuena el torrente enfadado, la piedra de avaricia, que baja dando tumbos, todo lo que es enano, revuelto, insignificante en la superficie, como el brezo, el escajo, la piedra...

Se llega a este desierto interno por caminos de infancia que no empieza a poblarse de esbozos eficaces del concepto del beber, de la utilidad justa, del uso y de la extensión de los bienes comunes. El niño empieza a destrozar ramas. Es el agraz del delito, la fuente que luego es arroyo, la chispa que más tarde es incendio, la uña que se va haciendo garra. El niño empieza a crecer entre retumbos del hacha en los troncos y resplandores de incendio ancho, presuroso, que inunda de corriente roja toda la vertiente. Es como una cualidad natural del carácter que da el ambiente, sin trascendencia ni remordimiento en su criterio del hombre, de la bestia, del ruido, del bosque. El niño incendia y trajina en los matorrales de arbustos, unas veces por entretenimiento, otras veces por hastío de pastoreo, monótono, sin remudanzas, que busca una sensación nueva, extraordinaria en lo rojo de lumbre. No sabe nada del delito, de la responsabilidad, de los destrozos, de los peligros de esa corriente de fuego. No han comenzado a poblar su ánimo de semilla cívica, busca en el fuego un pasatiempo, nada más que un instantáneo deleite, como cuando echa a rodar una piedra o labra una letra en la corteza de un abedul o se entretiene con el eco de su voz resonando en el callejo natural de las hoces. Brinco en el ocio, en el aburrimiento, en las horas de paz, mientras rumian las ovejas y lanzas los campanos las notas de todos los días. No existe conciencia del daño, de los efectos, del límite lejano que puede alcanzar la lumbre en su prisa por las laderas. La causa no hay que buscarla en la maldad. Es como un ansia hereditaria de romper monotonías tirando piedras al pozo pacífico del río o viendo cómo corre el lombillo de lumbre segado por el dale del viento. El niño encuentra en estas cosas el recreo de su hastío, no el gozo de su pecado, ni el regusto de una venganza.

Después, el entretenimiento se convierte en vicio, como todas las malas costumbres que no se detienen en la iniciación. Ya hombre, en vez de destrozar quimas, destroza árboles. El juego, la curiosidad, el pasatiempo, se convierte en egoísmo arbitrario. El niño corre, llora, grita espantado detrás de sus reses cuando ve avanzar a aquella línea encarnada que trisca, jadea y revuela. Su instinto empieza a presentir los grandes peligros de aquella fogata que ya es hoguera errante por el monte arriba, por el monte abajo. Ve su capricho, su juego, convertido en una inundación de lumbre, que es casi

lo mismo que sentir deseos de fiesta y ver a esos deseos detenidos bruscamente en una desgracia. Entonces las consecuencias obedecen a un respingo inocente de la ignorancia, no a un propósito reprobable. El crecimiento deja atrás a esa inocencia. Y en el mismo escamillo de la inocencia muerta se forma el propósito reprobable. Ya se empieza a ser hombre, y la costumbre se viste de avaricia o de maldad. No le han enseñado a discernir entre el pequeño provecho pasajero, momentáneo y el provecho amplio, permanente, del futuro. Se pasa de la inocencia, de la curiosidad, del ansia de aliviar hastíos, a lo otro, a la falta meditada, al quebranto consciente y bárbaro. En la infancia se hartó de cortar ramas y ahora se harta de cortar árboles. No se ha sabido detener la costumbre, no se ha sabido abrir un surco ancho de educación entre lo que es fuego y lo que es vicio. Aquellas ramas son como materiales de ensayo para aprender a derrumbar troncos. No se le han enseñado a compenetrarse con la utilidad justa del monte. Se le ha dejado malgastar sin inculcarle criterios inalterables acerca del uso de la abundancia comunal, sin hacerle comprender que el abuso es un acercamiento a lo precario, lo mismo en el vicio, que en la energía, que en el trajín del hacha. Malgastar árboles es alejar al monte del pueblo, es ir a la ruina por caminos de abundancia mal administrada, es clamar por lo que antes rompimos. Entre las ramas del niño y los árboles del hombre tiene que rotularse una extensa y suave pradera de educación, con un tránsito donde la mente y la conciencia hagan su aprendizaje educativo...

Hay que emparejar las cosas. Buscar complementos que las hagan un poco más perfectas. La repoblación forestal tiene que ir acompañada de una repoblación incansable de caracteres desiertos. Paralelismo entre la repoblación del monte y la repoblación del espíritu. Un alma sin el roble del deber, sin el fresno de la conciencia, sin el abedul de la parquedad, continuará siendo amigo de los golpes furtivos del hacha, del crepiteo de los incendios, de todo lo que deja a la cordillera árida, rasa, desnuda, sin vestido de naturaleza amena y útil. Repoblación de sentimientos, de deberes, de conciencia extensa y firme. Que la conducta sea el amparo del monte. Que de la conciencia salgan brotes de arrepentimiento, de respeto, de afecto nuevo, sensible...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 16-XII-1934.

*El gobierno de El Salvador quiere implantar en el país el ahorro obligatorio.*—Los periódicos.

El ahorro, como virtud, tiene ya ensamblada mucha lírica. Su apología es uno de los infinitos motivos clásicos que más han recalentado el entendimiento de los poetas, la meditación del filósofo, los devaneos intelectuales de los economistas, hacedores de prosa y de aritmética. Virtud alabada en sonetos como un paisaje, como una excepcional suavidad de naturaleza exterior o de espíritu, como un gran amor o un gran heroísmo. La virtud del ahorro, su previsión, su sacrificio, su eficacia futura, tiene ya una antología abundante en todos los idiomas. Novelas hebreas, en las que el ahorro es el temple del alma, el nervio espiritual, el honor, la cualidad más sustanciosa de los personajes que en ellas se desenvuelven entre luces pequeñitas, puntiagudas, de candelabro y parábolas de Talmud. Endecasílabos sonoros, hechos, a lo mejor, por poetas que gastan numen y dinero —cuando lo tienen— sin tino, gozosamente, grabando en el ánimo esos otros versos sin líneas, que se llaman alegrías, penas vencidas, apetitos que se están saciando. En literatura, las paradojas se dan topazos como ovejas. Contradicción del pensamiento natural con el consejo de los renglones. Tímidos que elogian el valor, glotones que cantan la abstinencia, inmorales que meten grandes zurras a la embriaguez, a la basura que lanzan muchos pensamientos y muchos gestos; escépticos, tristes, envidiosos, que alaban la fe, la alegría, la satisfacción por el bien ajeno, que es una de las sensaciones más extrañas. Pródigos incorregibles que desgastan el ingenio encomiando al ahorro, antítesis de su temperamento, de su costumbre, de sus posibilidades y ejemplos...

Yo quiero hablar del vicio y del pecado del ahorro, que abunda más que esa virtud natural, discreta, justa, de la previsión. La práctica de una virtud deja de ser buena cuando empieza a menoscabar el sentimiento, la idea, la paz de los demás; cuando es consecuencia de cansancios, de humillaciones, de ruinas, de agobios ajenos. No es lo mismo la fe que el fanatismo. Entre la creencia y la superstición, entre el valor y la temeridad, entre lo sincero y lo insolente hay una extensa linde de frontera. La virtud se convierte en pecado, como la modestia pasa a ser vanidad cuando sentimos una excesiva complacencia con el elogio que hace la gente de nuestra conducta humilde. Es terrible la vanidad de la modestia, de todas las condiciones dóciles y suaves. La mayoría de los hombres que pasan por humildes no experimentan la templanza, el recato íntimo, de esa rara cualidad. Son carac-

teres hábiles, que saben disimular su orgullo, como finge un actor las penas, las iras, el amor, la incertidumbre, la avaricia, el desdén. Por eso hay que separar el concepto del previsor y el concepto del miserable, lo justo y lo excesivo, lo discreto y lo vicioso. Es virtud renunciar a muchos sabores inútiles, soportar deseos por perfección moral, quitar al capricho su manía, conservar lo que iba a desbaratarse en una apetencia que no es necesaria, en lo que no hace falta, en lo que es contraproducente para nuestra economía, para nuestra casa, para nuestro modo de vivir. Transponer este límite es pasar de lo prudente a lo vicioso. Todo lo exagerado es vicio. En literatura, es vicio el recargar las páginas con colores barrocos. En el decoro, es vicio el adorno excesivo. En lo religioso, es vicio la excesiva mortificación. En la política, es vicio el criterio fanático, que se convierte en intransigencia sistemática. En la cortesía, es vicio, defecto, tacha abultada, la amabilidad excesiva. Lo hosco es el vicio de la seriedad. En el ahorro, es vicio el renunciar a cosas necesarias por amontonar economía quieta, escondida, recelosa. Es fácil caer de una virtud en un pecado. Casi no existe el concepto puro, natural, bueno, del ahorro. Suele pasar por virtud lo que es pecado de avaricia. La mayoría de la gente no entiende como debe entenderse el estímulo de la previsión. Salta, con frecuencia, la frontera de esta virtud y empieza a caminar por campos y cuestas de egoísmo, que es el gran pecado típico del mundo, el cerrojo, la losa, lo que trae miseria, rabia, indocilidad. Así se forma riqueza recolmada o caudal relativo, que nada más que hace crear pobreza.

No es entender el ahorro apartar el espíritu de los entretenimientos honestos, que le enseñan a sentir ante unas páginas o ante un escenario. Sustraer de estas cosas al ánimo, es formar miseria, ruina, extenuación, dentro de él; ser pobre de intimidad moral, que es la más tremenda de las pobreza. No es comprender el ahorro negar auxilio al necesitado, escatimar el bienestar de la familia, el recreo del ánimo, los deleites sencillos, que son para el alma como aire y sol. No es cercenamiento de comodidad relativa ni peso que aniquile ciertos gozos imprescindibles ni vivir en lugares lóbregos, con apretujamiento, sin higiene, pudiendo habitar estancias amplias, cómodas, tranquilas. No es romper ciertas ansias inocentes de los hijos, limitar las buenas expansiones, renunciar a esos alivios de arte, de viaje, de espectáculo ameno y limpio, que enervan escozor de contrariedad, dolores de preocupación, punzadas de memorias amargas, acicate misterioso y duro de malos presentimientos. No es comprender el ahorro hacer maquila de molinero de todo lo que es natural en el recreo, en la subsistencia, en la afición. Esos estímulos insistentes al ahorro, reforzados con axiomas y moralejas clásicas, está aumentando, más que el número de los virtuosos, el número,

ya casi infinito, de los miserables. La insinuación quiere fomentar una virtud y extiende el pecado de la codicia mala en no pocos temperamentos. El ansia del premio al que más ahorre es, en muchas casas, privación abominable, sacrificio nocivo, esperanzas rotas de pobrecitos niños que sueñan con un sencillo deseo. Repercute en la calidad del alimento, en el vestido, en la educación, en las ilusiones. No se comprende bien el sentido limitado, racional, prudente, del consejo. En vez de virtud se crea egoísmo, tacañería, afán idólatra, que se ensancha con el crecimiento del pequeño caudal. Virtud del ahorro es atinada administración del resto de los ingresos y de la suma de las obligaciones y de las necesidades, no menoscabo de éstas. No es guardar los céntimos que nos pide un necesitado, ni disminuir la sustancia de la olla, ni fumar y beber a costa de los amigos, ni aburrirse los domingos, ni dejar crecer la barba y el pelo más de la cuenta por aumentar con unos céntimos la pila del caudal, ni quitar a los hijos y a la mujer esas alegrías cortas, sencillas, que son en la vida de los pobres como veranillos de San Martín...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 25-XII-1934.

#### 473.—ESBOZOS. EMBOQUES EJEMPLARES

*Hoy se celebra en Torrelavega el homenaje a don Darío Gutiérrez, patriarca de las boleras...*

Lanzar bien los buenos sentimientos es lo mismo que hacer emboques en la bolera. Es poseer tino en la intención, pulso en la conciencia, gracia moral en la palabra, rienda o desembarazo en la voluntad, según el momento y el ambiente. Sale el pensamiento rodando en el aire con la fuerza, el coraje, la elegancia, la técnica o la inconsciencia del temperamento. Unos se quedan atrás. La energía no puede con la distancia. Cae en arena estéril antes de llegar a la raya que ve el propósito a lo lejos, en uno de los muchos horizontes de la ilusión. Es el fracaso de una idea que es medula de nuestro vida interior, el fracaso de un deseo, de una inevitable tentación, de cualquiera de los esfuerzos buenos o abominables del hombre en el corro del mundo, donde el espectador contempla y se ríe. Otros pensamientos vigorosos, bien lanzados, con gracia en sus vueltas y en su dirección, pasan

sin tocar los objetivos, que son los bolos de sus ansias, de sus alivios, de su prosperidad, de su ambición. Es la falta de tino en la técnica para luchar con los estorbos erizados del ambiente; el aturdimiento, la mala suerte. Él puso fe y energía al lanzar el pensamiento. Salió bien, preciso, con arte. Pero no acertó al llegar allí, no dio donde tenía que dar. Sus objetivos permanecen inmóviles, impasibles, esperando. El espectador del corro polvoriento y duro del mundo sigue contemplando y también se ríe. Lo mismo da el fracaso por inexperiencia, por falta de atrevimiento y de vigor moral, por ignorancia, que el fracaso por mala suerte, por negligencia, por cualquiera de las circunstancias que desorientan, aturden, nublan o tuercen la línea por donde va el brío y la inteligencia. La gente se ríe de los fracasos sin meditar las causas. Lo mismo da el defecto que el exceso, el sabio que el ignorante, el cauteloso que el desordenado. La gente nada más que ve y analiza consecuencias. El efecto es el que hace sensación afligida o sensación risueña, chacota o lástima, carcajada o silencio sentimental. Importa el sonido, la melodía, el estrépito, el rumor, no el origen de estos acentos...

Otros pensamientos, bien concertados y dirigidos, son exactos en la distancia. Salen de la mente llenos de serenidad. Ruedan majestuosos, cautos, derechos, y llegan allí, a donde tienen que llegar, con justeza de dirección y de impulso, como midiendo el espacio, la velocidad, lo intenso o lo suave del ímpetu. Chocan con los objetivos y éstos se abaten vencidos, como los bolos que caen con un ruido jovial, con sonoridad de madera seca, bien labrada. El espectador aplaude el triunfo, como antes se rio del fracaso. Entre estas risas y estas palmas va andando el mundo entre estrellas, por su camino de noria silenciosa. La burla y la admiración son como el frío y el calor del clima espiritual, como las hojas secas y las hojas verdes de la naturaleza humana, como un espino y un laurel. En la naturaleza moral, la burla y la admiración son las dos estaciones sustanciales, las más intensas, las más largas. Esos pensamientos, bien concertados y dirigidos, se repiten con la misma serenidad. Ahora derriban los objetivos como se derriban dos bolos con su boina chiquitina de madera que ya tiene color de polvo. Después, en el segundo intento, se vencen más propósitos, que es lo mismo que ver caer a otros tantos bolos, entrechocando sus coronillas, saliendo de su ringlera, alborotadores, como niños que salen de la quietud y de la disciplina de la escuela y empiezan a correr por los campos, persiguiéndose, dando voces. Cada intento es una conquista. La suma de estos aciertos es la conquista definitiva. Se han ido acrecentando pedacitos de triunfo, que es lo mismo que ir sumando bolos en las diversas tiradas. Poco a poco, cada vez que la bola retornada del pensamiento da allí, la idea abate dificultades, como cuando se dejan atrás leguas y leguas para llegar a un sitio predilecto



de descanso o de trabajo. Otros pensamientos hacen emboques, que es lo mismo que resumir pasos, palabras, esfuerzos, ingenio, impaciencia. Un emboque es un atajo por el que se llega más pronto. Un emboque del pensamiento en el juego de la vida, en el inmenso corro de las disputas del mundo es vencer, persuadir, crear en un instante, con una sola obra, con un solo surco o aleteo del criterio. Un emboque es trasponer el obstáculo de un solo brinco, es maestría en la ruta, exactitud en la llegada, justeza en la técnica, perspicacia en la distancia y en el terreno. Unos hacen el prestigio lentamente, con paciencia, tanteando con minuciosidad, a fuerza de tirar bolos con el talento o con la virtud, sumando aciertos menudos, como el armador del corro suma los bolos que van cayendo. Ringleras de los sumandos de los aciertos que dan el prestigio definitivo. Sumandos de virtudes, de méritos morales, de buenas obras, de puntadas de talento, de actitudes edificantes. Otros logran el prestigio de una sola vez. Es que han hecho un magnífico emboque con la palabra, con la pluma, con la herramienta, con la conducta.

Un emboque es hacerse célebre con un solo libro, con un solo cuadro, con un discurso, con un solo rasgo del carácter en circunstancia oportuna. Todos vamos buscando el emboque: los artistas, los comerciantes, los políticos. El emboque es la obsesión permanente del hombre. Dar allí, en aquella sensibilidad, en aquella campana que avise al mundo, en aquel blanco raro, lejano, casi imperceptible. Una bolera me representa el panorama del mundo en todas las épocas viejas y nuevas. Incertidumbres, burlas, palmas, bolos que se caen y vuelven a levantarse como esperanzas y proyectos golpeados. El emboque como símbolo de suerte o de habilidad excepcional. En cualquier parte encuentra uno imágenes y movimientos que tienen gran semejanza con la desgracia o la felicidad del hombre, con lo favorable o lo adverso, con la constancia o el desvío de la actividad, de la intención, del tino, de la circunstancia, que es como tierra fértil o estéril, donde se secan o medran los pensamientos y las iniciativas. Ser zahorí de circunstancias es saber hacer emboques con el ingenio con la actitud, con la pasividad o con la diligencia. Una gran virtud, es hacer un emboque dentro de uno mismo, en el ánimo, donde ruedan las bolas de las sensaciones, incesantemente, llenas de tierra de mundo. Una gran sencillez espontánea, fina, justa, es otro emboque limpio, raro, perfecto. La bola rueda en el aire del espíritu, retorneada, describiendo su comba graciosa, alta, hasta caer en la conciencia. Vencer por virtud, por inteligencia, por humildad, por afecto, por energía, es hacer en la bolera de la historia unos emboques resonantes, ejemplares, inolvidables. Don Darío, el de la Bárcena de la Puente de San Miguel, tan campechano, tan sencillo, tan hidalgo por fuero de raza y de carácter, ha hecho muchos emboques

de éstos y de los otros, con bolas de madera pulida y con las bolas de los sentimientos, tan finas, tan torneadas, tan perfectas. Sus abarcas y su perro son como sandalias y bordón de un peregrino excepcional que va por los caminos allá adorando a las cumbres, a las mieses, al río de los campos natales, a la torre, al cayado, a los carros blancos con estadojos puntiagudos. Hace emboques constantes de amor a la tierra en la bolera, en la costumbre, en los feriales, en el paisaje...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 30-XII-1934.

#### 474.—ESBOZOS. SENSACIONES DE INFANCIA

Esta fiesta infantil llena el cuenco de la memoria de viejas remembranzas. Es lo mismo que si un aire repentino de pureza atravesara el arca del cerebro, donde tantas cosas impuras va echando el mundo con sus manos vengativas, viciosas, ladronas. El espíritu por caricia consoladora de recuerdo siente otra vez como el paso brincador de aquellas inocencias, en un momento de bondad casi extraña después de aquella frontera corta de infancia.

Una remembranza de lirios o de espinos infantiles es lo mismo que un pico de paloma intentando desbaratar el nido de unos cuervos; como un villancico de monjía pequeñita y humilde entre el estruendo de unas blasfemias; como un cantar de escuela entre los yunques, las máquinas, los cansancios y las penas de todos los días. Uno va recordando la impaciencia, la fe, el comienzo de aquella noche de Reyes peregrinos, la esperanza del amanecer. Toda la imaginación se iba poblando de personajes y cosas bíblicas, de ese pasaje de leyenda remota que se hace verdad en el pensamiento del niño. Uno va recordando circunstancias, rostros, ventanas, sonidos peculiares del ambiente antes de nuestros choques con la realidad, que es la maza que tritura leyenda y pureza. Se ven gestos, se oyen palabras, se perciben los rumores más insignificantes, perdidos ya, deshechos, de aquella mañanita fría; las personas que pasaban por delante de nuestra casa, cómo estaba el cielo, el monte, el mar, la sonrisa y la sorpresa fingida de los padres, el ruido que hacía aquel tamboril de aro verde, aquella trompeta larga que nos recordaba las de los guerreros de la Historia Sagrada ante las murallas de Jericó; aquellos caballos; aquellos corderos de barro pequeñitos como bellotas, como saltamontes de los prados en el tiempo del calor. Se experi-

menta la sensación de aquellas horas y parece que el espíritu vuelve a ser párvulo. Se siente la algazara secreta del ánimo, el contento, el contento, que es jugo del alma del niño, lo puro revolando pacífico y abstraído en su alegría en el aire que levantan las malas palabras, los malos ademanes, las iras, las desesperaciones de los hombres. El contento del niño me parece a mí un cántaro de agua cristalina derramándose en un pozo de agua turbia, inmóvil, sin el cantar errante de la corriente; unas gotas de miel cayendo en un vaso de zumo de cicuta; un poco de rocío secándose en un escajo; un arroyo claro que va cantando su romance por los campos allá hasta el mar, que refleja el alboroto, el enfado, la rabia, el cansancio, la mansedumbre del hombre...

Yo gusto de estos recuerdos inolvidables de la niñez, que es lo mismo que regustar sabores recién salidos del ánfora que tienen las madres en los labios. Tengo la manía de que recordar la infancia, sus momentos excepcionales, sus costumbres, sus rincones, sus correrías, es ir echando gotas de bondad en los pensamientos, haciéndolos más sencillos y más bellos. Estas remembranzas, a fuerza de repetirlas y de rezarlas, se hacen naturaleza en el alma, van rosigando barroquismo embarazoso de criterio, sedimentan afectos a lo humilde y a lo bueno, quitan aristas de malicia, le hacen a uno ver en los hijos a unos compañeros joviales. Yo recomendaría a los poetas, a los escritores, a los filósofos, que rezaran todas las noches las jaculatorias de las sensaciones de la infancia. La poesía tendrá más ternura y más verdad humana, la imagen saldría más espontánea y jugosa, los sentimientos serían más dulces y perdurables. Yo recomendaría a los padres una pausa diaria de meditación recordando las horas, las desobediencias, los conceptos embrionarios, el ingenio, el miedo, los alborozos, las dudas, las tristezas infantiles. Sería lo mismo que ablucionar el espíritu cansado con aguas de gracia, purificando la morada del pensamiento y del sentimiento. Recordar a menudo esos días es comprender mejor las inquietudes, las perezas, las impaciencias, los deseos y los aborrecimientos de los hijos. Es encontrar la brida, el consejo, el estímulo, la disciplina racional que detenga o avibe el carácter según sus defectos o sus virtudes iniciales. Las sensaciones que nosotros recordemos son las sensaciones que ahora están haciendo blandura o aspereza en el temperamento de nuestros hijos. El mejor padre no es el más enérgico ni el más suave. Es el que más certeramente sabe aplicar la experiencia del recuerdo infantil en las múltiples circunstancias; el que compenetra más profundamente las memorias de su niñez, de sus juegos, de sus deseos, de sus impaciencias con la realidad —dulce o amarga, atrevida o medrosa, ágil o apocada— de sus hijos. Por eso la afectuosa pedagogía de ahora encuentra un oriente exacto en experiencia concreta de hombres que siempre tienen

presente, en el procedimiento, en la reprensión, en el estímulo, la remembranza cernida y destilada de sus años niños. Un maestro de hoy me parece a mí un niño agudo, formal, cordialísimo, que enseña a unos amigos sin el enojo violento, sin la agresión clásica, sin concretarse a lo férreo e invariable del sistema que acrecentaba memorias y aniquilaba criterio y carácter en la noria vieja de la rutina.

Pensar con constancia en estas cosas desaparecidas es retornar del infierno al limbo, ser niños para los niños, buenos amigos de su agraz de preocupación, de su curiosidad, de su contento. Y enemigos de todo lo que les aflige estérilmente, de todo lo que estropea su alma por contacto prematuro con la desilusión, con los malos aires y las malas voces del ambiente. Es recuperar bienes perdidos en los caminos del amor, del vicio, del pecado, de la mentira, de la vicisitud amarga. Es tener cerca una palmera, una fuente, un salterio. Es el regreso a la paz de la conciencia, al gusto del pan de la tarde, al sabor de los besos de la mañana al despertar. Poco a poco, con la práctica de estos recuerdos, la costumbre se hace ley bondadosa y pacífica dentro del carácter. Se raspa recelo, se atenúan rebeldías, se truncan esas exageradas pirámides de ambición, de orgullo, de vanidad, que se levantan en casi todos los temperamentos. Se hace más honesta la actitud, más dócil la palabra, más suave la idea. La nostalgia de lo infantil, mi manía, mi rezo, mi versículo, influye poderosamente en la inteligencia, en el criterio, en el espíritu. Parece una advertencia del cielo en la proximidad de la sima de un peligro. Infantilizar el alma es crear felicidad subjetiva, silenciosa, siempre hilando copos blancos, siempre sintiendo romances de paz. Hacer mística de las memorias de la niñez es tener en la vida como un aro de buenas sensaciones, una peonza de sentimientos dulces siempre dando vueltas, unas campanillas de deleites íntimos, una trompeta que lanza sonos de sencillez y de curiosidad amable. Es lo mismo que salir de las manos crueles de un malvado y sentarse a descansar, a consolarse, en las rodillas de un patriarca...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 9-I-1935.

#### 475.—ESBOZOS. LO POLITICO Y LO MORAL

Sus palabras son como chasquidos de nervios, como acentos de órgano, como voces de profeta. Está sentado en un sillón ancho, con una manta en

las piernas, contemplando inmóvil, como dormido, las colinas, los barcos, los pedacitos de ribera marina que ha pintado en la cuartilla, entre los renglones derechos, que son las singladuras de su sentimiento y de su ingenio.

Yo le veo ante su mesa, cerca de los cristales, en los que hacen sombra unas ramas verdes de laurel. Está acabando el bauprés de un bergantín, entre los negros paralelos de los renglones, que determinan latitudes de arte, de filosofía, de historia, de costumbres. Después, sigue escribiendo.

La cuartilla, con sus borrones y sus figuras de navíos, de cobertizos, de torrecillas isleñas, parece el entretenimiento de un colegial...

...Y en el orden político la confusión no es menor. Hemos luchado por las libertades, conquistadas al fin con mil sacrificios. ¿Estamos contentos? No. Con tantas franquicias vivimos como antes, rodeados de injusticias, de desigualdades, de monstruosas aberraciones del sentido moral. Aún hay cándidos que todo lo esperan de la forma de Gobierno. Fanáticos de la monarquía, creen que la República trae todos los males. Republicanos furibundos ven en la forma monárquica el origen de cuantas desdichas afligen a la humanidad. Unos y otros padecen lamentable ceguera, y no ven que la forma de Gobierno no resuelve nada. Inglaterra, con su monarquía y su aristocracia y sus prácticas añejas, es la mejor de las Repúblicas. Francia es una monarquía enmascarada con formas burguesas y democráticas. Todo allí respira monarquía. Gobierno de unos pocos, despotismo hipócrita, centralización como en tiempos de Luis Felipe, caciquismo como en tiempo del imperio. En Inglaterra la ficción monárquica es de tal calidad, que la nación existe y se gobierna y es dueña de todos sus actos. En Francia, la ficción republicana es tan burda que no puede engañar más que a los que se pagan de palabras rimbombantes, de trapos tricolores, de farsas inventadas por el chauvinismo.

¡Desdichada raza aquella en que si la monarquía es mala, la República es peor, que por perderlo todo ha perdido hasta la confianza en las revoluciones, pues la experiencia le dice que éstas no son más que cambios de postura, que sólo dan pasajero consuelo al enfermo!

(El maestro está pesimista. Dice que el pesimismo suele ser el resultado de la mejor lucidez del entendimiento. Es verdad que cuando se ve el aspecto obscuro de las cosas, es que nuestros ojos están llenos de claridad. El maestro detiene su pluma en el camino de letras, y comienza a pintar debajo la amura de una fragata. Después sigue escribiendo...).

...y si del orden político pasamos al moral, nos encontramos en un mar insondable de confusiones. El concepto del bien y del mal está sujeto a mil contingencias, y aun al caprichoso vaivén de las modas. (Gran verdad,

maestro, gran verdad, que la elasticidad de la ley moral ha llegado a ser tanta, que los juicios y las opiniones sobre los actos humanos varían de un modo radical según los casos). Acciones hay que se tienen por vituperables en las clases bajas de la sociedad y son toleradas en las altas. Lo que nos escandaliza en los pueblos pequeños, nos parece natural y corriente en las grandes poblaciones. Virtudes que enaltecen a la mujer deprimen al hombre, pues las costumbres han creado una moral para cada sexo. (Otra gran verdad, maestro; la castidad, el valor, la prudencia son o dejan de ser atributos del ser privilegiado, según la ocasión, el lugar y la clase social a que se pertenece). Hasta el traje que se viste influye poderosamente en la moral y se relaciona con nuestros actos de un modo fatal.

Constantemente, y sin daros cuenta de ello, consumáis actos que os indignarían si los observarais en el criado que os sirve. De los diez preceptos consignados en las famosas tablas de Moisés (en aquel código que parece ser la base de la sociedad humana) algunos están en desuso, y sólo se cumplen de una manera hipócrita; otros hallanse absolutamente derogados de la práctica. Los principios religiosos subsisten más en lo que atañe a exterioridades y signos categóricos, que en la conducta. Más escándalo causa entre la mayoría de las gentes una transgresión del formulismo religioso, que una violación de los verdaderos principios morales...

(El maestro detiene de nuevo la marcha ligera de su pluma y sigue pintando la amura fina de la nave. No sé si busca descanso o meditación. Acaba la amura y empieza un trinquete con sus gavias. Después continúa su camino de letras por el papel allá, como una ruta de sentimiento en un buen mar, pacífico, de imaginación).

...el convencionalismo reina en todo, y vivimos bajo el imperio de multitud de ficciones que hemos ido creando conforme a las necesidades, tratando de buscar una componenda entre nuestros gustos y caprichos y la letra de la ley. Los filósofos han llenado el mundo de reglas de conducta, pretendiendo que sustituyeran al canon religioso. Algunos de ellos, dándose aires de redentores, las han practicado con laudable constancia, pero no han conseguido más que discípulos teóricos. Todo el régimen de conducta predicado por los filósofos no sale de las aulas donde se le estudia y comenta. Los pocos que han intentado convertirlo en costumbres prácticas, se han puesto en ridículo. No hay en la vida prosélitos para las escuelas filosóficas, que se suceden como las modas, y como las modas pasan.

La moral está, pues, en el aire. Carcomida la base, no hemos podido crearle un nuevo cimiento. Casi puede decirse, aunque el decirlo duela, que cuando somos buenos, lo somos por rutina, a veces por conveniencia, pues la maldad suele desentonar, y nos perturba en nuestras relaciones con los



seres más próximos. La educación, la forma social, lo que llamamos decencia —concepto no bien definido aún—, suple las más de las veces a la moral. El mundo se gobierna casi exclusivamente por una ley misteriosa, amalgama del decoro, del bien parecer y del mutuo respeto. ¿No advertís en nuestra pobre humanidad un desasosiego alarmante? ¿Es el desencanto político, seguido del desencanto social? Se consiguen las libertades y los pueblos no son felices, ni sus sociedades adquieren asiento y robustez. La crítica lo mata todo. El egoísmo es un puñal que todo lo desgarrar...

Yo acabo de leer, cerca de «San Quintín», estos retazos de las ideas de don Benito Pérez Galdós. Sus voces escritas me parecen chasquidos de nervios, acentos de órgano, palabras de profeta afable y humilde. Los barcos pasan tambaleándose como beodos de mar y de viento. La arena de allá abajo está tersa y fría, sin el alborozo desnudo del estío...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 13-I-1935.

#### 476.—ESBOZOS. LAS CUATRO MURALLAS

*Es aterradora la estadística de jóvenes que se encuentran sin ocupación.*—Los periódicos.

No sabe uno qué hacer con los hijos, dicen los hombres, meditativos, tristes, pensando en muchas vicisitudes imaginarias, negras. Los cuatro horizontes son cuatro murallas en las que se estrellan las vocaciones, los deseos de trabajar, las actividades que apetece la juventud. No sabe uno qué ruta señalar ni qué advertencia hacer ni qué estímulo sembrar en el ánimo de los hijos adolescentes para que vayan labrando su camino en la vida. Todo adolece de exceso. El apretujamiento de hombres ociosos, por necesidad, es la característica más abultada y extensa de la época. Es como un nudo apretadísimo en la maroma de la civilización. A cada picaporte se agarran muchas manos queriendo llamar para ver si responden. Llanan mil y sólo puede entrar uno. Los otros siguen andando, pisando umbrales, desgastando palabras. No se encuentra nada, nada. Una vacante de aprendiz es como el

buzón donde se echan centenares de cartas. Montones de solicitudes encima de las mesas, en los cartapacios, en los casilleros. Montones de papel donde los jóvenes han puesto su esperanza, el deseo de sentir un gran contento, la llamadita de la suerte allá dentro, donde repercute lo bueno o lo malo, el humor o el dolor del exterior, lo que aviva o apaga el frenesí. Montones de tarjetas de recomendación que suelen tener más eficacia que la virtud, el talento, la habilidad, el ingenio.

La recomendación es otra de las características más fuertes y largas de la época. No es lucha de méritos, de cualidades, de laboriosidad. Es lucha de recomendaciones obstinadas, impertinentes, apretadas. Intercambio de favores entre los que rigen al mundo por preponderancia de economía, por inteligencia, por cualquiera de las muchas causas nobles o perversas, limpias o deshonestas, que hacen medrar el prestigio. Porque a veces el renombre que no consigue con una virtud, con una buena ejemplaridad del carácter, con sabiduría, con mérito profesional, se logra con esas otras tácticas abundantes de desvergüenza, de artimañas, de picardías clásicas que fingen castidad de intenciones, pureza de sentimientos, bondad de criterio. La política es el río más hondo y más ancho de estos desafueros. Hasta para resolver un expediente justo, apremiante, imprescindible para la tranquilidad de uno, hace falta que exija, suplique o soborne la recomendación, estimulando vanidad, ofreciendo, amenazando. Con los deseos de la juventud sucede lo mismo. Al hombre se le acostumbra a la recomendación desde que empieza a trabajar o desde que hace el ingreso en el Instituto. Después, la costumbre se desparrama por la urdimbre social, se esparce en todas las circunstancias del deseo, de la ambición, de la necesidad, de la venganza, los mismo en un capricho que en un trance decisivo. Se respira ese aire desde la infancia. Y en la juventud, cuando se quiere dar a la vida el oriente definitivo, es preciso llevar el viático de la influencia. Falta ese escudo, y el carácter se acribilla de fracasos, de contrariedades, de tristezas...

No sabe uno qué hacer con los hijos, dicen los hombres, pensativos, preocupados, rumiando diversidad de pensamientos. Es tremendo no saber lo que hacer con los hijos para que se defiendan de la miseria del mundo, para que no sean briznas pisadas, cosas rotas, figuras de tragedia. Parece que se apesadumbra uno del instante inolvidable en que nació aquel amor, del momento en que empezamos a sentir las ansias impacientes de hacer hogar. Aquellas mieles traen estas hieles, estos testarazos, estas secretas amarguras, este tropezar en todas las esquinas del fracaso.

Yo creo que hoy el pecado está en llenar la tierra de criaturas, infelices, desesperadas, que lloran aficiones sin camino, esperanzas perdidas, horas estériles en laberintos de hastío, incertidumbres, presentimientos amargos. No se

puede caminar por una ruta cualquiera de laboriosidad, porque todas están entorpecidas por exceso de peregrinos del trabajo que buscan su natural acomodo. Son muy pocas fuentes para tantos sedientos. Se estimula la natalidad con recompensas oficiales. Se dice que es delito y pecado ponerla coto, limitarla. No se cesa de recomendar el crecimiento, la multiplicación de las razas humanas, el abundante trasiego de hombres desde la solera de la vida a la solera de la muerte... ¿Para qué? Es lo mismo que invitar a una mesa sin viandas, a un largo sacrificio, a un calvario escabroso y pindio con una cruz en cada sentido. La realidad contradice todos los días a esos mandatos envejecidos. Estimular el crecimiento de población y abandonar después a los hombres con su necesidad, con su ocio, con sus angustias, con sus constantes y dolorosas renunciaciones, es aumentar el delito, debilitar a los pueblos en vez de robustecerlos, ensanchar cárceles, ampliar hospitales, ahondar la sima de lo dramático, extender la ya infinita ringlera de los desesperados.

El tiempo va modificando preceptos, leyes, criterios. Cada circunstancia hace cambiar la enjundia y la forma de lo que se consideraba inalterable. Lo que ayer era necesario, patriótico, imprescindible, es hoy nocivo, antihumano, contraproducente. Hay que interpretar los preceptos examinando la verdad de lo actual, recontando las causas y las consecuencias. Llenar el mundo de desventurados que no encuentran más que dificultades para ganar su pan, desprecio, hostilidad, desorientación, ruina, es ir haciendo tragedia que será pronto cataclismo. Muchos comentan y se alegran del aumento de población de su país, sin tener en cuenta que lo que aumenta es el número de los desgraciados que no caben en las minas, en las fábricas, en los lugares del trabajo mecánico, artesano, intelectual. No hay rincón propicio para que la juventud labore y ensamble su futuro con garantías de subsistencia, que es el derecho más elemental del hombre. Los padres se vuelven locos discutiendo caminos y caminos. Cada hijo es un tormento salpicado en un amor inagotable, un pensamiento acre en las horas más tranquilas, la preocupación echando tuera en lo dulce del afecto. A veces reniega uno de esta civilización en que los padres no saben lo que hacer de los hijos, porque el mundo va cerrando puertas, estancando energías, ahogando prepósitos.

Yo veo por ahí a multitud de jóvenes que van taladrando hastío. Jóvenes vencidos a los primeros lances de la lucha, subiendo cuestas de miseria, cansados de tanto esperar, con vejez en la esperanza, sin saber lo que hacer con lo que aprendieron en unos libros caros de texto, en una artesanía, en un escritorio. Es natural que cojan odio al mundo, que quieran cambiar las cosas como sea, para ver si es verdad que a la otra banda está la salvación. En sus miradas, en sus gestos, en sus movimientos, hay un aire de cansancio que también le hace a uno querer un tránsito nuevo hacia otro

paisaje de ideas y de costumbres más buenas que horaden las cuatro inmensas murallas de los cuatro horizontes...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 20-I-1935.

#### 477.—ESBOZOS. EL CAYADO DE LA VOLUNTAD

*Se ha concedido el premio anual de la constancia a un pastor provenzal que se ha hecho maestro de escuela.—De los periódicos franceses.*

Cerca cantaría el arroyo invitando a la constancia, entre dos orlas de alisos. El pensamiento es también un arroyo corriendo por asperezas, por suavidades, por pendientes y valles, que son como la tierra amena, fértil, reseca, de las sensaciones, unas veces al sol y otras veces a la sombra. El arroyo venciendo dificultades de piedra, buscando salida hacia el llano, que es el descanso de sus aguas después de restregarse en el mantillo del monte. Sus pequeños remansos parecen los momentos en que los hombres se detienen a meditar o a descansar. El pensamiento corriendo también en su cauce, venciendo piedra y repecho de circunstancias, alborotado o pacífico, turbio o transparente, según el alveo y los días. Y siempre la desazón de la impaciencia, que es como rumor de arroyo dentro de uno, rutando desde el manantial del cerebro al mar de la conciencia, con hambre de prisas, de pasos largos que acerquen allí, al confín de la esperanza. La voluntad riñe al entendimiento, riñe a la energía, porque se cansan, como el ánimo riñe a las piernas rendidas y se enfada con ellas cuando hace falta andar y no se puede andar más. O como la conciencia riñe a la voluntad cuando es remisa en entrar en el buen camino, en rectificar un mal deseo, una pereza, una injusticia, un concepto equivocado...

Ese muchacho, sentado en una colina, en el umbral de una cabaña, en una arruga cualquiera del semblante verde del monte, entre las barbas encrespadas de escajo y de brezo, inmóvil, viendo correr a las nubes y tiritar a las estrellas, correría mucho por dentro. Estaría muy lejos de allí, sin moverse de su escaño de tierra, con el cuerpo en lo familiar del paisaje y el pensamiento en una tramontana lejana, imprecisa, pintada en el mundo desconocido con imaginación. Correr por dentro es hacer viajes constantes desde

la realidad presente a lo que nosotros queremos que sea nuestra realidad en el futuro. Es recruzar, muchas veces, meridianos y montañas de tiempo, estarse quieto y llegar muy lejos, hasta cansarse o dormirse, y volver a la verdad actual de nuestra vida.

Este pastor provenzal haría muchos viajes de éstos, sin moverse de sus montes, desde por la mañana hasta que la noche se cobija en su manto de estrellas. En la paz de su ambiente trazaría rumbos que irían a parar todos al mismo sitio, a la ciudad por él desconocida, donde había maestros de jóvenes que enseñaban a ser maestros de niños; a un pueblo próximo o remoto, de la cordillera o de la landa, con una escuela, entre unos árboles, donde él haría un hogar y contaría a sus hijos y a sus nietos, con manso ademán de patriarca, su antigua vida de pastor, las costumbres de los pájaros y de los animales del monte, las cosas de la naturaleza, que los pastores aprenden sin fatiga, a fuerza de contemplación, yendo de una a otra colina, mirando los rozos exiguos y verdes, que son los sayales ásperos de que se visten las laderas y las lomas. Su deseo estaría saturado de sacrificio. Aprendería a sujetar sus impaciencias con el cayado de la voluntad, que es el que detiene a los malos rebaños de los vicios, de los apetitos, de las manías que brincan, rumian y hacen rebujal en el espíritu. La voluntad es pastora de pensamientos y de propósitos. Las cuerdas de su honda son de liber fuerte. Apacienta la idea donde ella quiere, lleva los rebaños de las intenciones, de los resabios, de la tentación, del sentimiento, del sacrificio, a las laderas y a los rediles del alma que ella prefiere; gobierna deseos y sensaciones como se gobiernan ovejas. Una voluntad negligente, débil, remisa, es lo mismo que una pastora perezosa, medrosa, amiga de la siesta en las sombras del monte. El rebaño hace lo que quiere. Salta unas cercas y entra en lo prohibido; estropea sembrados, se desperdiga y descarría más allá de las lindes marcadas por la costumbre. No poder con las pasiones es igual que no poder con los rebaños. Una voluntad fuerte, viva, constante, es como un pastor robusto, diligente, ágil, siempre oteando. El rebaño va donde quiere su guardián, no entra en los terrenos prohibidos, no estropea sembrados ni salta cercas. El cayado, la honda, el silbido, detienen la indocilidad o la querencia viciosa del ganado, lo mismo que la voluntad detiene los intentos de desmán de los pensamientos, las gulas que de vez en cuando quieren romper la paz interior, las tentaciones que entran como tunantas en la casa del alma queriendo manchar estancias limpias.

¡Buen cayado el de la voluntad de este pastorcito! Su ejemplo, niños, jóvenes, es universidad sencilla y humilde en pleno monte, en medio de la historia natural viva de la cordillera.

La voluntad desperdigada en todos los momentos como sangre corriendo



por las arterias del carácter, encendiendo el pábilo de esa renunciación, apagando la brasa de aquel deseo, venciendo cansancios, rigiendo al ánimo hasta hacerle dócil a la rienda y al camino. El sacrificio es la simiente de la victoria. Para merecer hay que padecer. A la tierra se la tunde, se la desgarrar, se la macera, se la hiere para que dé su fruto. Es el sufrimiento del suelo para llegar a vestirse con las galas verdes y rubias de la cosecha. Con el ánimo sucede lo mismo. Sus padecimientos en busca de las galas de la cosecha son el afán, la fatiga, el tundir esta pereza, el desgarrar esta inquietud nociva para nuestra marcha, el quemar ese deseo vanidoso, esa impaciencia de querer llegar cuando el talento, la obra, la técnica aún están verdes, flacos, con médula blanda. Antes hay que hacer la puente, el túnel, la cambera, para poder pasar. Hay que arar el temperamento, rastrillarle, golpearle con los mazos, como tierra que se va a sembrar.

Unos achacan su fracaso intelectual o artístico a las preocupaciones, a los agobios económicos, al trajín de todos los días. ¡Desgraciados de los hombres cuyo temperamento es vencido por las circunstancias! No es de los escogidos para los lances de la ciencia, de las letras, del arte, quien se deja moler la afición por el molino de las inquietudes diarias, por el descalabro económico, por las contrariedades, por los mil motivos de tristeza, de desazón, de incertidumbre que echa el mundo a puñados en el alma de todos los hombres. Lo bello dentro de uno es hacer riqueza moral, artística, intelectual, estando rodeados de esos agobios, de esos motivos apremiantes que crean desasosiegos y penas. Todos tenemos en el alma muchos nudos de esas penas silenciosas, como dramas de conciencia. No sufre más quien más se queja. Hay que hacer estímulo, brío, fuerza, del contratiempo, de la dificultad, del mismo fracaso. Un fracaso es una cosecha que se pierde, nada más que una cosecha que se pierde. Nunca se ha visto que porque se pierda una cosecha no se vuelva a sembrar. Unas cosechas se pierden porque no hemos arado bien el temperamento, porque no le hemos hecho padecer como a la tierra, tundiéndole, rastrillándole, sembrándole. Otras cosechas se pierden por las tempestades de envidia, de mala intención, de bellaquería, que los hombres echan sobre los nuestros sembrados. Hay que arar bien y ser más fuertes que esas tormentas. Sentir flojera en la voluntad sí que es fracaso y ruina. No importa caer en el fondo desde muy alto si no se le rompe a uno la fe en sí mismo, la energía, la dignidad, el afecto a la inclinación...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 27-I-1935.



*La Sociedad de trabajadores del Muelle pasa un retiro de cinco pesetas diarias a ciento ocho ancianos, además de las pensiones a varias viudas y huérfanos.*

Esos ciento ocho viejos son ciento ocho rescates. Rescatar de la miseria, del dolor, de la desesperación es ir plantando en la historia los olivos de la paz. Cada rescate es una candela de odio que se apaga. Rescatar es quebrar muros, abrir portillos, enseñar caminos blandos, romper eslabones de tristeza o de necesidad. Estos ciento ocho viejos son como ciento ocho palabras de un gran romance de paz, escrito en la ribera, debajo de las grúas, al lado de los barcos cansados de meridianos. Son ciento ocho alforjas menos de esas que se van llenando en las puertas, ciento ocho camas menos en el asilo, ciento ocho consecuencias de muchas virtudes, ciento ocho arrepentimientos de la civilización, ciento ocho pecados menos. Este ejemplo llega a lo actual como una síntesis perfecta de fraternidad, que es donde está el rescate definitivo. Multitud de doctrinas que recomiendan justicia, misericordia, aplacamiento de angustias. Una recomendación es estéril si cae en un carácter desdeñoso, frío, insensible a la fatiga y a la inquietud ajenas. Por mucho interés que ponga el que recomienda, nada se consigue si el que tiene que hacer favor o justicia no sale de su actitud impasible, huraña, perezosa.

Con las doctrinas sucede lo mismo. Todas recomiendan diligencia, buenos pensamientos, afectos constantes, humildad digna, auxilios espontáneos para el que los ha menester, compasión para la desgracia, para el fracaso, para todos los males de materia y de alma que afligen a los hombres. Unas van por caminos de Biblia y otras por rumbos nuevos. Es como si dijéramos un camino de yerba, de campo, y otro camino de cemento, de piedra. Todas, cada una en su suelo antiguo o moderno, van rezando Evangelio entre recuerdos de sandalias y de cruces o salmodiando preceptos cerebrales o sentimentales de ahora entre rascacielos y aeródromos. Dicen que buscan la felicidad del mundo, su mudanza, su aseo. Coinciden en eso del afecto recíproco, del auxilio, de la hostilidad hacia los efectos que producen miseria, sinrazón, egoísmo, los tres lobos de todos los climas sociales. Se hartan de advertir, de aconsejar, de recomendar. Pero la recomendación es casi siempre estéril, se estrella en lo desdeñoso e impasible del hombre cuando le piden un sacrificio, un granito de la panoja de su comodidad, un sorbo de su escudilla llena, un sitio en su banco. La doctrina recomienda y el mundo no

hace caso. Es lo mismo que una buena persona que quiere vencer a un malvado o como un pobre que suplica a un miserable. La doctrina es el consejo, y el hombre el que tiene que hacer el favor o la justicia que la doctrina le recomienda.

De nada vale que el precepto insista, riña, amenace, si el hombre, el intérprete, es remiso, indócil, perezoso. Un bello drama, una magnífica comedia, no divulgarán arte, poesía, sensaciones patéticas o divertidas, si los actores son desamañados, torpes, desobedientes a la estética. Por eso yo tengo poca fe en las doctrinas que quieren arreglar lo social. En este aspecto del mundo, yo nada más que creo en los buenos sentimientos individuales. No me importa el encasillado, la denominación, la zona política en que se desenvuelva, siempre que sea honesta; ni sus predilecciones religiosas, ni su escepticismo, siempre que no sea grosero. No recuerdo quién escribió que hay santos que no van a misa. Yo he de añadir que hay demonios que van a misa todos los días. Existen incrédulos que están más cerca de Jesús que los creyentes. Un hombre librepensador, justo, afable, transigente, que no ofende, que no miente, que no calumnia, que respeta y estima al prójimo, es más grato a Dios que un creyente avaro, desapacible para con las desgracias ajenas, rencoroso, menospreciador de pobres y de preocupaciones dolorosas. Todo tiene su raíz en la sensibilidad, que es la que esparce sus ramas buenas o malas en lo exterior, haciendo primaveras o inviernos de conductas.

La distribución de los hombres en sectas, nada significa si los sentimientos particulares son zahareños, ególatras, miserables y torpes. A la doctrina no sólo hay que obedecerla en lo que tiene de beneficioso para nuestra economía, para el mejor desenvolvimiento de nuestro trabajo, para la trituration del estorbo, de lo antagónico, de lo que se opone al ensanchamiento práctico, de nuestro concepto de la justicia. Para esto basta con el egoísmo y con el deseo de aumentar nuestros bienes y nuestras ventajas. A la doctrina hay que obedecerla también en lo que tiene de sacrificio en favor de quienes son más desgraciados que nosotros. Para esto, el egoísmo y el deseo de acrecentar nuestros bienes, son dos torcedores violentos en lo objetivo. Pocas veces es obedecido ese mandato de sacrificio, que no es solamente dar lo que sobra, lo insignificante, lo que no hace mella en nuestro deleite o en nuestra comodidad. El sacrificio es algo más profundo y más extenso. Su práctica no es peculiaridad de determinada tendencia. Teóricamente es advertencia típica de todas las agrupaciones sociales, pero prácticamente es sólo producto de los buenos sentimientos, que lo mismo pueden ser de una que de otra fase política.

El nombre confesional o ideológico es lo de menos. Lo esencial está en la conciencia, en las maneras del hombre, en el corazón. No nos demues-

tran los pregones que lo que vende el mercader ambulante sea bueno, legítimo, puro. Llamarse de ésta o de la otra manera no significa nada si adentro no hay verdad, si la conciencia se avergüenza de la mentira, de lo ficticio, de lo embustero de nuestro pregón. Lo mismo en el arte que en la literatura que en las ideas no subsiste ni tiene hegemonía robusta ni triunfa lo que no se siente, lo que no da emoción de belleza o emoción sentimental en contacto con lo humano que padece miseria, injusticia. Esta Sociedad de los Trabajadores del Muelle, amparadora de ancianos, de viudas, de huérfanos, es una exaltación rara de los buenos sentimientos, que es mi mejor doctrina y mi mejor ideario. Su labor social está saturada de sacrificio y de afecto, dos virtudes, dos ejemplos, dos normas que se van extendiendo con el esfuerzo de nobles actitudes individuales que es menester estimular y alabar como se estimula y se elogia una buena obra, una gran conducta, un excepcional propósito humanitario. No malogréis nunca, nunca, la expansión de los buenos sentimientos, hechos núcleo, energía, disciplina voluntaria con entraña de misericordia...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 3-II-1935.

#### 479.—ESBOZOS. UN EPISODIO VULGAR

*La anciana Mme. Demeny, esposa del que fue creador del cinema, se muere de hambre en una buhardilla de la rue Batignolles, de París.*—Los periódicos.

La buhardilla de todas las novelas de la angustia pobre, llenas de esquinces y de rodeos de la miseria. La buhardilla elemento literario, lo mismo que el umbral de las puertas solitarias en el invierno, el torno de los hospicios, el atrio de las iglesias, el carro de los saltimbanquis, que parece una choza errante, echando humo por los caminos allá. Todos los poetas pobres y todos los violinistas desafortunados y tímidos tenían su buhardilla con una mesa de pino, un cántaro, un camastro, una vela en el cuello de una botella, que era el candelabro de la bohemia dolorosa. Por la lucera se veían las estrellas. Por el ventano se divisaban paisajes rojos, monótonos, de teja y de campanarios. Era el recurso del artista para crear emoción entre paredes desnudas y vientos que runfaban violentos arriba, en los surcos del tejado, en los cauces pindios de la lluvia. La joven burlada y arrepentida;

el anciano solitario, sin hijos, sin recuerdos dulces, sin afectos; el inválido de mina, de mar o de guerra; el rico arruinado, ya envejecido, recordando alegrías y placeres, que es el mayor desconsuelo cuando uno está envuelto en tristezas que no barruntan alivio. La buhardilla, lo mismo que una prendaría de despojos espirituales, llena de ruinas del corazón, de ruinas de la vanidad, del amor, de la riqueza, de todo lo que es destroz de esperanza, de ilusión de energía, corriendo por los caminos inmensos y misteriosos del alma. Se iba quitando ropaje de felicidad, de salud, de fortuna, de fe, y el despojado de esos bienes iba a parar debajo de las altas luceras, de la mano sentimental del novelista, a encerrarse, a sufrir allí su desengaño, su caída, los golpes, los maltratos, las afrentas de las circunstancias. ¡Cuántas meditaciones estériles, cuántos pensamientos resignados, cuántos rezos de la esperanza entre el cobijo del ángulo agudo de las gateras, que parecen techos que se están desplomando sobre uno, sintiendo el granizo, las campanas, la bulla de los pájaros de la ciudad, que tienen sus laderas en los tejados!

Hay tópicos sentimentales, como existen tópicos filosóficos; tópicos de la cortesía, del saludo, del disimulo, de la compasión, del prejuicio. Las épocas, en lo social y a veces en lo artístico, son luchas de tópicos que buscan hegemonía. En la novela de hace cuarenta o cincuenta años, el tópico que ceñía a los reveses de la fortuna, de la ambición, de la esperanza, era la buhardilla en la ciudad y la choza en el campo. Estas dos cosas eran representación del amohinamiento y del hambre humana. El novelista adaptaba su sentimiento y su ingenio a ese tópico hecho de gateras, de nieves, de vientos. Sus personajes salían de la miseria de una buhardilla, de unas yacijas desgarradas, de una estancia fría y triste de lo sumo de las casas. Corrían por el mundo, vagabundeaban con fe y voluntad, y a lo mejor llegaban a banqueros, a mariscales, a sabios, a monjes, a santos. Una moraleja de humildad y de pobreza que abría caminos y traspasaba altos montes de estorbos hasta llegar a un palacio. Era el triunfo del talento, de la virtud, de la energía, del valor. Otros personajes nacían en las quintas de abolengo de los campos, en las casas solariegas, abundantes de labras y de hacienda. También corrían por el mundo y paraban en mendigos o en otra cosa peor. Una moraleja de riqueza y de orgullo que se iniciaba en un palacio e iba a terminar en una buhardilla a causa del vicio, de la flaqueza moral, de crápulas, de torpezas. Siempre la buhardilla literaria como una iniciación de riqueza o de prestigio o como un castigo al orgullo, al pecado, al despilfarramiento de bienes, a los extravíos morales.

La buhardilla en lo novelesco trágico era lo que el pobre maestro de escuela en lo humorístico cruel del teatro. Todos sabéis que hubo una época en que la levita descolorida, los zapatos rotos, la corbata deshilachada, el

hambre, del maestro de escuela, fueron el tópico literario del humor, de la burla, de la risa. Antes lo había sido la apariencia feliz y harta, el noble engaño, del pobre hidalgo infeliz y extenuado de tanta vigilia. Después fue el cesante, el músico sin ocupación, el estudiante tímido y mal vestido, el soldado bobo. No se nutría entonces este aspecto del arte con mucha verdad. De una causa amarga, trágica, no se puede sacar un efecto real, verdadero, de carcajada o de regocijo, lo mismo que de una circunstancia humorística no puede salir un motivo sincero de llanto y de pesadumbre. No comprendo que haya quien se ría, por divertirse o porque se diviertan los demás, de una pena profunda. Ni quien lllore y se desazone amargamente por un motivo contrario al estímulo del llanto. El «Quijote», por ejemplo, a mí no me produce risa, como no me producen risa las bromas que se gastan a los tontos y a los infelices, en las tabernas, en las calles, en los soportales. Yo siento una honda y triste compasión por aquel noble caballero andante, maltratado por los caminantes, por los arrieros, por los galeotes; engañado por su escudero, enjaulado por clérigos y bachilleres. El humorismo de la época a que aludo era ficticio, morboso y anormal, puesto que no brotaba de una verdad propicia al gracejo lógico. No es posible sacar aceite de los viñedos y vino de los olivos, que es lo mismo que decir que no puede brotar la risa de un gran dolor, ni la pena de una gran felicidad. Todo tiene en la vida su carácter natural, su fuente amarga o dulce. La buhardilla sí, la buhardilla era un tópico cierto, un evidente símbolo literario de infortunios, de fracasos, de castigos. La moraleja novelesca tenía en ella su raíz o su final. De la verdad de su ambiente salía la verdad dramática. Las corrientes de la desgracia tenían en ella manantial o desembocadura. De ella salían los deshollinadores, los galopines, los grumetes, los lazarillos. O a ella iban a parar las cortesanas envejecidas, los banqueros arruinados, los sabios incomprensidos, los poetas olvidados y pobres, los cómicos ancianos. Era como un acervo de psicologías desventuradas, propicio a la emoción que quería interpretar el escritor presentando remordimiento, injusticia, consecuencia de pecados o de ruinas...

Ahora vuelve a salir al panorama literario del reportaje lo hosco y triste de la buhardilla clásica, como miseria tomando el sol en un jardín. Esa anciana que se muere de hambre en la rue de Batignolles es la verdad de hoy y de siempre, lo trágico de la realidad que después se hace sentimentalismo en la literatura: fábula con cimientito de entraña humana ataviada con imaginación. La moraleja que se desprende de su vida es uno de los muchos y grandes sarcasmos que hace el mundo con sus olvidos, con su indiferencia o con su egoísmo, que es el cardo perenne del huerto universal. Un episodio vulgar, porque la miseria ya ha llegado a vulgarizarse por lo mucho que

abunda. Su marido inventó un elemento de diversión, un resplandor por donde pasan escenas artificiosas del mundo ante los espectadores. Y ella se muere de tristeza, de hastío dramático, en una sombra, también vulgar, de las que inventa el mundo todos los días, por donde pasan otras escenas verdaderas, silenciosas, sin espectadores...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 10-II-1935.

#### 480.—ESBOZOS. UNA SONATA DE HISTORIA

Vamos a pasear unos momentos por estas claras páginas. De ellas parece que se desprenden rumores y esencias del siglo XVIII. El artista historiador ha desempolvado amorosamente costumbres, anécdotas, estadística de campos, de molinos, de ganados, que es lo mismo que ir quitando broza, matas de ortiga, hollín y escajo de las cosas y de los hechos muertos. El acaecimiento despojado de su túnica morena, de polvo, que es la ceniza de la fatiga del tiempo, se presenta desnudo, en su pureza histórica. La investigación es dalle que va segando rozo de olvido, legra que va ahondando en los siglos pasados como en una madera de la que el artesano rural saca abarcas, artesa, cuenco, colodra. Cada brizna que salta es un paso hacia la verdad antigua. Después, el lenguaje —pincel y gubia— pule, adorna, refina, ensambla, viste a las cosas y a las costumbres con esa otra blusa de ingenio con suaves respuntes de habilidad, de inteligencia y de amor. Estas páginas me apartan de lo actual, me brezan el alma con sones antiguos, me llevan a días desaparecidos, de más trajín moral, brezados también por vueltas de ruelas, por tamboriles, por paseos y paseos de muchos arados arañando tierra negra, por rumor de mucho grano cayendo en los celemines como unas fuentes rubias. Y ahoga uno entre estas corrientes de espíritu la desazón, el desengaño, el veneno y la impaciencia de los negocios del día...

Estas páginas tienen un pórtico de tierra de labranza, de campos baldíos, de montes de robles de los que se hacían los bajeles del rey. Un vivero sembrado de bellota, unos castañares, unas nogueras de las que se vorean en el otoño, cuando los ábrejos parece que tocan campanos, órganos y rabels gigantescos. Alusiones al trigo, al maíz, al lino —tan evangélico, tan de Antiguo Testamento, entre patriarcas y pastores—, al limonero, al naranjo,



a las vides, a los maquileros, a las fanegas, a los diezmos. (Una fanega de trigo valía veinte reales; la de maíz, diez; la de manzana, dos reales y diecisiete maravedíes. Un manojo de lino con su grama, costaba dos reales; un coloño de yerba, un real). El pórtico está solado de labranza. Ventalle de espigas y de ramas, adorno de aperos que son la gracia de Dios paseando por los campos. El pórtico de estas páginas es como un pedacito de poesía bíblica que le hace pensar a uno en los corzos de Beter, en las raposas y en las cigüeñas, en las cisternas y en las parábolas, en la cizaña y en los molinos. Poesía en la entraña de las palabras, sonriendo apaciblemente, con paz, debajo de la superficie del léxico, entre recuerdos de trajines y de colores de cosechas. Después viene el pastoreo. Ahora, las páginas trascienden a brezo, a miera, a honda, a collera de piel de tasugo, a flauta de rama de nogal, a carreras de mastín barcino, a campanos con cruces labradas. Después del pórtico la pendiente de la escalera. El pórtico es el valle, y la escalera, las montañas, con sus troneras de cumbre. Alusiones a los seles de allá arriba, a la boca negra de los lobos, a las cartujas verdes de las brañas. La labranza y el pastoreo como las dos sienes de la vida natural del campo, ligadas, entrañadas entre sí, como las dos gamellas del yugo, como el grano y el garojo de la panoja, como las dos ruedas del rodal. La poesía de estas páginas que no quieren hacer poesía, pero que la hacen abundante y bella con la sencillez y afectuosa narración de lo histórico, tiene ahora colores vivos de monte y como reflejos de estrellas en los remansos del arroyo que canta a todas las pastorías. Yo veo aquí, escondidos entre las letras, los adornos del cayado, los bálagos secos de las chozas, los elásticos de los vaqueros, la melancolía de las tardes pastoras, la malva, el manantial eremítico restregando peñas. Una alusión sencilla, una palabra, hacen a veces crecer dentro de nosotros, en el seno del alma, un caudal de sensaciones inesperadas, resucitando recuerdos del romance suave o áspero de nuestra vida.

Siguen las páginas saturadas de historia. Lo nimio y lo trascendental, como una espiga y una montaña, como un helecho y un roble, como un humilladero y una colegiata. La apicultura y el señorío, la abeja y el ocio. Cada colmena producía dos reales al año. Catorce caballeros vivían de sus rentas. Ciento ocho labradores, veintiséis artesanos, clérigos, marqueses, escribanos, alguaciles, corregidores. Lo religioso y lo burocrático. Aquí también encuentro yo ciertos devaneos de poesía, respunteando lo histórico, en la rueda del alfarero, en la esclavina vieja de los capellanes, en las fiestas de la nobleza, en el trajín del cantero domando piedra. Las páginas al pasar siguen dando a mi rostro ventalles del siglo XVIII. Veo el desenvolvimiento de las clases sociales, las rutas de los caballeros y de los labradores en el

mar, en las mieses, en lo religioso, que era otro mar y otra mies. La pobreza no empañaba la hidalguía, dice el historiador. No tiene que ver nada —dice el refrán, que es otro historiador conciso de experiencia— la hacienda con la conciencia. Hidalgos que son jornaleros o mendigos con escarcha en las barbas, con un pergamino en la alforja, llamando en las puertas, durmiendo en las socarreñas y en los pajares, comiendo el potaje de los conventos, rozando en el monte, guardando cabras. Señoritas sin amor o con amor malogrado, silencioso, triste, sin esperanzas terrenales, desengañadas, que empiezan a hacer su poema místico, por torcedura definitiva de lo humano, en los humildes conventos de Santa Clara. Mayorazgos enamoradizos, más del caudal que de la novia. Los gilas con sus cuentos y sus rucas. Y lo pícaro, lo pícaro respingando como corzos verdes de la leyenda en la campa patriarcal. Se prohíbe la concurrencia —con pretexto de la gila— de mozos y mozas solteras. Siempre anda el diablo así, en esas cosas, engatusando. Dice la ordenanza que se hacen muchas ofensas a Dios, que se da mal ejemplo a los niños en esas reuniones. Y lo dice también el refrán, que es más sabio que la ordenanza: Las viejas rezan hilando y las mozas pecan hablando. Lo mismo que en la gila sucedía en los molinos mientras cantaba la cítola y salía la harina caliente...

El historiador, en un breve y magnífico rasgo, nos muestra una perfecta estampa de ambiente, como queriendo olvidar los cortejos y los devaneos prohibidos mientras canta el cárabo en el huerto o va trajinando la rueda de la molienda. Labradores que vuelven de sus tierras, hidalgos y canónigos que pasean, dominicos que se dirigen hacia su convento avisados por el toque de las oraciones, mujeres que regresan con sus cántaros, pastores con recentales al hombro, mozas que laboran el lino. De tarde en tarde, lo negro y cauteloso del pecado en la paz. Un niño aparece abandonado en el soportal de la ermita de San Roque. La justicia trata de averiguar el nombre de los padres del niño. Cuando no lo consigue, el Concejo se encarga de la subsistencia de la criatura. Ya tiene el niño siete años, la edad teológica del uso de la razón. El Concejo le compra un vestido nuevo, le da un cestito para que pida en las puertas, hasta que tenga edad para servir a un amo. Yo veo al niño, oigo su oración ante las casas, escucho su llanto o su risa, pienso en los mimbres de su cesto, me detengo un rato en su vía dolorosa. Con los días, el cestito blanco se irá haciendo moreno, el vestido se irá rompiendo. Y sigo caminando —con el recuerdo de este pobre niño del atrio de la capilla, cuna de piedra— por este hermoso panorama de «Santillana del Mar en el año 1753», pintado por Francisco G. Camino en la revista «Altamira», del Centro de Estudios Montañeses. Me encuentro con hábitos blancos de dominicos, con herrajes artísticos, con puertas ojivas, con

los jornaleros que trabajaban desde las seis de la mañana hasta las ocho de la noche, con los quincalleros, con los talabarteros, con las demandaderas discretas y humildes de las monjías, con los fuertes y ambiciosos que se marchaban a Nueva España para hacer fortuna. Y parece que oigo en una de las estancias buenas de mi espíritu una sonata hecha con acentos suaves y fuertes de historia, con retintín de yunque, con voces de órgano abacial, con todos los rumores de las calles y del campo, que son como el sentimiento diario del tiempo...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 17-II-1935.

#### 481.—ESBOZOS. EL FRACASO DE LA SUPLICA

*Del fracaso de las súplicas justas suele nacer una exigencia natural, desesperada y violenta...*

El escritor no puede encontrar terreno nuevo para sembrar este tema, ni nueva semilla para echarla en tierra vieja. En este aspecto de la desgracia no hay nada nuevo bajo el Sol. No se pueden inventar más colores ni más formas. Tiene que recurrir a los surcos ya abiertos y dejar en ellos, con afabilidad, la semilla que es consecuencia de otras cosechas. Este tema de la miseria, tan antiguo, tan universal, tan pisado, tiene ya encima muchas colinas de imprecaciones, de poesía amarga, de consejos violentos o pacíficos, de todo lo que sale del ingenio y de la tribulación para hacerse frase. La oratoria, la filosofía y la literatura han vaciado en él sus infinitos cántaros. Apenas si queda manantial de palabras y de ideas para volver a vaciarlas en ese campo negro, reseco, con esterilidad eterna de polvo y de piedra. El tema de la miseria es ahora tópico literario brotando de una lamentable verdad humana desperdigada en millones de ánimos. Las plumas riñen al mundo, resucitan sermones cristianos, insultan a la avaricia que apretuja hacienda bien escondida, inmóvil, como aguas estancadas que no refrescan campos ni mueven batanes ni molinos. Siempre las mismas palabras y los mismos conceptos de reprobación y de lástima. Es tan antiguo y tan abundante el tema de la miseria y de la desgracia, han corrido sobre él tantas plumas sentimentales o falsas, que no queda sitio donde abrir un sendero nuevo, ni una colina desde donde vocear al mundo advertencias también

nuevas, ni un rinconcito donde pensar iniciativas originales. Tiene uno que caer en la redundancia, repetir las voces de siempre, encender los viejos pábilos, dar vueltas a la misma carraca del lenguaje y del pensamiento. Generaciones de escritores han machacado en esta inmensa piedra. Se han roto los martillos, se han pulverizado, y la roca sigue como intacta, dura, sin huella de golpes, incrustada en el corazón del mundo. No hay roca más recia ni hierro más indomable que la entraña de un hombre insensible y avaro. En vano la sutileza dulce del arte de la palabra, trabajando razonamientos, tratando de persuadir. En vano la queja, el consejo, la súplica, la amenaza. Estas cosas son aires suaves que nunca llegan a huracán; arroyos pacíficos que no salen de su cauce estrecho y humilde; ascua que no se convierte en incendio. La queja, el consejo, la súplica, se quedan en su teoría y en su lamento, como actitud de hombre bueno que no quiere vengarse, que apacigua su coraje, retorciendo adentro la ira que dejó la ofensa, el dolor del maltrato, la vergüenza de la humillación injusta.

Cada siglo es una inmensa réplica de la abundancia a la escasez, que es lo mismo que la respuesta del rico bíblico al pobre Lázaro. Todo ha sido ese momento de parábola convertido en siglos, creciendo, llenando el tiempo, mandando en la hacienda de unos y en el hambre de otros. Jesús pone sus manos puras en las canas deshonradas del mundo, pero el contacto no pasa de la superficie. Ese instante bíblico es la esencia de todas las edades históricas, de las hégoras de unos pueblos y de la quietud de otras razas. Parece que todavía estamos en aquel terreno y en aquel espíritu, en aquella risa cruel del oro y en aquella lágrima dolorosa rodando en un rostro de lepra...

Rogar con bondad, con sencillez, humildemente, a un hombre relapso en sus costumbres perversas que cambie de pensamientos, que abandone sus vicios, que sea casto, honrado, virtuoso, amable, es lo mismo que pretender tirar un árbol corpulento acariciando su corteza o querer amansar al viento con unas palabras supersticiosas. La bondad en lucha con estas cosas es brizna zarandeada por un torrente, yerba sepultada por un peñasco, pequeña llama apagada por un vendaval. Su sonido queda envuelto y vencido en el estruendo contrario. Hay defectos tan profundos, tan fiburcados, tan entrañables, que el ruego y el consejo no pueden conseguir su enmienda. Ni el estímulo de la recompensa, ni las palabras pacíficas interrumpidas por sollozos, ni la caricia, ni la humillación, ninguna actitud afable y mansa logran hacer ese veneno. Estamos presenciando el fracaso de la humildad, de la súplica, de la advertencia, como aliviadoras de duelo, de miseria y de injusticia. Todos los tiempos tienen fatiga de humildad y de súplica, queriendo atender el agoísmo del mundo, el gran defecto entrañado, el tópico inamovible donde tropiezan siempre, siempre, todas las plumas que se aficianan

a este tema soñando enmiendas y mudanzas por contrición de conciencias. Estos grandes defectos está visto que no se arreglan ni con literatura sentimental, ni con adjetivos valientes de periódicos, ni con invocaciones a los sentimientos, ni con descripción patética de hogares fríos, de cuerpos extenuados, de viejos macilentos, de niños anémicos. Estas pinturas no persuaden, no crean compasión positiva, no entibian temperamentos impasibles. No se puede derrumbar al árbol rogándole que caiga. Nunca ha sido la avaricia obediente a la súplica del infeliz. El hombre no hace caso de aquello que no le amenace con un castigo concreto, inevitable. Nada más que escucha y practica los consejos que tienden a su provecho particular, a su negocio a su hacienda, lo que regala su vanidad o su bienestar. Todo deber, en beneficio del prójimo, que no se impone como una ley fija, ineludible, no se hace naturaleza en la mayoría de los caracteres. Lo que se recomienda a la voluntad de la gente no logra grandes extensiones, no ensancha su eficacia humanitaria. Esas iniciativas que buscan su desarrollo misericordioso en la colaboración voluntaria de los pudientes adolece en seguida, se detiene como molino sin agua y aspas sin viento.

La experiencia de ahora y de siempre nos enseña el fracaso constante de la súplica, del consejo oficial, de la imploración en homilías, en discursos, en bandos municipales, en periódicos. Lo generoso significa un puñado de granos donde hacen falta muchos celemines. Es minoría, átomo, una sola tecla. Del fracaso de los procedimientos amables tiene que salir otro sistema más enérgico y más radical, que temple esas grandes tragedias, haciendo obligatorias, imprescindibles, las aportaciones para estos fines humanitarios, como unos impuestos legales, una contribución, un franqueo postal, unos derechos de Aduanas, un diezmo. Donde se malogra lo voluntario para remediar injusticia y miseria, para rescatar al mundo de la dramática intranquilidad, es menester implantar, sin escrúpulo, lo forzoso, rígido e inflexible, como si se tratara de evitar el desenvolvimiento de una epidemia, una catástrofe, un atentado a la paz. Y llevar la avaricia al código como un homicidio, un robo, una injuria. Convertirla en delito con sanción, en responsabilidad, en delincuencia tan grave como una estafa, un asesinato, una vil calumnia que enturbia serenidad y virtud... Matar con hambre es lo mismo que matar con bala o puñal... Contribuir por avaricia al malestar del mundo, más que guardar y acrecentar hacienda, es ponerla en peligro...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 24-II-1935.

*No se puede hacer ciudadanía sin la extirpación radical del caciquismo.*—Zozaya.

Eso del caciquismo es escajo eterno en el ambiente moral del campo. Pervive recio y rodadizo con las mañas, las picardías, las cautelas, las deshonestidades éticas de siempre. Cambia el rostro, pero en el espíritu rebulle sin mudanza esa inquietud añeja de dominio que tiene en la ajena docilidad su desarrollo y su firmeza. El cacique es una consecuencia naturalísima de la haraganería moral de la gente, de esas circunstancias abundantes que hacen claudicar al hombre por miseria, por agradecimiento, por miedo. Donde hay flaqueza colectiva se levanta en seguida una energía dominadora que rige conductas, impone criterios, endereza —según la afición y su técnica— las costumbres, las intenciones, la vida interior y externa de la multitud. Su predominio nace de un vasallaje voluntario, de una obediencia unánime, arremansada en cobardía profunda y ancha. Un cacique en un pueblo es como el sacerdote de una religión sin creyentes, practicada a la fuerza, sin arrobaamiento íntimo, sin fe, sin esperanza, sin más sensaciones que las que surgen del temor a la venganza, a la persecución, a la hostilidad, al falso testimonio. Ir en contra del cacique es sentir constantemente el presentimiento de la represalia en forma de fuego, de detonación, de embargo, de ruina. Un instante de dignidad enfadada, de protesta, de gallardía espiritual, puede convertirse en años y años de amargura. En seguida caen las mazas vengativas, duras, inflexibles, en todos nuestros pasos, tundiendo pensamientos, actividades, afanes. Tener la ojeriza de un cacique es lo mismo que una maldición hecha realidad terrible. El tabernero tendrá que cerrar la puerta de su taberna, el maestro tendrá que marchar a otro pueblo lejano, el molinero verá ociosas las ruedas de su molino, el herrero apagará su fogaril, el boticario y el médico tendrán que emigrar, el labrador vivirá siempre sobresaltado, temiendo por sus bestias, por sus sembrados, por su cosecha. Yo he visto marchar por la carretera allá a pobres familias entristecidas, con unos atadijos a cuestras, sin saber a dónde ir, con pasos lentos, trágicos, camino de metas desconocidas... Sí, la ojeriza de un cacique es como una maldición tremenda cayendo en la felicidad, en la honra, en las viñas, en las espigas. Su furia es pedrisco, vendaval, centella. Sabe dónde está el afecto más hondo, lo más sensible, lo que más influye en nuestro bienestar o es esencia de nuestro sosiego. Y allí echa la lumbre, el dalle, el granizo, la ceniza, la navaja de su ira. Unas veces destruye la panera, la tranquilidad, el contento



del ánimo que no tiene reproche subjetivo porque es justo, pacífico y bienaventurado. Otras veces echa calumnia en la virtud joven o en el recato viejo, en las canas, en los manteos, en las tocas, en los cayados. Otras veces, cauto y furtivo en tinieblas, estropea surcos, llena de piedras las cisternas, derrumba paredes de heredad, pisotea espigas maduras, tala árboles. Es como uno de esos mitos malos de todas las mitologías del mundo que se complacen en destruir serenidades, caminos, afectos, bosques, fuentes, empalizadas. Un mito hecho realidad, sembrando las tempestades de su enojo en el hombre, en el monte, en el campo, en la madera, en el agua.

Una desobediencia digna puede significar una catástrofe al paso de ese enfado que derrumba bienes morales, recogimiento casi patriarcal, elementos familiares de vida. La gente sencilla conoce estas iras, recuerda circunstancias dramáticas que llenaron de tristeza el ambiente del pueblo: aquel embargo, aquel incendio, aquel castigo inicuo por réplicas a la voz y al ademán soberbio del cacique. Tiene en su memoria el pasado y el presente enlazados como raíz y tronco, con mañas, picardías y amenazas análogas. Por eso tiene miedo y estimula con su añeja docilidad esas costumbres antiguas que son casi el único movimiento de lo político en muchas leguas de lo rural. Lo pretérito y lo actual son una misma sustancia en este aspecto. Hemos cambiado la teoría, pero la práctica continúa con su entraña de siempre, sedentaria, en sus cauces viejos y retorcidos, dando las mismas vueltas, ocioseando en los mismos sitios. Es como si vistiéramos de juez a un gran delincuente, de franciscano a un perverso, de maestro a un analfabeto, de inocente a un pícaro. La teoría es un salmo nuevo, y la práctica una blasfemia antigua, heredada, campeando en los ambientes. En la realidad, el cacique continúa sus devaneos tradicionales, mascullando las mismas palabras sobornadoras de hace cincuenta años, desenvolviendo la misma táctica, haciendo temblar con los mismos procedimientos. Su estampa temible, unas veces aparentemente campechana, bromista, vivaz, y otras veces zafia, lenta, rencorosa, no ha desaparecido del campo. Su voz sigue metiendo miedo en los portales y en los concejos. Es como una sombra maligna escondiendo los verdaderos pensamientos de la gente, como una cuña hendiendo civismo, paz, buenos proyectos morales. El milano oteando los corrales, el zorro los rediles y el cacique las conciencias, las debilidades, los egoísmos de los que tienen poco y de los que tienen mucho. Todo es rapiña, picotazo, arañazo.

La pauta, la orientación, la permanencia o el desvío en los caminos de la política en esas aldeas de monte, de llanura o de costa, sigue siendo capricho, veleidad o ambición de un hombre, no consecuencia de democracia desembarazando temores individuales. Es labor del poder, de la amenaza, de la intolerancia, no obra espontánea de ideas y de criterios libres. El hom-

bre sigue sujeto a la indicación del mercader enriquecido, del terrateniente, del muñidor, del dinero, del que hace favores o del que se temen agravios. No es cierto que en la realidad, en éste y otros muchos aspectos de la vida aldeana, hayan desaparecido las trabas clásicas que se oponen al desenvolvimiento moral y político de la gente. La inmensa mayoría de los sufragios sigue siendo consecuencia de pobres, desvalidas o temerosas voluntades apretadas por la coacción y por la amenaza. No es cosa de ideas; es cosa que nace de la tierra, de los arrendamientos, de las aparcerías, de los intereses y de los cultivos, como la mayor parte de las bodas y de los convenios. Muchos de los partidos políticos que dicen odiar al cacique, pactan con él, le atraen con ciertas recompensas, soportan sus exigencias, engordan su vanidad, consienten sus desafueros. Lo que el programa ideológico repudia por inmoral, por injusto, por violentador de conciencias, se admite en la práctica, se incorpora a la actividad real, se hace ímpetu, picardía, arma. La teoría —bella, remozada— prohíbe esos pecados, y la realidad —fea, centenaria— juega con ellos familiarmente como con barajas y dados conocidos. Los hombres son las figuras, las simples figuras que se emplean para hacer el juego; figuras mecánicas a las que el cacique, buen maese, da la cuerda de sus antojos. La desobediencia es aire de lo trágico pasando sobre los pegujales, las viñas, las cabezas. Es atraer centella, hostilidad, venganza. Es tener que cerrar la puerta para siempre y empezar a caminar, o humillarse con llanto. O cometer un disparate por violencia repentina del temperamento...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 3-III-1935.

#### 483.—ESBOZOS. EJERCICIO DE LA SENCILLEZ

El nuevo sistema es repercusión teórica de lo actual exterior en el cobijo didáctico y moral de la escuela. Ha desaparecido lo rígido del texto, a veces incomprensible, erróneo, martirizante. La memoria, tan estrujada, tan hecha dolor y agobio, con martirio de palabras, de definiciones, de incrustación constante de frases que parecían riscos de prosa, ha salido de ese cautiverio. No se atemperaba el modo al espíritu infantil. La escuela era rastrillamiento sistemático de conceptos científicos, no cultivo racional y sentimental de inteligencias y de almas. Se llenaban bolsas de memorias como sacos de

maíz o de trigo, apretujando con violencia, de prisa, siempre con el mismo ademán y con idéntica fuerza. Igual daba el inteligente que el tardo por pereza o por naturaleza, por desgana o por anormalidad. La misma línea para todos los temperamentos; para los vivaces y para los lentos, para los inquietos y para los dóciles, para los atrevidos y para los tímidos, para los vagos y para los laboriosos. No es posible que por una senda larga y áspera lleven el mismo ritmo andariego los caminantes ágiles y los tullidos, los que sienten impaciencia y los que no la sienten, los que gustan de la correría y los que son aficionados al reposo. Unas inteligencias corren, palpitan en un tic-tac rápido, tienen unas anchas ventanas por las que penetran fácilmente las claridades. Otras inteligencias son como postigos estrechos con tupidas celosías. Para llegar a tener en cuenta esta diferencia natural de categorías intelectuales y dar a cada una su régimen educativo, la pedagogía ha tardado milenios. Tardanza extensa, que parece cosa natural en el descubrimiento de los motivos sencillos. No se explica uno que los efectos de sencillez en la educación, en el arte, en la mecánica, en las diversas disciplinas humanas tarden tanto en enseñar lo inédito y bello de su utilidad y de su belleza. El hombre tiende a lo complicado, a lo barroco. Su naturaleza se ha ido formando con complicaciones internas y objetivas. Se ha acostumbrado al enmarañamiento de conceptos, de fórmulas, de pensamientos. No tiene para él trascendencia lo que no llega a la solución, a lo diáfano, por rodeos y ondulaciones trabajosas, largas, llenas de sudor y de cansancio, de peligro y de retorcimiento. En la misma literatura buscamos lo ampuloso, lo cerebral macizo, lo petulante, no la sencillez ni la emoción, que son el vestido y el alma del arte. El hábito a lo embrollado aparta a la gente de la meditación fácil, que es de donde sale el descubrimiento, el camino, la pauta, el manantial de lo sencillo en la costumbre y en la idea. El que anda por cuevas, por barrancos, por trochas, se cansa en la llanura, en la recta, en el calle. En lo intelectual sucede lo mismo. Nos hemos acostumbrado, por vanidad, por envidia, por afán de imitar, a los riscos, a las pendientes, a las colladas, y no podemos con la planicie, con la vega, que es lo sencillo, el descanso, lo fácil para quien crea y para quien contempla...

La Escuela, sí; la escuela tiende ahora a lo sencillo, que no es menos-cabo de la enjundia, del discernimiento, del ingenio. Yo lo estoy observando en este aula de niños, que es como sala espaciosa de palacio al lado del desván donde yo me eduqué. El puntero del maestro marca en el mapa un itinerario de cordilleras. Unas mesas cómodas, una librería con volúmenes de literatura infantil, en que se hace paisaje ameno de las ciencias más áridas. La historia, la botánica, la biología, la agricultura, tienen como oreos

de leyenda, de cuento, de anécdota, en estos libros escritos para los niños por hombres inteligentes, algo poetas. Unas oleografías con panteras, con abejas, con osos blancos, con humildes espigas de trigo. El busto del marqués de Valdecilla, hecho por Alfredo Felices con acierto y con amor, y que no debiera faltar de ninguna escuela montañesa. No hay adorno sin utilidad educativa en estas blancas paredes. Han desaparecido las estampas bélicas. A la enseñanza de la historia se la infunde un sentido más pacífico, más íntimo y apacible, menos gráfico. De antes quedaba la traza del cuadro, las llamas de los numantinos, las naves de Lepanto, la expulsión de los moriscos, lo patético de las lanzas, de las lombardas, de las lumbres. La historia para el niño de hace veinte o treinta años era nada más que cosa de guerras, de cataclismos, de traiciones. No se le inculcaba el sentido pacífico y laborioso de la historia. Ahora queda esencia moral de hechos, de ambientes, de arte, de espíritu, sin aquella horrible y permanente contemplación de corazas, de caballos, de mástiles derrumbados. En esta escuela, en la que yo quiero representar a las demás escuelas, observo una exaltación de sencillez en los procedimientos. El maestro es ahora un diestro intermediario entre el hombre y el niño, entre la calle y la escuela. Del exterior llega el recato escolar, el movimiento, la inquietud, los ajetreos de la vida. Cada día y cada circunstancia es una lección.

El maestro habla esta tarde de lo más trascendental que rueda en el ambiente y que ha nacido en la tierra humilde de un camposanto de aldea. Un niño emigrante que llega a marqués. Colorido y emoción de cuento ejemplar en la salida del pueblo, en el viaje por el mar, en la llegada al lejano país. Moraleja de voluntad y de trabajo, de constancia y de brío. El regreso del emigrante, enriquecido. El bien que hace, los sinsabores que endulza, las escuelas que construye, los pabellones de un nuevo hospital. Más moralejas reales que se van desprendiendo de la narración del maestro: buen empleo de los bienes, generosidad, afecto al desvalido. Un gran delito en ese camposanto de aldea ha inspirado al maestro una magnífica lección humana, en la que se exalta la voluntad, la misericordia, la recompensa justa, el agradecimiento. Otro día lo trascendental será, a lo mejor, el viento zumbando en la calle. El maestro hablará del Sur, del Nordeste, de su origen, de su ímpetu. Otro día, la niebla será como humo que baja del cielo. El maestro hablará de la niebla con léxico y metáfora sencilla, de sus efectos en el mar, en las montañas. Otro día graniza en las ventanas, imitando rápidos e infinitos picotazos en el cristal. Cada accidente cotidiano es una lección. Se aprovecha el meteoro, la galerna, el calor, la nieve, la noticia excepcional de los periódicos. Se muere un gran hombre, un escritor, un biólogo, un filósofo, un artista, un sabio. El maestro habla sencillamente

de los méritos de ese hombre, explica la significación de su obra, lo que quiere decir biólogo, filósofo, historiador, poeta, químico. El aniversario de un personaje, de un acontecimiento, de un invento, la forma de las nubes que parecen grandes piedras blancas, lana extendida, montañas oscuras, islotes en un mar muy azul. Una desgracia, un gran viaje aéreo, una expedición científica por las selvas, los mares, los desiertos, una plaga que destruye hectáreas de sembrados, un naufragio, una inundación, un terremoto, una epidemia, son motivos que se aprovechan para grabar profundamente en el entendimiento infantil el origen, el crecimiento, la decadencia y las consecuencias de las cosas. Jesús Revaque, ese incansable misionero de la cultura, ha dicho muchas veces que la escuela debe tener paredes de cristal, para que la escuela y el mundo se vean recíprocamente. Bella metáfora, que encierra en su síntesis toda la extensión de la nueva tendencia pedagógica, buena y sabia amiga del exterior, de los ambientes, de la palpitación cotidiana. No es la lección marcada de antemano, la víspera, en el libro, entre dos cruces rígidas. Es lo inesperado para el niño; el acontecimiento del día con sus laureles o con sus espinos, con su júbilo o con su inmensa tristeza; la amable sorpresa llevada al ánimo del niño, día tras día, sin forzar su curiosidad y su retentiva, que es la única manera de llegar a lo sencillo...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 13-III-1935.

#### 484.—ESBOZOS. LA ROÑA EN LA PLATA

*En Madrid ha sido detenida una señora que maltrató a un niño de diez años por pronunciar palabras soeces.—Los periódicos.*

El pobre niño tiende a la imitación. Es receptor sensible de lo que le circunda, y todo se va posando en él como polvo levantado por los hombres al caminar. Su retentiva es arca de palabras, de gestos, de modismos que no comprende, pero que los ejercita por el solo motivo de verlos y oírlos en lo que le rodea. Igual dice una blasfemia que una oración, lo mismo es gavilán que paloma, lo mismo acaricia la cabeza de un cordero que arranca las plumas, una a una, de un pájaro. El bien y el mal comienzan a alternar en sus sentimientos. Todavía no se sabe cuál de estas dos condiciones permanecerá allí, predominando en los movimientos del futuro. Igual



dice una agudeza que uno de esos vocablos populares que son como cosarios rápidos de la injuria, de la ofensa instantánea, de todo lo malo y afrentoso que queremos decir a los hombres en un momento de enfado, de ira, de devaneo exterior de los pensamientos malignos. Con idéntica naturalidad copia lo que sale de un sentimiento puro y amable que lo que brota de un rencor, de una insidia, de un enojo hecho violencia, insulto, indignación desobedeciendo a la serenidad. El hombre habla mal, es sembrador secular de malas ideas hechas grano de lenguaje soez en el inmenso y claro surco del ambiente. En estas cosas la tradición es más fuerte que el progreso. Los niños picotean con su curiosidad en ese gran surco como pájaros en la mies, saltando en los terrones. Y se sacian de esas palabras, que son lo mismo que erratas bárbaras en lo bello del idioma o como imagen de diablo en un retablo de justos.

La idea que el niño tiene del hombre está llena de vocablos recios que salen del coraje, de la grosería, del vicio, de cierto aspecto de la broma. El niño, el pobre niño, es un romance que quiere convertirse en una tonadilla de borrachos, de pícaros, de glotones, de jugadores de naipes, de padres que aporrean la mesa en el enfado, que dan grandes voces, que discuten sin freno de indulgencia, rompiendo paz en la casa. (Hay que ser severo con uno mismo y transigente y amable con los demás). Ese criterio del niño se va formando inconscientemente con ejercicio de contemplaciones forzosas. Lo mismo que cuenta lo que oye y lo que ve, asimila palabras, ademanes, miradas. La harina que se desprende de la tolva de las costumbres, de las que casi todos los hombres son molineros, va cayendo en el espíritu de la infancia, vistiéndole poco a poco el ánimo con colores prematuros que no concuerdan con su naturaleza moral, con el lirio de sus pensamientos, con la corteza tierna de sus sensaciones, con los conatos de sus ansias. Ese concepto que el niño tiene del hombre está hecho del vicio que contempla, del mandato que oye, de la palabra que escucha. En sus pensamientos recatados esa idea del hombre casi siempre está alejada de la virtud, de la tolerancia, de la buena voluntad. Se llena de cosas ausentes de lo estético y de lo moral, que son los manantiales más enjutos, los que menos cisternas hacen en el ambiente. Lo que ve es lo que va construyendo la celda o el cobertizo de su temperamento, lo que será abrigo o intemperie más allá, lo que le hará ser mimbre o roble, veleta o constancia, cántaro o arroyo, guijarro o campanario, agujerito o ventana.

El contempla al hombre y quiere ser hombre en todos los instantes de esa impertinente contemplación. Se da cuenta de la imposibilidad de sus ganas. Y se resigna a esperar entre la barbullla oculta de la impaciencia que de vez en cuando tintinea fuerte en su entendimiento, sin vísperas próximas



de sazón. Y entonces imita, esperando, lo que él cree, simplemente, que es característico de hombría; lo que ve, lo que oye, lo que es como letanía constante esparcida a lo largo de la conversación, en la riña, en la disputa, en ciertas francachelas familiares. Hace naturalidad vegetal, sin pretenderlo, de esas características del hombre que él cree imprescindibles, lógicas, espontáneas, como que el nogal dé nueces y cerezas el cerezo. El fruto del hombre es esta palabra, este gesto, este manotazo, esta blasfemia. El niño cree que es necesario decir estas cosas. No se puede ser hombre sin echar el humo del cigarro por las narices, sin simular un leve ronquido y lanzar una desvergüenza, sin llamar esto y lo otro al enemigo, al compañero, a aquella mujer, a aquel señor del que se ríe la gente a hurtadillas haciendo unos signos raros. No se puede ser hombre sin meter en la conversación, en la disputa, en las murmuraciones, en el regocijo, éstas o aquellas palabras que prohíben el cura, el maestro, la madre. Es menester ahumar la boca, la garganta, las narices; llamar esto y aquello, decir esta palabra, insultar furtivamente, sin responsabilidad. Iguala el niño lo vegetal, lo atmosférico y lo humano. No puede haber trueno sin ruido, relámpago sin resplandor, manzanas sin manzano, hombres sin esas expresiones que son en el lenguaje como roña en la plata, como alimañas, cuervos, víboras paseándose en el idioma, llenándole de rastros viscosos, de dentelladas, de hopazos. El pobre niño, que es pedacito de Dios guardado en la conciencia, con las divinas ignorancias del espíritu, se compenetra con estas cosas, sintiendo un regusto que llega solo, sin buscarle, sin comprenderle, sin conocer lo intenso y dañoso del efecto.

Cree él que es imprescindible ese vocablo para ser hombre, como es imprescindible la rueda para los carruajes o la lumbre o el abrigo para aplacar el frío. Su naturaleza moral acoge esas palabras con cierta sencillez, como modismos de juego o circunstancias inolvidables de la leyenda o del cuento que le relatan una noche según se va quedando dormido. Después, cuando va asomando en los ojos de uno la chispita embrionaria de la malicia, cada palabra mala se va atemperando a los momentos. Se empiezan a orientar procacidades. Se van aprendiendo significados. Se entrañan, se hacen amigas, la voz y la intención. Las uñas, inofensivas, débiles, comienzan a arañar, que es el aprendizaje del desgarrar. La mala palabra, que antes fue imitación natural, afán inocente de hombría, picardía en agraz, imprecisa, tímida, se convierte en uso diario, en afilada navaja ortológica, que es más terrible que la de acero. Se hace costumbre vulgar en la calle, en el atrio del templo, en el vestíbulo de la Universidad, en la taberna. Se llega a una igualdad de categorías de ambiente en esto del mal hablar. Lo mismo da la pluma, el birrete, la garlopa, la linterna del minero. La mala palabra es

antifonía y estrambote de todas las conversaciones, algo así como golpes de bombo en el pentagrama del diálogo, como un sonido más recio y más rotundo en el traín de la frase. El niño va creciendo entre estos insolentes y cínicos trallazos de la voz. A su argentino cimbaillo se le sacan acentos de campano. Su lirio se va pintando de verde con el disparatado pincel de los hombres, incansables creadores de roña en la plata del lenguaje...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 17-III-1935.

#### 485.—ESBOZOS. LAS VIAS DOLOROSAS

*Bruselas.—Se han establecido importantes premios para las madres que más se destaquen en el sacrificio por el bien de los hijos.—Los periódicos.*

Os voy a contar un episodio de una madre de mi tierra, que es lo mismo que una madre de cualquier sitio.

Tía Rosaura era bajita y delgada, con unas pecas que parecían granitos de cebada pegados en el rostro. Un día llamó Benjamín el cartero a su puerta, de cuarterones azules, con aquel palo gordo y tostado que imitaba en el puño la pezuña de una cabra. El cartero siguió su camino armando un gran ruido con sus borceguíes en las piedras de la calleja. El sol hacía brillar el cuero negro de su cartera. La gente andaba en la mies arrancando las panojas y tirándolas a las grandes maconas pajizas, de listones de castaño. En las camberas de las tierras, los carros, con sus estirpias de varas, rodaban cantando y parecía como si unos muchachos estuvieran aprendiendo a tocar la gaita entre el bullicio de la cosecha. Tía Rosaura no tenía hazas de mies ni carros de tierra en la ladera de los agreos, ni yerbas altas y finas del verano en las praderas de los grillos y de las tórtolas. Nada más que tenía su huerto con paredes bajitas, de cantos del río, revestidas y de yedras y saúcos, con un níspero de pocas ramas y un abedul de corteza blanca en el que siempre estaban los pájaros de fiesta. Cuando el cartero llegó a la campa de la ermita, entre el cobertizo donde se guarecían los gitanos y la lera arenosa donde se cazaban las nutrias, tía Rosaura salió de su casa arremangada, según estaba trajinando en la artesa, con los brazos amarillos de masa, con el pañuelo echado hacia atrás, enseñando el pelo de color de lino polvoriento o de nieve un poco pisada por pezuñas y abarcas.

En las linderas se iban cayendo las flores blancas de los saúcos; el río bajaba dócil y transparente; el molino empezaba a trajinar con los granos nuevos.

Tía Rosaura, con su chambra de color de erizo seco de castañas, con sus escarpines de sayal, con suela de pellejo de oveja, iba enjugándose unas lágrimas con el pico del pañuelo. Parece que la veo, bajita y delgada, entre las bardas de la calleja, caminando a pasos menudos, rápidos, espantando a las gallinas pedresas que estremecían sus crestas y sus cobijas a la sombra de las paredes. Parece que la veo ahora, dale que dale a los ojos con los picos del pañuelo, levantando pequeñas polvaredas, tambaleándose en el tronco que hacía de puente en el reguero. Allí estaba la casa del señor cura, con su largo balcón, con su hornacina de San Francisco en el hastial del oriente, con su parra a lo largo del corredor, debajo de los nidaes prietos de las golondrinas. En el portal fueron saliendo las penas del seno de tía Rosaura como aguas puras de una fuente vieja. Sus mejillas rugosas, pajizas, estaban coloradas. Sus manos, que parecían unas pequeñas paletas morenas, no paraban de temblar. Ella había recibido una carta de Cádiz en la que le decían que su hijo estaba en la cárcel. Su hijo creía ella que estaba sirviendo en una taberna, dale que dale a las canillas de las barricadas, ahorrando para volver al pueblo y comprar una buena yunta de bueyes macarenos, un gran pedazo de tierra, un buen carro para las cosechas, para el rozo, para la leña. Pero la decían que estaba en la cárcel, que había perdido en la broza de allá abajo la conducta mansa y limpia que llevó del pueblo, que donde antes había palomas ahora se guarecían serpientes. El señor cura respondía con unos anchos suspiros. Su solideo parecía redondelito de cobre salpicado de ceniza. Su sotana tenía largos surcos derechos, garabatos, leves terroneras y bardalines de repasos. Sus zapatos parecían de cazador, de guardamonte, de calderero vagabundo.

Tía Rosaura salió de allí llorando como una niña pequeñita. Estaban ya muy mojados los picos de su pañuelo. Tiritaba como si los escarpines fueran pisando nieve. El vuelo de las golondrinas, sus chillidos, sus aletazos en la parra la daban sensaciones de avefrías en cielo turbio. Ella quería ir a Cádiz, a la rejas de la cárcel de su hijo; pero el pobre señor cura no tenía dinero que prestarla hasta que ella lo ganara, en la época del esquileo de los rebaños, con el trabajo de su rueca.

Otra vez la callejita reseca. Los gorriones se escondían del sol en los agujeros de las paredes. Los rodales calientes de los carros seguían cantando sonos monótonos de tristeza. Un pobre se ataba los cordones de los borceguíes blancuzcos de polvo en el escalón de la puerta de la iglesia. Su garrote retorcido parecía una sierpe convertida en palo. Allí está la casa de don

Salvador con sus verjas pintadas de verde, con su brocal enjabelgado. Don Salvador era chaparrete y gordo. Chispeaban los eslabones de su cadena. Sus dedos se movían al hablar como uñas de mal azor destrozando plumas de gallo. Su risa era como si estuviera aprendiendo a reír y no acabara nunca de aprender. Tampoco tenía dinero don Salvador. Tía Rosaura, acobardada, seguía tiritando por la calleja allá. Se hundían sus miradas en el polvo, en el aire, en el agua del reguero, en las sombras temblorosas de la calleja, que eran caricias de la piedra, del árbol, de la empalizada, a la humildad del camino. El pueblo estaba desierto. Toda la gente arrancaba panojas en las tierras calurosas. El alborozo de la cosecha planeaba bodas, viajes, compras, formas de descanso en el invierno. Tía Rosaura caminaba de prisa, gimiendo, como cuando se va a buscar al médico, al Viático, a la vaca perdida. Llamó en casa de don Andrés, en casa de doña Elvira, en casa de doña Encarnación. Allí tampoco había dinero. Nadie quería esperar a que ella lo ganara con el trabajo de su rueca. Entonces volvió a su casa tiritando, despacio, cansada, pensando en cosas imposibles, sintiendo el entrechoque rápido de sus dientes. Parece que la veo, como si la hubieran espantado a pedradas, atravesando el madero del arroyo, enclavijando los dedos secos, con los ojos relucientes.

Las tinieblas fueron cayendo sobre el huerto. Tía Rosaura se acurrucó ante la pusega negra de su cocina, entre unos manojos de romero y de manzanillas olorosas, entre unas trencillas de serda sin terminar y un lío de trapos para remiendos. Después se levantó del taburete, cerró los ventanos, se puso la chambra de las fiestas, de los entierros, de las bodas, tapó con ceniza las brasas del lar, cerró la puerta, escondió la llave en una grieta de la pared y comenzó a andar por el monte abajo. Ella preguntaría el camino de Cádiz a la gente que encontrara en las carreteras. Ella tenía el dinero, miles y miles de doblones, en el ansia, en el amor, en la voluntad, escondido en la alcancía del corazón. El cielo hormigueaba de estrellas...

En los doce zurroneos de los doce meses del año van cayendo, constantemente, estas onzas y estos doblones del sacrificio de muchas pobres mujeres de los doce partidos judiciales de la provincia de Santander. Al día del estudiante, de la costurera, del obrero, de la buena voluntad, estaría bien añadir el día de la Madre. Sería un homenaje edificante en estos tiempos machacadores de espíritu, en que, por quebrar todo, quiebra hasta el concepto puro de la maternidad...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 24-III-1935.

*En el concurso de toros de cabaña celebrado en Cabuérniga destacó el entusiasmo típico del pueblo de Carmona, que envió gran número de vacas escogidas, además de los sementales que obtuvieron el primer premio.—Los periódicos.*

En esa polvareda que levantaban las pezuñas de las vacas rubias veía yo muy contento, desde mi valle, la gracia sencilla del entusiasmo ahumando en tierra dura de montaña. Los hombres voceaban jovialmente con palabras romeras, y las vacas movían sus campanos. Esas voces vaqueras y el ruido errante de los grandes cencerros venían romanceando entusiasmo, brezándole entre rebujos de escajo ya con la flor amarilla. ¡Benditas sean las cosas que el entusiasmo anima, exalta y esparce! El entusiasmo es para el pensamiento lo mismo que la buena lluvia y el buen sol para la mies, lo mismo que el viento para la vela de la barca y para las aspas del molino. Falta el entusiasmo, y todo se está quieto, sedentario, como una miserable piedra estéril y como un pobre tronco que tiene heridas las raíces. Ese pelo luciente de las vacas es brillo de entusiasmo puesto allí, en las cabezas pequeñas y afiladas, en los jarretes, en los costillares, en el penacho inquieto de la cola. Es obra de entusiasmo pintada en las bestias amigas, con paciencia, con sacrificio, con afecto, con ese desvelo antiguo y heráldico del pobre labrador que simplifica sus deseos en la lana de las ovejas, en la piel de las cabras, en el árbol, en los testuces, en las gamellas, en unas humildes ruedas de piedra que hacen su harina. Su ambición natural no se despegas de estas cosas tan sencillas y tan siervas que han ido formando su carácter. Ve en ellas el bien y la esperanza, el confín de su propósito, todo lo que es desazón o tranquilidad, descanso o fatiga, ceño o sonrisa...

Querer a lo que nos rodea, compenetrarnos con su rumor o con su silencio, hacerlo medrar con nuestro afán, contemplarlo siempre amablemente, es andar pasos diarios hacia lo relativo de la felicidad. Cada uno con sus instrumentos de creación, en su ambiente, con sus trajines, puede hallar la norma definitiva de sus ansias, la fuente que busca, su cumbre, el sendero apacible de su afán. El más perfecto es el que mejor comprende lo objetivo y lo interior de su medio, el que mejor se adapta al lugar en que tiene que desenvolverse, el que no odia a su herramienta. Todo consiste en compenetrarnos con lo que nos rodea, en amar las cosas que utilizamos para crear, para descansar, para entretenernos en contemplarlas con ojos pacíficos. Querer a nuestras actividades es sedimentar en el espíritu la única filosofía

que salva y anima. Estos hombres han aprendido a querer a su ambiente, a sus herramientas, a su paisaje, que es la única manera de no estar uno enfadado siempre con la vida. No piensan en otras bifurcaciones de la ambición, del bienestar, del pasatiempo.

La felicidad está en sacar paz, ánimo, estímulo, de la mina de nuestra alma, de nuestros propios elementos. Lo más humilde, lo más insignificante, suele ser lo más feliz. A menos ambiciones corresponde más paz. Un labrador delante de sus bueyes o un poeta relejendo sus versos, pueden ser más felices que un millonario agarrado al volante de su automóvil o que un sibarita ante una mesa bien abastecida, rodado de bellas tunantas. La felicidad no la hace el exterior, la alabanza, la perspectiva. Nace dentro de uno, como raíz de nuestra tierra de carne, acostumbrándose a renunciar dignamente, a perdonar, a desgarrar envidia, a conformarnos con nuestros bienes, a exprimir de nuestro sentimiento gotas bien destiladas de paciencia, de serenidad, de tolerancia cayendo en el carácter ante las tonterías fatuas del listo, las impertinencias del tonto, los gestos de quien desprecia, las palabras del que adula. Y en sentirse uno contento en el camino por donde se va desmadejando vida...

Esos hombres que venían por allá arriba quieren a las cosas entre las que viven. Sus abarcas, sus leguas, sus azuelas, sus taburetes, sus vacas, sus tierras. Su espíritu se va quedando en ellas constantemente. De ese amor nace el entusiasmo, que es la mejor cal, la piedra más fuerte, la madera más recia para construir ideas. Ellos ponen el entusiasmo en sus vacas. Sus vacas son los principales elementos de sus actividades. A las vacas dedican más de la mitad de sus pensamientos, muchos sacrificios, muchas penas. Por ellas se anhea en las cuestas, se resuda en las praderías, se duerme en el suelo de las majadas, se aguantan intemperies, lluvias, calores, fríos. Desvelos constantes para que sean las mejores, para ir detrás de ellas sin avergonzarse por su flaqueza. Este pueblo echa su entusiasmo en sus reses, que es lo fundamental de su vida con la mies y el monte. ¡Benditos sean los pueblos y los hombres que tienen entusiasmo por alguna cosa! El entusiasmo es virtud, aunque sea puesto en una minucia. Yo nunca me burlo del entusiasmo cautivo en una manía, en una insignificancia, en una de esas puerilidades de las que el mundo suele reírse. Un buen entusiasmo por alguna buena cosa, aunque sea simple y sin trascendencia, es una brida magnífica para el temperamento, un aplacamiento de obcecaciones, de hábitos contra-productores, de ciertos devaneos insustanciales que amurrian conciencia y moral. Sentir entusiasmo por cualquier cosa buena —idea, obligación, arte— es escuchar llamadas de felicidad en nuestro olvido, es olvido de lo que no queremos recordar. Nada alivia tanto una pena, un deseo desbaratado, una



injusticia, una ingratitud, como uno de esos entusiasmos que dedicamos a una idea, a una esperanza, a una labor, a un amigo, a una doctrina.

La falta de entusiasmo es la mayor quiebra de la civilización. El hombre lo desdeña todo. El hombre nada más que pone entusiasmo en lo torpe, en el engaño, en la insidia, en la venganza, en el placer. Su vehemencia suele estar dirigida por el egoísmo, que es una degeneración consciente del entusiasmo. En nuestros trajines y en nuestras ideas nada más que ponemos el vulgar espíritu de conservación, que es cualidad del hombre, del perro, del cuervo, del tigre. Falta el entusiasmo que es patrimonio exclusivo del hombre. Falta el entusiasmo en las ideas, en las obligaciones, en los oficios, en las iniciativas comunales, en la significación pura de lo político, en la amistad, en la misericordia. El más grave achaque del mundo es la carencia de entusiasmo para arreglar las cosas, para renovar, para evitar cataclismos artificiales, para buscar rutas. El entusiasmo es en lo humano lo que el fervor en lo místico. Todo se estropea porque falta ese fervor, sangre de doctrina, de sentimiento, de justicia, de trabajo, de lo que sale del hombre y de lo que va a parar al hombre. Todo iría mejor si el entusiasmo que en sus vacas ponen los hombres de Carmona le pusiera el estudiante en sus libros, el político en su sinceridad, el joven en su vocación, el alcalde en sus edictos, el catedrático en su aula, el escritor en sus comentarios, el gobernante en sus leyes, el rico en su desprendimiento y en su compasión, el obrero en su fraternidad, la burocracia en sus diligencias, el sacerdote en sus votos, el viejo en su consejo, el juez en su justicia...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 31-III-1935.

#### 487.—ESBOZOS. PECADOS DE FLAQUEZA

*Ha ingresado en un sanatorio el muchacho de Valdepeñas maltratado constantemente por su madrastra, con el consentimiento del padre.*—Los periódicos.

Según va uno leyendo tranquilo, con el alma quieta, olvidando cosas del exterior, como paseando por un buen camino en que cada revuelta es una inesperada transición, los ojos, los pobres y ambiciosos ojos que a tantas cosas renuncian y tantas cosas han visto, tropiezan con un motivo que detiene lo veleidoso de la curiosidad y apacienta allí el pensamiento y la

meditación, antes tan remisa y tan holgazana. Lo que queda atrás es como si no hubiéramos pasado sobre ello. Se olvida lo que hace unos instantes hizo mella de regocijo o de melancolía en el ánimo. Surge un sobresalto. Parece que el alma da un brinco. Ese motivo que nos sorprende según vamos leyendo tiene más fuerza patética que los otros, más emoción, más plenitud dramática. Es como una tempestad, como un mal encuentro, como un susto en nuestro paseo...

La noticia esa, la noticia que detiene el andar de mis ojos por caminos de alfabeto armonizado, rezuma llanto de muchacho. Está hecha con maldad femenina, que es la más terrible de las maldades cuando en el seno se inquieta odio, envidia, rebujo incontenible de venganza, humillación que no se resigna. Está hecha con flaqueza de hombre que contempla con más ternura el semblante de una mala mujer que la cara de su hijo. Y con eso, con llanto de pobre mozo anñado, que recuerda a su madre muerta, que compara aquellas caricias con estos maltratos, que ve trajinar a unas manos siempre enfadadas y violentas con los mismos objetos y en las mismas labores que aquellas otras manos siempre buenas y tiernas para sus cabellos y sus mejillas. Esta noticia le hace a uno cavilar un rato. El pensamiento se va derecho hacia la condición de ciertos hombres, de muchísimos hombres, que tienen amarrada su voluntad al capricho, al coraje, a la sonrisa, al enfado de una mujer, que manda en ellos como el viento en la rama. Los días dramáticos de ese joven los ha ido marcando un minuterio de flaqueza varonil y un horario de crueldad femenina. El hombre que pierde el sentido íntimo de la dignidad por estímulo de voz que promete, por rostro de hembra, por tentación de unas palabras, es el peor y el más malaventurado de los hombres. De esta intromisión nace villanía en las obras, iniquidad, injusticia, intransigencia, soborno, torpeza de conducta.

El rumbo de la historia le ha torcido muchas veces el capricho morboso de una mujer. Ha bastado una insinuación suya, un enfado, un desdén, para que el hombre modifique su criterio justo, su técnica ejemplar, su propósito legal. En la vida vulgar sucede lo mismo. Todos los días nos encontramos con actitudes en cuya entraña rebulle el deseo, el mandato, la recomendación de una mujer, diablillo secreto que hace del hombre débil ancla o peonza, repecho o llanura, bisma o látigo, miserable o pródigo. Es la sugestión del tonel al borracho, del manjar al glotón, del dulce al goloso. Muchas palabras, muchas mudanzas de criterio, muchas rectificaciones del pensamiento, son ecos de las palabras alborotadas, rápidas, aturcidas, testarudas, de una mujer que gobierna conciencia, idea, juicio. En el epistolario de muchos grandes hombres se ve esta influencia deslizándose atrevida, sin eufemismo, royendo templanzas, haciendo escombros de energía, secando manantiales de

bondad, promoviendo protesta estéril, indignación, pesadumbre ajena. Cuando en la balanza de nuestra moral cae la mala idea, la manía, la exigencia de una mujer, y pesa más su injusto deseo que nuestro amable criterio, comenzamos a ser siervos de la intemperancia, de la soberbia, de una especie de fanatismo vestido de carne y de belleza. La amenaza de un aborrecimiento, de una represalia, es lo suficiente para que esos hombres de carácter de mimbres, obedezcan, torciendo su intención, tachando lo rubricado en su conciencia, haciendo antagonismo del primitivo pensamiento. Sus normas tienen que pasar por esa alquilara, que destila dentro de uno el veneno de la prevaricación, de la vergüenza secreta, de un remordimiento silencioso, que es como pozo ancho y profundo que va dejando allí la corriente de un amor que nos hace indignos y débiles.

La personalidad se disuelve en las preocupaciones que brotan de esa pasión. Y el carácter se hace esclavo de un semblante que cambia propósitos con su ceño o con sus sonrisas, simulando dulzura o desprecio, porque también el rostro tiene su técnica, como la cortesía, la falsedad, el arte, la guerra. Goethe, en su residencia de Weimar, enamorado, celoso de su filosofía y de sus versos, se quejaba de esa nociva influencia femenina en las decisiones de los hombres. Un espíritu así gobernado, por mala sugerencia, por temor a enojo y represalia de mujer, está predispuesto al mal. El miedo a perder esa joya engastada en su imaginación, le hace traidor, informal, ladrón, servil, cínico. La obediencia se hace costumbre, naturaleza, sustancia de su temperamento. Su idea es reflejo fiel de otro cerebro irresponsable. Cada paso y cada palabra están supeditados a una brida invisible. Cualquier engaño, cualquier injusticia, cualquier pecado, antes que ver alejarse eso que él llama felicidad, amor, belleza...

Ese pobre niño apaleado por su madrastra, con el asentimiento de su padre, es una de las muchísimas consecuencias que se derivan de la idolatría bárbara, del miedo, de la flaqueza del hombre que pisotea afectos, obligaciones, paz, dominado por una obsesión que manda en su carne y en su inteligencia. Todo pasa a un lugar secundario: el hijo, la amistad, la idea, la dignidad, el deber. Su impaciencia, su avidez, están reconcentradas en el sabor de unas promesas. Si escarbamos un poco en lo social, nos encontramos con multitud de tropelías, de sinrazones, de iniquidades que tienen sus raíces en ese acatamiento vergonzoso de ciertos hombres al capricho de una mujer repercutiendo en la interpretación de las leyes, en las urnas electorales, en todas las relaciones con los semejantes. Su flaqueza es bodega donde la hembra va estivando su antipatía a determinadas cosas, sus embelecos, sus preferencias, su veleidad. Ese padre y esa madrastra tienen para mí un intenso carácter representativo. Es sencillamente la espantosa

debilidad varonil, en todas las categorías sociales, donde lo femenino impuro y dominador escribe su código, su costumbre y su recompensa. El mundo está lleno de hombres así, que embotan sus sentimientos por malicia, por orgullo, por picardía y por soberbia de mujer. Hoy es una madrastra rural. Otras veces ha sido una duquesa, una reina, una favorita, una cortesana, una griseta...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 7-IV-1935.

#### 488.—ESBOZOS. SEMBLANTES CAMPESINOS

Me encuentro con un semblante de vieja campesina, quieta, meditativa. Cada arruga de su frente es un sendero que va hacia la muerte. Un sendero hecho por los males de la vida, asurcado en carne pajiza, con polvillo de labranza, de cuesta de monte, de lar moreno, que es el escabel del fuego donde la lumbre, tan niña y tan bailadora, no cesa de brincar bermejos y azules... Arrugas ascéticas que me traen a la imaginación largas congojas de aldea, en medio de rezos antiguos y monótonos, entre esa música de Dios que cantan los pájaros y el ritmo precipitado y alegre de los arroyos, en tierra negra en el invierno, verde en el estío, de color de piel apesadumbrada en el otoño, cuando el río empieza su penitencia de gemidos y gesticula rabiones blancos. Yo no sé lo que miran esos ojos. Lo que sí sé es que no son fiestas ni buenas cosechas ni nietos felices ni aros de panderetas alborozadas. Lo mismo puede ser un embargo que una res muerta, una hija llorando extravíos, una cruz de camposanto, un rebaño diezmado. No sé, no sé con certeza qué miran esos ojos. Sé que hay amargura de penas presentes o de recuerdos tristes que han ido resurcando más y más los senderitos que acentúan en las sienes su pendiente. Veo en la carne un atardecer pensativo de espíritu apagando candelas de esperanza. Un dolor muy grande, o muchos dolores juntos, inclinan ese pobre rostro, que tiene color de masera vieja, de cedazo venerable, de cuenco puesto hace muchos años en la balda de la alacena. No sé qué clase de angustia sale de esa expresión. Pero sé que es angustia viva, de ahora o de antes, promovida por afectos degraciados, por memorias, por injusticia tenaz del exterior, por

soledad, por cualquiera de las cosas ariscas que marcan malos números en la rueda de la fortuna, dando vueltas en la vida de uno. No es remordimiento ni renunciación que duele en la entraña ni recuerdos de culpas lejanas. Cada angustia tiene su clase de matiz. No es lo mismo una expresión de amargura nacida de un tremendo yerro, de una envidia, de unas ambiciones desbaratadas, de una malicia humillada, que una expresión de amargura brotando de un desconsuelo por pérdida de nuestra paz, de una lástima, de una buena impaciencia, de un aire dramático que zarandea nuestros sentimientos pacíficos. Este semblante es bondad sencilla que ha perdido su remanso por empujón y pedrea de lo externo, impío y egoísta. Es maldad de afuera hostilizando humildades atávicas. Su meditación parece hecha de lirios viejos y rotos, de árboles secos, de mieses destrozadas, de grieta enjuta de manantial que ya no canta con su boca de piedra o de barro. Es una meditación de ruina de cosas buenas que están sufriendo tormento de injusticia, de calumnia, de menosprecio, de hambre, de miedo a males próximos...

Después me encuentro con otro semblante. Su expresión es también mantillo terroso de angustia. El frío parece que va hundiendo mejillas, encogiéndolas, sutilizándolas, como en una purificación de nieve y de viento. Esta cara está recibiendo manotazos de invierno en intemperie errante, sumida en brumas. Yo no veo la nieve ni el hielo, ni siento al aire riendo cruelmente como un malvado por la campiña allí, embistiendo a troncos y a laderas. Pero me basta este semblante para comprender el motivo de esa sensación. Es un frío mezclado con cansancio. Se confunden el dolor del frío y el dolor de la fatiga del camino. Muchas sensaciones concretadas en una, en la más intensa, en la que más aprieta la carne húmeda, flaca, mal guarecida en ropas viejas y delgadas. Los pies desnudos chapotean en barro de valle, de hondón montuoso, de repecho. Una mano aprieta a la otra. Y en los dedos, sin contemplar el rostro, veo yo una terrible sensación de frío. Si nada más que me enseñaran estos dedos, la actitud de estas pobres manos, yo pensaría repentinamente, sin trabajo mental, en escarchas, en nordestes, en ventiscas estremeciendo el paisaje. No es dolor de punzada de escajo, de piedra que ha dado allí, de quemadura, de llaga, de cualquiera de las cosas del monte o de la mies que lastimaron las manos labradoras. Esta sensación no se confunde con otras que determinan análogas actitudes, el mismo gesto. Es el frío, nada más que el frío, sin desviarnos hacia otros aspectos, sin desorientarnos en la observación. Esos dedos rígidos se están poniendo blancos después de haber estado muy amoratados. Están próximos a ese tránsito del frío en que ya no sabemos si es quemadura, retorcimiento, brasa o hielo escondido en la carne, aguja candente pinchando en las yemas, espinas escarbando en los nudillos, en los pulpejos...



Siguen los semblantes enseñándome sus sufrimientos. No veo una cara alegre, contenta, rolliza, burlesca, riéndose de la vida. Es un desfile de pesadumbres aldeanas por distintos desaires de la felicidad. Rostros perplejos, doloridos, atormentados, ante una persona que acaba de morir. Cada semblante de éstos muestra una expresión distinta ante la misma perspectiva. En unos veo la resignación, en otros la pena, en otros el miedo a su hora de agonía, en otros una serenidad mística que trasciende a conciencia sin sombra mala ni mal ruido. Hay mucho de cristianismo puro, de filosofía natural, de superstición pacífica en estos rostros compungidos que están contemplando a la muerte. No puede estar mejor expresado lo que quema o enfría en la imaginación, lo que es inquietud sedentaria, sorpresa dramática, disimulo de dolor, miedo a la tumba. Sigo observando en el cariz de estas caras que simplifican, o, mejor, que simbolizan, el tormento, el desconsuelo, la miseria, las penas que andan por los campos en senderos de martas, de vacas, de raposas, de gusanos de luz, de candil minero. Me detengo ante una escena de maternidad que también revela sufrimiento. En el rostro de esa mujer y de esos niños se barruntan deseos de mejores horas. La privación ha ido descarnando, como quitando bálagos de carne, para que se vean las costillas, armazón, intimidación de hueso, todo lo que va descubriendo la azada del hambre clavándose en la espalda. Saetas invisibles están haciendo blanco en ese seno... Después me encuentro con un minero. Su semblante, ancho, duro, tiene la impasibilidad externa que llegan a adquirir los navegantes, los pastores, los que arañan todos los días entraña amarilla, roja, negra, de tierra, respirando noche con un alba redonda, casi imperceptible, lejana, como un agujero de claridad. Más allá un obrero del campo, cenceño, de pómulos duros, expresión serena de buen sembrador que ve en la tierra su bien y su esperanza, el principio y el fin de todas las cosas... Y cerca unas vacas en su ringlera típica, con su hocico negro en el suelo verde; un borriquillo, camino del mercado con sus cuévanos de listones...

Estos son los semblantes de madera —expresión de realidad exacta, de rostros vivos, de gestos— que nos ha presentado Mauro Muriedas en su bella exposición del Ateneo de Santander entre unos magníficos paisajes de Pisano. Cada semblante es una sensación de gente triste de campiña, un gran pensamiento tallado con emoción hecha figura, un gran entusiasmo creando reflejos de dolor humano, que ha sido la verdad, el estímulo, el ambiente del gran artista. Su técnica se nutre de evidencias sufriendo en los campos. Su tendencia a lo dramático incruento, silencioso, humilde, sale de sus mismos pasos. Es su alma buena comprendiendo a otras almas transidas, viejas, jóvenes, niñas. De esta rara compenetración, de este amor a las cosas



humildes, surge este arte sentimental, certero, bondadoso, que es lo mismo que un verso labrador de Gabriel y Galán hecho mejillas, frente, miradas...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 14-IV-1935.

#### 489.—ESBOZOS. EL CRISTO DEL CAMINO

*El Cantábrico*, 21-IV-1935. (V. O. C., págs. 321-324)

#### 490.—ESBOZOS. SENTIMIENTO Y VERDAD

*Yo ya no vivo más que para la verdad.*—Panait Istrati.

Yo también quiero dejar unas flores en la tumba de Panait Istrati. Flores de cardo, que revuelan en la llanura rumana del Baragán cuando empieza a soplar el muscal y se marcha la cigüeña. Esas pobres flores del desierto son las preferidas del escritor, quizá por ser las más despreciadas. Panait Istrati ama a todo lo que los hombres desprecian. Su literatura se basa en el amor a lo humilde. Panait Istrati representa en la nueva literatura a la sinceridad. Sus tramas novelescas son engarces artísticos de aventuras biográficas en observaciones vagabundas, casi siempre dolorosas y amargas, con exactitud de movimiento y de ambiente. El hombre hundido en desastre de alma, de afectos que huyen, de orientes y nortes perdidos, es como el elemento espiritual de su arte. La preocupación por el hombre mueve y esparce en las páginas toda su filosofía. Gorki le da la copa y él va echando en ella su experiencia, exprimiendo sensaciones, penas, miseria. Y Rolland levanta su ánimo y resucita su vocación, cuando, cansado del mundo, quiere esconderse rígido, sin latido, con sangre en la frente, en entraña de tierra. Aquellas palabras de Rolland que hicieron revivir el carácter de Panait, son como frases de un salmo milagroso al optimismo, a la voluntad, a la energía: «Comprendió que la vida era una batalla sin tregua, en la que todo

hombre digno de llamarse tal, debe luchar constantemente contra ejércitos de enemigos invisibles: las fuerzas mortíferas de la Naturaleza, los deseos turbulentos, los pensamientos oscuros, que le impulsan traidoramente a envilecerse y a anonadarse... Id a sufrir los que debéis sufrir. No se vive para ser feliz, sino para cumplir una ley... Sufre y muere, pero procura ser lo que debes ser: un hombre».

Panait sacudió su tedio de vida, restauró las ruinas de su espíritu y empezó a caminar por entre sinos zarandeados por las pasiones o empujados por los malos hombres hacia esas playas donde la pobre nave humana llega transida de temporal y de rumbos, contemplando estrellas y hervor que simbolizan idealismos y enojos destructores. Representa a la sinceridad y al idealismo casto como los mandamientos del dogma de su ingenio y de su técnica. No se puede ser sincero sin que la idea resuene en la conciencia como un sonido puro del cerebro.

La sinceridad en el arte es lo mismo que el buen temple de las campanas. Nada vibra sin esa verdad fundamental, absoluta, convertida en belleza de emoción. Lo bello embustero, falso, no subsiste. Hay una mano misteriosa en la Naturaleza que va borrando lo que es desleal con la imaginación y con el sentimiento. En arte, como en los estilos ideológicos, nada más que queda la verdad. Lo ficticio no llega a envejecer, no bifurca raíces largas y duras, no crea fronda patriarcal. Brilla un día y después se apaga. Panait Istrati pervivirá en las letras porque es un triste sembrador de realidad. Su estilo y sus motivos tienen una profunda compenetración de amor, de fuerza, de dulzura. No pueden vivir el uno sin el otro. El estilo busca la causa dramática en vida humilde, la inquietud que se está atormentando por desavenencia con el mundo, el coraje rebelde y bueno que quiere romper injusticia, prejuicio, engaño, soberbia, peña humana que es la más dura y la más sedentaria. Y el motivo se guarece en el estilo, se consuela en él, encuentra allí su lecho, su lumbre, su aire, su tierra de reposo y de salvación, su arroyo donde correr. Un paseo lento por los libros del escritor rumano es caminar por una larga verdad contemplando paisajes de mentira, de agravio, de maltrato, de humildades perseguidas y sobresaltadas en los campos.

La verdad de Panait sale de estas cosas, de la mentira de los demás, de lo que presencia en las márgenes, de lo que descubre según va andando con su palo y su atadizo de vagabundo sentimental. Su pensamiento poroso no cesa de empaparse de verdad externa, y su memoria es un zurrón donde guarda recuerdos de esas vidas infelices, que son como mendrugos de existencia, como restos de panes devorados. Su verdad está ensamblada de vicisitudes propias y ajenas. No es la invención caprichosa del artista que tra-

baja con material de suposiciones, de sugerencias intuitivas, de superficies apenas percibidas. Para el buen escritor es más difícil contar realidad que describir fantasía. La fábula o la trama inventada es episodio imaginado o conjunto de episodios que admiten lo arbitrario, lo violento o lo manso, el colorido predilecto, la virtud preferida, el defecto más odiado. La verdad tiene su pintura invariable, su quicio, su forma, sus características inflexibles. Hay que sujetarse fielmente a su matiz, a sus recovecos, a su optimismo, a su melancolía, a su ropaje y a su arteria. Y sacar lo mismo lo que nos gusta que lo que nos es ingrato, lo sombrío y lo lumionoso de ella, su víbora y su paloma, su veneno y su miel. La literatura de Panait es consecuencia natural de contactos con los ambientes y con las almas. Sus palabras son ecos de conversaciones con gentes que sufren, que tienen paciencia, que se desesperan, que se embriagan por olvidar, que desean una plenitud de justicia. El oír, el ver y el gustar convertidos en laboratorios literarios. Sus ojos no se cansan de mirar. Se encara con el mundo y dice y le repite, voceándole, la tremenda verdad de su ética, unas veces llorando a lágrima viva, y otras veces conteniendo las palabras para que no se escape con ellas el sollozo. Cada paso es una experiencia que ratifica su idea.

En todas partes encuentra un efecto que le hace sumirse más y más en su concepto del mundo y de la manera de arreglarle. Aquí pinta fachadas o ara tierra balcánica. Más allá vende baratijas o trajina en las gaviás de un velero de contrabandistas o de pescadores de esponjas. Corre el mundo y se satura de realidad. Tierras de Arabia, de Siria, de Egipto. El trabajo por el sustento, y la inquietud que da el arte. Y además la preocupación de la idea a través de esas tierras bíblicas. No es viajero que busca la costumbre, lo pintoresco, el paisaje, la arqueología. Su curiosidad busca semblantes, vidas, maneras del hombre en sus relaciones con los demás, de los que es siervo o amo. En el azar de su vida encuentra cosas concretas en las que explayar el sentimiento y la protesta de su literatura. Así van naciendo sus popes, su bandoleros, sus vírgenes, sus cínicos, sus verdugos, sus anarquistas, sus estoicos, sus mercaderes, sus labradores. Comprendía y después narraba con la desenvoltura que sólo puede conseguir el que dice su verdad y la verdad de los demás. Narrar realidades sin que la pluma se detenga por miedo, por prejuicio, por cualquiera de las malas causas, de las causas cobardes que embarazan el pensamiento, es el mejor blasón del talento, que se consuela y se educa a sí mismo consolando y educando a los demás. Panait cuenta su vida, su remordimiento, sus perplejidades. Se confiesa con el mundo sin dejar en su conciencia ninguna sombra sin esclarecer. Es tan sincero, que empieza por romper las celosías de su espíritu para que la gente contemple todo lo que en él es pecado, virtud, ambición. No debe

uno avergonzarse de estas confesiones. Es el mejor camino para llegar a un arrepentimiento definitivo. El mejor hombre es el que cuenta sus faltas con afán de purificarse, no el que hace buenas obras y las propaga por vana-gloria.

En literatura, como en todas las cosas de la vida, la sinceridad debe ser la enjundia siempre despierta del carácter. Panait debe su gloria a eso, a la sinceridad. Hay muchos que hacen bellos párrafos, pero son minoría casi insignificante los que cultivan ese don raro, enemigo del fingimiento y de la mentira. Hacer bellas páginas y además ser sincero es pisar cumbre y vivir y morir tranquilo. Primero, el cultivo de la sinceridad, y después, el cultivo del estilo. La misma sinceridad, fuerte, valiente, sencilla, se encarga de hacer el estilo. Y aprender a leer en las caras, en las angustias, en los ojos, que es donde pinta y escribe el alma. Tener más preocupación por los semblantes y la Naturaleza que por la técnica, el léxico, los libros. Todo radica en la verdad y en el sentimiento, las dos características esenciales de este escritor rumano, cuyos libros recomiendo a mis amigos como una mina donde todos pueden coger oro...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 18-IV-1935.

#### 491.—ESBOZOS. LA POLÍTICA Y LA CULTURA

*Madrid.—Ha llegado un delegado de la intelectualidad francesa con objeto de invitar a los intelectuales españoles a un congreso en el que se tratará de emprender una intensa propaganda popular de la cultura.*

La propaganda se ha limitado a lo político y a lo industrial. Estos dos sonidos son los que más intensamente han atronado al mundo. La política con su afectación de sinceridad y de sacrificio, y la industria con sus largas hipérboles de la calidad y de la eficacia esparciendo adjetivos. Cada una sigue su camino de competencia y de disputa buscando una meta análoga: la preponderancia. Toda la historia del mundo está llena de este afán de superioridad. La lucha por la preponderancia es la esencia casi absoluta de lo histórico. En todas las épocas se esparce la ambición como polvo de pensamientos cayendo en las circunstancias. Ser superior a lo que nos rodea, marcar pautas, trazar normas, imponer fuerza, ha sido el fundamento eterno y

violento de la historia abriendo puertas de futuros. En lo moderno, la industria, y la política son las que practican esa herencia clásica. Ellas son las que marcan el rumbo, las que desvían, las que sedimentan o las que apresuran los destinos colectivos. No es la razón ni el talento ni la virtud; es la cifra, la máquina, la osadía. Estas propagandas son las únicas que resuenan, impertinentes, machaconas, en el ámbito de los pueblos. Por eso la psicología de las muchedumbres, alimentada de sugerencias externas, se ha sedimentado en estos dos continentes mayores del mapa de la civilización. Industria y política constituyen la sustancia del tiempo, la raíz y la fronda de las sensaciones más intensas y más abundantes, los dos resortes más diligentes de polémica, de engarra, de negocio, de bulla. Estas características predominantes de la propaganda corren en lo social como dos ríos siempre crecidos y alborotados o como dos gigantes invencibles manejando sus hondas siempre zumbadoras. Ambos ruidos apagan otros rumores suaves —arte, poesía, cordialidad— imprescindibles para que el tímpano del mundo no acabe de romperse.

Tal como se entiende y como se practica la política, más que impulso, beneficio y arte, es picardía, dificultad, azote y quebranto de pueblos. Su predominio es acercamiento a miseria y a desorientación definitiva. Es una vieja ama de llaves que nada más que mira por su plato y por su salud. Carece de espíritu educativo, de energía moral, de todos los elementos que aderezan sinceridad, buenas costumbres, tolerancia, fineza espiritual, entusiasmo consciente, tranquilo y laborioso de las multitudes. La base de una buena política, en su sentido exacto, puro, beneficioso, tiene que ser la cultura. Ir a la renovación social por medio de la cultura. Una mala política es, ni más ni menos, que un producto natural de la mala cultura del país, de una pésima educación nacional. Ahora y casi siempre esa base ha sido construida con ignorancias, con egoísmo, con simpatías o repulsiones personales, con agradecimiento, con amenaza. Quien debe determinar la pauta de la política debe ser la cultura, popularizada, extendida, hecha carácter y timón de conductas. Hacer propaganda de cultura con la misma insistencia con que se hace de la política, de la industria, del deporte, es ir imponiendo pacíficamente consecuencias de criterios justos, no defectos de ambición, de soborno, de miedo, de ignorancia, de riqueza. En un hombre culto es más fácil que pueda más el deber que la pasión mezquina. La cultura tiene que ser el impulso de la política, su filtro, su cedazo, la que devuelva a esa palabra su verdadera significación, la que haga categorías y calidades, la que ponga vetos justos y conceda representaciones inteligentes y honestas. Todo será realidad corta, inestable, fugitiva, si no existe un ancho fondo de educación colectiva que sepa discernir, detener lo nocivo, impulsar lo

sano. Vientos de avaricia abominable, de tráfgos constantes de vanidad, de socarronerías, de engaños, son los que mueven las aspas del molino de la política. No obedece a buenas normas del espíritu dirigiendo las cosas materiales que afirman y ensanchan el trabajo, la economía, la vitalidad que sale de la mies, de la mina, del mar, de los bosques. Cuando no es el espíritu aliado con la decencia el que rige las actividades, el que maneja los materiales con que se hacen las leyes, el que da la pauta a la historia y orienta la expansión nacional, nada perdura ni hace troje seguro y permanente. Es como querer levantar un castillo sobre una choza. El cimiento está en la cultura avivando razón y alma, aclarando inteligencia, desvaneciendo la terrible superstición del miedo. Todas las consecuencias de una cultura madura, amable, íntegra, son buenas, por cualquier dirección que vayan. Lo temible es la incultura caminando franca, aunque tenga razón. La cultura mandando en la política, desembarazando, rompiendo eslabones, es la única que puede traer mudanzas buenas...

Un pueblo culto dará a la política su acepción pura, un desarrollo de acuerdo con el significado del vocablo. Aceptará o rechazará conscientemente, con pleno conocimiento de su responsabilidad. Y como la educación es la mejor lima para rosigar egoísmo, maldad, hipocresía, mansedumbre dañosa, mentira, la política sería un reflejo de los antagonismos de estas grandes tachas morales, de temperamentos limpios, de deberes inalterables, no un eco híbrido y largo de lo falso, de lo inconsciente, de lo impuro del corazón, de la veleidad por recompensa, de todos los pecados, sobornos, miedos, recelos, que llenan las urnas electorales, confesonarios de los que nadie se aparta arrepentido y avergonzado. Hacer propaganda misionera de la cultura es ir llevando a la política resonancias de entendimientos bien avenidos con la conciencia. Es seleccionar hombres y acostumbrarse a creer en el ejemplo, no en las imágenes y en las calenturas ficticias de la palabra. La palabra sin el ejemplo es lo mismo que una flor artificial. Falta el perfume, la savia, el brillo que da el rocío, el aire, el sol a los adornos de la Naturaleza...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 5-V-1935.



*Madrid.—La feria del libro está siendo muy visitada.*

Yo quisiera que nadie pasara por estas contrariedades, porque es lo mismo que tener hambre y sed. El hombre es entonces como un niño pobre, de poema sentimental, contemplando el escaparate de una confitería, los juguetes de un bazar, las naranjas amontonadas en un tenderete de barrio. La pobreza siempre anda dándose coscorrónes con la vida. En cualquier aspiración surge la dificultad como un lobo. Desear un libro y no poder adquirirlo es infantilizar trágicamente el deseo. En esta circunstancia, el hombre mandado por su vocación, lleno de pena, palpándose los bolsillos, recontando las escasas monedas, abriendo mucho los ojos ante el escaparate de la librería, se desposee de todo lo malo que la vida, los semejantes, los engaños, las falsedades van estivando en el alma. La mirada es pura con su pena y con su ansia. Entre el hombre y el libro se establece una corriente espiritual, como el choque suave de las miradas de dos místicos, de dos enamorados honestos, de dos infelices que se compenetrán. Es una especie de arrobamiento entre el ruido de la calle. El fragor del ambiente no llega en ese instante a nuestra sensibilidad, no distrae el pensamiento, no sobresalta ni desvía a nuestra atención. En ese libro que no podemos comprar, en su cubierta pintada, en sus esquinas, están poniendo los ojos una avidez intensa y dolorosa de hambriento mirando una tahona. El libro permanece tumbado al sol, entre sus compañeros de semblante rojo, azul, rubio. Somos tan desgraciados, que no podemos moverle de allí. El escaparate nos parece una prisión transparente, ensamblada de muchos colores, en la que permanece un amigo nuestro porque no tenemos fuerza ni influencia ni fianza para rescatarle, para descansar el corazón oyéndole contar sus episodios recientes o viejos, sus presentimientos, sus consejos. Cada mirada es una triste peripécia que se pasea por el alma respirando desconsuelo. El cuerpo está en la calle, ante la fachada, recibiendo contactos de los aires que levanta la gente, que son los peores y los más fríos. Y el espíritu está a la otra parte de la cristalera, acariciando la envoltura de ese otro espíritu que un compatriota o un extranjero dejaron en unos senderos negros, paralelos, simétricos, como unos escalones que conducen a la sabiduría, al alivio, a la paz moral. Va uno haciendo suposiciones acerca del lenguaje, de la idea, de la filosofía del volumen que no podemos comprar. Estas suposiciones impertinentes aumentan el deseo, descubren más cruelmente nuestra ruina, nos hacen sollozar adentro, donde la gente no lo ve. La cara es peñasco con optimismo de

buen musgo escondiendo al manantial silencioso, invisible, del que brota el llanto que nunca sale al exterior. Este lloro intenso surcando corazón, escalando entraña, es el más tremendo y el más inconsolable.

La pobreza es exaltación inmensa de renunciaciones. Piensa mucho y ríe poco. Cada paso es un desdén de las cosas que nos gustaría tener. Hoy es un libro y mañana es un medicamento, un descanso, un sanatorio, un remiendo de salud, un pequeño placer. Siempre estamos renunciando en un dramatismo incruento, callado, bien oculto —por vergüenza, por amor propio o por filosofía—, a muchas cosas imprescindibles para el organismo, la inteligencia, el espíritu. Hoy son los libros que no podemos comprar. La lectura es el único vicio que engendra virtud. Nos dicen que el libro ayuda al hombre a comprenderse, aumentar la fe en sí mismo, a desarrollar en sí la aspiración a la verdad, a luchar contra el mal en los semejantes, a despertar en las almas la serenidad, el afecto, la transigencia, el pensamiento, el sentimiento, el espíritu de la belleza. Pero él quiere aquellos libros y no puede comprarlos. Todo son consejos que no pueden obedecerse. No puede comprarlos para llenar unas estrechas baldas en la pared de su alcoba, para que le sirvan de consultorio, de breviarios, de consejeros. Su oficio, su arte, su afán de saber requieren esas lecturas preferidas. Los nervios se tensan ante los escaparates, que muchas veces son provocación inconsciente; los nervios sensibles, sacudidos, vapuleados por el imposible tan huraño y tan cínico. Hay que seguir caminando sin esa compañía, sin comprender lo que queremos comprender, sin vegetación adornando lo intelectual, en una indigencia de conocimientos esenciales para defendernos y defender a los demás, para ser más fuertes que la envidia, el pesimismo, el odio, el orgullo. Hay que seguir caminando con una apariencia de felicidad, de contento, de despreocupación, para que el mundo no se ría de las verdades trágicas de adentro...

Una tragedia es amar a la cultura y no poderla conseguir. Esos libros que se desean representan el castigo inmerecido y constante de nuestra vida, un ideal tangible, fácil, vulgar para unos y utópico para otros, como el viajar cómodamente por países remotos o convertir nuestros céntimos en onzas de oro. Nuestra inteligencia, la inteligencia del pobre, en esa especialidad de lecturas caras, será siempre eso: viaje imposible, céntimo, aspiración, pensamiento enceldado en cartuja de pobreza, unas penas vestidas de sonrisas. Yo deseo que nadie pase por el trance de que le haga falta el descanso, el aire, el ventalle puro del monte para su salud, y no pueda, por achaque económico, recobrar su energía, el entusiasmo, la fuerza. Un libro para la vocación es aire, descanso, salud, entusiasmo, oriente, buen ventalle de pinos. El ánimo sabe que allí, en aquellas páginas, está su jira campestre,

su aire, todos los elementos que necesita el espíritu para contentarse y hacerse rico. Ve en el libro la Antilla de su emigración intelectual. Quiere ir a ella para regresar enriquecido, con galanuras morales, con sortijas y cadenas de literatura, de historia, de poesía, de ciencia que no se desgastan ni se desprecian nunca. Pero es un viaje imposible. Es forzoso apaciguar el anhelo. El escaparate es un espejismo de sediento arrastrándose en unas arenas calientes. Falta ese camino de dinero por el que se llega a todas partes. El libro, presencia y ausencia. Es como museo o teatro de entrada cara. Hay que conformarse con el cartel y con la reseña... Y seguir considerando al cuerpo como un castigo y un fardo del alma.

La feria nada más que es para el que puede comprar. Y la mayor tragedia del libro, en la feria, en la librería, en el tenderete, es que el rico le desprecie y que la pobre gente no pueda comprarle...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 12-V-1935.

#### 493.—ESBOZOS. UN MISTICO DEL ARTE

*Ha sido nombrado presidente honorario de Bibliotecas y Museos, don Antonio Plasencia.*—Los periódicos.

Cuando habla no piensa uno en su edad. Si cerráramos los ojos nos parecería estar escuchando la palabra briosa de un mozo lampiño que conversa de su arte, de sus ideas, de lo que ha hecho y de lo que va a hacer. Este anciano no tiene escarcha en el carácter. Su temperamento se expande buenamente en una sinceridad fina de poeta o de marino clásico que ya hace años que ha dejado de correr el mundo. Parece que su carácter se ha ido formando entre vientos sin estorbo, brezando agua y masteleros, a la sombra de unas velas, marcando rumbos y escribiendo y leyendo versos en un camarote diminuto, después de observar las estrellas, los faros, las islas. Cada palabra es un buen brinco del ánimo; un acento de flauta vieja tocada por un joven; agua siempre viva, alegre y nueva saliendo de una fuente antigua y prestigiosa, por su pureza, con rumor cordial y sereno. Yo quisiera llegar a la vejez con ese optimismo, con esa paz, con ese rebullicio interno, tan suave y tan honesto, que sentirá don Antonio en su patriarcado de arte,

de bondad, de sentimentalismo vivo y ancho, esparcido, como malvas y arracán, en sus versos, en sus afabilidades, en sus consejos. El cuenta sus cosas de ahora y de antes con sencillez. La sencillez ha sido la túnica de su conducta, el aire de su inspiración, el aliño de sus páginas. La sencillez quita borrascas y enfado a la vida y la hace vieja. Su imagen, en la conversación, trasciende a pedacito de paisaje, a verso griego, a salmo, a sextante jugando con estrellas náuticas en la noche del mar. Y sus ojos, curiosos, listos, que brillan con puras claridades, parece que quieren escaparse del rostro cuando contemplan el arte natural del campo, de la montaña, de las orillas de los caminos. Hay frenesí de muchacho artista en estas miradas que no acaban de saciarse de naturaleza, de colores, de cumbres. Una hora de conversación con este anciano es vaciar el cuenco del pesimismo y hacer acopio de energía espiritual. Sus palabras son arengas de entusiasmo. A unas frases tuyas debo yo remozamiento de constancia y de fe en mi camino de literatura. Un estímulo blando, afable, sincero, es siempre victoria definitiva contra la pereza, el cansancio, la pena. Saliendo de un viejo artista, además de victoria, es bendición casi divina...

Don Antonio es animador de entusiasmos. Sus palabras ahuyentan maleficio de fatiga, de pereza, de miedo a la vida, de cobardía ante las armas perversas del engaño, de la competencia, de la envidia. Son como oasis en la vida de uno. Llegar a la vejez con ese calor moral, con esa sonrisa que trasciende a juventud, con ese apego al arte, es lo mismo que no sentir en el alma la llamada y la despedida de los años haciendo surco en el semblante y nevando en los cabellos. Es como estar leyendo siempre un libro inacabable, de aventuras, de episodios sentimentales, de escenas alegres y castas, de viajes largos por países que quisiéramos conocer. Una vocación es eso: atareamiento grato de la inteligencia en una labor que no envejece el espíritu, que hace permanencia de juventud en el talento, en la palabra, en el ingenio, en el corazón. Por eso don Antonio, con el coloño de sus noventa años, revive todos los días sensaciones jóvenes, repitiendo sabores de alba lejana. Sus juicios tienen siempre fragancias de juventud que empieza a versificar, a pintar paisajes, a hacer estatuas, a cincelar. No hay atascamiento de ruedas viejas en la cambera larga de sus años. Sus molares intelectuales no están estropeados. La vocación, el ejercicio espiritual del Arte, son los que han hecho perdurar energía, entusiasmo, fuerza en el alma de este poeta. Desde sus albores, el arte fue su refugio, su alivio, su playa, su consuelo. Es un místico del Arte con sus disciplinas y sus arrobamientos. Para el Arte, el ardor, la esperanza, el recogimiento. Cada día de su vida es una peregrinación humilde a ese templo. El sabe que la compenetración más pura entre los hombres está en el Arte. Fomentar el Arte, esparcirle, popularizarle,

es crear espíritu y aproximar caracteres en una avenencia perdurable; es reconciliar al hombre con lo divino de lo humano; es darle elemento suave de descanso, de cultura, de afabilidad, en medio de las inquietudes diarias. Es labor social que aviva sensibilidad, desbasta gustos, afina modos, lenguaje, conceptos, renueva sabores y panoramas. Decía Goethe que divulgar belleza de letras, de música, de colores, de todo en lo que el hombre pone fantasía, realidad, ingenio, alegría, tristeza, sensaciones trágicas o dulces, es amansar criterios borrascosos por ignorancia o hastío; enseñar a sentir a los insensibles por cachaza moral; recrear, vitalizar temperamento. Este don Antonio, tan poeta y tan afable, que es ser alma dos veces, sigue esta norma como ley de su pensamiento en sus relaciones con el pensamiento de los demás.

Ve en el Arte un acercamiento de criterios, una modificación favorable de las costumbres, una escuela que enseña a embellecer el espíritu y a vestirle con sugerencias limpias, veraces y sabias. Cree en su eficacia social, en su influencia en la educación de la gente, en su nexo de paz, de respeto, de suavidad y templanza en las disputas, en las formas, en los desacuerdos. Incrementar contemplación de arte —biblioteca, museo, teatro— es ir acostumbrando a mirar bien, a apaciguar iras, a serenar impaciencia, que son las tres cosas imprescindibles que andan escasas en el mundo. Las malas miradas, la impaciencia y la ira, son la perdición del mundo, su basilisco, su cicuta. No es utopía bella de poeta o de soñador poner en el Arte la esperanza de una modificación de costumbres. Yo creo que es el sistema más factible y más sencillo para que el mundo acabe de educarse y abra la puerta de la verdadera civilización. Hoy el mundo es un cerebro inmenso y potente, pero frío. Está educado con hierro, con hélices, con ruidos mecánicos, con materia. Falta el sentimiento, que es la lluvia y el sol de la cosecha moral del mundo. Crear sentimientos es utilizar ideas, purificar costumbres, corregir las erratas del carácter. El Arte es un hermoso camino que puede conducir a estas apremiantes enmiendas. Fomentar Arte, esparcirle, favorecerle y considerarle como elemento magnífico para mejorar la condición humana, ha sido la preocupación tenaz y bondadosa de este viejo poeta, que parece un joven, sensato, sabio, sencillo, contando las cosas de un viejo.

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 19-V-1935.

*Madrid.—Cuando maltrataba a su esposa, un hijo del matrimonio empujó a su padre, sujeto de pésima conducta, birléndose gravemente al caerse.—Los periódicos.*

El golpeteo fuerte del pequeño picaporte o el repique de los nudillos en la puerta repercute en el ánimo de los que están en casa. Son llamadas conocidas que sobresaltan a la madre y a los hijos como una proximidad de castigo. Es lo mismo que cuando sentimos la iniciación de un dolor material que viene de vez en cuando a estropearnos felicidad, sueño, sonrisa, esas alegrías cortas de los infelices, no más largas que el pico de un ruiseñor. Un dolor muy conocido que ya no nos sorprende porque le esperamos a cada instante, con miedo y con desconsuelo, deseando que pasen las horas corriendo, velozmente, para llegar al alivio, aunque así nos vayamos aproximando a la muerte. La casa enmudece repentinamente. Las estancias parece que se quedan vacías, sin las palabras de la riña infantil, del cantar, de la inocente envidia de los niños que quieren todos la misma cosa. Es muy frecuente en las casas de los pobres que los hijos quieran todos la misma cosa. Una cosa insignificante y mezquina, pero imprescindible. Y es terrible no tener más que una cosa de éstas cuando los hijos la quieren para dar solaz a sus dientes, a sus manos, a sus ojos. Entonces, las voces, los lloros, los gritos de las criaturas son un motín diminuto, un aprendizaje inconsciente y natural de revuelta justa de hombres, de padres medio locos que necesitan muchas cosas urgentes, precisas. En estos pequeños ensayos de la infancia veo yo el balbuceo de una doctrina social que se aprende sin libros y sin propaganda, nada más que con la repetición de las necesidades, haciendo pensamiento, gobernando sentidos. Siempre lo incompleto en lo necesario. El símbolo de la pobreza le hizo Roos, pintando una caldera sin asa y sin fondo, una torre sin campanas, un cobertizo sin techo, una sierra sin dientes... Antes de que sonaran los nudillos o el picaporte, la casa era como un tambor en pleno redoble. El suelo del carrejo es parche de tabla donde los niños redoblan sus puros placeres. Aprenden a andar en él, entre paredes, en una extensión limitada por muros blancos, ahumados o vestidos de papel, como si ya, al principio de la vida, la naturaleza se complaciera en advertir al hombre que nunca pasarán las realidades de sus deseos, de sus ambiciones, de sus fuerzas, más allá de las murallas invisibles que cercan a la voluntad, a la inteligencia, al ansia... Esa llamada apacigua saltos, silbos, voces, trastazos. El alboroto infantil se aseña súbitamente en quietud y en



silencio. La estampa del padre interrumpe saltos, carreras, disputas. Su presencia es como un invierno, como lluvia y borrasca que nos sorprende jugando en la plaza, en el campo. Levanta un aire frío que aterece el contento y el entusiasmo de los niños. Miedo de pájaros mirados de cerca por un milano.

Estos niños tienen miedo a su padre. Tener miedo al padre es lo más trágico de la infancia. Más que el hambre, más que la infeliz envidia de juego y de pan, más que el maltrato de madrastra, de amo duro y miserable, de hermanastro falso, malo. Cuando el padre llama a la puerta sienten como un tecleo rápido de dedos helados en la pobre carne estremecida o tentando nervios, espíritu, escondites de cerebro en agraz. Picotazos de fuego en el seno, en las sienes, en la nuca. El padre siempre está descontento y serio. Parece un avaro sin tesoro o un especulador de mala suerte. Al verle entrar, la pobre mujer sonríe humildemente, amante y sierva, y le mira al rostro con incertidumbre. Es terrible que una pobre mujer y unos niños tengan que mirar en la puerta el semblante del esposo y del padre para ver si pueden cantar, jugar, comer tranquilos, reírse. Su cariz es una indicación muda, una veda y una amenaza. Casi nunca tiene miradas de consentimiento. Un nimio motivo se convierte en enorme alboroto. Una réplica suave, sencilla, cariñosa de la hembra pacífica, forma una tempestad en la palabra, en el gesto, en los movimientos del varón. Empieza a desfogar en casa los disgustos de la calle. El mundo pone vicio, ira, turbulencia, en el carácter de este hombre, y la familia es tierra humilde y sufrida en la que el alma zahareña arroja la piedra de su furia, de su fracaso, de su sinsabor. Estos niños crecen entre estos vientos domésticos, siempre de temporal y de invierno. El padre es centella que cae en la malva de la madre. Su estrépito de voces, de corajes, de juramentos, va rayando entraña pura infantil, borrando la primera línea que escribe el optimismo en el carácter. Estos pobres niños se acostumbran a considerar al hogar como un triste sitio donde un hombre intolerable es cuña, látigo, juez injusto y terco de una mujer que gime silenciosamente. La calle, el vino, los deseos sin puerta por donde entrar, los proyectos malogrados, van llenando la moral de este hombre sin paciencia, sin tolerancia, sin voluntad, deteniendo ira, que es como no ser persona, como ser organismo, nada más que organismo humano con milagro de movimiento, de sensación material, de egoísmo, de furia. Es ser elemento humano por la carne, por la forma, por la palabra, no hombre, no alma, no unidad espiritual en la inmensa cifra del mundo. Este hombre, en vez de afecto fraternal, crea repulsión a su alrededor. Dice palabras que estrujan como manos bárbaras. Las palabras son a veces dedos que aprietan y pellizcan espíritu. Son los puñales y las balas del alma. Palabras que tienen

filo de navaja, punta de garfio, puño duro, tralla. A veces es menos dolorosa una paliza que una palabra. Se soportan mejor los golpes que ciertas frases y ciertas miradas...

En esta casa se concilian los golpes y las palabras como hembras malas y varones groseros. Cuando se marcha el padre es lo mismo que si volviera el buen tiempo. Cuando regresa es como si volviera el temporal, el rayo, la niebla. Siempre con la tremenda pesadilla del vendaval. La llamada del picaporte es el primer trueno de la tormenta. Después vienen los chasquidos, los vientos. Y los niños no saben dónde guarecerse. Su ánimo se va encogiendo como cuerpo que tiene mucho frío. Sus caras son de nazarenos pequeñitos. Así van creciendo entre huracanes domésticos, que son los más espantosos. Y empiezan a aborrecer al padre. El aborrecimiento es la primera fulguración del odio. Un odio en el alma de un niño es gusano que se guarece en un clavel, unas ramas arañando un remanso. No busca el niño a ese odio. Le encuentra como un accidente cualquiera de su camino. Es el odio el que se posa en él inesperadamente como un gavilán en un arbusto o como polvo que levanta el viento. En este caso, el padre es el gusano, el gavilán, la polvareda. Se aborrece todo lo que nos hace daño, lo que nos cercena alegría, paz, alimento, tranquilidad. Un padre así, en el concepto embrionario del niño, es un hombre malo que hace llorar a su madre, que la pega y la insulta. Nada más que un hombre malo a quien tiene miedo. Cuando en los instantes de buen humor —sol de invierno— le acaricia y le besa, esos besos y esas caricias le molestan, le repugnan, porque recuerda el pobre niño las iras recientes y presiente lo que vendrá después. Está entre unas memorias dolorosas y un presentimiento dramático. No alivia una amabilidad de quien nos injuria y de quien sabemos que nos va a volver a injuriar. Esas rodillas son de escajo, esas manos le parecen de vidrio. Hace daño el contacto, el aliento, la voz. De nada vale el vestido, el alimento, el lecho, si nos desnudan y enfrían el espíritu, si nos atormentan con voces, con palizas, con escándalos, con gemidos de madre infeliz, mansa. En muchas casas sucede esto. El padre es el tirano, la madre la sierva pacífica y dulce, los niños, simplemente la consecuencia viciosa de un deseo peculiar del hombre, del tigre, del corzo. Ese odio que se va sedimentando todos los días en el corazón del hijo, estalla en cualquier hora por opresión natural de la ira ante una mano que maltrata y una madre que solloza. Ve sangre en una cara pálida de Dolorosa. Y empuja al hombre, al padre, como a un malvado que ha entrado en casa...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 26-V-1935.

*En Francia se está conmemorando el cincuentenario de la muerte de Víctor Hugo.*

Aparte de su ingenio, de su inmenso raudal poético, de su filosofía amable y compasiva, yo quiero a la literatura de Víctor Hugo por su ilimitada ternura hacia la infancia. Sus pensamientos de raíz de roble, de flor, de cimiento de castillo, de cimera de abeto; sus pensamientos, que remontan estrellas y se hunden en abismos tenebrosos de tierra y de mar, están salpicados de amores infantiles, que son como palomas y como mariposas posadas en la maravillosa arquitectura de su arte.

Niños de feria, de carricoches de saltimbanquis, de dárseñas, de tabernas con clamores de borrachos, de pueblos de la landa arenosa, perdidos en la monotonía de una tierra triste, arrastrándose en el rocío, en la nieve. Le preocupa el comienzo, el tallo de la vida, el embrión del carácter y del sino. En lo inicial se concreta su filosofía humana, porque sabe que el primer accidente, la primera lágrima trágica, el primer envite de la amargura, suelen dar forma definitiva al sentimiento, dirección a lo espiritual de la vida, molde duradero al carácter.

La alegría, la tristeza, la necesidad, la abundancia, en lo inicial de la existencia, son los materiales con que se hace el espíritu, la calidad brumosa o transparente, tímida o atrevida, recelosa o franca, del carácter; la cal, la piedra, el mármol, el adobe de la casa del alma.

Víctor Hugo dirige el anteojo de su ingenio y de su sensibilidad a lo que visto desde la vejez es ya remoto, casi imaginado y no vivido, en nuestros propios años.

Desde la infancia a la vejez, entre una y otra linde de los dos crepúsculos, el hombre es como un nexo de pasiones, de penas, de victorias, de fracasos, de placeres, de sufrimientos, limitado por una inexperiencia inocente y una experiencia que, ya cansada, también se convierte en inocente.

La infancia es sueño que pronto va a despertar. La vejez es vida sabia, muy gozada o muy sufrida, sonnolienta, que empieza a dormirse en inocencia niña. Por esto la simpatía, la compenetración, la amistad, entre los niños y los viejos. Los unos van despertando de ese sueño intacto de impureza, inocente, vivaracho, y los otros también empiezan a despertar de ese largo sueño de cansancios, de goces, de sinsabores, de tareas, para dormirse otra vez en candidez, como si no hubieran dado mal uso a la carne, al alma, a la palabra, a las miradas.

Cuando Víctor Hugo se va acercando a ese extremo, que es alba del misterio de la muerte, diana de instrumentos estropeados, sin vibraciones cristalinas, que avivan lo matutino de la otra vida, su ingenio se infantiliza. Es gracia de infancia en vocablo y en imagen de anciano. Hasta el estilo adquiere una fragancia, un brinco ágil, un juego de niñez. En motivos de la infancia derrama él su segunda inocencia, la última, la que va limpiando sedimentos malos, polvo de lucha, huella de pecado, cardenillo de vicio, todo lo que las furiosas ventoleras del mundo han arrastrado hasta allí, hasta el alma remolineando...

Entonces el poeta acicala más su cerebro para cobijar en él cosas de infancia. Parece un castillo enorme convertido en asilo.

Esta preocupación sentimental, lo postrero, lo más casto, lo más fervoroso de su romanticismo viste de sencillez a sus páginas. Hay estilos de levita, de volante de dama de hace cien años, de casaca, de zamarra de pastor, de casulla, de vestido ligero de cortesana, de zagalejo de campesina. El estilo de Víctor Hugo en esos momentos en que parece que le vuelve a la boca el sabor de las moras cogidas a lo largo de los caminos, es de blusa de muchacho pobre, de delantal de niña. Estilo de tierra llana, de vega tendida al sol, de arroyo que surca valles.

No se debe usar el mismo estilo cantando a los hombres que cantando a los niños. Sabe el poeta que no es lo mismo encararse con una tempestad que con un pobre lirio.

El estilo es rastro de sensaciones después de encararse con las cosas.

Víctor Hugo, cuando apacienta su genio en la infancia, baja la tapa del órgano y coge un salterio. Su voz no es de juez, de Elías temible y colérico, de monje reclamando penitencia, contricción, honestidad. Su voz, entonces, es de Nazareno pidiendo presencia de niños; voz de abuelo, de franciscano viejecito y cándido conversando en el atrio con unos párvulos, en paz, con mansedumbre, con gracia de justo, porque sabe que para llegar a santo, mejor que los ayunos y los latigazos, es prodigar mucho amor a los semejantes y morirse tranquilo dejando esparcido el corazón en el mundo.

Las buenas tareas son las que dejan los buenos recuerdos, las que tejen santidad. Yo no sé por qué hay tantos que sin ser buenos aspiran a santos. Otros, siendo buenos no aspiran a nada, que es la verdadera santidad, porque piensan en la satisfacción íntima y secreta y no en la alabanza de los hombres.

Esa voz del poeta hablando de los niños, es de santo, de santo que lo es sin aspirar a serlo. Es distinta de la que emplea para hablar a Dios, al hombre, a la mujer, a la borrasca, a las ruinas. La quita el estruendo, la va adelgazando, hace el milagro de convertir a su roble, al tronco de su roble,

en una varita flexible, tierna, como ésas en que los niños cuelgan los casca-  
beles de Navidad. Su campana se convierte en timbalillo cristalino. El estilo,  
antes bronce, huracán, bosque estremecido por el viento, es ahora espiga, aire  
suave meciendo palmeras, barca sencilla navegando en un estuario pacífico,  
no bergantín en unas procelas, mar adentro...

Yo me asombro de esa ternura de Víctor Hugo, que logra hacer, des-  
pués de una homilía laica para los hombres, de un enfado, de una tremenda  
imprecación, truenos y tempestades de su talento, un susurro, un surtidor,  
una caricia.

Primero, profeta abominando de la maldad, de la avaricia, de la injusti-  
cia, hiriendo costra dura de pecado, talando mentiras, invocando bondad.  
Y después, entre estas cosas de miserables, de grisetas, de truhanes, de lores  
que no hacen caso de la miseria, de mujeres engañadas o de mujeres que  
engañan, el himno victorioso o trágico del niño, sonido agridulce entre  
sollozo y gorjeo.

Aquí, en este terreno de pureza —tierra limpia, limpia, que no parece  
tierra, que no parece suelo humano—, es donde Víctor Hugo extiende al  
sol, como redes, como cosechas, como vestiduras de vírgenes y de justos,  
unos sentimientos sublimes que parecen de dioses o de mitos fraternales y  
todopoderosos. Entonces su literatura, que fue órgano para los hombres, es  
salterio para los niños.

El cobijo blando y caliente de esas páginas, es un manto de viejo que  
abriga frío y miedo de niños sin suerte.

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 2-VI-1935.

#### 496.—ESBOZOS. EL CHARCO Y LAS ESTRELLAS

La compasión es venda de espíritus que se han caído por resbala-  
miento de la voluntad o por empujón de agravios, de desgracias, de desen-  
gaños. Es palanca levantando esperanzas, entusiasmos, fe en los días y en  
los hombres. En la humano, en estos desaires de la fortuna, de la tranqui-  
lidad, del contento animando almas, hace más la ignorancia compasiva que  
la sabiduría que no siente compasión. Por eso yo divido a la gente en dos  
únicos grupos: gente que es compasiva y gente que no lo es. Todo depende  
del crecimiento o de la mengua de esta calidad, de la tarea tarda o diligente

de esta virtud apaciguando gritos de dolor de carne o de dolor de espíritu, penas, protestas, clamores. La compasión es afán natural de justicia, que no necesita ley ni estímulo ni amenaza. Es don instintivo que nace en la entraña como el amor, la humildad, la sencillez, el desprendimiento, como flor campestre que nadie cultiva, sin azuzamiento externo ni gula de recompensa. La práctica de la justicia social es muchas veces consecuencia de temor, de amenaza, de imposición razonable, de miedo a la violencia. No es espontánea, sincera y sentimental, como la compasión. En su fondo queda un poso inevitable, resquemor, ira callada que no se atreve a dar voces. Yo comparo ciertas prácticas de la justicia con esas obediencias forzosas que cumplimos por evitarnos castigo, disgusto, represalia. Se hace de mala gana, con enfado oculto, con rabia silenciosa, como labor que nos es antipática, porque desbarata nuestro ocio, interrumpe nuestro recreo o mengua nuestra comodidad. Pero la compasión, no. La compasión no es obediencia remisa, ni desgana convertida en prisa por el miedo, ni estatismo sedentario que se hace movimiento por fuerza de ley, por todo lo que impone obligaciones que burlaríamos de buena gana. Es, sencillamente, una inclinación moral que crece apacible y llena de amabilidad, sin espoleos, sin el acicate de los temores religiosos o terrenales, por bondad de espíritu, por esa rara concordia íntima que hace de la conciencia una celda de paz. Es como labor simpática que hacemos sin que nos lo mande nadie, porque así lo quiere el alma, por afición natural del carácter, porque la sensibilidad quiere alimentarse así.

Esta es la profunda, la dilatada diferencia que existe entre la práctica de la justicia y la práctica de la compasión. La primera suele ser torcedura de voluntad, que se endereza por fuerza de disciplina extraña, penitencia que se cumple trabajosamente por miedo a otra penitencia más áspera y más dolorosa; multa, impuesto, contribución, limosna que nos pide un hombre forzado, de mal semblante, empuñando un garrote, en un camino solitario, lejos de las casas, de la gente. La segunda es ofrecimiento de caricia que no se implora por timidez, por vergüenza o por recelo; palabra que sale espontánea, como agua pura de fuente montés, consolando queja, remordimiento, cansancio de corazón y de ánimo; diezmo voluntario que se reparte sin que el semblante muestre pesar por lo que damos; dádiva que aplaca lo ajeno, sin insistencia del que pide para convencernos; afecto desparrahado, como orcita de miel, en la intención, en el pensamiento, en la mirada, en la actitud, en las palabras. Cuando la justicia es fruto de la compasión, de la verdad espiritual, de un sentimiento hondo y fraternal que baña conciencia, cerebro, idea, los pueblos pueden salvarse, porque es la sinceridad la que hace esa justicia. Y la sinceridad es el mejor impulso de las acciones, la que hace las vías largas y perdurables, el único cimiento de las



cosas. No subsiste lo que no es sincero. Tarde o temprano viene el viento de la verdad y lo derrumba. Pero cuando la justicia nace de acicates, de temores, de amenazas, de insistencias que nos molestan, de concesiones que hacemos para librarnos de impertinencias incesantes, los pueblos no pueden salvarse porque no es la verdad, el buen sentimiento, la pureza de conciencia, lo que hace esa justicia. Pronto se cansa uno de ayudar al que no se ama. No puede sostenerse lo que no se siente. Siempre tratamos de burlar la ley que no nos es grata. Más que a cumplir las leyes, se enseña a burlarlas por influencia, por dinero, por picardía. Por eso yo no tengo más fe mundana que en la sinceridad, en los sentimientos amables, en la compasión particular.

He dicho muchas veces que si el mundo se salva algún día ha de ser por dulcificación, por bonanza y por nobleza de la conducta individual, no por exigencia de ley, y menos cuando ésta pide sacrificio, desprendimiento, limitación de lo económico en beneficio ajeno. Va uno perdiendo la fe en las leyes de eso que se llama justicia social. Nada más que creo en la bondad; en eso, en la compasión. Hombres buenos, hombres compasivos, hombres generosos. Estamos ya agobiados de tantas palabras bellas que en la práctica son acciones feas. Hombres compasivos con el carácter hecho ley andariego, como cosa de naturaleza; ley de espíritu, no de cráneo, escrita con sentimiento allá dentro, leída con el alma a todas las horas, aireada en la voz, en el semblante, en el ejemplo. Yo no tengo en cuenta la multitud de grupos doctrinales al analizar lo presente y el futuro imaginado del mundo. Todas las ideas tienen un espíritu maravilloso. Después viene la materia y es como excremento de ave de rapiña cayendo en las flores de los campos. Nada sabe bien si los intérpretes son inmorales, perezosos, egoístas. En vez de esparcir fe se siembra desconfianza, que es uno de los aspectos del pesimismo, imperando, abrumando, en el presente del mundo. Cuando se desconfía de los intérpretes de las ideas, es lo mismo que cuando vemos que el caudillo reclama valor y es cobarde, lo mismo que cuando el sacerdote pide humildad y es soberbio, igual que cuando unos compañeros que pregonan ayuda mutua, afecto, amparo sin límites, rehuyen, cautos, nuestro encuentro, el encuentro con el hombre desgraciado, por miedo a que les pida algo que amengüe sus vasos de vino, su petaca, sus vicios. Buenas doctrinas con malos intérpretes es lo mismo que agua cristalina en un vaso sucio, polvoriento, como antorcha encendida que cae en un pozo. Una idea fraterna, humanísima, con muchos hombres miserables, egoístas, torpes, que no ayudan al compañero ni le protegen ni le animan, y con pocos hombres desprendidos, francos, espléndidos de intención y de ejercicio, resulta inhumana y falsa en la práctica, que es donde se controlan las tareas de las doctrinas y los hechos de la

gente, la sabiduría, la modestia, la dignidad, todo el abolengo de las virtudes y de los méritos. El ejercicio bastardeado de una buena doctrina siempre me ha parecido un charco en el que se reflejan unas estrellas. La única verdad es el charco, el charco. Las estrellas parece que están allí, pero no están allí, como no está el cuerpo en el cristal del espejo.

No hay mejor doctrina que la de un temperamento afable, sincero, compasivo, rico o pobre, pastor o fraile, vagabundo o sedentario. Un hombre compasivo lo mismo da que pertenezca a una que a otra tendencia. Es bueno y con eso basta. Hay quien pertenece a una doctrina humanísima y es malo, villano, avaro, glotón, falso. Yo ya sé que esto que estoy diciendo no tiene filosofía ni enjundia. Ni falta que hace. Lo sencillo y lo verdadero no necesita de esas cosas. Para arreglar el mundo no hace falta ni filosofía ni enjundia ni mucho talento ni alambicamiento retórico. Nada más que hace falta sencillez, que es lo natural y lo transparente. No se trata de cultura. Se trata de bondad y de compasión. Ya está uno harto de sociólogos sibaritas, complicados, metafísicos, poltroneros que glotonen y predicán la parquedad en el mantenimiento, en el placer, en la diversión, en todo lo que solaza al bestia del cuerpo. Falta la compasión y todo se desvanece: espíritu y verdad. La compasión se nutre de transigencia, de recato, de generosidad, de miradas afables, que es la mejor idea. Pero sucede que la mayor parte de los afiliados en las ideas que exigen estas cosas, no son afables, ni tolerantes, ni generosos. Vosotros, hombres infelices, desengañados, que andáis por ahí arrastrando vuestras penas, ya me entendéis. Y estaréis de acuerdo conmigo en que sólo, sólo, existen dos tendencias sociales, dos grupos, dos partidos: el de los hombres compasivos y el de los hombres que no son compasivos...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 9-VI-1935.

#### 497.—ESBOZOS. LAS CUATRO MONEDAS

*Hay que atender al problema de la juventud, que encuentra cerrados sus caminos y no se resigna a la inacción.—  
Gallart, de la Liga.*

Este joven aguileño, alto y delgado, empieza a hablar con humildad. Sus ojos muestran cansancio, el cansancio de querer hacer muchas cosas y

no poder hacer ninguna. Cada palabra es martillo, puñada, piedra, en mi ánimo. Sus dolores me traen recuerdos de mi juventud, cuando uno contemplaba con envidia los zapatos brillantes de los otros, los sombreros verdes, las corbatas, la cadenita del reloj. La calle era un estímulo de vergüenza, esa vergüenza natural de la mocedad, que tiene su orgullo en el traje, en la fina pechera de la camisa, en la petaca de piel reluciente. Le daba a uno vergüenza andar así, con deshilachuras, con telas descoloridas, restregadas, con las tristes cicatrices de los repasos. Parecía oprobio saliendo de las miradas de la gente bien vestida, de los desprecios de las muchachas gentiles, hijas de pobres y amigas de los señoritos; de los desaires de los caballeros a quienes visitábamos con una tarjeta de falsa recomendación. Le miraban a uno mal los porteros, los ordenanzas, los secretarios, los lacayos. Sí, en este joven veo yo pensamientos, impacencias, recelos, tristezas, de mi juventud. Estruja la boina con sus manos largas y flacas que todavía tienen inquietud de adolescencia como si recordaran juegos, zumbales, palillos de tamboril, trompetas, hojas de cuentos pequeños. No se ha ido de sus dedos la costumbre de enredar, de no estarse quietos, que permanece hasta que empezamos a trajinar con cualquier herramienta. Muchas veces, las manos descubren las verdaderas sensaciones que atraviesan el espíritu, aunque el semblante haya aprendido a fingir impasibilidad. Cuando tratéis con hombres que os parezcan impasibles, serenos, indiferentes, cuyo rostro os desorienta y no os deje percibir la verdad de su entraña, de su sonrisa, de sus palabras, fijaos bien en sus manos. En ellas, que unas veces se ponen rígidas, otras veces se encorvan, se aprietan, se estremecen, se impacientan en sacudidas repentinas, descubriréis la verdad de la sensación que oculta el semblante. Parece que la conciencia refleja su realidad, la sensación de la circunstancia, en la inquietud de los dedos adquiriendo forma de rastrillo, apretando un palillero, jugando con un lápiz, escarbando en los bolsillos, tamborileando en la carpeta o en el cristal de la ventana, cambiando de sitio las cosas del pupitre, liando un cigarro.

Mirad las manos cuando dudéis de las caras. Y ellas os darán a conocer la rabia, el desprecio, la ira, la desconfianza, el aburrimiento, aunque el semblante disimule paz, afecto, templanza, franqueza, contento. Las manos de este joven no han perdido todavía las costumbres de la infancia. En ellas veo yo pequeños enfados infantiles. El estrujamiento de la boina me enseña una ira que todavía es niña, agrazada, tímida, como picotazo de mirlo que ha empezado a volar hace pocos días. Su cara finge resignación, calma interna, serenidad. Aún no se atreve a dejar salir a sus penas, a su ira, al cansancio de su paciencia en palabras alborotadas, rápidas, frenéticas. Pensará que no es cortés comportarse así en casa ajena, aunque la furia aguantada haga

más daño explotando adentro. Sus palabras van naciendo mansas, suaves, dóciles, contando miserias, incertidumbres, perplejidades ante la vida y los hombres. Pero las manos, las manos, yo me fijo en las manos, muestran un terrible alboroto del alma. La voz es paz y las manos son furia. El quiere pasar por hombre cortés que cuenta sus desazones suavemente, tranquilo, por miedo a molestar. En las frases hay dolor sin retumbos, sin coraje, sin odio, sin espumarajos de cólera. Apacienta su voluntad en la garganta y consigue dominar el enfado que quiere salir en la voz. Una sonrisa fija es engaño de su rostro. Sonrisa que es trazo de careta, ventanilla iluminada desde fuera con interior tenebroso, chispeo de oro falso. Una apariencia de estoicismo, de amargura filosóficamente soportada, de esperanza o de resignación que engañan, que hacen creer en la mentira. Oyendo a éste joven, los culpables de sus cuitas no temblarían. No se ve en sus palabras ni la amenaza ni el reproche ni el rencor. Pero esas manos, esas manos que me obsesionan como una cara bermeja de furia, son también palabras. Las veo estrujar la boina como si fuera carne aborrecida, odiada. Las veo cerrarse, como si apretaran puñales, piedras, empuñadura de garrote. Las veo apretar las rodillas, frotar, nerviosas, los muslos; tirar, como si quisiera arrancarlos, de los botones de la chaqueta. Mientras tanto la narración va dejando en mí ventisca y niebla. Cada pensamiento, es un pensamiento mío de hace años. La juventud desasosegada, pobre, sin oriente, pasa por idénticos episodios. Cada singladura es un temporal, un zumbido, una infinidad de balanceos. A veces surge un amor y consuela un poco o hace más tragedia por desdén, por vanidad, por egoísmo. Palabras de desaliento, de desilusión, de cansancio, de hombre que ha andado mucho sin encontrar un reposo permanente y tranquilo. Desgraciados los países en que la juventud está perdiendo la ilusión, la esperanza, el optimismo, el entusiasmo.

Cuando el hombre pierde estas cuatro cosas, que son el fuego, la sal, el pan y el agua del alma, las cuatro monedas de la alcancía moral, la fiesta del corazón, los tamborileos alegres de las potencias, el aire de la energía; cuando el hombre, repito, pierde estas cuatro monedas por culpa de la indiferencia objetiva, comienza a odiar como se odia a quien nos roba, a quien nos maltrata, a quien nos interrumpe la felicidad. Y el odio es el que hace cataclismo, locura, incendio, retumbo trágico en la Historia. Ese odio natural yo creo que es justicia de Dios y no maldad de hombres. Porque la parábola es castigo de fuego, de aguas enfadadas, de centellas que destruyen los establos, las majadas, los olivos, las cisternas bíblicas. Así castigó Dios y no es extraño que los hombres, ya cansados, con la paciencia desvanecida, piensen en hacer también parábola, consecuencias modernas de parábolas cayendo en la piedra labrada, en el mármol, en los campos, en los trojes

miserables. Las palabras de este joven no dicen estas cosas. Su semblante tiene una expresión de amargura amable. El que no sepa entender los movimientos de las manos, creará en la serenidad, en la resignación, en la esperanza de este muchacho. No saldrá alarmado de su conversación, porque la voz no amenaza, ni blasfema, ni insulta, ni dice violencias. Es sencillamente la narración de un infeliz que relata sus deseos estériles, sus esfuerzos baldíos, sus súplicas vanas, su inútil peregrinar por ahí buscando trabajo. Narración de inquietudes, de aguja de inquietudes que va cosiendo el vestido negro del alma, porque en ella, en sus redaños, se han muerto muchas cosas. Pero yo me fijo atentamente en las manos de este mozo derrotado, aguileño, que platica con sencillez. En esas manos veo yo la verdad que no dice la palabra. Enredan con la boina, la aprietan, intentan dilatar su circunferencia de badana resudada, morena. Lo que no dice el lenguaje lo dicen esas manos nerviosas que teclean en las rodillas, rascan las mejillas, echan hacia atrás el cabello, acarician la frente, se posan rígidas en las piernas, se levantan sobresaltadas como si allí hubiera ascuas, escajos, vidrios. Estos dedos que se doblan, que se enderezan, que a veces tiran de las solapas como si quisieran arrancarlas, son para mí palabras, palabras desesperadas y coléricas, peligros próximos si no las aplacamos; estado tormentoso del ánimo, violencia que se está cociendo en el horno del espíritu. Estas manos, que me hacen presentir y temer justicia de parábola, dicen la verdad del pensamiento, la intención que se está elaborando entre las sienes, la rabia que calienta al ánimo de este pobre joven, aguileño, alto y delgado, a quien el mundo ha robado las cuatro monedas de su espíritu...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 16-VI-1935.

#### 498.—ESBOZOS. UN DIA EN EL CAMPO

*El Cantábrico*, 23-VI-1935. (V. O. C., págs. 31-34)

Así resulta todo en lo que no se pone estimación, fe, nobleza, los tres granos más recios de la panoja de la verdad. Yo no sé qué fuerza misteriosa saca del secreto al embuste, al engaño, a toda la añagaza, pamplina, estafa moral que cometemos los unos con los otros. Todo se paga y todo se descubre. Donde no se pone verdad, esmero espiritual, buen cultivo, la semilla se pudre. Los hombres son labradores de afectos. Un efecto mal labrado es como querer engañar a la tierra con semilla estéril, o como echar agua en un cántaro con el fondo roto. A veces brota un insignificante tallo, pero en seguida se amustia y deja de crecer. Aparentar estimación es también engañarse uno a sí mismo. Es tener siempre moneda falsa. Ese viento misterioso tuerce proas de embelecos falsos, desgarras velas de mentiras, derrumba pirámides de engaño. La verdad termina por salir de su estuario, y su marcha es vergüenza, lanza larga y aguda que corre tras el embuste, trompeta que avisa como cuerno de cacería, silbo de tren que sale de un túnel a la luz. Es lo mismo que una claridad que parece que va comiendo sombras. Viene esto a cuento de unas líneas que acabo de leer en la revista «Azor», de Barcelona. Este «Azor» es noble, muy revolador y muy brioso en sus singladuras de aire intelectual. Cada aletazo es aviso de lo puro a lo impuro, como si quisiera decir que tiene pico para herir vanidades sin motivo. Y ojos que ven desde muy arriba las cosas feas, las cosas falsas, las cosas malas de la tierra baja, en polvo requetepisado por malicia, orgullo y torpeza. Esas líneas de final de página, como queriendo indicar que al fin todo se descubre y se pregonas, le hacen a uno pensar un rato en las consecuencias de todo lo que hacemos sin meditar, sin hacer examen de las personas y de las circunstancias, sin conversar unos momentos con nuestra fiel amiga la conciencia, que siempre dice verdad, regañando o asintiendo dulce y contento. Una palabra falsa, insignificante, dicha ahora, puede ir formando a través del tiempo —que fecundiza o tritura, que tanto gusta en tejer y en pulverizar, porque es su oficio— multitud de palabras que sean para nosotros uñas que arañan, pinchos, cuñas, ceniza cayendo en el rostro, cuerdas que nos amarren, correas que nos azoten.

Pensar la palabra es muchas veces evitar arrepentimiento, tristeza, sorpresa, al cabo de los años, esas pequeñas zancadas del tiempo infinito. Analizar el lenguaje antes de que se haga sonido es ir dando puntadas prietas en el vestido de nuestra paz. Lo contrario es ir desgarrándole, como cuando caminamos furtivos entre espinas y zarzas. Una palabra, una insignificante palabra, puede ser el tormento de los años que nos queden de vida, cuando



ya no nos acordamos de ella, cuando juraríamos no haberla dicho. O tropiezo cuando caminamos más tranquilos, sorpresa de mal sabor, mala mirada, trampa. Los renglones de «Azor» me hacen pensar en estas cosas tan cotidianas, en estas consecuencias de la insinceridad, de todo el tropel de costumbres que fingen amabilidad, modestia, franqueza, afecto, semblante campechano. Vuelvo a insistir en que todo lo que se finge se malogra. Un día u otro todo se deshace, como si sopláramos en un girasol del campo. Bien hayan las líneas buenas, las líneas sinceras, que le hacen a uno pensar en algo noble, ejemplar y eterno. Esos renglones de la revista catalana dan cuenta de un escudriño en el mercado de libros del Paralelo. Entre montones de volúmenes viejos, jóvenes, todos polvorientos, manoseados, se ha encontrado uno de Pío Baroja, dedicado, en prueba de amistad, a Manuel Bueno; otro de Marcelino Domingo a su «querido compañero» Gun Bach; otro de Tomás Morales a José Fondevila, «con todo afecto». Otro de Pérez Galdós a su «carñoso amigo» Manuel Reyes; otro de Gabriel Miró a su «buen amigo» Gustavo Giralt; otro de Vicente Medina a su «culto amigo» Gustavo Gasset... He aquí una prueba indudable de las consecuencias de las palabras que no se meditan, de la falta de sinceridad por pasar por amables, por bondadosos, por sencillos de espíritu. El escritor puso allí unas líneas que no sentía, porque la mayor parte de las dedicatorias son adjetivos que no responden al talento, a la virtud, al mérito, a la bondad del que recibe el libro ni al pensamiento del que le hace. Es uno de tantos tópicos abominables en que se plasma la mentira de uno y la mentira de los demás. Se llama culto al ignorante; amigo al simple conocido; virtuoso al vicioso; discreto al parlanchín; agudo al mazorrar; leal al falso; bondadoso al que no es bueno; modesto al soberbio; humilde al orgulloso; amable al impertinente... Zarabanda típica de calificativos, que son los dulces, los licores, los almíbares de la vanidad.

Todo está confundido y revuelto, fuera de su quicio natural. Esta falta de sinceridad, ese abuso, esa profanación de la palabra amigo, que muchas veces, muchas, tiene una significación más tierna, más entrañable, que la de padre y hermano, es la que ha llevado esos libros al mercado. Todo termina así cuando la pluma, la palabra, la sonrisa, no obedecen al pensamiento. La culpa es del escritor, que prodiga dedicatorias aturdidamente, por costumbre, sin pensar en eso de culto, de afable, de amigo, de compañero. Es sencillamente la palabra que se dice por bondad, por adulación, por lisonja, esperando la respuesta de un elogio o un agradecimiento útil; o sin esperar nada, simplemente por costumbre o por excesiva amabilidad. El escritor que dedica libros a los amigos que no son amigos, a los cultos que no son cultos, a los finos que tampoco lo son, se expone a eso, a encontrarlos cualquier día en

los tenderetes escuetos del mercado, al aire libre, cuando él los creía bajo techo, en unas baldas domésticas, entre otros. Es lo mismo que cuando escribe en esas dedicatorias vocablos que significan virtudes intelectuales o morales que no existen en la persona a quien requiebra tan estúpidamente, sin admirarla, sin quererla, a veces sin conocerla, y otras veces conociéndola demasiado y aborreciéndola. Es la respuesta a su mentira. El castigo a esa simulación de amistad, a esa pequeña o grande hipérbole de la alabanza.

En la vida corriente sucede lo mismo. El mundo vive de afectaciones. Todos somos amigos en una apariencia, con visos de afecto irrompible. En los comienzos se compendia esa falsedad cortés. Se llama amigo a cualquiera. Después viene el desengaño, por eso, porque no hay verdad. Fingir aprecio, indulgencia, elogio, es ser falso. Lo mismo me da que sea por flaqueza de carácter que por interés. El mismo silbido que azuza a los perros calma el ardor de los caballos. Y la misma lumbre que derrite la cera endurece el barro. Tales afectaciones son las que tienen al mundo arruinado moralmente. Lo aparente es cendal tenue y la verdad es roca viva. Lo primero se desvanace y lo segundo es eterno. Vivimos entre actitudes que son deleznales. Nos engañamos los unos a los otros llamándonos cosas agradables. Lo que nada más que está en la palabra, en la sonrisa, en los ojos taimados fingiendo complacencia, en los apretones de manos, no puede perdurar. Viene esa fuerza misteriosa, infalible, de la vida, que da penitencia o condecoración espiritual, y destruye el artificio...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 30-VI-1935.

## 500.—ESBOZOS. EL LIBRO EN LA ALDEA

*El patronato nacional de cultura, intensificará las Bibliotecas circulantes de los pueblos.—Los periódicos.*

La letra era y sigue siendo en el concepto primitivo de muchos pueblos de risco o de yermo llano, tan inútil como la cizaña y el musgo que engalana la peña. No se hace caso de lo que no era panoja, espiga rubia, hierba, árbol, interés de naturaleza o de cultivo. Las letras son los hoyitos que hacen las pezuñas, los mojones de los prados, las eles verdes y temblorosas de las mieses. Deletreo, garabatos que parecen letras, oración, rogativas de lluvia

o de sol. El libro, soterrado en pereza, casi desconocido. No más líneas que las que va escribiendo el arado, morenas y largas, las verdes del lombillo y las rojas y azules del misal, los domingos, cuando la casulla parece anacronismo, cosa visigótica, lejana, entre los linos, las bayetas, los sayales de la gente. Y las otras, las líneas de los caminos enseñando a aguantar cansancios, a aprender sabiduría de paciencia y de cautela, a buscar fuentes, pastos, mercados, romerías, que son como mesones alegres en la rutina, un poco melancólica, de la aldea. Sabiduría de comienzo, de agraz humano. Ferias, vegetales, terrones, vides. Dios y la tierra, el agua, el árbol, la muerte. Ahora parece que va entrando el libro, como principio de edad moderna en el movimiento del campo. El hombre le recibe con amabilidad, y abre sus páginas como puertas pequeñas de una cabaña de juguete. Un hombre de estos con un libro en las manos o posado en la hierba, en las rodillas, en la linde, tiene gesto y mirada de niño de por allá adentro contemplando un aeroplano, una barco, una locomotora. Yo no sé qué parece un libro, cosa suave y fina, en esas manos avezadas a contactos con astas, con yugos, con manceras, con troncos, cosas ásperas y duras. Contempla el forro despacio, deletreando, viendo el color que le recuerda matices de su ambiente; nieve, monte quemado, amarillo, arcilloso, verde, flor de escajo, rojo de lumbre. Después le abre un poco irresoluto. Lee unas líneas y mira perplejo a la mujer, a los hijos, a los cachivaches de la cocina. Y si está al aire libre del campo, parece que quiere interrogar a los árboles, a las vacas, a las rocas. Vuelve a leer y vuelve a su perplejidad. Esas líneas tan derechas y llanas le parecen torcidas y abruptas para el camino de su inteligencia.

Contempla de nuevo la cubierta encarnada, amarilla, azul. Esto sí; esto lo comprende, porque es ducho en colores. Y le recuerda el matiz de los paisajes que pisa todos los días, plumas de pájaros, pelo de res o de alimaña, puestas de sol, suelo de monte, retablo de iglesia. Pero esas líneas que acaba de leer le mortifican el entendimiento. Su curiosidad se desazona en la primera página. No comprende, no encuentra allí lo que le han dicho. Es lo mismo que uno que ve muchos árboles y no sabe cuáles son los robles, las encinas, los fresnos, los abedules. Ve palabras, pero no distingue el significado de muchas de ellas. Da sensación de adolescente que está aprendiendo un idioma, solo, sin maestro, y se aprieta la frente con desilusión. Pero él sigue leyendo unas cuantas páginas más. A medida que los ojos van andando por aquellas líneas, su perplejidad se hace más visible, más sin disimulo y sin calma. Aquello le pesa como un colono. Es una fatiga más sobre la fatiga del trabajo diario en la intemperie de las labranzas. No ve allí ese descanso, ese pasatiempo, ese recreo de que le hablan para que se haga amigo del libro. No comprender es comenzar a aborrecer. Por eso este

hombre ha pasado en unos momentos de la incertidumbre afable, de la amabilidad, de la esperanza, al aborrecimiento, al recelo, al desengaño. Creyó encontrar allí sol bueno y se encuentra con cierzo que le enfría y le ciega. Posa el libro y vuelve a cogerle como arrepentido, por ver si más allá se deshace la niebla. Y lee estas incomprensibles, estas extrañas líneas: «La vista de una montaña, la pintura del infierno de Milton, la descripción del Elíseo, o la pintura del cinturón de Venus en Homero, proporciona una sensación alegre y sonriente... Hay un cierto espíritu de las pequeñeces (*esprit des bagatelles*)»... Nuevo asombro en el semblante de este pobre labrador. Es el encontronazo definitivo. No sabe nada del infierno de Milton, del Elíseo, del cinturón de Venus, de «*esprit des bagatelles*». Y decididamente, de mal humor, sin remordimiento, como quien se quita de encima una inquietud, con el ánimo todavía un poco desvelado, devuelve el volumen a la pequeña Biblioteca circulante de su pueblo. Y es que nos hemos olvidado que el campo está en la infancia en eso de la lectura. Este hombre leyó un poco en la escuela y después no vio más letras que las de los recibos de la contribución, las de las cartas del hijo ausente, las marcadas con fuego en las vacas, las de los campanos, las de los cuadritos de los Evangelios, lejanas, entre candelas, desde los bancos del coro.

Ahora le dan libros que él no comprende. La mayor parte de las palabras son enigmas, nudos que no puede desatar, misterios... Su inteligencia avispada para la madera, la tierra, el pastoreo, el cariz de las nubes, fracasa en ese delecto lento, monótono, con ritmo de plegaria vieja. Y es natural que a los primeros intentos, a fuerza de tropezar y de discurrir interpretaciones inciertas, deje la lectura lo mismo que se abandona una tierra mala, pedregosa, donde el trabajo y el afán resultan estériles, donde se cava con fe y se encuentra roca. Muchos de los libros que se envían a los pueblos consiguen efectos contrarios a los pretendidos. En vez de aficionar, de enmendar, ratifican sedimento y desvíos tradicionales. Se forma un concepto desagradable de la lectura porque no encuentra en ella un buen reposo del entendimiento y unos buenos paisajes para la curiosidad. Hay que hacerse la cuenta de que estos hombres son niños que empiezan a leer, que están en lo infantil del léxico y del juicio en estas cosas de los libros, que hay que proporcionarles páginas amables, sencillas, orientadas por pedagogía, para que adquieran costumbre, interés, desenvoltura en el ejercicio, afecto, familiaridad. No es posible que nazcan estas cosas esenciales si empiezan leyendo páginas que no disciplinan, que les cansan, que no dejan sustancia en el espíritu, que desorientan y abruman el cerebro. Es menester derivar hacia lo infantil para ir haciendo deseo y costumbre. Los libros escolares modernos estarían muy bien en manos de estos hombres. Y una selección cuidadosa

de literatura optimista, fácil, más que psicológica y doctrinal, de viajes, de biografías ejemplares, de conceptos de la parte pacífica de la historia, de arte popular, de biología rudimentaria y amena. Lectura fácil que estimule el deseo de volver a ella, no repulsión, pereza, cansancio vano. Libros adecuados a estas inteligencias retardadas, quietas para lo que no sea tarea de su ambiente y de su necesidad. Que la perplejidad de estos hombres cuando empiecen a leer un libro, sea de asombro por lo que les dice, por las cosas que ellos ignoraban. Jamás porque no le comprendan...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 7-VII-1935.

## 501.—ESBOZOS. EL OTRO PAN

*Se trata de suspender o de limitar la consignación para las misiones pedagógicas.*—Los periódicos.

Estas misiones pedagógicas son novedades buenas y cordiales, tramontando geografía, cargadas de civilización. Su labor es afianzamiento de adaptación de ambiente nativo y contentamiento, teatro, museo, concierto y escuela de pueblos consumidos de monotonía a la sombra de su leyenda. Es triste vivir siempre así, sin un saludo de lo desconocido, conmoviendo alegremente a la aldea. Nada más que el susto, la calma, la pobre fiesta, lo pacífico o el retumbo invernal del ambiente, sin novedades periódicas y optimistas, regalo del mundo bueno y nuevo a lo viejo ahumado y casto. En estos pueblos aguilieños, de vida natural, con ausencias de inventos refinando escaños, mantenimiento, lecho, placer, costumbre, la existencia da sensación de arroyo de exiguuo caudal, siempre con idénticos rabiones y con los mismos remansos: desazón, amargura, alegría de tamboril de vez en cuando, cosecha, espon-sales sin grandes ansias, sin grandes vehemencias, caminos monteros, iglesia. La distracción es parca como el alimento y el ocio. Unas danzas, unos bolos, unos tiros de escopeta, la plática del señor cura, la contemplación de unos cuadros reviejos de calvario en los muros blancos de la iglesia, el repique de unas pobres campanas, abuelitas, resonando en la pureza del cielo.

No se sale de estos sonidos y de estos movimientos ecuanímes. De cosecha a cosecha la vida es siempre la misma. No queda nada sin conocer. En la juventud ya hay pleno conocimiento de lo exterior y de lo escondido

del ambiente. Llega un día en que la aldea y sus montes, su vegetal, su polvo y su piedra, detienen todo estímulo de curiosidad porque ya lo han enseñado todo: el color, la forma, el crecimiento, el entresijo, la muerte, el ruido. Y entonces el hombre ya es sabio aburrido. Ya no le queda curiosidad. Conoce los vientos, los presagios de las nubes, las aves, las semillas, las hierbas cordiales, la madera, las estrellas con nombres religiosos y pastorales. Para llevar la vida ya sabe bastante con estas cosas y con sus brazos. Se conforma con la sabiduría primitiva, pero a veces siente deseos de formas y de rumores desconocidos, que él sabe que existen lejos, en tramontana. Es suficiente el árbol, el monte, el regato limpio, la mies, las ubres, la fiesta de canto llano dominical, el molino, para vivir en sosiego, respirando las cuatro purezas distintas de las cuatro estaciones. Todo es suficiente menos la miseria, si uno sabe adaptarse, que a veces es habilidad y a veces virtud. Pero en ocasiones la conformidad, que es estío y primavera, también tiene sus nublados. Y su tentación, como la santidad. El hombre bueno también tiene ganas a veces de ser algo malo por respingo de avaricia, por gula de placer, por muchas cosas que pone el mundo en su camino dócil. No hay justo sin tentación. El hombre de la aldea, en ese acurrucamiento de su curiosidad, tiene momentos en que se levanta y quiere ver y oír más de lo que ve y oye todos los días. En la adaptación secular araña un poco lo ausente imaginado. Lo bello frecuente hastía. Hasta la misma paz llega a crear en uno deseos de remudanza. Siempre las mismas sensaciones embotan el espíritu. Y siempre la misma casta de recreo suele hacer desgana, aborrecimiento.

Estos hombres de los campos altos, no es que desprecien su paisaje, su oficio, sus pasos haciendo noria en lo montés y entre la arquitectura en risco. No es enfado con la tierra, con las reses, con los suelos de vega y de cordillera enromerada. Es una pequeña envidia infantil por lo ausente, por lo desconocido, que entretiene y remuda sabores. Ellos comprenden que no está todo el pasatiempo en la coronilla de los bolos, en los disparos de las escopetas, en los chasquidos de los dedos en las danzas, en los redobles del tambor, en los saltos de los titiriteros errantes, con trazas de pobres, que en vez de pedir en las puertas piden fingiendo alegría, buen humor, bellaquerías, en un campo o en un establo. Hay más cosas, lejos, que contentan el alma, pero que no llegan allí nunca, nunca. Poseen lo útil, lo que sale del trabajo, el paisaje, que es pintura y romance de Dios viviendo en el agua, en el pico de los pájaros, en el aire y en las hojas estremecidas. Mas la vida no es todo masera, alcuza, fuente, camino, olla cantando hervores, brezo, misa, baile en la nogalera. Vivir bien no es sólo pan, lecho, lagar, magra, casa placentera con solana o corredor mirando al rumbo del ábrego por donde llegan las cigüeñas y las golondrinas. Es proximidad con esos regustos mora-



les, nobles, que parece que menguan horas, que duermen contrariedad, memorias tiranas. Falta esto —el otro pan—, y es lo mismo que hacer del hombre una pobre bestia mansa, con el privilegio maldito de la pena, del llanto, de la vergüenza. Porque esos pueblos, escondidos, arriscados cerca de vuelo de águilas o en sepultura abierta de hondones montañosos, son nada más que eso: fuerza que se va deshaciendo en su brega con la tierra, que siempre acaba por vencer; ansía que va muriendo lentamente en la cuerna de las reses, en los zurriones vivos de las ubres, en cariz de nubes. Siempre sin novedad buena que haga fiesta en el espíritu labrando entendimiento, en un purgatorio de tierra y de piedra...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 17-VII-1935.

## 502.—ESBOZOS. EL DRAMA DEL FRACASO

*En tres meses se han suicidado, arrojándose al mar, cinco emigrantes que regresaban repatriados por el gobierno.—  
Los periódicos.*

La burla tiene también su gatillo como el revólver y su filo como el cuchillo. La burla fugitiva o descarada, con eufemismo o con violencia, con careta o a pleno rostro, machaca ilusiones perdidas, que es lo mismo que negar banco y sombra al caminante, asilo al pobre, medicina al enfermo, y además maltratarle. Volver desengañado, sin nada, harto de sufrir desdenes de la suerte, es acercarse más a la tragedia de uno, es reanudar dolor, vergüenza, resquemores impertinentes donde creíamos encontrar apaciguamiento de malas memorias, sueños de amarguras, olvido de tempestades y de resoles enfriando y quemando pensamientos. Quien regrese así, deseando encontrar malva, sentirá sensación de escajo. La gente es entonces como naturaleza espinosa movida por un viento burlón y frío. Cada paso es contacto con maleza y bardales arañando la cara del alma, como se raya el semblante cuando corremos por entre zarzas apretadas que hay que ir apartándolas con los brazos. La compasión es ficticia, palabra de presencia, de frente, en el encuentro casual. Salen los tópicos, tradicionales y corteses, como milanos de mito que adquirieran apariencia de palomas de vez en cuando. La palabra finge conmiseración, reproche a las circunstancias que

nos vistieron de mala suerte, estímulo parlador de serenidad, de esperanza, de paciencia. Los tiempos tienen muchas vueltas. Más vale volver pobre y sano que no rico y echado a perder. La vida tiene muchos cambios. No hay que apurarse. No hay que acordarse de las palizas que nos dio el mundo, de las dificultades que nos puso, de las penas al ver cómo se alejaba la posibilidad. Estos tópicos fingiendo lástimas, jovialidades, participación en la gran cuita del vencido, son envoltura, unas veces de ironía muy secreta, otras veces de alegría por el mal ajeno, otras veces contento vestido de desazón falsa.

En muy pocas circunstancias la sinceridad arranca de la conciencia una de sus raíces buenas para ofrecérsela a otro corazón y plantarla en él. Y a la espalda la burla, carcajeando, inventora de donaire maligno, removiendo los cencerros de sus risas, exprimiendo desgracia ajena, desengaño, afrenta, tropezón de la fortuna, del amor, del negocio, del talento. La burla celebrando peripecias tristes, hiperbolizando fracasos, haciendo sainete con fragmentos dramáticos, bufoneando en el café, en el soportal de la iglesia, en el vestíbulo del teatro, en los bancos del paseo. Todo agotamiento o mengua de la suerte, de la vida serena, del prestigio, de la tranquilidad, de la privanza, va seguido de comentario burlesco. Nos burlamos de la equivocación del compañero, de la doncella engañada, del que quiebra, del que va contando infidelidades, del que se arruina, del percance que avergüenza. El mal ajeno sigue siendo el motivo más usual para el regocijo de unas horas de ocio cotidiano. Y costumbre universal que caracteriza a todos los pueblos, que es vicio de cabaña y de palacio, de culto y de ignorante, de maestro y de discípulo. Si se pudieran unir en un instante todas las risas diarias que resuenan en el mundo haciendo burla de penas, de fracasos, de deseos pulverizados, su ruido no dejaría oír los otros estruendos que forman la canción de la calle: ruedas, pregones, bocinas, altavoces. Sería como un trueno apagando el rumor de un cascabel o como redoble que sofoca el zumbar de una abeja. Nada más que se oiría eso, el trueno, el redoble de risa, como lenguaje natural de la tierra, como el ruido más ancho, más antiguo y más eterno...

A esos pobres emigrantes les mató el presentimiento de la burla jugando con su gatillo en la imaginación. Pensarían en los visajes, en las miradas, en los reojos, en las sonrisas fugitivas de la gente de su pueblo, remirando impertinente sus estropeadas trazas, haciendo guiños, muecas, disimulando. Las caras imaginadas harían en ellos obsesión de desprecio. Porque un emigrante pobre, macilento, acobardado, de regreso a la tierra nativa, es viajero extraño que inspira desdén, burla, recelo. Es estorbo que todos quieren ahuyentar, huésped aborrecido, que viene a maquilar hacienda, sorpresa que enfa-

da y contraría. Se inhibe lo familiar y lo amistoso. Nadie quiere cargas sin recompensa, ni sacrificio sin probabilidades de resarcirse copiosamente. Esos hombres recordarían amarguras de otros en las mismas circunstancias. Sabían que el mundo siempre está alerta para zaherir fracasos y hacer letrillas alegres de los contratiempos extraños. Es terrible ir por una perla y volver sin ella después de haber andado y sufrido mucho para encontrarla. La misma intensidad que se pone en la lisonja para el que vuelve rico, se echa en el desprecio para el que regresa pobre. La ironía popular, campestre, mazorral, tan propicia a la expansión, tan descarada y tan cruel, no se detiene ante una cara amarilla, ante un pecho enjuto y hundido, ante unos ojos que miran tristemente como despidiéndose del mundo. Se perdona el engaño, el vicio, el hurto, cualquiera de las tentaciones en que cae el hombre por anormalidad del espíritu o por movimiento de pasión, de medro, de venganza azuzada. Pero el fracaso, no. El fracaso, que es aspiración que se ha encontrado con roca, con vacío, con niebla, con galerna, no se perdona nunca. Construye recuerdo permanente y cerca de miradas fijas y burlonas. Es un desamparo tenaz que va achicando la esperanza hasta convertirla en átomo pulverizado de cosa que fue vida inteligente y laboriosa. Nada más que quedan memorias de esperanzas malogradas, que es lo peor que le puede ocurrir al hombre. Y entonces, en vez de animarle, en vez de mostrarle la vida como mies que hay que seguir cultivando, aunque a veces nos dé cosechas mezquinas, pedrisco, fuego de sol; en vez de orearle el espíritu quitándole sombras, le acabamos de matar... Seamos compasivos, seamos afales con esos dramas del fracaso, con los hombres tristes, desengañados, pensativos, que han exprimido en vano su talento, su imaginación, su esfuerzo en las mismas tareas donde otros encontraron la riqueza, el renombre, la felicidad...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 26-VII-1935.

### 503.—ESBOZOS. LAS LETRAS DEL PAISAJE

Vagabundear artísticamente con plenas curiosidades de tierra (rincón, páramo, montaña, bosque, mar) es virtud rara cuando la mueven pensamientos sentimentales y acicates de belleza. Ver y deleitarse sin pensar, no. Esto es común al bellaco, al inteligente, al místico, el materialista, a toda

la casta de ánimos. Lo extraño es contemplar tierras y sacar del paisaje, de los matojos, de las piedras, semejanzas pasmosas con la paz, con la turbulencia, con las pasiones, con los idealismos de los hombres. Tener preocupación de espíritu humano, ver en las aguas, en los lirios, en los repechos, en las llanuras, en los pedregales, en las colinas, en las calles, algo así como frases de piedra, de vegetal, de polvo, y considerarlas como pensamientos de humanidad, escritos en el suelo; como cariz del semblante del mundo geográfico semejante al cariz del semblante del mundo moral. El supremo arte está en saber contemplar. Aquel risco da sensación de ansias revueltas, malas, viejas, que no pueden correr porque se aprietan unas a otras. Son los deseos excesivos en cantidad que pesan en el espíritu, confundidos, en duda. Aquella malva pisada por una pezuña es la humildad bajo el peso repentino de un agravio que la aplasta. Aquella pobre fuente seca recuerda maternidad que ya lo dio todo. Cada accidente del suelo es la tristeza, la gula, el remiendo, la gala, la alegría, el pecado, la pureza de lo humano. En todas partes se encuentran senderos, hondones, musgos, peñas rotas, árboles verdes, árboles secos que le hacen pensar a uno en el entusiasmo, en la desgracia, en la humildad, en el orgullo, en el contento. Hasta los diversos tonos del viento recuerdan lloro, carcajada, blasfemia, rezo. Y las aguas, rabia, mansedumbre, jugueteo, meditación. Solemos ver en estas cosas motivos de recreo, no causas de sensaciones que remolidas en el entendimiento hagan idea, sabiduría, moral. No hay piedra, ni hierba, ni rama, ni montoncito de ceniza, ni leño en lumbré o en campo, ni yedra, ni musgo que no digan algo al alma.

El vagabundo artista camina por los campos con el mismo amor que el botánico. El primero ve espíritu donde el segundo ve ciencia. Entre ambos existe la misma diferencia que entre un astrónomo y un poeta contemplando estrellas. Esas parcelas de sobrehaz, bien vestidas de verde o mal vestidas de estameña de roca o de polvo negro, ceniciento, rubio, son para el artista sustancia espiritual, sensaciones, estímulos de la naturaleza que acrecienta filosofía. Un simple paseante de cordillera, de valle, de orilla de mar, de desierto, busca placer de paisaje, caricia de viento, salud, recuperación de fuerzas materiales, olores cordiales, alivio de cansancio. No le dicen nada al pensamiento los vestidos de peña, de hierba, de arcilla de la naturaleza. Es el cuerpo el que se recrea entre pinos, hayas, encinas, entre aromas de espliegos, de resinas, de enebros. El artista, además de buscar lo estético natural, hace de las perspectivas elementos que recuerdan al hombre, motivos de su vida, de circunstancias furtivas o permanentes, espejos, pinturas, fotografías de su dolor, de su esperanza, de su paz, de sus conmociones, de su optimismo, de su entusiasmo. Areas de paisaje reducidas, que

al contemplarlas el curioso en el museo, en una sala, en una exposición, además de regalarle exactitud de ambiente, de luz de horas tempranas o tardías, le hagan pensar en trajines, en alborozos, en lo que puede la voluntad, en lo que vale el afán pulcro, en la remudanza u obstinación de las pasiones, en raíces o rastros de tragedia, en los revuelos de la imaginación, en la claridad o en la tiniebla de la conciencia. Conseguir esto, es nada menos que aliar poesía y filosofía, sentimiento de la belleza esparcida en el camino y sentimiento de lo moral; un modo estético nuevo, preciso, ejemplar, humanísimo, que planta sensibilidad en la tierra suave o áspera, fértil o estéril, para después con el pincel, con la máquina fotográfica, hacer retablo selecto de visiones amplias, de objetos, de matices que sean para el hombre consuelo, aplacamiento, advertencia, reproche, enseñanza, cavilación. Y a veces, enmienda, remordimiento, tránsitos inesperados de la charca al remanso, del vicio a la virtud, del orgullo a la humildad.

En estas cosas pensaba yo la otra tarde cuando contemplaba esas hermosas y originales impresiones del mundo —poesía, dolor, dulzura fotografiados— que Sibylle de Kaskel, mujer de otro clima tramontano que ama lo español, ha expuesto en el Ateneo de Santander. Su labor es alianza de paisaje y de sensibilidad, de suelo y de alma. Y en las fotografías de sus bajamares, de sus cuerdas marinas, de su Oriente, de sus caminos, veo yo poemas de angustias, de inocencias y de felicidades humanas. Y trozos de romance nuevo, de novela, de capítulos filosóficos. Es sencillamente una gran artista —poeta viajera, meditativa, observadora—, que en vez de escribir libros de ambientes, de penas, de itinerarios, de memorias, en el silencio de un estudio, los hace al aire libre, andando, con el objetivo de su máquina. Las letras, las imágenes, los pensamientos, son los árboles, las flores, las cruces, las ondas de los ríos, la paredes de las callejuelas, las arenas, las luces de la noche en una ciudad...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 4-VIII-1935.

#### 504.—ESBOZOS. FURIAS EN LOS MONTES

Yo hago un minucioso itinerario campestre a este señor de cara casi bermeja, que viene de muy lejos con una buena manía de artista viajero. Le indico pueblos, montes, caminos. Este señor quiere volver a su país con

fotografías de árboles corpulentos, centenarios. No le importan las costumbres, la arquitectura, el paisaje, las ruinas de palacio y de convento. Busca árboles, patriarcas del bosque, sombras anchas de robles, de fresnos, de abedules. Abre su álbum de color de hoja verde y veo pinos escandinavos con adornos de escarcha, tilos de Baviera, olivos retorcidos de Valencia, encinas de regiones celtas, palmeras, abetos, sándalos... Hace muchos años que este hombre recorre las cordilleras sin prisa, apaciblemente, subiendo y bajando repechos, con su mochila parda de caminante, sus prismáticos y su bastón de cedro. La manía hace ambición amable en su espíritu. Una de esas ambiciones raras, dulces, siempre vivas, que no menoscaban bienes ajenos, que no envidian la suerte, el negocio, la habilidad o la fama de los otros. Sus caminos interminables, sus árboles, su máquina fotográfica y la compañía de su bastón de cedro. Sobre todo su bastón de cedro, que ha resregado el cuento en nieve, en olivares de Samaria, en suelos nazarenos, en riberas de mares griegos, en hielos septentrionales, en cardales de Bulgaria. Yo me explico el cariño de este hombre a su bastón, que es lo mismo que el amor del pastor a su cayado. Con el tiempo llega uno a dar categoría espiritual al bastón que va con nosotros a todas partes. Es como un amigo mudo y pequeño que llevamos de la mano o del brazo, y que nos recuerda, de vez en cuando, momentos, alegrías, desconuelos, iras memorables, caminos pindios que nos parecían llanos o senderos de valle, que nos parecían atajos pedregosos de montaña sin herbazales sedeños. Una mirada al bastón es estímulo de memorias. Siente uno las mismas sensaciones que experimenta un viejo carretero del campo, que anduvo siempre por los caminos, al contemplar las llantas desgastadas de su carro. Todos los recuerdos se reconcentran en esas ruedas: mesones, tormentas, calores, noches, pueblos. Con el bastón sucede lo mismo. Sus contactos con la tierra son, a lo largo del tiempo, como acervo de circunstancias, de peripecias, de paz, de albedrío. Mientras habla, este señor colorado, entrecano, con sandalias ermitañas, acaricia y mira a su palo de cedro. Es posible que la memoria, a veces un poco acierzada, encuentre claridad así, acariciando y mirando al bastón. El mío me parece a mí que mira al del extranjero con envidia humilde, agarrado a mi brazo, tímido, como un niño pobre, lugareño, a otro niño rico que está contando las cosas que ha visto en unos largos viajes...

Ya está hecho el itinerario. Lugares de abedules solitarios, corpulentos; de robles centenarios; de hayas altas, derechas, gordas, de corteza fina. Algún que otro fresno señero, como olvidado en un rincón del monte. Nombres de pueblos, de montes, de ríos, de colladas. Le doy viático optimista de buen ánimo, y el señor del semblante bermejo se marcha fumando su pipa. Yo me quedo contento pensando en la buena manía de este señor, peregrin-



no de bosques, de olivares, de tierras de naranjos y de tilos. Va cargado de palmeras, de ébanos, de cedros, de los árboles del Antiguo Testamento, de los árboles de las leyendas indús, celtas, árabes. Sus pensamientos tendrán perfumes de floresta. Su espíritu estará lleno de sensaciones de rumores vegetales. Un buscador de oro no siente el frenesí de este caballero escocés buscando árboles patriarcales. El idealismo tiene rumbos infinitos. Es como una rosa náutica centuplicada. Unos le ponen en un quíñon cualquiera de la belleza; otros, en la fe; otros, en el amor; otros, en la sabiduría, en los viajes, en lo sedentario. Todas las cosas promueven ideal, afición, vehemencia. Idealismos de virtudes, de descubrimientos, de ruinas famosas, de ríos sagrados, de tumbas milenarias, de papiros, de inscripciones en piedras derribadas. La cuestión está en amar algo, vivo o muerto. Pasar por la vida con una inclinación más intensa, más fuerte, más dulce que los goces diarios, vulgares, monótonos. Lo mismo da el anacronismo que lo nuevo. Preferir algo, seguirlo, quererlo con impaciencia, es andar cerca de la felicidad. Pero no todos los hombres son capaces de administrar su felicidad. Un pobre con una afición es más feliz que un rico sin curiosidad de nada, sin esa bendita chifladura que nos hace ver fiesta, placer supremo, alejamiento de hastío y de pena, en cualquier cosa: en una colección de conchas de distintas playas, en una caña de pescar, en unos pájaros, en un deporte, en una celda religiosa, en unas cerámicas. Este hombre encuentra su felicidad contemplando árboles extraordinarios, llenando su álbum de recuerdos forestales, paseándose por las cordilleras, enseñando en su país todo lo excepcional de los montes y de las huertas...

Y empieza a caminar por estas vertientes cantábricas, senderas engarbatadas entre fuentes y vacas tasugas con ojos de corzas gigantes. Es época de alegría de majadas y de tórtolas en sendas herbosas, de peregrinaje a las ermitas y de apaciguamiento de torrentes cansados de invierno. No hay mejores días para ver y para pensar andando por las sombras de los montes. Vuelve el extranjero con su sonrisa campechana, reaniñada. No da sensación de asendereamiento en caminos de cabras. Parece que regresa de un corto paseo por la orilla del mar, sin polvo, sin huellas de resudor en el semblante, con las sandalias limpias, con las correas de su mochila relucientes. Le pregunto por los abedules, por los robles, por las hayas. Él sigue sonriendo. La pipa no estorba a su sonrisa. El humo forma cosas raras en el aire: revoleras, repliegues de túnica, trenzas. Hasta contemplando el humo puede uno ser feliz un instante. Desenvuelve el álbum de forro de color de hoja verde, con delicadeza, lentamente, con esmero de rito en las manos. Su sonrisa se hace mística, se dulcifica más. Yo admiro profundamente a estos hombres que sonríen así. Va pasando páginas con almendros, ébanos,

palmeras. La sonrisa se va haciendo amarga, y de pronto mis ojos se encuentran con las fotografías de unos lugares familiares, muy amigos de mi corazón, sin los robles corpulentos, sin los abedules centenarios, sin las hayas altas y derechas como mayas que yo contemplé muchas veces. El extranjero mira con pena esos trozos de monte sin sombra. Después se marcha, agradeciendo mi itinerario. Yo no sé si es ironía. Yo estoy avergonzado. Digo unas palabras tontas, tartamudeando. Siento en el rostro el vaho del ridículo. Y me quedo maldiciendo al rayo, al hacha, a la lumbré de los pastores, las tres furias que destrozan el monte y que me han hecho sentir vergüenza ante este caballero de cara bermeja...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 14-VIII-1935.

#### 505.—ESBOZOS. CORTESÍA EN LOS CAMPOS

No en todas las partes sucede lo mismo. Un largo paseo por la provincia nos advierte que la cortesía sigue tan buena y tan cabal. Me lo dicen unos hombres finos, unos hombres atentos y cultos que aprenden, enseñan, hacen labor pacífica sin pensar en fronteras, en la Universidad de la orilla del mar. Unos con palabras vehementes y dulces de poetas, otros con palabras concretas de filósofo nuevo, otros con palabras sabias que se han estimulado en observaciones de semblantes, de maneras, de gestos, de países. Yo asiento contento. En esta conversación en que tantas vueltas hemos dado a las costumbres, a los refranes, a los planes primitivos, a los vestidos y a los ojos de los mitos celtas, la alabanza a la cortesía del campo montañés ha sido como una rúbrica extranjera en un documento en que se encuentra ejecutoria, labra y bondad de una casta. Primero las pinturas del paisaje de la marina y del monte, cuestras pacederas, playas. Una conversación empieza por cualquier cosa: un caracol que deja su huella viscosa, brillante; el camino vertical de una araña; una nube rara que tiene forma de trono de Dios de oleografía; una cigüeña que se posa en un tronco seco. Esta conversación se ha iniciado contemplando unas flores amarillas de escajo, entre pinos, en los alrededores de la Universidad. Elogios a esos puntos amarillos. Yo digo que el escajo, tan despreciado, tan propicio a compararle con el dolor, con la pena, es la poesía de lo cantábrico en la primavera. No hay cosa más bella en nuestros montes que una matoja apretada de escajo, en el mes

de abril, con sus flores diminutas, amarillas, entre las pobres retamas tan amigas de Leopordi.

Este ha sido el primer peldaño de la conversación: unas púas verdes brazadas por aire de mar. De aquí hemos subido a cimas de paisaje. Las palabras desentrañan floresta silvestre, ocres, rubios, diversos tonos del verde, matiz de pradera antes y después del estío. Todos hablamos nuestros recuerdos de caminantes contemplando árgomas, brezos, peñas descarnadas, cuevas con bocas verdes. El sentimiento está lleno de visiones de cordillera. Estos hombres finos y atentos, filósofos y poetas de distintos países, reconcentran ahora su devoción en el paisaje cantábrico. Después viene el espíritu, el dejo melancólico del lenguaje, los diminutivos tan tiernos y tan dulces. Una descripción minuciosa de la casa clásica, de los aperos, de las fiestas. Ellos han visto cosas bellas que muestran ingenio de labradores, afición al arte, a los colores, a las formas pulidas. Han visto palos de pastor, abarcas, zapitas, respaldos de bancos bien tallados, ruecas, viacrucis de ermita, colodras, picaportes, que imitan manos, picos de pájaros, cabezas de vacas; los azores, las garzas, las sierpes que nuestros alarifes universales labraron en la piedra. Sigue la conversación su curso de arroyo manso y limpio, con muchas suaves revueltas. Cada alabanza es como onza de oro que cae en la alcancía —olla vieja entre hierba— de lo montañés. La arquitectura, las tradiciones, las costumbres. Unas leyendas menudas, características, de guerra, de amor, de paz. Familiaridades de hombres y de hadas, la lucha entre el hombre y el mito, entre la superstición y la verdad, acentos de rabeles, de panderetas dominicales, de bígaros de asta que recuerdan a Rolando, a Roncesvalles, a estruendos épicos de hace muchas centurias. Nuevas palabras de estos hombres alabando los romances, los solares de los poetas, los caminos que llevan a las ruinas, a las villas ilustres, a las mirandas que avizoran extensiones inmensas de tierra y de mar. Aquellas ventanas góticas, aquellas torres, aquel palacio, aquellas calles estrechas, empedradas, entre arquitectura venerable que recuerda edad de oro. Todo lo montañés —tierra, espíritu, ambiente, literatura, pesca, labranza— en estas palabras efusivas que van recalcando espontáneamente, porque sale así, porque se siente, conceptos, requiebros, admiraciones nacidas ante la naturaleza, la historia, la arquitectura, el rumor y el silencio de aldeas encaramadas.

Y mezclado con estas cosas, el elogio a la cortesía. Cortesía en los caminos, en los portales, en las mieses. Esa cortesía humilde, digna y risueña, que es poesía de los semblantes, paz del viajero, confianza en tierras extrañas, en ausencias de lo paíral, de lo familiar. No importa que se encuentren remelladas ciertas costumbres que evocan temperamento añejo, ni que lleguen al campo alientos de ciudad, ni que las hijas de los vaqueros se

pinten los labios, ni que el remolino del tiempo haya arrastrado docilidades, maneras estéticas, conceptos de misterio y de realidades terrenas. Perdura la cortesía, que ya es bastante. Más amigos hace la cortesía que el paisaje y la arquitectura. El paisaje y la arquitectura sacian curiosidades, nada más que curiosidades, deseos de contemplar, momentos de éxtasis ante colores y piedras. La cortesía crea afecto, que es más fuerte y más perdurable que la curiosidad. Decía nuestro paisano fray Antonio de Guevara que un pueblo cortés, noble, sin monumentos, con paisaje pardo, sin gracia verde en el suelo, vale más, infinitamente más, que otro pueblo descortés, cargado de historia singular, con escudos en todas las puertas, en tierra revestida de belleza vegetal. En toda la larga conversación con estos hombres sencillos, porque son sabios, mi emoción ha escalado altas cimas azules cuando hablaban de la cortesía. Más que cuando elogiaban las colegiadas, las ventanas góticas, el mar, la campiña siempre vestida de colores de fiesta.

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 20-VIII-1935.

## 506.—ESBOZOS. LA FUERZA DE LA BONDAD

*Simplemente están sembrando odios, y esto no tiene nunca buena cosecha.*—De unas declaraciones de Sánchez Albornoz publicadas en los periódicos de ayer.

Siempre ha sido lo mismo. El tiempo con su simiente de letras, de consejos, no ha desvanecido ni la corteza de esas pasiones que hacen del hombre, tenaza, mazo, sierra para el hombre. La venganza sigue siendo cimera y raíz de pensamientos. No se ha aprendido a separar el concepto de lo político del concepto de relación social, diaria, en una reciprocidad cortés y amable que haga de la idea deseo de convencimientos ajenos, no estímulo zafio de agresiones. Sembrar doctrina en paz es mejor que ir venciendo en guerra. La palabra, pacífica, constante, caliente de fe, va construyendo conciencia y destruyendo sinrazón, que son las dos actividades que pueden remudar el semblante y el alma del mundo. Calar en la conciencia es mejor que convertir la inquietud, el pensamiento, el criterio, en técnica de coraje material, de raptos de furia, de ofensa meditada, de daño en el cuerpo y en el espíritu. El castigo en los temperamentos maduros, inflexibles en su ruta y en su propósito, en vez de enervar, reaviva deseo, furia, esperanza.

Cuanto más se les maltrata, más se arraiga en sus entrañas morales el convencimiento de su modo de comprender la justicia y la verdad. No es cierto que la fuerza cambie espíritu de masas. Puede formar apariencia, modificación de formas, modos externos de pueblos; pero no fondo, conducta íntima, pensamiento. Por la fuerza se puede cambiar hasta la expresión del semblante, las costumbres, las maneras del recreo, del trabajo, de los hábitos colectivos en ciertos rumbos de vida. La fuerza puede hacer que la tristeza aparente contento; la duda, fe; el enfado, alegría; el odio, afecto. Pero no puede llegar más abajo de esta capa de apariencia, que es pintura de superficie, no sondeo ni blanqueo de conciencia, ni construcción de nuevas celdillas de criterios.

En política, lo mismo que en arte, la forma, que es matiz, vestido, color de afuera, no implica calidad ni hondura. Una buena forma sin sustancia medular, sin vetas duras, sin savia sana, es lo mismo que moneda falsa y que reloj vacío. Mudar formas sin calar en el fondo, sin transformarle, sin purificarle, es como pintar y carenar un barco viejo, lleno de achaques, de lento andar, dejándole la misma máquina antigua, estropeada, sin potencia, que es su fondo; es decir, su espíritu. La fuerza crea acatamiento, no amor. Acatamiento que va pensando en venganza, en reversos, en coraje expansionándose en represalia nociva. Y así sucede que la historia de lo político es alternativa de iras que unas veces castigan y otras veces son castigadas. Los que sufren hoy son los que hacen sufrir mañana. Unas veces, carceleros, mayordomos, jueces. Otras veces, cautivos, reos. Historia monótona de caídos que se levantan con los puños apretados y de predominios que pasan a ser humillaciones. Siempre un pensamiento de hegemonía para castigar, no para perdonar. En esta eterna sucesión de rencores, de victorias, de derrotas, de vencidos que pasan a ser vencedores, está la rotación de la política. Es casi lo único clásico que queda en lo nuevo. El fondo de los hombres no se modifica así, con alternativas de represalias, con fuerza, con limitación de protestas, de palabras, de patrimonios morales, arañando en sus llagas. La venganza estimula venganza. La bondad, cuando no se topa con malvados, aplaca odio, desarraiga malquerencia, deja lo escueto de la convicción, pacífica, noble, sin ganas de daño ajeno, sin gozo de supremacía tirana, sólo con fuerza de sentimentalismo y de razón. Lucha de ideas, de criterios, en palabra que salga limpia de mala ira, palabra pura, sin arrastrar barro de intención egoísta, con sonido suave, afectuoso, como si el enemigo fuera padre, hijo, hermano, equivocados, pertinaces, sin malicia en el error. Y ejemplo en lo insignificante y en lo extraordinario, en lo propio y en lo extraño, con el que siente y con el que disiente.

Hay que aprender a aguantar las intemperancias del espíritu que son

dolor, puñada, herida, en los otros. Fuerza de bondad es la que hace extensiones de convencimiento. Es malvado —maldad de orgullo, que es la peor— quien no se compenetra con una bondad que tienda a ceñirle de justicia y de amparo. El que no es bondadoso ante la bondad, es como el que contesta con una pedrada a una seña sincera de concordia, afable, deseando consolar, animar, quitar fatiga. Esta es la única fuerza que puede remudar el fondo de lo humano. Que la doctrina sea distinguida bondadosamente, en paz, con bienes de espíritu como armas de contienda. La otra fuerza nada más que modifica la forma; domina, pero no persuade. La historia es eso: dominio de fuerza, no de persuasión. Y tiene que ser fuerza mansa de persuasión, no dominio de la otra fuerza. Cada época tiene distintas formas para el mismo contenido malo, eterno, porque no ha llegado a él la gracia de una fuerza de bondad que le remueva y le orece. Y las doctrinas, más que asentimientos sinceros, cuando han regido pueblos, han hecho obediencias forzosas. En vez de conquistar ánimos con persuasiones afables de justicia, de ejemplar decoro moral, de cordialidad, de equilibrio invariable, estricto, entre el trato a los adictos y el trato a los de opuesto pensar, han ensanchado más la linde que separa a las tendencias. En vez de atraer, han estimulado esa repulsión, que es consecuencia lógica del castigo, de la amenaza, de la violencia, de todo lo que cercena y rompe la confianza, la paz, el optimismo del hombre. Esta ha sido la sustancia esencial en la sucesión de hegemonías políticas: contener con fuerza bárbara, no atraer con esa otra fuerza de bondad, desperdigada en la ley, en la tolerancia, en el juicio, en el enfilamiento de la voluntad, en la sentencia. Así, de represalia en represalia, en una reciprocidad maldita y terca, las pobres ideas, buenas, llenas de alma dulce, de amor, se convierten en villanas hacedoras de sinrazón, de raptos furiosos, de ofensas, de resquemores, a veces de muerte, a veces de cosas que son peores que la muerte. Son teorías de perdón, de complacencia, de justicia, de afecto, que al hacerse movimiento, ejercicio, mando, pierden toda su templanza, toda su virtud, todo el concepto de lo humano, de lo digno, de lo sentimental. Por eso, el porvenir del mundo le veo yo como un pasado redivivo siempre, dando vueltas, en tinieblas, como una linterna de atalaya de mar, sin pasar aquellos horizontes...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 1-IX-1935.



Un niño cantando canciones de hombre en una taberna llena de humo, de risotadas, de estallido de blasfemias. Parece un cordero en un establo de asnos. Sus once años dan sensación de once vueltas largas en un ambiente sin limbo párvulo perfumando inteligencia y alma, sin escuela, sin ninguna de las cosas buenas que alegran la infancia. Cara ya impura por el vaho de aliento de hombres embriagados, que riñen o se riñen por humor o ira de vino endiablando inteligencia. Cara vieja, alargada a lo nazareno, marchita, con una amarga precocidad de experiencia extraída de caminos diversos, de semblantes, de movimientos de manos que dan o quitan esperanza cuando la palma del niño se extiende, pidiendo, después del cantar. Su voz hace recordar flautas nuevas, ya estropeadas; timbal hendido prematuramente; gorjeo que pasa de repente, con prisa de angustia del contento a la infelicidad. Este niño canta en las tabernas por estímulo de miedo y de hambre. El cantar, en vez de expansión de alegría natural, es un martirio que obedece a otro martirio. Martirio en la causa y en el efecto, en la siembra, en el fruto. Siempre con ese resquemor de inteligencia, de espíritu, de carne zambullida en pena de memorias y de presentimientos. Cada copla es una floración de dolor oculto, no una delicia saliendo del palomar de la palabra, de los ojos, de la inocencia que aún no ha empezado a revestirse de los verdes del mundo, que aún está ceñida de azules de cielo. Y, además, son cantares de hombre, cantares de danzaderas de ahora, en unas tablas de café cantante, mientras se bestializan los ojos de la gente. Cantares que persuaden desatinadamente con el escándalo de su verso encanallado. Los consonantes son palabras arbitrarias, pensadas con el propósito de dar a los ojos del hombre el mismo brillo, la misma fijeza glotona que los ojos de animal doméstico, y salvaje en ciertos instantes...

Este pobre niño cantando estas cosas, sin comprender, sin sentir, es entretenimiento de beodos y de imbéciles, que es el ejercicio más desgraciado del mundo. La pureza de sus labios hace pensar en cáliz, en ánfora recién cocida, llenando de aguardiente unos vasos sin transparencia, mal lavados, con huellas de bocas impuras en los bordes. Cada cantar tiene una larga rúbrica de carcajadas, de voces que recalcan picardías, de manotazos en las mesas. Yo no sé qué hombres son estos que así celebran el andrajo, las escurrajas, la miseria, el cinismo de unos versos cantados por un niño flaco, medio desnudo, indiferente, que es poema vivo de desgracia naciente aprendiendo vida donde la vida nada más que enseña malas palabras, visaje de regusto alcohólico, murmuración, a veces calumnia, plática de lerdos,

jacarandinas bobas, extravío del carácter que se atonta o se enardece. Yo no sé qué padres son esos que así llenan de ruido de infierno terrenal, de poso de mundo, de recuelo de gustos sin espíritu, la memoria de los hijos, por interés de pan o de vicio. No se acostumbra uno a meditar en el atenuante sentimental de circunstancias que socavan relativo bienestar, suerte, trabajo, haciendo escombros en lo doméstico. Y es que, en verdad, no hay nada que atenúe la maleza de estas vías por donde se van perdiendo los hombres desde su ternura material, desde que son agraz de conciencia, de voluntad, de entendimiento, cuando son los padres los que enseñan el embeleco que engaña a la gente, las revueltas y quiebras de la picardía, el modo de sacar utilidad de las pasiones, de la ignorancia, de los gustos envilecidos.

Estos hombres que escuchan contentos, sonrientes, los cantares de este niño, simbolizan a la mayoría humana. Sus cantares ásperos, soeces, con eufemismo desmañado que en vez de aplacar intensifica la intención, son miniaturas de ese arte extendido en el teatro y en el libro, pintando prosaísmos que entretienen torpemente, no finezas que eduquen, desbastando maneras, conceptos, conductas. Habría de cantar este pobre niño coplas limpias de infancia, inocencias de sus años sin pecado, verso de revuelo de mariposa, de zumbido de cometa remontando azules, de rebujo de corderos en campo de lirios, y esa mayoría de gente se quedaría sin comprender, sin prestar atención, con su criterio de transigencia y de aplauso para lo que no es bello, y de intolerancia y de silbo para lo que es hermoso. Los padres de esta criatura comparten este criterio de los tres cuadrantes de la multitud. Su malicia hace disciplina del gesto y de la voz del hijo, inculcando en el sonido lo que promueve algazara, jaranismo, asentimiento de risas y de monedas. Este motivo en el marco de una taberna, hace pensar en otro motivo más trascendental: en el marco de un país donde los artistas hacen decir a sus libros, a sus comedias cosas semejantes, en sustancia y en forma, a las que canta este niño de cara marchita. Sí, este es una representación exigua del arte sin arte, que es delicia de incultura embelesada oyendo o leyendo diálogos y páginas que ponen más aspereza, más desenfreno, más refinamiento de lo grosero en sus costumbres. Arte que cultiva la inconsciencia, no la conciencia, que vive y medra así, rutineando malicia, despropósito, lisonja a lo colectivo extraviado, no sembrando belleza, finura de buena sensibilidad, reconciliación con la ética y con la estética, decoro en la frase y en el hecho. Así resulta que todo es taberna en el sentimiento y en el pensamiento, halago y creciente de sabores incompatibles con la verdad moral. Entabernizamiento del gusto, de la costumbre, de la disputa, del juicio...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 8-IX-1935.

*Han regresado a su país los escritores franceses que han venido a recorrer España.—Los periódicos.*

Hay varios tipos de escritores, diversas naturalezas de curiosidad, cuando el ingenio traspasa las fronteras nativas para recorrer el mundo. Unos buscan jugo de paisaje, rincones con sensación de anacoresis donde el alma se esconde en silencios y en paz, entresijos de Arcadia sin gente, sin vana agitación humana, sin eco de mundo, sin nada que recuerde fisonomías, caminos de hierro, lenguaje. Otros se quedan en las ciudades. No tienen tiempo para bañar el espíritu en andanzas de campiñas, en leguas de poesía, en un aire libre, oreando peña, árbol, hierba. Ni tampoco sienten deseo de estas cosas tan sencillas y tan inmensas entre las que el hombre purifica meditación, miradas, sensaciones. La ciudad es el único acicate de estos viajes de escritor sabio que busca más sabiduría. Archivos, Museos, Bibliotecas, que son paisajes donde la investigación busca su poesía. Y acaso, visitas rápidas a las villas muertas con follajes ornamentados en la arenisca de los palacios; a los sitios que recuerdan causas de historia, de transformaciones nacionales, de nacimiento o de muerte de hombres famosos por heroísmo, por virtud, por genio... Los otros, menos letrados, con inquietudes de lo popular en fiesta, que muchas veces no es clásico ni representativo ni puro, buscan lo pintoresco, esa arbitraria acepción de lo pintoresco que es deformidad de costumbre. No importan los demás caracteres que hacen mérito o culpa en el espíritu de los pueblos. En eso, en lo pintoresco, reconcentran su juicio total de almas y de maneras, sin pensar que muchas veces lo pintoresco, más que demostración de verdad de espíritu, de carácter, es costumbre que se practica por eso, por costumbre, sin que haga mella en la sensibilidad ni descubra la vida interior de la gente. Lo que hace ciento, doscientos años, obedeció a fervores, a gustos fundamentales, a substancia de medula moral, es hoy hábito sin calor; movimiento, no sentimiento; ruido, no voz amable; rutina que ha ido perdiendo su amor, su optimismo, su devoción, todo su brío y su suavidad original.

No se puede juzgar por lo ríjoso o dulce de lo pintoresco la vida interior de la multitud, que es la única verdad, la que hace carácter y significación de razas, la que determina, con conducta, los niveles de progreso o de rezago. Los primeros cristianos fueron asentimientos de alma al sacrificio, a la bondad, a todas las raras virtudes que santifican, aquí, en la tierra. Era la amistad del corazón y del entendimiento en una alianza de temor y de amor,

de apetito de muerte, sufriendo en penitencia sabrosa, para despertar gozando. Había hasta un poco de egoísmo en la misma muerte, porque era ella el único tránsito para llegar a la felicidad inmaterial, sin más congoja, sin más dolor, sin más temor. Pero esto no quita gloria a esas grandes epopeyas místicas en un circo, en un potro de tormento, en una lumbre. Hay que distinguir entre el egoísmo del que quiere su felicidad sin martirio, sin fatiga, sin sacrificio, y el que la busca en la tramontana del dolor, de la abnegación, del sufrimiento, como tránsitos ineludibles para llegar a ese estado de conciencia que no odia, ni envidia, ni desprecia, que es lo feliz del ánimo, cielo, palma, gesto de apaciguamiento que prevalece, delicia. El tiempo ha ido secando la fuente primitiva de lo cristiano, lo que era verdad de alma, de carácter, de lo exterior y de lo interno. Y ahora, al visitar un pueblo con muchas iglesias, con muchos monasterios, con cruces labradas en las puertas, no se puede decir que este pueblo es cristiano genuino, no se puede juzgar de su fe, de su templanza, de su temperamento sin más inspiración que la que recibimos contemplando campanas, celosías conventuales, claustros.

Con lo pintoresco sucede lo mismo. Nació engendrado por verdad de alma en sus múltiples aspectos de alborozo, de superstición, de severidad, de humorismo o de sentimentalismo. Fue fruto natural del carácter de una época lejana que así expansionó sus sentimientos, sus creencias, sus antipatías y sus inclinaciones afables. Murió el espíritu de la época y quedó la costumbre, que ya no es voz ni movimiento representativo de lo actual. Se practica porque nos encontramos con ello y nos divierte de vez en cuando, aunque comprendemos su insustancialidad, su yerro, su hipérbole de grito, de color, de ruido. No por compenetración con su sentimiento original ni con el criterio de las gentes que lo crearon. ¡Cuántas cosas ejercita el hombre que no tienen nada que ver con su alma, con su temperamento, con sus gustos, unas veces por aturdirse y olvidar, otras veces por apariencia de despreocupación, de ventura, de desdén para los motivos que afligen y conturban horas inacabables! Lo pintoresco, tal como se entiende, no es esencia fundamental de la naturaleza de un país. Es añadido externo que no cala alma, que no es espejo de conciencia, ni síntesis de psicología ni demostración verdadera de lo que guarda la inteligencia y la sensibilidad de un pueblo.

Esos escritores que recorren leguas de geografía ajena en busca de lo pintoresco, me hacen recordar a esos otros escritores que hacen novelas y las llaman históricas, deformando verdad, enmendando caracteres, inventando peripecias, leyenda, traición. La gente sencilla ve en lo novelesco de esa literatura lo que cree verdad de la historia de su país. Y de esas páginas saca su concepto de reyes, de instituciones, de actitudes trascendentales, sus complacencias o sus antipatías, que, luego, al leer la historia, suelen modificarse.

Lo pintoresco humano de un pueblo en el criterio extranjero es lo mismo que la novela histórica en el ánimo de quien no conoce el pasado de su país y cree conocerle por esos engendros chirriantes de capa y espada. Además, el escritor de lo pintoresco deforma como el novelista de la historia. Observa maneras, jaranas, movimientos que presenta como característica peculiar, sin ser palpitaciones de lo diario, que no responden a la evidencia espiritual de las muchedumbres, que no significan compenetración, entusiasmo constante, uso permanente. Lo excepcional no es pauta justa en la crítica. Un pecado en la vida de un hombre bueno, y una virtud señera, fugitiva, en la vida de un hombre malo, significan poco en una biografía de recatos o de escándalos. No será malo el hombre bueno por ese desliz, ni será bueno el hombre malo por esa virtud solitaria, de momento. Lo corriente, lo de todos los días, es lo que da idea de lo extenso y de lo profundo de los hombres y de los pueblos, de su sentido ético, de su laboriosidad o de su haraganería, de su finura o de su aspereza. En estas cosas debe calar el escritor peregrino que quiere volver a su país con conocimiento pleno y justo de lo extraño...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 17-IX-1935.

## 509.—ESBOZOS. LO PASADO EN LO PRESENTE

Poesía esparcida en cantos infinitos entre palmeras indias. Todo este libro, el «Mahabarata», con sus trescientos mil versos, es paisaje en el que luchan los monstruos, los dioses, los hombres. Paisaje que unas veces es paseo de ascetas magros, amarillentos, con asendereamiento de peñas, de penitencias, de suelo arenoso, yermo, y otras veces, torbellinos furiosos de cimitarras y de flechas, de trompas de elefantes y de carros vertiginosos, incendiados, con ruedas que parecen alas. Dioses que lanzan rocas, desarraigan árboles y chafan alcores puntiagudos de colinas de piedra. Ira y mansedumbre de lo primitivo, fuente de la historia, que después, en el creciente del tiempo, aglomera más furor y menos paz, como niño que se va haciendo hombre, o lobezno que medra. Aquí se describe una batalla con magnificencia trágica. El «Mahabarata» pinta colores de infierno después de hacernos percibir laberintos de flores, fuentes, revuelos de palomas en un cielo sin mancha de mala nube. Tumultos, aclamaciones, ruido de charangas y de caracolas. Los dardos, las corazas, las flechas y las lanzas que relucen y

ofuscan la vista. Se ven ondear, en el aire trágico, miles de banderas. Sus astas de oro relucen como llamas. «Elefantes de guerra cuyas mejillas hendidas riegan de sangre su rostro, encerrados en un círculo de flechas y de mazas, lanzan temerosos rugidos y de pronto se derrumban, destruyéndolo todo a su alrededor.» La batalla dura un día, otro día, otro, hasta cuatro lunas, sin una tregua, sin un descanso, sin que los dioses se cansen de oír los gemidos de los que agonizan. Toda la naturaleza parece ebria de sangre. Las flechas de oro y de plata cubren el suelo. Junto a los muertos, yacen los alfanjes con empuñadura de marfil. En los brazos arrancados brillan los brazaletes, y las cabezas cortadas ostentan sus aretes y sus cimeras de plumas. Uns veces vencen los que tienen razón y otras los que no la tienen, aunque lo definitivo en la victoria siempre acaba de ser del bueno. Corre un río formidable, un río de sangre, en el que las cabezas parecen lotos y los carros, barcos. El poema llora, se enardece, se apiada. Las flechas caen de todas partes como serpientes. Al terminar el combate, las mujeres corren en todas direcciones, «como yeguas en el patio de una granja». Y se detienen un instante, escuchando la voz temblorosa, fuerte, de Yudisthira, que exclama en el campo rojo, hincado en sangre, enloquecido:

—¿A qué han servido tantos horrores? Nos hemos destruido los unos a los otros. ¡Maldita sea la violencia que tantos males acarrea a los hombres! ¡Cuán preferible es la paz, el imperio de sí mismo, la pureza, la abnegación, el desdén de la envidia, el respeto a la vida ajena, la verdad que predicán los ascetas en el fondo de los bosques!...

Cierro el «Mahabarata», la biblia india, con sus remembranzas de ríos, de torrentes, de junglas...

Y pienso que en la historia, lo mismo que en el alma, cuantos más años más enojo y más culpa. La enmienda es repentina y corta como pico de paloma sin rama de oliva. Una enmienda de medroso que nada más que reza en la tempestad, lejos de poblado, viendo centellas. La historia representa el fracaso de la experiencia. Vuelve al atolladero, a la muerte, al peligro, lo contrario de lo que hacen las bestias rehuyendo los parajes donde tropezaron o cayeron. Volver al tropiezo, a la caída, nada más que lo hacen los hombres y la historia, que siempre están ratificando dramatismo inútil, dolor, desatino. Siglos y siglos de experiencia histórica no han servido para nada. Estamos lo mismo que en los orígenes. Después de una catástrofe promovida por ambición injusta de raza, por venganza de viejas afrentas, por esas ganas de tierra, de miserable tierra ajena, se pronuncian las mismas palabras de pesar, de angustia, de arrepentimiento que hace miles de años pronunció Yudisthira, hincado en suelo rojo, cuando en las vastas teogonías



se confundían los hombres, los monstruos, los dioses. Un pequeño remanso, restauración, descanso y recomienzo de ira, de tempestad, de muerte premeditada, en núcleo, como redada o tala de bosque... Ese libro me hace pensar en el fracaso de la experiencia milenaria. Y veo ahora vísperas de lo que sucedía en lo primitivo, cuando lo mítico era gobierno de humanidad, pasión, calentamiento del carácter. Y parece como si no hubieran pasado tiempos enseñando, sutilizando sensibilidad. La historia no tiene remordimiento. Su conciencia está por nacer. El recuerdo de lo dramático, de las decadencias por destrucción, por disputa sangrienta, por soberbia de hombres enaltecidos que gobiernan a masas, no acaba de hacerse reflexión, enmienda, juicio sentimental.

La suprema insensatez del hombre está en no sacar advertimiento de los trances pasados, de las circunstancias que han conmovido su vida, de los yerros que le han hecho perder paz, confianza, entusiasmo. No dejarse llevar por la experiencia, no hacer a ésta brújula de actitud, consultorio íntimo de determinaciones, aviso, cautela, freno o ala, según los momentos, es perderse muchas veces en las circunstancias. El supremo tino está en saber regirse por precedentes. Para la crítica artística, el precedente es nocivo; para la vida, no; para la vida propia, lo anterior, lo que fue causa de equívoco, de acierto, de consecuencias de firmeza o de flaqueza, es insinuación de conducta presente, de atajo, de quietud o de rodeo para apartarse de los peligros morales. Esos pensamientos antiquísimos de las páginas del «Mahabarata», nos demuestran que la experiencia de la historia no acaba de ser filosofía del vivir colectivo. Tener en la memoria el pasado es enmendar presente nada más que comparando ceños, rumores, hechos y a veces silencios. En la vida casi siempre nos rodean las mismas circunstancias, porque no hay nada nuevo en la desenvoltura moral del hombre. Todo es repetición de motivos que aplacan o soliviantan, eternos creadores de entusiasmo, de pena, de pecado capital, de virtud, de asentimiento, de desamor. Con la Historia sucede lo mismo. Lo nuevo es como resurrección de lo viejo. Siempre las mismas quejas, las mismas incertidumbres y la misma casta de hechos y de resultados. El pasado legendario entre junglas y esteros indios, le veo yo ahora en nuestra civilización, entre campanarios, grandes chimeneas y Universidades, redivivo, con otro traje, con otros mantenimientos, con otro lenguaje. El mundo da sensación de nave estropeada, dirigida por pilotos inconscientes, locos, beodos, que siempre tropieza en los mismos escollos...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 26-IX-1935.

*Yo le agradecería que me mandara esos libros, que me hacen mucha falta.*—Antonio Allende Ruiz.

Pues no faltaba más, querido niño. Te mandaré esos libros que me pides. Los buscaré para ti, pobre niño de mi tierra. Yo también pedí cosas sencillas, cosas que abundan, cosas que se desprecian, se tiran o se rompen en otras partes. Es curioso que abunden tanto las cosas que nosotros queremos y sin embargo estén tan lejos, tan imposibles, como estrellas, como hadas. Tendrás esos libros, y si yo fuera bueno, puro, pondría en ellos mis bendiciones. Hay que creer en la bendición de los hombres buenos, de los que miran bien, de los que parlan poco y con dulzura, sonrientes, humildes. Yo ya sé lo que es desear una cosa buena, una cosa amable y noble y no poderla conseguir. Dormirse queriéndola, verla en la oscuridad con la imaginación, despertar deseándola y pasar todo el día pensando en ella mientras contemplamos la felicidad de las ovejas y de los pájaros, que todo lo encuentran en la pobre hierba, o escuchando agua clara que corre por las grietas de las peñas. El mundo es malo porque no damos lo que podemos dar cuando nos lo piden. ¡Ay, qué tiempos aquellos cuando yo andaba por ahí como tú ahora, escarpineando en cuesta y en mies, queriendo muchas cosas, entre portales, entre salces y helechos, viendo quimas de nísperos, carricoches, velocípedos, blusas nuevas, que me daban mucha envidia! Ya sé, ya sé lo que es eso. Se aprende a no llorar apretando mucho los dientes. En tus renglones recuerdo yo aquellos días de borona y de coloño, esas dos cosas tan ásperas entre las que uno empezó a vivir, mareado de retiemble de molinos y de carros que chillan. Y también lo que son esas voces que tienen la manía de estar prohibiendo siempre, que nos asustan, que nos mandan, enfadadas, a la fuente, a la novena, a estarnos quietos oyendo cosas que no comprendemos, enseñándonos a temer a Dios en vez de enseñarnos a quererle, que es mejor. ¡Cuántas cosas deseé que no pude conseguir! Después, cuando me hice joven, resumí al mundo en eso que te he dicho más arriba: el mundo es malo porque hacemos que los que desean una cosa buena, noble, estén siempre queriéndola sin conseguirla, mientras otros desgastan, manosean, destrozan esas mismas cosas. Todo se resume en esto. Si tú tienes muchas nueces, ¿por qué no le has de dar unas pocas a un amigo o a un desconocido que te las pide pacífico? Si tú no se las das y le provocas con tu orgullo, es posible que intente quitártelas.

Unos hombres piden unas cosas, y otros hombres otras, para poder vivir.

Cosas tan necesarias como lo pueden ser los escarpines, las abarcas, como un arado para el labrador, un yunque para el herrero, una sierra para el carpintero, un puente o un madero para pasar el río. Sin estos menesteres, esos hombres que siembran, que hacen resoplar el fuelle o construyen mesas, ventanas, escaleras, no podrían vivir. Tendrían que robarlo, o morirse o marcharse por el mundo como esos pobres que pasan por tu pueblo llamando a las puertas, enfadando a los perros. El mundo nada más que hace negar deseos, bienes, cosas sin las que el hombre no puede pasar. Y así es como la gente se enfada, se entristece, llora, se desespera. Todo lo que oigas de tiempos malos, de que esta política es mejor o peor que la otra, de que unos hombres, inteligentes, ricos, van a arreglar las cosas para que toda la gente viva contenta, son mentiras muy viejas que ya no caben en el desván de la historia. Los que tenemos que arreglarlo somos nosotros, nosotros, los hombres, siendo complacientes, compasivos, generosos; no falsos, ni glotones, ni envidiosos, ni adulones, ni cobardes... Tú crees que yo tengo muchos libros en unos estantes largos y altos y me pides cuatro o cinco que te hacen falta. Y yo no sé si tengo muchos o pocos libros, como tampoco sabemos tú, yo, todos, si tenemos muchos o pocos amigos, porque hay libros que no son libros y amigos que no son amigos, lo mismo que hay listos que no son listos y humildes que no son humildes y jueces que no son jueces y sacerdotes que no son sacerdotes. Esto, un poco extraño para ti, ya lo aprenderás cuando te acostumbres a leer los pensamientos en las caras, cuando empieces a conocer a los hombres, cuando tengas que suplicar, que exigir, que obedecer sus leyes o reprochar sus falsedades. Pues bien, ¿qué dirías tú si yo no te mandara esos libros? Recelarías de mis alabanzas a la bondad, de mis riñas frecuentes a los desdeñosos, a los miserables, a los injustos, a los que rezan a Dios y maltratan a los hombres, a los que fingen buena cara y tienen mala entraña. Y el desdén, el olvido o la indiferencia, al fin y al cabo negativa, desprecio, descortesía, se harían en ti dolor, desilusión, desconfianza, que son los tres espinos, largos, agudos, con que el mundo pincha a las almas. Pero, no; yo no quiero lijarte con el menosprecio tan corriente, tan de todos los días, que emplean unos hombres para otros. Ya sé yo lo que pasa adentro cuando vamos con fe y volvemos sin ella. Tú pides lo que te hace falta y yo debo dártelo porque lo tengo. Si no lo tuviera, tendría que buscarlo; tendría que pedirselo a otras personas que lo tienen. Así debemos ser los unos para los otros. Todos debemos escuchar con amabilidad, con atención, con buen propósito las súplicas que nos hacen los que estén tristes, los que se encomiendan a nuestro corazón, los que vienen a nosotros con esperanza, con humildad, con muchas ganas de encontrar afecto y alivio.

Compara tu deseo con los deseos buenos de los hombres sin suerte, que son en la vida como remiendo, como casa caída, y te darás cuenta de lo malo que es el mundo, de lo malo que es negar, despreciar, no querer oír. Ellos piden lo que les hace falta con la misma ansia con que tú me pides esos libros. Y considera lo bien que viviríamos todos si a los deseos sencillos de los unos contestaran los otros como yo te respondo a tí, mandándote lo libros. Es fácil limpiar a la tierra de esos pecados que la condenan y la abrasan. Es lo de las nueces, lo de las nueces que te dije antes. Tienes un celemin; ¿qué te importa dar un puñado? El mundo, o mejor dicho, la parte del mundo que no se cansa, que lo tiene todo, que malgasta o que guarda, no acaba de comprender esto. Y mientras no lo comprenda por bondad o no se lo hagan comprender por ley o por persuasión enérgica, seguirá todo lo mismo. Tú gastarás un poco de felicidad con mi regalo, cosa esencial para tu inteligencia y para tu alma. Es decir, yo te doy lo que te hace falta, lo que me pides, lo que consideras preciso para aprender y recrearte. Que siempre encuentres quien te proporcione lo que necesites, lo justo, sin abuso en el deseo y en la exigencia. Pero haz tú lo mismo con los demás. No niegues nunca lo que puedas dar, no lo niegues nunca. Favores, consuelos, consejos. Es la única manera de ir arreglando el mundo. Piensa en tu tristeza si yo te negara esos libros. La tierra está llena de tristezas así, que a veces se hacen rabia y enfado. Se niegan consuelos, amparos, auxilios, todas esas cosas que harían al hombre más manso, más dócil, más amigo del hombre, más constante en su optimismo y en su entusiasmo. El optimismo y el entusiasmo es para los hombres lo que para ti los brincos en el campo, el hallazgo de nidos, las tardes de los jueves, un buen rato en un cerezo...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 29-IX-1935.

## 511.—ESBOZOS. MOLINOS DE VIENTO

*Van desapareciendo los molinos de viento de La Mancha.*—  
Los periódicos.

¡Pobres molinos de viento que aspearon pensamientos locos de pobre caballero andante, casto y enamorado! Ellos me hacen pensar en don Quijote, que es lo mismo que pensar en Cervantes, con su cartera de recaudador.

Y al mismo tiempo, entre recuerdos de encinas, de brocales manchegos, de cabrerizos inocentes, el pensamiento se va a lo antiguo, a lo que permanece y a lo que ya se ha muerto por desdén o furia de hombres. Me refiero a la tradición, a la pura tradición, que lo mismo se deja acariciar en la llanura por unas aspas hacendosas en las que trabaja el viento, que vagabundea por campos verdes empapados de labranza y de aires pastoriles, los dos ambientes de Alonso Quijano. Lo tradicional tiene varios quíñones: la ley, la costumbre, el arte, la picardía, lo religioso, lo aventurero. Y la historia debe ser el conjunto de todas estas cosas, creando emoción, amor, antipatía discreta y justa, sin enfado, asentimiento o negativa de conciencia. Ya he dicho otra vez que el concepto de historia está maleado. No se ha dado a ésta la amplitud de fondo que es menester para comprenderla pacíficamente, a la otra banda encrespada de las guerras y las conspiraciones. La historia, en los trajines escolares de la infancia, es exclusivamente sucesión de reyes sensatos, tontos, malvados, bárbaros, amables, rebullir de ejércitos, navíos que se acometen, arreos de caballos. Cuando yo, de niño, oía un clarín experimentaba en seguida sensación de historia. La historia era eso, clarín; roses negros, lucientes; mochilas. Los edificios viejos, las alfarerías, los molinos, las maderas talladas, los romances, no me recordaban la historia. Nada más que las trompetas, los caballos, las mochilas.

Así fue naciendo en mí y en todos los niños de antes y después de mi tiempo un sentido guerrero de la historia, un falso criterio de la tradición, que empezaba en el arma de un celta y terminaba en el cañón de Velarde encaramado en su pedestal blanco, mirando a la parte de Francia. De una a otra época, discordias, tumultos, guerra, barcos fenicios, escudos griegos, turbantes, tiendas de campaña. Ni un ánfora griega, ni un capitel moro, ni una puerta románica. Si acaso El Escorial, la catedral de Burgos, el acueducto de Segovia. La historia, narración sintética de combates, desposeída de su arte y de su poesía. Caras celtíberas, caras de reyes, de guerreros, de traidores, de emperadores romanos; no de poetas, de filósofos, de arquitectos, de astrónomos, y parecía como si en el mundo no hubiera habido otras cosas que murallas, lanzas, lombardas, cimitarras, escopetas. Unicamente, allá al principio, la paz del semblante de Cristo en una página, entre Augusto y Mercurio. Después, otra vez, la furia, el arma, la guerra, lo bueno o lo malo de una invasión, de una reconquista, de una tregua. Todo el ánimo estaba lleno de recuerdos de estampas barrocas, sangrientas, con puñales, con incendios, con polvaredas, con barcos de Lepanto, con turbantes de las Navas de Tolosa. Esto era la historia y nada más que esto. La historia y la tradición. En el espíritu inocente de los escolares, las sensaciones históricas eran como atemorizamiento y sobresalto de espadas y de detonaciones, no como

bondad de ingenio, de trabajo, de arte. Nada me decían a mí de la historia, por ejemplo, las cosas que yo veía pintadas en las ruecas, los carros, las puertas labradas, esa otra tradición pacífica esparcida en los colores de un lienzo, en un cuadro, en una tabla, en unas verjas, en una imagen de piedra, en un balcón saledizo. La historia era, en fin, un califa, una caperuza cónica de inquisidor; no un orfebre, ni un pintor, ni un sabio, ni un arquitecto, ni un poeta. Así se ha ido limitando el sentimiento de la historia en la inteligencia y en el corazón de la infancia. Y la tradición se ha constreñido a esa rutina cronológica de gesta, de paliza, de aventura, de guerra, como si el mundo se hubiera formado solamente con filos de espada, con trotes de caballos, con mando de reyes y obediencia de ejércitos. Y la historia, como el hombre, no es todo enfado, ira, agresión, fuerza. Es también entusiasmo repartido en su labor, en su afición, en su arte, en su idea; el espíritu que ha ido dejando en la piedra, en la madera, en el hierro, en el mosaico, en el libro; cosa de brazos, de entendimientos, de genio. En los tratados de historia había ausencias de características esenciales que hacen medrar los sentimientos, que cultivan alma, que van sutilizando cerebro y sensibilidad.

Limitarse a narrar episodios sin enseñar a querer el pasado, a sentir la emoción de su poesía, de sus costumbres dóciles, de su laboriosidad, de sus tareas artísticas, de su industria, de sus normas sociales, es lo mismo que conocer únicamente la parte arisca, la parte amarga y ceñuda de las cosas, el pecado, el enojo, la contienda. Esos pobres molinos de viento que parecen gigantes que jadean y gesticulan en la llanura, recuerdan tanta historia como un castillo o un alcázar. Pero sucede que en estas cosas sencillas nada más que se ve la utilidad, no lo histórico, no la sensación sentimental del pasado. En cuanto dejan de ser útiles se destruyen. Y a veces encierra más historia, más espíritu, más temperamento de raza, una de estas cosas sencillas que se destruyen, que una mansión antigua restaurada y cuidada porque en ella vivieron sultanas, reinas, caudillos. Más siento yo en un claustro de Silos que en una sala de El Escorial. Y una barca del puerto de Palos me dice más, se me entraña más, que las murallas de Tarifa con Guzmán el Bueno arrojando el puñal. Y me hace sentir más historia, más vida pretérita, un verso de Berceo que el edicto de un rey... Y el huerto salmantino de Fray Luis, más que los jardines del Alcázar de Sevilla, con sus arrayanes moros y sus aguas mansas. En los rumbos recruzados de la llanura, esas aspas empapadas de cielo cuentan historia. Son historia de antes, viva ahora, recordando trabajo de labranza y trabajo de literatura, las dos cosas en que el pobre don Quijote plantó su amor y su manía. El molino de viento es el mejor monumento a Cervantes. La verdadera tradición está en conservar



los motivos que le hacen pensar a uno en la paz, en lo bello, en lo sublime...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 9-X-1935.

## 512.—ESBOZOS. EL QUIJOTE DEL MAR

Cada pluma va marcando su besana negra de letras con justicia o con desafuero. El apego o la antipatía, tan ceñudos entre sí, tan mal avenidos, pueden coincidir en la manera estética, en la bella distinción de las palabras y del estilo, pero no en la verdad, en la única verdad que tienen todos los hechos biográficos, históricos o simplemente sociales, de ahora o de antes. La idea propia, la visualidad rápida o detenida, franca o recelosa del ambiente, según se vaya con prejuicio o sin él, son los que orientan, dilatan o simplifican, poetizan o materializan la desenvoltura y el efecto del episodio. Es natural que un herbolario vea el campo de distinta forma que un poeta o que un paisajista, y que un hacedor de versos, sin pesadumbre, sosegado, en la orilla del mar, vea a éste y le sienta de distinta forma que un pobre pescador que soporta brumas, fríos, singladuras costaneras de invierno o galernas de estío, que es lo mismo que un invierno caluroso, con calinas, zumbando muerte en el agua. Viene esto a cuento de las biografías de hombres que remontaron lo vulgar, lo vulgar, que es lo normal del mundo, por poder de sabiduría, de atrevimiento, de santidad, de malicia. Tipos desperdigados en las cuatro características que acogen lo extraordinario del talento, de la virtud, del heroísmo, de la maldad. Unos escritores atenúan, disculpan, encubren lo que otros agravan y desnudan. El mismo hecho en el relato y en el comentario de dos escritores de opuesta tendencia, crea en el lector sentimentalismo o repugnancia. Así se ha venido escribiendo la historia, a fuerza de tendencias, reformando verdad, elogiando o censurando causas. Donde unos ven razón que se rebela, ven otros tropelía sin motivo. ¡Hay que ver las interpretaciones antagónicas que dan los comentaristas a las hazañas, al ingenio, a los rezos, a los libros, a las pinturas de los hombres excepcionales!

Yo he leído hasta una docena de interpretaciones diferentes acerca de lo que Cervantes quiso decir en su *Don Quijote*. Unos ven idealismo puro, imposible, la desgracia de un corazón sano y limpio que se pasa la vida

tras una ilusión, soportando desdenes, caídas, burlas. Símbolo de esos pobres espíritus —no pobres de espíritu—, pobres en la suerte y ricos en la constancia y en la fortaleza de dentro, del alma, que quieren hacer un pensamiento, de un ensueño, norma suya y de los otros, sonido y movimiento de ambiente, ley... Otros desprenden del Quijote —es la opinión más vulgar y más extendida— dos conciencias, dos formas, dos criterios representativos de lo español, los dos caracteres que hacen costumbre de las cuatro virtudes o de cualquiera de los pecados capitales. Otros sacan la consecuencia de lo en que van a parar quienes no saben discernir ciertas lecturas... Y finalmente, algunos hablan de inquisidores, de cautelas y de intransigencias religiosas, de milicias, de desagradecimientos colectivos, simbolizando a estas cosas en las lanzadas a los molinos de viento y a los rebaños, en las palabras del capellán del duque, en el mozo que iba a la guerra por dinero, no por patriotismo, en las pedradas de los galeotes. Y en lo real, no en la invención, no en la fábula, tenemos el caso reciente del tricentenario de Lope de Vega. Cientos y cientos de esbozos biográficos, rebatíñas de libros cardinales, no cosa nueva, original, fragante, meditada. Artículos nuevos sacados de libros viejos. Y crítica añeja en tipografía de ahora. Lo que han dicho cumbres, repetido por alcores de colinas pequeñas, como en eco. Así hacen la fama muchos, por eco, no por sonido propio. Pues en esos esbozos biográficos, vendimia libresca de lo que otros plantaron y cultivaron, se ha desenvuelto una verdadera batalla de contradicciones, de política, de méritos un poco raídos, de virtudes amenguadas, de pecados ensanchados por unos y constreñidos por otros. Crítica de cuando el poeta se puso la sotana. Y crítica de cuando andaba por allí rijoseando, sin pensar en el misal, sorbiendo vientos de aventura, galanteando.

Todos los comentarios acerca de Lope de Vega —respetado el arte, la poesía, lo democrático de la pobre y noble villanía— se desenvuelve en torno de su ropilla de galanteador insaciable o de su sotana; de cuando era malo y no quería ser bueno y de cuando era bueno —vejez, enfriamiento de pasiones— porque no podía ser malo por decadencia de carne, por ansia ya yerma, por nieve sepultando calor desvaneciéndole. Unos hablan del seglar y otros del sacerdote, según su conveniencia ideológica. Aquí, la picardía, la truhanería culta, la adulación, el adulterio, los mensajes amorosos, las puertas que se abren sigilosamente en la noche. Y allí, las cosas que se desprenden del cáliz cristiano, de los cuadros del Calvario, de la celda, de lo místico... Y ahora, con esto de la fiesta de la raza, viene a octubre, al marco otoñal tan rico en melancolías, la figura de Cristóbal Colón, que es también otoño de genio enmarcado entre la tierra y el mar de la historia, bajo un

cielo náutico y castellano, porque no sólo es Castilla la Castilla de aquí; es también mar y polvo de lejos, según se mira a esas estrellas del occidente y del oriente haciendo en el agua caminos de barcos. Parte del alma de Castilla se la llevaron a las cuatro bandas del mundo los marineros... Y está allí, hablando... Ocho, nueve, diez biografías de Cristóbal Colón. No sabe uno dónde está la verdad. Unos le ven desde la punta de un trinquete y otros desde la proa. No es la misma perspectiva. Lo que digo: cada pluma su besana, cada ingenio su antojo, cada manía su obsesión. Éste habla de persona que después el tiempo rodeó de leyenda. Aquél dice que era un vagabundo listo, con suerte, sin más sabiduría que la casualidad. Ese le echa en cara su nepotismo como almirante, su sobriedad de derviche, sus locas exigencias. Otro habla líricamente de sus cabellos canos, de las humillaciones que sufrió, de las mofas y desvíos. Caricias o manotazos de la prosa. Leyendo uno estas biografías, de juicios tan dispares, se pierde la orientación. Lo que uno aprueba lo niega el otro. Donde éste echa laurel y humildad, el otro arroja ceniza y soberbia. En estas páginas es austero, sufrido, afectuoso, franco. En aquellas otras es ambicioso, impaciente, desdeñoso para el humilde, lleno de recelo. Unos afirman que le perdió la ingratitud española y otros que le perdió su soberbia. La devoción que siembra en el ánimo esta biografía la desbarata aquella otra. Criterios que hablan de la casualidad y criterios que proclaman una aventura con raíces atinadas. Pero lo mejor en esto es limitarse a lo clásico, a lo simplista, a lo que a uno le dijeron de niño: la fecha, el nombre, el convento de la Rábida, las amarguras, las joyas de la reina, la travesía del mar, el grito de ¡tierra!... Con esto basta. Y con llamarle, con Wassermann, el judío, el Quijote del mar, sin más sutilezas, sin más psicologías. Un Quijote más feliz que el otro, porque se vio que no estaba loco, más feliz que el Quijote del mar de tierra de la Mancha, porque topó con su Dulcinea esperando en el Océano...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 13-X-1935.

*El ministro de la gobernación dijo a los periodistas que atenderá a los hijos del obrero que pereció en un incendio realizando un acto humanitario.*—Los periódicos

Los unos abusan de los otros por eso, por el amor que se tiene a los hijos. El temperamento soporta injusticia, capricho maldito de jefe, riña, menoscabo de dignidad. Y en el centro del pensamiento de rebeldía, de protesta airada, ve uno confusión de semblantes, niños, puros, risueños, que coartan genio y deseo de responder a ritmo con las voces que nos dan los que investigan nuestro trabajo, los que exageran nuestras equivocaciones, los que tienen de lo venial insignificante un concepto grave, de intolerancia. Me refiero a los hombres laboriosos, buenos, conscientes, no a los remisos, a los vagos, a los inmorales, que no concilian el derecho con el deber. El hombre malo que manda zarandea espiritualmente a los que obedecen porque sabe que el recuerdo de los hijos es como seña que detiene furia, ira de razón, ganas de marchar de allí después de lanzar unas palabras duras, frenéticas, dando salida a todo el enojo y a todo el resentimiento sedimentado en el carácter. Una actitud así repercute en el cuerpo y en el espíritu de los hijos. Ese instante, esa ráfaga de rabia puede ser el comienzo de unas penas largas; penas de padre y de madre, entrañadas entre sí, como dos amores, como dos gemidos llorando la misma desgracia. No hay cosa más terrible que la dictadura tirana de un hombre que manda a los otros en una fábrica, en una oficina, en una mies, en cualquier sitio de labor. La idea social de la multitud que trajina en esos lugares, más que convicción teórica de libros, es aprendizaje en lecturas o en oratoria, es efecto de instinto, de experiencia, de sufrimiento, ante unas malas maneras, una voz que nos avergüenza, una sinrazón que además de inventar culpa, equívoco, poca diligencia, la vocea y la extiende, modificando en mal sentido el criterio que el mundo tenga de nuestra capacidad profesional y de nuestra moralidad.

La mayoría de los hombres sin independencia económica que contribuyen a que otros la tengan hiperbolizada, barroca, sin límite, aprenden su idea así: aguantando malas palabras, manías de señores, orgullo de gerentes, mala intención de encargados, servilismo de capataces, tretas de compañeros falsos que acusan sin motivo, que descubren y enseñan, con placer, el yerro ajeno, las pequeñas flaquezas, los mínimos defectos, las consecuencias de una ofuscación o de un descuido... Es idea de huellas que dejan en uno

estas condenadas cosas, no teorías de páginas y discursos. En este caso, al contrario de lo que ocurre en la vida con las diversas disciplinas que enseñan caminos, criterios, técnicas, juicios, la práctica es anterior a la teoría. Primero es el maltrato moral, la consideración silenciosa y triste de esas causas, el resquemor, que es yacija donde empiezan a acunarse el odio y la paciencia. Después viene la afición a la teoría, a los hombres y a las páginas que describen el tormento, el ansia, las amarguras, los sentimientos que nosotros sentimos. En esas lecturas la idea adquiere la norma, se arraiga bellamente en el alma con belleza de arte y de emoción, de verdad dramática. Vemos allí nuestra herida y nuestra venda, el acicate y el rumbo, porque el artista no debe limitarse a crear, debe también consolar. Y en ese compenetrarse, en ese ejercicio del sufrimiento propio y de la invención verosímil o de la realidad que cuentan esas páginas, la idea se hace sentimiento imprescindible, naturaleza, esencia de temperamento, dogma, de necesidad, de defensa y de esperanza. Mucho más, infinitamente más, que persuasión de consejos, de discursos, de literatura adecuada, se trata de desengaños, de cosas que se van viendo con sorpresa al dejar el limbo de la escuela, de negativas, de desconsideraciones, de imperativos sin amabilidad, de soberbias, de ese tremendo y orgulloso concepto de superioridad que tanto se complace en humillar y en despreciar. Pero en estos arrebatos interiores, cuando se nos humilla o cuando se nos desprecia, cuando un hombre con privilegio de categoría, jefe, amo, contraamaestre, nos vocea, nos zahiere, nos reprocha, la memoria de los hijos es como una visión repentina que nos quita brío, que nos fuerza al silencio, que pone esposas al coraje. Si no fuera por los hijos, la mayoría de los hombres que pasan por estos trances se convertirían en delincuentes. Los hijos, los hijos, su recuerdo, su inocencia, son los que detienen las furias de la razón o de la dignidad a punto de estallar en un instante en que la sangre parece que quema en la cara, en el seno, en que se siente como un vaho calentando las mejillas, las sienes, los ojos.

Un hombre que hace pasar a otro por este tránsito de sobresalto y de vergüenza es homicida de espíritu. A los hombres también se les mata así, poco a poco, con ojerizas de los que dirigen la labor, de los que cuentan en los despachos directores insidias, desaciertos, error, porque así creen que hacen mérito. Y lo que hacen es ir ensamblando su castigo. Otros harán lo mismo con ellos. La energía del que ordena es compatible con la palabra suave, con la tolerancia, con el deber y la responsabilidad. Es mejor disculpar que ensañarse. Lo primero crea agradecimiento y arrepentimiento en los hombres normales, deseos de hacerlo mejor, de superar conducta y trajín. Lo segundo crea odio, desgana, aturdimiento, anhelo inevitable de represalia. Y aquí asoma otra vez la idea, la idea natural, lo instintivo del que sufre

intemperancias, desasosiegos, incertidumbres, humillaciones, contra los que hacen sentir estas cosas amargas. La memoria de los hijos amansa. Entre las voces y las malas miradas, nos parece oír sus palabras, sus lloros, sus disputas. En la palidez del semblante, en el temblor de los labios y las manos se ve la suprema violencia que se está echando en la dignidad para contener a esa otra fuerza de la ira. Y en otra suerte de motivos sucede lo mismo. El hombre rehuye muchas veces el peligro que redunde en bien de los semejantes; el sacrificio por la idea; todo lo que exige heroísmo, abnegación, valentía. También por eso, por los hijos. Conoce y ha visto muchos ejemplos de criaturas desamparadas porque el padre ha caído en defensa de una doctrina, de una razón colectiva o particular, de un idealismo o de un salario. O en el salvamento de unos náufragos, en un incendio, en una inundación. El mundo, tan tardo en el olvido de un fracaso, de un delito, de un escándalo, es diligente, rápido, en el olvido de un gran sacrificio, de un heroísmo por doctrina, por patriotismo, por sentido exaltado de lo humanitario...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 20-X-1935.

#### 514.—ESBOZOS. LAS MANOS MUERTAS

Es alto y fino, tipo de Levante, de tierra guapa de naranjas y de almendros. El lazo negro de su corbata me recuerda a los artistas que están en el comienzo de sus ilusiones, que son también lo mismo que tierra de naranjos y de almendros en el alma, paisaje de oriente, trópico. Busto estrecho, cara pálida, ojos como cansados de ver cosas que no quisieran contemplar. O como deseando ver cosas evocadas con ardor, constantemente, por nuestra necesidad, por nuestras ansias, por nuestras impaciencias. Yo tengo mucha compasión de esos pobres ojos que ven lo que no quisieran ver, soñando silenciosamente con lo que quisieran ver. La compasión es el oro, la plata, el pan de los que no tenemos el otro oro y la otra plata, de los que no tenemos nada más que nuestro espíritu y nuestras obras. Ver yermo en nuestras contemplaciones, es la desgracia mayor. Es peor que ser ciego de los ojos materiales, peor, mucho peor. Y estar siempre rezando, beato de deseos imprescindibles, naturales, a otras cosas alejadas, casi imposibles, a la otra parte de leguas de imaginación, en una ruta de imposibilidad. Estar así es tener cautiverio en el alma, es ser místico forzoso de mundo, de tie-



rra, con éxtasis de amor a cosas deseadas y ausentes. Este joven me saluda con timidez real, de carácter, no aparente. El saludo de un desconocido da la pauta del temperamento para quien observe y compare. Yo pienso en que este joven atento, con aire de melancolía, es como otros que traen en el bolsillo unos versos, unos dibujos, un poco de filosofía. Le contemplo furtivamente. Los picos de su corbata, largos, negros, parecen dos girones, Sí, sí, es un poeta, un pintor, un joven filósofo que me va a contar sus contrariedades, sus luchas, sus proyectos vivos sobre la ceniza prematura de sus proyectos muertos. Pero al estrechar su mano no puedo evitar un estremecimiento. Siento como escalofrío de madrugada. Y un peso de sorpresa me carga el seno. Olvido la pintura, la filosofía, la poesía. El pensamiento en lo bello acaba de ser nevado por el pensamiento en lo espeluznante. Acabo de tocar unos huesos fríos, como si los dedos, sin carne, sin sangre, sin blandura, estuvieran atarecidos. Hueso, hueso retorcido, cosa sin sangre, sin vida, yerto. Una ráfaga de lo trágico corre de sien a sien como si por mi frente pasaran un pincel de hielo. La sorpresa cala mi conciencia. Esta mano me enfría. Siento en la mía contacto de muerte. Parece que acabo de tocar cristal, al amanecer, de noche de granizo; bronce al aire libre del invierno; piedra del río en el desnieve. Yo no sé qué carne es esta tan fría, tan fría y tan dura. No me atrevo a mirar esa mano. No sé qué terrible contacto ha sido este. Mis dedos están rígidos. Parece que han palpado témpano, mármol, mejillas muertas, cuajarones secos en relente...

Me acelero; no sé lo que decir a este joven silencioso, que ahora me da la sensación de que viene de recorrer un largo calvario. Es posible que sea imaginación mía, desvarío instantáneo, el frío del tiempo en esa mano... Pero, no, no; yo he tentado hueso, como si todos los dedos estuvieran descarnados. Lo siento aquí, en mi palma, que ha perdido repentinamente su tibieza... Y al mirar la cara de mi visitante, por obsesión, por el contacto reciente, por aturdimiento imaginativo, también me parece de hueso, ya amarillento, con el milagro, con la vida de unos ojos negros que no hubieran muerto como la carne, más fuertes que la fiebre, más fuertes que la agonía. Le ruego que descansa en mi silla de paja campesina, sin mirar esa mano, esa mano de hueso, de sensación de hueso, sin calor, sin blandura, sin venas, que me ha estremecido. Y al sentarse, sus brazos crugen. Contengo mi nuevo susto, fingiendo serenidad. Mi sonrisa debe temblar en los labios. Yo no sé de qué serán esos brazos para que crujan así. Serán también huesos, cosa sin sangre, sin calor. Y los presiento escondidos en las mangas, amarillos, con su brillo trágico, yerto, de esqueleto. Este joven no trae versos, ni rayas estéticas, ni filosofía. Este joven trae tragedia profunda, tragedia de grito espantoso, de miradas medio locas, en un instante en que todo lo

vio rojo. Trae tragedia en su alma, que es donde mejor escribe la pluma incansable de la vida, ingeniosa, siempre inventando. Aquí hay una estela de lo dramático. No sé de dónde salió ni de qué manera, ni si fue por pecado, por fatalidad, por engaño, por venganza, por cualquiera de los motivos que rasgan carne o alma, como tela, como cuero. Al fin y al cabo, todo es lo mismo en las consecuencias. En los encuentros con la desgracia, no debe importarnos su origen. Es mejor atenuar y consolar el porvenir y dar esperanza cierta en el presente. Cada movimiento, lento, trabajoso, del brazo, es un crugido tenue, un poco chirriante, como de tornillo viejo que va entrando. Poco a poco se van aclarando mis nieblas. La palabra es sol y aire que todo lo esclarece. Aunque a veces también es frío y cierzo. Comprendo y compadezco, que es lo que le falta al mundo para ser bueno. En el comprender y en el compadecer está todo el remedio. Y mientras comprendo y compadezco, mi mano va perdiendo esa sensación fría, extraña...

La voz del joven, Vicente Freixas, simplifica su drama. Él trabajaba en una fábrica de Valencia. Y un día un volante de transmisión le zarandeó en el aire. Todo fue zumbido y color rojo. La memoria va hilando sensaciones pasadas. Un hospital, la inconsciencia tremenda del largo desmayo, la vuelta al conocimiento. Y no sentir los brazos. Sentir nada más que un escorzor, arriba, cerca de los hombros. Querer hacer uso de las manos y no sentir las. Querer mover la una para palpar la otra y encontrarse sin las dos. Y quedar hasta sin fuerza para desesperarse. Y estarse quieto, absorto, llorando sin poder enjugarse las lágrimas, pensando en futuras circunstancias. Vicente Freixas, sin dejar de sonreír, sigue contando su desgracia. Yo admiro profundamente a los que sonríen así al contar sus vicisitudes. Esos brazos artificiales, esas manos pequeñas que me dieron sensación espantosa de hueso frío, se mueven con lentitud. Después del hospital, la calle; la calle, tan hostil y tan yerma para el desvalido. Más tarde, los brazos mecánicos. Y una prodigiosa voluntad y unos pobres muñones gobernando a ese mecanismo, día tras día, con desaliento, con esperanza, hasta dominarle, hasta poder emplearle en sus trajines primarios: vestirse, comer, abrir las hojas de un libro, como si ya se hubiera hecho músculo, vena, carne. Pero él quiere otros brazos más perfectos, más obedientes a su voluntad, más dóciles y ligeros a su deseo digno de trabajo. Y en busca de medios para adquirir esos brazos anda recorriendo España. Yo desearía que mi tierra no enfriara la esperanza de este pobre joven que camina con vehemencia, con ansiedad. Yo no quisiera que su alma experimentara aquí esa tremenda sensación de frío que yo sentí al estrechar su mano postiza...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 31-X-1935.

*Una anciana ciega, de noventa y cinco años, se encuentra en la más espantosa miseria.—El corresponsal de El Cantábrico en Ruiloba.*

Esta vieja ciega, con cara de color de nuez mustia, no es una vieja ciega de romance largo, peregrino, entreteniéndola sentimentalmente a la gente de los pueblos. No es ciega de guitarra, con la cabeza erguida, como desafiando al viento, con sarmiento de carne en las manos, huésped de cabaña, de pajar, de cobertizo enclenque de caminero que escribe cansancio y más cansancio en las márgenes de la carretera. Es algo más trágico que todo esto. Es drama sedentario en una cocina negra de aldea. Drama quieto, drama en taburete, al amor de la lumbre encendida en el suelo, estático, oscuro, en medio de una paz exterior que sólo quiebran las campanas al alba, al medio día, al atardecer; los campanos pastores, los juegos de los niños, los juegos revoladores de los pájaros en campas de cielo. Vagabundear es mejor, más llevadero —aunque se llore, aunque se sufra— que permanecer entre paredes que no se ven, con costalillo enorme de años, sintiendo cómo se va enfriando la sangre en los viejos atadores de las venas. Más vale cansancio de pasos, de repechos, de llanuras con horizonte de nubes, que fatiga de quietud sin suerte, con los ojos abiertos cuando es lo mismo que si estuvieran cerrados. Esta vieja no se detiene en mesón rural, ni llora en portalada, ni templea cuerdas de guitarra con gemidos de clavijas, ni pone en el tránsito de pueblo a pueblo unas grandes esperanzas. Es quietud medio adormecida, habituada a creer que todo se concede y se niega en el cielo, en que todo viene de arriba —alivio, alegría, dolor, suerte, desgracia—, como paloma o como milano. Y también es sustancia inmóvil de dolor bien soportado, siglo en congoja y en pena recatadas sabe Dios con qué ansias y memorias. Ella vio estrellas, nubes, campos, caras de hijos. Ahora no ve nada. En su retentiva, los colores, los semblantes, la luz, nada más que son recuerdos, huellas apagadas de otros días.

Entre el paisaje pacífico, muchas casas, bien floreados los balcones y los huertos, son vestidos de piedra tapando almas aradas por angustia y por renunciación de lo primario. Estas cosas trágicas abundan en el campo, que se dice tan cristiano y tan legendario de compasión. ¡Qué bellos los caminos, el olor de los bosques, las cercas, las laderas donde pinta Dios con rosas, con verdes, con arcillas, con rocas! ¡Y qué contraste la de estos mantillos de naturaleza, bien bordados con aire, lluvia y sol, y la de estas desnudeces

de espíritu, sin flor de esperanza, sin el aire y el sol de inclinación humana!... En los pueblos, tan galanos de ambiente y de adorno natural, por su pequeñez geográfica, porque en su silencio destacan más la queja o la risa, es donde mejor se observa la pureza de la alegría, el ceño de la impaciencia, esa expresión que da al rostro el corazón que está sufriendo, que ha sufrido o que tiene miedo a sufrir. No se desvía, no se pierde la atención como en la ciudad. Son pocos semblantes y forzosamente ha de contemplarlos uno a menudo. En la ciudad esa contemplación es furtiva, sin impertinencia, de paso. El encuentro con unos hace olvidar a los otros. Es remudanza casi constante de contemplaciones. Entre tanto rostro se pierde la noción del contento, de la tristeza, de la sinceridad, de la falsía encubierta o cínica. En la aldea, que es mundo en miniatura perfecta, los semblantes son tan pocos y tan familiares que dejan en uno sabiduría de libro que hay que leer todos los días. Libro en que lo dulce y lo amargo, lo bueno y lo malo, lo sincero y lo hipócrita, lo pesimista y lo jovial, se suceden naturalmente, como transición del paisaje en un camino muy largo a través de climas distintos. Así, esta pobre vieja ciega, cerca de llama y de ceniza, compañera fría de lar caliente, da más sensación de angustia, de miseria, que otra vieja ciega cualquiera en calle de ciudad, en esquina, en portal de iglesia o andando, andando, con lazarillo y talega, despacio, indecisa, como si cada paso fuera el último que va a dar en la vida. En un ambiente reducido se destacan más la felicidad y la desdicha, la verdad y la mentira, la modestia y el orgullo, como abarcas viejas, argolladas, con color de polvo, en una ringle de abarcas nuevas, cuidadas, en el portal de la parroquia.

Yo me la imagino quieta, pensando en el Job de las pláticas dominicales del señor cura. Su fe será paciencia y esperanza, con muchísima tarea de recuerdos que mordisquean y roen debajo de la frente y del seno. Me la imagino casi impasible por flaqueza material, por reañamiento de sentidos, sin tino, ahumada, haciendo en su entraña romance vivo, trágico, real, que no canta en los caminos, ni en las portadas, ni en los feriales, ni en la puerta de las tabernas, ni en los barrios pobres de las capitales, que es donde hay más sentimiento y más lástima, porque no hay dinero, precisamente porque no hay dinero. Si hubiera dinero, no habría ese sentimiento y esa lástima. Para compadecer es menester sentir profundos deseos de que le compadezcan a uno o haberlos sentido y no olvidarlos. Y así, de pensamiento a pensamiento, va pensando uno, al fin, en que lo bueno y hermoso de los campos nada más que queda en las pobres hierbas, en los frutos, en los pájaros, en los colores del monte y del valle, en las espigas... Y que lo hermoso y bueno del Cristianismo nada más que queda en las voces vibrantes de las campanas empapadas de cielo, en unos cánticos, en unas vestiduras. Me lo dice desde

lejos, desde la cocina con lumbre en el suelo, esta vieja ciega con tantísima plata en la cabeza, que es el único ahorro, el único caudal que ha logrado en sus años de trabajo en la mies, en el monte, en el huerto...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 10-XI-1935.

## 516.—ESBOZOS. EL ODIO AL AMBIENTE

*Hace falta evitar esa manía de los labradores que consiste en dejar el campo por la ciudad.*—De un discurso en el Parlamento.

El preliminar de mi libro «Campesinos en la ciudad» —en el que quise resumir mi ideología social y mi concepto de la estética literaria con un lazarillo, una galerna y un niño de majada— es una censura honda, un poco sentimental, a veces un poco irónica, a los hombres que salen de su ambiente agreste por deseo de ciudad. Claro está que me refiero exclusivamente a los que poseen el tesoro de la independencia, aunque sea humilde, sin la inquietud de la aparcería, del no poseer nada, de esas fechas ineludibles en que el campesino cuenta y recuenta, triste, abrumado, lo que ha de pagar y lo que le queda. A veces, muchas veces, no queda nada, ni llega a la cuantía de la renta. Año tras año se amontona la deuda, hasta convertirse en una montaña áspera, sin vereda por donde subir y salvarse. Es natural que entonces, en ese terrible instante en que todos los pensamientos niegan salida, en que todo lo que se discurre tropieza con muralla, el pobre labrador de la tierra que no es suya, acostumbrado a amargas probanzas, reniegue en su conciencia de los terrones nativos, del ambiente, hasta de las parcas costumbres que se alimentan de su espíritu, de su trabajo y de su pasatiempo. No se puede amar, si no hay aberración de sentidos o fenómeno de excesiva bondad o paciencia a lo que es impertinente en el castigo, en lo desdeñoso, en lo tirano. Se quiere a lo que suaviza circunstancias, a lo que es placer, fruto amigable o amante de sensación. Estos hombres no es posible que se penetren amorosamente con la tierra nativa.

La querencia, después de la niñez, no está donde se nace y donde se sufre. Está donde encontramos recompensa, estímulo, migaja de felicidad, sosiego, aunque a veces recordemos el paisaje, las burbujas blancas del río del pueblo, el sueño del remanso, los peñascos con color del herrumbre, el

cantar ventolinero y solemne del bosque. Falta esa querencia que es producto de utilidad natural o de paz de corazón, de ese sabor de cosas, de afectos, de inclinaciones que van trasegando dulcedumbre de la solera del pensamiento a la solera del ánimo. Cuando el hombre no está a gusto entre los aires que acarician su trabajo y su descanso, el paisaje, el matiz de lo pairal, la raíz de lo familiar, pierde su fuerza para evitar la huída y el desvío, aunque sea llorando, con pesar, volviendo los ojos para despedirse muchas veces, en un instante, de lo que queda allí, impasible y eterno. No hay cosa más triste que coger aborrecimiento a la tierra de uno, a la tierra en que permanecen invisibles las huellas de nuestra infancia, de nuestra inocencia y de nuestro amor. Y esto ocurre todos los días en el paraíso de paisaje y de silencio de los pobres campos. Ese suelo tan hermoso, ese paraíso de pintores y poetas, los brocados vegetales, lo roqueño —que también es bello— son como representaciones constantes de nuestra fatiga, de nuestra miseria y de nuestra pesadumbre. Se ve pesimismo en las cosas más alegres. Cuando el ánimo está ensombrecido de preocupación, de labor casi estéril, de desamor, de miedo al presente y al mañana, de remorder de hostilidad, lo exterior, tan adornado, tan suavemente rumoroso de vientos, de corrientes y de pájaros, no hace fiesta adentro. No es amor de naturaleza conquistando espíritu. Termina uno por odiar a esos rumores y a esos colores, como ruidos de niños y de doncellas, hijos nuestros, cuando estamos malhumorados, sin esperanza, pensando quizá en un mal pensar.

No es extraño ni censurable que estos hombres que se han tambaleado en besana, mar de estelas de polvo, incierto, en paz, salgan de ella, como cigüeña del septentrión cuando viene el invierno con su tamboril de trueno y sus miradas furiosas de relámpago. No es extraño que los pueblos de labranza se queden vacíos. Censurar esto es lo mismo que reñir a los que huyen de una inundación, de un incendio, de una manada de lobos. No se puede exigir al hombre el tremendo sacrificio de permanecer en un paraje hostil, sin remembranza buena, sin futuro bueno, soterrando propósitos malogrados, sin apaciguar nunca esa pobre ansia de bienestar, de tranquilidad, de ese descanso moral que encontramos en la fatiga de un trajín duro, pero utilitario. La compenetración es planta que nace en un clima adecuado. No se puede pedir que broten olivos en los glaciares del Norte. No hay compenetración entre el árbol y el terreno frío. El hombre es lo mismo con relación al ambiente. Ambientes favorables equivalen a temperamentos prósperos, enteros, briosos, menospreciadores de conceptos encallecidos. Hacer grato el ambiente es lograr permanencia humana, permanencia de piedra, de árbol, de huerto. Lo que es provechoso en un sitio no gusta de aventura, de cambio, de emigración, a no ser también por aberraciones de sentidos. La ciudad es para estos pobres



campesinos una incierta y soñada liberación, como huyendo de una plaga, de una ventisca, de un temblor de tierra. Para exigir sedentarismo fecundo, cariño a las cosas, a las labores, es menester quitar lo que en ellas hace sentir desprecio, desgana, desamor, e infundirlas lo que hace experimentar afecto y vocación. Mientras el campo haga sentir a sus moradores zozobra casi constante, apremio de lo que no se tiene, mirada de cacique que es aviso de condenación, cansancio sin utilidad, es cruel y tonto pedir esa permanencia, ese morir tan lento, ese ir muriéndose que dura años y años, sin sustancia de saber y de buenas emociones...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 17-XI-1935.

## 517.—ESBOZOS. DOCE MIL GRANIZOS

*El maestro lleno de agobios económicos no puede poseer el buen humor, el optimismo, que se precisan para hacer a la escuela atractiva.*—Jesús Revaque.

¡Esas cuitas de los maestros de escuela! Parece que no ha sucedido nada en el mundo desde los tiempos en que sus alacenas tenían menos compango que las de los pastores. Hubo un siglo en que el cabrero y el maestro, en los pueblos, simbolizaban absolutamente la miseria, el desprecio, la paciencia. La suprema cultura de la aldea y la suprema ignorancia de letras, eran una misma cosa en eso, en la miseria. Allá se iban las ganancias con los rebaños de ovejas y con los rebaños de niños. En las ciudades, el maestro, con su cuidadosa pulcritud de levita vieja, bisunta, pastoreando instintos y entendimientos, era hambre viva, andariega, gracia trágica de sainete en que el bostezo era como una frase, decoro de tela repasada, rota muchas veces, que es el más triste y el más dramático de los decoros. Y a la vez el más natural y el más decente, porque no tiene artificio ni apariencia. Es la verdad pobre y triste, pero con limpidez, tranquila, aunque la tela tenga ya color de otoño. ¡Si parece que no ha pasado nada desde entonces! La historia de la enseñanza popular, en España, no ha dejado de ser levita bisunta, añosa, que se rompe por aquí, se recose malamente, de prisa, y vuelve a romperse por más allá. Esas tres mil pesetas de hoy equivalen a los trescientos reales de antes. Con la diferencia de que el mundo exige más optimismo, más entusiasmo, más enardecimiento bueno en las tareas, más diligencia en las obligaciones. Este

mundo, que exige tantísimo —firmeza, ecuanimidad, casi perfección en el espíritu y en la labor— y concede tan poco. No es verdad que el optimismo y el entusiasmo sean los únicos fuegos de la vocación. No es cierto que estos dos elementos espirituales sean los dos únicos vientos que hacen correr a la voluntad, que se la llevan bergantineando en mares de trajín. Cuando asoma la inquietud y permanece y se hace ambiente en el ánimo, la vocación y el optimismo estropean sus ruedas, se detienen, se hunden sin llegar a meta alguna de gloria, como no sea a ese confín negro del fracaso, que también es meta temida, espantosa, de muchísimas cosas. El maestro de escuela, con sus tres mil pesetas al año, tiene tres mil inconvenientes en las cuatro estaciones. La vocación es como la pureza de las doncellas. Muchas veces se pierde por salir de miseria, por despecho de los contrastes provocativos del mundo, porque ya no se puede sufrir más... Así se pierden las vocaciones y las purezas, que son las sustancias fundamentales de la vida interior, con la compañía de los afectos y de los recuerdos...

De nada vale que hagamos culturas extensas en las Normales, si después negamos los medios para que se siembren apaciblemente, con tranquilidad, sin el torcedor de lo doméstico en ruina, impertinente, agresivo. Es lo mismo que hacer soldados valientes, reales, con concepto justo de lo patriótico, y lanzarlos a una escaramuza sin armas, sin elementos de defensa. Pues la cultura del maestro está en escaramuza constante con los caciques de los pueblos, con atavismos etnológicos contraproducentes, con la superchería, con la vagancia, con lo económico. El arma que puede defender a esa cultura, que puede difundirla amablemente en los entendimientos y en las conciencias que empiezan a salir de su limbo terrenal, es la tranquilidad, un sencillito bienestar, paz suya, profunda, sobre todo paz, apaciguando el deseo natural y urgente de lo imprescindible. ¡Cómo se va a poner riqueza de entusiasmo, de exaltación espiritual, de constancia fértil en lo ajeno, si lo propio está con resentimiento, hastiado de injusticia, con ahinco de sobresaltos, con pensamientos monótonos de resquemor del pasado y de miedo al porvenir! Toda tarea artística, educativa, intelectual, en que surge a menudo una inquietud apremiante de lo material necesario, no es extraño que tenga perezas, achaques, desganas, contratiempos y estorbos subjetivos. ¡Cuántos artistas, cuántos hombres inteligentes, excepcionales, han perdido de vista la luminaria de su inclinación y de su propósito, vencidos por las necesidades, por los agobios económicos, por la falta de paz, la paz, tan silenciosa y tan bella, que es para los sensibles lo que un deleite predilecto para un sibarita. Todo lo bueno y maravilloso del arte se crea en momentos felices de recuerdos sentimentales, un poco alejados, en días de bonanza material, recordando, hartos, los tiempos de hambre; recordando, serenos, sin preocupación, sin amargura,

las épocas de desasosiego, de angustia, de desaliento dramático, resucitando aquella emoción que entonces nos hizo sufrir y ahora nos hace sonreír un poco amargamente...

No se puede describir la tormenta cuando sufrimos entre su estruendo, cuando corremos peligro en su furia. La memoria de aquellas horas ya lejanas, al templarse el alma, ya sin estruendo, sin miedo, en paz, es la que puede describir la borrasca, despertando la emoción del peligro cuando ya no existe éste. El arte perdurable es consecuencia de remanso, de entusiasmo sin sombra de agobio, de serenidad. Fruto de la infelicidad ya desaparecida en la calma aliviadora que estamos regustando. Sufrir con el recuerdo, no en la realidad del momento en que se crea. La obra artística del maestro de escuela —¡qué mejor arte que iluminar entendimientos y cultivar conciencias!— tropieza con esas inquietudes que no vitalizan entusiasmo, que le corroen y le ponen candado. Esos doce mil reales son doce mil granizos cayendo todos los días en su alma y en su dignidad. Y así, con el enfriamiento de ilusión, de estímulo, de afán, las tres características esenciales de todo trabajo, esa labor, que requiere suavidad, contento, paciencia, cierta expresión jovial, está llena de aspereza, de enfado, de pesimismo. Es terrible tener que enseñar entusiasmo, concepto práctico de la justicia, amabilidad, cuando está uno descontentadizo, aguantando injusticia en la entraña del espíritu.

¡Si parece que no ha sucedido nada desde aquel hambre y aquel menosprecio! La gente sigue tan impasible como entonces con este problema cardinal de lo español. Y piensa uno, a la buena, en la inutilidad de los cambios de régimen en ciertos pueblos, que dejan sin modificar las cosas más sustanciales, las más necesarias, las más ansiosas de justicia...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 24-XI-1935.

## 518.—ESBOZOS. LA FERIA DE LOS ENGAÑOS

Hay frases que se hincan en la mente como reja en la mies. Y hacen surco de meditaciones. La memoria y el corazón, al fin y al cabo, son mieses escondidas donde la semilla del mundo fructifica o se pudre. Una frase es buen

grano que vitaliza pensamientos en la mies propicia y recatada del cerebro. Otras frases le devastan como pedrisco o río que sale de sus fronteras con enojo. Un hombre, aquí, en este periódico, sin literatura, sin palabras pegadizas de lo libresco, o de lo oratorio, con léxico de pueblo, protesta, sencillamente, de unas cosas que están mal hechas. Y firma así: «Un amante de las cosas bien hechas.» Claro está que lo que a unos les parece perfecto, bello, útil, a otros les parece sin perfección, con achaques de forma y de alma, ineficaz. Lo malo es bueno, según la solera temperamental de cada uno. Y lo bueno es malo por la misma causa eterna del carácter. Pero yo quiero referirme aquí a lo concreto y bien definido de lo que está bien hecho y de lo que está mal hecho. En buena y sencilla filosofía, sin jugueteo de sutileza, la maldad nada más que es una, y la bondad, lo mismo, con sus infinitas derivaciones. Son dos troncos con abundantísimas ramas. Sensación de felicidad y sensación de desventura. Cosas bien hechas y cosas mal hechas aunque los temperamentos, que son efecto de educación, de gusto, de fe, de desengaño, de ir bien o mal en la vida, las trastruequen y modifiquen e inviertan su verdadero concepto, sus exactitudes biológicas, o éticas, su realidad. Como lo bello y lo feo, lo arisco y lo dócil, lo lógico y lo absurdo, el vicio y la virtud, las cosas bien hechas y las cosas mal hechas no admiten más interpretación natural que la que sale de sus esencias y de sus ejemplos. Lo que sucede es que cada cual interpreta, analiza, hace criterio, no según la verdad, sino con arreglo a sus conveniencias, a su egoísmo, a su deseo, a todos los bordones impertinentes de pasión que trajinan en el hombre haciendo amor, desprecio, simpatía, repugnancia, pereza, diligencia.

Todo lo que nos perjudica es simple y atinada justicia, todo lo que quita aquello que no se merece, lo que mengua prosperidad, abuso, nos parece cosa mal hecha. Y todo lo que nos beneficia, sin justicia, soterrando razón, todo lo que concede lo que no merecemos, lo que aumenta la fortuna, lo que responde amigablemente a nuestro deseo, a nuestra venganza, a nuestra vanidad, nos parece bien hecho. Y en esta idea exterior de lo que está bien y de lo que está mal —no idea íntima, a causa de la aduana de la conciencia, a la que llegan cosas que no pasan— radica, precisamente, el mayor mal del mundo del que se desprenden otros infinitos males del grupo y de la unidad humana. Lo bien hecho y lo mal hecho —que está supeditado, por naturaleza, por filosofía, por pura conciencia, a dos verdades fijas, de raíz eternal— es en el ambiente, en el ejercicio, lo que atrae o lo que desdeña, lo que da o lo que quita, lo que es amigo o enemigo, no el sentimiento de una razón recta que va en contra nuestra porque no la tenemos. En ocasiones, las cosas bien hechas, lo que nosotros consideramos como cosas bien hechas por consideración de medro, no por consideración de conciencia, son las cosas peor

hechas del mundo. Y lo mal hecho, lo que consideramos mal hecho por consideración de egoísmo, no de espíritu, suele ser lo mejor hecho, lo justo, lo perfecto. Insisto en que todo está en los vientos que nos hacen prosperar, en los que nos derrumben los deseos, no en la razón, no en esa inmensa y victoriosa verdad justiciera que es saeta fina, penitencia de nuestros malos propósitos, o premio, alabanza, exaltación de las virtudes, del sacrificio, de la dignidad de los otros... Y a veces también las amabilidades y las cobardías intervienen en estos negocios del espíritu. La amabilidad, por fuerza sentimental, por no causar desazón, por no romper unas pequeñas o unas grandes ilusiones. Y la cobardía, por miedo a represalia, por temor al juicio caprichoso del mundo, por recelo de que sus palabras redunden en descrédito y mengua, en el porvenir. Ambas condiciones —la del buen sentimiento y la del ánimo pobre— van a parar, en este caso, y en otros muchos, a la misma consecuencia, como el arroyo claro y el arroyo turbio van a parar a la mar. Lo mismo se mata por amor excesivo que por miedo o por odio. El resultado es el mismo, sea el amante, la venganza, el miedo quien maneje el arma.

La amabilidad y la cobardía alaban como buenas las cosas que están mal hechas, lo mismo que el interés o la conveniencia. Llamen culto al que no lo es, distinguido al que no se distingue en nada selecto, virtuoso al pecador, bondadoso al que tiene maldad de sierpe, ingenioso a lo mediocre, notable al que en un examen justo, al que ante un tribunal de hombres justos, no sería ni aprobado. Una obra de arte, unos versos, un plan arquitectónico, una técnica política, son a lo mejor cosas que están mal hechas y decimos que están bien hechas. Y así sucede que en la vida artística, en la vida religiosa, en la vida política, muchos de sus cultivadores adquieren prestigio a fuerza de hacer cosas mal hechas; pero que se dice que están muy bien hechas porque nos conviene decirlo así, porque digan lo mismo de las nuestras obras, por esperanza de recompensa, porque no nos hemos educado en la sinceridad, esa sal de la conducta que es en el carácter lo que el perfume en la rosa y el destello en el faro. Así nos engañamos los unos a los otros hablando bien de lo que está mal o juzgando con desvío lo que merece afecto. En esta lucha constante de falsedades contra falsedades, de elogios sin motivo contra censuras sin fundamento, de engaños contra engaños, de aplausos a lo feo y de silbos a lo bello, el mundo va llenando su alma de contrasentidos, de chantajes morales —que son los más terribles—, de fingimientos, de malevolencias injustas y de benevolencias sin razón sensitiva, sin razón cerebral... Cuando la envidia, el no comprender, la flaqueza de espíritu, el interés material, el intercambio de adjetivos agradables, la mentira, son las cosas que juzgan, alientan o estorban a las cosas, no es extraño que el mundo se tuerza más y más hasta doblarse y romperse... Y todo por eso, señor. Porque nos hemos

empeñado en decir que están bien las cosas que están mal hechas. Y en decir que están mal las cosas que están bien hechas...

MANUEL LLANO

*El Centábrico*, 4-XII-1935.

## 519.—ESBOZOS. EL IMPERIO DE LO VULGAR

*Se ha inaugurado, en Lisboa, la exposición del libro español.*

El Libro español es el más desdichado de los libros. Yo personifico al libro y le considero como espíritu siempre en congoja, braceando en la vida con desesperación, peregrino de caminos limitados y estrechos; él, que siente ansiedad de rutas largas y anchas. Me refiero al libro que enseña zalea de arte puro, romance, destilación cristalina de pensamiento y de sentimiento, vida poetizada de ahora o de antes, elogio de las cosas sencillas y naturales con tragedia o con felicidad, experiencia que enseña tino, táctica, orientación. No a las páginas que escarcean en la sangre más que en el espíritu, como una caricia cinematográfica o un relato inmoral. Un libro sutil, en el que el arte, vitalizando la belleza del pensamiento, sea su substancia dinámica, su perfume, su brillo, es un don Quijote que anda por ahí incomprendido, descalabrado, triste. La mayoría de la gente —más saturada de polvo de berrocal que de aire de jardín— no atina con la verdadera belleza del lenguaje y de las ideas. Lo fino de la inspiración y del ingenio tropieza con lo áspero y grueso de lo grosero en lo intelectual y en lo educativo. Esta categoría de lectores se pierde en ocio de imaginación, guareciéndose en páginas que no hacen pensar, en unas páginas sin verdad lírica y sin verdad filosófica, o con abundantes enojos retóricos que ensombrecen el alma. Uno de los males más profundos de la multitud consiste en no querer pensar, en no mortificarse unos momentos diarios discurriendo sobre aquello que no se comprende bien hasta abrir rendija y entenderlo. Y el libro puro, el selecto, el que es sembrador de buen idioma y de buenas meditaciones, el que es esencia de alma con su emoción o su filosofía, encuentra en esa pereza, en ese desvío, en ese miedo al pensar, su hoya y su muerte. Lo vulgar es lo que se prestigia en seguida. Lo vulgar y lo feo desmenuzando sandeces, amoríos ñoños, sentimentalismos enfermos y estériles que enflaquecen energía, fide-  
li-



dad de conceptos humanos, carácter. Y también fechorías, malicias, formas de vicio, haciendo una prosa maleante, sin nada vital, sin nada pegadizo para el medro del alma y del entendimiento.

Lo fino, en cualquier género de arte, sobre todo en el literario, es, en ciertos temperamentos, lo mismo que el almidón en pechera de pastor. Molesta mucho, no se puede soportar esa rigidez blanca ni ese brillo, por falta de costumbre. Es mejor lo desceñido, lo que no obliga a compostura, lo que no aprieta, lo que da albedrío. En este caso, lo que no obliga a compostura es, sencillamente, lo que no hace trabajar a la inteligencia. Esta actitud es la preponderante en esto de las lecturas. Desceñimiento mental y albedrío del gusto. Libro que no dé preocupación, que nos haga sentir remordimiento, que no entristezca, que no riña. Si acaso que haga reír —no sonreír—, que regale ansiedad de placer, que enardezca sangre imaginando deleite, no espíritu, que enseñe camino de zahurda, no de universidad, de recato, de emociones limpias, de pasiones buenas en la idea, en el concepto, en el ejercicio. Antes he aludido a la falta de costumbre. Y en esto se entraña la ruina y mala ventura del buen libro, señero y casi olvidado en las estanterías de los mercaderes de literatura. Desde la infancia nos acostumbremos a lecturas insustanciales, con psicologías de ladrones, de pícaros sin ingenio fino, de vagabundos que hurtan, de galopines que se escapan de su pueblo. Crímenes, robos, zahoras errantes, bromas, engaños, detectives, personajes torcidos de la historia. Empezamos a leer todo lo contrario a lo que necesita nuestra alma, que es tanto como comenzar a alimentarla con sustancias malas que la encanijan y la enferman. Así se va formando el gusto, con lenguaje vulgar, con emociones de pólvora, de fuego, de armas, de luchas, de pistoletazos; con estilos que destrozan la sensibilidad con los martillazos de sus admiraciones y de sus puntos suspensivos. Y con el tiroteo de sus diálogos. Nada que estimule pensamiento y vaya modelando carácter con fineza ética, discurriendo fundamentos y consecuencias de vida con amor y sumisión dulce a lo bello, a lo noble, a lo verdadero.

Y sucede que ese hábito infantil, adquirido en inconsciencia feliz, cuando nada es bueno ni malo en el ánimo, cuando todavía no ha echado raíz el criterio, se hace medula de gusto con el crecimiento mental. Entonces, todo lo que no es superficial nos abruma y nos cansa. Y también lo diáfano que no está escrito con tópicos, con manoseamiento de frases y de metáforas, que son como rameras de los malos estilos. Lo original y lo extravagante corren la misma suerte en el criterio deforme de muchísimos lectores que confunden la claridad y la sencillez con la vulgaridad. Todo lo que es vulgar no es artístico. Y el problema del libro en España es, ni más ni menos,

que esa mayoría de vulgares que consideran bello, sapiente, educativo, lo vulgar. Lo selecto es incomprendido. Existe un gran abismo entre el artista que quiere hacerse comprender con decoro y esa muchedumbre que no entiende si no es a través de la última categoría de lo vulgar. De aquí la discordia entre el buen libro y el mal lector, entre el artista y el que no comprende el arte. De aquí también la desventura de esas páginas —nuevas o viejas— cinceladas de pensamientos, de ritmos, de pureza ideomática, de espíritu. Para salvar al buen libro español no basta con esas exposiciones en los países vecinos o remotos. Es menester también romper contra la vulgaridad. No hay refinamiento más que en el vicio, en la hipocresía, en las mil maneras de engañar, en las deslealtades. No es problema de carestía, es consecuencia del desparramamiento de lo vulgar, lo mismo que la miseria, más que producto del egoísmo de los ricos, es efecto del egoísmo de los pobres, que nos desamparamos los unos a los otros.

Igual vale un libro de Gabriel Miró o de Cervantes, por ejemplo, que un libro de detectives, de relatos inmorales o de sociologiquerías morbosas y embusteras. Comprender vulgarmente es lo mismo que no comprender. Y España está llena de juicios y de actitudes vulgares, contagios del libro y del folleto vulgar, hechos por remendones de mala literatura, no por el artista que va dejando en el papel lo más bueno, lo más sincero, lo más amargo o lo más dulce de su vida...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 15-XII-1935.

## 520.—ESBOZOS. TÓPICOS DE NAVIDAD

Ya está llamando la vieja Navidad a la puerta de la literatura. Su báculo, de tópico de nieve, va despertando lírica, imágenes de copos y de vientos, de zumbidos, de repiqueteo en los cristales... Después llamará el carnaval con su carcajada de imbécil. Y la Semana Santa con su saeta y su puñal de Virgen, ya vieja y triste. La poesía tiene también sus fechas de fiesta y de duelo. Días marcados en el calendario para que la imaginación trabaje, condolida o contenta, como las campanas en muerte o en esponsal. Estos días de Navidad, con avefrías huyendo en cielo y caminos pintados de blanco por la mano del viejo invierno, que es patriarca de brumas y de vendavales, y pintor de grises y de gredas; estos días de Navidad estimulan lírica de compasión, de lloro,

de miseria. Es como un duelo tradicional de literatura, como una conmemoración oficial de la caída de la nieve, del runfido de la ventisca, del frío y de sus consecuencias de desamparo, de angustia, de hambre. Yo no me explico ese entretenimiento circunstancial del ritmo y del consonante, lamentando, en días determinados, el dolor, la amargura, la suerte mala de los hombres y de los niños. Igual roe el hambre por Navidad que cuando empieza a nacer la flor de los manzanos o cuando el sol madura la mies. Y, sin embargo, la literatura no suele hablar tan pródigamente de estas desgracias en el resto del año con la solemnidad con que lo hace ahora, al sonar el salterio del villancico, cuando los pavos recorren las calles en calvarios de su muerte añorando su campo, su granja, su tierra blanda donde el pico encuentra delicia escarbando. Para los desventurados de pan, de sosiego, de tristeza, todo el año es Navidad, aunque haya ausencias de vendaval y de nieve. Pero nos hemos empeñado en verlos nada más que ahora, y en compadecerlos en el glaciario de diciembre con la calentura de nuestros poemas y de nuestros romances. En esta época, la poesía tiene algo de liturgia, de costumbre de fiesta mayor, de oficios por muertos. Es mercenaria de dolores recordados una vez al año como un cumpleaños, como un aniversario de parabién o de luto.

Desaparecida esta época, la inspiración busca otras sugerencias. A lo mejor se echa a reír como un comediante en el camerino, descansando, después de haber sollozado, sin sollozar, en escena. O se entrega a un placer de imaginación jugando en sus versos con rostros felices, con colores de paisaje, con velos de mujer, con cosas de pájaros, de flores, de lagos en que se reflejan estrellas de noche serena. Navidad queda atrás con sobrepelliz de nieve, con sus zamarras pastorales y sus corderas en musgos de Nacimiento, con sus recuerdos de frío, de intemperie. Y entre estas cosas se queda también la condolencia, aterida, olvidada, esperando el otro año para despertar a la liturgia lírica y hacer otro romance, otro cuento, otro poema, jugando con el viento, con las tinieblas frías, con todos los tópicos invernales de desolación, de tristeza, de granizo. Una poesía que tal hace da sensación de hombre o de mujer que se preparan para ir a una fiesta o a un oficio de muerte, de muerte de gente que no importa, de muerte que no ha sobrecogido nuestro sentimiento. Es el prejuicio requiriendo nuestra asistencia, nuestro fingimiento de tribulación. Todos nos conformamos con esas apariencias que nos piden o que recibimos. El prejuicio es la moneda que compra artificios de pésame, de consuelo, de felicitación, de elogio, de esperanza. Hay banqueros, negociantes, corredores y cuentacorrientistas de prejuicios. Y en este caso de Navidad viejecita y fría, la literatura es una invitada a un oficio por almas que no la importan, porque no importa lo que sólo preocupa un momento en muchísimas horas. Da el

pésame con cara triste, reza un rato y sale y se pierde en aquella esquina. Sí, Navidad es, en lo literario, un paraje, una escena, donde hacen que lloran los que no tienen ganas de llorar; pero que hay que hacerlo así por tradición, como se plañe a las hojas que se caen en el otoño, como se redacta la necrología de un desconocido, como se canta la anunciación de la primavera.

Pues con la gente sucede lo mismo que con la literatura. No quiero aclarar ahora si la gente manda en la literatura o si la literatura manda en la gente. No tengo humor, ni tiempo, ni espacio, para tender mis pensamientos en el tema. Lo que sí quiero decir es que en esta época de Cristo recién nacido, de exaltación de humildes pastores, de glorificación de un pobre establo, la literatura y la gente están de acuerdo, hacen lo mismo, se compenetran en espíritu y en lenguaje. La gente, lo mismo que la poesía, se acuerda ahora de los infelices, de los hogares hundidos, de los asilos, de los niños. Ha tenido que llegar diciembre para que el verso del artista y la prosa del mundo recuerden en alianza la eterna desalianza del tener con el no tener, entre el que anda por ahí siempre a vueltas con la misma meditación de deseos minúsculos, rumiando esperanzas tristes, y el que no conoce lo que es una desazón por cosas materiales de las que acarician y contentan al cuerpo y que tanto influyen en lo hacendoso y vital del entendimiento y de las otras potencias del alma.

Ahora se lamentan el verso y el lenguaje vulgar por costumbre legendaria, como si el frío y la lluvia, el viento y la nieve, fueran advertencias anuales señalando la hora de la condolencia, lo mismo que señala el calendario los días de divertimento y de duelo por recuerdo. Después se arranca la hoja. Y también se arranca de la memoria el recuerdo repentino y corto de los que esperan vanamente que sigamos dando un poco de Navidad todo el año a su vida, a su vida, que es como margen o lindero de piedra, de polvo pisado, de maleza inocente en una mies feliz, ancha, de buena y duradera promisión. ¡Pobres los hombres cuya caridad es provocada únicamente por fechas destacadas de calendario, por conmemoración religiosa, por fiesta nacida de leyenda o de realidad! Y pobre la gente, que tiene que esperar a una de estas fechas para recibir un saludo, aunque no sea efusivo, de eso que llaman misericordia, pero que no lo es. Porque la misericordia, para ser tal, tiene que ser sentimiento permanente, sin desvío, como un elemento más de la vida espiritual, como un amor, como una afición, por entrañamiento de la generosidad, que es el mejor aire de las acciones humanas. No automatismo periódico, no trámite, no rutinarismo de ciertas circunstancias fijas que imponen disimulo de lástima o bullanguería de diversión en la calle y en el hogar. Ser malo un instante por pasión súbita, por desvarío, por cualquiera de las cosas que a veces vencen

al alma, no significa juicio definitivo de maldad en la conducta. Pero ser bueno, también un instante, y malo en otros muchísimos instantes, es lo mismo que ser malo siempre. Porque la maldad no está limitada sólo al robo, al crimen, a la calumnia, al engaño. Es también olvido de muchas cosas que nada más se acostumbra a recordar cuando nace Cristo o cuando muere...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 24-XII-1935.

## 521.—ESBOZOS. LOS DOS SEÑORIOS

*El mercado tradicional, denominado «el lunes de las castañas», ha desaparecido para dar lugar al mercado de las golosinas de estos días de pascuas.—El corresponsal de Reinosa.*

En los motivos más insignificantes se observa el cambio de la forma y del fondo en la actitud de la gente. Pero yo no quiero referirme aquí a las mudanzas del pensamiento en los conceptos de lo artístico, de las maneras de diversión y de ética, de la simplicidad y de la lógica. En estas cosas, el cambio es posible que a veces haya sido saludable y fino. Es posible que a mayor abundamiento de inteligencia y de lectura se haya proyectado más haz de luz en el juicio, más razón, más línea recta, más simplificación podando barroquismo. Estas sencillas notas quiero que hagan rumbo a la parquedad y a la gula, a la sencillez y al inflado antagonismo de esta peregrina virtud. En el mercado de una vieja villa de frontera regional. entre campos de trigo y campos de maíz, un buen hombre, con clásico tino de observación, quizá con pesadumbre, con la sonrisa de las memorias dulces en realidad de ahora, contraria, sin poesía llegada de la campiña, se fija en lo que se vende hoy y en lo que se vendía ayer. Magnífico punto de meditación para entretenerse un rato, sentimentalmente, comparando ansias materiales del pretérito y del presente. Un mercado da siempre pauta de la preponderancia de unos gustos sobre otros. Y también un escaparate de cualquier establecimiento. Yo, cuando quiero estudiar el grado de fineza, de parquedad, de sencillez, de vulgaridad de un pueblo, me fijo con cierta impertinencia en los escaparates de los libreros, de los sastres, de los bazares. Mal síntoma cuando veo ciertos libros, ciertos colores de lienzo, ciertos

chirimbolos. Libros que pierden la color, que envejecen allí y que después pasan al nicho más alto de las estanterías, amortajados en papel áspero que recuerda mortaja de labrador o de cartujo. Libros enterrados en el cementerio de las librerías hasta que van en montones al osario común de los libreros de viejo, donde se confunden el virtuoso con el pecador, el bueno con el malo, el cínico con el místico.

Pues en ese mercado de villa fronteriza, encaramada entre suelo de estameña y suelo de halda de moza, de brocados vegetales, la meditación se inicia en lo tradicional y acaba en lo moderno, que es lo mismo que ir de paseo desde la celda de un eremita a un «cabaret». Esas triguerras de castañas de entonces representaban la parquedad, la sencillez del mantenimiento, la afición natural a lo natural. El hombre se alimentaba más bien por conservación de fuerza, por el trabajo, por la vida, por simple instinto, que por placer de sabor. Ahora, esas golosinas representan eso: el placer del sabor, lo voluptuoso en el alimento, el refinamiento del paladar, el ansia de regustar gozos masticados. Lo de menos es el deseo de conservar brío, salud, vitalidad. Se come por placer más que por conservación fisiológica. Ante la mesa, más que en la conveniencia natural del organismo, se piensa en el sabor, en el olor, en el gozo que vamos a sentir, hasta en el colorido, en el vaho y en el adorno del manjar. No quiero decir con esto que la parquedad sea enemiga del gusto. Lo natural, lo necesario, lo sin refinamiento, lo sencillo, tiene también que brindar su buen sabor para que sea grato. Más sabrosas supieron a don Quijote las bellotas de los pastores que los guisos de las bodas de Camacho y de las cocinas del duque. A Sancho, no. Sancho era labriego y no gustaba del alimento de las pastorías y de la labranza. Gustaba de mesas de señores, que convidan a la hartura. Lo mismo que sucede ahora con los infinitos Sanchos hipócritas, socarrones, medrosos, que se descinchan en el mundo. Don Quijote era señor, hidalgo, precisamente por eso, porque era parco, sencillo, virtuoso. Pero ahora resulta que todos queremos ser señores a la manera de como lo entendía Sancho; señores por eso del manjar, del vestido, de los manteles, no por eso otro de la sencillez, de la naturalidad, de la fineza del espíritu. Y un mundo donde todos quieren ser señores así, es un mundo demasiado mundano por ganas de placer, de ocio, de blandura, de divertimento y de suculencias refinadas. El refinamiento excesivo cae en la molicie y va a parar a la decadencia. En la historia, los pueblos más refinados han sido después los más decadentes. Otro día hablaré yo de este tema con más holgura y sosiego para demostrar eso de lo refinado cayendo en la decadencia o, mejor dicho, engendrando decadencia.

Ahora no quiero apartarme de este mercado de la vieja villa donde antes



se vendían castañas y hogaño se venden dulces. Menosprecio de la sencillez y anhelo de lo barroco de la gula, que es el anhelo más torpe y el que más clara impresión da de sanchismo moderno, sin andanzas singulares. Sensación también de que casi todos apetecemos más el trajín que puede aproximarnos, o llevarnos, a veces, a ese señorío del gozo, del traje, del recreo, que a ese otro señorío del alma con su oro de cortesía, de naturalidad, de renunciación a los caprichos de la materia, nunca contenta, siempre pidiendo excesos, cazadora de deleites furtivos. Y no, no es esta la mejor norma para hacer progreso, esa palabra que es tópico y latiguillo de mitin y de articulista que no sabe escribir. El rechazar lo sencillo, lo esencial por acogimiento de lo ampuloso, de lo excesivamente refinado, lo mismo en la mesa que en la lectura, lo mismo en la costumbre que en los lances inesperados, es la más airada guerra que puede hacerse a la civilización. Yo no tengo nada de confianza en la gente que llama progreso a tener un lecho más blando, unas ropas más caras, a divertirse a menudo, a menospreciar la silla de paja o el taburete de leña por deseo de butaca muelle, bien revestida; a comer en plato más fino... Hoy el progreso se entiende así. Es sentimiento de ambición, no sentimiento de educación. Efecto de envidia, de querer ser más rico, de tener más comodidad, de ir mejor vestido, de gustar más deleites, de mantener más vicios. No es querer ser más culto, más virtuoso, más inteligente, más fuerte ante el dolor, que es la más áspera contingencia de la vida; más sincero en el juicio. Se busca la felicidad a través de la hartura, del gozo material, no a través del espíritu rezumando bondad y templanza...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 29-XII-1935.

## 522.—ESBOZOS. RETABLO

Si cada casa —pesadumbre y vejera de piedra— es como una estancia de museo, señor.

Empieza uno por el picaporte, negro de ventisca y de resoles, de vendavales y de días buenos. El picaporte, templado hace ya muchos vientos y muchas sementeras en la lumbre de la tejavana torcida del herrero, artista sarroso y analfabeto. El picaporte, imitando una mano ancha y larga con dedos afilados y uñas recortaditas de hidalga consumida; imitando una cruz

con un pico de paloma; un dragón con cara de siervo bueno, un pez, la cabeza de un toro, el semblante de una santa de ermita, el borceguí de un niño andariego y pobre, la sandalia de un peregrino...

Se abre la puerta con lentitud y chillido de goznes y ve uno las abarcas, en ringlera, ante los escalones, como «unas viejas a la puerta con la boca abierta». Ingenio humilde y antiguo en esos pequeños tajos de madera que resuenan en las calles —cercas que parecen garabatos de cantos, fachadas que siempre parece que se van a caer—, que resuenan en las calles como ruido natural del ambiente, lo mismo que el aire, el río, los pájaros, los insectos...

Un pueblo sin abarcas, sin su ruido peculiar, sin su repiqueteo en la piedra, en las raíces gordas y descarnadas que parecen las costillas de los senderos, en la puente larga y estrecha, es lo mismo que el monte sin sus rumores fundamentales: el ave, el arroyo, el balido, el aire cantando en las quimas. Las abarcas, tan duras y tan ligeras, con su color bermejo, con su color de miel añeja, de helecho seco, de hueso polvoriento, de esclavina de capellán, de bronce limpio. Geometría sencilla y primitiva en la madera de raíz y de tronco de las abarcas. Líneas finas, onduladas, rectas, enérgicas, temblorosas, que ha puesto allí la paciencia y la punta de la navaja, dale que te dale, mientras se canta o se suspira, mientras se piensa en un enojo o en un contentamiento, en un hijo, en una mujer, en una feria, en una novena, en las cosas diversas y antagónicas en que piensan los hombres todos los días con sus polos de infierno y de paraíso, de nube y de tierra, de lucero y de gusano...

Y el rastrillo, arrimado a la pared, con el adorno de las sus flechas pintadas, con sus espigas, con sus ramas entrelazadas, con sus hojas picudas y redondas.

El bígaro de asta, colgado de un pino. El bígaro de asta que tiene huellas estéticas, también de punta de navaja o de punzón candente. Bígaros torcidos con siluetas de animales monteses, con estrellas de cinco puntas, con miniaturas de pájaros pintas, de espadañas, de cascabeles.

Y el palo pastoral con la gracia de los sus nudos, con las rayas, con los puntitos inocentes que ha discurrido, en su ocio, la vejez, la juventud, la infancia que se desenvuelve oyendo los campanos, los azores, las avefrías, los mugidos, las tórtolas, los arroyos que bajan conversando jovialmente con las peñas y los árboles, siempre tan contentos y tan alegres con el romance de sus aguas vivas.

En el portal hay un banco de respaldo oblicuo. El tallista de la aldea ha labrado en la espaldera una cara de bobo, un rostro ancho y rollizo de santo con su nimbo, una víbora con semblante de mujer, una alimaña con cara de

hombre, una cordera con rostro de niño, como si el artista hubiera querido representar así su filosofía y su concepto de almas y de pensamientos.

Bancos humorísticos con hombrecitos que se llevan una jarra a los labios, con mendigos jorobados que dan sensación de tambaleo, con ancianos que tienen malicia en los ojos, con viejas bailando, con raposos tocando la flauta, con osos tocando el tambor. Bancos dramáticos con tres cruces en una colina, con una línea quebrada de centella en un cielo chiquitín que parece el fondo invertido de una caldera negra. Bancos poéticos con un pequeño y tímido balbuceo de égloga, con unos troncos de cerezos, con un niño tañendo un rabelín, con una moza pensativa a la vera de un rosal. Bancos barrocos con mezcolanza de ramos, de alas, de yedras, de hojas... Diversidad de modos en lo estético. Maneras y aficiones de temperamentos optimistas, supersticiosos, místicos, pícaros, burlones, sentimentales...

En aquella mesa hay una medida de celemin con una escena angustiosa del calvario del Señor en un huerto de olivos. Más allá, un almirez redondo, de quima gorda de tejo con dibujos de campanas, de trébedes, puertas de capilla. Y lo escuto del cantarero, la corza labrada en la tarabilla de la ventana, el picayo reluciente de mesar la yerba, las rúbricas, las letras, los garabatos, marcados en los grandes esquilonos de las vacas. Arte en el alfíter, en el yugo macizo de la yunta, en las sillitas bajas de listones morenos de humo... Un almirez amarillo con unas cuantas manchas cárdenas, un cuadro que representa las murallas de Jericó y unas largas trompetas bíblicas, una pila de agua bendita hecha de madera de fresno por un pastor que murió hace cien años. Rucas blancas, amarillas, azules. Faltriqueras antiguas de sayal con unas rosas bordadas, con su cordoncito de seda, con sus picos ribeteados de terciopelo verde. Flautas de nogal con lagartijas y cuclillos labrados. Cuencos antiguos con dibujos temblorosos de mano vieja imitando golondrinas, campanas, zurrónes, cabezas de chivos rubios...

MANUEL LLANO

*Lo admirable de Santander*, Santander, 1935, págs. XLV-XLVI.

## 523.—ESBOZOS. EL PAN Y EL VINO

Es que no sabe uno dónde está la verdad y dónde la mentira, dónde la tragedia fingida y dónde el drama real. En medio de las contingencias vulgares de la calle —la mujer hermosa, el tipo raro, el niño contrahecho—,

esta contingencia frecuente, tan antigua y tan nueva, del mendigo, es la que ahora llama a la puerta, siempre abierta, de mi curiosidad. La atención curiosa, devaneando en el ambiente, oteando entre la multitud, señoreando sin pesar, en soledad de paisaje, de mar, de ruina, de camino que va a la aldea, siempre encuentra cosas viejas a las que hacer nuevas en esta artesanía de la literatura. Pero en esto del mendigo, la curiosidad del artista se desorienta, se entierra en un montón de dudas. Ve la estampa, desmenuza el gesto, analiza las miradas, examina la sobrehoz. La apariencia ya es suficiente para estimular páginas perdurables, que es el ansia suprema y permanente del que escribe. Mas ahora no se trata de lo aparente. Se trata de lo que está debajo de la apariencia, del fondo de realidad tan difícil de sondear en una andanza breve por las calles, que siempre presentan análogos incidentes. Y aquí viene el torcedor de la desorientación que malogra, en el arte y en todo, lo mismo al que hace estatuas o versos que al que cavila ante números o trajina con fórmulas o con dimensiones, con estrellas o con barro. Va uno por la calle, viajante de contingencias y de ruidos. Los rostros se disfrazan con el gesto. ¿Hay amargura en aquella cara altiva que sonrío dulcemente a las cosas? ¿Hay dolor fingido, contratiempo, desengaño, en aquella otra que pasa a nuestro lado sin fijarse en nada, como cansada de ver y de sentir? Aquella risa ¿es un sollozo disimulado?

Llebad esta sencilla observación de lo general, del conjunto, a la particularidad del mendigo. Apartad la vista por un momento del tipo extraño, de la mujer hermosa, del niño contrahecho, del pobre hombre, disfrazado de señor anacrónico con levita o con ropilla, que anuncia productos industriales. Y fijaos en los mendigos, como yo me fijaba hace un rato en este paseo vulgar, entre las luces de situación de los escaparates, y los diálogos en las esquinas y el chillido mecánico e impertinente de los automóviles, siempre refunfuñando a los estorbos como hombres desapacibles, sin paciencia. Esta mujer robusta, de cara bermeja, tiende la mano sin ese temblor de novela o de poema sensiblero, que todo lo amargo, que todo el duelo le pone en lo trémulo, como si no hubiera dolor, amargura, muerte de esperanza con recato maravilloso de quietud y de silencio. No es el temblor patrimonio de la pena. Más bien lo es del coraje, de la envidia, del placer, a la vista, o esperando, o presentido o imaginado. Yo no sé si esta mujer robusta tiene ganas de masticar o de beber. Yo no sé si está ronca de tanto aguardiente o de tanto gemir. Es posible que sea por ambas cosas. Ignoro si serán los hijos o el amante los que la hacen andar así. No es extraño el caso de las mujeres medio viejas, ya exprimidas, secas, que mantienen así, pidiendo, los vicios del amante joven. Brinco de la desorientación entre el cerebro y la conciencia, como una rápida circulación de dudas, de sentimentalismos repen-

tinios, de incertidumbres. Además, su color bermejo me despista. Tiene uno el prejuicio de que la color del rostro da la pauta objetiva del grado de salud y de bienandanza moral. Prejuicio de que la color bermeja en los carrillos no es cosa de hambre, de penas viejas, de contrariedades dramáticas, de desilusiones frecuentes. Las lágrimas quitan las rosas de la cara, según la novela, el poema. Hay que estar pálido, amarillento, no bermejo ni sonriente, cuando hay hambre o largas tristezas. Pero piensa uno en este instante, en contra del tópico de la novela y del poema, que también hay sufrimientos de espíritu que dejan el rostro intacto, como si hubiera felicidad, gozo secreto, buen presentimiento. Ocurre esto cuando se tiene mucha fe o cuando el espíritu se acostumbra desde niño a no recorrer los caminos por los que uno quiere andar y a ir por donde no queremos caminar. La repetición de la amargura bien soportada o la filosofía hecha enjundia permanente, la paz de la conciencia, la simplicidad del espíritu o esas locuras mansas que son suplicios que no se sienten, es lo que puede conseguir ese constante color de serenidad y de salud.

Sigue uno andando. La calle nos regala ocurrencias extrañas, lo mismo de místicos que de locos. A veces un motivo insignificante nos hace sentir un gran pensamiento. Y una cosa extraordinaria, singular, que surge en la vía inesperadamente nos hace pensar como bobos o como niños. Ahora, por ejemplo, en esta acera larga, linde entre el jardín y el cemento, me da por divertirme animalizando los rostros que pasan. Son las ocurrencias extrañas que da la calle. Y tiene que hacer uno grandes esfuerzos para contener la tontería de la risa, porque, en efecto, se ven en ese instante caras de mastines, caras de caballos, de ardillas, de raposos. La sensatez se enoja y riñe a esta anormal manía como abad serio y meditativo que abomina de la travesura de un novicio. Pero la idea, en jarana, sigue enredando con las caras que pasan. Caras de urracas, de lobas, de nutrias... De pronto, otra mano, que es, en el camino, trabuco y susto para los miserables. Es un hombre tahño que dice que está sin trabajo. Otra vez la duda, el brinco de lo sentimental. Todos tienen el mismo gesto. No sabe uno dónde está la verdad y dónde la mentira. Gesto de aflicción, de pesadumbre, de humildad. Yo sé que hay pícaros y necesitados. Pero no sé distinguir ahora entre las dos condiciones. No sé lo que irá al pan o al vino. Las caras dicen que el propósito se enfila al pan, mas no sé lo que dice la conciencia. Se equivoca uno, se desorienta por uniformidad de gestos, como si viéramos en un campo, juntas, charlando, con análoga compostura, a unas doncellas, a unas tunantas, a unas pecadoras, vestidas de la misma forma. No sabríamos lo que era virtud y lo que era picardía mala, como ahora ignoramos lo que es necesidad y lo que es vicio. Y es terrible no saber si la limosna estimula



un vicio o remedía unas trágicas ganas, si va a parar a una tahona, a una taberna, a un amante, a un enfermo, a un borracho. Se acerca una anciana tosiqueando. Sus arrugas parecen caminos simplificados de fatiga.

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 7-I-1936.

## 524.—ESBOZOS. MIEDO Y AVARICIA

Espurre los brazos, se despereza y se sacude como cobijas de ave al salir por la mañanita del aseladero o del nial. El cacique va a recomenzar la faena después de largo descanso. Su picardía ha dormido mucho tiempo entre humos de fogaril labrador, paz de campo, taburetes de taberna, chismes de escribanía, tarros de rebotica. Pero viene la «Gaceta», que es empedramiento de buenas y malas intenciones y le despierta. Entonces recuerda, bruñe sus armas, da grasa a sus zapatos de correría por el valle, requiere el palo, que es cayado para los hombres, recuenta posibilidades y empieza a andar con diligencia de cosario, de heredero que teme llegar tarde, de criado de duques, de condes, de villanos enriquecidos, que a su vez manda en pastores, en labriegos, en artesanos de pueblo. La «Gaceta» es su aviso, su clarín. Tiene para él fuerza de proclamación de guerra o de cuernas de caza atronando. Le dice que avíe los elementos de su táctica, que trace planes, que desempolve sus maneras de caza; esa caza de simples, de infelices, de pobres de hacienda y de alma, de desesperados por miseria, de menesterosos, de hombres que no leen ni piensan ni comprenden; de hombres que nada más que trabajan con obsesión de molinos y de tierras, de vacas, de árboles, de mercados. La vida para ellos nada más que es eso: majada, monte, rueda de piedra haciendo harina, lana, surco, arroyo. Y la política, lo mismo. Y después lo sobrenatural simplificado en una cruz, en unos ciriales, en un retablo, en unas campanas. Vivir en paz y morir también en paz es el deseo normal y fijo de esta gente. Pero una cosa es el deseo y otra cosa la respuesta del mundo. Unas veces es el río saliendo con rabia de su vía, otras veces el viento, otras veces el sol, el hielo. Respuestas malas de la Naturaleza. negando lluvia, calma, buen calor. La paz se deshace desde arriba, desde las nubes, desde más arriba de las nubes, desde el mundo de las estrellas, mandando en este otro mundo labrador que se pasa la vida mirando al cielo y al polvo. Y respuestas malas de aquí, de lo



ausente de los campos, de ese otro mundo de ciudades que hace la ley, la norma, el rumbo, el precio, la tasa; que ofrece la paz en forma de justicia, de maneras más afectuosas, de trato más blando, de posesión, sobre todo de posesión de cosas, que es la palabra que más embriaga y predispone...

En esta actualidad zumbadora del viento sur tocando sus trompas, desmelenando árboles, haciendo rutar a las aguas del mar, el cacique es como otro viento sur echando a perder paz, estamengando voluntades, sacudiendo ánimos, dudas, esperanzas, ambiciones, todo el paisaje espiritual del hombre que se pasa la vida gobernando agricultura y pastoreo. No hay rincón de conciencia al que no llegue ese soplo silbador, conmoviendo entraña, miedo, perplejidad característica, socarronería, ganas de dejarse sobornar. Viento sur del cacique por los campos allá, por los pueblos, las cabañas y las dár-senas. A unos les parece aire campechano creando buenas esperanzas, acariciando con promesas, jovial. Y a otros les hace sentir impresión de aire que incendia, retumbo amenazador, ráfaga que les hace caer, racha mala que se lleva el sosiego, el entusiasmo, el bienestar, como hojas, como polvo y como humo. Viento que zarandea serenidad, temores, egoísmos, soliviantando a la comarca. Unas veces es hombre fino, descendiente de hidalgos, de virreyes o de indianos. Habla afablemente, con cierta humildad, acariciando el puño de su bastón. No parece señor de hacienda conversando con aparceros. Da sensación de lo contrario, de labrador hablando con unos señores que vistieran mal por capricho, por modestia o por tacañería. La misma expresión ante el buen acogimiento que ante la negativa. No se enfada, no insiste con acritud ni da muestras de preocupación, de impaciencia, de contrariedad. Todo parece que lo toma a broma y a pasatiempo. Le dicen que sí, y sonrío, alaba los chismes del portal, acaricia los carrillos de los niños, da las gracias, se despide amablemente. Le dicen que no, y también sonrío y también alaba las cosas que ve en el portal: panojas, calabazas, semillas. Y también se despide con amabilidad, como si tal cosa, sin mostrar disgusto. Todos se quedan sonrientes, encomiando la llaneza, el humor, la finura de aquel señor que no se enoja, que no riñe, que no amenaza. Y sintiendo no poder servirle porque lo impide la idea, la conciencia, la sinceridad o deudas de gratitud, que son las que exigen más tanto por ciento, las que más exprimen nuestros sentimientos, las que más interés nos sacan del espíritu. Prefiero a un usurero de dinero más que a un usurero de favores. El usurero de dinero se conforma recuperando sus monedas. El usurero de favores suele no conformarse nunca. Siempre nos supone en deuda, en acatamiento, casi en servidumbre, a merced suya. En una negativa nuestra por conciencia, por dignidad, por imposibilidad, nos recuerda el favor

suyo con coraje, con sorpresa, con indignación. Y nos llama ingratos, olvidadizos u otras cosas peores...

Decía que aquella gente se quedaba sonriendo, viendo perderse en la esquina o en la revuelta la estampa fina del descendiente de hidalgos, de virreyes, de indianos. No queda sombra alguna en el ánimo. El señor se ha marchado sin enojo y ellos se quedan contentos. Pero llegará un día en que han de llorar al recuerdo de este contento. Hay muchos contentamientos que terminan así. Vengarse en silencio, aparentando olvido, afecto, nobleza, es lo más sutil de esta forma de la maldad, representada en el caciquismo.

Otras veces es un hombre que trajina en las cosas en que trajinan los demás hombres de la comarca. Tiene unos carros más de tierra, arrienda pegujales. Sus reses son más numerosas. Comparte más el trato del señorío que el de los labradores. Es zalamero con los que tienen más que él y arisco con los que tienen menos. Esto es muy frecuente en la vida, lo mismo en la ciudad que en la aldea. Cuando comienza a recorrer la comarca, sus palabras y sus movimientos llevan sensaciones de viento sur a los ánimos, runfando adentro, en el seno, en la memoria. Zarandeo de almas como zarandeo de árboles. Sus palabras desgajan, derrumban, empujan, hacen dar quiebros a la voluntad, al pensamiento, al propósito. Levanta una gran tolvanera de temores, de presentimientos, de inquietudes. No sonrío como el otro, no acaricia el puño basto de su palo, no elogia ni se fija en las cosas del portal, ni gasta bromas ni aparenta serenidad. Todos los acogimientos son buenos. Unas aquiescencias de resignación, tristes, en que el sí parece un suplicio para evitar otro suplicio mayor, un sí como de pobre mujer hambrienta, de niño amenazado. Es asentimiento que sale de la necesidad, del miedo al castigo, del dolor que teme otro dolor más intenso y más largo. Ese sí triste, sin entusiasmo, lleno de flaqueza, sin gozo, por obediencia, por temor; o ese otro sí de avaricia, esperando pago, recompensa, favor, es la práctica de lo político en casi todos los campos que yo conozco. Es la fingida amabilidad de aquel señor que acaricia los carrillos de los niños, que contempla con humildad las ruedas, la leña, los aperos del portal y que después se venga. O la cara de este otro hombre violento, áspero, que vende vino o harina, que arrienda tierra y bestias, que casi siempre tiene «razones» para humillar, para expulsar, para hacer sufrir. Política de dos o tres hombres que castigan o recompensan, que siembran «doctrina» de miedo o de avaricia...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 12-I-1936.

Este hombre, con el rostro erizado de barbas, contesta a mi saludo deseándome paz. ¡Hay que ver las cosas buenas, las cosas magníficas, que encierra esta palabra tan corta, tan de campo, tan de hospitalidad antigua! Ahora, aquí, en la ciudad, al despedirnos, nos desean salud. Así, ¡salud!, escuetamente. Suena este vocablo a excesiva preocupación de materia. Parece que nada más que se tiene en cuenta para la vida lo vital del cuerpo, las piernas, los brazos, la buena vista, el buen oído, la sangre. Y, sin embargo, la salud no llena toda la vajilla de la vida. Salud, deseada así, como supremo bien, como salutación, como cumbre de deseo, trasciende demasiado a organismo, a cosa biológica, a cuerpo. Da sensación de que no importa lo demás. El labrador también desea salud a sus bueyes. Y el pastor a su mastín. Y el cosario o el cochero a sus caballos. Yo creo que es mejor la palabra paz, porque reconcentra todos los bienes más fundamentales: la salud, el trabajo, el optimismo, el entusiasmo, la conformidad. Se puede tener salud y sentir la envidia, la avaricia, el desasosiego de la conciencia, el pesimismo, la pereza, la mala intención, esas enfermedades tan corrientes que encanijan el alma. Con la paz, no. Con la paz no conviven esos achaques del espíritu. La paz es la hermana pequeña de la felicidad. En ella entran la fisiología, la moral, la esperanza, el pensamiento, las arterias, la sensibilidad. No se puede tener paz con envidia, con orgullo, con engaño. Es mejor desear paz que desear salud. Salud es un solo elemento de vida. Paz es el conjunto de todos los elementos de la existencia bendiciendo sangre y conciencia. Y si meditamos un poco, sacaremos la consecuencia de que muchas veces es mejor tener paz, aunque la falte el quíñon de la salud. Yo prefiero un dolor cualquiera a un dolor de espíritu...

Y es curioso que este buen hombre que me desea la paz esté él ausente de ella. Salud, sí; salud la veo yo en su cara ancha y roja, en sus palabras, en lo prieto de su cuerpo, en el modo de descargar del carro verde unas blancas sacas de trigo. Cerca, el Arlanzón pasa romanceando viejas castellanías entre alcores suaves, morenos, y altas torres con pingorotas de cigüeñas. El tonto del pueblo me mira sonriente, de reajo, cerca de la boca negra del horno, jugando con las uñas en los dientes. Sus pies parecen barro, o mejor, leña arcillosa de rueda, de apero, de contera de cayado. Y su cabello me da impresión rara de peluca vieja, polvorienta, que se cayera a veces en el polvo y que la arrastrara el viento por la era allá. Pienso que ya es singular virtud el desear a un desconocido lo que uno quisiera para sí. En esto, claro está, influyen la costumbre y la cortesía; pero estas condi-

ciones —costumbre buena y cortesía natural— no salen nunca de almas que no sean sencillas y nobles. Él sabe lo precioso del concepto de paz, y por eso la desea. Lo sabe sin conocerlo en sí, por instinto, casi por leyenda. Conoce, sí, la paz del río, del campo, del cielo, de la colina. Y presiente lo que sería de esa paz en el corazón del hombre. Y la desea buenamente a los demás porque él también la quiere para su ánimo, para su huerto, para sus surcos y espigas. No es frecuente el caso del hombre contrariado por afa-nes estériles, por excesiva pobreza, por desengaño, que desee a los demás lo que él no tiene. Antes al contrario, abunda el hombre que aumenta su amargura, el dolor de su fracaso, de su mala suerte, de su contrariedad, considerando la alegría, las prosperidades, la inteligencia triunfante de los otros. Pero éste, no. Este nada más que hace lamentarse, sin mal gesto, apacible, contando sentimientos. El tonto, la personilla más alegre del pueblo, sigue jugando con las uñas en los dientes, mientras este labrador cuenta su desgracia con ojos enjutos, con dignidad, mirando con tristeza las sacas blancas de su trigo...

El trigo tiene para él un significado glorioso de paz. Esos granos rubios son como moléculas de su contento, como los átomos de oro de su hacienda. El trigo es eso, la paz; la paz repartida entre su organismo y su espíritu en forma de pan y de tranquilidad. Hay muchas maneras de ir en busca de la paz, casi siempre fugitiva, campeona de velocidades que huyen, liebre que se burla de las carreras del galgo de nuestra ansia. Cuanto más sencillos sean los deseos más cerca estamos de la paz. Pero a veces ni aun así conseguimos verla próxima a nuestro umbral. Hay cosas que se interponen como cierzo entre nuestros deseos sencillos y esa imagen luminosa. Y este es el trance de este buen hombre que ara tierra de epopeya y de romance. El deseo humilde de su paz se reconcentra en el trigo. El trigo es el que da cariz a su semblante, el que influye más profundamente en sus pensamientos, el que manda en su carácter unas veces como tirano, otras veces como amigo. Al fin y al cabo, la tierra es la que gobierna al hombre en la geografía de labranza, no el hombre a la tierra. La mies es pobre sierva pacífica del sol y de las nubes, que son quienes la acarician o la castigan. Y el labrador, en esta escala de servidumbre que empieza en el cielo, es, a su vez, criado de la mies, también pacífico y sumiso. Sus aperos son como instrumentos que la acicalan y la ponen hermosa para las fiestas de recolección y de vendimia.

Decía que la temperatura del carácter de este hombre se la da el trigo. El optimismo o el desaliento equivalen a frutos logrados o perdidos. La media felicidad o la tragedia, según haya sido el comportamiento de las nubes y del sol con las pobres espigas. Pero ahora no es la culpa del cielo.

Es la tragedia de la abundancia, que parece un contrasentido. La civilización ha venido a parar a esto, a demostrar que lo que abunda daña, arruina, crea miseria. A este hombre no le dejan vender sus insignificantes fanegas de trigo, que es pan que se pudre, habiendo tanto hambriento. Es decir, le dejan ver los elementos de su paz, pero no le consienten manipularlos. Es curioso esto de que la escasez y la abundancia vayan a parar a los mismos resultados. Claro está que si vamos a buscar analogías, el mismo efecto de ruina causan en los campos la escasez de lluvia que la inundación, cuando el agua lanza sus voces malvadas y vengativas. Y en lo espiritual tenemos el precedente de la felicidad suprema y del supremo infortunio. Ambos van a parar a la exaltación del egoísmo, a la misma venta por un camino blanco y un camino negro. Pero estas cosas no convencen a este pobre labrador que no sabe lo que hacer con su trigo, ni pueden convencer a otros muchos infelices que tienen sueños terribles de pan y se despiertan pensando en cómo, habiendo tanto trigo, ellos le ven tan escaso, tan lejano, tan en fantasía, como en sensación de espejismo, envidiando a los caballos, que ahora se van a nutrir con alimento de hombre...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 19-I-1936.

## 526.—ESBOZOS. MALAVENTURA DEL ARTE

*La Academia francesa va a hacer una selección de libros de todas las tendencias, pero rigurosamente artísticos, con destino a la juventud.*—Los periódicos.

¡Buena falta está haciendo desempolvar cosas selectas! Porque ahora, lo preponderante es sustancia de patio, de entrecalles, de arrabal, de plazuela donde se parla por los codos y se hace una porción de tonterías. Hace falta esencia de jardín, de riberas deliciosas, de paisaje, para saturar un poco el ambiente espiritual. Literatura de paz más que literatura de disputa. Ahora importa poco lo bello, lo que se piensa y se construye con arte, con pureza de sentimiento, con desinterés de lo material. Interesa lo otro, lo que azuza pasión, lo que da asentimiento y halago a nuestras ambiciones, lo que habla mal del enemigo, lo que inventa o descubre flaquezas, vicio, mentira del rival, del que no piensa lo que nosotros pensamos. Al artista suele considerársele ahora, no con arreglo a su técnica, a su estilo, a su sensibilidad,

a su ingenio, sino con arreglo a sus condición política, a lo que cree o a lo que niega, al criterio que tiene de lo tradicional y de lo nuevo, de la democracia y de lo intransigente en cuestión de gobierno y de lucha. Se repudia con desprecio todo lo que no tenga un carácter ideológico de acuerdo con nuestro pensamiento. Y el verdadero artista, el que no piensa en doctrinas de hombres o de dioses cuando rima sensibilidad, emoción, verdad espiritual, en sus papeles, en su madera, en su piedra, en su lienzo, o se deja llevar por esos vientos de secta o tiene que ser, forzosamente, misántropo de su vocación, cartujo, en lo mundanal, a fuerza de desdenes, místico —o mejor, asceta— de su fe bella en la forma, en el color, en el alma, que es lo que menos interesa a la mayoría de la gente. (Bien es verdad que no ahora, sino siempre, se ha sentido más deleite ante un montón de dinero que ante un montón de buenos libros.) Yo creo que el arte no es necesario que piense en retablo, ni en casulla, ni en banderas, ni en coronas, ni en triángulos simbólicos. Con las sensaciones tiene bastante para sus faenas. Con las sensaciones y el sentimiento, que lo mismo puede encontrar materia viva, emoción, lágrimas, sonrisa dulce o amarga en un himno de hombres ateos que piden justicia al mundo y en unas plegarias de hombres creyentes que piden justicia a Dios.

Pero la inmensidad de lo humano no lo comprende. El que pide justicia a Dios suele odiar al que pide justicia al mundo, y viceversa. Se cree que el artista debe sondear, exclusivamente, en nuestras querencias y en nuestras malquerencias, en todo lo que bulle en el grupo bien avenido, con enojo o con alegría, por idea buena o por codicia. Para unos, todo lo que trasciende a lo clásico en costumbre, en fe, en estilo, es malo, y a veces bueno, pero con muchos achaques y defectos. Para otros, lo nuevo, lo que se inspira en su época, lo que se aparta del clasicismo, de la solera, del camino viejo, lo que esboza otra ética, otra forma de equidad en lo material, es bueno, lleno de tino, valiente. Y escribo esto de valiente, porque ahora, para alabar una obra cualquiera de arte, no se dice que es armoniosa, bella, ingeniosa; se la califica con eso que llaman valentía, y que muchas veces es inconsciencia, insulto, injuria. Hay un sector densísimo de gente que al leer, por ejemplo, los artículos periodísticos, no tiene en cuenta más mérito que ese de la valentía —el supremo mérito de la edad media—, pero en sentido grosero; valentía del que se mete con tal o cual cosa, del que emplea léxico de riña; no valentía del que dice la verdad sensatamente, con arte, del que ataca y protesta con lógica enérgica, limpia, sin mala saña, no con adjetivos que van a parar a la aduana de los códigos. El que dice las cosas así, con aturdimiento, con procacidad, con desenvoltura de malas palabras, es que no sabe decirlas de otro modo, es que no es artista. Este concepto



vulgar de la valentía, el juicio este, suele ser exaltación del disparate, del mal hablar, de lo burdelesco, de lo cínico, de las palabras que son al arte lo que unos remiendos sucios en un magnífico paño. Y así resulta que, educada en esta norma, mucha gente no entiende lo que se aparta de esos vulgares estilos que ensamblan vocablos de callejeo, de casino rico, de taberna de pobres. (El casino es taberna de ricos.) Entre este no comprender y ese gusto que obedece al sectarismo de cada cual, el verdadero arte, el que se desprende de la naturaleza, del drama o del regocijo del hombre, de la vida de los niños, de todos los trances humanos, sin pensar en categorías intelectuales y en aficiones políticas; ese arte que tiene la preocupación del hombre como unidad humana, como conciencia, como sentimiento, no como prosélito, no como amigo o enemigo, es lo mismo que cosa inédita, lo mismo que islote sin descubrir o como manjar no gustado en los tránsitos de la mayoría de la gente, exaltadora de rutinas, nimiedades, de tópicos y de envidias.

Y cuando alguna vez lo perciben por casualidad, por orientación ajena, por guía de educador o de amigo ya iniciado en lo bello, en lo artístico, cada línea es un eslabón de hastío, un eslabón que les parece de hierro siendo de oro. La única sustancia que sacan de allí es el aburrimiento. No ven esa valentía, esa defensa violenta de sus razones —que muchas veces son sinrazones—, eso que llaman sencillez porque está construido con las mismas palabras que ellos —ricos y pobres— emplean en la murmuración, en la jarana, en la disputa, en las farsas bien ensayadas de eso que se llama relaciones sociales. Hasta el concepto de sencillez se ha adulterado. Para muchos lo sencillo es lo trivial, lo ñoño. Lo que el hombre un poco culto considera transparente, ameno, fino, fácil de entender, ellos lo creen opaco, aburrido, insustancial. Su gusto nada más que rezuma poso de vulgaridad. Son tan egoístas, que no admiten más letras que las que defienden sus problemas. Se rechaza o se acepta la obra según quien la haga; no por categoría de talento, de bondad, de genio, sino por consideraciones de religión, de ideas. Y cuando no es lo uno ni lo otro, cuando el artista se abstrae en el paisaje, en los estados de ánimo, en los conflictos de la conciencia, en las tristezas —que son apolíticas—, en las censuras al hombre, no a la clase, también se le rechaza. Y precisamente por eso, porque nada más que es arte. Y lo dicen así, despectivamente, contrariados: ¡Nada más que es arte! Lo mismo que en aquel cuento de Flaubert, en que un mozo egoísta desdeñó a una muchacha —hacendosa, buena, hermosa, sencilla, pero pobre— porque nada más que era guapa. Es decir, porque no tenía dinero.

Algo semejante sucede con el arte que no tiene furia partidista, que no difama, que no defiende ciertos intereses, que no lleva más viático que

su bondad, su belleza, su criterio puro de cómo debe ser la vida, de cómo deben comportarse los hombres. Al mundo le falta una suave saturación de lo artístico para comprender más hondo y más pacíficamente, para hacer menos violentos los entrecruces de los conceptos. Arte que eduque, que corrija, que siembre las virtudes fundamentales, no azuzamiento de pasiones, de dogmas de secta, de odio, de curiosidad por relatos de robo, de crimen, de estafas, de picardías. Y termina uno pensando en el cuidado que tenemos con los productos que alimentan al cuerpo. Se retiran de los mercados las cosas averiadas que estropean la salud: carnes, frutas, vinos. Las autoridades se preocupan de esto. Pero en el mercado de los productos espirituales se deja vender todo, todo lo que es para el alma lo que un alimento averiado para el cuerpo: fanatismo, ética adulterada, literatura estimulante del vicio, de la locura...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 26-I-1936.

## 527.—ESBOZOS. LA LIBERTAD Y LA PRISA

*Horacio ha legado una filosofía de la vida despojada de todo individualismo, universalmente comprensible.*—Profesor Gudeman.

Hace unos días se ha cumplido el milenario del nacimiento de Horacio. No he de hablar yo aquí de su vida, de sus costumbres, de su participación en la historia de su tiempo. Abundan los libros —biografías, enciclopedias, grandes alegatos eruditos— en los que el curioso puede satisfacer con plenitud su curiosidad de anécdotas. He de limitarme a destacar dos de sus características más fundamentales, sencillamente, en mera ilusión, sin pretensiones de descubrir sus pensamientos, sus afanes, su manías. Estas dos características encajan en nuestro tiempo y en todos los tiempos. La honda del genio dispara en su época y llega siempre a lo remoto del porvenir. Es un grato zumbido perenne, eternal, marcando una gran comba de un horizonte a otro de la historia. Todo es caedizo y propicio a convertirse en polvo, menos el genio, que tiene entraña de eternidad, espíritu de infinito, formas permanentes, no mudables ni rectificadas absolutamente, por el enorme cincel que traen todos los siglos, modificadores constantes de cosas. Genio de la bondad, de la poesía, de la santidad. Genio de Francisco de

Así, de Cervantes, de Galileo, más poderoso que el tiempo y las costumbres, hontanar siempre vivo, alma de ayer consolando y mandando en las almas de hoy y de mañana. El genio es como un mito vital, de verdad, que viene al mundo de vez en cuando para descubrir estrellas, emociones, fórmulas, misterios de las fuerzas naturales, del sonido, de la poesía, de lo recóndito del alma, de la tierra, del cielo...

Horacio —dice un atinado crítico— era esclavo de la perfección, no siervo de la prisa. Aspirando a producir obras selectas, no le importaba el tiempo que había de emplear en sus composiciones. He aquí una de sus características más esenciales. Afán de perfección, lentitud fecunda, pensar mucho, despacio, y escribir después sin ese impertinente acicate de la prisa, sin ser siervo de las fechas, sin apresurar el pensamiento y la palabra. Entonces, ahora, siempre, el no tener prisa, el domar la impaciencia, equivale a que cada línea, o rasgo del arte, cada paso de la técnica, cada propósito responda a un deleite espiritual, a una ley pura de conciencia, a un criterio severo de la responsabilidad, no a un anhelo de interés, de vanidad, de ser conocido. En arte y en otras muchas disciplinas semejantes, no hay que tener prisa. La prisa en esto, quiere decir soberbia deseando irrumpir, como sea, en la fama, corriendo, con ruido; no es delectación señera del alma, abstraída en su vocación, franciscana de su regusto, hasta, si se quiere, algo egoísta de su buena calma, de su silencio, de su afán de perfección, de su serenidad. Hoy, poco es lo que no se hace con prisa, pensando en el final, en el laurel, en el precio. Parece que la velocidad de las máquinas se ha ido metiendo en los caracteres. Y así resulta que el arte, más que madurez natural, más que ansia de perfección, se queda, la mayor parte de las veces, en diseño, en portal, en un iniciarse que siempre está prometiendo, pero que nunca acaba de regalar. Se escribe mucho, por ejemplo y se piensa poco. En arte —y valga la comparación— es mejor ir andando que en automóvil. Contemplar de paso, entre polvaredas, velozmente, es no profundizar en nada. Hay que detenerse en las cosas, retemplar en ellas las impresiones, escarbarlas, ver su mina y su mantillo, poseerlas con el ánimo, llegar a tocar su secreto, su alma, desmenuzar sus fundamentos. Me explico la prisa en un comerciante por vender sus productos, en un enamorado por llegar donde su amante, en un zagal por llegar a jefe de majada, en un sediento que presente u oye cerca la palpitación de la fuente. Pero en un artista, no. La prisa en el artista trasciende demasiado a ganas de ser rico, de conquistar adulaciones, elogios, importancia, de vengar menoscabos, desconsideraciones, desdenes, esas cosas que hay que sufrir cuando uno no es nada, cuando la gente nos parece la soberbia, la ignorante, y nosotros, la humildad. Es decir, lo vanidoso, escribiendo, pintando, tallando, no lo asceta del carácter

buscando, en esos trajines, recreo, dulce sacrificio, blasón recatadamente espiritual, paz adentro, que es lo mejor, la más inmensa riqueza. Ese crítico a que antes aludí dice que para el artista, la aspiración cardinal está en acomodar la existencia a una norma de humanidad claramente sentida, que aleje del pensamiento creador el servilismo por los beneficios materiales. La poesía habrá de ser expresión sincera de un fuego interior no alimentado por la lisonja. En esto se reconcentra, sencillamente, el concepto que tenía Horacio del ejercicio del arte. Hoy suele ocurrir lo contrario por excesiva ansia de bienes materiales, por envidia, por aglomerar adjetivos. La prisa y la lisonja mandan en el artista más que la meditación y la humildad. Se ejecuta sin pensar. Nos encanta más una frase, un calificativo dicho por cualquiera, una gacetilla suplicada, la apetencia de muchas monedas, que el rumor de un bosque o de un mar, nuestra conciencia, lo puro en la forma y en el fondo del crear, el asentamiento de la imaginación en temas sentidos...

Otra de las características de Horacio se fundamenta en que la libertad es el mayor de los bienes que el hombre puede disfrutar. En sus paseos campestres por los montes Sabinos, cada pensamiento del poeta era un bello diálogo entre la libertad y la fértil lentitud, las dos palomas más voladoras de su ingenio y de su ética. Libertad para el pensamiento, y calma para el aderezo de los caminos que tiene que construir ese mismo pensamiento. Pensar con libertad, sin estorbo, y realizar con prisa, con atolondramiento, es lo mismo que ir destrozando pensamientos, lo mismo que no pensar. Nada significa la libertad si somos cautivos de nuestra prisa. Dice lo popular que cuanto más de prisa más despacio. Y es verdad. Es un perfecto sentido del peligro de lo vertiginoso y de la seguridad de lo lento bien dirigido. En la prisa puede ocurrir que en el trance inevitable de enmendar direcciones, no podamos parar por el impulso que nos va llevando. En cambio, con lo lento, sí. Siempre se puede uno detener a tiempo, los hombres y los pueblos, para avizorar y corregir. Y más cuando se tiene libertad para escoger caminos, para seleccionar guías, para hacer itinerarios...

Quedamos, pues, amigos míos, en que Horacio, creador de nuevos géneros de estilo, gustador de la flauta campestre de Virgilio, y cuyo milenario se ha cumplido hace unos días, era amigo de la libertad, pero no de la prisa...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 5-II-1936.

*En el campo se habla excesivamente de política.*—Un periódico.

No hace muchos años eran el mito, la leyenda, el amor de la parábola, llenando las veladas campestres. Labios viejos le estremecían a uno o le endulzaban el alma narrando cosas imposibles. El fuego bailaba en el lar; la noche aldeana, llena de paz o de tormenta, era rayada por la voz del río, el grito del cárabo, el estruendo del molino, siempre amarillo de harina. No hace muchos años todo era legendario en estas conversaciones. Los relatos eran todo lo contrario a lo que son ahora. Entonces, en estas horas de paz, la vida se nutría de narraciones de misterio, de cosa irreal, de belleza de fábula, de palabras supersticiosas, de ayes dramáticos de leyenda en un temporal de mar, en una montaña, en una hoguera, en un desierto. O de romances describiendo amores, engaños, aventuras de arrieros y de pastores, destrozos de rayos y de vientos. El invierno era sabiduría misteriosa de vejez en la cátedra caliente de la cocina. Los niños aprendíamos allí conjuros, la filosofía del refrán —tan labradora y tan pastoril—, la vida de los santos, las costumbres del cuervo y de la corza, la cara que tenían las hadas, las picardías del raposo, las buenas cosas de Dios y las malas cosas del diablo. Nuestro entendimiento infantil iba guareciendo en su pureza conversaciones alegres y milagrosas entre malvises y pisonderas, correrías de brujas por el cielo allá, esqueletos de malvados o de justos, balanceándose en las horcas de las orillas de los caminos, ruido de trabucos, milagros de monjes... Así pasaba la velada hasta que uno se iba quedando dormido en el taburete de abedul, con la cabeza apoyada en las rodillas de la madre...

Por la mañanita, la escuela lejana, a través de las mieses. Todo el santo día encerrados en medio de los campos en un caserón de piedra, aprendiendo a explicar las estampas de las murallas de Jericó, de la cuna de mimbres corriendo por el Nilo abajo, de las tres cruces en una colina bajo un cielo rayado de centellas. Estampas de Israel, de lagos, de Samaria, de brocales, de palmeras, del Sinaí, que nos atemorizaba entre las paredes oscuras, sintiendo pasar los carros, las campanillas, el carricoche verde del médico. La tarde con el regreso de los pastores, con las caricias al chivo rubio, con las campanitas de la iglesia, con las súplicas lentas de los pobres vagabundos pidiendo cama de hierba, en el pajar... Y después otra vez los labios viejos, en la cocina, con sus relatos de serpientes malditas, de encantamientos, de castigos, de pestes, de cavernas, de artimañas de brujos, de la gracia de

Dios andando por el mundo, vestido de pobre, con capa rota, con borceguíes en vez de sandalias. Un Dios distinto al de la escuela, un Dios sonriente que iba acariciando los maíces, las fuentes, los árboles. Yo tenía miedo al Dios de la escuela y quería al Dios de que oía hablar en la cocina, tan dulce, tan compasivo, tan amigo de los niños, de los sembrados, de los pájaros. El alma se iba saturando de sabores míticos y católicos. La realidad del mundo se limitaba a la obediencia, a la mies, al mercado. No existían más preocupaciones que las desprendidas del trabajo, de la fe, de la salvación del alma. Por el día inquietud de sembrados, de reses, de malas nubes, de las visitas del recaudador con sus barbas de ceniza, con su cartera negra, brillante, como un tricornio... Y por la noche los misterios de las estrellas, de más arriba de las estrellas, lo ultrahumano en forma de arcángel, de profeta ascendido en un carro de llamas por la cuesta blanca del cielo, la casa del alma después de la muerte, los milagros y los suplicios de los justos...

Ahora es la vida real, la impaciencia de lo terreno, al amor de la lumbre. Donde romanceaba la leyenda, toda vestida de nieve, de polvo, de malvas —mito, alma en pena, Jesús, ya viejecito y dulce, peregrinando por campos—, rezumba ahora la política. El fuego sigue bailando rojos y azules en la losa del lar. El río sigue rayando el silencio de la noche. Parece otra gente. Es como si todos se hubieran marchado y hubieran venido otros de muy lejos. La velada se llena de palabras de política que a veces chocan y producen riña, insulto, mal mirar, entre los abuelos, los padres, los nietos. No es posible que los viejos tengan el mismo concepto de la vida que los mozos. En los ancianos manda el sedimento de lo que desaparece. En los jóvenes, el resabio de su época. Es el comienzo de otro tiempo que busca el remedio por caminos de tierra, no por senderos de hadas y de apóstoles antiguos. Esta gente ha llegado a sospechar —quizá no a comprender— que no todo está en el concepto patriarcal, viejo, de la vida. No han encontrado en esas cosas tan pacíficas, tan bellas, el buen fin de su aspiración natural de bienestar y de justicia... Y van a ver si lo encuentran en la política, con la esperanza en otra cosa, con la esperanza que ponemos en las palabras y en las promesas nuevas cuando salimos quebrantados, entristecidos, llenos de contrariedad, de los sitios donde creímos hallar remedio, buen consejo, aplacamiento...

La noche es ahora diálogo de inquietudes humanas, no narración larga de santoral cruento, milenario, de pobres peregrinos medio locos que buscaban a Dios, de leyendas en cumbre, en abismo, en gruta de oro. Es natural que el hombre que ha perdido muchas esperanzas quiera encontrar otras esperanzas en cualquier cosa que surja en su vida, sin detenerse a pensar en



si también serán como las otras. Donde se ofrece la salvación, allí va el hombre, aunque vuelva más molido y desengañado. Le dan un desdén y va en busca de consuelos que a lo mejor también resultan desdenes. La vida es perseguiimiento constante de felicidad a través de los desengaños. No es raro, pues, que estos hombres apacibles que antes estaban envueltos en aire de leyenda, repitiendo pensamientos antiguos, vean ahora en la política una nueva insinuación de mejora, de equidad, de salvamento...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 12-II-1936.

## 529.—ESBOZOS. LA APARICION DE LO POPULAR EN LA HISTORIA DE ESPAÑA

Siglo XI. Algo así como una divisoria, como una frontera de historia entre la rudeza antigua y el comienzo de una línea que hace renacimiento, que se va apartando de la ignorancia en busca de nuevo clima espiritual. Hace poco que los cristianos fueron derrotados en Uclés, entre rápido revuelo de alfanjes y estandartes. Muere allí el príncipe don Sancho. Y Alfonso VI llora en Toledo —que después tendría las calles retorcidas como callejas morunas— la muerte de su hijo ante los nobles caballeros, llamándole alegría de su corazón, luz de sus ojos, solaz de su vejez, lucero de todas sus mañanas, esas cosas que después pasaron a ser verso de romance o de cantar en lo atardeceres castellanos. De un mismo golpe se pierden Huete, Cuenca, Ocaña, Consuegra, porque los caballeros «usan con exceso de los baños, se entregan sin freno a los placeres», son demasiado galanes de las cautivas moras... Y viene a la historia doña Urraca, que con grave mengua suya y de su marido, anda más suelta que lo que debe. Pesadumbre de su casamiento, porque enfrenaba sus costumbres deshonestas. Unos historiadores la disculpan, llamando a su esposo maltratador de su mujer, perseguidor de monjes, profanador de templos, ladrón de haciendas, azor de purezas, antes intactas. ¡Cuánta contradicción en los juicios históricos! El prelado Diego Gelmírez, que desempeñó un importante papel en aquella época, dice el Padre Mariana, que era cauto, sobrio, prudente, de gran ánimo, apostólico. En contra de éste, Masdeu le llama codicioso, inquieto, litigioso, disipador de los bienes eclesiásticos, vengativo, insigne por sus sacrílegas simonías, usurpador de lo ajeno, amigo de Francia y enemigo de España. Con

doña Urraca sucede lo mismo. Cada historiador la echa su requiebro o su maldición. En unas páginas tiene algo de Magdalena antes de conocer a Jesús. En otras, tiene toda la fortaleza, toda la virtud, toda la mansa prudencia de la mujer buena de la Biblia. Aunque bien es verdad que casi todos aluden a sus escándalos con el conde González de Condespina, un bergante noble, enamoradizo, que tomaba el buen solejo, a menudo, contemplando las celosías. Separación de los esposos. Unos, como pasa siempre, van a favor de la dama, y otros, a favor del caballero. Los castellanos se declaran por doña Urraca. Grandes escaramuzas entre Castilla y Aragón con la victoria de Alfonso I. De entonces datan los destierros de los obispos, los suplicios de los parciales de la reina. Sigue la historia tejiendo su tumulto, minando su romance. Alvar Fáñez continúa siendo la pesadilla, el «fantasma fiero» de los moros, su huracán y su centella. Doña Urraca prosigue sus aventuras amorosas. Ahora es con González de Lara, del que tuvo un hijo; Fernando Pérez Hurtado. La nobleza se va enojando con estas liviandades. Intrigas, atentados, venganzas, desmanes... Algún romanceador anónimo de Castilla entretendría después su ingenio, en un huerto, en un alcor, en un campamento, en un claustro, cantando las picardías de la reina y de sus condes.

Marcha de doña Urraca a Galicia, donde han proclamado a su hijo, Alfonso Bermúdez. Camino de la vía láctea, de la vía láctea de los peregrinos rezadores. España es una intriga voceando en todos los castillos. Alfonso VI había mandado destruir los baños y reformar las costumbres, para que los caballeros fueran más caballeros. Pero éstos seguían galaneando más de la cuenta a las cautivas y a las cristianas, haciendo muchos caminos de bastardía en la piel de toro de España, que por un mar miraba a Roma, y por otro, a lo desconocido, como entre dos misterios, el de Dios y el del Océano... Ya está la reina en Santiago. Quiere castigar a sus moradores, porque se han rebelado contra el obispo. Casi todas las rebeliones de la historia tienen el mismo origen. Abuso del fuerte y cansancio del débil, contento del que tiene y enfado del que no tiene, cosas de injusticia, de restricción violenta. Algo semejante a esto sucede en Santiago, saturado de bruma y de lluvia. Y entonces nace en España la primera manifestación de lo popular, en contra de un Poder injusto. Los artesanos y los campesinos atruenan las calles de Santiago. Antes han expuesto, cortésmente, sus razones, agotando la humildad, la súplica, ese pedir dócil y resignado, que ha sido la desgracia de Castilla. No consiguen nada con las palabras, con la cortesía, con esa lógica sencilla, natural, que es como privilegio de gentes que viven en campos, en montañas, en orillas aldeanas de mar. Ellos esperan que la reina aplaque el desabrimiento del obispo, su codicia, su intransi-

gencia, su carácter ceñudo, rapiñesco. Insisten en el ruego, multiplican las razones, vuelven a exponer sus quejas sin perder la templanza y el respeto, más temerosos que atrevidos, más con aire de quien pide un favor que de quien exige un fundamental derecho. Así se ha pedido siempre, después, en Castilla. Doña Urraca permanece impasible. Es mujer que anda más suelta que lo que debe entre condes; pero muy recogida, muy quieta, muy parca, en eso de hacer justicia a los pobres. Todo es en vano. La reina da la razón al obispo. Y estalla el primer motín popular. Es un concilio andariego de campesinos, de artesanos, de pequeños mercaderes. No hay cosa más bárbara que el hombre bueno, humilde, fuerte, complaciente, cuando se enfada con razón, cuando ya no puede aguantar más. Santiago es pueblo con la actitud de un hombre así. La reina y el prelado se refugian en una torre del palacio episcopal. Los sediciosos rompen las puertas, suben en tropel las anchas escaleras de piedra, invaden la torre, maltratan a doña Urraca. La calle es trueno y riada entre niebla y lluvia fina, menudita... El obispo, envuelto en la capa de un pobre, puede refugiarse en la iglesia de Santa María...

Este motín de Santiago y la rebelión de los labradores de Sahagún contra sus señores feudales, incorporan lo popular como elemento nuevo a la organización nacional. Empieza a presentirse en la tierra de España el tallo de la hermandad y de la germanía, alianza de voluntades para defenderse, concilio de pobreza y de trabajo. Muere doña Urraca, la pobre mujer de todas las flaquezas. Y empieza el reinado de su hijo Alfonso VII, única bandera inocente y pura que se levanta entre tantos y tan manchados estandartes, como si de una ortiga hubiera brotado un clavel...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 20-II-1936.

### 530.—ESBOZOS. DECADENCIA DE LA LIBRERIA

*Los libreros se lamentan del enorme descenso de sus ventas.—Los periódicos.*

Es natural que cada uno se lamente de lo suyo. Al fin y al cabo, la vida nada más que es una impertinente carrera detrás de muchas cosas fugitivas. El propósito todo se vuelve ruedas, pero las cosas suelen tener alas que se encargan de burlar a las pretensiones. Cuando más corre nuestro deseo,

más corren los bienes deseados, con zancadas de mito, remontando las montañas, saltando los mares de una vasta geografía de ambiciones. Las quejas del hombre siempre tienen por motivo lo estéril de esa velocidad permanente del ansia corriendo detrás de una cosa que no se alcanza. Y a veces, cuando logramos alcanzarla, cuando empezamos a exprimir su jugo, resulta que el sabor es mucho menos sabroso que lo que nos habíamos imaginado. Así, cada uno se lamenta de lo que no puede alcanzar o de que, una vez conseguido, no tiene la felicidad, la ufanía, el regusto que habíamos supuesto cuando lo veíamos lejano, casi imposible, en una cordillera o en una isla de esa geografía maravillosa de las ambiciones. Muchas cosas merece la pena renunciarlo para que el alma no sufra ese desencanto, esa contrariedad de lo imaginativo al probar lo real. Jamás encuentra la imaginación en lo verdadero, el sabor, el deleite, el descanso que ella soñó tantísimas horas. Se goza más pensando en el placer deseado de la felicidad que la felicidad misma...

Este hombre se lamenta, en su tienda de mercadería espiritual, de que no se venden libros. El no sabe por qué no se venden: nada más que sabe que no se venden, lo mismo que el que ve malograrse una ambición se detiene más a lamentar su fracaso que a meditar en las causas del mismo. Una meditación de estas, más que una lamentación, puede descubrir sendas que antes no vimos por aturdimiento, por excesiva confianza en la ruta, por tener prisa cuando no es menester tenerla o por tener pereza cuando hace falta andar con prisa. Porque lo mismo malogra el excesivo apresuramiento que la pereza. Pero esto de la venta de libros no tiene nada que ver con la prisa o con la pereza del que los vende. El librero permanece siempre lo mismo entre sus estanterías. Es profesión sedentaria, no andariega, más de espera que de ofrecer y de pregonar. De nada vale que él se mueva mucho si la gente pasa de largo. Correrá su deseo de vender muchos libros; es decir, su natural ambición de hombre que vive de lo que vende, no de lo que hace. No es lo mismo hacer que vender. Para el que hace sí tiene mucho que ver la prisa o la lentitud. Para el que vende, estas dos cosas no implican nada en la calidad, en la perfección, en el tropiezo, en la buena desenvoltura del ingenio, en la técnica profesional. El librero no vive de su prisa o de su quietud, sino de la prisa de la gente en pasar páginas, lo mismo que el impresor y el artista de las letras... Y ahora estamos en una época de lentitud en este aspecto nacional. La prisa va por otros caminos que no van a parar a las puertas de las librerías. Cuando los pueblos tienen grandes inquietudes materiales, los primeros caminos que se llenan de maleza por falta de tránsito son los caminos de las librerías. Este es el motivo sencillísimo de que no se vendan libros. La gente está ahora preocupada por muchas cosas que, más que con el espíritu y con el afán de saber, tienen

relación con el cemento, con las poleas, con las máquinas, con las herramientas, con los medios de vivir, no con los medios de cultivar el alma. Es carencia de lo práctico, de lo material cotidiano, olvidando los productos que salen de lo imaginativo. Nada hace desdeñar tanto a lo espiritual, a lo recogido, como la preocupación de aquello de que sale o debe salir el mantenimiento, la tranquilidad, el contenido. No es posible que haya quien tenga ganas del recreo de unas páginas cuando la inquietud de la vida diaria llena toda el alma.

En un pueblo donde no se lee mucho, donde es tradición el leer muy poco y también el no saber leer, no es extraño que en cuanto decae un poco la pequeña costumbre de recrearse leyendo, las librerías no vendan nada y griten su alarma, y su decadencia. ¡Desgraciados de los pueblos donde las decadencias de otras cosas fundamentales hacen decadente a las librerías!... Donde se vende poco, no es raro el no vender nada cuando las circunstancias —política, negocios alicaídos, deseos de trabajo, incertidumbre, luchas sociales— llevan a los hombres por otras sendas. El miedo de unos, la intranquilidad de otros, la disputa violenta entre lo que quiere permanecer y lo que quiere renovarse, la impaciencia de todos, las discordias que llenan la calle, no son estímulos favorables a la lectura, que necesita sosiego, cierto estado de ánimo, buena temperatura espiritual. La gente tiene ahora excesivo ruido interior y exterior. Está en pleno temporal de conciencia y de ambiente. Estos últimos años de lo español han sido volcán, galerna, vientos, no jardín, silencio, paz; es decir, lo propicio a la lectura de libros suaves de arte, lo que necesita el alma para abstraerse y alimentarse. No creo que se trate de aborrecimiento, de falta de inclinación, de los diversos estilos del desdén hacia lo que representa sabiduría, arte, belleza, cultura. No; no es eso. Es el ambiente atormentado de la época; es plenitud de rivalidad, de guerra de ideas, de anhelos de triunfos definitivos que cansan y llenan de inteligencia y no la dejan tiempo ni humor para descansar en la fuente de pensamientos de unas páginas. Hasta que en este río revuelto de lo español no se haga remanso, el libro está quieto, cerrado, en las márgenes de la actividad. Será como delantal bello de campesina, dejado en la linde, mientras trabaja en la mies con su terrible preocupación de tierra, de sol, de lluvia. O como todas esas cosas que dejamos olvidadas los hombres mientras nos empuja un afán esencial, una gran ambición, un frenesí por cosechar bienes, por salvarnos, por vengarnos...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 23-II-1936.



*Hoy se inauguran los comedores en las escuelas.*

Y piensa uno en que el niño pobre, el niño que tiene que empezar a comprender al mundo entre suspiros y deseos sencillos, primordiales, no satisfechos cuando se quiere, acariciará su ilusión de pan en las mesas de la escuela, una ilusión que desvanece a las otras, que las adormece, porque ella es la más grande, la que más hormiguea en la carne y en el alma. Hasta la pura ilusión de los juegos, que es en la infancia el aire, el quivit de golondrina, el salto de corzo, se queda suspensa, inmóvil, ante ese otro deseo de pan llenando horas, pensamientos, ensueños. ¡Pobres los niños que así empiezan a descortezar mundo, comprando conocimiento a peso de alma, con el dinero de las penas! Deseos de que llegue el invierno con su alborotada trompa de vientos y sus flores de espino cayendo del cielo, blanqueando la calle. Es la única vez que el mundo es cándido, vestido de pureza, con lino frío de las nubes. Deseos en el seno del niño pobre, que es lo que da al hombre justo y sentimental una impresión más trágica de esperanzas ávidas, helándose en flor. Reanudó su camino de escuela después de la calina y de la fiesta del verano, en que se alimenta de brisa y de libertad en las arenas. Vientos y ondas azules y sabor de estero y de marisma mientras el sol va deshaciendo su comba eterna. Llega el otoño pintando amarillos. La escuela entonces es una promesa de convite. El niño pobre desgasta imaginación pensando en los días de lluvia y de viento cuando las doce campanadas del reloj son como doce risas buenas de otros tantos apóstoles anunciando el fin de una congoja, el alba, mucho tiempo esperada, de una liberación. Cada campanada es un inmenso confite cayendo en el paladar del espíritu. O algo así como un rebote de canicas de oro en el pórtico de la clase. Con esta dulce preocupación reanuda el niño pobre, entre los vientos del otoño, el camino de la escuela, ágil como un cabritillo al que todavía no han apartado de su madre. ¡Cómo corre la imaginación, cómo se impacienta el pensamiento a vueltas con el pan, con el vaho de las fuentes, con el ruido jovial del comedor!

Ya empieza el frío a empañar los vidrios de las ventanas. La escarcha pinta helechos en los cristales. El invierno aterece los amarillos del otoño que es muerte blanca sobre muerte amarilla, tristeza amortajando a la melancolía; el invierno comienza su paliza de temporales, la carcajada terrible del trueno, la mirada de odio del relámpago, esa graciosa circulación de blancuras que van a caer en el fango como si todas las inocencias estuvieran con-



denadas a deshacerse así. Alegría en el ánimo del niño pobre. Su presentimiento es lirio, retama florecida. Ya luego, el aviso del señor maestro tendrá delicia de vacación inesperada, delicia de encontrarse algo en la calle o de hallar lo que se ha perdido haciéndonos llorar. Anticipo imaginativo del sabor. Cada día que pasa se concretan más y más las memorias de la otra vez; el color del mantel, el tintineo seco de los cubiertos, el gorro blanco del cocinero, la sonrisa del señor maestro... ¡Ay, Dios, cuándo llegará ese día! El invierno, gigante, invisible, malo, matón que termina siendo siervo de Dios cuando le convence la primavera, tan doncella, sigue dando palizas a la tierra. En las esquinas revuelan las vestiduras. El mar engarra a las olas y las hace morderse, toparse con sus crestas, empujarse con enojo unas a otras. Cada día tiene para el niño pobre sensación de noche larga, despierto, pensando en lo que más se quiere y más nos engaña. Muere la esperanza a las doce de un día, y por la mañanita nace otra vez, fragante, contenta, para volverse a morir a las doce. El señor maestro tarda mucho en dar el aviso. Y eso que el invierno ya está cantando su cantar de trueno, de agua, de viento. ¡Ay, Dios, cómo tarda en dar el aviso el señor maestro! Hormigueo del hambre y hormigueo de la ilusión de quitar el hambre... Las doce campanadas son como doce castigos, como doce manzanas altas, altas, que no pueden cogerse, como doce jueves sin vacaciones, como doce leyendas sin contar. Así van pasando los meses muertos. Sale cada casa de un deseo pertinaz y vuelve con el mismo deseo. Calvario de cristos infantiles, sumisos, dóciles, que van dejando en el camino de la escuela unos pensamientos amasados con ganas de pan, con esa harina negra, amarga con que se hace las amarguras, las contrariedades. Y también las levaduras del odio, la idea futura, que no es posible que siga el mismo camino que la que no remedió la ansiedad material de nuestra infancia. El niño pobre nada más que sabe distinguir entre los que hacen que esas doce campanadas sean como doce regalos, como doce juguetes y los que hacen que sean como doce negativas, como doce desprecios diarios, como doce ahuyentamientos ariscos cuando uno lleva la confianza de que le van a recibir bien.

El niño empieza a entender analizando, a su modo, diferencias. Su instinto se aviva a fuerza de comparaciones, o, mejor dicho, de comparación de sensaciones. Su idea futura nace un poquitín todos los días, a las doce. Todo en su imaginación y en su alma, el embrionario concepto de amabilidad y de lo malo, será entrevisto según el que le contente o el que le entristezca. Nada más que sabe discernir entre lo que le alegra y lo que le duele, entre lo que recuerda la palma de Jesús o la espada de Herodes. Según la caricia o el maltrato será su apego o su desdén. El ha estado esperando todo el invierno, renovando esperanzas, sintiendo pasar los días,

sín ver asomar en una de las esquinas de sus anhelos al mensajero de su bien. La impaciencia jugaría a la lima en su pecho. Las doce del día serían como una expulsión... Y de pronto ve que las doce del día han cambiado su cariz. El señor maestro le ha recordado a Moisés dando con la vara en la peña. El señor maestro. ¡ay, Dios!, no es ahora el señor maestro, porque el pobre niño acaba de empezar su idilio asombroso de pan. No ve su chaqueta o su blusa larga, blanca. La ilusión despista la realidad, la disfraza. El idilio lo transforma todo. El señor maestro tiene ahora un soberbio gorro de cocinero, un delantal blanco, la cara simpática y lista del hombre bajito y menudo que hace la comida, que llena los platos. La lluvia toca ahora cascabeles. La niebla es humo de cocina, vaho de fuentes. A partir de este momento trascendental, la idea futura del niño pobre empieza a adquirir sentimiento. Hombres que hacen de las doce un refugio y hombres que hacen de las doce una intemperie. Hombres que hacen cantar y hombres que hacen llorar mientras ellos cantan. La idea empieza así, con inconsciencia de técnica, de sutileza, de propósitos. Empieza así por aflicción o consuelo del mundo, por el bien o por el mal que nos hacen, por impresiones de suavidad o de aspereza. Pensad hacia qué banda se inclinará este niño pobre...

¡Cómo suenan los cascabeles de la lluvia!... ¡Señor maestro, señor maestro, yo me comí tres naranjas!... ¡Cómo suena el tamboril de la ventisca!... Las doce campanadas han sido como doce palabras del pobre Jesús, llamando a los niños, entre romeros...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 1-III-1936.

## 532.—ESBOZOS. LA POBRE JUVENTUD

*El gobierno de los Estados Unidos ha votado un crédito de cincuenta millones de dólares en beneficio de la juventud.*—Los periódicos.

Esto de la juventud es un conjunto de tragedias que se representan continuamente en el escenario barroco del teatro de la Civilización. Ser invierno, sentir ráfaga de invierno en el verano caluroso de la vida, ya es bastante

desgracia. Impresión de frío en el alma, desilusión, aglomeraciones densas de dificultades en la época en que todo debiera ser impulso de entusiasmo, amor vehemente de la vocación, ya es bastante abrumamiento para perderse en la tristeza y empezar a mirar al mundo como a un enemigo. El joven anda hoy como ciego de esperanzas. Anda a tientas a ver si por casualidad encuentra ese lugar bien hallado en que la vida sea una promesa de buena vitalidad, no un presentimiento constante de incertidumbre, de extravío buscando orientación, de cosas agradables nada más que entrevistas, sin llegar nunca a poseerlas. Hoy el mundo es un exterminador de deseos primarios, fundamentales. Antes consumía al hombre a fuerza de trabajo, de fatiga. Y ahora le consume a fuerza de pensar en lo que no se trabaja, porque el trabajo ha llegado a adquirir categoría de cosa casi imposible, de idealismo, de linde remota, siendo tan de mundo, tan de nuestro ambiente, tan hacedor de ese mismo mundo que nos deshace. Es más terrible la fatiga de querer hacer y no poder, que la fatiga de crear en mies o en artesanía, en cualquier parte. Un joven siente hoy idéntica sensación a la que siente un viejo cuando le faltan las fuerzas, cuando él, que venció tantos años a la herramienta, es vencido por la herramienta, que siempre acaba por aborrecernos después de tanto quererla. Tiene que ser terrible ese momento en que el hombre ve el desaire del apero, de la pluma, del martillo. Pues el joven de ahora siente esa impresión de vejez. Llega a la decadencia repentinamente, sin flaqueza corporal, sin encorramientos, sin canas, sin gastar energías. Es derrotado sin lucha. Algo así como barco que se hunde sin hacer ningún viaje, al salir del astillero, tan guapo de pintura y de banderas. En esta sencilla imagen resumo yo la andanza de la juventud en estos tiempos.

Aventura deshecha apenas pensada, propósito que al nacer se encuentra con un verdugo, encantamiento de ganas de bullir, de prosperar, de vencer; espíritu un poco quijotesco que se tropieza con la realidad, a la primera salida, cuando comienza a caminar contento. Y sobre todo, esa semejanza a lo caduco, a lo que ya ha dado el amor, la alegría y sólo le queda la tristeza, las memorias que remuerden o que bendicen. Excepto eso de las memorias que traen remordimiento o bendición, y eso otro del amor, que todavía no ha vaciado su ánfora, todo es plagio de vejez en esta pobre juventud. Vejez por imposibilidad de hallar caminos, por desengaño, por convencimiento de que casi es lo mismo no tener bríos que tenerlos y no saber lo que hacer con ellos, por plenitud de esos conocimientos amargos que se adquieren a fuerza de aguantar negativas, respuestas que le hacen a uno temblar de desilusión, buenas palabras que después son yermas, como losas tapando la confianza perdida en una promesa, en una protección, en una idea que anuncia amparo, estímulo positivo, impulso de inteligencias y de disposicio-

nes. Vejez por alianza de todas estas cosas que hacen experiencia prematura, precisamente cuando lo normal, lo natural, es la falta de experiencia. No hay cosa más anormal que un niño con resabio de joven, y que un joven con inquietudes, con filosofía, con gesto, con achaques morales de viejo. Y aquí en esta verdad tan antinatural, tan inconcebible en mera psicología, radica la gigantesca anormalidad que hoy es en el mundo como un hecho normal corriente, sin nada raro. La anormalidad conceptuada como cosa natural, creo yo que es uno de los leños más grandes con que se alimenta el horno de la civilización, tal como se entiende y como se practica. Y llega uno a un atrevimiento más radical. Llega uno a pensar muchas veces en que si se habrán inventado tantas sutilezas, tantos mecanismos, tantos nuevos ruidos, a fuerza de anormalidades. Pero en esto no quiero entretener ahora mi pensamiento. (Sabe Dios a dónde iría a parar por esta vereda filosófica de cemento, no de campo, entre costumbres, altavoces, inventos, doctrinas, maneras sociales, ideas uniformadas. Es posible que esta singladura de mi pensamiento fuera a arribar a la conclusión de que hoy el más bueno, el más justo, el más sentimental, no es el que aconseja la excesiva multiplicación humana y sí el que predica la limitación. Sabe Dios, sabe Dios a dónde iría a parar...) Además, todos sabemos que en muchísimas desenvolturas de la vida diaria lo normal pasa y se comenta por anormal, por extravagante, por consecuencia de manía o de locura. Ya dijo Barriobero y Herrán que en el concepto vulgar es loco el que es extraordinario; los conceptos no serán sinónimos, pero sí gemelos. Para el hombre de ordinario equilibrio, está loco todo el que no hace zapatos o pasteles, todo el que no visita enfermos o defiende pleitos o gobierna pueblos.

Este podría ser el punto de partida de un extenso y curioso ensayo acerca de lo normal y de lo anormal. Hoy quiero aludir a lo antinatural trágico en la pobre vida de la juventud. Mera y estéril alusión, sin poder para remediar. Tanto apretarse las sienes, tanto conjurar al misterio de la química y de las ondas, tanto estirar el ingenio, para al fin, contemplar a una juventud que sufre tormento de vejez. Porque ¿qué más da ser viejo sin cantares, sin deseo de deseos, que ser joven sin ganas de cantar, con deseos condenados a la cárcel del seno, muriéndose en la imaginación? Tal es el ambiente interior de esta juventud con tantos propósitos y sin saber dónde sembrarlos. Da sensación de labrador sin tierra, de coche sin ruedas, de reloj sin horario, de tintero sin tinta, de todo a lo que le falta algo esencial, algo imprescindible para hacer movimiento o sonido, para cumplir su destino. ¿Soluciones? No sé, no sé a dónde llegaría en esto de las soluciones. Quizá llegara a una conclusión de remedio conceptuada por anormal por esos señores de ordinario equilibrio de que habla Barriobero. Es posible, amigos

míos, que insistiera en eso de que el más bueno y el más justo no es el que recomienda la excesiva multiplicación humana...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 8-III-1936.

### 533.—ESBOZOS. LECCION DE SENCILLEZ

*El ministerio catalán de Cultura piensa desempolvar el proyecto de recoger en varios volúmenes las poesías de sus trovadores rurales.*—Los periódicos.

Hace ya mucho tiempo, desde los malos descubrimientos que uno hace en la adolescencia, que yo siento afición a este tema de los trovadores campestres. Poetas que no han acurriado los ojos en los pastizales de los libros ni en los conocimientos que van sutilizando forma de lenguaje, técnica, maneras de ver y de comparar. Precisamente la dulzura, la inocencia, el sentimiento puro de la naturaleza, del color, de los rumores montesinos y humanos de esta poesía de pastores está en sus metáforas caseras, de «huerto familiar», en su lejanía, o mejor, en su remotismo de páginas, de escuelas, de modos clásicos o nuevos. Es una cabaña muy apartada del palacio de lo intelectual. Una simple visión de estrellas, una fuente, una oveja muerta, un mastín valiente, unos árboles, ya es bastante sugestión para que estos hombres andariegos de besanas, de laderas y de cumbres aderecen lenguaje humilde y sentimental con naturalidad de viento acariciando zaleas y ramas, con naturalidad de arroyo, de colores vegetales. Sus sensaciones nacen en contacto el ánimo con pureza de aguas recién nacidas, de sombras, de manchas luminosas que parecen oro en el verde del monte. Y además sin preocupación de crítica, que es la mejor manera de hacer arte. El miedo a la crítica, al juicio de los demás, es muchas veces, sobre todo en los ánimos excesivamente sensibles o tímidos, algo así como una advertencia severa siempre inflexible y rigurosa, que nos zarandeja el alma con la pertinacia del pensamiento en los comentarios, no en el regusto místico, solitario, de nuestra labor. Hasta que el artista no pierde esa inquietud, ese estar pendiente del juicio de los que comprenden y de los que no entienden, puede decirse que todavía no ha encontrado su senda, su abstracción, su firmeza, tan necesarias para crear y para no oír el lenguaje del mundo. En su



recato espiritual, en su victoria sobre la preocupación impertinente del decir ajeno, está la mitad de su éxito. La otra mitad la da en unos el talento, en otros el sentimiento, en otros la mera bondad que resplandece en la obra, en otros la fe, la paciencia.

Pero en estos hombres que hacen arte en los montes, en las lindes, en las riberas, sin conocer el significado del arte, al no importarles nada el juicio de los demás, al no saber de esta preocupación, al no crear con el pensamiento puesto en lo utilitario, en la alabanza, es natural que todo su ritmo poético esté lleno de pureza, de sinceridad, que es malaventuradamente lo que menos abunda hoy en el arte y en todas las cosas. Una obra pura y sincera, aun con sus imperfecciones, ya tiene bastante para alejarse del olvido, de la zona de lo fugitivo, de lo que pasa muy de prisa porque al contemplarlo no levanta emoción, curiosidad, interés moral. Y como no les importa nada el laurel o el palmetazo de la crítica, la geometría de lo tipográfico, las máquinas de imprimir, todo el ruido y toda la contabilidad de los periódicos y de las editoriales, sus versos salen despojados de inquietud de economía, sin vanidad, vestidos de lirio, sin más sentimientos que los que se desprenden de lo que contemplan o de lo que sienten, olvidando a lo que aborrecen, pensando en lo que aman: estrellas, aires, peñas, matices, rebaños, nubes, pájaros, ríos, bosques, cierzos, espigas. Es una distracción de la inteligencia y del alma en que las palabras juegan cariñosamente, en paz y en gracia, con los luceros, con los remansos, con unos robles, con unas chozas, con la flor y el espino del ambiente. Juego que tiene mucho de infancia campesina entretenida con sus niales, con sus aperos diminutos, con sus cordeiros. Porque estos hombres, al hacer y al decir sus versos, dan sensación de eso, de naturalidad y de regocijo infantil descortezando un cayado verde, haciendo una choza en una braña, repicando las campanas, cantando un romance, rezando una oración, sonriendo. Así sale la trova tan llena de verdad y de poesía, que parece que la han dictado los romeros, las mieras, las flores de los escajos, las fuentes, los abedules, los fresnos, los senderos del monte. Es como si la naturaleza les contara, abuelita mansa, el secreto de su emoción, de su alegría, de su fecundidad, de sus tristezas. Es la misma Naturaleza hecha palabras, giros, simpáticas acepciones del lenguaje pastoril que llama meses muertos a los meses del invierno, cobertores del cielo a las nubes, estrellas del suelo a las flores, ojos de justos a los luceros, risa y trabajo de Dios al alcaz del molino. Poesía del monte y del valle y del espíritu de los hombres del monte y del valle, de la que tanto tienen que aprender los hombres de la ciudad, tan ausentes del sentimiento de lo natural en costumbres y en belleza. El concepto sale espontáneo, sin la alquitara del prejuicio, que también influye a veces en el arte.



Y la imagen no se detiene, antes de salir, a pensar en si será celebrada o no comprendida, en si será mejor vestirla de luna o de cemento, en si estará más guapa ataviada como reina o como pastora, como doncella burguesa o como muchacha de mies, de seda o de lino. Sale sin esa lentitud de crítica propia buscando predilección ajena, corrientes de gustos, lo que quieren los demás, no lo que amamos nosotros. Y es que no interviene el miedo al comentario, al fracaso, a una sombra o a una grieta en el prestigio, esas obsesiones del artista, que está más pendiente de las palabras del mundo que de los avisos de su conciencia. Hace bien Cataluña en recoger esos pensamientos desperdigados de sus trovadores rurales: pastores, sembradores, mendigos, arrieros. Además de arte, será una lección ejemplar de sencillez, de modestia, de sinceridad, esas cosas tan raras en los ambientes de hoy. Y una demostración bella de cómo son las labores que se hacen sin acicate de vanidad, sin pensar en la gloria, en el dinero, en los saludos de los admiradores, en los artículos de los periódicos, en los parabienes...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 15-III-1936.

#### 534.—ESBOZOS. LOS LIBROS DE MI AMIGO

Acabo de leer un libro que me ha dejado una ancha y honda sensación de valle, de conflictos humanos en tierra de patriarcas, ya sin patriarcas. El libro fragante y puro de un amigo. O mejor dicho, más que un amigo, hermano de espíritu, de arte, hasta de sensaciones y embelesamiento mirando un bosque, una portalada, una fiesta campestre, las coronillas de unos bolos. Y después de leer este libro y los otros de mi amigo, puedo decir en conciencia, con gran contentamiento, en noble alabanza, traduciendo un poco desmañadamente a Musset: «Tus libros son fuertes y sinceros. Y hacen amar a las cosas. Entre tanto hablador que imprime sus ineptias, entre tanta ilustre nulidad, entre tanta baraúnda que ofende al pensamiento, es grato meditar y sonreír sobre tus libros abiertos y sentir latir al corazón con más fuerza.»

Ya sabéis vosotros lo que es un libro bueno. Un libro bueno es el que va borrando del ánimo esos malos paisajes que van pintando las desazones, las dudas, los prejuicios, la experiencia en su constante escaramuza con la vida. Un buen libro, para que sea así es menester que responda a una

verdad íntima, encarándose sinceramente con humildad o con enojo, según el carácter, con las verdades del exterior. Este hermano mío, roble joven, con savia de romero y de laurel de jardín o de monte trasmeranos —de donde tantos hombres han salido para dejar su poesía en la piedra de la arquitectura de España— con pensamientos de pueblo, de fiesta o de silencio de comarca labradora, se encara con la verdad —de miel o de tuera— de las personas del campo, que siempre responden, dóciles, a esa otra verdad de su ingenio, de su arte, de su sentimiento de creador. Y en ese contacto de su verdad con la verdad del exterior campestre, sale una certera, honda y larga visión del paisaje, de los hombres, de las costumbres que hacen reír más que llorar, de la sombra y de la claridad del ambiente, del musgo y de la peña, que para mí son representaciones, mejor símbolos quietos de maneras de hoy y de siempre en las labranzas...

No quiero yo buscar precedentes al arte de mi amigo. No es menester sentir la preocupación del precedente en esto de la crítica. Ni aludir a tradiciones de estilos, de inclinación, de léxico. El desempolvamiento del precedente está bien para juzgar al que plagia, al que hurta formas de hacer. Cada cual puede crear clasicismo en su época, puede ser clásico de su tiempo sin pensar en los otros clásicos que ya se han vuelto tierra, en las otras maneras de construir, en los otros gustos. Precisamente lo torpe es querer hacer clasicismo pensando en los giros, en la estructura literaria de los clásicos muertos, no en hacer clasicismo actual sin esa inquietud de estilos viejos, aunque sean inmortales. Mi amigo es clásico de hoy; aquí, en la Montaña, a la manera de su tiempo. Es sembrador de clasicismo, no atropador de cosechas de clasicismo sembradas por otros... Y clásico de antes, eso sí, por el nervio, por su conciencia literaria, por su finísimo sentido de observación, por su amor a la vida de la aldea. Por estas características entra, y está a su gusto, en lo tradicional. Por su estilo, no. Ni por su concepto de la trama de los tipos que descubre, de la enjundia. Lo tradicional únicamente en el apego a los ambientes; pero no en la manera de describirlos, de pintarlos y hasta de sentirlos. Porque sabe que la manera descriptiva de antes suele cansar hogaño y que hay que dar sensación plena de las cosas con pocas palabras. Más que heredero en esto de la literatura, mi amigo es de los que dejarán herencia si Dios le da salud y no se cansa...

Sus páginas parecen hechas con sombra de robledal, abajo, en el pueblo, porque allí el monte está ya mineralizado, hecho paisaje de industria, con más rumor de roldanas que de hojas; parecen hechas con jovialidad de bolera, con esquinazo moreno de calleja, con conversaciones en los caminos, parados los hombres con el dale al hombro, con el codo apoyado en el yugo; con delicia, un poco furtiva y traviesa, de cencerrada en la noche. El

encuentro de mi amigo con las costumbres es hallazgo de pintor, no de fotógrafo. Su pluma es dalle, legra, azuela, trabajando sensaciones, lenguaje típico, modismos, picardías de viejo, que son peores que picardías de mozo; todo lo que sale del alma popular que juega a los bolos, va a misa los domingos, disputa y se embriaga un poco en la robla de la feria, se mete en pleitos... Y así su literatura es como rumor sonoro de bolos, ruedas de carro de mies, adral de vara fina, cántaro de alfarero rural, talla de banco de portal. Y humor de la gente esparcido en conflictos, en desvelos, en palabras socarronas, hasta en los conceptos jurídicos...

Hace tiempo que tenía yo muchas ganas de elogiar a este amigo mío, a Francisco Cubría. Pero no me he atrevido a causa de la gente. La gente suele recelar del escritor que elogia a un amigo que también es escritor. Piensa en seguida en esos cínicos intercambios de objetivos entre artistas. Pero hoy, después de leer su novela «Juana y Nel», publicada por Ediciones Literarias Montañesas, he logrado vencer mi cobardía, mi miedo, pensando en que precisamente los hombres debemos hablar con efusión, con vehemencia, de lo bueno que conocemos, de la virtud, del talento, de la bondad de las personas a quienes tratamos. Esconder ese deseo de elogio por respeto humano, por consideraciones de comentario malicioso, de murmuración, de habladuría, es ser, por egoísmo de nuestra paz, mal amigo y peor hombre. Es sepultar verdad en la entraña y contribuir a que las buenas cosas, a que las obras ejemplares no traspasen más horizontes, no ganen más tierra y más almas. Las obras de mi amigo son ejemplares por buenas, por bellas, por sinceras, por artísticas. Y yo tengo que decirlo así, dejando salir a mi pensamiento de la intimidad donde tanto tiempo ha estado escondido...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 22-III-1936.

### 535.—ESBOZOS. LA MANO ESCONDIDA

No sé si esto que yo voy a contar tiene la importancia que puede haber en un alfilertero o en el casco de una avellana. Pero es que hay temas que se cuelan en uno y se hacen obsesión. Hasta que no se echan, lo imaginativo es como campá, donde el juego de los niños pone ruido de voces y de gritos. Yo no sé la importancia que pueda tener esta sorpresa que pone fin a un curioso pensamiento con el que iba jugando a vueltas de aro mi mente.

¡A qué pocas cosas se las da importancia hoy! Fuera de lo nuestro, de lo que nos hiere hondo; de lo que redunda en nuestro bien o en nuestro mal, casi nada tiene importancia. Lo que no sacude fibras propias por deseos propios, es lo mismo que sonidos que estamos cansados de oír, como violín de ciego en la calle, como entierro que pasa o como pregón andariego y monótono de todos los días. La importancia está exclusivamente en nuestro desvelo, en las urgencias de nuestro corazón, en el jardín o en el zarzal de nuestras ansiedades...

Estas anchas escaleras de piedra, al anoecer, entre paredes altas, sin ventanas iluminadas, dan sensación de pasadizo de vieja novela de capa y espada en una puebla soldadesca y clerical de allá dentro, hace muchos años, en recatado devaneo católico de costumbres. Yo las subo todas las noches, y cuando llego a ellas parece que quedan muy lejos la gente, el movimiento, los sonidos modernos, el ruido de la ciudad. Todo se oye como en sordina, como si tapáramos los oídos con las palmas de las manos, como se oye el anjeo interminable de la calle desde allá arriba, desde una buhardilla, con el tragaluz cerrado. Estos pasadizos así, cortos, oscuros, entre fachadas mal pintadas, sin puertas, sin escaparates, son atajos de sombra entre las luces de dos calles. Y todos sabéis que en la sombra suele hacerse lo que no nos atrevemos a hacer en la claridad. La sombra es algo así como el disfraz que presta la noche a los que de día van también disfrazados con gesto de virtud, de seriedad, de almas de Dios, esas expresiones que le hacen pensar a uno en corazones serenos, en mentes pacíficas, en buenos y raros conceptos de templanza y honestidad. La sombra es, sencillamente, una noche pequeña, tenebrosa, en esa otra noche grande a la que las luminarias eléctricas hacen aparentar atardecer oscuro, un poco neblinoso. En estas pequeñas noches a las que no llega la luna, en estas pequeñas noches esparcidas en la noche, en estos borrones negros que parecen bocas de subterráneos, de chozos, en un suelo menos obscuro, es donde los hombres solemos desenvolver las malas verdades que de día parecen mentiras en nuestro semblante...

Este pasadizo es propicio a esa verdad que no se aparenta en el día. A la orilla de un escalón, como bulto de basura puesta allí para que la barran al amanecer, las cuclillas encogidas de una mujer con una cabeza de niño en las rodillas. Cada transeunte es una esperanza que le acerca rápida y que casi siempre pasa y se pierde en la obscuridad, sin dejar alegría. La mujer pide con voz desmayada de viuda reciente, de esposa o de amante, ya sin gracia, ya sin brillo en los ojos, hace poco maltratada, o de mujer desvelada por recuerdo de hijo malo o muerto. Y el niño llora, la cabeza en la peña de hueso de las rodillas, en cobija de toquilla rota, cama de

piedra, techo de estrellas. El ábrego runfa en esta calleja urbana. Las ráfagas fuertes parecen cañonazos de viento en las bocacalles. Buen comienzo de novela de cuadernillo semanal, con título largo sobre un color de invierno, de crimen o de desgracia...

Mi pensamiento, el pensamiento que todos vamos rumiando por la calle cuando andamos solos, que es cuando vamos en mejor compañía, se ha detenido muchas veces aquí, en el primer peldaño de la callejuela de la ciudad, por que le ha puesto un tope de lo trágico el llanto de este pobre niño, sentado en este pobre suelo, muerto, bajo fosa de asfalto.

Se acuerda uno de los hijos. Y ya sabéis vosotros lo que pasa, lo que pasa adentro, debajo de la frente, en el seno, cuando un niño desconocido llora en un quicio, en medio de la calle, en una plazuela, sufriendo desdeñes del mundo. Os veis enfermos, muertos. Os veis paseando fracasos, convalecencias largas, apetitos tremendos de pan, de suerte, de trabajo. Yo me he acercado movido por estos pensamientos. Y al acercarme, el niño llora con más fuerza, como si le apretara más el dolor, como si tuviera miedo de mi presencia. Y se remueve debajo de la toquilla, mientras la mujer extiende hacia mí su brazo izquierdo, que da sensación de palo seco, delgado, envuelto en trapo negro. Siempre, siempre, el lloro del niño. ¡Cómo acaricia la voz desmayada, la voz triste, la voz dolorosa, ofreciendo al niño cosas dulces para más tarde, cuando ya no pase la gente! Su mano derecha está escondida entre el cuerpo del niño y el andrajo de la toquilla. Pasa un día y otro. El niño sigue removiéndose, llorando, sofocando gritos, apretando su cabecita en la roca de hueso de las rodillas de la madre, a la orilla del escalón.

No me explico yo la callejuela sin el llanto del niño, como no se explica uno la orilla del mar sin el rumor de la resaca. Al fin y al cabo, la resaca de la procela del espíritu es el sollozo, el gemido. La voz de la mujer sigue clamando infortunio. Y la mano derecha siempre está escondida entre la carne del hijo y la pobre cobija. ¡Esa mano, esa mano, siempre escondida! Yo no sé por qué esa mano está siempre escondida. Relámpago de recelo rayando lo sentimental. Yo no sé por qué la voz, que hace un instante me parecía dulce, triste, me parece ahora falta, mala. Voz de madrastra de cuento infantil, de bruja de leyenda. Y la mano sin salir de su cobija. El sentimentalismo de este momento es rasgado por sorpresa amarga. No me atrevo a vocear mi recelo. La gente se pondría en contra mía como en contra del guardia cuando detiene a un ratero que llora y se hace el bueno, el infeliz. Me llamarían visionario, malicioso. Y, sin embargo, yo creo que esa mano escondida es tenaza, garfio, para la carne del niño. Presiento su pellizco, su arañadura, para que el niño llore, y despierte la compasión de

los transeúntes. En esta sombra se está martirizando las horas de una criatura. Y pienso que en otras sombras de otras calles sucederá lo mismo. Hace falta ver por qué lloran esos niños cuando pasa la gente, y por qué dejan de llorar cuando no pasa nadie... Y por qué están siempre escondidas esas manos...

Yo no sé si esto que he contado tiene la importancia que puede caber en la pluma estilográfica de un juez o del secretario de Protección a la Infancia...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 29-III-1936.

### 536.—ESBOZOS. LOS TRES VENDAVALES

*Hay que hacer cuanto sea posible por hacer agradable la vida del labrador.*—El ministro de Agricultura.

¡Si lo que se ha hecho es nada más que espantar a la gente! ¡Si nada más que hemos sembrado estímulo de aborrecimientos al terreno, a la costumbre, a la labor, por tropiezo constante del esfuerzo con la esterilidad! Y así, la ciudad se va llenando de consecuencias de esos aborrecimientos del campo, de malquerencias al vegetal, al monte, a las herramientas que trabajan tierra. El descontento del labrador, más que enervamiento de la vocación, es despego natural a lo que se muestra desdeñoso, hostil, yermo de recompensa con su desvelo, con la esperanza y el amor que se pone en la cosa que se aprecia. No es ambición de aglomeramiento de muchos bienes; es sencillamente instinto de vida, ansia de equilibrio entre lo que entregamos y lo que recibimos, entre el esfuerzo y el fruto. La vocación permanece, se ha hecho sentimiento, es algo así —materializando el espíritu en la imagen— como la parte esencial de un apero, como el pino en el rastrillo y la reja en el arado. Pero llega un instante en que a ese sentimiento le va escondiendo, no matando, otro sentimiento amasado con jugo amargo de contrariedad impertinente, con certezas malas, contrarias a lo que esperamos, con contemplación de cosas que no dan lo que necesitan nuestras urgencias fundamentales. Y entoces, lo mismo el labrador, artista de suelo, que otro hombre cualquiera, por apremio de la vida, por necesidad, por fracaso de su devoción, no por flojera de su voluntad ni por travesura de su egoísmo, es



lógico que interrumpa un trajín tan estéril, tan tacaño de bienes, tan barroqueño ante el esmero, el sudor, lo exaltado de la fuerza del brazo o de la fuerza de la inteligencia.

Este es el caso del labrador. Nadie que esté a gusto en su ambiente nativo, a no ser el egoísta con exceso, el anormal por achaque de quijotería en eso de la creencia en ínsulas legendarias; nadie que no rompa en vano su entusiasmo o su brío; nadie que no haya sufrido mucho por desdén de la suerte, que a veces es hechicera que todo lo convierte en bien y a veces es bruja que todo lo convierte en mal, siente deseo de ir tras lo indeciso, tras lo ignorado, lo envuelto en la neblina de la aventura. Y mucho menos el hombre del campo, que tiene una filosofía sedentaria. Filosofía de gorrión más que de golondrina o de cigüeña.

No es posible poner zanja a lo huidizo cuando los pasos son consecuencia de ruina, de dolor, de cansancio sin fruto, de fracaso que va buscando nuevos sitios donde recomenzar la esperanza y la fe, esos dos aljofies de los que el hombre saca su entusiasmo. Quien no encuentra una media felicidad, un quiñón de felicidad, que es la más a que se puede aspirar en el mundo; quien no encuentra esto allí, en aquel corazón, en lo que sea —espíritu, materia—, no es extraño que peregrine a otro lugar por ver si en él está ese raro bien. Pues si esto sucede con la vida del alma, con lo soterraño de las sensaciones, ¿qué no sucederá con el agobio material, con lo que es esencia de la vida fisiológica, con ese dolor de pensamientos que nos hacen recordar a cada paso la deuda que no se puede pagar, el embargo presentido, la vergüenza del débito, el mal mirar del dueño de todo lo que se cultiva? La infelicidad con bien material es casi felicidad comparado con la infeliz sin esos bienes. Es algo así como un dolor de cabeza comparado con una parálisis que nos deja sin sensibilidad y sin movimiento. Y en el campo está paralizado ese estímulo que nos hace ahondar más la compenetración con el ambiente; ese estímulo que no nos lleva a pensar en otras maneras de vivir, en lejanías que consideramos mejores, en mudanzas de actividades.

Se ha dicho que es la manía del empleo, el concepto de comodidad y de descanso que tienen de la vida en las ciudades, la envidia a los que regresan bien vestidos, ufanos, plagiando gestos y pronunciación. No niego que esto sea así algunas veces. No hay cosa más propicia que la envidia para que los hombres se estrellen en cualquier parte por ser carros y querer convertirse en automóviles. Pero en este caso, más que moscardoneo de la envidia en la entraña, es el gemido de la necesidad. No son curiosidades por lo que hay más allá de los linderos del valle, son imposibilidades de vida entre esos linderos. No es orgullo de querer volver un día y sentir

alrededor unos rumores de alabanza por la suerte. Es humildad fracasada.

De nada vale que la tierra sea fecunda si falta la semilla. La vida de estos hombres le hace pensar a uno en molinos de viento sin aspas o en molinos de agua con el río enjuto. Siempre les falta lo principal. Cuando son niños, si tienen peonza, no tienen cuerda para bailarla. Y cuando son hombres, si tienen carro no tienen yunta, y si tienen yunta no tienen carro. Y así no se puede vivir, donde de nada sirve lo uno sin lo otro. Y no quiero decir nada ahora, porque ya se ha dicho por otros todo lo que hay que decir, de esos tres vendavales, el cacique, el usurero, la aparcería; esos tres vendavales que rutan en los campos, llevándose la casa, la harina, las reses. Y algo más profundo y de más hacienda que esas cosas: la dignidad, el criterio, la voluntad... Y otras cosas, y otras cosas todavía más hondas, de las que no se puede hablar aquí por respeto al lector, a las doncellas, a los niños. Además, el lector ya sabe qué cosas son esas. Los niños y las doncellas cuanto más estén en su limbo, mejor. Demasiado tiempo les queda para conocer los pecados del campo y los pecados de todos los sitios...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 5-IV-1936.

### 537.—ESBOZOS. JESUS Y DON QUIJOTE

Ve uno a Jesús contando la parábola, mejor cantándola, esa hermosa poesía con imágenes de brocales, de lirios, de arenas, de cizaña, de sembradores, de higares secos, después de poner dentro de una flor silvestre las hormigas que le subían por las sandalias, al pie de una colina rubia, sobre la que se estremece el lucero de la tarde. Voz dulce y fina de castidad, voz que parece milagro de hierbas, de fuentes de olivar o de recato muy íntimo de bosque de enebros, de pájaros, de lino, contando o cantando unas cosas nuevas, que parecen aprendidas en otro mundo... En el camino de Jericó a Jerusalén, un hombre fue maltratado por unos ladrones. Pasaron un sacerdote y un levita, sin hacer caso del pobre caminante, acostado en el polvo. En cambio, un gentil de Samaria vendó sus heridas, le puso sobre su cabalgadura y le llevó al mesón más cercano, donde cuidó de él.

—¿Quién de estos tres —pregunta Jesús— te parece que fue el prójimo de aquél que cayó en manos de los ladrones? He aquí un símbolo eterno de la vida: la desgracia; los que hacen la desgracia, los que la aban-

donan y los que la consuelan. Es decir, los que salvan y los que no quieren salvar a nadie. Yo creo que Jesús quiere decir que en el mundo nada más que hay tres tendencias, tres ideas: la que causa el mal, la que le cura y la que le abandona. Mi prójimo no es el que me hiere, ni el que huye de mi lamento con prisa de miedo o de egoísmo, de miedo a que le hieran a él, a que les desponjen. O porque teme llegar tarde a su negocio, a la *fiesta*, al placer. Más prójimo es la yunta que ayuda a labrar que el hombre que no nos salva pudiendo salvarnos. Mi prójimo no son todos los hombres, como se enseña y se cree. Mi prójimo es el que se detiene y me venda la tristeza, la injusticia, la amargura, esas heridas que hacen las navajas de la envidia, de la malicia, de la calumnia, de la avaricia, de la falsedad.

Y también quiso decir Jesús que la vida es un corto camino, que a veces parece interminable, de un Jerusalén a un Jericó. Jerusalén es el ruido, la milicia con sus arreos de muerte, el sacerdocio, el vicio, rebullicio de mercaderes, de siervos, de peregrinos que van a divertirse, de peregrinos que van a salvarse, a querer salvarse, ahuyentados de su ambiente por la miseria, por la persecución y a veces también por la avaricia. Jericó está lleno de rosas. Jericó es silencio, campo, labranza, rebullicio tenue de pastores, de fiestas agrestes de patriarcas, mancebos y doncellas. Y en la vida, unos tienen ansias de Jerusalén y otros tienen ansias de Jericó. Es decir, unos buscan el ruido, la aglomeración, el apretujamiento. Y otros buscan el silencio, la sencillez, la paz. Pero en el camino de uno a otro sitio, del retumbo al susurro, cuando va andando uno más tranquilo, con esos pensamientos pacíficos que siempre tienen por madre a la esperanza, con esos pensamientos de bienes deseados, de propósitos, de enmienda de lo desafortunado; cuando no se teme asalto, despojo, maltrato, vienen unos ladrones y nos dejan caídos en el polvo, cerca o lejos de Jerusalén, cerca o lejos de las rosas de Jericó. Pasan sacerdotes y levitas y nos dejan allí desangrándonos, polvorientos, resecos, sin poder levantarnos. A veces pasa un samaritano piadoso y nos venda y nos lleva en su cabalgadura. Pero los samaritanos piadosos pasan pocas veces por este camino de la vida, por el que unos van a la conquista de la paz, y otros en busca de esa guerra eterna de los negocios, de los renombres, de las vanidades.

Siglos después de este pasaje de Jesús, al pie de la colina rubia, en ese otro evangelio de la desventura y del ideal que escribió Cervantes, se repite esta parábola, como si el genio hubiera querido recalcar, para enseñanza y consejo, la filosofía de las palabras nazarenas. ¡Cuántas cosas veo yo en el ingenioso hidalgo, que me hacen recordar los Testamentos, el antiguo y el nuevo! Fue en la primera salida de Don Quijote, cuando se encontró con los mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia. El pobre

caballero andariego se cayó de «Rocinante», que es lo mismo que cuando uno se cae de una ilusión, de una felicidad, de cualquier cosa en la que estamos a gusto. Y llegó el mozo de mulas y la emprendió a palos de lanza rota con el caído y maltrecho caballero, que es lo mismo que cuando nos hace caer la desgracia, el ideal no comprendido, y encima de nuestra pena o de nuestro fracaso, sentimos los palos del desprecio, de la burla, de la injuria, de la risa de la mala gente. Huyeron los mercaderes, como el sacerdote y el levita, y le dejaron molido. Así estaba Don Quijote cuando acertó a pasar el labrador —samaritano cristiano de La Mancha— que venía de llevar una carga de trigo al molino. El cual labrador le levantó del suelo y se le llevó en su jumento.

¿No veis una estrecha analogía entre la parábola de Jesús y el episodio de Don Quijote, que, al fin y al cabo, vinieron al mundo a la misma cosa, a enderezar entuertos, a socorrer, a aliviar, a esparcer justicia; el uno, con su palabra mansa, y el otro, con su lanza? El precedente del Quijote está en Jesús, que también fue un dulce caballero andante, con doce escuderos, a los que ofrecía la ínsula del cielo. En la parábola nazarena es un gentil, un idólatra, el que consuela y salva al caminante. Y en el episodio quijotesco, es un cristiano el que consuela y salva al caballero. Es decir, la bondad, la bondad de dos hombres que tienen idéntica misericordia, idénticos sentimientos, aunque el uno crea en Dios y el otro no crea.\*

No, no es mi prójimo el que dejó abandonado al caminante, el que apaleó a Don Quijote, aunque confiesen en una doctrina que manda auxiliar, compadecer, consolar. Mi prójimo es el samaritano idólatra y el labrador que volvía del molino. Más prójimo del pobre Lázaro fue el can que le lamía las llagas que el rico que le negaba las migas del mantel. El mundo es samaritano o labrador, ladrón o mozo de mulas. Nada más que hay dos sentimientos: lo que hurta y lo que pega, y lo que levanta y cura; lo que huye de la desgracia ajena y lo que se acerca a ella.

El samaritano y el labrador, tan distintos en creencia religiosa, se entendían perfectamente en el ejercicio del remedio de los males humanos. Serían amigos, porque eran buenos, cada uno con su divinidad. Los dos acudirían a levantar al caminante, al caballero, en contra de los ladrones, de los mozos de mulas, aunque uno piense en que hay que convencer al malo con el consejo humilde de Jesús, y el otro crea que hay que dominarle con la lanza de Don Quijote...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 12-IV-1936.

*El patronato de Las Hurdes ha propuesto un importante crédito para mejorar la situación de aquellos pueblos.—Los periódicos.*

¿Verdad que Las Hurdes suenan en el oído español como nombre de tierra de leyenda mala y triste? Tierra cabreriza de aliaga y de peña, en la que los hombres hilan sus inquietudes sin más conceptos de la vida que los que da el instinto animal. Así se ha propagado y así se cree. Instinto de oveja que busca la buena yerba, la sombra, el agua, el refugio; instinto de especie de alimaña inofensiva que se guarece, que procrea, que se gana la vida a su manera, que sufre y goza, también a su manera. Cuando se habla de estos hombres está ausente el sentimiento de lo cercano, de lo geográfico y moral nuestro. Es lo mismo que cuando se alude a una tribu de Borneo, a una familia esquimal, a cualquier raza lejana por distancia de tierra o por distancia de historia. No parece cosa de aquí, de ahora, de cercanía, del mismo mapa etnográfico y espiritual. Concepto extenso y hondo de remotismo por leguas y por costumbre, por lenguaje y por moral. Y, sin embargo, está ahí, cerca, como quien dice, en una revuelta montés del camino de España. Lo que sucede es que el español no conoce lo español. Ni la provincia donde vive, ni siquiera la ciudad en la que desenvuelve su ocio o su labor. Pasar por las calles o por los caminos y no extraviarse en ellos, no es conocer la ciudad ni la comarca. Lo mismo llega el borrico a la puerta del molino y la vaca al umbral del establo. En Santander, por ejemplo, tenemos de los pasiegos una idea completamente errónea, porque no los conocemos en la intimidad de su ambiente, en su costumbre. Idea adquirida a fuerza de anécdotas inventadas y de una literatura mediocre y falsa, que también inventa recelo, avaricia, hebreísmo. Con Las Hurdes sucede lo mismo. Hasta hace unos años no sabíamos ni que existían, como ocurre con esos pueblos, con esos ríos, con esos montes cuyos nombres empezamos a aprender en la geografía universal de los periódicos cuando hay alguna guerra o alguna catástrofe. Y al llegar por referencia ese descubrimiento simple del nombre, nunca falta erudito de afición o escritor viajero que amplíe ese repentino e inesperado saber de que existe tal pueblo en tal sitio, con cosas del paisaje, de la historia, de las costumbres, exagerando muchas veces, por afán de amenidad trágica o pintoresca, lo horrible o alegre de las vidas y del terreno...

Claro que es verdad la tragedia del pobre hurdano domando las esca-



brosidades de su suelo, entre corralillos enanos, penando en una naturaleza hostil a su esfuerzo y a su desvelo. Se ha acertado en lo descriptivo del paisaje, de la vivienda, de ciertos hábitos peculiares arremansados allí con sus conceptos antiguos de lo alegre y de lo severo, de lo perecedero y de lo eterno. Pero al tratar del espíritu, del sentimiento, del carácter, las plumas, más que historia, que es certeza, han hecho leyenda, que es mentira, aunque sea muy bella y tenga una verdad de ingenio, de colorido, de arte. Y es que el costumbrista que no tiene reparo de responsabilidad es el que más abunda en el periódico y en el libro. No le importa la exactitud, la pintura de lo verdadero escueto, lo fiel del relato en avenencia con lo concreto de la observación. Le interesa más la fantasía, la suya y la del lector; la fantasía, lo que más pasma y sorprende a la gente, lo que aviva la curiosidad. Porque sabe que el gusto tiende a lo extraordinario, a lo extraño, por maneras y por naturaleza, rehuyendo lo sencillo, lo simple, lo humilde, que es donde siempre se esconde la poesía y la verdad. Respondiendo a esta inclinación de la mayoría de la gente que llama sencillo a lo vulgar, que se aburre con lo fino cuando contempla arte y no comprende lo excepcional a no ser que tenga aire novelesco de aventura, de misterio o de cuita rara, respondiendo a este gusto, casi todos los escritores que han hablado de los hurdanos, han exagerado la nota de lo espiritual, inventando un tipo arisco, asombradizo, semisalvaje, viviendo en cuevas de breñales, alimentándose de raíces, pastoreando sus cabras enanas, queriendo o temiendo a sus mitos serranos. El hurdano, figura humana con el distintivo del bocio, guardando recelos, albedrío montaraz, conceptos de instinto más que de inteligencia. Algo así como una raza de las más primitivas que hubiera permanecido en un rincón del mundo, ignorante y naturalista, sin más sabiduría que la que da la contemplación del cielo, de las plantas, de los arroyos, del color con que pintan a la tierra las cuatro estaciones. Esta creencia acerca de los hurdanos se ha extendido excesivamente en lo español y fuera de lo español por los pregones de voceros nacionales que fabulean costumbres para divertir a los ingleses, a los yanquis...

Han tenido que venir ingenios extranjeros a expandir la verdad social de lo ibérico, la verdad del alma, como han venido a sacar el mineral y a mover nuestros telares. Y así en esto de Las Hurdes, ha sido Legendre quien con más amor —después de don Miguel de Unamuno— las ha llevado de una a otra linde, desvaneciendo esa leyenda de salvajería. Es verdad eso de la vida misérrima del hurdano macerando su escaso lino, con la hacienda de una vid y de un olivo, quemando el monte para que retoñe el brezo, con sus camas de helecho, arreglando los canalillos por los que viene el agua desde lejos. Pero no es cierto lo de esa miseria del espíritu. El



hurdano, viene a decir Legendre, es afable, inteligente, noble, compasivo. En esto del alma, de la cortesía, de la hospitalidad está en el peldaño más alto de lo civilizado, aunque en las detras y en lo material esté ausente de eso que se llama cultura que muchas veces es lo ineducado, lo grosero vestido de ciencia. Los hurdanos, dice Legendre a Unamuno, son el honor de España. «Y no es paradoja», añade don Miguel. «Han hecho por sí, sin ayuda, aislados, abandonados de la Humanidad y de la Naturaleza, cuanto se puede hacer.» En estas palabras se resume la fuerza espiritual, el carácter, la virtud del hurdano. El hombre que hace cuanto se puede hacer en su ambiente, ya hace bastante. Lo malo es cuando se puede hacer y no se hace o cuando no dejan hacerlo. Y también cuando nos hacen hacer lo que no se debe hacer. Un hurdano pobre, sin medios, en suelo de trochas, oyendo el cantar del grillo blanco escondido en una rendija de la pared, haciendo cuanto se puede hacer, es más civilizado que un hombre cualquiera de la ciudad, con su refinamiento y su biblioteca, oyendo el cantar de la radio y que no hace lo que se puede hacer. Meditad un poco en esto y veréis cómo la salvajería que se achaca a Las Hurdes está más cerca del sitio donde canta la radio que del lugar donde canta el grillo...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 19-IV-1936.

### 539.—ESBOZOS. LOS VALORES DEL ESPIRITU

*El gobierno ha acordado hacer una edición completa de los clásicos españoles para popularizarlos.*

Azorín está contestando a las preguntas de un extranjero que viene a estudiar nuestro país. Es natural que un extranjero se acerque a este hombre afable y recogido, sabedor minucioso y artista de lo viejo y de lo nuevo de Castilla. Azorín dice que los políticos españoles no leen libros de historia. La historia de España es para ellos cosa desconocida. Y el extranjero se sorprende, mira con cierta perplejidad, como si le estuvieran diciendo un gran disparate. No puede creer lo que afirma Azorín. ¿Cómo sin conocer la realidad social se arreglará el político para saber el mayor o menor grado en que en un determinado momento esa realidad puede ser modificada? Azo-

rín mantiene su afirmación. No es hombre débil que amortigüe con eufemismo las más tremendas verdades. La sinceridad es una de las muchas galas que guarda su espíritu. El extranjero sigue preguntando. La tradición literaria es copiosa y rica en España. La literatura española ha influido en ciertos momentos en algunas naciones europeas. Los valores literarios españoles deben ser valores corrientes, estimados, cotizables en todos los países de lengua española. Teniendo en cuenta estas cosas, habrá algún manual de historia literaria... Azorín interrumpe al extranjero. No, no hay ningún manual de la literatura española completo, exacto, transparente. Hay algunos, extranjeros. Pero no existe ninguno hecho por españoles, sentido con sensibilidad española...

El visitante vuelve a mostrarse extrañado. Le cuesta mucho trabajo creer lo que dice Azorín. En su país abundan esos manuales. En su país la literatura interesa a todo el mundo... Y Azorín, clásico de ahora, clásico de infinita fineza espiritual, con un estilo que tiene la gracia y la suavidad mediterránea y el matiz y el sayal de Castilla, continúa hablando afablemente. ¡Cuánto ha meditado este hombre en los caminos resecos de La Mancha, siguiendo la bella aventura literaria por los caminos de don Quijote! ¡Cuánto ha meditado frente al mar latino, cerca de las torrenteras rojizas de su tierra...; tierra de olivares, de collados que se tintan de rosa al atardecer, de pinos que cantan con suave rumor, de torreones morunos! Ahora le interrumpe el extranjero para decirle que es verdad que en un país lo primero es el conocimiento de los grandes valores espirituales. El conocimiento y el amor. No hay en la gobernación de un país nada que pueda ser antepuesto a la realidad espiritual. Riquezas, adelantamientos materiales, mejoras de orden práctico y económico, todo eso es importante, considerable. Pero limitada la política de un país a los progresos de la materia, colocados esos progresos en primer plano, con caminos magníficos y profusos, con puertos soberbios, con cultivos agrarios admirables, se irá, fatalmente, a la más horrenda barbarie. El goce instantáneo y brutal sustituirá a la delicadeza y a la perfección interior. La riqueza individual, y no la virtud, será la medida suprema del mérito de la persona. Un multimillonario valdrá más que un Vicente de Paúl o que un Francisco Giner. La meditación ante el destino humano será una inmensa locura. El pensamiento mismo llegará a ser abolido por el placer bestial...

Azorín escucha atentamente. Otra de las galas más bellas de su ingenio es la atención. Escuchando y mirando atentamente ha llegado a comprender el suelo, el cielo, el alma de Castilla. Y está de acuerdo con el extranjero. Dice que España no ha llegado todavía ahí. Pero la industrialización del mundo nos lleva por ese camino. Y en España el desdén por

nuestra tradición espiritual, el desvío de nuestra historia, el desvío por todo lo que significa inteligencia, harán que los españoles caminemos más rápidamente que nadie, más inconscientemente que nadie hacia ese ideal de barbarie. En España, por ejemplo, sigue diciendo Azorín, con su estilo rápido lleno de jugo de alma, no amamos a los clásicos; no los leemos, no los estudiamos ni en la escuela, ni en el Instituto, ni en la Universidad. Nuestra consigna es no tocar los clásicos; nos escandalizamos cuando alguien, con espíritu un poco libre, los examina; nos resistimos a que sean interpretados... Y ahí se están los pobres, pacientes, resignados, esperando que se acabe el estúpido prejuicio que tanto daño les hace. Y aquí estamos nosotros, periodistas, poetas, oradores, sin poder aprovechar la riquísima experiencia que ellos nos ofrecerían, y escribiendo y hablando de una manera vaga, chabacana y descolorida.

El extranjero aumenta su extrañeza. En su país los clásicos son populares. Abundan las ediciones baratas, claras, sencillas. El trato con los clásicos empieza en la escuela... Azorín no muestra extrañeza por estas cosas que dice el extranjero, porque ya las conoce. Y después de un breve silencio, sigue hablando sencillamente, a lo hidalgo y poeta viejo que ha llegado a la sencillez después de escribir y de meditar mucho, lavando su ánimo en paisaje y en lectura, contemplando rostros, rosas, alcaceles humildes, claustros. Falta en nuestra enseñanza —dice— una base de humanidades y de estudio detenido de los clásicos. Y hace falta ir esparciendo poco a poco el amor, la simpatía, el culto a los grandes artistas. Tanto han hecho por la patria —tanto, por lo menos— los poetas y literatos como los guerreros. Y si hay Sociedades —protegidas, además, por el Estado— en que se fomenta la destreza de las armas, con la misma razón, por lo menos, debe haberlas para el fomento y corroboración de lo que constituye uno de los más poderosos factores en la formación de las nacionalidades: el arte, la literatura, el espíritu, en suma...

Salta la conversación a otros parajes amenos, de los que Azorín va sacando historia, poesía, carácter. Su amor a las cosas humildes, a lo que parece insignificante y encierra un mundo de energía, de pensamiento, de virtud. Toda su vida se la ha pasado así, compenetrando entrañablemente con lo humilde, que es la suprema categoría de lo espiritual. No se puede ser poeta sin amar a lo sencillo. El alma de Azorín está saturada de simpatía por las cosas sencillas. No es más robusto el que se alimenta con aves y vinos viejos que el que se mantiene con centeno y con el agua que brota en los campos. En el arte sucede lo mismo. No es más universal el que habla de un rascacielos, de un viaje en avión, de un crucero por mares lejanos, de estatuas griegas, que el que habla de una choza, de un

paseo de aldea a aldea, de la barca que atraviesa un río estrecho, de la cara de vaca que pinta un niño rural en una pared...

Cuando se marcha el extranjero, Azorín sigue escribiendo: Un bello libro se compone nada más que de dos colores: blancos y negros. La belleza de un libro estriba en la armonía de los blancos y los negros; es decir, del papel y de los caracteres tipográficos. Con tipos y papel basta para hacer un libro magnífico...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 26-IV-1936.

#### 540.—ESBOZOS. ELOGIO DEL HOMBRE JUSTO

Justo y puro. En estas palabras de las multitudes egipcias, llorando la muerte del rey Fuad, compendio yo el mejor recuerdo que se puede dejar en el mundo. No hay huella más firme ni más recta. La mejor biografía de reyes, de artesanos, de simples unidades laboriosas del concierto humano arreglando calles, recogiendo redes, escribiendo versos o partiendo piedra, es la que deja una intensa huella de justicia y de pureza. Ser justo es la más alta categoría de lo espiritual, porque esta rara virtud es como remanso al que van a parar los arroyos de otras virtudes. Y ser puro de pensamiento y de ejercicio es vivir siempre asido a la mano de Dios, es sentir en lo entrañado esa fragancia casi divina que se desprende de la buena intención, de la humildad, de lo apacible del ánimo, de esas fuerzas interiores que saben detener rebeldías y caprichos de pasión, desacato de la materia al alma, del mal instinto a la conciencia, de lo que quiere el deseo a lo que prohíbe el espíritu. Si alguna vanidad es buena, es la del hombre que busca fama, elogio, recompensa moral en el ejercicio de la justicia, o la del que se asenderea —quijotesco o franciscano— en la pelea por la victoria de lo justo. Toda vanidad sin jactancia, silenciosa, que nace de la práctica de una virtud que redunde en beneficio y aplacamiento de los semejantes, es una santa, una gloriosa vanidad. ¡Qué bien que muchos hombres fueran vanidosos de su parquedad por el bien de los demás, de su templanza, de su buen propósito! La vanidad de no haber engañado nunca, la vanidad de no mentir, de no burlarse de nada, de compadecerse de todo lo que merece compasión, de remediar lo que se puede... No esas otras vanidades, tan frecuentes, del talento, de haber conquistado la riqueza, de ser el primero o de los prime-

ros en un ejercicio de fuerza o de destreza, de habilidad, de elocuencia, de arte, de continente, de valor. Sería una simpleza ponerse a explicar con lírica o con filosofía la tremenda diferencia que existe, por ejemplo, entre la vanidad de una mujer por bella y la vanidad de una mujer por virtuosa, entre la vanidad de uno que ha vencido en la guerra, matando o mandando matar, y la de otro que ha vencido males del mundo, sinrazones, artimañas de lo falso, de lo malvado, de lo neblí y engañoso.

Por esto, deteniéndose a considerar el buen egoísmo de adquirir renombre por la mera práctica del bien, o el mal egoísmo de conquistar fama únicamente por nuestro provecho y no para ventaja y consuelo de los demás, se saca la consecuencia de que las vanidades son buenas o malas como los productos materiales; humanitarias o ególatras, sencillas o ampulosas, recogidas o bullangueras; honestas o descaradas. La mayor alabanza que debiera apetecer el hombre cuando ya no la oye, cuando ya se está volviendo tierra, cuando ya no le sirve para nada su dinero, su inteligencia, su fuerza, es esa tan escueta y tan de sentimiento que dedican a su rey muerto las multitudes egipcias, y que recuerda lenguaje de biblia, de patriarcas, en las eras, en las cisternas, en las orillas de los lagos del Oriente. Y así pensando, se vuelve a la conclusión sencilla, a lo que se ha dicho muchas veces y se dirá otras tantas de la misma manera, porque no puede decirse mejor: de nada vale que digan que mi inteligencia era clara, que conocí muchos libros, que hice estatuas, que escribí versos, que inventé fórmulas y mecanismos, que atravesé el cielo de un mar ancho, de un continente a otro, en lo que va un caminante de una a otra ciudad cercana; que fui campeón de cualquier cosa, que tuve ingenio en la técnica de mi oficio; de casi nada vale esto para el recuerdo que dejo en el mundo, si después de estos elogios a mi cerebro, a mi arte, a mi valentía, se recuerda mi avaricia, mi orgullo, las lágrimas que hice derramar por mi injusticia, las torpezas, los agravios, las insolencias, la falsedad, todo lo que contribuye a la desgracia, a la humillación, al desconsuelo, a la desesperanza y a la tristeza del prójimo. Justo y puro, palabras breves que encierran una doctrina inmensa; palabras que son por sí solas un prodigioso verso de afabilidad, un resumen de poesía de entraña. Justo y puro, consonantes de la rima de la perfección, consonantes de la rima de la bondad, tan espontánea y tan dulce, tan armoniosa y tan sonora cuando imprime sus azules, sus viñetas, en el inmenso libro del mundo donde todos los hombres escriben su himno de triunfo o su drama. Bello lema para una comunidad de almas sencillas, místicas de la paz y de la concordia terrenal, capaces de simbolizar en esas palabras sus propias acciones.

Cuando yo desaparezca —decía el dulce Bunin—, más grato será a mi espíritu lo que digan los hombres de mi pueblo de la voluntad que puse

en el remedio de sus males, que lo que digan los periódicos de mi poesía, de los paisajes que pinté, de la calidad de mi obra literaria, sin que esto quiera decir que yo menosprecie las páginas que escribieron mi vocación y mi gran amor a la naturaleza y a las almas de los campos. Leyendo estas confesiones de Bunin, piensa uno en que ser sabio de letras o de experiencia mal empleada y no ser justo es casi no ser nada, es ser árbol gigantesco, pero seco; o río grande, ancho, pero de aguas turbias, inservibles, color de barro. Vale más ser fuente pequeñita, de agua pura, de agua fina y transparente, cuyo rumor es un convite y un consuelo. Un azacán justo y puro haciendo justicia en su ambiente es más útil que un estudioso haciendo sinrazón en el suyo. Me interesa más un ignorante con instinto y escrúpulo de justicia que un hombre culto sin ese sentimiento, dando a la palabra cultura el sólo significado vulgar y arbitrario de saber. El ideal de hombre perfecto, más que en eso de lo libresco y de la cultura —tal como se entiende la cultura— está en la justicia y en la pureza, las dos grandes enciclopedias de la sabiduría del espíritu, cultura inmensa del sentimiento, más eficaz para el mundo que el tener la cabeza llena y el corazón vacío...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 10-V-1936.

#### 541.—ESBOZOS. LOS MALOS SENTIMIENTOS

*El jardín que la maestra de Hoz de Anero hizo frente a su escuela, ha sido destruido.*—Los periódicos.

A esa pobre maestra de niñas, de Hoz de Anero, la han destrozado una gran ilusión. Sabe Dios de qué otras desilusiones, de qué experiencias amargas, nació esa ilusión esparcida como rocío de alma en las flores del jardín de su escuela, dentro de ese otro jardín del valle. Porque los jardines de las casas del valle son como ilustraciones guapas, bien pintadas, de un libro ameno y hermoso. Algo así como viñetas de un largo verso de Virgilio o de nuestro Gabriel Miró, jardinero literario del oriente español. De la muerte de muchas cosas que la navaja del tiempo desgarró dentro de nosotros, en ese mundillo oculto en que viven los gusanos y las águilas, los buhos y los ruiseñores de los sentimientos, nacen otros deseos que recomienzan frenesí, entusias-



mo, fe, las tres hojitas del trébol glorioso del espíritu. Así esta pobre maestra de escuela, tan rica en poesía natural y en afluentes de sensaciones de niñas que van a parar a su remanso, vería en ese pedacito de tierra florecida un bendito recuperarse de esos bienes que nos roba el mundo. ¡Con lo bien que se entrega uno al buen deleite que nace, después de haber llorado por los otros deleites perdidos! La vida nada más que es un lance entre los que cultivan jardines de cualquier cosa —amor, arte, piedad— y los que los destrozan. Venimos siempre a parar a lo mismo; el sembrador y el vendaval; algo así como una disputa inacabable entre un dios del bosque, de la labranza, de la arquitectura, y otro dios de la centella, del huracán, del granizo. Unos piensan en regalar un consuelo y otros en la manera de hacer un agravio. Unos en hacer camino y otros en cerrarle. Es lo eternal de la condición humana haciendo de aire, de lluvia y de sol o de incendio, de riada y de sequía, fertilizando o devastando almas. No es extraño, pues, que a esta maestra de aldea, cultivadora, dulcemente obstinada, de flores vegetales y de flores de espíritus aún llenos de gracia, haya sentido ese viento malo derrumbando una parte de su cultivo. Porque el mal siempre está alerta, siempre está caminando de una parte a otra, peregrino de un Compostera donde estuviera enterrado Caín o de una Meca con el sepulcro de un diablo.

Unas veces tropieza con un árbol, con un huerto, con una casa, con una esperanza, con un bondadoso y humilde deseo. Y al tropezar, hace caer a estas cosas. Y sigue su camino de peregrino de las malicias, ocultando la risa entre sus barbas de profeta del dolor y de la angustia. Otras veces tropieza con un hombre, con una doncella, con un niño. Y también les hace caer repentinamente, cuando más tranquilos estaban con sus ensueños y sus horas pacíficas. El mal es un siervo de la muerte. Cada tropiezo es una congoja, un crujimiento de cosas que se rompen, un desplomarse del cuerpo o de la ilusión, un chasquido de pensamientos dulces que se quiebran. Ahora ha tropezado con un pequeño jardín del campo, en ese otro jardín del valle, con paredes de montañas que también suelen ser jardines pintados en la primavera, cuando ya se barrunta a la tórtola y vuelan más contentas las palomas zuranas... Otro día tropezará con un río y destruirá la pesca. O con el sembrado de un pobre hombre, porque va a misa o porque no va a misa. O con un cristo de madera, un cristo viejo y polvoriento en el humilladero de una orilla linder a un camino de mies. O con unas ovejas en una cuesta verde. En su camino infinito encuentra muchas cosas en que tropezar: estatuas, espigas, inocencias, árboles, silos, ropas tendidas al sol, ventanas. Y en todos estos encuentros, sus diez dedos son como diez puñales, como diez dentaduras de lobo, como diez víboras, como diez picos de cuervo, el mal peregrino del cielo manchando azul. Es el mito convertido en hombre.

O mejor, el hombre haciendo cosas de mito, por lo inconcebibles y lo bárbaras...

Ese humilde jardín escolar, además de una sentimental significación poética, de color y de perfume, tiene para mí una honda significación humana. Instintos que destrozan naturaleza e instintos que destrozan corazones. Yo uno estas dos malas complacencias y las resumo en un solo mecanismo que va en contra de lo bello y de lo bueno, de lo artístico y de lo inofensivo. No hay ninguna doctrina que oriente hacia esa preocupación por romper arte, naturaleza, consecuencias de bondad creyente o de bondad incrédula. Por lo tanto, no es cosa de tendencias en pugna, de grupo contra grupo. Es el no comprender o la simple maldad; es el hombre vengativo, envidioso, grosero. O el hombre ignorante, que no entiende, que no le han enseñado a entender, que cree que tiene que ser así como se arregle el mundo para que impere la justicia. El hombre no se ha detenido a pensar que por caminos de la injusticia no es posible llegar a ese imperio de lo justo. Y el que tiene de la justicia sólo un concepto de bienestar propio, de crecimiento de sus ventajas. Es justo todo lo que a él le beneficia exclusivamente, el saciamiento de su apetito, de su ambición o de su rabia. Y esto es tan insensato como querer llegar a la preponderancia de la bondad a fuerza de sembrar maldades. No es cosa de política la destrucción de ese jardín aldeano; no es cosa de idea social revestida de camisa de cualquier color. Es cosa de mala idea particular de hombres, como el que roba, el que calumnia, el que engaña o pervierte... Es eso, nada más que eso: el mal, viajante de iras, peregrino de crueldad, que unas veces va vestido de caballero rico o de caballero pobre. Y otras veces de jornalero, de rentista, de cualquier cosa...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 17-V-1936.

## 542.—ESBOZOS. EL HOMBRE Y LA NATURALEZA

*En Munich ha muerto el filósofo alemán Oswald Spengler.*

Spengler es casi desconocido en España, donde la filosofía se desdenna, como otras muchas cosas que sutilizan y corrigen entendimiento y costumbre. En estos tiempos tiene más atractivos lo anecdótico que lo experimental por apego a la historia y a la ética. Y también a la poesía, que es mayo peren-

ne de la cultura. ¡Con qué ojos de zahorí de causas y de consecuencias, de lo psicológico y de lo natural, escudriñó el filósofo alemán en el alma de la historia! No recuerdo quién le llamó intérprete infalible e inefable de los siglos muertos, de los matices y de las profundidades históricas, de las técnicas en su relación con el progreso. Spengler tenía la constante preocupación del hombre y de la Naturaleza. Su obra es una armonía de sensaciones, de interpretaciones morales, de filosofía del sino, del florecimiento y de los otoños de las culturas. Y también de lo «divino influyendo en lo viviente, no en lo muerto; lo divino, que está en lo que deviene y se transforma, no en lo ya producido y petrificado». El hombre y la Naturaleza, como las dos superficies esenciales de sus largos paseos lentos de pensador y de poeta, algo así como el aire y el sol de su espíritu, la posada acogedora de su pensamiento y de su sentimiento. En nuestra civilización dramática, la filosofía de Spengler es un aviso, también dramático para el hombre conservador, de que las grandes creaciones y formas de la religión, del arte, de la política, de la sociedad, de la economía, de la ciencia, en todas las culturas, nacen, llegan a la plenitud y se extinguen en épocas correspondientes. Es el sino imperturbable del mundo que vive de remudanzas buenas o malas, de muerte y de nacimiento de conceptos, de cambios periódicos en las múltiples formas de la alegría, de las inclinaciones, de lo artístico y de lo moral.

Pero la preocupación más obstinada y profunda de este filósofo es el apartamiento del hombre de la Naturaleza. Otros filósofos modernos tienen la inquietud de las pasiones, de la decrepitud o de la lozanía de los instintos, de lo religioso o de lo negativo, de lo religioso en su contacto con la muchedumbre. Spengler zahonda en ese desvío del hombre con relación a la Naturaleza. En casi toda su obra se refleja esta inquietud. El hombre contemporáneo —dice— se ha desprendido de la Naturaleza, y a cada nueva creación aléjase más, y cada vez es más hostil, más enemigo. Esta es su historia universal, la historia de una disensión fatal que progresa entre el mundo humano y el Universo; es la historia de un rebelde que desprendido del claustro materno alza la mano contra su propia madre. La tragedia del hombre comienza, pues la Naturaleza es más fuerte. El hombre sigue dependiendo de ella. Todas las grandes culturas son otras tantas derrotas. Razas enteras, interiormente deshechas, quebrantadas, permanecen en una condenación de infecundidad, en la ruina espiritual, abandonadas en la arena. La lucha contra la Naturaleza es una lucha sin esperanza. Y, sin embargo, el hombre la lleva hasta el final.

El motivo de esta honda preocupación de Spengler es el achaque de mayor cuantía de nuestro siglo, con su civilización belicosa y dramática. En este mal se acunan todas las plagas que le angustian y entenebrece.

Ir en contra de la Naturaleza es sencillamente —sin meterme en devaneos de historia y de costumbres modernas— destruir mundo, creyendo que así le restauramos haciéndole más fuerte, más sutil y más sabio. Es creer que seguimos el camino de una victoria y al final nos encontramos con una gran derrota. En el campo es donde yo observo mejor el fracaso de esta lucha insensata, la manía del hombre de no hacer caso del ritmo de lo natural, que es lo infalible y lo eterno. La gente campesina, hechizada por el brujo nuevo del mecanismo y de la industria, se ha ido apartando de las actividades naturales del ambiente y del terreno, en no poca geografía de aquí y de más allá. Quieren adaptar medios de vida en contraposición con las posibilidades etnográficas, con la naturaleza del clima, del suelo y hasta con la cualidad racial, que es herencia desperdigada en el carácter, en los modos, en las actividades, aunque nos empeñemos en despreciarla por vanidad y deseo de lo nuevo. Siempre vencerá la Naturaleza, que es la que da la verdadera adaptación. Y tendremos que volver a lo peculiar y normal de los ambientes que queremos modificar engañados por la mentira de otras prosperidades y de otras economías. En sentido poético, ir contra la Naturaleza es romper paisaje, talar, no aprovechar bien su inacabable vitalidad. Pero esto es baladí para la mirada de Spengler, más aferrado al corazón que al adorno exterior, más compenetrado con lo íntimo del mundo que con su vestidura, aun siendo tan hermosa y tan esencial. En lo humano, ir contra la Naturaleza es cosa de más trascendencia, más decisiva en el andar del mundo.

Limitándome a las causas vulgares, diarias, pienso que ir contra la Naturaleza es, por ejemplo, querer ser lo que no se puede ser, por negación de nuestro temperamento o de nuestra inteligencia. O ser lo opuesto a nuestras disposiciones. Es también obstinarse en vivir en un medio que no sentimos o seguir una desenvoltura por afán de provecho, no por sentimiento, por fe, por amor. Hay muchas maneras de ir contra la Naturaleza. Se va en contra de ella por vanidad, por egoísmo, por hipocresía, por error que brota del aturdimiento, por ese frenesí tan vulgar de querer imitar los éxitos para cuya conquista no valemos. Por todos los motivos que nos empujan a querer ser envidiados, sin pensar en que vamos a ser manteados por la burla al fracaso, que es el más terrible y el menos quijotesco de los manteamientos. Lo natural es exaltar una ambición sensata, posible, analizada en la conciencia aireada por nuestro amor, por la alianza del alma y del cerebro, por el dote de nuestras facultades, no por el egoísmo, por la soberbia loca de pasar la linde a que llegaron otros, por pensamiento de ser casi divinizados o por simple ansia de vivir bien, en descanso, en refocilamiento.

A cada paso se encuentra uno con gente que va en contra de la Naturaleza. El estudiante que no vale para estudiar, el sacerdote que no vale para la humildad y la pobreza, el hombre que quiere ser artista careciendo de la adecuada sensibilidad, el que quiere ser maestro sin sentir la prodigiosa poesía que fluye del alma, de las palabras y de las impaciencias de los niños. Unos por necesidad y otros por vanidad. No faltan los que quieren ser águilas siendo gorriones, ni los que se empeñan en volverse locos con los números pudiendo ser primates de ingenio en las letras, ni los que pretenden ser poetas poseyendo magníficas condiciones para mercaderes o trajinantes. Todo esto es ir en contra de la Naturaleza...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 24-V-1936.

#### 543.—ESBOZOS. LAS MADRES DOLOROSAS

*Se ha celebrado el día de la madre, en algunas ciudades españolas.*

Esta mujer sencilla ha sentido en lo hondo el fracaso de todas las cosas buenas del hogar... Y casi al comienzo, cuando las ilusiones no han perdido todavía la flor. El tópico del desmantelamiento, tan vulgarizado en la literatura cuando se quiere dar a entender que todo se lo llevó la mala suerte, por desgracia repentina o por vicio reanudado, como una faena, todos los días, tiene en esta casa su más intensa acepción. Basta con mirar furtivamente las paredes. Su vida —la de esta mujer joven que ha hecho del suspiro el ritmo de su seno— va siendo una continuada preocupación en soledad y tristeza, desde aquel día en que vio morir al esposo o se enteró de que había muerto en cualquiera de los sitios donde caen los hombres dramáticamente, por cualquier causa. Desde entonces esta pobre mujer siente todos los días el punzor de aquel momento, esa inquietud triste que nos deja una gran desilusión, un tremendo desengaño, la ausencia definitiva de un bien. Hay golpes de vida cuyo retumbo le estamos oyendo siempre, adentro, como rumor de mar en caracola; que nos deja hasta la hora de la muerte el chasquido inicial, la visión de aquella ruina de espíritu o de fortuna, el sentimiento de la felicidad que se va y del dolor que viene.

Así, esta pobre mujer, nazarena de zozobra, en cuanto se puso el luto

fue como si hubiera cargado con el peso de una penitencia, como una condena inacabable, con un distintivo de desgracia y de fatiga moral. Después vinieron los días de serenidad, como cuando se amansa el viento y las hojas se quedan quietas, descansando. En torno suyo, los hijos eran recuerdos y esperanzas. Todas sus sensaciones se reconcentraban en aquellos semblantes puros que pronto empezaría a manchar el mundo con lágrimas y tristeza, el mundo, ese artista a veces bueno, a veces malo, que de una expresión alegre hace una expresión amarga, y de una expresión taciturna, una expresión optimista; de un candor, una malicia; de un ceño, un contentamiento; de una melancolía, un gesto de materia saciada. Poco a poco se fue iluminando su alma con las candelas de esos pensamientos que nos salvan. Después de las grandes conmociones espirituales, después de esas aflicciones que creemos eternas, siempre nace un buen pensamiento, que nos salva, un nuevo encenderse de la pasión, del amor, del afán. Unas veces es un viejo deseo olvidado que renace, un entretenimiento, el despertar del espíritu a gustos antes inéditos en nuestra costumbre. Otras veces es la sorpresa de cualquier cosa que nos invita a purificar el alma o a embelesarla con nuevas ilusiones.

El buen pensamiento que salva a esta mujer dolorida, aún con el estuor de lo trágico en sus ojos, es el que sale de la realidad inocente de sus hijos. Toda la mente se va llenando de dulce plenitud de responsabilidad, de ansia de vida y de fortaleza. Y así inicia la lucha con el mundo, tan impasible para la viuda y el huérfano. No hay estampa social más triste que una madre que tiene que pecar, perdiéndose, para que vivan sus hijos, y que una pobre mujer sola, pensando en la manera de no amargar las horas de sus hijos por hambre y por angustia. Revoltijo de propósitos mezclados con inquietud, con miedo, con desconfianza. Amanece todos los días con un afán y una incertidumbre febril. Y anochece con el miedo al otro día, a lo futuro cercano. Siempre con la pesadilla de cómo será el otro día, de dónde saldrá el sustento, de cómo arreglar aquel desgarró económico. Una pobre mujer así, con constante miedo al mundo, por malo, justifica los malos pensamientos que a veces nos tientan a ser malos también, por defendernos, por no perecer, porque no se burlen. Y no sólo es lucha contra las dificultades, contra las negativas, en plena desorientación de actividad. Es también lucha de virtud contra el soborno de quienes se aprovechan de la miseria para proponer desvergüenzas, que es la insinuación más infame, más que ser traidor u homicida. Peligro de hombres bien vestidos que persiguen, y tientan por su riqueza, que empiezan fingiendo lástima, deseo de remediar, filantropía por caridad, no desprendimiento por inconfesable intención. Y después se cae el fingimiento y aparece la verdad torpe, la pretensión, las malas



palabras que dejan anonadada a la pobre mujer virtuosa, temblando entre la gratitud por lo de antes y la repugnancia por lo de ahora. Hay muchos caballeros así, que empiezan a favorecer bondadosos, afables y hasta humildes, y después quieren exprimir el agradecimiento torpemente.

Por todos estos peligros y otros muchos tiene que pasar esta pobre mujer para salvar a sus hijos. Pero ella quiere llegar al final con carga de dolores, no con peso de conciencia. Sigue su afán venciendo asechanzas, decaimientos, tristezas. Es posible que esté deseando ser vieja, porque ser vieja es haber cumplido ya su destino, es no oír lo que no se quiere oír cuando no se ha perdido la idea de maternidad sin tacha. Ser vieja será su consuelo, su liberación. Lo piensa así a su manera y sigue buscando pan, sin más ansia que esa de envejecer para que los hijos ya sean hombres. Pasa el tiempo sin más albricias que las que da la esperanza, no la realidad. El dinero protege a lo que responde a su tintineo con obediencia, con asentimiento, con cierto aire de sonrisas. O a la desgracia que acaba por rendirse. No a la virtud que niega, que sufre amarguras antes de sufrir vergüenza, que huye de ese armadillo de plata, que no es propicia al capricho, al embeleco, a la concesión. Y por eso esta madre, en la que yo compendio a todas las mujeres así, vive en completo abandono del mundo, con sólo su ánimo y sus hijos, sin sentir envidia de las que viven bien en los caminos del mal, con la gala de su conducta por hacienda, mirando sin aire de culpa, que es como tener en los ojos el brillo de dos tesoros...

¿Es lo mismo ser madre feliz, sin agobio, con contentamiento de presencia de esposo, que serlo recordando aquella muerte que la dejó sin amparo, indefensa? ¿Requiere el mismo homenaje la madre que ríe, sin grandes inquietudes, en sosiego, pensando en cosas agradables, que la madre que llora, pensando en cosas muy tristes, sola, pobre, venciendo las tentaciones del mundo, por virtud, por no echar oprobio en la frente de sus hijos?

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 4-VI-1936.

*Se ha cumplido el sexto aniversario de la muerte de Gabriel Miró.*

La poca hondura del conocimiento español acerca de la obra de Gabriel Miró se debe a la mucha profundidad de lo vulgar, a lo soterráneo y reseco de los gustos. En cuanto la prosa se remonta un poco en alas multicolores de imágenes sacadas del polvo, de la flor, del agua huidiza o quieta, de un semblante, de un sembrado, de una fruta, la mayor parte de la gente se queda perpleja y cierra el libro. Porque no sabe comprender a lo que se aparta de los tópicos hechos novela... Y llama tabarras a unas páginas fragantes en las que la naturaleza, calando a una imaginación pura, ha dejado el espíritu de sus pinturas, de su música de hontanares, de gorjeos, de chasquidos, de hojas. Ese espíritu de matiz y de rumor que es como el vestido y el habla de la tierra aún no socavada ni revestida de cemento. Falta el amor, la aventura extraña, la disputa de las grandes pasiones, y es como si el libro hubiera sido escrito en un lenguaje incomprensible, hablando de cosas raras, inventando sustantivos y deformando ambientes y visiones. Y claro, como Gabriel Miró es la sutileza maga cantando romance vivo de paisaje y cantando la música del bosque, de la labranza, la gente acostumbrada al lloriqueo de lo sentimental artificioso, a la música de entrecalles o de café cantante, a los trombones de un dramatismo absurdo o a la picardía en sus más crudas faenas; la gente avezada a prosa de carne y no de espíritu, le rechaza como el que va buscando una taberna y se encuentra con un museo. Y aquí ha salido precisamente, casi sin darme cuenta, la distinción actual de los dos géneros de lectores. Literatura que tiene el humo, el ruido, las palabras, las risotadas, los tacos, los chascarrillos de la taberna, y literatura que tiene la paz, el recato, la diversidad artística del museo con sus caras, sus cielos, sus panoramas de tierra, sus albas; todo lo que es característico del alma, del suelo, del horizonte. El que está acostumbrado a lo tabernesco, a esas lecturas hechas para embriagar malamente, para enardecer mal deseo, no es posible que entienda esa otra literatura que da éxtasis, esa otra embriaguez divina que nos hace más fuertes, más amables, más tolerantes con el yerro y la ofuscación, no más atrevidos, más violentos, más dispuestos a hacer lo que no haríamos sin ese excitante...

La obra de Gabriel Miró es cosa patriarcal por el paisaje y por los hombres, por el rumor y por el silencio. Es como condenación de esa otra literatura de desdoncellez, de celestineo, de detonación, de tipo hombruno de

mujer o de tipo mujeril de hombre, de jolgorio o de puñales, que tanto gusta a mucha gente descarriada por cualquiera de las cosas —desgracia, mala siembra en el alma, perversión— que extravían a los hombres. Y de esa otra literatura que explota, sin sentir las, ciertas ideas colectivas, curiosidades verdes de adolescentes, sucesos de hampa, escaramuzas familiares por celos o por intereses. Cada libro de Gabriel Miró, tan franciscano, tan lleno de amor por suelo hermoso y por cielo bueno de campiña o de marina, es una sala de museo. De museo de su espíritu al encontrarse con otros espíritus, con calinas, con playas, con surcos, con vendimias, con estepas y bosques. En estas salas tan pulcras de blancor, la diversidad de cuadros forman un perfecto conjunto de lo vegetal y de lo humano, porque su labor es, en lo poético, lo que los descubrimientos del naturalista paseando campos. Es herbolario, evangelista y psicólogo. Y más y más. Es, también, tauturgo de mantillos terrenales, del ritmo, del frescor y de la palpación del agua, del vuelo de zoritas y de gavilanes, de los sonidos que salen de los trajines, de los dolores, de las fiestas rurales. Porque el milagro de su arte es la interpretación nueva de la vejez de los campos, de las orillas del mar, de los humildes huertos aldeanos, de la cerámica, de la trompa o de la flauta del viento, de las veredas, de las lombas, de la pobre peña desnuda. Y también de los suspiros, de los melindres de las señoritas aldeanas, del ansia malograda, de la filosofía labradora. Cada página es una sorpresa por encantamiento de colores rayados de pensamientos. Algo así como una ladera —jardín silvestre— con sus caminejos rubios, cenicientos, rojos, que llevan siempre a sitios buenos. O como una mies en la que se cultivara el lino, el centeno, la adelfa, el jazmín, el naranjo, el arrayán. O como un pórtico en el que conversaran de estrellas, de plantas, de fanegas, de pájaros, de sueños, un capellán bueno y viejo, un leñador, un cabrero, un corsario, un peregrino, un hidalgo con mansas manías de antigüor de casta, un anciano que toca el tabalet en las fiestas campestres, una anciana, un niño que juega con su aro de barrica, un pobre artista que ha vuelto de la ciudad con su costal de desilusiones. Todo esto envuelto en rumor de golondrinas, de hojas, de arroyos, de ruedas de labranza, de crugido de tierra que se va poniendo guapa de surcos.

Y según va pasando uno de sala a sala, la otra sorpresa, la del dolor, cosas de lumbre, de tristeza, de ausencias. Lo humano con su ansia o su resignación, lo humano en fiesta o en duelo, errabundo o quieto, queriendo a lo que nos desdeña o desdeñando a lo que nos quiere; los pensamientos de tierra o de oro del hombre, la paciencia, la apacibilidad, lo trágico. No se puede sacar más jugo del alma y de los ambientes, de las consecuencias del fracaso, de la lentitud fecunda y de la prisa estéril. Por todo esto, precisamen-

te, es por lo que se lee tan poco a Gabriel Miró; porque no es vulgar, porque dice las cosas con suprema belleza, porque su arte —idea y habla— no tiene perfume exótico, ojeras de vicio, «snobismo», aventura galante, adulterio, intriga de farsantes o de fanáticos, regustos malos de la carne, odio entre dos pensamientos opuestos, entre dos clases o entre dos técnicas políticas, besos de amantes furtivos, peripecias de novios que terminan en esponsales o de amadores desengañados que acaban en suicidas o en cartujos... Por todo esto, Gabriel Miró, sin vicios, señero, sin gulas, dechado de templanza, tuvo que pedir a su amigo don José Ruiz Castillo doscientas pesetas unas horas antes de expirar. Esta es la última anécdota amarga, desconsoladora, del escritor.

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 7-VI-1936.

#### 545.—ESBOZOS. EJEMPLO DE CONVIVENCIA

*Ayer celebró su reunión anual la hermandad de Campoo y Cabuérniga.*

Mi espíritu está tomando ahora el aire del recuerdo del monte, porque el aire actual de la ciudad le angustia y le reseca. Ya está la cordillera de Sejos florecida de colores silvestres, alegrando las cuestas y los seles. Estos montes que vieron pasar cabalgatas imperiales, contrabandistas, frailes mendicantes, empiezan ahora a cantar la tonada de los días buenos, apacentándose en las coteras y en los bosques. El invierno, aquí, en estos collados y en estos hondones, rebrama sus notas de vientos y celliscas, haciendo temblar de emoción de tormenta a las chozas y a los abedules teñidos de plata. Pero vienen las vísperas del verano, y entonces la canción de las hojas, del agua, del aire, tienen rumores pacíficos que le parecen a uno de rezo de mucha gente escondida, de páginas casi sonoras de misal pasadas de prisa, de arañazos en un pergamino, de hierba seca removida. Las brañas cambian la pelliza blanca por la pelliza verde. Y las chozas se solean, calentándose, para recibir a los pastores...

Todos los años por esta época, cuando la cigüeña vuela en cielo de Polaciones, cuando las lombas se quitan su boina de nieve, se reúne la hermandad pastoril de Campoo y Cabuérniga, que es como concejo anual de tradición, en el que cada hombre muestra la gala clásica de su cortesía,

de su sencillez y de su sabiduría montesina. Yo he presenciado a veces estas pequeñas asambleas labradoras, en las que mis enjalbegados espirituales de ciudad se han ido borrando como malos pensamientos al tratar con hombres justos y apacibles. Estos hombres de Campoo, de Cabuérniga, con apellidos que recuerdan nombres de virreyes, de campos, de árboles, de pueblos; estos hombres placenteros, recios y joviales, que parecen ermitaños antiguos vestidos de labradores, obradores modernos con atavíos sencillos de señores antiguos, le enseñan a uno a discurrir y a discutir pacíficamente. Le enseñan a uno a hablar de cosas importantes en un remanso de palabras que nunca se convierten en rabión encentador y enfadado. Palabras como aguas de caz de molino, fecundas, que dan vueltas a la rueda con ritmo invariable y lento, haciendo harina. Palabras que son lo mismo que pasos de espíritu buscando una paz compatible con la paz de los demás. Palabras justas que no pierden el contacto con la conciencia, con la verdad...

Esta costumbre, que tiene su escanillo en lejanía de historia montañesa, es una lección de fraternidad, del modo de exaltar lo equitativo y lo natural. Entre el paisaje de la aldea, la hermandad de Campoo y Cabuérniga, tan señera, tan sin bullicio y melindre de solemnidad, con su recato de antigüor, es un parlamento de hombres apacibles, que nos dicen cómo se arreglan las cosas sin iras, sin la pesadilla de la represalia, sin miradas de enfado. La razón se abre camino con naturalidad de arroyo, porque todos alimentan el alma con la borona y la leche de la justicia desde que empiezan a jugar a la peonza hasta que empiezan a morir, jugando con los recuerdos y con los nietos. Nada más que la razón, expuesta con palabras parcas, calientes, de entraña buena, aderezando, para convencer, unas imágenes sacadas de la flor, de la herramienta, de los colores y de los rumores del ambiente.

Y así, pacíficamente, lo mismo que en hila invernal oyendo la ronda del viento, lo mismo que reunión de familia cariñosa repartiendo una cosecha, van saliendo los acuerdos, las enmiendas, las innovaciones cautas. Cada frase es un trocito de romance que trasciende a pastoría, a recolección, a cantar de siembra. Y el léxico, en sus encuentros, en sus choques, en su vehemencia, no pierde su bondad atávica, su aire de concordia, su plenitud de cortesía natural, que en estas tierras es pajar que nunca se queda vacío, abarca que nunca se rompe, romero que nunca se seca. Sí, estos hombres le enseñan a uno a meditar conversando de sus cuestiones pastoriles: le enseñan a uno esos modos de asentimiento, o de desacuerdo que nunca pierde el gesto amigable, la afabilidad, la buena mirada, el noble pensamiento. En estos tiempos, en que todo se discute a voces enojadas, riñendo, maltratándose, con ira, con ruido de vendaval, de centella y de guerra, quiero yo dejar escrito que entre las altas cumbres de mi Montaña hay unos

hombres que arreglan sus pleitos en paz, en conversación lenta y familiar, cada cual con su idea, pensando en la justicia de todos, no en el bien particular a cambio del mal de los demás.

Abajo, el mundo es un retrueno de rabia. Aquí arriba, cerca de los mayuetares de Sejos, con sus chozas y sus senderas, estos hombres tocan el rabel de la paz, en su mundo de robles, de fresnos, de jacas vivarachas, de maíz, de mastines, de lombillos estivales, de viejas filosofías campestres, de vaqueros, de vacas tasugas, macarenas, de todas esas cosas que canta muy a menudo don José Antonio Quijano, el pastor con galero, en su majada del «Boletín de la Asociación de Ganaderos», y que yo estoy casi cansado de pedirle, o mejor exigirle, que las recoja en un libro con estilo de hidalgo que cuenta recuerdos, enseñanzas, regustos de contemplaciones y de experiencias... Aquí, cerca de ese concepto de comunismo primitivo que se repite todos los años en el prado del concejo de Tudanca, nadie desprecia a lo que otros sacan del zurrón de su entendimiento. Nadie contesta desabridamente. Todos hacen compatibles la amistad con la significación social. Esta asamblea en sosiego de valle da la pauta, con voz vieja, de lo que tienen que ser las relaciones modernas de los hombres. Después hablan de los perros de cabaña, de las cuevas paceras, de los vaqueros, de las múltiples cosas que constituyen la sustancia, el arte y la filosofía de su vida.

En las callejas suenan buenas mansedumbres de tarugos, de colleras, de llantas...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 14-VI-1936.

#### 546.—ESBOZOS. LA BALALAIKA DE MAXIMO GORKI

Ya está Máximo Gorki en su gran estepa de lo desconocido, después de ser caminante, eremita, vagabundo pensativo, herbolario en las estepas amarillas, en las estepas cenicientas de su país. Gorki, en la literatura universal, es el santón máximo de lo amargo, porque no es lo mismo hablar del mundo desde un escabel de felicidad que desde una piedra de desgracia, al testero de la solanera, a las flechas del frío. Su seudónimo es ya un letrado de su alma, de su pensamiento, del criterio que tiene de lo general del mundo y de lo particular del hombre, de lo rapiñesco y de lo tun-



dido, de lo que huye como agua de río y de lo que permanece como tumba de desierto. Amargo por la visión y amargo por las sensaciones. Y también por la errante experiencia de que va llenando su saco de peregrino al encontrarse con los popes, masculladores de unas letras de piedad falsa, que no consuelan nada; al encontrarse con los mendigos, con los pícaros, con los solitarios, con los héroes, con mujeres que se llaman malva, con mujeres que tienen nombres de pobres yerbas de landa o de cosas yermas de los caminos o de objetos bellos estropeados. Por eso su obra es una inmensa arquitectura en la que el genio —un poco dolorido y cabizbajo, aun en la expresión de alegría— quiso combinar las líneas de la choza, de la cárcel, del cobertizo, de la iglesia, del palacio, de la taberna, porque su observación penetró en todas estas cosas y todas estas cosas nublaron o iluminaron su alma, con palabras, con silencios.

Lo de menos en este escritor andariego y triste, que en cualquier parte encuentra fontaniles de inspiración, es su manera de hacer arte, o mejor dicho el estilo. El estilo en Gorki, aun con ser bello y espontáneo, es cosa secundaria. Los arrebatos de la emoción no dan tiempo al pulimento, a la enmienda de la ensambladura. No creo en los escritores que ponen todo su afán en la frase, como si los pensamientos fueran la rabera en este carro hermoso de la literatura, y no lo principal, la punta, lo que va delante. Un estilista así me da siempre sensación de hombre o de mujer que echan todo su esmero en el vestido, o de moza de cocina que nada más que bruñe las cacerolas por fuera. Y también de libro de cubierta bien pintada, con un contenido insustancial, vulgar, falso por la visión poética o por la filosofía. En Gorki, más que la forma, más que la imagen y el color, resalta el carácter, la verdad del carácter de muchos hombres en ambientes distintos, con manías o costumbres encontradas, en la escala de la malaventura, del error y del vicio, con sus gemidos, sus gritos de fiesta, sus rebeldías y sus momentos pacíficos. El carácter como obsesión de sus pasos errabundos, camino de aldea, camino de ciudad. Y de vez en cuando unas manchas de paisaje para coger huelgo y seguir andando paso a paso de viajero sin prisa que lo mismo le da la ruta de cualquier aire y la orientación de cualquier estrella, porque sabe que por todas las direcciones se llega a donde los hombres disputan, se envanecen, sufren, se envidian, ansían, se resignan o se mueren por no resignarse. Todas las veredas de este hombre amargo conducen a lo amargo. En todos los sitios encuentran los caballeros andantes, antes y después de don Quijote, cuitas que remediar, cabreros a quienes predicar, maeses Nicolás a quienes romper la superchería del retablo, galeotes a quienes salvar, curiosos impertinentes, dueñas doloridas, duques que se ríen del idealismo haciendo clavileños, duquesas que se divierten con escuderos

simples, caballeros discretos y apacibles del verde gabán, curas y bachilleres que queman los libros, amos que apalean entre las carrascas...

En la flecha de cualquier aire encuentra el escritor un buen caminejo que le lleva a lo fecundo por dolor o gracia, a lo peregrino, a lo estancado. Así Máximo Gorki, a la ventura de sus caminatas, con entrañamiento de preocupación humana, sin fijarse en rumbos ni en hitos, andando, andando, fue haciendo su riqueza artística con los cultivos casuales de los pobres por lágrimas, por injusticia, por engaño, por esperanza perdida, por trabajo estéril, como si quisiera recalcar que los pobres son los que hacen la riqueza. A lo que yo añado que la riqueza es la que hace los pobres. Cada página es una consecuencia de realidad, no de invención. Cada libro, no novela, porque no es novelaría la verdad, es un acervo de resaltes de biografías, de cosas vistas, no entrevistas, de recuerdos que palpitan dramáticamente en su memoria, de sabores de cuando niño, de cuando empezó a gustar el amor, de cuando tuvo hambre y sed, de cuando escuchó, vestido con capote de grumete, el órgano terrible del mar, de cuando fue pintor de imágenes, barquero del Volga, guardabosques, herbolario, lego, escribiente en garita zapatera de portal. Diversidad de impresiones, de muchos modos de vida en una sola conciencia. Río largo, ancho, en el que van a parar hontanares, riachuelos angostos, arroyos. Algo así como un clima que tuviera los resoles, las nieves, las hosquedades, las nieblas, las transparencias, las pendientes, los llanos de todos los climas. O como un hombre que hubiera sentido en su cuerpo, en su alma, las malaventuras de todos los hombres, los instintos que mandan robar, perdonar, aguantarse, rebelarse, odiar, querer, sacrificarse. Lo mismo que si hubiera sido juez, reo, amo, siervo, carcelero, cautivo, ciego, lazarillo, terrateniente, aparcero, santo, sacrílego...

Y todo esto en un ventallé o supremo huracán de emoción saliendo de los bosques, de los esteros, de las minas, de los conventos, de los vendavales del alma, de la paz, de los rezos y de las blasfemias, del pecado y de la virtud. La emoción amarga de Gorki, que nos hace estremecer de arrobamientos de esperanza o de sobresaltos de espanto con los oboes, las guitarras, los pianos, los violines de la gran orquesta de su arte de dolor... Su balalaika —sones rusos, tártaros, guirgueses— siempre tocando melodías de sufrimiento, caminos de estepa, caminos de nieve...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 24-VI-1936.

Ese cursillo de técnicas rurales que se está celebrando en Revilla me ha hecho pensar unos ratos en los desdenes de los pueblos campestres por muchas cosas sencillas que podrían ser su alivio, casi su salvación. Sucede como con esos pequeños motivos de la vida que despreciamos sin meditar que en su aparente insignificancia esconden un gran tesoro de felicidad por consuelo o por rectificación de costumbres, de maneras de ver y de comprender. Estos tiempos rurales en muchas leguas septentrionales de lo ibérico se caracterizan por la pereza, por el miedo a salir de las rodadas fijas que siempre van al mismo sitio, por el afán absurdo de mucho fruto con poco sacrificio, por esas ganas de señorfa ocioso que va a los campos a pasear, a tomar el aire, a tumbarse en la umbría escuchando el correr del agua y la flauta de los miruellos. Con la añeja limitación de faenas, gobernadas por una técnica mediocre, la vida, claro está, tiene que tener también limitación de provecho. Así como en la ciudad lo escaso es consecuencia de lo enjuto de muchos manantiales de producción, del enorme desequilibrio entre la obra y los que la quieren hacer, en los campos esa escasez es muchas veces producto natural de abulia, de aferramiento a las tres o cuatro cosas que constituyen toda la actividad. Aquí, por ejemplo, no sabemos salir de los quehaceres que dan las vacas, el maíz, la yerba. Toda la economía se constriñe a las ubres, los terrones, los lombillos. No existen más preocupaciones laboriosas que las que se desprenden, antiguas, insuficientes, de esos tres fontaniles de mantenimiento. El molino anda poco. Andan más los camiones que llevan la leche a las fábricas. La yerba entrando a horcadas por el boquerón del pajar. Alguna legumbre, unas embozadas de nueces, alguna pelleja de cordero.

Y esto no es bastante para que la vida tenga ese entrañado apego al ambiente, que si no es la felicidad, tampoco es la malaventura extremada. No es lo bastante para que los pensamientos nazcan sin bruma y para que cada cual encuentre lo preciso en sus alrededores de valle y de monte, sin deseos de huir, de perderse en calles de ciudad, en aventura de emigración, que casi siempre termina en un regreso de desventura, en el gesto cobarde que da la osadía fracasada, gesto enfermo, amarillo, adolecido, ya nublado todo oriente. El amor a la tierra, más que en lo nativo, más que en el dulce sedimento que dejó lo infantil en nuestro espíritu, más que lo que jala de uno el solar y el paisaje, está en los bienes que encontremos en su suelo, en lo que nos aparta de lo estéril y de lo sombrío de las malas inquietudes. Puede más el apego a lo que hace medrar que a lo que despierta lo sentimental. Siempre una delicia de oro es más decisiva que una delicia de vientos

pairales refrescando la frente del que no tiene ni miga de oro y le sobran los vientos. Pero en este caso el desdén a la tierra no es culpa de la tierra porque sea yerma, reseca, dura, sin lo vital respondiendo al cansancio del cultivo, amablemente. Es culpa del hombre que se adapta míseramente a lo que cuesta poco esfuerzo, porque ya es rutina, herencia de monotonía, algo así como costumbre de marinero que rema o de leñador que se pasa la vida haciendo astillas. Es el hombre, que no aprovecha todos los convites del clima, de los medios naturales, para extender su actividad y dar a su vida más descanso con más trabajo, más elementos económicos con más elementos de labor. Se quiere la abundancia con escasez de sacrificio. Algo así como querer llegar lejos sin andar mucho o como pretender llenar el celemin con lo que no se siembra. Es sencillamente ser siervo de la miseria por no querer ser siervo libre, voluntario, de la abeja, de las cabras, de las plantas, de los árboles, de todas esas cosas para cuyo cultivo sobra el tiempo y el terreno, y que se desdeñan unas veces por ignorancia, otras por pereza, otras por odio a las preocupaciones, otras porque todo se quiere sacar de unas ubres y de unas praderas, otras por mera holganza, por desamaño. No hace muchos años, cuando los muchachos de mi generación nos quedábamos dormidos, viendo dar vueltas a la rueda, se cultivaban multitud de cosas, hoy en olvido, con el veto tonto de antiguallas. ¡Como si fuera una vergüenza el cultivo de los viejos quehaceres que ayudaban a ser menos pobres y más felices! Lo vergonzoso es ser más pobres y más infelices por estúpida vanidad modernista, ser esclavos de imitación de ciudad, de deleites viciosos, de costumbres que no hacen ritmo con el ambiente.

Lo útil es siempre moderno, eterno. Esta decadencia de lo útil antiguo, siempre nuevo, se inició cuando las hijas de los labradores empezaron a imitar a las señoritas, cuando no sabía uno si aquella era la hija del cabrero o la hija del rentista, que había venido de la ciudad a pasar el verano. Y después se acentuó cuando empezó a llamarse «miss» la moza más guapa del pueblo o de la romería. La civilización ha quitado, es verdad, muchas servidumbres; pero ha hecho caer en otras a empujones del desdén, del lujo, de la vagancia, de un egoísmo de comodidad imposible. Así muchos campesinos libres son esclavos de su pereza, de su rutina casi infecunda, de su abandono, casi de su hambre, que es la más terrible de las servidumbres. Esclavitud de pintura en labios de hijos que huyen del campo, de bancos de taberna. Ser esclavos de nuestros cultivos, de nuestras aficiones, de nuestros desvelos, yo creo que es mejor que ser esclavos de un descanso y de una vanidad que producen deudas, vida precaria, miserable. No se puede conseguir una plena libertad si no somos siervos afectuosos de todas las posibilidades de nuestro oficio, de nuestro arte, de nuestra vocación. La libertad

se logra con la esclavitud de nuestro espíritu en un ideal, en un propósito, en unas labores que nos den independencia. Ser labrador no es sólo segar unos prados, sembrar unos granos, llevar la leche a los camiones de las fábricas, vender una novilla, hacer rogativas para que llueva, para que escampe, picar un dalle a la sombra...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 28-VI-1936.

#### 548.—ESBOZOS. EN LA PUERTA CERRADA

Así empezaban casi siempre las novelas de folletín. Un transeunte que va con prisa de amor, o con lentitud también de amor, pero con nublo, con llaga, considerando engaño, desdén, los mil y mil motivos del despreciar. Un farsante que vuelve de su teatro. Un viejo filósofo que se entretiene andando en las sombras. Un joven poeta con querella errante de desdenes de amores imaginarios o ciertos. Y el encuentro, el encuentro con el niño abandonado, con la doncella perseguida, con la madre sin refugio. La alta noche dando vueltas de estrellas, lunera o tenebrosa, las ventanas cerradas, la ciudad, pecando, sufriendo, soñando con lo que se quisiera vivir o con lo que no se quisiera soñar, porque no gustan ni padecer de dormidos los que gozan despiertos. ¡Como si el sufrimiento, aun así, en sueño, no fuera un purgor saludable de almas atiborradas de tanta risa y de tanto festejarse a sí mismas! Desventurados los hombres que nada más que sufren en sueño, porque de ellos no será el reino del consuelo, porque no conocerán lo que es salir muchas veces de un deseo de casi morir para entrar en un deseo de vivir, porque no comprenderán lo sustancial del comprender para que el pobre mundo pueda salvarse: la tristeza, el fracaso, el ansia que se mata en la mitad del camino, la caída desde una estrella de ilusión a la que uno se agarra, camino de cualquier parte por un cielo de frenesí sentimental... Pues en la alta noche, ya cerca de que la tierra empiece a comulgar sol, ya cerca del despertar del que sueña bienes para empezar a vivir recomienzo de desgracia o del que sueña males, y despierta para alegrarse de que todo haya sido sueño, porque su vida es festejo y reteñir de contentamiento; en la alta noche de la ciudad, que es como alba para el segador de los campos, me encuentro yo después del bullicio dominical, con el primer capítulo de una novela de folletín antiguo, al revolver una esquina.



Va uno pensando a sus anchas, sin estorbos, sin visión de caras que nos sonrén, no sé por qué, sin querernos. Va uno pensando sin que se cue-  
len en el ánimo los pregones, las bocinas, las alegrías cantadas de la radio  
que dan la impresión de que el mundo es feliz. Y es lo mismo que esos  
hombres que sienten desgracia, disgustos, asendereamiento de penas, y que,  
sin embargo, cantan, ríen, exclaman regocijos para que no se descubran sus  
duelos, porque saben que lo peor que le puede ocurrir a un hombre es fingir  
que le compadecen los que no es verdad que le compadecen. Por esto me  
explico y alabo yo la mentira de una felicidad guardando el secreto de una  
desdicha. Así, la radio me parece a mí la alegría fingida del mundo tratando  
de ocultar los sobresaltos, las angustias, los recelos, las miserias. En la alta  
noche nada más que se encuentra uno con soledad, que es de donde han  
salido los más grandes pensamientos y donde se pierden también los grandes  
pensamientos de salvación y de consejo. Y se encuentra uno con almas,  
también en desierto, desmanteladas por vicio, por desgracia, por inquietu-  
des que andan buscando en la tiniebla, en vano, el milagro de la luz. Al vol-  
ver la esquina de la calle estrecha, recatada por angostura y por oscuridad,  
y hasta por su traza antigua, el pensamiento se quiebra repentinamente,  
como si tropezara, como si se cayera desde su lucero. ¡Cuántas veces se  
tropiezan y se caen los pensamientos que vamos hilando, egoístas de nues-  
tro sosiego y de nuestra vanidad, al encontrarnos con lo que no queremos  
encontrar, porque lo rehuimos, porque nos molesta su queja, su solicitud,  
su desconsuelo! Huir de la desgracia ajena, de su desesperación, de su grito,  
es la diligencia más diligente del mundo. Se corre para gozar y se va muy  
despacio o no se va, para consolar. Tan despacio, tan despacio, que casi siem-  
pre se llega tarde. Y después hacemos como que lo sentimos. Pero así y  
todo, estas cosas vienen a veces a nosotros, nos ciñen con su palabra, como  
castigo, como tormenta en una fiesta campestre, como una mala noticia  
cuando nos estamos divirtiendo...

En esta esquina una niña, en umbral de piedra. Una niña sentada en  
piedra de puerta cerrada, que es sentir la piedra tal como es de dura y fría,  
compendio de lo estéril, y además sentir también como tacto de piedra en  
la imaginación, en el recuerdo, en lo que se piensa ya vivido, muerto, en lo  
que se piensa para mañana, para después de mañana, para más allá. Piedra,  
piedra y puerta cerrada, Señor, en la alta noche, que significa el fracaso,  
la pena, el no encontrar la angustia del día, pretendiendo descansar si es que  
deja descansar el dolor de verse uno tan solo, entre tantas casas, entre tanto  
mundo, o mejor entre tanta sensación de mundo desvelando memoria, ga-  
nas de olvidar, espíritu. Cuando encontréis a una niña así en el desamparo  
de la calle, temblando de frío, de dentro, aunque seáis huraños os haréis



amables si pensáis en vuestras hijas. No es buen padre el que sólo es bueno para sus hijos. Querer a lo nuestro no tiene importancia, porque es querernos a nosotros mismos. Cada sollozo de esta niña es un estribillo añadido a un triste romance de inocencia. Y mi pensamiento, en estas sombras, pierde su cobija de paz, su sabor de verso manso, y adquiere un sabor de prosa rebelada, algo así como si estuviéramos escuchando la voz pacífica, dulce, de un San Francisco recomendando perdón, paciencia, y de pronto oyéramos una voz más alta, más fuerte, más dramática de enfados y de profecías, voz del Bautista en el mundo que bulle, no en el yermo, anunciando castigo, saetas, rayos de aquí de la tierra, rayos de los que hacen los hombres, que son más terribles que los rayos del cielo. ¡Esta pobre niña flaca, llorando en su noche de piedra, recordando noche de campo, caminos que se aborrecieron y que ahora se desean; recordando parabienes de la suerte soñados y decantados en el pueblo, tan vivaracha, tan engreída inocentemente, con esa fe de ciudad que tantos desengaños pone en las almas campestres!

Ella vino aquí desde su tierra agreste, con esa pobre y humilde ambición de servir a señores, de ser sierva de niños ricos en el paseo, en los jardines, en las playas. Sierva de mañas, de caprichos, de lloros de niños, que aplacamos con visajes alegres, con promesas, con coplas, y que, al fin y al cabo, es la mejor y la más dulce servidumbre. Subió escaleras, de prisa, con esperanza, y las bajó más despacio, por eso de que las cuestras abajo se hacen cuestras arriba cuando esperamos hallar en lo alto la gracia que nos salve y no la encontramos. Y por la noche vino aquí, a esperar al día. Vino aquí, como a esconderse, llena de miedo, como corza extraviada, para llorar un rato en reposo y seguir andando por la noche allá, en la que puede perderse; en la noche que puede abrirla alguna puerta por la que vuelva a salir menos niña...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 5-VII-1936.

*El consejero de cultura de Cataluña tiene el proyecto de hacer una esmerada selección de lecturas infantiles, para premios.—Los periódicos.*

Yo entiendo así la literatura infantil. En la historia, la paz, las costumbres, el arte, las evoluciones de la estética, una tradición de huellas hermosas, que va quedando en la piedra, en la tabla, en todo lo que el hombre ha puesto su ingenio, su devoción, su fantasía, su humor, el desengaño o la fe... En la poesía, el sentimiento, la emoción de las cosas humildes, del paisaje, de todo lo que en el paisaje vive, con su color o con su rumor, con su movimiento o su estatismo, desde el gorrión al águila, desde el arroyo al torrente, desde las galas que viene regalando la primavera, pastora que todo lo borda, hasta que llega el otoño, pastor enfadado, rutón, triste, que anda a varazos con las quimas, con las rosas, con las yerbas, pintor de amarillos. Conocimiento de la Naturaleza, poetizando la ciencia, infundiéndola cantes de mirlo, colores de mariposa y de marta, romances de arroyos que van a parar a la lírica solemne del mar, chasquidos de ramas, aroma silvestre. Y entre todo esto, lo utilitario de la planta, del árbol, de las savias. Algo así como si un herbolario contara sus memorias con traza de leyenda o de aventura, o como si un pastor romanceara las cuatro estaciones cantándolas, sencillamente, recordando nieves, vientos, muerte y vida de pájaros, muerte y vida de flores. Trazas de cielo bueno, de cielo malo, cosas de abejas de peña o de tronco, revuelo de malvises, de cigüeñas. Lo útil de la Naturaleza vestido de belleza lírica, bien pintada, con verdad armoniosa de los campos con pelliza de nieve o de flores...

Y en lo fantástico, en la fábula, siempre las consecuencias humanas de la bondad y de la maldad, que son las tendencias esenciales que lidian en el mundo. Forma de fábula con entraña de conductas malas que triunfan, que ríen, que son felices, para, al fin, encontrarse en un recodo cualquiera de la vida con la sorpresa de un dolor que ya durará siempre, con un fracaso sin liberación, con un llanto que permanece. O esa misma forma con entraña de conductas buenas que sufren, que son infelices, que no tienen instante de paz, menospreciadas por humildes y por sinceras, para, al fin, encontrarse con la inesperada recompensa de esos bienes que son para el espíritu como buen tiempo, suelo blando, comienzo de fiesta que ya no acaba hasta el morir. En la literatura infantil de antes, de ahora, o se ha exaltado la superstición en forma de miedo, mejor de terror, en forma de

aventura de guerra, de milagro brujo, de misterios, o se ha puesto en la candidez del papel y del alma color turbio de unas invenciones que disparan trabucos, que estrangulan con lazos zumbando en el aire, que hurtan, que piratean en unos mares remotos. O lo imposible o lo cierto feo, sangriento, vagabundeando en llanuras de bisontes, encaramado en unos masteleros, colgado de un horca, en suplicio de fuego, en placer de viajes que no se han hecho nunca ni parece que se han hecho, a través de una geografía y de una botánica que no existen, que no son verdad ni dan sensación de verdad en la trama, en la peripecia, en las visiones o en los caracteres inventados. Sacar de lo fantástico un estímulo de sentimientos propios al desarrollo de la amabilidad humana, un conocer justo de las diversas responsabilidades, precedentes de resultados de egoísmo y de frutos de cordialidad, epílogos de soberbias y de modestias, de cautela y de aturdimiento.

No es ya buena fantasía, aunque sea bella, la que carece de contacto con los caminos de la vida o la que no se preocupa de aficionar al niño a las cosas —alma, arte, labor— del ambiente. Aun jugando, el escritor, el poeta, en mundos de mitos, puede conseguir grandes principios humanos. En mundo de mitos o en parajes de ensueño, de lo pasado legendario, de lo porvenir, entre estrellas, entre dioses... Y en lo diario, en lo estrictamente social, entiendo yo la literatura infantil como un episodio un poco largo con encuentros con mucha gente que mira a la otra gente como si no fuera gente. Es decir, miradas de la vanidad, de la riqueza que tiene pobreza adentro, de la petulancia estéril, del orgullo del pobre que se avergüenza de no ser rico. Encuentros con hipócritas, con embusteros que mienten afecto, lealtad, campechanía, con quienes se creen listos y son tontos, con famas falsas, con amistades que huyen o se acercan, según nuestro éxito o nuestro fracaso, con ofrecimientos nobles, pero engañosos, con aduladores que inventan virtudes, lisonjas, con tímidos, que no se atreven a contradecir al necio, al cínico, con falsos, con indignos que se humillan en secreto a cambio de un adjetivo, de un favor, de una alabanza, con hombres que gritan democracia en la calle y son dictadores inflexibles, bárbaros, de la mujer y de los hijos, con envidiosos, con hombres que son soberbios, intolerables, agresivos con los humildes, y humildes, silenciosos, pacíficos con los soberbios, con el que manda, con el que puede conceder favor...

Y todo esto en tono burlón, un poco desdeñoso, sin enfado de predicador condenando pecado. Es mejor reírse de estas cosas que indignarse. Que el niño empiece a despreciar esos grandes defectos, con risa, con burla en los ojos, no con ira, no con pesadumbre. Sensación de risa al leer esas cosas, sensación de cuando el niño ve una joroba demasiado abultada, que

le hace gracia, o escucha a un tartamudo o contempla a un bobo de circo, una cojera rara, trabajosa, un sombrero arrastrado por el viento y el dueño corriendo detrás. Que la misma impresión de la fealdad de una cara, del percance gracioso de la calle, la reciba de lo defectuoso, espiritual, acostumbrándose a reirse de las jorobas, de las piernas zambas, de las narices largas, picudas, de las cojeras raras, de las voces gangosas, de los visajes de la perlesía, de las miradas bizcas que tienen todas las vanidades, todos los orgullos, la hipocresía, el servilismo, la petulancia... Porque hace más mella y avergüenza más una risa que una indignación...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 14-VII-1936.

## 550.—ESBOZOS. LA OLIMPIADA POPULAR

Buen camino, ese camino griego de la Olimpiada Popular de Barcelona, tan plena de buenos propósitos, enseñanza pautas de armonía para todos los elementos educativos. Es algo así como una asamblea de juventud en la que cada afición encuentra un estímulo, un cordial acogimiento. Y un estimular de inclinaciones mirando a cualquier aire del mundo sencillo, natural, culto, más por lo educativo que por lo sabio, es salvación de almas que pueden perderse en el vicio, en la mala costumbre, en esa grosería de palabra, de acción y de gesto, que es como cardo, maleza, pedregal estorbando en la calle, en los caminos, en las plazuelas populares y hasta en los pórticos de las Universidades. Al mundo le sobra de refinamiento material lo que le falta de delicadeza de espíritu, de cortesía verdadera, que es fondo de sentimiento, no forma aparente del saludar, del conversar, del sonreír al dar el parabién o de ponerse triste al consolar lo que no nos importa. Es triste advertir que esos parabienes y esos duelos, casi siempre responde a la costumbre, no a la verdad sentimental o jubilosa de la conciencia. Casi nadie se alegra o se entristece carne adentro con la alegría o la tristeza de los otros... Yo veo en esta Olimpiada, precisamente, unas cuantas almas que pueden salvarse de estas cosas, de este otro olimpiada de los días con torneos permanentes de mala intención, de insidias, de juicios gobernados por la envidia. Olimpiadas de las tertulias, de los soportales, de los mentideros, de los corrillos, clásica por la malicia, para las que no hay ánima buena, obra ejemplar, humildad sincera y virtud sin mancha, idealismo sin impureza, amis-

tad sin interés, justo sin pecado. Y todo por excesivo apego a las cosas que no poseemos y que poseen los otros, por desamor a los ejercicios que retemplan espíritu, clarean conciencia, aplacan tentaciones, dan buen oriente a los pensamientos.

Muchas veces es uno malo, envidioso, egoísta, murmurador, vicioso, por aletargamiento del alma, consumida de ocio, obediente a la vagancia y a la comidad del cuerpo, sentada o acostada en su rutina de no hacer nada de lo que debe hacer el alma, aunque los sentidos no quieran renunciar y tiren de ella como mano de ríjoso de mano de moza que no quiere seguirle, que no quiere ir por aquel camino, porque sabe donde iría a parar. Es eso, asendereamiento de espíritu de tanto estar tumbado; cansado de quietud, de no cansarse, o de dar vueltas siempre, siempre, a la noria de una manía o de un gusto sin gracia moral. El alma tiene que tener siempre movimiento de olimpiada, y ser doncellas que se niegue a lo grosero, a lo sibarita, a las gulas a donde quieren llevarla las manos rijosas de los sentidos. Cuando la carne manda en el alma es lo mismo que cuando el borracho manda en los abstinentes o el reo en el juez o el discípulo en el maestro. Y cuando es el alma la que rige, lo rotundo de su mandato es una plenitud de justicia y de normalidad esparcida, como luz de buen tiempo, en el deleite, en el sosiego, en el sentir. Una dictadura natural, dignificante, sería la del alma contra las tropelías, los desacatos, los abusos, las algaradas, las rapiñas que comete o quiere cometer el cuerpo, siempre propicio a la indocilidad en sus tratos con la conciencia, amante desdeñada... En estos motivos se fundamenta esa asamblea de juventud diestra, artística, fuerte, que se celebra en Barcelona. Otras veces ha sido sólo la fuerza, la agilidad, el deporte. Se tomaba del recuerdo de Grecia la escultura viva, hermosa, en alarde de músculo y de formas, pugilato de perfección corporal, de juegos. Era el arte de la belleza exterior. Y la vanidad de la maña en la lucha, en la carrera, en el salto. Lo mejor era lo más hermoso externo y lo más ágil. Concepto de superioridad por los brazos, por la destreza, por el ritmo de los movimientos en disputa, no lo meditativo en reposo para hacerse después dinámica de sensaciones, de sabiduría, de moral, de virtud o de regusto, por otras fases de la belleza. Pero ahora nos acercamos más a Grecia. Se comienza a dar a la Olimpiada su verdadero carácter de estatua y de espíritu, de mente y de juego. Lo helénico nos legó lo más sutil de todos los órdenes del alma, en un prodigioso esfuerzo de la inteligencia. En Olimpia, además de la carrera, de la gimnasia, de la danza, recitó Píndaro sus poesías, expuso Equión sus cuadros, Herodoto leyó sus Historias, Lisias pronunció sus discursos.

La Olimpiada era armonía de todas las manifestaciones del arte, calidad

corporal y calidad de espíritu, lo contemplativo bello, lo plástico, lo poético, lo filosófico. El recuerdo de estas cosas, hace que se convierta ahora en ejercicio la teoría vieja de lo que influye el Arte en la educación. Y se le incorpora a esta Olimpiada por el convencimiento de la necesidad apremiante de ir espiritualizando las costumbres, las palabras, los pensamientos, las maneras de ver, que equivale a espiritualizar sentimientos. Formar hombres fuertes, exclusivamente, es lo mismo que hacer grúas, garfios, cabrestantes, mecanismos para arrastrar o levantar pesos. O técnicas para lanzar armas, para pegarse por vanidad de triunfo o por dinero. Da sensación de orgullo de dueño de galgos o de caballos que ganan carreras. Es decir, que se considera al hombre en su mera utilidad física, de materia, de impulso, de aguante, de velocidad. Faltaba lo otro, la consideración del espíritu, el movimiento de la mente en juegos fecundos de letras, de armonías artísticas, de sones buenos. Consideración del hombre como alma, como sensibilidad, como conciencia. Que sea ágil y fuerte en las Olimpiadas periódicas. Y ágil y fuerte por sentimiento, por gusto, por educación en estas otras Olimpiadas de todos los días en las que tan poco abundan los campeones de la dignidad, de la sinceridad, de lo fiel...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 19-VII-1936.

## 551.—ESBOZOS. LA HISTORIA DE LA PIEDRA

*La junta nacional de monumentos se lamenta de los daños que se producen en la arquitectura antigua de muchas aldeas.*

¡Cuántas paredes de huerto se han hecho en los pueblos, en las villas de abolengo histórico, con piedra de arquitectura vieja, deshaciendo estilos, esa armonización poética de la cantería, rima del arco, de las dovelas, de las bóvedas! Antigüedad bella que se ha convertido en escalón de establo; en umbrales de taberna, en hornos, en escaño de portal. Cada cual ha cogido unas piedras para su avío de vivienda o de cobertizo. Lo placentero sin guarda, siempre es una tentación cuando no existe más sentimiento que el de la utilidad, ese sentimiento tan viejo, tan joven, tan de todo tiempo, que no se detiene a considerar lo que no sea conveniencia propia, ventaja, acomodo de sus avaricias o de sus necesidades. Al hombre del campo tan rodeado



de poesía vegetal, de poesía de piedra en traza antigua, en rima de dimensiones, formando puente o torre, saetera o campanil, abadía o castillo, no se le ha enseñado esa otra utilidad espiritual de lo artístico, a pesar de tenerlo tan cerca, de estar tan ceñido de ello. Educación de arrancar, de desposeer, de quitar de allí lo que creen que no sirve más que de estorbo para traerlo aquí donde será remiendo de muro, pusiega de cocina, cantanero, banco de fuerte, dintel de hortalizal, lar, tapa de sepulcro...

Este criterio de lo útil, tan consciente del bien que nos hacemos, no del mal que se hace, es irresponsable, casi inocente, porque obedece a esa inconsciencia tan ancha acerca del valor de lo artístico y de lo histórico, al desconocimiento absoluto de lo que es mérito, gala, por tiempo o por estilo, por comienzo o plenitud de maneras de arte. Inconsciencia de niño que recorta una bella estampa de un bello libro, que arranca unas páginas para hacer palomas o caperuzas. Las estampas, las páginas, no tienen más importancia para el niño que la que mueve sus tijeras. Es decir, utilidad exclusiva de divertirse destruyendo otra clase de utilidades, que es el agraz del egoísmo sin saber que es egoísmo. En el hombre esa inconsciencia, ese no saber del pasado, ese acostumbrarse a tactos y miradas de cuerpo, no de alma, es lo que le hace romper, recortar, tantos y tantos libros y tantísimas estampas con forma de respaldos tallados, de claustros, de columnas, de hastiales. Da sensación de poesías, de hojas de incunables, de diplomas amarillos de abuelo utilizados para envolver semillas, para bizmar cristales rotos, para forro de epítomes escolares o de baldas de vasar. Y también sensación de viejo velero, glorioso por singladuras y por acaecimientos de diario de navegación, convertido en pinaza de estuario o en depósito de herramientas y de trastos de calafate.

En lo rural no se ha enseñado a conservar la herencia artística. La conservación es consecuencia del comprender, del amor o del bien de las cosas, hasta de la vanidad de sentirse dueño de esas cosas. ¡Cuántas veces no se estima lo que poseemos y, sin embargo, lo conservamos porque lo elogian o lo quieren otros! Pues ni esta vanidad existe en esos ambientes. La vida allí, aparte de lo religioso por temor, por rutina, más que por sentimiento y por saber, es suelo de utilidad, no de paisaje, cosa de tierra, de vereda que va a la tierra de espigas, vanidad de tierra. Impresiones que salen del polvo. Hasta el mismo amor es cosa de interés de tierra. El suelo es la sensación, el regusto, el deseo, la alegría, la tristeza. Conservar suelo es lo sustancial de la inquietud. Tierra es fuerza, fama, respeto. De nada vale cantar bien unas coplas, hacer unas letras guapas, tallar unas flores, unas caras, unos picos de ave. Porque al arte se le considera tan sin utilidad, tan de ocio y de pasatiempo, que en el orden de las actividades campestres

es lo mismo que cuento o zumbel de infancia para pasar el rato. Todo está en la parte de acá, en el revoltijo del terrón, entre lindes de las que se saca el provecho de la hierba o de la sombra, no el provecho de la contemplación de las flores. La parte de allá, el arte, el alma del mundo, está sin descubrir. Es un continente desconocido hacia el que no va ninguna proa. Al conocimiento no se le ha libertado de su cárcel de tierra y de redil, entre la obsesión de cielo y de infierno, del vivir en paz, en monotonía, y del salvarse. Y es natural que en este constreñirse de las muchas cosas del mundo en un solo concepto, en un concepto de tierra utilitaria, la expansión del espíritu esté cercada también con límites de besana o de majada.

¡Qué saben ellos de la poesía de la piedra puesta allí hace siglos! El pasado lejano y el futuro tienen la misma niebla. Lo mismo ignoran lo que pasó que lo que va a pasar. Sólo lo actual, lo de sus años, es lo que hace posada en su sentimiento. Ellos nada más que ven piedra, paredes viejas, caserones en ruina, torres que se van a caer, muros desmochados, hastiales vestidos con la túnica piadosa de la yedra. No ven más que eso, lo simple material, como nada más que ven en el árbol la buena madera para el apero, la lumbré, el taburete, la ventana; y en el agua nada más que cosa de sed, de riego, de molino; y en la flor de la malva, nada más que el alivio de un mal; y en el monte, lo pacerero, no el color, el silencio, el perfume. Nadie ha ido a enseñarles la historia de la piedra. Y cuando no se conoce la historia de la piedra, nada más que se ve en ella cosa que se va a derrumbar, algo así como arado inservible, como árbol seco o como levita anacrónica de la que se pueden sacar buenos remiendos...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 26-VII-1936.

## 552.—ESBOZOS. CAMINOS DE PENSAMIENTOS

El otro día iba yo por ahí, a la aventura de las afueras, como otros muchos días. En las calles no hay más aventuras que esos encuentros frecuentes con las manías, con las congojas, con las albricias particulares, con las cosas sin importancia que le cuentan a uno esos conocidos a quie-

nes se llama amigos. Aventuras de siempre, entre fachadas, en las esquinas, a lo largo de los paseos en que cada viandante lleva lo suyo en el buen corazón o entre esa maleza que dejamos crecer en los hondones y repechos de los sentidos. Pero en las afueras, mis aventuras de contemplativo errante tienen sorpresas de descubrimientos. En cada sendero que cruza estas praderas tengo yo lugares que me han enseñado maneras de sensaciones contemplando pinturas agrestes, arcillas bermejas, arroyos que no sé de dónde vienen, campanillas de vacas barcinas, niños de granjeros pobres que van o vuelven siempre con cosas de labranza al hombro, en las manos. Y en cada sitio de estos, en compañía de empalizada vestida de espino o de bardal de moras, en compañía de silencio, que es la mejor compañía, de agua que corre, de revoloteos, el tiempo va dejando en el ánimo su sustancia de instantes que cuajan ideas, esencias de visiones y de pensamientos, esa filosofía sencilla que lleva uno a lo humano viendo arroyos, ramas, sombras que tiemblan en lo verde, humos, fatigas de caracol subiendo una piedra.

En cada contemplación de suelo o de cielo, de barro o de flor, de agua quieta o de agua peregrina, de rocío o de roca, siempre encuentra, el que tiene la divina inquietud de lo humano, semejanzas con los deseos, las paciencias, las impaciencias, la poesía, el desabrimiento del hombre. Y en el suelo ve uno espíritu yermo, florecido, ameno, reseco. Todas las categorías del espíritu, desde el caracol hasta el pájaro, desde la ortiga hasta la malva, desde el brocal hasta lo hondo del pozo. Almas que semejan senderos humildes que todo el mundo pisa, fuentes secas, charcos en que se reflejan arbustos, nubes, alas que pasan; almas que parecen piedras, viento malo de cualquier cuadrante, flor escondida, pedacito de fronda...

El otro día iba yo por entre estas sensaciones, mi camino corto de somo verde al sol. Unos dalles mudaban el color de unos prados. Quedó atrás la granja, blanca, al amor de unos árboles viejos. Quedaban atrás, hacia la marina, los huertos entre alambradas, los socavones que hace el agua del invierno, la cantera abandonada por estéril, que es la más triste causa de los abandonos, los álamos desgarrados por los puñales del viento de marzo, las paredes negras del casal que abrasó el viento sur un otoño de hace tiempo. Lo vital y el destrozo, lo que hace el hombre y lo que hace y deshace el tiempo, a los lados de esta senda blanda, tan buena para el andar, por la que pasea el amor, la niña fea y delgada del granjero, la muchacha que viene a la ciudad a vender arena. Y de pronto, en el remanso de mis impresiones se cuela una voz y me interrumpe el pensamiento, o mejor, me le rompe, porque es posible que después no me acuerde de ese pensamiento...

—Ya no puedo aguantar más la sed...

No os enfadéis cuando os quiebren así el pensar. El mismo motivo que

os cercena la meditación es también causa de otra meditación, a lo mejor más sutil, más concreta, más densa y más bella. Esa voz en la campiña iluminada de sol que ya está bajando, triscó la ramita de quimera con que iba jugando mi entendimiento. El hombre, cuando va pensando así, sin arrebato de mal deseo, sin recuerdo de mujer, de dinero, de enemigo, es como niño que va jugando, solo, solo, corriendo con las vueltas de su aro, como niño leyendo un cuento, pintando un camello. Pensar en quimera, en gracia o en sabor imposibles, es reanfiar imaginación, es volver al deseo de encontrarse con los personajes, con las magias, con las valentías tremendas que creíamos ciertas al leer en aquellos libros. La quimera en el hombre es lo que el hada, el gigante, el bergantín de buen pirata en la fe prodigiosa del niño.

—¡Que tengo mucha sed!

Es voz de niña, voz de cansancio o de temor al cansancio que se presiente. Y otra niña menos niña, más alta, responde con aspereza:

—¡Toma! ¡Para que no tengas sed!

Y suena su mano en el carrillo de la niña más niña, más bajita, más frágil. Y la dice en aprendizaje de mal mirar, de ira agraceando en los ojos, que se calle, que no la moleste con su sed, que se aguante, que la deje en paz...

El pensamiento que yo iba repensando se lo llevó el llanto de la niña maltratada porque dice que tiene sed, caminito arriba, entre la fragancia antigua de la hierba. ¡Bien llevado sea el pensamiento de cascabeleo de ilusiones que me dejó otro de verdad terrenal, diligente, sencillo y concreto!... Ellas se pierden en la revuelta, tan andarinas, tan blancas. Y yo me quedo pensando en que a mi lado acaba de pasar, rápida, vestida de inocencia, una representación del mundo. Me intrinco, doliente, en un pensamiento que se tropieza con los hombres que se enfadan con otros hombres porque les dicen que tienen sed de muchas cosas, penas, quebrantos, amarguras... Y también mandan que les peguen para que se callen, para que no les molesten, para que sufran en silencio, para que les dejen en paz... Así pensando, hilvanando humildes ideas con recuerdos de malhumor por las penas, los agobios, los fracasos que piden algo, se me va la atención otra vez a la haz del camino y de las orillas.

Un trotecito alegre me liberta de la pesadumbre por otras pesadumbres. Cualquier cosa remuda el pensar. Una pobre criada se hace la tonta para que los niños se diviertan en la sombra del lindero. Y a la abuela, al reírse, la tiembla la barbilla picuda de medio muerta. No se oye la brama del mar, que está cerca. Hoy está mansurro, arrepentido, muy llano. Se oye como en caracola, como en cualquier cosa hueca puesta al oído, desde esta senda donde los amantes juegan a quererse... Otra vez la niña bajita,

delgada, llora en mi imaginación, deseando el agua. Y vuelvo a pensar mirando el ámbar de unas hojas de no sé qué planta...

¡Ay, Señor, cuánta sed tenemos que aguantar los pobres!...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 2-VIII-1936.

### 553.—ESBOZOS. EL ANGEL Y EL ESPINO

Es lo mismo que cuando se va por un camino entre tropeles —rome-ros, peregrinos, gentes que van a divertirse como sea— y se encuentra un sendero propicio a la huída, al apartamiento. Y este sendero propicio a la huída, tránsito de silencio, va a parar, galano de márgenes florecidas, de compañía de buenos rumores naturales, a un sitio bien hallado en recoveco guapo o en colina toda llena de gracia de paz. O como cuando vamos con diligencia de mala inquietud, bisuntos de ánimo, vencidos del mundo que no nos comprende o que no comprendemos, y de pronto, en cualquier revuelta del andar o del pensar, nos encontramos con unas caras serenas, amigas, que nos quitan el enojo y nos mudan el pensamiento. Y nos llevan en su compañía, hale, hale, sin pena, sin mal recuerdo, como niños, como novios que van las primeras veces, anda, anda, camino alto del amor, por entre fragancias, a barruntar instantes venturados en una tramontana de cosas de cielo esparcidas en la tierra.

Así me encuentro yo, entre los malos encuentros de los días de la ciudad, con una mensajería de lo diario por arte, por poesía, por celo sutil de los sentidos, tan castos, tan avezados a poemizarse a fuerza de imaginación siempre desvelada en aurora de lo bello y en la alta noche de lo bueno. Un mensaje así, tan súbito, tan cordial, tan puro, da sensación de hallar cosas perdidas a las que queríamos mucho, sensación de creer lejos la fuente y encontrarla cerca, de certeza de cosas imaginadas, de cosas demasiado hermosas para que fuesen verdad. Este encuentro mío, en fin, estando rodeado de gritos, de comitivas que van a la guerra, de presentimientos medrosos, de himnos de paz convertidos en cantos marciales, fue lo mismo que voz fina, mansa, que nos invita a contemplar unas cosas nuevas, singulares, relacionadas con la afición que nos hace la vida más llevadera, más curiosa. Ese encuentro me sosiega, me hace olvidar la calle, que tiene ahora resuello de campamento, me salva, me borra la atención

tan llena de armas, de saludos bélicos, de banderuelas y aceros. Y me infunde nueva atención, llena de entusiasmo pacífico, de recato, de nardos y de malvas. El ánimo acaba de salir de una víspera de combate para entrar en una eternidad de mansedumbre. Se desvanece el estrépito como cuando uno se va alejando, poco a poco, de la orilla del mar o de unos redobles de tamboriles. Allá quedan los rostros ceñudos, los rostros que enseñan alma agraviada, temor a perder la preponderancia de sus conceptos del bien y del mal, sentimiento de su fe, coraje, desazón. Caras de portada de novela revolucionaria, de cautivos que van a libertarse, de labradores que van a apagar el incendio de su mies... Y aquí, en el silencio, que es el cielo, o mejor el limbo, del infierno del mundo, el esponsal, la salud, el concierto, la iglesia del alma, miro otros semblantes de espíritu de patriarcas, de mancebos, de doncellas, de madres, de niños. Ha desaparecido la otra visión, la del enfado, la de la guerra, que es la peor visión a que puede condenarse a unos ojos sentimentales. Y ha nacido, en unos pasos felices de mi vida, esta nueva visión, que es para mí lo que para el niño un álbum con estampas de aves extrañas, de bergantín en mar revuelto, de episodios de aventuras en isla desierta, en los blancos extremos del mundo.

Este semblante que yo contemplo ahora está recordando penas. Yo veo la remembranza amarga en sus ojos, en sus labios. Y aquel otro está pensando en una delicia próxima, en una delicia espiritual, amena por bondad y por fe. Ese mirar es de hombre que ha perdido la confianza en muchas cosas y que espera verla renacer en otras. Aquel gesto suave es de ánimo quebrantado, triste, pero sin remordimiento, sin mal secreto, mansamente ufano de su paciencia y de las veces que perdonó. Y este otro gesto de mujer, es la respuesta amable del sino al deseo, de la verdad a la ilusión. Su vida ha sido una exuberancia de placidez, una casualidad de lo feliz permanente. Lo dice su media sonrisa luminosa, de carácter que todavía no ha llorado por dolores profundos del espíritu. Otro semblante de jovial indiferencia. Y otro que hace pensar en amarguras que se van olvidando. Aquellos ojos parece que esperan presagios, insólitas contingencias. La cara de este niño es un estupor de delicia, como un despertar después de haber soñado con ese otro mundo infantil de la noche, que es lo mismo que invención de poeta para recrear inocencias. Más rostros, más rostros dándome sensaciones de premuras de felicidad, de temor a no sé qué, de pesares en remedio, de ganas de olvidar cosas inolvidables. Semblantes que quieren esconder lo taciturno, semblantes duros, condescendientes, dóciles. Yo veo en ellos una verdad de adentro, la verdad esencial de todas las almas. Y pienso que el artista que logra sacar esa verdad infundiéndola su espíritu, su nobleza, la gracia de su genio, ya ha conseguido cuanto se



puede conseguir. Verdad de pereza, de exaltación de cualquier virtud o de cualquier manía, de indolencia, de desdén, de humildad, de apocamiento, de altivez, de escrúpulos sutiles, de recelo, de confianza, de lo incurioso o ávido de la personalidad...

Aquí, señero, con más pena que gloria, viendo arte, que es refugio del que quiere vivir después de morir, voy comprendiendo lo que me dicen estos semblantes desperdigados en el vasto mundo del sosiego o de la impaciencia. También la mirada cuenta vida como las palabras. Unas miradas son signos taquigráficos de miles de vocablos. Y en estos semblantes veo yo maneras de mirar que me cuentan vida de alma adentro, romance, fiesta, memorias de duelos, asociaciones del instante actual con circunstancias muertas. Porque el pintor de rostros, es poeta y filósofo que en vez de dejar su alma —originalidad, dulzura, experiencia— en unos libros, la va dejando en unos retratos. Así este pintor regala a cada expresión el aroma de su genio, la luz o la penumbra de su ánimo. Es pintor de su propio espíritu en el espíritu de los demás. Las almas son como lienzos donde él va dejando los colores, los remansos, la honda poesía de la suya. Es su vida interior, magnífica, plena, dulce, siempre en cenit y en alba de buen tiempo de sentimientos, en su clima de bondad que es donde mejor crece el artista.

Esto es algo de lo mucho que yo veo en este retablo de Angel Espinosa, después de contemplar ese otro retablo de la calle, sombrío, con presagio dramático, que viene de más allá de las altas cumbres, camino de cigüeñas, por encima del suelo de Babieca y de Rocinante. Su obra es el ángel y el espino siempre en flor de su emoción y de su sinceridad, las dos cosas que hacen eterno al arte.

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 9-VIII-1936.

## 554.—ESBOZOS. CONCEPTO DE LO NUEVO

*Hay que ir formando corazones puros.*—Victoria Kent.

Eso, eso, corazones limpios, pureza en lo que se siente y en el modo de decirlo. Todo se quebrantará, todo seguirá dando las vueltas de siempre, haciendo la historia de siempre desde que rueda por el mundo la maldición del dinero, si no hacemos corazones limpios, si no les enseñamos

a bañarse en templanza, en delicadeza, en sinceridad. El cambio de épocas, más que enmienda de la conciencia, ha sido mudanza de nombres con el mismo sentido, con idéntica sustancia, mudanza de arquitecturas, de modos de vestir y de recrearse. Algo así como casa que se pinta de otro color. O como libro al que encuadernamos de nuevo. Adentro, en las estancias, en las páginas, todo está igual. Los mismos pensamientos de vanidad, idéntico egoísmo, las mismas escenas del embeleco, de la envidia, de todo lo que hace al hombre malicioso, malévolo, ruin, amigo del bienestar y del mal sentir... Y mientras el hombre siga impasible, inmodesto, falso, vicioso, entrañando su vida en la vida vieja de esas costumbres, de las que casi todos hablan mal y todos las practican, la historia contará los mismos achaques y las mismas penas. La historia seguirá dando sensación de pobre vagabundo ciego que cambia de lazarillos; pero se encuentra con que todos le engañan, le hurtan, le meten en los charcos por maldad o por descuido. Seguirá dando sensación monótona de cambio de color, del mismo relato contado de distinta manera, de plagio de actitudes expresadas en otro estilo.

Si el hombre continúa siendo mezquino, grosero, vengativo, afanoso de sus bienes y de sus apetitos, de su interés y de su comodidad, será lo mismo que poner nuevas riendas al viejo caballo, flaco, cansado, siempre con sus arreos de peregrino irracional que va donde le llevan, llevando él a otros. El cambio de época tiene que ser propósito de cambiar conducta, maneras de juzgar y de enjuiciar, modos de corregir, de castigar y de perdonar. Tiene que ser impulso vital, fuerte, siempre en urgencia, violento, de nosotros mismos para vencer a los enemigos que llevamos en el alma, para hacer todo lo contrario a lo que nos mandan la avaricia, la envidia, el deseo de nuestra felicidad a costa de la infelicidad de los demás, la soberbia, que es la metralla del espíritu, matando humildades, razón, modestia incomprendida, despreciada. No hay mejor virtud que la que lucha, venciénolas, con las malas pasiones. Más virtuoso es el que domina deseos de injuriar, de vengarse, de maldecir, que el que aguanta un vicio de placer, de mero hábito.

Un cambio de época tiene que ser exaltación de todo lo bueno desdeñado en la otra época. Y también de todo lo bueno del pasado, porque no hay tiempo que muera sin dejar unas manchas bellas de bondad, lo mismo que no hay hombre malo que llegue a la muerte sin dejar en su estela negra unos puntos blancos de buenas cosas, hechas, principalmente, en la infancia o en la vejez. Nunca faltan en las fragosidades del pasado del hombre y de los pueblos unos buenos manantiales.

Lo nuevo, más que la modificación de la ordenanza, del giro amable de la ley, del concepto escrito de lo moral; más que apartar a unos hom-

bres que lo han hecho mal, para exaltar a otros que creemos que lo harán bien; más que todo esto, es huir de la semejanza de nuestros pecados y de nuestras costumbres particulares con los pecados y las costumbres de quienes nos hicieron sentir ira, sufrimiento, humillación, amargura. En esta desemejanza profunda, en este no ser lo que fue antes, en este ejercicio de lo que nosotros quisimos que practicaran los otros, está el verdadero, el único cambio de la dirección de la historia. Tener igual concepto de la justicia, lo mismo cuando nos hallamos en la cumbre que cuando no nos dejaban subir a ella, lo mismo cuando tenemos zapatos que cuando andábamos descalzos. Un concepto lleno del consuelo, de la equidad, del auxilio que queríamos para nuestra vida cuando ansiábamos lo que ahora tenemos. Ser lo mismo cuando podemos dar que cuando pedíamos. Nada significa la buena ley, si nosotros, los encargados de hacerla cumplir o de cumplirla, seguimos, por ejemplo, siendo desleales con el amigo, orgullosos por cualquier cosa, insinceros, más amigos de nuestro vino que del pan de los otros, indiferentes o alegres ante el fracaso ajeno, soberbios con el que mandamos y serviles con el que nos manda, embusteros de virtudes que no tenemos, más amantes de nuestro ahorro que del aplacamiento de miserias, delatores de defectos para hacer nuestro mérito... No dar a la idea un sentido amoral de querer gozar lo que otros gozaron no debiendo gozarlo. No practicar lo que se odió en la amargura. Tener idéntica parquedad, el mismo sentimiento del bien y del mal, la misma visión espiritual del mundo cuando se manda que cuando nos forzaron a obedecer...

Lo nuevo tiene que ser exaltación ejemplar, pura, sentimental, de lo que queríamos que fuera nuevo cuando protestábamos de lo viejo. De nada vale exaltar el nombre de las cosas bellas si nada más que las sentimos cuando las deseamos y no cuando podemos dárselas a los que las desean...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 16-VIII-1936.

*La comisión de cultura de la C. N. T. hace un llamamiento a los intelectuales para colaborar con ella en su campaña de educación y de instrucción popular.*

Hay que responder siempre a estas llamadas. Precisamente el nuevo giro del mundo tiene que fundamentarse en contestar con diligencia, con verdad, a todas las llamadas en la puerta de nuestra conciencia. Continuar negando o respondiendo zahareños, malhumorados, es lo mismo que negarnos a nosotros mismos la paz. Porque este bien máximo del alma, este vivir sin muerte de serenidad espiritual, es consecuencia de nuestra sencillez ante el mundo y de la paz que regalemos a los que no la tienen ansiando poseerla. No pretendáis sosiego si vuestra vida, si vuestra conducta es un estímulo de ruido, de protesta, de enfado. Nuestra vida no es lo que nosotros queramos que sea; es lo que queramos que sean las vidas de los otros. Será amarga, yerma, amena, monótona, según nuestras intenciones y nuestros ejercicios, según contestemos a los afanes de justicia, de consuelo, de esperanza... Y a veces hasta a los regustos secretos de la buena ilusión que perennemente acarician los pensamientos del hombre cuando trajina o cuando descansa, cuando piensa en lo que fue o en lo que vendrá, en las pretensiones viejas o en los propósitos nuevos. Nuestra vida, en fin, será sosegada o intranquila según la miel o tuera, la ceniza o la flor que pongamos en las ánimos de los que viven con nosotros o cerca de nosotros, en el ambiente del prójimo que lo mismo es el que ora que el que tiene de la cruz concepto de tierra, de leyenda, de mero suceso histórico...

¡Si el problema del mundo nada más que es un problema de respuesta! La civilización es cosa de contestar bien, señor. El responder bienamente es lo que forma y ensancha el progreso. En este sencillo motivo, en contestar bien o en contestar mal, está todo lo tranquilo y tormentoso, el afecto o el odio, lo amable o lo tirano, lo sincero o lo falso, el perdón o la venganza, lo fino o lo áspero. Responder bien es la suprema sabiduría del espíritu, el libro, la técnica salvadora, la fórmula y el verso de la conciencia. Ved de qué manera tan clara, tan sin complicación, podemos civilizarnos moralmente. Porque la utopía, el imposible, está en pretender evolucionar sin responder bien al semejante, no en conseguir hacer mayoritario el mero ejercicio de las buenas respuestas. Si no aprendemos a contestar bien, amablemente, la evolución será noria, no viaje; será ascua, no destello, paseo

entre murallas, no en campo abierto, libre, respirando esencias naturales, viendo todo el cielo...

Yo resumo en el buen contestar la ética futura de los pueblos, la entraña, la voz, la matemática y la poesía de lo revolucionario. El progreso material nada más que es un cuadrante del círculo de las revoluciones. Algo así como el alimentarse bien, el tener lecho blando, el poder divertirse, el no ser siervo de tansísimos cansancios, el usar buena ropa. Hay que llenar de buenas contestaciones los otros tres cuadrantes. Contestar bien significa la concesión franca, incansable, afectuosa, de lo que se pide a nuestro espíritu, a nuestra inteligencia, a nuestro peculio, a todo lo que poseemos por suerte, por naturaleza, por carácter, por experiencia. Llenemos esos otros tres cuadrantes, el uno de educación, el otro de justicia, el otro de cultura; es decir, de esas tres cosas esenciales, imprescindibles, que enseñan a contestar bien. Esas tres ideas que yo veo, como aire, agua, sol, en esas palabras sencillas, cordiales, vigorosas, de la comisión de cultura de la C. N. T., pidiendo a los artistas, a los inteligentes, a los maestros de cualquier disciplina, el bendito diezmo de lo sabio y de lo bello... Porque saben que la historia será nueva cuando todos hagamos esas concesiones justas; es decir, cuando aprendamos a responder con desprendimiento, sin pesar o venciendo al pesar, que es más virtud que no sentirle.

Hasta ahora la historia ha sido un vozarrón sibarita, destemplado, torpe, a veces cínico o bellaco, respondiendo mal a lo popular. Homilía recomendando paciencia y edicto exigiendo esfuerzo, prohibiendo protesta. Mala respuesta para el desvalido, para el que quería aprender cosas que son muy caras; para el humilde que se quitaba la gorra en la antesala, para el que iba a pedir por merced un consuelo de justicia, para el que no tenía mujer, hermanas o hijas hermosas y fáciles por necesidad, por cualquiera de las miserias o de las pretensiones que entierran virtud, a veces riendo, a veces llorando. La mala respuesta era como esencia del espíritu, como característica arcaica del idioma, como la manía o el vicio de la palabra, muy prendada de su hacienda, de su privilegio, de su alcurnia, las tres cosas que más lanzas han clavado en la pesadumbre popular. Preponderancia de la negativa como costumbre y como táctica. Negativas al dolor, a la curiosidad, a la vocación, al buen afán naciente de intrincarse en el saber y en el arte. Siempre la resignación y la renunciación como leyes invariables de vida, como único paisaje para consolarse, para descansar pasos en vano en busca de un bien de quimera o de realidad siempre ausente, que también es quimera para el ansia. Lo mismo es imposible lo inexistente que lo real que se nos prohíbe eternamente...

El buen responder es el bien civilizar. Respondamos con el corazón a

esa llamada amable de unos hombres que fundamentan el concepto de lo nuevo en la preponderancia del espíritu, que quieren que los ánimos vayan aprendiendo a educarse y a consolarse en arte, en ciencia, en poesía...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 23-VIII-1936.

## 556.—ESBOZOS. EL SUELO Y EL CIELO

*En este cambiar de las cosas, lo cristiano, si quiere salvarse, tiene que volver a las puras fuentes, a purificarse, ayudando a salvar y a purificar al mundo en el tiempo nuevo.—(Del discurso pronunciado por Ossorio y Gallardo en la radio de Madrid).*

Con lo religioso sucede lo mismo que con la poesía. No acepto eso de buen poeta o de mal poeta. Se es o no se es poeta. Se es religioso o no. Lo uno y lo otro tiene que ser bueno, porque lo malo no es nada de esas dos cosas. No es poeta el que sólo ensambla palabras, siervas de una regla trajinando ritmo. Falta el sentimiento, la verdad de adentro, y es lo mismo que esos amores falsos, engañosos —mejor, apetencia rijosa— que hacen juramento por ardor de materia, no por frenesí del corazón. Y no es religioso el que no ejercita la buena obra, que es precisamente la poesía, el alma, el distintivo humano de lo divino. El criterio más amplio de lo religioso está constreñido a lo nuestro, a lo que pide la ambición, que siempre está engatusando a los sentidos. Se limita al ruego de salud permanente, de tranquilidad, de abundancia, de fuerte entendimiento.

Ya dije otra vez que se suele pedir a la divinidad lo que se niega a los hombres por pereza, por egoísmo o por capricho. A veces estos ruegos de fortuna, hincados ante cruz o retablo, rezando como el alcahalero o el fariseo del Evangelio, son deseos del mal de otros, porque pedimos la victoria nuestra, que equivale al fracaso, a la muerte, a la derrota de los demás. No es querer prestigio, riqueza, tranquilidad, pensando en nuestra vida y en otras vidas más tristes, más precarias, más amargas, que necesitan algo de lo nuestro para ser menos afligidas y menos sombrías. No; la plegaria suele carecer de afecto al prójimo, de compatibilidad entre la conducta para el mundo y lo que aconsejan las viejas escrituras cristianas. No está de acuerdo lo que queremos para nuestra hacienda, para nuestra alma, con la respuesta



y el gesto que tenemos para los que nos piden algo de lo que podemos dar. Como en la parábola, se piden peces a Dios y damos sierpes a los hombres. Y, sin embargo, siendo nuestras respuestas tan ásperas, tan estériles, tan soberbias, se quiere que las contestaciones de Dios sean aliviadoras, favorables, bondadosas.

Casi todo se reduce a practicar el precepto que no mortifica, que no disminuye nuestra mies, que no exige diezmos. Confesión de pecados, no arrepentimiento duradero de pecados. Visitas a la iglesia, no visitas a Dios. Imploración constante de paz, no obras ejemplares que entronicen justicia, consecuencias de razón atendida, equilibrio entre nuestras pretensiones y nuestras concesiones. No puede pedir refugio, alegría, salvación, quien es creador de intemperie, de tristeza, de agobio. El mundo llama injusticia a lo que le niegan o le quitan, no a lo que niega o despoja. Es injusticia el bien que nos interrumpen, no el bien que cercenamos. Así resulta que entre lo religioso verdadero, puro, ardiente, y la práctica vulgar, existe una tremenda contradicción. Lo miserable y el precepto cristiano son las cosas más incompatibles del mundo. Exactamente lo mismo que la buena ley y el mal juez. No es más cristiano el que reza a menudo que el que no ora y ama a los pobres.

La mejor oración, decía San Francisco, es la obra buena. Y aquí radica el mal, el desvío, el contrasentido, la abultada deformación: en que los que pueden hacer buenas obras, no las hacen, limitándose a una rutinaria superabundancia de oraciones.

Hace más cristianismo un pobre labrador de mi pueblo dando posada a un mendigo, calentándole en su lumbre, aplacando su cansancio, que un rico de cualquier parte regalando una joya a cualquier imagen. De nada vale tener retablos suntuosos, si no se pone en el remedio de los que vengan a nosotros, con la esperanza de volver aliviados, la misma vehemencia que ponemos en la súplica de nuestro consuelo. Ya dijo Jesús que de nada vale pagar el diezmo si no se abandonan las cosas más esenciales de la ley: la justicia, la misericordia, la buena fe. No se puede pedir bondad para nuestra vida siendo malos, implacables para con la vida de los demás. ¡Cuántas cosas piensa uno de esos hombres que besan la mano del sacerdote y miran con desdén, con cierta repugnancia, la mano de un pobre! Y de esos otros que rezan con rosario de oro...

Este practicar egoísta de la religión ha sido el enemigo malo del cristianismo. Egoísmo en la oración, que es peor que no creer y ser puro de intenciones. Egoísmo de nuestro bien, de nuestra felicidad, de nuestra fortuna, de nuestros campos, mezclado con las invocaciones al Señor, con el recuerdo de los muertos que nos dejaron afligidos, con el temor a la garra

de la pesadumbre o de la angustia, con la súplica de que nos libre de las pestes, de los vendavales, de la pérdida de las espigas, de las inundaciones. De la oración suele estar ausente la memoria de lo que es menester consolar y salvar en lo ajeno. No importa la virtud que se pierde por miseria, ni el pecado que nace por hambre, ni las grandes mortificaciones de esas pobres vidas que no conocen la dulzura, la paz, el contento, primaveras de sensaciones. Se pide a Dios que los nombres sean buenos y se les niega los elementos imprescindibles, naturales, para que sean así. Se dice lo que se debe hacer, pero no se hace. Creer en la bondad de una ley y burlarla, es más abominable que no creer en esa ley y obedecerla. Y con la mayor cuantía de lo religioso sucede esto.

Se cree, pero no se obedece. Se admira a Jesús, pero no se hace caso de los hombres, que eran su dulce y amarga preocupación. Se contempla la liturgia más como espectáculo que como rito; se escuchan los cantares, las voces del órgano trascendiendo a riña de Jehová, a risa de niños, a trueno, a rabeles de pastores antiguos en los campos de Samalia... Pero, después, en la calle, en el ruido o en el silencio de la vida, el ánimo se agarra a la tierra, a los bienes que deseamos en la tierra, haciendo de lo divino, suelo, y de lo mundano, cielo de nuestro deleite, de nuestro gozar...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 1-IX-1936.

## 557.—ESBOZOS. LA RUEDA DE ORO

*En esta evolución de lo histórico español, hay que purificar también el teatro, haciéndole elemento educativo del pueblo.*—Rivas Cherif.

Siempre andamos a vueltas con el mismo tópico: el teatro tiene que ser educativo, tiene que ir sensibilizando, modelando vida interior, tiene que ser escuela amena en la que los hombres se acostumbren al regusto de las buenas sensaciones, al buen conversar, a la belleza en forma de palabras, de donaire, de emoción y de ingenio... ¡Qué sé yo cuántas veces se ha dicho esto! Nuestro afán renovador, o mejor, purificador, de muchas cosas —enseñanza, cultivo, legislación— se ha quedado cautivo en un mar de letras.

En lo español, el tópico centenario del «hay que hacer» ha sido como

propósito de hombre aturdido, veleidoso y charlador que cuenta y recuenta sus proyectos y no desenvuelve ninguno. Todo su entusiasmo es briosidad y vehemencia de frase, calentura de entendimiento, manoteos y gestos. Llega un momento en que se le oye como a loco que cuenta las peripecias del libro que dice que va a escribir, el asunto del cuadro que va a pintar, los pabellones de la fábrica que va a construir con un dinero imaginado que le van a prestar. La gente le escucha fingiendo parabién, pasmo, un asombro literario de actor, de alma sencilla que encuentra algo grande o que oye un pecado de quien creía un santo o un hecho virtuoso de quien creía relapso en todo mal, esas dos sorpresas tan frecuentes que nos hacen recelar de la apariencia. Después, la gente se ríe, hace fiesta del frenesí del loco o del iluso, que es la fiesta más continua que celebra el mundo. Pues con esto de la renovación de muchas cosas ocurre lo mismo. A fuerza de oír que se va a hacer, la buena gente ve que no se hace, y llega a un escepticismo humorístico, a una desconfianza semejante, a la que sentimos en la calle, en el ferial, cuando un mercader ambulante elogia a grandes voces la eficacia infalible de sus pomadas o de sus yerbas.

Ciñéndome a eso del teatro, recelo de que el tópico salga de su añoso yermo para hacerse flor, vida, algo así como pensamiento que empieza a crear según va naciendo, no como propósito ya sutilizado, maduro, que no aprende a andar fuera de la memoria, del deseo; que no se hace voluntad andariega, que se queda siempre en remeditación, en rumia, en espera, en ausencia de lo exterior. Más vale malva de ejercicio, de movimiento, que cedro de ideas escondidas, quietas. Y vale más arroyo que riega algo, que fertiliza un palmo de tierra, vale más, repito, ese pequeño surco de agua, que pozo hondo, arremansado, sin correr, o que lago bello con orillas arenosas. Yo prefiero a una rueda de oro, quieta, sin hacer nada, una rueda de molino, andando al son del agua... Pues con las ideas sucede igual. Es mejor verlas en trajín de alfarero, de retejador, de hortelano, de cualquier faena humilde, que sentirlas repujadas, monumentales, hechas palacio o museo y no dejarlas ver.

En esa pretendida renovación del teatro español casi todo ha sido rueda de oro quieta. Lo mercader ha podido más que lo artístico, lo fino, lo esencial en el educar palabra y el sensibilizar espíritu. Excepto algunas perlas de hoy y de antes, todo es morrillo, barro, estanque seco. Risa excesiva, anécdotas de intimidad de amantes, de líos familiares, de engolamiento anacrónico. Exaltación de estímulos sexuales, deformaciones de costumbres rústicas, lo exagerado de la manía, de la avaricia, de la timidez, de lo bobo, de lo ingenuo... Sobre todo, muchas carcajadas, mucho adulterio provocando regocijo, mucho ritmo de mozas... Puede decirse del teatro que es un cam-

po verde por donde pasan maridos burlados, muchachos anormales, danzaderas, morfinómanos, señoras raras, señoritos que hablan y andan como señoritas, episodios de la noche, celestinas, tipos que se embriagan, doncellas que hablan como si no lo fueran, hombres de ánimo débil, propicios a todos los aires del claudicar. Es decir, todo lo que calienta sangre o humor, no lo que va entibiando alma, creando conciencia del vivir, de lo artístico y de la conducta. Más que escuela, es barrio de gente perdida, salón de baile, café cantante, lugar de jarana. Unas ilustraciones, en fin, de novela verde hechas por un dibujante que dibuja muy mal. Nada más que conflictos de la materia, relato inmoral en diálogo, chistes, danzas...

Precisamente la purificación del teatro está en el destierro de todas estas cosas que no enseñan más que torpeza, que equivale a aprender a perderse. Y el teatro debe enseñar a salvarse. Debe ser jardín, templo, cátedra, no lupanar ni complemento de aprendizaje de vicios ni patio de Monipodio en el que se aprende a tratar con ladrones e hipócritas... Debe enseñar al hombre lo bueno que hay que ejercitar, no lo malo que se hizo; lo que hay que hacer, no lo que hacen los crapulosos, los avarientos de placer, los maniáticos. Avezarle a lo bello por espíritu, por costumbre, por poesía, por dignidad y hasta por sacrificio. Pensamientos bellos en palabras sencillas, no palabras groseras de pensamientos vulgares.

El teatro tiene que ser algo más que un entretenimiento del que no queda más que un recuerdo de risa, de voluptuosidad, de llanto trágico o meramente sentimental. Tiene que ser vasto campo sin bastedad fea, por el que veamos pasar gentes que cantan alegrías limpias, desventuras consoladas, verdades que creen en nosotros verdad pura, fantasía amable que sea para el ánimo del hombre lo que la vacación y el aire libre para el ánimo del niño. Suave ironía para el defecto, el error, el envanecimiento... Y representación estética de criterios acerca del optimismo o del pesimismo del mundo, de los estados de conciencia, de los rumbos que tiene que seguir la costumbre para hacerse moral o de los caminos que debe seguir lo moral para hacerse hábito, para fecundizar...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 6-IX-1936.

Os voy a contar un episodio sencillo, para ir a parar a una consecuencia también sencilla. Instantes de la vida de un niño, que me han hecho pensar en siglos de Humanidad; cosa pequeña, motivo frecuente de la calle, que le lleva a uno a la consideración mental y espiritual del gran motivo del mundo...

Yo voy paseando por la orilla del mar y me fijo en un niño que empieza a mirar un poco avergonzado, con ese aire infantil de conciencia intacta. A estas horas la ribera es una ringle de inocencias. Le contemplo en la orilla, con las piernas colgando hacia el mar, entre la lata de carnada y el cesto de listones morenos, cesto de aguinaldo de aldea o de juguetería de feria rural, cuando el otoño empieza a morir en la muerte de los campos amarillos. Contemplar a un niño que empieza a atreverse o que empieza a avergonzarse es sentir, entre la malicia del tiempo, la poesía viva de una iniciación de conciencia, de la conciencia naciente del carácter por optimismo o por desánimo, por jovialidad o por recelo.

Entre los otros niños, este niño en que me fijo es una representación exigua del fracaso, de mala suerte, de cuidadosa labor que no acierta. Por eso mira así a las aguas turbias de este estuario grande y manso. Y piensa uno aquí, en esta ribera de madera ennegrecida, a la sombra de las altas grúas, en todos los desvelos estériles de los hombres que ponen voluntad, hincapié, vehemencia y devoción en cualquier labor que aman, en labor de sustento material o de inquietud de espíritu, y no pueden, no pueden contentar el ansia, se marchitan en imposibilidad. Hombres que quieren ser lo que no pueden ser, que no aciertan, que nunca acaban de aprender, que andan siempre detrás de lo que jamás alcanzan, que ponen amor en una cosa y no saben conquistarla. Es la tragedia íntima del intento sin fuerza, sin maña, sin vitalidad, sin experiencia hecha camino.

Así este pobre niño, enclenque, sentado a la orilla de la bahía descalzo, y flaco, va sintiendo la amarga vergüenza de su fracaso. Su caña tiembla como si fuera rama seca de su ilusión medio rota. Nunca sube nada, nunca sube algo que sea como presencia de nido o de fruta para su ánimo. Las horas serán para él impaciencia de creer repetidamente que se va a llegar y no llegar. Algo así como muchos jueves seguidos sin vacación. Cada movimiento brusco, demasiado brusco, de su caña de abajo hacia arriba, es un no lograr esperanza, la sorpresa que no se quiere, sorpresa de vacío inesperado, de palabra mala esperando la palabra buena, de engaño del que pretendemos engañar. Mira lo mismo que si su alma estuviera llena de miedos

recientes. Otro intento, muchos intentos en la tarde limpia de esta ribera de tabla, al margen del gran río de las calles. Y todo vano, todo estéril, todo en ausencia estando tan cerca, tan poco hondo, tan placentero y tan abundante para los demás. Su caña es la única que no sube nada. Y como no sube nada, estos pobres ojos intactos de visiones malas o incomprendidas, empiezan a mirar un poco avergonzados. Y yo empiezo a presenciar la primera vez, quizá, que un niño siente esa sensación de derrota, de inferioridad, de achicamiento del brío moral. Se va dando cuenta de lo inútil de su paciencia, del tiempo que hace que está allí vaciando y llenando el jarriillo azul de su ilusión, como pidiendo un asentimiento milagroso al mar, una limosna que quite todo el hambre.

¡Qué ansia pone la criatura al lanzar su anzuelo, al subirle, al volver a lanzarle a secretos de fondo impuro! Yo siento una profunda simpatía por estos malogramientos del afán, de la esperanza, de la fe en una cosa sencilla. Una simpatía dolorosa por lo fracasos de la actividad en que se ha puesto lo más intenso y dulce del corazón. Trajinar paciencia, frenesí, esfuerzo, ansiedad, sacrificio y no lograr nada es la mayor desgracia que puede acongojar el alma... Y es un niño, un niño, señor el que está experimentando ese tremendo sentimiento de no acertar, de fracaso, de presentimiento de burlas, de esas prohibiciones bárbaras del sino...

Ya luego viene el día artificial de la noche de la ciudad. El niño sigue subiendo y bajando su caña. Ya se hace más visible la pena de lo contrario al deseo. Este pobrecito, vino a jugar y se encuentra con que se ha sentado a sufrir, a jugar sufriendo, que es lo mismo que obedecer odiando. Su cesto de listones morenos está vacío, sin la gracia plateada y bermeja de la cosecha del mar. Los de los otros niños se han ido llenando lentamente. El pone más cuidado que los otros, más fervor, más caricia de alma en el intento; ese entregarse a la afición, al afán, a la idea, con el espíritu en esmero y en desvelo, con lo íntimo puesto en los ojos, en el tacto. Y, sin embargo, el trajín resulta baldío como una mala tierra, como playa, como manzano seco...

No sé si es ternura de padre o sentimentalismo de escritor lo que me hace acercarme al niño que no acierta a pescar, al borde de leño, donde el cesto me parece cosa representativa de trabajo vano, de miseria no consolada. Y digo una broma que pone al niño más triste. Es también muy amargo no acertar a consolar. Esa broma que yo pensé que sería un alivio, resulta una mortificación, un golpe más en la pesadumbre, un hacer ver que he visto la derrota. Lo hago con intención de consolarle, y él cree que me burlo de su tristeza, de su vencimiento. Es una desgracia que un pobre niño piense de uno así. Me aparto remordido de mi fracaso, culpable, contrito, pensan-



do en que el fracaso más angustioso es el de no acertar a curar otro fracaso, un alma, una conciencia. Todos se aprestan a marchar con sus cañas al hombro, con sus peces. Las grúas ya hace rato que han dejado de cantar ruido. El niño enclenque también empieza a recoger sus avíos. Y algunos de los otros se ríen del cesto vacío, y dicen esas palabras que los niños aprenden de los hombres cuando éstos se burlan. Es terrible el convencimiento de que la mala gente se ha dado cuenta de nuestro tropiezo.

Entre las risas, la cara del niño desafortunado dice penas de volverse sin nada, vergüenza, amor propio remordido. Al agacharse a coger el cesto se limpia los ojos con la manga. Los otros se ríen más, alborotadores, como del tonto, como del infeliz de todas las escuelas que siempre se equivoca. Después se marchan, ufanos de su suerte. Y entonces otros niños van echando unos peces en el cesto vacío. Y dicen que no se apure, que ya aprenderá a pescar, que vuelva mañana y le enseñarán.

Ante esta escena sencilla a la orilla del mar, yo pienso, también sencillamente, en meditación de niño, que en el mundo sólo hay dos tendencias: hombres que se ríen del fracaso del hombre, que se alejan burlándose; hombres que se acercan a llenar el cesto vacío, a consolar, a enseñar...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 14-IX-1936.

## 559.—ESBOZOS. CAMINOS DE PERFECCION

¡Qué bien sale el elogio cuando responde a un impulso espontáneo de conciencia, al sabor que dejan en la mente y en el sentimiento las cosas que nos agradan por humildes, sensatas, justas, bellas, por cualquiera de las cualidades que dan bondad y confianza a la vida! Yo quiero hacer hoy un elogio del entusiasmo. El entusiasmo es el misticismo de la actividad, la suprema fuerza espiritual del hombre, exaltación de alma, de lo imaginativo en eso que yo llamo prisa lenta, que es andar siempre, como en paseo, tras un propósito, no correr, no precipitarse en esa otra prisa de urgencia aturrida, vanidosa, egoísta, que hace caer, que malogra términos. Seguir a una cosa —ideal, vocación— con entusiasmo de prisa lenta, no en carrera ambiciosa, con trote, es llegar naturalmente, con sencillez, sin percance, sin

gran asendereamiento del brío, lo mismo que un labrador va haciendo el surco. Consideremos que la naturaleza no tiene prisa para cambiar sus colores, para madurar, para su perennal trajín de pintora de tierra. Pero siempre va andando hacia metas de crecimiento y de vitalidad, con paciencia y sin impaciencia, peregrina de un ritmo constante. Este ejemplo eterno, llevado al entusiasmo, da la pauta a los pasos del hombre que va buscando su cumbre, su linde.

En la biografía de las grandes voluntades, la lentitud, el paso a paso, la cautela, han hecho llegar mejor y primero que en lo biográfico de esas otras voluntades vehementes, de galope, que se pasan de su raya normal, desbocadas, o se desvanecen en un clima prematuro. Tal es mi táctica en arte, en la labor, y lo que yo suelo aconsejar a los que me hacen la confianza de un propósito artístico o meramente humano, material. Y les cuento aquella fábula graciosa de Tagore, en que un caracol llegó a la punta de la colina mucho antes que la liebre. Detener al entusiasmo, no. Sería tanto como dejar contrahecha, inválida a la personalidad, como no dejar curso al agua que va a parar al molino. El entusiasmo es el río, el aire que hacen molino de ruedas o de aspas en nuestro espíritu, en la mente, en las manos. Detenerle, repito, no. Pero hacerle meditativo, sereno, sujetarle a normas concretas, quitarle lo impetuoso, sí. Es decir, dejarle andar, andar siempre, más como estudioso que pasea de un lado a otro de su biblioteca o de su jardín, que como corredor de olimpiada o como quien lleva una buena noticia a personas que quiere o una mala noticia a personas que aborrece...

Ese suave entusiasmo, fino, consciente, de prisa lenta, de reflexión, es el que yo vengo observando en el Comité de Cultura encargado de establecer bibliotecas en los barrios populares. Entusiasmo que ha venido largo tiempo poetizando la idea, espiritualizándola, haciéndola inquietud natural lo mismo que un problema familiar, lo mismo que cualquiera de los muchos trances corrientes que tienen relación con nuestra manera de comprender la vida. Elogiando al entusiasmo, elogio yo esas preocupaciones estéticas y culturales, que constituyen tendencia recta, que hacen camino de verdad, no de engañosas sutilezas, paralelo al otro sentir, al de la consideración del hombre como conciencia, como carácter desposeído del miedo anacrónico al mundo, de la esclavitud de los malos instintos. Esas bibliotecas me hacen pensar, también con entusiasmo, en la coincidencia de mi, quizá, impertinente manía de escritor, siempre esperanzado en el milagro del libro, del arte, con la realidad de estos hombres que fundamentan lo nuevo, lo porvenir, en consecuencias de lecturas, de contemplaciones bellas que estimulan dignidad, sentimientos cordiales, apaciguamiento de vicios, de malas costumbres, de querencias excesivas a lo que menoscaba inteligencia y moral.

En los barrios populares esos libros serán como experimentos de semillas extrañas en tierra que empieza a cultivarse. Yo tengo una fe inmensa en estas sementeras de letras, de emociones artísticas, de poesía, aunque nada más que se busquen por entretenimiento, por descanso de la memoria ensombrecida de recuerdos lamentables, no para llenarla de revoltijos didácticos, de ciencia, de nombres famosos por lo que escribieron, lo que sufrieron o lo que inventaron. Conque se vaya llegando a la sensibilidad, a la conciencia, y se cambien por sugestión literaria algunos conceptos de lo que es uno y de lo que son los otros, de lo que nosotros representamos para los demás y de lo que éstos deben representar para nosotros, ya es bastante como comienzo, como aprendizaje de vida individual para llegar a la comprensión justa de la vida colectiva. Unas páginas han cumplido su destino, aunque no dejen conocimiento, cuando suavizan alma, cuando enseñan a descubrir motivos de emoción, de paz, de optimismo. El hacer descubrir estas causas debe ser la suprema aspiración del artista. Y el presentarlas bien cernidas, bien lavadas, doncellas, niñas, en una pureza de sinceridad y de amor.

Como el mundo ya sabe demasiado, más que sabiduría hace falta sentimiento. Y aquí sale otra vez mi manía del sentimiento, en el que yo resumo mi criterio de civilización. Esta cualidad tiene para mí una categoría máxima; categoría del mejor verso y del más bello paisaje que uno recuerda, de la sonata más armoniosa y dulce, del primer beso en la frente del primer hijo. Más que en lo intelectual, estricto, frío, aunque sea muy laborioso, creo en lo sentimental inteligente ejercitándose, sonriéndose, no llorando en una teoría sin más práctica que las lágrimas. Aunque el libro no haga al hombre dechado de conocimientos instructivos, no importa. Conque acreciente, afine y oriente su sensibilidad, basta. La sensibilidad educada es la sabiduría del espíritu.

Libros que vayan enseñando buen estilo de actividad moral a las almas, que hagan nacer entusiasmo por causas nobles, justas, por la belleza en forma de paisaje, de pensamiento, de costumbre. Libros que más que el comentario del pasado, de lo muerto, más que a la censura de lo malo que se hizo y de lo bueno que se dejó de hacer, enseñen lo que hay que hacer en el presente. Libros que despierten amor por la Naturaleza, por los problemas esenciales del hombre, por el raciocinio desmenuzando conceptos, efectos, fondos de vida, maneras de conducta. Y, sobre todo, que inculquen entusiasmo en la entraña de un gran propósito, en el alma de una afición limpia por cualquiera de las cosas capaces de abonanzar al mundo.

Si no se puede conseguir una mayoría que comprenda y practique así, una mayoría del entusiasmo y del sentimiento, la historia continuará siendo

el mismo cuerpo viejo, achacoso, vestido con ropa nueva, el mismo camino pasando por los mismos sitios...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 4-X-1936.

## 560.—ESBOZOS. LO BARBARO Y LO CRUEL

En los periódicos el verbo humanizar, tan extraño en las conjugaciones espirituales, es ahora, en la desgracia, en el estruendo, como un villancico tierno que se oye entre unas trompetas de Jericó. Una palabra que ciñe a un gran deseo de templanza, de remedio, de suavidad, me da siempre una pura sensación de flor y de fuente en yermo, de sonrisa en semblante hosco, de frase bella, profunda y casta en un libro malo. Pero son más abundantes, más de todos los días esas otras impresiones de las palabras que hacen pensar en la imperfección que no desea la enmienda, que las compara uno con el microbio, el veneno, la cizaña de los campos, el rayo. Palabras que destruyen, palabras que son como manos inconscientes o malas que arrancan de un libro predilecto las páginas que más nos gusta repasar, palabras que son como obstáculos a nuestro amor, al pensamiento, a la esperanza revoleando en un cielo de meditación...

Humanizar, antes y después de la doctrina del Renacimiento, es la palabra universal, llena de antigüedad, de desprecio, de historia, que siempre es actual en todos los presentes del mundo. Es una vana antifonía de todos los siglos, el estribillo de toda la lírica sentimental. En lo pacífico y en lo guerrero, este vocablo patriarcal tiene prestigio teórico de síntesis evangélica, de sabiduría que sabemos que existe, pero que nunca acaba de salir de lo inédito. Humanizar es fórmula que todos sabemos plantear y muy pocos resolver, porque nos hacemos un lío con el egoísmo, la envidia, la soberbia, la mala fe, la avaricia, la indiferencia... Es lo mismo que cuando vamos a hacer un favor y llegamos tarde porque nos han entretenido en el camino unas gentes que nos ayudan a murmurar, un negocio inesperado, unas palabras tentadoras de mujer, un incidente en la calle.

Siempre ha ido la humanidad pensando en hacer el favor de humanizar por las interminables calles de la historia, pero nunca han faltado negocios que la sugestionen, goces de murmuración, mujeres que interrumpen, sucesos graciosos que la entretengan, impertinentes que la desvíen, asuntos pro-

píos que salen al paso, urgentes y bienqueridos, y cambian la dirección del andar del buen propósito, alejándola del lugar adonde quería ir. Es decir, el deseo de humanizar ha sido lo mismo que un peregrino movido por un fin santo y que no llega a su Meca, a su Compostela o a su Jerusalén porque en el camino le han tentado, muy a menudo, los mesones, las mozas de las ventas, los bergantes de los naipes y de los cubiletes, los fogariños del invierno, las sombras y las frutas del estío... Y no ha tenido fuerza de voluntad, devoción bastante para seguir, aún sin echar en olvido el deseo de llegar...

Ahora se trata de humanizar la guerra, lo bárbaro. Hay diversas formas de barbarie vulgar. El egoísmo es una forma de barbarie. Y la embriaguez, el marido que apalea, el niño que enflaquece de sufrimiento, de hambre, la viuda que se pierde por menosprecio del mundo y amor de hijos pequeños, el viejo ciego de la esquina, la venganza por un grave pecado que nos descubren no por calumnia o por afrenta, la niña que sabe cosas de mujer, el hombre que se muere por no tener dinero para curarse, los rincones del avaro, la capilla del sentenciado a muerte... Pero la guerra es una barbarie extraordinaria. Lo vulgar, lo corriente bárbaro es cosa demasiado vista que ya no llama la atención. Lo vulgar bárbaro es cosa familiar como el aire, el color de nuestro ambiente, pregón que oímos todas las mañanas al despertar, costumbre. Aquello que se repite con frecuencia acaba por desvanecer la sensación, por quitar el regusto o la lástima. Mas lo extraordinario, la guerra, que es amontonamiento de todas las miserias, de todas las vanidades, de todas las avaricias, de los defectos de todos los instantes, de todas las barbaries corrientes, diarias, la presentación conjunta, en tumulto de lo malo de todo los días, da impresión de fenómeno, de gran torrente en país reseco, de huracán largo. Y entonces la palabra humanizar adquiere más clamor, como cuando las trompas suenan por encima de las flautas y de los oboes de la orquesta. Antes eran susurros, sonos suaves, aislados, palabras de conversación familiar, de monólogo de filósofo, de poeta, de hombre bueno. Ahora es estruendo, órganos en notas de tempestad, de muerte, voces de motín, de aviso de incendio...

¿Qué es humanizar la guerra? Humanizar la guerra es dejarla en su sentido estricto de bárbara. Es no hacerla cruel. Hay una gran distancia de lo bárbaro a lo cruel. La misma diferencia que existe entre matar de un tiro y matar lentamente, recreándose en el dolor que hacemos sentir, en el llanto, en la angustia, en la humildad trágica de unas súplicas estériles. La barbarie puede ser inconsciencia, ira que desbarata con fiereza por vencer o por defenderse, prisa en destruir lo que estorba o lo que se odia, lo que nos ofende o lo que tememos, cultura imperfecta... Y lo cruel es

complacencia en lo que se hace sufrir, insistencia en los motivos de dolor, sadismo, prolongación del suplicio cruento o moral, calvario que se alarga en el camino y en la cruz. Suprimir el obstáculo bárbaramente no es lo mismo que suprimirle con crueldad. Lo bárbaro es cercenamiento rápido, impetuoso; prisa que no se detiene a mirar lo que ha hecho, devastación de paso. La crueldad es mortificación, lentitud en el castigo, en el martirio, vengar en el inocente el odio al culpable, atormentar despacio...

En las guerras, lo bárbaro, que es su característica natural, es bastante para vencer o para que nos derroten. Lo bárbaro comparado con lo cruel, tiene categoría de virtud.

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 11-X-1936.

## 561.—ESBOZOS. EL HOMBRE DE LAS MALAS NOTICIAS

No hay hombre sin manía. Unas veces es consecuencia de amor a ciertas cosas que conceptuamos como la esencia, el impulso, la savia espiritual de nuestra vida. Otras veces la manía responde a esos sentimientos sigilosos, secretos, siempre en barullo de mal propósito, sagaces en descubrir alegrías que entristecer, honra que calumniar, fiesta, pensamiento o fe que turbar, cosa jovial a la que hace perpleja, taciturna. Manías que salen del bueno o del mal corazón, inofensivas o agresivas, nobles o falsas, cínicas o encubiertas. Manías que hacen bien a nuestra alma, que nos retemplan, que nos entretienen, que nos consuelan, que nos dan momentos de felicidad por amables esfuerzos imaginativos. Y manías que hacen mal a otras almas, que destemplan, que crean preocupación, miedo, desconfianza...

Muchos de los episodios más salientes y encumbrados de la historia, no han sido hechos por conceptos puros de doctrina, por interpretación de filosofías densas, remeditadas, por entusiasmo de creencia, ni siquiera por imperativo fiel del verdadero carácter. Han sido resultados de grandes manías en expansión fuerte; manía del amor propio, manía a tendencias porque los hombres que las representan nos son antipáticos por el habla o por la raza; manía a costumbres porque no las sentimos aunque sean bellas, sencillas, plenas de emoción artística; manía a ciertas pretensiones que tratan de menguar nuestros entrometimientos... ¡Cuántas veces, por simple manía, se va



en contra, públicamente, de aquello que en secreto nos parece acertado, ingenioso, justo!

Hoy quiero aludir superficialmente a una de las infinitas páginas del inacabable libro de las manías, que es la enciclopedia escrita por lo ignorante, lo mediocre y lo inteligente del mundo, en colaboración incoherente, desacorde. Algo así como una larga epístola escrita, en relevo, por un filósofo, un poeta, un místico, un fanático, un malvado, un pícaro, un monje, un ladrón, un hipócrita, un bellaco, un guerrero, un pastor... En los grandes acontecimientos, que son contento de unos y pesar de otros, esta vulgar característica de la manía a que yo quiero referirme, es siempre torcedor, puñetazo maligno, golpe en la nuca, sorpresa mala cuando vamos a lugares buenos. La comparo yo a esas zurras que nos daban de niños, rompiéndonos la ilusión, en alba, de un cerezo próximo, de un hurto inocente, de un pacífico contemplar desde la orilla las burbujas de la corriente, lejos de la monotonía de la escuela. Ilusiones de fruta, de agua, de arenas, de praderas, las más ahondadas en la imaginación infantil. Esa manía, que es zurra a hombres que esperan, que desean algo vital, que van pensando en las posibilidades de un éxito, peregrina ahora por las calles de la ciudad, ladina, comedianta de tragedia, con aire triste, mirando compasivamente, con gesto de pésame, como recadista presuroso de hospital antiguo, avisador de trance de muerte...

Se trata, sencillamente, del hombre de las malas noticias, ciertas o inventadas, que anda por ahí resecano esperanzas, desvaneciendo sonrisas, interrumpiendo los pensamientos que cada cual pone en el máximo deseo de su ideal o de su egoísmo. La manía del hombre que goza entristeciendo a la gente, confundiendo presentimientos, confianzas, desviando meditación, resolviendo sensaciones. El que dice a cada uno lo que más pueda inquietarle; el que esparce contrariedad, incertidumbre, temor; el que nos habla, adrede, de lo que más nos atormenta, de lo que no quisiéramos oír, de lo que es como contacto recio de ortiga y de vidrio en nuestro ánimo. Tipo eterno, de todos los días, que nos busca para hablarnos bien del que nos ha ofendido, para hablarnos mal del que nos ha consolado, para dejarnos el resquemor de una sospecha, de un engaño, la preocupación de un peligro, el tambaleo de un afecto, la terrible duda por cosas que creíamos buenas, puras, casi perfectas.

En estas circunstancias de lo español, el hombre de las malas noticias exalta su perversa manía con entusiasmo de leñador que tala o de batán que golpea. Entusiasmo de hombre malo de aldea que se venga metiendo miedo a los muchachos, enturbiando la fuente, arrancando unas plantas, tirando una cerca, una choza, dando veneno a unas pedresas ponedoras. ¡Siem-

pre contando lo contrario a lo que deseamos, lo opuesto a nuestra ansia, lo que desazona y entristece! Es siempre como la palabra aborrecida, el camino que nos recuerda trances malos, el libro que no queremos volver a leer, la carta que no quisiéramos recibir, la compañía que nos estorba, el encuentro que nos entorpece una apacible meditación o una andanza moral por un itinerario de arrepentimiento o de memorias intactas de culpa.

Ni una concesión, ni una afabilidad, ni un pequeño resquicio por donde ver nuestra luz. Todo el revés de nuestra ansiedad, de lo que ama nuestra vehemencia, de lo que deseamos que sea como nosotros queremos. Así se pasa el día, rechoncho o enjuto, espigado o robusto, sorprendiendo a los conocidos con el relato de lo que más les desagrada, anticipando fragmentos de episodios desgraciados, rectificando lo que creíamos y lo que queríamos cierto, pasando y repasando la reja de su palabra por el surco de nuestra curiosidad, ya angustiada y bisunta. Un estorbo así es manotazo en la gracia del ensueño, embadurnamiento de gozosos paisajes espirituales en los que se recrea el hombre paseando intenciones, anhelos, formas de sentir y de desear...

Ahora abundan mucho estos enturbiadores de las buenas sensaciones. Antes era lo particular, la noticia del amigo que nos engaña, del gesto que hizo un enemigo al oír nuestro nombre, de la calaverada de un hijo, de un hermano, del mal concepto que se tiene de unas palabras nuestras. Noticias de claudicaciones de la amistad, de rumores acerca de nuestra actitud, de interpretación caprichosa, mala, de nuestro pensamiento, de cosas menudas de la calle, de la familia, de la profesión, de los negocios.

Ahora, en lo general del tremendo drama ibérico, sus palabras son como zurras a lo enardecido de las tendencias dispares, a lo infantil o lo viejo de los pensamientos. El hombre de las malas noticias es para los espíritus como río turbio, desbordado, arrancando adornos del paisaje, tapando colores, senderos, desolando huertos... O como periódico que nada más que contara desgracias, adulterios, estafas, descarrilamientos, crímenes...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 25-X-1936.

La dirección general de instrucción pública de Santander se propone el establecimiento de un Museo regional, asociación del arte esparcido en nuestra geografía...

En lo montañés, lo artístico, es profuso y diverso por estilo de escuelas y por formas etnológicas. Popularmente se manifiesta desde las abarcas que repican en las piedras hasta la choza del más alto monte con su masesa, su cayado y su cuenco. Arte humilde —de navaja, de legra rizada, de pedacito de vidrio raspando leño verde, de negros y bermejos, los dos colores prehistóricos— que pondrá una nota agreste, patriarcal, al lado de los hombres extraordinarios en una tabla, un lienzo, una piedra, un madero. Arte del pueblo, amigo de la madera, que es su utilidad y su recreo, su lumbre, su apero, su calzado invernal, su entretenimiento hecho cayada, flauta, castañuela, sonajero, rabel... O pájaro, rostro con nimbo, rama de guindas, cristos, luceros, crecientes de luna en un respaldo de banco largo de cocina, en una rueca, en la tapa de un arca, en los pequeños cuarterones de una puerta de alacena. Lo inteligente de esos hombres del campo, desconocidos, sin vanidad, que se pasan la vida trazando rectas hondas en la tierra, haciendo yugos y ruedas, remendando colleras de campanillas, componiendo cedazos. Afanes humildes del pastor, del tallista aldeano, del que hace campanos, del alfarero, del que construye abarcas, barajones para andar por la nieve, orzas de abedul, taburetes de fresno; afanes sencillos del niño que hace bigaros, del viejo que labra cabezas de picaza en la punta de un palo, del hombre que trenza hilos de serda, de la mujer que trabaja con el lino, el sayal, la lana...

Ya los periódicos han cantado al tema con una buena mezcolanza de ideas y de lírica. Yo, un poco rezagado, también quiero echar mi cantar desde la cumbre de mi entusiasmo, como un pastor cualquiera trovando en soledad a una de las cosas más queridas del monte, del monte que es su vida, su gozo, su sufrimiento, su consuelo, su libro de horas. Porque yo he hecho del arte el monte de mis pastoreos espirituales, una especie de majada desde donde el valle se ve pequeño y el cielo grande. En sus colinas, en sus altos caminos, en sus colores, en la música de sus aguas y de sus hojas, en la emoción de su silencio y de sus tormentas, ha encontrado mi alma los gustos más largos y más verdaderos, grosella y fresa de sensaciones puras, de Naturaleza en flor. Es como un mundo en el que uno se encontrara con el hombre más justo, con la mujer más buena y más hermosa, con el niño más inocente, con el anciano más afable...

Para un enamorado del arte, un Museo es cordillera inmensa en perpetuo mayo, en la que los ojos jamás perciben huellas de invierno, amarillos de muerte; calvero estéril, arroyo turbio, fuente seca, flor marchita. Todo es vitalidad amable de primavera, esa pastora galana que empieza a bordar en abril cantando en mil picos. Por eso un Museo tiene para mí —y deseo que tenga para todos— sensaciones de buen tiempo del ánimo, de lugar al que uno va a aliviar los mínimos remordimientos, pasiones, memorias acres que a veces nos interrumpen el sosiego de unos pensamientos nuevos y regocijados; esos malos recuerdos que nos sorprenden cuando más contentos estamos... Un Museo es mundo siempre florecido, un mundo silencioso, de entusiasmos, de preocupaciones salvadas, de esfuerzos que consiguieron realidad, de deseos difíciles, de espíritus que se fueron quedando en aquella penumbra, en los ojos de aquel caballero, en aquel semblante plácido, en aquella parcelita de campo, en aquella orilla de mar. Estela de las jornadas más fértiles de las civilizaciones, fantasía hecha verdad de formas y de ocre, rubios, púrpuras, cenicientos, azules, gredas, cárdenos. Y verdad que parece fantasía, historia que parece leyenda. Un Museo es, en fin, todo lo magnífico del espíritu del mundo sobreviviendo, eternizándose en el alma de épocas sucesivas...

Esa iniciativa es buen pensamiento que lleva gala a mi imaginación, que me brinda deleite en el sentir, lo mismo que un paisaje, la sorpresa de una virtud, una bella estatua, un buen ejercicio de costumbre que tienden a amabilizar la vida, a quitarla roña. Motivos así son para el escritor lo que para un místico de cualquier vocación, señero, el encuentro con un compañero que siente el mismo desvelo, la misma manera de confortarse y de sacrificarse. Esa iniciativa es compañera de mi ideal, compañera de mi sentimiento y de mi ansia, compañera de mi concepto acerca de cosas fundamentales para la profundidad y la extensión de la vida del hombre, para la forma de purificar modos que son signos negativos en el andar del mundo, señales que engañan, que desorientan, que hacen equivocar el camino.

Para mí, ese propósito, ese buen pensamiento, tienen el sabor de una de esas raras noticias que nos alegran, que nos hacen considerar a la vida despojada de su mentira, que nos hacen sentir fiesta en la conciencia, confianza, impresión de buen hallazgo... Este es el mayor y el mejor elogio que yo puedo hacer de ese propósito que trae a lo montañés un estímulo más para la riqueza del espíritu, un concierto de todos los sonos artísticos desperdigados en los pueblos monteses, en los pueblos cartujos de los valles. Pueblos que ya por sí solos son Museos abiertos, eternizados en ese otro Museo de los campos en el que siempre está pintado el Sol. Museo vegetal que hace mejor al alma, como un libro, como una doctrina, y al que

también es preciso llevar los paseos, los descansos y la curiosidad de los hombres de las ciudades...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 1-XI-1936.

## 563.—ESBOZOS. LECTURAS INFANTILES

¡Pues ya lo creo que comparto tu iniciativa, amigo Urano Macho! La comparto y además la animo en mí, porque veo en ella una máxima preocupación de romper ramplonerías educativas y, mejor aún, un desvelo constante de idea que no está a gusto con las malas rutinas, que quiere, sin envanecimiento, buscar maestría a los rumbos infantiles... Precisamente una de mis antipatías hace ruta hacia ese estilo de la literatura infantil que más que conceptos ejemplares de humanidad, de razonamiento, de táctica y de naturaleza, presenta modos de engañar, heroísmos imposibles, afectación del sentimiento, disimulo, las cosas que con tanta sutileza practican los hombres por miedo a la vida o por técnica contra otros engaños, otras afectaciones y otros disimulos. Así resulta que la existencia en vez de ejercicio natural de sinceridad, de conciencias libres, de verdades, es encontronazo de hipocresías, de miedos, de mentiras viejas con las que se quiere seguir dando norma invariable, chabacana, a la marcha del mundo...

Lo primero que hace falta en la formación intelectual y moral del niño es el aprendizaje de la sinceridad. Sinceridad quiere decir conciencia valiente, intercambio de pensamientos puros, veto a lo falso, que es el principio universal por el que se han venido rigiendo los tratos, las conversaciones de los hombres, las conversaciones que van formando el acaecimiento, la historia. Lo falso, en la palabra, en el ademán, en el juicio externo, en el saludo, en esa especie de liturgia social, vulgar, que se llama cortesía. Toda la literatura infantil debe ser un canto sencillo a la sinceridad, porque de esta condición es de la única que puede desprenderse la fuerza pacífica capaz de remover las entrañas espirituales del mundo. El hombre más culto no es el que más libros ha leído; es el más sincero. La insinceridad es una de las características más frecuentes de la cobardía. Y la cobardía es la que ha hecho el desafuero, la trampa, la humillación, el servilismo de la historia. Desde la infancia, en lecturas, en costumbres de ambiente, en hábitos familiares, se aprende a ser insincero, a manejar el engaño como elemento esencial de defensa. En las mismas rodillas de los padres se acostum-

bran los niños a mentir, a fingir, a estarse quietos por temor o por estímulo de regalo, de visión imaginativa de fiesta ofrecida, de cosas que le dicen que le van a comprar. Todo empieza respondiendo a un interés que soborna, que aquieta, que hace callar.

Desde los primeros años el hábito de la falsedad viste el alma del niño. Es el miedo el que empieza a mandar en su vida. Miedo a Dios, miedo a las barbas de los mendigos, a la oscuridad, al maestro. Se educa con miedo a los mitos que raptan y azotan, con miedo a la noche, al viento, a los pájaros de la tiniebla, al enfado del padre. Por miedo miente, por miedo corre o se está quieto, por miedo es diligente, formal, silencioso. Y cuando no es por miedo es por estímulo de recompensa a su compostura, a su aplicación, a su obediencia, a esas pequeñas virtudes infantiles que hacen pensar en los hombres que son buenos mientras no desaparece la amenaza o la dádiva. El temor y el regalo han sido los únicos elementos educativos, las disciplinas exclusivas del carácter, las dos tendencias de lo paternal y de lo escolar... Y las lecturas, simples narraciones de los mismos casos, de idénticas circunstancias, siempre a vueltas con el castigo y con el premio. Niños aplicados a quienes la gente acaricia y bendice al pasar por las calles, a quienes los padres compran peonzas, aros, carricoches. Niños desaplicados a los que la gente riñe y aborrece, a los que encierran en cuartos oscuros, a los que prohíben el paseo, la jira campestre, la feria. Siempre la fuerza jovial de la dádiva, que hace interesados a los hombres, egoístas, amables con el que ofrece y hoscos con el que no puede dar nada. O la fuerza iracunda del palo, prohibiendo, mandando, que hace a los hombres cumplidores de una obligación por miedo, no por amor. De esta manera el mundo se compone de ánimos sin más noción del bien y del mal que la que reciben de la ofrenda o de la amenaza. Casi nada se mueve por conciencia. Todo es movimiento por impulso de regalo o de temor, de recompensa o de castigo...

A formar conciencia, sinceridad, aborrecimiento del miedo al mundo, tienen que ir orientadas las lecturas infantiles, no a contar resultados de premio o de disciplina, según el ejercicio de la conducta. Conciencia, que es conocimiento y sentimiento natural, espontáneo, de la razón y de la verdad. Lecturas que infundan a lo novelesco, a lo histórico, al verso, una emoción de conciencia, que claven la curiosidad con más ahinco en las cosas sencillas, en los fundamentos vitales de la convivencia y de la fuerza espiritual... Y un humor fino, ingenioso, que se ría, en unas páginas, de todo lo que se humilla por ansia de medro, de lo servil, de lo medroso por superchería o por gesto de hombre que se cree superior y que todavía no ha perdido el resabio de la soberbia. Más que a indignarse, es mejor que el niño



empiece a reírse de las flaquezas cobardes del alma, de la avaricia, del que tiene miedo, del embustero, del vanidoso, del glotón... Presentadle estos tipos de tal forma que tengan para él impresión de careta rara, de hombre muy feo, de borracho que dice tonterías, de tonto fingido haciendo visajes en la barraca del ferial... Y sobre todo, eso de la sinceridad, eso de no tener miedo al mundo. Yo creo que casi todo lo malo se hace o que se piensa es por miedo al mundo, a este mundo tan falso, al que nada más que puede salvar una exaltación de lo sincero.

Mi pluma, amigo Urano Macho, que es la amanuense de mi conciencia, está al servicio de los niños. Me quedo esperando, pensando a solas en eso de lo falso, en eso de la sinceridad...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 15-XI-1936.

#### 564.—ESBOZOS. LA VOCACION Y EL OFICIO

El doctor Usandizaga dio el otro día unos consejos esenciales a las enfermeras. Lo científico se engarzó a lo sentimental en el sencillo aderezo de unas palabras maestras por saber y por sentir, las dos pedagogías máximas del conocimiento... Y entre tanta muerte, resucitó el tema, siempre actual, de la profesión y de la vocación. La profesión, en su simple y estricto sentido de actitud mecánica, de ganancia, de elemento de vida material. Y la vocación como cosa más profunda, más ideal, más alejada de la forma vulgar de comprender al mundo, peregrina de camino alto, amante pura del espíritu...

¡Qué se yo cuántas veces he cansado mi pensamiento en ese motivo quintañón del misticismo y del materialismo profesional! Gran placer pasar el rato pensando solitariamente en esta y en otras cosas con el regusto, con la lentitud sibarita con que otros beben, se hartan, cuentan monedas, forman proyectos de holganza. Un hallazgo de ideas que nos parecen nuevas, quintaesenciales, según va uno pensando, tienen alguna semejanza con el contento que dejan unos vasos de vino viejo. Se achispa un poco el alma y parece que la vida interior baila en una fiesta ritual, señera, en la que el entendimiento y la voluntad se divierten como novios castos en una bella soledad...

En todo el mundo, la profesión suele ser cosa que está siempre en esca-

ramuza con la vocación. Lo que se hace y lo que se quiere hacer se reprochan en uno constantemente, se zarandean como una simpatía y una antipatía que tienen que vivir juntas, como una santidad y una conciencia relapsa en el pecar, en una misma celda. En la profesión falta la gala de la vocación, que es el amor, el ansia de metas superiores que quisiéramos traspasar. Aparte las artísticas, son pocas las actividades que se calientan en ese suave frenesí que casi diviniza al hombre, trajinando en lo que ama. No hay impulso de entraña, de corazón, en el hacer. Es dinámica maquinal, mal aprendida, sierva del dinero que nos hace falta, del egoísmo, de un concepto de mercadería que se vende para comprar otras mercaderías. Cuanto más zahonda uno en la vida, en las costumbres, en los hábitos familiares llenos de resabios de mala tradición, más se afirma el criterio de que lo profesional es rutina, adocenamiento, medio de existencia física, no inquietud unas veces en arrebato y otras en mansedumbre, no afecto dulce, o mejor, no desvelo de enamorado siempre con un pensamiento alto, constante, entre los pensamientos chaparros de todos los días.

La profesión tiene que estar siempre florida en una primavera de vocación. Una actividad cualquiera, sin gracia subjetiva, sin contento de sí misma por lo que ejercita y por lo que proyecta y hasta por lo que ensueña, da impresión de árbol en el otoño, en el invierno, cosa viva que parece muerta. La vocación es la savia, la hoja, el rumor. Es naturaleza siempre en momento germinal, siempre en fecundidad de raíces, de revuelos, de ramas. Naturaleza de paisaje añoradizo porque es en el que mejor nos encontramos; de aguas que espejean árboles, alas, todo lo bueno que pasa por el cielo, estrella, nube, ave. Paisaje, paisaje que hace uno mismo adentro, sin amarillos, sin caída de hojas, sin nieve, siempre en galanura de mayo. Todo lo que en la profesión no sea así, es lo mismo que quien se casa por interés con mujer fea, o ya en las postrimerías de las ilusiones, por comodidad, por cansancio de vida ajetreada o solitaria en el cuartel de las pensiones...

Y aquí asoma, precisamente, la enorme diferencia entre lo profesional reducido al interés, a lo anodino del instinto por la subsistencia, y lo profesional por deseo predilecto, por compenetración, por todo lo que lleva al hombre a entregarse a las cosas. Es decir, la profesión como amante y la profesión como recurso. La actividad en idilio y la actividad en fastidio. Algo así como la mujer a quien se ama y con la que se conversa puramente, mandando en la palabra el cariño, la buena intención, la verdad; y la mujer que se busca o que no se busca por torpeza del instinto y con la que se conversa impuramente, mandando en la palabra el deseo desposeído de sabor de alma. Así diferencio yo lo que se practica con la sola preocupación del sustento

y lo que se ejercita con sentimiento. Y creo que es el símil que más concreta lo uno y lo otro: la profesión por cuerpo y la profesión por preponderancia del espíritu, la vocación y el mero concepto de oficio sin esta cualidad suprema.

La vocación es sencillamente la emoción en forma de gesto, de palabra, de mirada, de entusiasmo, de sacrificio, de propósito. Nada perdura ni vitaliza sin vocación, que es la arteria fundamental del ejercicio, el alma del deber del hombre, el gusto del trajín en la inteligencia, en el tacto... ¡El día en que al mundo le orienten en vez de los profesionales de las cosas, los que tienen vocación por las cosas!

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 1-XII-1936.

#### 565.—ESBOZOS. SENDEROS DE «FÁBULA»

«Fábula», ese elenco juvenil, de estudiantes, tengo entendido que va a llevar por ahí, por esos pueblos que son escenarios de costumbres en una prosa romanceada, el espíritu de unos cuantos ingenios que quedó en unos diálogos, en unos versos. Es un saludo de lo desconocido vibrando en el paisaje, remudando monotonía de semblantes, cayendo en la hondura de la conciencia como palabras pícaras, nobles o arrebatadas que van descubriendo nuevas maneras de solacerse o de entristecerse, de conocer.

Porque allí la vida pasa en un nunca acabar de monotonías repetidas, como las cuatro estaciones, el río, las nubes, los mendigos. Del nacer al morir, los años son escudillas en que se echan siempre las mismas cosas, ruedas que andan, desandan y vuelven a andar el mismo camino para volver a desandarle, prados que reverdecen, se amustian, se ponen blancos. De cosecha a cosecha la vida tiene siempre las mismas colinas, las mismas hoces.

Y piensa uno muchas veces si en esta rutina amable, en contacto con lo vegetal, estará la verdadera tranquilidad del que sabe mucho y se va allí a esconderse, a que le olvide el mundo, entre los que saben poco.

Yo pudo decir que he sido más feliz entre los pastores que entre los sabios.

Aquí, cada paso es un convencimiento de que no sabemos nada. Allí,

no queda nada sin conocer de aquel mundo. En la juventud ya hay pleno conocimiento de lo exterior y de lo escondido del ambiente.

Llega un día en que la aldea y sus montes, su vegetal, su polvo y su piedra, detienen todo estímulo de curiosidad, porque ya lo han enseñado todo: el color, la forma, el crecimiento, el entresijo, la muerte, el ruido. Y entonces el hombre es ya sabio aburrido al que no le queda curiosidad.

Conoce los vientos, los presagios de las nubes, las aves, las semillas, las yerbas cordiales, la madera, las estrellas con nombres de romance, pastorales. Para llevar la vida ya sabe bastante con estas cosas y con el modo de cansar los brazos desarriscando tierra, puliéndola, tallándola.

Se conforma con la sabiduría primitiva, pero a veces siente deseos de formas y de rumores desconocidos que él sabe que existen, lejos, en tramontana.

Es suficiente el árbol, el monte, el regato limpio, la mies, las ubres, la fiesta de canto llano, dominical, el molino, para vivir en sosiego, respirando las cuatro purezas distintas de las cuatro estaciones. Todo es suficiente menos la miseria si uno sabe adaptarse, que a veces es habilidad y a veces virtud.

Pero en ocasiones, la conformidad, que es estío y primavera, también tiene sus nublados. Y su tentación, como la santidad. El hombre bueno también tiene ganas, a veces, de ser algo malo porque le molestan con exceso, porque se abusa de su bondad, por respingo de avaricia, por gula de placer, por muchas cosas que pone el mundo en su camino dócil.

La mayor parte de los hombres que han sido amables, generosos, risueños, y que un día se convierten en desapacibles, hoscos, tacaños, de su hacienda y de sus favores, es, sencillamente, porque el mundo ha abusado de sus afabilidades, de su prodigalidad.

Decía que no hay justo sin tentación. El hombre de la aldea en ese acurrucamiento de su curiosidad, tiene instantes en que se levanta y quiere ver y oír más de lo que ve y oye todos los días.

En la adaptación secular araña un poco lo ausente imaginado, lo medio conocido por referencia de gente que llega de lejos.

Lo bello frecuente hastía. Hasta la misma paz llega a crear en uno deseos de mudanza. Siempre las mismas sensaciones, es posible que lleguen a embotar el espíritu.

Y siempre el mismo recreo suele hacer desgana, aborrecimiento.

Estos hombres de los altos campos, no es que desprecien su paisaje, su oficio, sus pasos haciendo noria montés y entre la arquitectura el risco. No es enfado con la tierra, con las reses... Es una pequeña envidia infantil por lo ausente, por lo desconocido que entretiene y remuda sabores.

Ellos comprenden que no está todo el pasatiempo en los divertimientos típicos. Hay más cosas, lejos, que contentan el alma, pero que no llegan allí nunca.

Poseen lo útil, lo que sale del trabajo, el paisaje que es pintura y romance en el agua, en el pico de los pájaros, en el aire, en las hojas estremecidas.

Mas la vida no es todo masera, alcuza, fuente, camino, olla cantando hervores, brezo, baile.

Hay ganas de otras cosas que se sabe que existen. Otras formas de pasar el rato, de reirse, de emocionarse, que parece que menguan las horas, que duermen contrariedad, memorias tiranas, presentimientos, miedos a futuros que no sabemos si vendrán riendo o sollozando...

«Fábula», va a llevar por ahí una de esas formas de solazarse, de emocionarse, sin menoscabo del cariño al ambiente, a lo peculiar bello, que es el alma de lo artístico de los valles.

Lo nuevo, en el campo, tiene que ir orientado a la adaptación amabilizada, desposeída de los grandes estorbos que han hecho emigrantes, desesperados, odio a la tierra, al trajín tradicional.

Satisfacer curiosidades, deseos de conocer, maneras de recrear la vida, pero sin estimular la apetencia de ausentarse, de nuevas tierras, de lejanías sugestivas en las que se puede ser desgraciado.

Que el arte y la ley, pasando por los campos, sean amenizadores de vida, insistencia en los elementos que hacen la buena adaptación, rastrilladores de todo lo que hace coger aborrecimiento al ambiente...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 8-XII-1936.

## 566.—ESBOZOS. LA PELICULA DEL JUEVES

Arrecostados en las columnas del pórtico, unos niños echan al aire de la tarde invernal color de ceniza, humo de pitillos. Otros echan al aire, como boinas sucias, como plumas de pájaro recién muerto, el cardo de unas palabras de hombres perdidos, de hombres condenados ya hace tiempo a extrañarse en propósitos feos ante paso de mujer o frasco de vino... Otros,

también arrecostados en las columnas, en la fachada, leen unos cuadernillos que enseñan modos de robar, disimulos, estilos de fuga, escalamiento de altas paredes, modos de limar rejas, manejo de linternas... Cuando se abren las puertas, el tropel en mezcolanza de harapos, de telas limpias, de greñas, de rizos, entra como en huída, como en motín que se guarece, que va a saltar, a vengarse, no con ese sigilo, con ese andar de paz de quien va a ver una cosa que le place, una de esas muchas cosas que se gozan más en vísperas, con la imaginación, que cuando el tacto y los ojos empiezan a intrincarse en ellas. Pasos de gente perseguida, de gente alborotada que corre por miedo o por llegar a meter miedo a otra gente. Al ver yo el tropel de estos niños, apretujándose en el umbral, tropezándose, mirándose mal, empujando al débil, al tímido, al cojo, al pequeño, pienso en lo difícil que es entrar en las cosas buenas del espíritu del mundo, cuando no se va a ellas con amorosa curiosidad, en paz, en silencio, paso a paso, sin estorbar el tránsito de otros, sin atropellarse, sin empujar al humilde, al pacífico. A lo bueno nada más que se llega con lo bueno...

Y, sin embargo, adentro, la exigencia ruidosa del público infantil, encuentra, en mí, disculpa. Se pide música golpeando el suelo, a voces que recuerdan algazara de bromas malignas, insultos al guardia que interrumpe el juego acercándose como si tal cosa, con paso zorro, gritería jocunda en la calle ante cualquier borracho popular, los tontos, las mujeres que riñen. Se exige con ruido, con cierta destemplanza, que la orquesta empiece a cantar en sus teclas, en sus cuerdas. Y es que nos han acostumbrado a pedirlo todo así... Casi nadie concede lo que se solicita pacíficamente, con sonrisa modesta, haciendo sencillo panegírico de la justicia, y querella suave, queda, de nuestra necesidad. Es triste que el secular desdén histórico haya dado motivo a que las muchedumbres tengan que exigir así, con amenaza, sacando a la voz su acento bélico de trompa o de clarín... Estos niños piden música en esta tarde liberadora del jueves, ensayando los estilos universales que han empleado los hombres para conseguir. Presienten ya que la súplica mansa, la advertencia insistente en voz baja, mirando al suelo, no logran enternecer, convencer. No se hace caso de la mera palabra suplicando, tratando de sentimentalizar, contando amarguras, descubriendo maneras de aliviar. Si lo que se ha pedido, en la infinita vicisitud de la historia, con palabra triste, con llanto, con humillación, hubiera llenado ansias justas, buenamente, como se hace un favor a un hermano, el hombre no hubiera aprendido técnicas de fuerza en contra de viejas tácticas de avaricia, de indiferencia, de desprecio... Estos niños no golpearían la tabla, no harían ese ruido de potrozuelos en las piedras del ferial, ruido de impaciencias llamando en puertas que no acaban de abrirse, rompiendo cristales a fuerza de repicar



con los nudillos. No exigirían así, porque estarían avezados a sentir sensaciones de espontaneidad ajena, sensaciones de fuente que nos ofrece su agua sin pedírsela, de sombra de árbol, de fruta en tierra sin cercado, libre, alivio de ánimos sedentarios, errabundos...

Es la negativa la que hace la violencia. El tardar ha sido, en la marcha de las apetencias de las malaventuras del mundo, del hombre, un estimulante de intensificación del deseo. Y cuando éste llega a exaltarse porque aún ve lejos lo que creía cerca, es el instante en que el ahinco empieza a hacerse furor precipitado, conciencia que se va turbando por la contrariedad hasta convertirse en arrebato, en locura de ganas burladas... En la historia nos encontramos con muchas consecuencias de ganas justas, burladas, que por provocación se han convertido en idea violenta. Y con filosofías de lo sentimental que un día, por circunstancias, se desvanecen y llegan a lo agresivo. Así va uno cavilando tópicos fundamentales, sencillamente, mientras patean los niños el suelo un poco pindio del teatro. Y de golpe, como viene la imagen, la sospecha, el presentimiento, se recibe la impresión fantástica, de sueño, de que los que arman el alboroto son los centauros pintados en el techo. Se duerme uno en este pensamiento y toda la imaginación se llena de mitos trotando, de centauros con su pecho fuerte, con sus crines, con sus cascos en caminos de piedra de leyenda.

Y así va uno pensando infantilmente, que es el mejor pensar. Pero después viene el pensar del hombre cayendo en las sienes como un cuervo en un palomar o como un palo en un rosal. Me sonrío de eso de que los centauros son los que arman el alboroto. Es una de esas sonrisas de cuando pensamos cosas posibles, felices, que sabemos que desbaratará la realidad haciéndolas infelices, imposibles. Sonrisas, también, de cuando oímos palabras bellas que cuentan unas mentiras inocentes, hermosas, pero que no quisiéramos que fueran verdades porque entonces no serían tan inocentes, tan hermosas... Y el pensar del hombre se entromete con diligencia en vanas meditaciones mientras los niños, sin darse cuenta de que ya cantan las teclas, los violines, siguen pidiendo música con sus tacones... Cuando comienza la película del jueves, en las tinieblas, los susurros imitan, sin querer, vida de mil fuentes chiquitas en una buena noche. La película del jueves es una redención infantil de seis días y medio de deseo. Tiene para los niños antítipos de secretos y de manías humanas entrevistas... Ahora es un adolescente que se revela contra el mal, contra el hombre tirano, perverso, que le aparta de lo familiar, que le impulsa al robo, al vicio. Y convence a otros para que le sigan en tropel por las calles allá...

Mientras pasan, corriendo, a grandes zancadas, con revuelo de ropas polvorientas, pobres, arbolados los carrillos, yo voy pensando en que levantan

tarse contra el mal es la suprema revolución. O el sentimiento engendrando acción siempre en ahinco...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 16-XII-1936.

## 567.—ESBOZOS. EL BUEN COMPAÑERO

Un hombre va por uno de esos caminos apesadumbrosos, monótonos, largos, tan frecuentes en la vida. Su alma fluctúa entre el cansancio y las ganas de pisar meta, suelo de llegada definitiva. Y nada más que siente la tediosa sensación de los pasos, de las aspiraciones modestas o excesivas para la que quiere cumbre, plenitud de victoria, capítulo final haciendo epílogo amable de esfuerzos. Nuestro hombre va aburrido, desenvolviendo el trabajo de su andar, requetepensando deseos materiales que no esperan cauce propicio, dejando atrás la fatiga que se ha de encontrar más allá, después del alivio del sueño, de la sombra plácida, de la fuente. El camino siempre es fatiga en estela y fatiga delante para el que marcha así, solo, sin buena compañía, los sentidos en niebla de tedio, sin nimbos de ansias de espíritu, en trajines que tienen siempre el mismo accidente y el mismo hallazgo. Algo así como reanudación prefijada de movimientos, como surco que se deja sin terminar hasta el otro día, hasta que el alba despierte al campo. Es triste ese caminar en soledad, repitiendo impresiones que ya no emocionan porque son muy conocidas, sin nueva clase de pensamientos rompiendo monotonías, sin más inquietud que la que se desprende de nuestro egoísmo de descansar o de llegar, sin más conocimiento que el que teníamos ayer, el conocimiento que nunca rejuvenece alma, que siempre es el mismo en su limitación de consuelo, de vigor moral, de ánimo, de reflexión.

Caminar de esta manera es ruta de noria quejumbrosa sacando agua turbia, redondel pequeño de tiempo en el mismo terreno, vida que siempre da vueltas alrededor de un gusto o de una pesadumbre como de caballo, de vaca o de can. Sufrimiento o contento en su estricta y vulgar categoría biológica, de carne en sus sensualidades o en sus dolores. Nuestro caminante es una condensación andariega de todas estas cosas. Le da tedio el camino, le hastía su pensamiento, le hastía la costumbre de los pequeños goces. No sabe de más entretenimientos que los que experimenta recordando trances alegres, pensando en sus monedas, imaginándose futuros de holganza. Su

vida es preocupación constante por lo material, por cosas del frío, del calor, de las masticaciones en los tres momentos clásicos del día. Y si acaso, apetencia de nuevos modos de consolarse, de motivos que enerven tristeza, malas memorias, consecuencias de yerros o de perezas. Así va caminando en continuo achaque de dudas, de miedo a extraviarse, de temor a todos esos encuentros que hacen al hombre taciturno, pesimista, agrio. Sus días son molienda de costumbres sin novedad, reanudación de hábitos de la víspera, de longitudes, de cansancios...

Pero un día le alcanza otro caminante. Este caminante le saluda afectuosamente, le sonríe, le pregunta de dónde viene, a dónde va. Es jovial de rostro y afable de palabra. Sus ojos de pura bondad parecen mirar escenas fraternales en las orillas, arrepentimiento de malvados, paisajes queridos por lo que recuerdan o por lo que hacen desear, sitios en los que se fue feliz, en los que se amó mucho o se jugó en la infancia. ¡Bienaventurados los ojos que siempre parece que están viendo cosas buenas!... Y empieza a hablar de sus viajes, de las personas que conoció, de los lugares en que halló reposo, fiesta, drama en agrestes escondidos, en ciudades. Nunca pierden sus miradas esa paz contenta de quien está viendo objetos, estampas, episodios reales que dan regusto a su atención, a su concepto de lo que debe ser la vida, el arte, lo familiar nómada o sedentario, la amistad. Miradas de botánico en un campo nuevo para su curiosidad, miradas de marino a un buen barco, de niño a un juguete, de labrador a una mies madura, de idealista a un motivo vivo, inesperado, de su modo de comprender el mundo; de hombre, en fin, que ve algo de acuerdo con su pensamiento, con su gusto, con su moral o su deseo... Y sigue hablando, sonriente, bonachón, de las vicisitudes de su larga aventura, de las sorpresas, de las picardías que descubrió o inventó, de los tipos raros con quienes convivió en las ventas, en los cobertizos, debajo de los puentes. Su palabra es sencilla y clara. Va derecha a las cosas, sin bifurcaciones, sin lentitudes, que es el mejor estilo del hablar y del escribir.

Ahora es un recuerdo sentimental de trance de hace años con mujer que se quedó atrás, muerta o perdida, que es lo mismo. O unas horas amargas en un mar lejano, un día en una ciudad, una noche en una majada, un instante de miedo en una estepa, un momento de añoranza ante una ventana iluminada, ante unas pobres ropas tendidas. Después es lo que él pensó contemplando suelos de otoño, ríos secos, disputas de mendigos, tropeles que iban cantando. Habla y habla sin parar, mirando bien, al compás de unos pasos que no llevan prisa. Recuerda aquel engaño que le hicieron y que despertó en él nuevo sentimiento de la cautela, del recelo, de la desconfianza. Y aquel hombre de cara zafia, de ademán brusco, que le complació cuando

esperaba el desaire, el portazo. Y aquel otro, de cara amable, de ademán suave, que le insultó cuando esperaba un acogimiento manso, de afabilidad, de amparo. Hombres buenos con cara de bribones y hombres malos con cara de ingenuos... Nuestro caminante, el triste, el del tedio, va encontrando grata la compañía del otro andariego. Va olvidando sus pesadumbres, su resquemor, sus penas por realidades malogradas de atrás, o por miedo a lo incierto del futuro. El camino le parece más andadero, más sin repecho y sin piedra. En las palabras del desconocido va hallando un nuevo estilo de andar recuperando energía y esperanza, nuevos modos de consolación y de resignación, novedades que le mudan el pensar, que le refrescan el ánimo. No piensa tanto en su infortunio, en lo indeciso de su paz futura, en los males que aún tiene que sufrir. El hombre que le alcanzó es una liberación, un convite de nueva forma de vida, un inmenso consuelo, una mano que le aparta de la soledad. Comienza a mirar al horizonte con más fe... Y sigue escuchando lo que cuenta el compañero. Andanzas en tierras lejanas, encuentros con fieras que no le hicieron nada y con hombres que le apalearon en un desierto, con gentes que iban de fiesta o que volvían de vendimiar, con niños sin inocencia, con tunantes que hablaban como santos, con tunantas que sonreían como doncellas sin malicia...

En este sencillo episodio de caminantes he querido simbolizar yo la trascendencia del libro en la vida. Me le ha sugerido la constante campaña que la Comisión de Cultura está haciendo por la propagación de la lectura, con alejamiento de sectarismo, de preferencias. El libro, buen compañero de camino que le alcanza a uno, que le hace más amable este andar trabajoso en dirección de cualquier propósito supremo, de cualquiera de las aspiraciones en que reconcentramos la ilusión. Dejarse alcanzar por el libro, es como dejarse llevar por una mano sabia, buena, lazarilla de itinerarios que siempre van a parar a sitios buenos...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 30-XII-1936.

## LA VOCACIÓN

Está muy bien ese conceder matrículas en abundancia, gratuitas, a los niños pobres con vocación y con inteligencia clara. Han existido multitud de motivos típicos que tienen su génesis en la infancia y que modifican lamentablemente los rumbos que uno tenía trazados en la imaginación. Es un motivo añoso, universal, que crece y mortifica en los adolescentes de todos los pueblos. Para el pobre no han existido más actividades que aquellas que no cuesta dinero aprenderlas. Tiene que empezar a resignarse cuando el ansia está todavía en agraz, cuando apunta el deseo, cuando la vocación inicia sus fervores. Apenas comienza a sentirse el calorillo cuando ya está la escarcha encima. Candelitas del ánimo de los pobres, apagadas por los soplos del mundo. El posee una hacienda escondida en el arca del cerebro. Pero su padre carece de la otra hacienda, de la tangible, de la que pasma a la gente. No puede salir de su órbita limitada. No hay más remedio que retorcer el deseo y renunciar a la gala que uno desea recoger en los libros, en las universidades. Matar vocaciones, desesperarlas, es el vicio malo de lo clásico en las costumbres. Reavivarlas, hacerlas camino, tiene que ser una de las virtudes esenciales de lo nuevo. No olvidéis que en la desenvoltura de las vocaciones está la fuerza del entusiasmo. Y el entusiasmo es el pintor maravilloso capaz de hacer nuevos paisajes de conceptos en el lienzo redondo del mundo.

## EL VESTIDO

Un periódico recomienda modestia en el vestir. Y esto me hace pensar en que una de las manías más características de estos tiempos está en el vestido. ¡Qué tontas las ansias puestas en el artificio de la envoltura! Afanes de lujo en cierto sector del área popular abrasado por pensamientos vanidosos y estúpidos. El vestido, como icono de trapo de una religión nueva con rito de ayuno de sacrificios, de muchas vigiliass. Porque el mantenimiento del culto a ese icono de recosidos, de colores, de aderezos inútiles, impone una rígida práctica de penitencias continuas, antinaturales, dolorosas. Sacrificios monstruosos del cuerpo para su adorno. Todo el trabajo, toda la fatiga de la labor diaria, por dar deleite a ese envanecimiento que constituye una servidumbre vergonzosa. Lo mismo da ser siervo de claudicaciones, de vicios de hábitos humillantes, de vicios de amantes malas, que ser

siervo del vestido. De nada vale que evitemos las servidumbres de humildades a soberbias, del no tener al mucho tener, si no desterramos esas otras servidumbres subjetivas a la glotonería, a la vanidad, al adorno. La sencillez es la mejor revolución.

#### LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS

«Claridad» hace unas recomendaciones a los padres acerca de la educación sentimental de los hijos. Yo recomendaría a los padres una pausa diaria de meditación, recordando las horas, las desobediencias, los conceptos embrionarios, el ingenio, el miedo, los alborozos, las dudas, las tristezas infantiles. Sería lo mismo que ablucionar el espíritu cansado en aguas de gracia, purificando la mirada del pensamiento y del sentimiento. Recordar a menudo esos días es comprender mejor las inquietudes, las perezas, las impacencias, los deseos y los aborrecimientos de los hijos.

El mejor padre no es el más enérgico ni el más suave. Es el que más certeramente sabe aplicar la experiencia del recuerdo infantil en las múltiples circunstancias; el que compenetra más profundamente las memorias de su niñez, de sus juegos, de sus deseos, de sus impacencias y de sus picardías con la realidad atrevida o apocada de sus hijos...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 5-I-1937.

#### 569.—ESBOZOS. EXALTACION DE LA LIMPIEZA

*El gobierno vasco prepara un programa de higiene rural.—*  
Los periódicos.

Claro está que hay pulcritud, aseo y desvelo de mujer hacendosa en sus trajines caseros. Manos ásperas de labradora que al pasar por las cosas domésticas, por los objetos familiares, parece que los purifican finamente de sus instantes de polvo, de contactos de dedos de niños que han jugado con el barro, con la ceniza, del sarro negro, un poco brillante, que es el recuerdo que deja el humo en la casa campestre. Pero no todo es así. La excepción en este caso primordial de higiene campesina, es pequeña, como de bruno al lado de una calabaza roteña o como una abarca comparada con un barco.



Abunda más lo otro, lo desaseado, lo indiferente ante un suelo sucio, un delantal que parece de hombre de fragua, unas haldas largas que van sedimentando, en su burda tela, tizne de astillas quemadas, polvo de bancal y de sendero, amarillos de harina, resobamiento de críos mal lavados.

No existe un hábito alegre, diligente y constante de la plena gracia de la limpieza, que es la única capaz de hacer un poco guapo a lo feo, un poco más hermoso a lo hermoso, un perfecto disimulo de juventud de lo ya viejo y achacoso. Una abarca vieja, limpia, parece nueva. Y parece vieja una abarca nueva, sucia. La abuela materna de don Antonio Plasencia, el varón justo y artista que vivió muchos años porque en él no murió nunca la templanza, decía en su solana de Liendo que un hombre afeitado y con camisa limpia, siempre es guapo. En esta frase de hidalga, puede resumirse el concepto universal del aseo, el milagro de la pulcritud, que hace menos antipáticas, menos desagradables, las caras y las cosas feas...

Yo creo que la tristeza típica de la mayoría de los pueblos españoles obedece a la falta de aseo. Una cárcel limpia parece más alegre que una quinta de recreo sucia. Y una casa aseada es como si hiciera sol todos los días. Parece que de las paredes, de los muebles, de las humildes esteras, se desprenden claridades, brisas, que hacen un ambiente de meses floridos para perfumar entendimiento y sentimiento. Más quiero una mesa de pino, mesa de franciscanía primitiva, de venta anacrónica, sin más adorno que el de sus vetas, que una mesa de mármol, de ébano, con huellas de todo lo que mancha, de todo eso que nos hace poner gesto de melindre severo, espontáneo, por reproche de ojos, de paladar, de olfato...

Sí, la tristeza de los pueblos españoles que viven de sus aperos o de sus barcas, aldeas de monte, de llano o de orilla de mar, es efecto de la carencia típica de higiene. Entre techos negros y suelos de barro, cuartos sombríos, ropas que llegan a hacerse como funda constante del cuerpo, sin mundanza, como corteza de la carne, como hábito de una penitencia larga, el carácter se amurria, se contagia del ceñido contacto con lo sucio, se encanija como niño en unos pañales que hace muchos días que no van al agua, que no se cuelgan al testero del sol... Y no quiero decir nada de la otra higiene, de la higiene debajo de la ropa... Carne que llega a crear costra a fuerza de contactos peculiares con la mies, con los establos, con los aseladeros, con los rebujales, con excretas. Costra de tratos con bestias pacíficas, de faenas con el estiércol, con serones bien llenos, con sogas y ramalillos de yuntas y de mulas. Es una especie de lepra negra que sin llagar la carne llega adentro, al espíritu, descaeciéndole, agrietándole, envolviendo en andrajos fisiológicos su media pureza, porque la otra mitad se empieza a perder cuando decimos la primera mentira.

Así, envuelta en telas que se quitan cuando ya se han roto y recosido muchas veces, envuelta en cuerpo asendereado por sudores, por las ventole-  
ras que juegan con el polvo de las besanas, por humos, barros, cales del alma como entre paredes negras, en zahurda, se entimidece en su niñez, se achica y vive tristemente. Una casa limpia, unas ropas aseadas, constituyen más de la mitad de la alegría. Nunca los grandes pesimistas fueron pulcros. Bejarano Galavis, el ingenioso cura de Riofrío de Avila, uno de nuestros clásicos más desconocido y más digno de conocerse, pensaba que casi todas las enfermedades que se padecían en su pueblo tenían su origen en la falta de limpieza. Muchos hombres —añadía— son melancólicos, tardos, bisuntos de expresión y de pensamiento porque la mucha porquería estorba la transpiración, adolece los sentidos, consume la carne. «Temen estas gentes tanto al agua, que se estremecen al verme echar a pechos, por la mañana, un vaso. Blasonan de no haberla catado en todo el año. También se conoce por sus rostros tiznados, por sus manos ennegrecidas, que no la tienen menos miedo para lavarse.»

Rostros siempre tiznados y manos siempre ennegrecidas. He aquí un perfecto resumen del abandono de lo rural español. Y de muchísima extensión de ciudades. Si esto sucede con lo que se ve, repugna pensar lo que será con lo que no se ve. Mis amigos los médicos podrían decir muchas cosas acerca de eso que no se ve, de eso que ciertas veces va escondido en telas finas, en galas, en envolturas que huelen bien...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 12-I-1937.

## 570.—ESBOZOS. LA MALA TRADICION

*En una asamblea celebrada en Valencia se ha aludido, con reproche, a la inmoralidad de la recomendación, a la inmoralidad de la política, a lo educativo del campo y al sacrificio del hombre por la colectividad.*

La recomendación ha sido una de las características más fuertes y extensas de toda época. No luchaban los méritos, las cualidades, la laboriosidad. Es porfía de recomendaciones obstinadas, impertinentes. Intercambio de favores entre los que rigen al mundo por preponderancia de economía, por inteligencia, por audacia, por cualquiera de las muchas causas nobles o per-

versas, limpias o deshonestas, que hacen medrar al prestigio. Porque a veces el renombre que no se consigue con una virtud, con una buena ejemplaridad del carácter, con sabiduría, con mérito profesional, se logra con esas otras tácticas abundantes de desvergüenza, de artimañas, de picardías clásicas que fingen castidad de intenciones, pureza de sentimientos, bondad de criterio.

La política ha sido el río más hondo, más ancho y más largo que ha arrastrado esas impurezas. Hasta para resolver un expediente justo, apremiante, imprescindible para la tranquilidad de uno, ha hecho falta que exija, suplique o soborne la recomendación, estimulando vanidad, ofreciendo, amenazando. Con los deseos de la juventud ha sucedido lo mismo.

Al hombre se le acostumbra a la recomendación desde que empieza a trabajar o desde que hace el ingreso en el Instituto. Después, la costumbre se desparrama por la urdimbre social, se ejerce en todas las circunstancias del deseo, de la ambición, de la necesidad, de la venganza, lo mismo en un capricho que en un trance decisivo, lo mismo para salvarse de una culpa que para achacar a otro un delito. Se respira ese aire desde la infancia. Y en la juventud, cuando se quiere dar a la vida el oriente definitivo, es preciso llevar el viático secular de la influencia. Falta ese escudo, y el carácter se acribilla de fracasos, de contrariedades, de tristezas...

La política rara vez ha sido doctrina convertida en devoción, ni dinámica con génesis de nobles convencimientos, de desinterés, de afán espiritual. Se hacía propaganda sistemática con tarjetas de recomendación, con amenazas, con promesas, con empleos, con sementera de favores o de esperanzas.

Núcleos de agradecidos, de ambiciosos, de pretendientes, no de compenetrados con la idea, con la espiritualidad, con la técnica. Grupos de hombres temerosos, tragaldabas, babiecas, cazurros, merlines rurales que iban a lo suyo. En unos el acicate del miedo, en otros la inconsciencia, en éstos la picardía, en aquéllos un pensamiento perenne, vergonzoso.

Entre las esencias cordiales de la yerba, de la malva, del acebuche, del tópico literario del romero, los escritores de las cosas del campo han sentido más la lírica que los movimientos de los hombres.

También hay que ir a los pueblos renunciando al paisaje, al romance, al silencio. Hay que ir con preocupaciones humanas, a conversar con el hombre, a enseñarle, a decirle honradamente lo que nunca se le ha dicho con sinceridad, con palabra afable, con desinterés, con energía bondadosa.

El desacuerdo entre el hombre y la colectividad ha de ser siempre por imperativo de la razón, nunca por acicate de soberbia, de gula malograda,

de puntillo de amor propio, de ansias egoístas que no encuentran impulsos favorables...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 18-I-1937.

## 571.—ESBOZOS. VIEJAS PALABRAS

*Hay que educar la moral del hombre para que lo colectivo responda a normas de individualidades sinceras.*—Del discurso de Sierra Tafall.

«Caiga tres veces la desgracia —decía Alfredo de Vigni— sobre el insensato que quiera decir lo que piensa, antes de haber asegurado el pan de toda la vida... ¡Hipocresía, tú eres la razón misma! Disímulo, tú eres la suprema ley social del que ha nacido sin fortuna...»

Sigo creyendo que las grandes anormalidades del mundo son consecuencias de la conducta individual, de la flaqueza y embotamiento de la educación del espíritu, de eso tres veces caer de la desgracia sobre el hombre que dice lo que piensa a que aluden las viejas palabras de Vigni, gran conocedor de disímulos y de embelecos, los dos pálpitos más fuertes del mundo... Malos rezumamientos del criterio aparente, del egoísmo que casi todos los hombres cultivan en el alma con deleite bárbaro.

«Los malos —seguida diciendo Vigni— han tenido miedo, han gritado contra el bueno, que dice siempre la verdad, y se han levantado todos contra él. ¿Cómo quiere usted que yo resista a todos, yo sólo, yo que no soy nada, yo que no tengo nada en el mundo, nada más que una pobre pluma, a veces falta de tinta...?»

El mundo, más que con sentimientos sinceros, se ha venido gobernando moralmente, con unas disciplinas cínicas o encubiertas de falsedad, de prevenciones, de desacuerdo manso entre lo que se siente y lo que se practica, entre lo que se calla y lo que se vocea. Se queda la verdad en la entraña y sale el embuste en las alas quebradizas de la palabra. Adentro zumban ruidos que son silencio en el exterior. Adentro hay convicciones, ideas, energías, que tienen miedo al ambiente, que por miedo se petrifican en la voluntad, que son raíces escondidas de unas actividades inéditas. Afuera suele haber

desenvolturas, frases, criterios sin raíz consistente que se bifurque en la verdad del ánimo. Unas veces es la conciencia la que se avergüenza de la voz. Y otras veces es la voz la que se avergüenza de la conciencia. Dos personalidades en discordia pacífica, constituyendo un antagonismo perenne. La personalidad de las ideas ocultas, de los sentimientos secretos, y la personalidad exterior, de la conveniencia, del quintañón prejuicio, de las circunstancias. Estas actitudes, esta escaramuza constante entre lo que se siente adentro y lo que se hace afuera, estos laberintos retorcidos y misteriosos de la vida interior, esta discordancia entre la conciencia y el convencionalismo, repercuten en todos los negocios y tráficos de los hombres.

Factores múltiples de intereses, de cobardías, de inconsciencias, que forman un producto universal de insinceridad. No es todavía lo sincero el impulso constante del brío, de la razón y del entusiasmo. El mundo es una inmensa asamblea donde la mayoría busca un patrimonio en concordancia con sus gulas, no con la idea convertida en trajín, en trajín de verdades horadando fingimientos. Esa mayoría tiene cavilaciones secretísimas, siente palpar intensamente a la verdad en el recato del entendimiento, experimenta rigores internos de culpa, de vergüenza, de oprobio. Pero son instantes cortos, rápidos, que se enervan apenas amanecidos. Son como esos reproches desabridos, inesperados, que nos produce el recuerdo de un momento en que fuimos flacos de carácter, de voluntad, de templanza, de transigencia. Uno de esos instantes en que no prevaleció lo justo, lo noble, en que debíamos haber sido suaves y fuimos ásperos, porque así convenía a nuestro interés, a nuestra venganza o a nuestra vanidad.

Lo otro acalla estos rigores de la conciencia, esta pesadumbre íntima que es miseria y fatiga del espíritu. Lo otro es lo objetivo, el rumbo de la proa de nuestro exaltado deseo material, la condenada apariencia, la sustancial para el regalo fisiológico, la granjería, la reciprocidad permanente del engaño, el culto feo a lo que medra, no a lo que se siente...

De estas cosas nacen las grandes anormalidades del mundo, que son como furias y desvanecimientos en el cerebro de la civilización.

Nuestros tiempos tienen que ser una rectificación fuerte. Si no es por virtud, por impulso sentimental, por reparos de conciencia, que sea por egoísmo, por afán de sosiego, por quitar a nuestros hijos la posibilidad de unos días más dramáticos en que maldigan de su vida y de la nuestra...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 25-I-1937.

*Hay que acabar con el hecho vergonzoso, y más en estas circunstancias, de que unos tengan abundancia de subsistencias y otros pasen hambre.—De Mundo Obrero.*

Aquí sale el eterno tener y el perennal no tener, a que aludió Cervantes; la sencilla concreción filosófica en que el padre de don Quijote quiso resumir su idea de las dos castas humanas, que obedecen o mandan, según tengan o no tengan. Y ahora, en estos instantes españoles, en que tanta gente anda aprendiendo el complicado teorema de la igualdad, el más urgente y el menos comprendido de la aritmética social, la frase antigua del gran creador de caballeros con las costillas bataneadas, de bachilleres, de duques imbéciles, de capellanes gruñones, de pastores y ladrones, me atrae como monumento eterno o recuerdos propicios a largas meditaciones... Y piensa uno en si los tópicos del refrán, sutileza de la filosofía popular, o si las frases venerables de unos cuantos hombres antiguos, serán como confidencias misteriosas del destino a los altavoces del genio, advirtiéndole que todo será lo mismo hoy, mañana, siempre. Todo lo mismo bajo la norma inmortal del condenado egoísmo, más fuerte que la amistad, más fuerte que el miedo y el remordimiento. La esencia histórica de esta maldita cualidad sigue siendo cosa vital en la técnica particular de la mayoría de los hombres...

Yo no sé cómo en estas circunstancias, en que todos debiéramos estar adolecidos de pena, de inapetencias, sintiendo muertes, invocando nacimientos de cosas que vienen a la vida con la muerte; yo no sé, repito, cómo en este drama, en este escenario hórrido con techo de cielo puro de España, hay actores numerosos que siguen enseñando sus largas uñas, sus ojos glotonos, su lujuria de mantel y de despensa, en la que la mesa les parece un tálamo nuevo y la puerta una entrada a goce exaltado, primerizo. Es lo mismo que si en una familia desgraciada, en la que se está sufriendo agonía por otras agonías, cataclismo, escasez, hubiera hijos, padres, hermanos, que sintieran y cumplieran sus deseos de embriaguez, de hartarse a escondidas, de gozar solitariamente, insensibles, por encima del dolor y de las quejas. En estos momentos, tan monstruoso es el ladrón como el indiferente honrado, que sin robar, sin preocupaciones espirituales, sin ansia de victorias, nada más que se desvela por guardar lo más posible, aunque se encanezca, aunque se pudra. El presentido tormento de una insignificante necesidad, es su única inquietud de guerra, su constante agobio imaginativo... Y peor, mucho peor que esto, el que agrupado en una idea de fraternidad por lo que



sea, no por sentimiento, no por entusiasmo que se complace en el sacrificio, rastrilla con su egoísmo la pobre mies del mantenimiento de los demás, imitando el placer, las costumbres, los devaneos viciosos que se reprochan a los que tienen mucho. Tan perverso como el rico que es pródigo con su cuerpo, en sus francachelas, es el pobre que tiene resabios de rico malo con los otros pobres, el pobre que se aprovecha de ciertas circunstancias, de cierto prestigio de austeridad aparente, de cierta patente de irresponsabilidad, para ensayar opulencia secreta, hartazgo, manejo de dinero escondido, con menoscabo de los que se sacrifican, de los que sienten, porque saben que tiene que ser así...

Tal desigualdad de criterio moral, en estos días, repercutiendo en lo material imprescindible, me parece una prolongación encubierta, intensa y mezquina, de aquello que ha venido campando en la historia y que se quiere desterrar. Tan enemigo como el que está a la otra parte, como el que hace bajar a la muerte desde el cielo, es el amigo que por eso, porque es amigo y compañero, antiguo o nuevo, nos priva del consuelo de lo que a él le sobra, medrando con lo que nos quita, en una exaltación grosera del egoísmo. Tan enemigo, por ejemplo, como el patrón intemperante que riñe, que se venga, es el compañero que cuenta nuestros errores o que los inventa. Proporcionalmente, el pobre afortunado será como rico generoso para el pobre con menos fortuna. Y si no, todo será estéril, la sangre pintando tierra, la muerte. Y así, el mundo seguirá siendo tan infame...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 31-I-1937.

### 573.—ESBOZOS. COMPAÑERAS DEL HOMBRE

*De nada vale ese decreto concediendo igualdad de derechos a la mujer, si el hombre no cumple sus deberes para con ella.*—C. N. T., de Madrid.

Criterio de amo villano, intransigente, para la mujer estéril, para la mujer madre. En la rodadura imparable del tiempo, el hombre, más que protector afable de hogar, más que patriarca de familia, ha sido tirano protegido por la ley y las costumbres. Tirano protegido por mansa docilidad de mujer que no se atreve a rebelarse, y por cúmulo de fuerzas tradicionales

que le dan una autoridad antinatural, uno de esos derechos tan frecuentes —rectores del mundo— en que todo se humilla ante la voz más fuerte, el puño más violento, la mirada más amenazadora. El amor y el miedo, en mansedumbre constante, son los dos sentimientos que más rebullen dóciles en la historia del feminismo enfronterado en lo matrimonial. Concepto de buena fruta, en la imaginación golosa del hombre. Concepto de ratos periódicos en que se quiere con la misma apetencia que el camello, el simio, el tigre. La mujer, lo mismo que un buen restaurán, una solera que da buen vino. Multitud de conceptos de sabroso manjar, de instantes divertidos, de gala que se estrena, de libro que nos gusta leer de vez en cuando por entretenimiento, por olvidar las horas que van dejando sequedad, desengaño, cansancio.

Aparte las excepciones, que son como estuarios pacíficos de las cosas malas del mundo o como remiendo limpio en un andrajo, y también como ojos bellos en un rostro feo, el hombre es un pequeño dictador de su casa, un inaguantable y terco capataz de trajines domésticos. Se considera un dios que ha creado un levísimo mundo entre paredes, mundillos insignificantes del mundo, en el que él es cosa suprema, rutando en su Sinaí, dictando mil mandamientos... Y la mujer, sierva; sierva que empieza a ser repudiada poco después de ser doncella; sierva de mal dueño, que si no fuera por el consuelo de los hijos toda su vida sería un otoño de caídas esperanzas, de amarilleces en el semblante del alma... Sorpresa de sorpresas verse envuelta en dulces embelecos cuando doncella; verse como imagen de retablo ante la idolatría del hombre, sentirse flor, espiga, fuente recatada, joya que se desea, y después verse ceñida de unas realidades que la atormentan, verse como imagen en cuyos milagros ya no se cree, sentirse casi aborrecida, sentirse como instrumento cuyos sonos ya no emocionan, como libro que ya nos cansamos de leer o como solera vacía muy visitada cuando tenía algo.

Es lo mismo que pasar de unos días de opulencia a una época larga de miseria, como un destronamiento. Tragedia de las cosas por las que hubiéramos hecho mil sacrificios y de las que nos cansamos pronto. Lo mismo que el niño empieza a cansarse de los juguetes ya viejos, medio rotos, destañados. Tragedia sin consuelo del que pierde su prestigio porque ya no puede hacer favores, de quien se ve burlado después de ser respetado, del que mandó un día y llegan circunstancias en que tiene que obedecer malos ceños, mandatos desatinados, que es la más triste de las obediencias. Es como si el hombre se vengara de los desdenes, de las esperas vanas, de las castas negativas cuando era siervo de su amor, de su celo, de su deseo y de sus vehementes urgencias...

Lo nuevo tiene que ser rectificación ejemplar de muchos criterios, algu-

nos de los cuales viven y crecen en lo familiar. De nada vale la casa nueva si sus habitantes siguen siendo desaseados, alborotadores, ineducados. Lo nuevo tiene que ser nuevo por forma y por fondo, por la estructura y por la conciencia. Los buenos hogares son los que hacen los buenos pueblos. Criterio amable para la mujer que un día preferimos más que por su espíritu por su hermosura, por eso de la costumbre equivocada del mundo de preferir lo hermoso a lo bueno. La mujer, compañera, auxiliar de la vida, no complemento de la yunta, del carro, del borrico, como sucede en el campo. No servidumbre humillada, como ocurre en la ciudad...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 7-II-1937.

#### 574.—ESBOZOS. MALES DEL ESPIRITU

*Hace falta ir revolucionando conciencia, no vender conciencia por prosperidad.*—La Vanguardia.

Es ya muy viejo eso de que unos venden el temperamento; otros, la elocuencia; otros, el ingenio; aquellos, las energías.

El mundo es un gran zoco redondo; un intercambio permanente de actividades, de fuerzas, de cansancios, de ocios, de deseos quebradizos o violentos, de gulas incontenibles, de cinismos, de virtud, de embustes. Todo se vende en esta granjería inmensa; lo bueno y lo malo, lo natural y lo artificioso, lo puro y lo que no lo es, lo nocivo y lo saludable. Unos venden sabiendo la técnica del oficio, y otros, con inconsciencia rutinaria, con sistema de costumbre anodina, que es el modo más cabal y más extendido.

En la granjería moral ocurre lo mismo. Unos explotan concienzudamente su temperamento, la buena o mala cosecha de sus cerebros, las habilidades psicológicas, el gesto, la modestia externa, que suele ser vanidad adentro, donde queman o tiritan las grandes verdades del hombre. Otros no saben nada; venden su inconsciencia por costumbre iniciada en comienzos de vida. Muchas veces la indignidad, la hipocresía, la mansedumbre torpe, el servilismo, la avaricia, no son vicios aprendidos en la experiencia que dan las circunstancias; ni por maldad, ni por ambición, ni fruto de la picardía, ni vendimia de unos pensamientos fijos, disciplinados en un propósito.

Son taras, defectos, torceduras que van creciendo con el organismo, que

forman una inevitable naturaleza moral en ritmo constante con la naturaleza física, como latido de sangre y de alma, lo mismo que el retumbo y el eco.

Cualidades que infunde el ambiente nativo, la costumbre familiar, el clima social en que comienzan a caminar. Así hay hombres que venden sin recato su dignidad, sus derechos, sus potencias espirituales, como si tal cosa. No conocen otros conceptos éticos de existencia. Creen naturalísima su conducta, creen que tiene que ser así y lo practican sin remordimiento, sin reproche secreto, con serenidad, con inconsciencia de piedra y de alcornoque.

Por el contrario, hay otros que se adaptan, que buscan el momento preciso, que ventean la ocasión con deleite, con avidez de mastín o de lobo. Estos son excelentes mercaderes de la dignidad. Saben lo que venden, conocen la artimaña, el gesto, la reverencia, la lisonja.

Compenetración premeditada del carácter con la bajeza en que está envuelto el regalo, el salario, el privilegio. Pedacito a pedacito se va desprendiendo esa cosa tan rara que se llama decoro moral. Se trata de una venta consciente sujeta a unas normas concretas escritas en el cerebro, en el alma, en la voluntad. Son como leyes particulares, como un reglamento individual aprobado por unanimidad en un concilio silencioso y oculto, presidido por el estómago, que es el gran torcedor de las ideas, del criterio, de la prestancia ética.

Todo es un toma y un daca. Se hace negocio de la virtud y de la humildad aparente, del prestigio, de la picardía, de la elocuencia, de lo divino, de las manías, de las vanidades. Este vende su honra, aquél empeña el ánimo, convirtiéndole en manso si es rebelde; ese hipoteca la voluntad, el otro arrienda su condición brava y desvergonzada, lo mismo que se arrienda un bancal, una viña, un olivar.

La suprema resolución está en ir matando estas malas cosas del espíritu, las malas cosas que quieren entrar o quieren salir de él.

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 14-II-1937.

*En medio de este trágico estado de cosas, no olvidéis el cultivo del espíritu del niño.*—Ossorio y Gallardo.

Está muy bien esa naciente inquietud por el espíritu del niño. La infancia creando preocupación en la mente de los hombres, como los tallos incipientes de la mies crean inquietud en el entendimiento de un labrador vago, perezoso, que no cultiva bien, que todo lo espera de la lluvia y del sol. Así, tiempos y tiempos de historia, de ciudad y de aldea. Es algo así como un dolor que no se alivia, un camino que no se arregla o una alberca que no se limpia. Es lo mismo que si tuviéramos un viejo resquemor y no hiciéramos nada para aplacarle. Todo es frase y querella. Falta el movimiento, la energía, la voluntad, en estas cosas del niño. Se habla excesivamente de sus malicias, de su indocilidad, de su desaplicación, de su prematuro conocimiento de las cosas malas. Los padres se pasman de ese ancho y profundo conocimiento del pecado. Y la ira va a parar al rostro del maestro, a la intemperie moral de ciertas costumbres nuevas, a las lecturas furtivas, a las proyecciones cinematográficas.

Culpas de la calle, de la escuela, de los amigos avispados y pícaros, del lenguaje deshonesto que se oye al pasar. Los padres se creen intactos de estas culpas. Ellos no piensan en sus palabras, en sus gestos, en la desenvoltura de lo íntimo familiar. No recuerdan aquella frase, aquel movimiento, aquella pecaminosa conversación. Para ellos toda la maldad está en la calle. En la calle es donde aprenden los hijos a mentir, a blasfemar, a injuriar. En la calle es donde crecen las uñas de la malicia. Toda la culpa es de la calle, en el criterio fijo, enojado de los padres. No meditan en su ejemplo, en sus maneras, en sus costumbres, en sus vocablos. Se creen alejados de la responsabilidad. Si sus hijos tienen esta torcedura moral, aquella manía nociva, ese rasgo imprudente del carácter, aquel esbozo de vicio, la culpa, repito, se la echan a la calle, a la gente que no tiene recato, al maestro, que es blando en el corregir, a los cartelones del cinematógrafo, con sus terribles estampas de bandoleros, de contrabandistas y de tunantes.

Y yo creo que toda la culpa no está en la calle. La culpa, la semilla, el manantial, está en casa, rezumbando sin parar. La calle es eco de la casa. A la calle van a parar nuestros disgustos, nuestras ideas, nuestros pecados y nuestras virtudes. En casa se habla de todo y el niño escucha atentamente,

con aire aburrido. En casa se habla de la conducta de aquella mujer, de los vicios extraños de aquel hombre, de las martingalas de aquel otro para vivir sin quebraderos de cabeza. No se repara en la presencia de los niños. El anciano cuenta las picardías de su juventud con un barroquismo morbosos e impertinente. Se habla de lo que es menester para saltar esta ley, para disculparse, para hacer pasar por verdad una gran mentira, para engañar, para aparentar abundancia en la escasez, contento en la tristeza, virtud en el pecado, humildad en la soberbia. El prejuicio rebota en las paredes, se extiende en las estancias, corre, se apacigua, murmura y va a caer en el alma de los niños, que aprenden así a ser embusteros, hipócritas, disimulados, insidiosos.

La casa suele ser una escuela de murmuración. No hay vecino sin tacha, ni talento sin vanidad, ni cortesía sin prejuicio. Se pone mancha en todo: en la belleza, en el ingenio, en la laboriosidad, en la sencillez, en la parquedad, en el decoro. Las familias se descuartizan moralmente con las frases. El padre relata delante de los hijos las añagazas que emplea para disculparse de ciertas negligencias en sus obligaciones, para conseguir aquella pretensión inmerecida, para apartar ciertos estorbos que no dejan correr al egoísmo de su deseo. No, no es la calle la única cantera de estos grandes defectos de la infancia. Es también el hogar, las palabras de los padres, su despreocupación. Conversaciones de trampas, de alifafes morbosos, de vicios, de disculpas, de venganzas, de anécdotas de taberna o de burdel...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 21-II-1937.

## 576.—ESBOZOS. LAS ALMAS MUERTAS

*El consejero de Hacienda de Santander ha publicado una circular en contra de la inmoralidad de la usura.*

La usura en el campo, que es donde yo la he visto dueña de almas, mala señora de tierras y de albercas, tiene, además de su inmoral trajín, una significación antigua de servidumbre, de obediencia cabizbaja, humillante y triste. Un usurero en esos pueblos verdes, pardos, que siempre están apacentando miserias, paciencia, ruinas dramáticas de deseos no saciados, pobres



rebaños de cosas que se quieren y que el sino ahuyenta, es tirano de conciencias, insinuador de acciones que nos repugnan, amo de pasos, de rumbos, de respuestas, pastor zahareño y violento de voluntades, capataz de desenvolturas morales, amolador cuyo silbo es como cuerna que llama a los hombres lo mismo que el bígaro a las cabras.

Su dinero esparcido en la comarca, convertido en yuntas, en pobres galas de boda, en yerba, en pared de casa que parece cabaña, en caja de muerto, en entierro de hijo; su dinero convertido en recibo apremiante de contribución, de veterinario, de tendero, en tabla de carro, en teja, en medicinas ya olvidadas, es algo así como un alivio ansiado, corto, víspera de un dolor más fuerte, más inaguantable, largo, un dolor de esos que nos hacen pensar, tiritando en lo bien que estaríamos en carne muerta, con ese último color parecido al que pone el tiempo en las hojas del bosque... Y también ese dinero, ese dinero que da unos instantes de descanso en una plenitud de fatiga, es como favor de egoísta, que después nos exprime, que después nos cobra mil diezmos del corazón, de la dignidad, de la gratitud, que nos recuerda como convencimiento, como soborno aquel instante en que fuimos a él como creyente a ermita de imagen de imposibles, en la alta montaña, dejando sudor en yerbas montaraces.

En la historia de infinitos suelos labradores, en la historia tenaz, mala, de tantos años de surco entre el paisaje de los cuatro semblantes del año, el usurero ha sido nube negra, centella en el cielo espiritual de lo agreste. Su bolsa es cárcel eterna de conciencias, su arca es encierro oscuro de ánimas siervas que se quedan allí para siempre en pena larga, como en remordimiento, como en castigo después de haber saciado un pequeño placer. Una inacabable servidumbre de bestia doméstica, de tonto sin amparo, de mujer dominada por quien sabe su falta y la amenaza con descubrir el secreto.

Entre el cacique y el usurero, invierno y otoño del clima espiritual de los pueblos que ramonean rebaños o aderezan la tierra, la vida es sogas que nos lleva y nos trae por los caminos que no quisiéramos andar, es silbo que nos apacienta en los lugares que aborrecemos, campana que nos llama, alborotada, impertinente, a sitios en los que tenemos que decir lo que no quisiéramos decir, mirando al suelo, con la cabeza agachada o cerrando los ojos, porque hasta las paredes y los árboles parece que nos miran con reproche. Es violencia que nos arrastra, violencia que tiene mirada envenenada como una flecha de caribe, que manda en las palabras, que nos zurra como enfado de mal viento que nos sorprende en un tránsito malo del camino. Un usurero de mostrador, de majada vasta, de casa que parece de mendicante, de casa de labras de señorío, con elástico, blusa o chaqueta, aparentando pobreza o más hacienda que la que tiene, es dueño de almas a las que ha ido conde-

nando poco a poco, almas muertas que andan, miran, siegan, tiran árboles, procrean...

Un alma muerta es la que no puede seguir la advertencia de su pensamiento, la supeditada a la tiranía que marca la dirección, la que tiene miedo a expresar sus sentimientos, la que no puede alzar la voz para defender o defenderse, porque la hacen callar con un tono de protección que suena a falso, con una palabra que la recuerda cierto momento, con una mirada que insinúa futuro vengativo, apremio de cosas que tenemos que devolver y que no las podemos devolver.

Almas muertas, enterradas en las arcas del usurero, redundadas de miedo, pensando y sintiendo con la sensación del dinero que se debe del plazo, de una fecha que es en el ánimo como un constante presentimiento de desgracia, de vergüenza...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 28-II-1937.

## 577.—ESBOZOS. RITMO DE VOCACIONES

*En Cataluña se han concedido matriculas gratuitas a trescientos niños, de probada vocación, para cursar estudios de diferentes carreras y artes.—Los periódicos.*

El periódico ofrece al escritor plata, cobre, bronce, hierro, ánforas, tarreñas, júcaras de hechos. Cada noticia conmueve su conciencia. No sabe qué escoger para el devaneo de su pluma. Le atrae el oro de aquella conducta ejemplar, la ceniza de aquella miseria, esta exaltación, aquel decaimiento. Y pasando y repasando en paseo rápido por el paisaje del periódico, se va uno a lo predilecto, como se busca una sombra, una fuente, una cabaña, cuando nos sorprende el calor, la sed, la tormenta en el monte.

Siempre se encuentra un refugio para el ánimo, lo mismo en el paisaje de la Naturaleza que en el paisaje de la lectura, los dos tránsitos menos concurridos. Siempre, siempre hay un cobijo pacífico, agradable, bueno, en este panorama del periódico lleno de borrascas, de humos, de retumbos, de muerte. Yo veo ahora, aquí, en el periódico, un paisaje exiguo de niños que son como lirios que crecieran en la mies de la tipografía, como pájaros

que hubieran venido a posarse en este huerto de surcos negros y blancos, y pienso que se puede hacer sentimiento de todo.

Cada titular del periódico es una insinuación buena, si sabemos sujetar y limpiar bien los anteojos del alma, si sabemos contemplar las cosas con un frenesí manso, como si fueran nuestras, entregando el espíritu al reposo duro o blando de la perspectiva. Se puede hacer pensamiento de todo, pensamiento de esas dos corrientes de los males y de los bienes, de una choza y de un palacio, de un bobo y de un sabio, de una peña y de un rosal.

Ahora hago yo pensamiento de esos niños pobres de Cataluña que comienzan la senda deseada de su vocación con el trato de unos libros. Y recuerdo las tragedias morales, muy íntimas, que comienzan a mortificar en los años de la infancia. No quiero detenerme en los motivos de índole material, que son muchos y muy crueles. Desastres, lágrimas, tristezas prematuras; contemplar siempre, con ansia inaguantable, las cosas sencillas, las cosas insignificantes a que tenemos afición y que nunca llegan a nuestras manos. Estar siempre con el alma en pena, contemplando tristemente, con los ojos muy abiertos y muy ávidos, aquel libro que está en el escaparate, aquella locomotora chiquitina que nos embebe los sentidos, aquellos zapatos, aquella cajita de pintura. En el corazón de ese niño está naciendo un pequeño rencor. Entre su rostro y las cosas insignificantes que le deleitan y lo amargan, está lo quebradizo de un cristal.

Cuando sea hombre ese cristal se convertirá en una muralla. A la parte de acá, los deseos; a la parte de allá, los imposibles. Siempre hay un obstáculo, un candado, una celosía fuerte y zafia, que nos aflige los pensamientos y los propósitos. La voluntad se fatiga, forcejea, vuelve a intensificar su brío, torna a decaer y a resignarse. El cristal siempre está allí, tan frágil y tan duro, enseñándonos las cosas que otros despedazan y menosprecian, y que a nosotros nos darían momentos de felicidad. De niños nos encontramos con esa muralla transparente, y de hombres con la otra. Siempre con un deseo sencillo, con un pensamiento que es algo esencial en nuestra vida interior, a vueltas con una pequeña gula, fija, constante, que nunca se adormece.

Cuando estos deseos y estos sentimientos tienen el origen en sensaciones de pobreza, de necesidad, de agobios perennes que nos hacen desgraciados, aquel pequeño rencor se va dilatando y nos llena toda la conciencia. En unos permanece silencioso, manso, sin corajes. En otros se exalta, le dejan salir y choca con el ambiente, con las leyes, con las costumbres. Unas veces tienen razón las leyes y las costumbres y otras veces tiene razón el hombre.

Pero existen otros motivos de índole moral que tienen su origen en la infancia y que modifican los rumbos que uno tenía marcados en la imagina-

ción. Es un motivo universal que crece y mortifica en todos los pueblos. Hay que estar sumido siempre en los ambientes de origen o separarse de ellos por caminos de aventuras, de indocilidad, de rebeldía.

En las actividades del padre o en otras parecidas tiene que encontrar el hijo el medro o la flaqueza del porvenir. Siempre con la herramienta atávica, agobiadora, con el recuerdo, lleno de acritud, de muchos propósitos fracasados a los que se les quiere más, por eso, por fracasados. De vez en cuando un respingo valiente del ánimo que no quiere someterse a la rutina. De esta falta de flexibilidad, de adaptación al ambiente, de espíritu sumiso y resignado, suelen salir los grandes hombres, los artistas, los casi perfectos. Y también los ambiciosos, los emigrantes, los atrevidos. Unos conquitan la sabiduría o la riqueza porque la suerte o la voluntad hicieron el milagro. Otros no conquistan nada. Si acaso, una decadencia prematura, un arrepentimiento tardío, un deseo entrañado de retroceder y amoldarse a las circunstancias, que se quedaron allá lejos en un pueblo, en la calle de una ciudad anodina, en una villa silenciosa donde nunca sucede nada extraño.

Lo mejor es dejar que la vocación vaya al sitio escogido. El pueblo más perfecto sería aquel en que las actividades respondieran al ritmo de las vocaciones, desde el que hace leyes hasta el que hace surcos...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 7-III-1937.

## 578.—ESBOZOS. LA SUPERSTICION Y LAS IDEAS

*Hay que ir propagando en el campo ideas conscientes y lo contrario a la práctica de las supersticiones.—De Ahora.*

Nada más que comprenden las consecuencias. Si restalla la tempestad, comentan sus estallidos. Si zumba el huracán, se habla de los árboles destrozados, de las tejas rotas, de cómo zarandeaba las puertas, las troneras, las campanas retumbonas de la torre. Se alegran de la lluvia en ciertas épocas y la maldicen en otras. Bendicen al sol cuando es conveniente para los sembrados y reniegan de sus rayos cuando reseca y agrieta. Ahora reciben contentos lo que antes les dio pesadumbre y desesperación. Después contemplan enojados lo que en otro tiempo les tuvo alegres y optimistas. Nada más que saben —¡pobrecitos pueblos de repliegue de montaña!— que el relám-

pago ilumina las tinieblas del cielo; que el viento mete ruido como bufidos de mil rebaños de toros; que la nieve pone una pelliza blanca y fría a la tierra; que el rocío brilla en las plantas como si sobre éstas hubieran estado llorando toda la noche unas doncellas, unos niños; que la lluvia unas veces es como gracia y otras veces como castigo; que el calor unos días es bueno para la sazón de los frutos y otros lo mismo que una brasa inmensa que todo lo quema. Ellos nada más que hacen analizar los resultados, los efectos favorables o adversos de lluvia, del calor, del aire. Reciben con alborozo lo que les beneficia y miran con enfado lo que les perjudica, sin detenerse a pensar en el por qué de esas causas naturales que traen fiesta o duelo al ánimo. Meditación premiosa acerca de esas consecuencias de los calores y de las tormentas. Buen sol el que es propicio a las faenas del campo, a la madurez de la cosecha, de los racimos de las viñas. Buena lluvia la que refresca el tempero reseco y caliente, la que llena las albercas del riego, la que haga brillar de nuevo el verde de los sembrados...

Y el concepto de ideas, análogo al que tienen de la lluvia y del sol. La mejor idea es la que suprime dificultades, la que aparta los estorbos, la que da a la vida un desenvolvimiento más amable, la que disminuye las cargas contributivas, la que echa a andar las ruedas de más molinos. La mejor idea lo mismo que la buena lluvia y que el buen calor para los campos. Criterio utilitario con desconocimiento de lo ideológico. Todo lo ideológico se resume para ellos en las consecuencias. La política, o mejor la idea, es en su concepto una cosa material que regala o hurta prosperidades. No la comprenden si no es convertida en ventajas que se reflejen intensamente en la economía particular, en este deseo, en aquella codicia, en esa gran ambición, en aquel afán de venganza...

Y es verdad que aún quedan resabios de supersticiones, que son las taras de todas las razas. Se presentan con diversas características, un poco limadas por la herramienta gigantesca de la civilización. Manías y torpezas que subsisten en el enredijo de las costumbres actuales, emparejadas y bien avenidas con otras simplezas que también rebrotan de lo hereditario, de la ineducación. Estos motivos son los que estimulan lo inconsciente, lo servil, los que forman individualidades entecas, propicias siempre a los tópicos señuelos de la picardía, de las promesas vanas, de las falsas virtudes que exigen a los otros virtudes puras.

La otra gente, la que no vive en esta tiniebla moral, nada más que ha sentido curiosidad. Ha contemplado estas cosas como formas pintorescas, como una peculiaridad inocente de caracteres rezagados en el camino de la historia, como reminiscencias de maneras primitivas. Nada más que contem-

placiones de literato viajero o de investigador intelectual. Páginas y más páginas desmenuzando esta leyenda o describiendo con humor burlón lo que se ha oído decir de la virtud de esta malva, de aquella raíz, de este amasijo híbrido, de aquellas aguas de fuente terrena puestas a serenar en el relente del final de otoño, cerca de un tronco de encina seca. Divulgación constante de los defectos, de las supercherías, de los vicios. Nada más que se ha hecho divulgar lo que se hace en el campo; no corregir, que es lo esencial. De estos terrenos se han extraído anecdotarios rústicos, muchos colores de paisajes, muchas recopilaciones de recetas de curandero, de ritos de saludador, que está plantando unas hortalizas y le mandan a buscar para bizmar bárbaramente a un pobre niño, a un leñador, a un novillo, a un mastín, a un gallo...

Pero no se ha vuelto allí con una misión constante, enérgica, que vaya creando convencimientos de ética, de higiene, de educación, de criterio limpio e inteligente...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 14-III-1937.

## 579.—ESBOZOS. EL PUENTE NUEVO

*Siguen las obras del puente que en varias ocasiones sirvió a los políticos para sus propagandas.—El corresponsal de Rmales.*

Ese puente de que habla el corresponsal de Rmales me hace pensar en muchos años de la historia de España. La historia de la pobre España en lo político, que ha sido una vasta sucesión de promesas de cosas que hacían falta para pasar de una parte a otra, para transitar sin grandes pesadumbres, para roturar épocas con faenas de espíritu. Ese puente resume la promesa de muchos tiempos, promesa reanudada, a través de épocas, en cartas y oratoria de los caciques grandes a los caciques pequeños. Y una ilusión vieja de pobres gentes campesinas, siempre burlada, siempre pensando en barandillas por encima del agua, en caminos, en muros de orilla de río, en todo lo que no se hace, en todo lo que se comienza y no se termina. Así, la política me ha dado a mí muchas veces impresión de mala mujer, peripuesta, ventanera y altiva, que sonrío, promete y es dócil, hasta conseguir el favor de un soborno, de una injusticia, de una venganza, de cualquiera



de esas claudicaciones que avergüenzan. Y después, el desdén, la burla, que es sentirse engañado en vicio y en espíritu...

¡Pobres pueblos los que tienen de la política un exclusivo concepto de piedras, de tierra, de intercambio de favores, de provechosa economía! El ofrecer ha sido la característica esencial de la propaganda en todas las leguas agrarias. Política de mezquindades materiales, de devaneo de intereses, de puntillos y embelecos muy antiguos. Palabras recordando necesidades, proyectos de bosques, de humildes vías vecinales, de escuelas nuevas, de encauzamiento de ríos. O insinuando otras promesas que halagan la vanidad particular, las ganas de un empleo, cosas de reemplazos, de venganzas, cosas que forman una idea utilitaria, sin alma, del destino del hombre en sus convenios con los demás.

Cuando yo era niño conocí a la política en el sombrero, en las barbas, en la sortija amarilla de aquel señor que llegó por la mañana y anduvo por los portales, sonriente, hablando a los labradores con la misma humildad y reverencia con que éstos hablaban al juez, al recaudador, a los misioneros que nos reñían de vez en cuando desde el púlpito. Era la primera vez que yo veía a los señores pedir, como mendicantes, en los portales de barro moreno. Me daban sensación de pobres muy bien vestidos, con ropas de hidalgos o de indianos muertos. La primera vez que yo veía a los caballeros quitarse el sombrero ante los hombres de mi pueblo, como éstos se quitaban la boina en el umbral de la parroquia, en el zaguán del escribano, delante de las verjas verdes del humilladero. Saludo de pastor a amo, de sacristán a arcipreste, de pobre a rico que puede dar lo que vamos buscando.

Ya de hombre, comprendí, sin querer, por camino natural de experiencia, que la política era, sencillamente, una escena ampliada de aquellas que yo veía de tarde en tarde en cualquier portal de mi pueblo, cuando llegaba el candidato, transido de cuestras monteses, los zapatos sin lustre, polvoriento. Parecía chamarilero o negociante de otras cosas, que iba buscando chismes antiguos o pieles, novillos de buena raza, lana, árboles. Porque allí, en el banco de piedra del portal, nada más que se oía conversar del semental que hacía falta, de lo mal que estaban los tiempos, del dinero que costaba la iglesia nueva, de lo poco que se vendía la cosecha del otoño. Una escena ante las puertas de mi pueblo, oyendo a aquel señor que prometía el semental, el dinero para acabar de levantar la torre, el permiso para cortar hayas, el traslado del maestro de escuela, la construcción de una carretera hasta la villa para ir a vender las cosechas. Jamás oí la palabra conciencia, idea, justicia. La conversación no salía del corro de los intereses. Pezuñas, multas, talamientos, recuerdos de agravios, envidias, hijos que iban a entrar en quintas, cosas que estorbaban, deudas...

Así siempre en la eterna revuelta del tiempo campestre, que nunca tiene recta libre, llana. El río seguía inundando la mies, la escuela sin retejar, el camino de la villa sin hacer. Todo era saludo, campechanía falsa, promesa de soberbias que tenían que humillarse unos instantes, contando mentiras. El puente se quedaba en deseo, en pensamiento que estaba recordando siempre el engaño. Y venía otro señor y sucedía lo mismo. Parecía que éste no era como el otro. Daban más confianza su manera de sonreír, su voz, su censura para los que no habían hecho el puente, los muros del río, la torre, la carretera. Entre la gente del portal renacía la esperanza. Y pasaba el tiempo en mala curva de trabajos, hacia el pequeño llano de las cruces que señalan muerte. No se podía pasar a la otra parte de la ribera, se caía el tejado de la escuela...

Así conocí yo a la política, de niño. Y de hombre la conocí al encontrarla en los portales de los ayuntamientos, de los ministerios, de las iglesias. O conversando de otros muchos puentes como ese de Ramales. Y por asociación un poco arbitraria de ideas, de obsesiones, quisiera uno conocerla hecha puente, puente nuevo, que pasara de unas malas a unas buenas costumbres, que sea como un tránsito que lleve de una orilla de aridez espiritual a una floración de verdades, de sentimientos y de conductas. Puente de historia que nos lleve a la sinceridad, que es la única que puede hacer historia nueva...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 28-III-1937.

## 580.—ESBOZOS. ESCALA DE HIPOCRESIA

La conserjería de propaganda cierne en el nuevo cedazo de lo actual el asendereadísimo tipismo de la mendicidad española. ¡Qué sé yo las veces que el andrajoso tema ha gemido o se ha enfadado, anda que te anda, peregrino siempre sucio, en los negros caminos de los periódicos! Y también en las memorias de viajeros extraños que vienen en busca de tradiciones lamentables, de escenas de errabundos en los caminos, de autógrafos de verdugos, de reminiscencias de brujerías en alcobas de callejuelas de ciudades medio muertas, en campos, en cuevas que lindan con esteros. Esta tradición de pobretería, escrita en los caminos españoles, debajo de arcos de puente, entre ruinas de vieja arquitectura en cobertizos de lona a la orilla de la

carretera, ha venido formando parte del concepto que de este país, tan rico y tan pobre, tienen las gentes que hablan distinto con diversas conciencias. El conocimiento de España desperdigado en el mundo, aparte lo literario y lo heroica, ha sido observado en el trashumante clásico, en lo nómada bisunto y flaco, color de bronce y de polvo, o en lo sedentario anacrónico, en lo que se quedó atrás en retardo histórico.

Conocimiento entrevisto al pasar, conocimiento de alforja, de errantes lisiados, de jarana de tribu, de pícaros que rezan en las puertas, pidiendo, y juran en las ventas, bebiendo; de gitanos borriqueros, de danzaderas en plaza de pueblo o en mesa morena de mesón. El viajero extraño se lleva por el mundo allá esas visiones del itinerario español, con unos cuantos recuerdos de torres desmochadas, de aljibes que tienen leyenda, de tinajas de la Mancha, de solares que vieron lid, ahorcamiento, muertes en lumbre entre cristos feos, furias de toros...

Y aquí sigue andando esa tradición de ropas sin aseo, restregadas en barro, en hierba; de haraganería que sabe muy bien despertar lástima por males fingidos; de vicios que subsisten a fuerza de hacer que se llora, a fuerza de tristezas simuladas; de recuentos en voz mansa y afligida de peripecias inventadas según se va de un pueblo a otro cachaveando suelo agreste, empujando la bota bien escondida cuando se pide en los portales. No hay cosa más estéril que el sentimentalismo engañado alimentando picardía, vicio, vagancia.

En la ciudad, aparte el dolor de verse pobre, de la verdad triste de llamar en puertas de amigos o de desconocidos, la mendicidad también constituye una tradición de individualidades, que empieza por herencia y se va convirtiendo en vicio, en norma definitiva de vida, en técnica resabida de engañar corazones, de convencer a retraídos en eso del remediar, de constancia en perseguir al transeunte sintetizando la confidencia de unas hambres y de unas penas mentirosas. Es la técnica del enternecer, del mirar angustioso estando el alma contenta, de dar sensación dramática mientras se piensa, sin pena, en unos vasos de vino, en cara de amante, en unas horas de cinematógrafo, en todas las cosas que hacen regustar tiempo, que hacen costumbres gozosas, cortas, entre la otra costumbre monótona del día, lo mismo que pequeñas fiestas. Técnica de una hipocresía mal vestida, triste al sol, en esquina, en escalera, ante ventanilla de tren parado, en cercanías de puertas por las que entran y salen glotones de cualquier cosa... Y alegre y casi bien vestida por la noche, cuando se abandonan las malas ropas del disfraz del día, como se quita el comediante las vestiduras que le hicieron grumete, fraile, maestro cantor.

Entre la gran hipocresía de los enemigos que parecen amigos, de los

bribones que parecen infelices; entre la otra hipocresía inmensa del vanidoso que parece modesto, del orgullo que parece humildad, del tardío que parece diligente, de lo ampuloso que parece sencillo, esta otra hipocresía de la mendicidad, cariaconteciéndose, con su multitud de gestos que le hacen pensar a uno, a los sensibles, en propósitos vencidos por la intemperancia del mundo, en afanes cortados por la desgracia, en todo lo que es pesar, ausencias constantes de lo que se desea, recuerdos de caminos ya lejanos por los que se iba bien.

La hipocresía es la gran yedra que cubre al mundo, la que le ciñe de historia, que es siempre la misma por sentimiento y por costumbre. Y la evolución tiene que ser cosa de intimidad iluminando ambientes, plenitud de conciencia andando en el exterior, derrumbando esa altísima escala de hipocresía que empieza en el fingimiento del mendigo y llega hasta lo intelectual más encumbrado. Porque unos son mendigos de mendrugo, de dinero, y otros son mendigos de alabanzas, de consagraciones que no merecen porque falta la virtud, el talento, la bondad. Hay que desterrar esas dos tradiciones de mendicidad, tan españolas, tan de todos los sitios: la que mendiga dinero vagabundeando pícara, andrajosa, embustera, y la que mendiga elogios, privilegios, auxilios para vengarse...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 20-IV-1937.

## 581.—ESBOZOS. LO QUE SE PUEDE HACER

*Que la guerra no nos arrase el espíritu hasta el punto de que nos olvidemos de la poesía y del cultivo de la inteligencia.*—El Socialista.

No quiero yo una superioridad de afanes de poesía, de cultivo espiritual, sobre las preocupaciones diarias que velan por lo familiar, por lo urgente de nuestros apremios materiales. Menoscar lo segundo por lo primero, hacer manía desvelada, constante, de querer encerrar al espíritu en lo perfecto, sería tanto como pasar por la vida con un yelmo de quijoterías, que nos harían ilusos, contemplativos, señeros en pensamientos imposibles, en imaginaciones casi entre estrellas, entre cosas irreales de un mundo que se sueña. No, no pretendo yo un mundo de místicos de poesía rezando en

libros, en naturaleza, en memorias o en buenas fantasías de hombres que hicieron al arte un dios de penumbras de alba, de imágenes vivas, de colores, de rumor o ruido del paisaje, según la mansedumbre o el enojo del viento, del arroyo o del torrente.

Pero sí quiero —porque todo lo bueno que se puede hacer debemos querer que se haga— una sencilla exaltación de las cosas que quitan aspereza a la inteligencia, al alma. Precisamente el mundo anda así, tan redomado de recelos, de mentiras victoriosas y de verdades vencidas, por esa aspereza espiritual que se va formando a fuerza de querer una perfección material, imposible, que aproxime a nuestro horizonte particular los motivos diversos que dan complacencia de vicio, gula saciada, vanidad contenta, preponderancia de algo que nos envanezca, largos descansos pensando en lo que se va a recrear el cuerpo. Ese afán impertinente, sangre de la arteria del deseo, es el que nos hace infelices, malhumorados, envidiosos. Damos sensación de peregrinos rijosos anda que te anda, en busca de un serrallo o de una venta. Parece que todas las energías desean desgastarse en esa peregrinación, camino de mujer o de cocina famosa. La costumbre, el entusiasmo, la intención de la mayor parte de los hombres se reconcentran en esas dos cosas, que recuerdan reconcentramiento de buey en yerba, en agua, sus dos placeres.

Tampoco quiero una castidad pura, porque no debemos querer lo que no se puede hacer. El hombre más loco no es el que sufre un desvarío de su mente, el que tiene manía, miedo imaginado, arrebatos; es el que quiere en los demás los imposibles, la costumbre antinatural, la renunciación casi absoluta de las pocas alegrías del mundo. Y yo no quiero, amigos míos, ninguna de estas cosas. No pretendo santificar la historia futura con mayoría de hombres castos, místicos de arte y de contemplaciones bellas, sobrios en lo más esencial, medio sabios, poetizados. No soy viajante de imposibles en este demasiado corto itinerario de letras, de saber... Con quitar un poco de esa aspereza espiritual de que hablé más arriba, me conformo.

Y para esto no es menester una disciplina de hierro, ni tan siquiera de vara de fresno. Basta con repartir el afán entre lo que reclama el instinto por subsistencia, por corazón, y lo que aplaca grosería, ignorancia, bastedad de conciencia, desprecio por lo bello que no comprendemos y que no deseamos comprender porque lo juzgamos inútil para la vida. Así, el hombre es como una revista de finanzas, de mecánica, de agricultura. Números, ruedas, motores, arados, semillas. O como un libro que habla de máquinas, de piedras, de salarios, de leyes, de maderas, de los estilos de crear. Cosas interesantes, fundamentales que le hacen inteligente en el modo de ganarse el pan, en el modo de civilizar industrialmente. Y yo quisiera figurármele tal como esa revista o ese libro, adiestrando maña, habilidad, maneras nue-

vas de hacer industria de tierra, de hierro, de árbol... Pero entre estas cosas, entre esta profusión de letras, de dibujos y de números que enseñan técnicas de profesiones, unas líneas concretas que enseñaran también estilos sencillos de retemplar espíritu, de aguantar los excesos malos del instinto, de ver en la doctrina social no sólo mejora de nuestra comodidad, de nuestro alimento, de nuestra economía, sino desvelo, sacrificio, amor por los semejantes que se quedan atrás en penas, en miserias, en fracasos. Unas líneas que acostumbren a las vibraciones de todas las cuerdas de la sensibilidad, que purifiquen el gusto, que poeticen un poco las miradas, las conversaciones, el hogar, los hábitos.

La idea de lo nuevo no será perfecta hasta que en la desenvoltura del trabajo no se adapten esas otras faenas que dan desenvoltura al alma en sus formas exteriores de educación, de bondad y de cultura. Hasta que no nos avergoncemos de haber leído despectivamente una bella frase; de haber menospreciado a la poesía pura, que es el mayo perenne de la cultura; de no querer al arte en sonido, en color, en idea escrita; las emociones vivas de una narración fina que descubre rincones de conciencia, resabios de temperamentos, suelo hermoso, vidas sencillas alejadas de nuestro ambiente. Hasta que dejemos de llamar sencillo a lo vulgar, y raro a lo fino, a lo limpio por estilo y por sentimiento. Hasta que no nos cause placer lo que ahora, por intoxicación hereditaria del gusto, nos causa tedio...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 25-IV-1937.

## 582.—ESBOZOS. LAS MULETAS DEL AMOR

El otro día vi a una enfermera enseñando a andar a un hombre apoyado en unas muletas. La rabia de la guerra, brillando en un filo y rezongando en una bala, dejó tullido a este hombre, con un cabestrillo de inválido, una venda en la frente, una pierna cercenada. Y ahora está aprendiendo a andar en una sala amplia, con sus muletas, inclinado el busto, al amparo de una mujer vestida de blanco que sonríe dulce y amargamente, con una mezcla de consuelo y de pena.

El tiempo nuevo y el tiempo por nacer escarabajean en el cerebro, despiertan la memoria —silo de sensaciones de días muertos— o forman pensamientos de más allá, en lo futuro, en otra era del mundo que sirva de linde



entre dos civilizaciones: la una, tan material, glotona, viciosa, injusta; la otra, la del mañana, vitalizada de espíritu, suave, fina. En esa mujer y en ese inválido veo yo el pasado y lo actual del mundo. Y vislumbro, con mucha fe, una chispecita de porvenir, entre unas nieblas remotas, como si estuviera naciendo otra historia, como si se estuviera formando otro mundo en la lejanía del tiempo. El pasado es desvalido; el pasado tiene las piernas amputadas; no puede caminar con desembarazo por los campos del espíritu; no llega a terminar las leguas de su perfección.

Este hombre encorvado, flaco, que mira al suelo con temor, como el que tiene miedo a caerse, falto de energía y de voluntad, me representa la ruta que queda atrás, el pasado remoto y el pasado reciente, el pretérito de las masas laboriosas y sencillas, sin las muletas de la justicia o de la misericordia, que más que amor al prójimo y flor de adentro, es temor a enfados, a castigos. Gente que nunca aprende a andar, que tiene de la vida un triste concepto de tambaleo, que no la enseñan a caminar con firmeza, sin mirar al suelo con temor, pretendiendo tentar el aire, que es lo mismo que buscar el apoyo de la sombra, del espacio, de la nada. En esto radica la desgracia más honda y más larga del mundo, el eterno veneno que los hombres felices, afortunados por suerte de sino o por suerte de casta, van echando en las arterias de los débiles, de los que sienten pesadillas y fiebres de miseria, de los que siempre se encuentran con recodos ásperos, con formas frías y descortes del lenguaje, con gestos de indiferencia, que caen en el alma como si las palabras y las miradas lanzaran ventiscas, nubes violentas de polvo, navajas, puñados de nieve y de barro.

A esta gente nada más que se la ha enseñado a caer, a sufrir impertinencias del dolor, de la tristeza, de las preocupaciones de pan y de techo, que son las más terribles; de deseos humildes que se quedan casi siempre en eso, en deseos ceñidos de privaciones. Consejos constantes de resignación, de templanza, de obediencia. Superabundancia de máximas morales que están mal avenidas con la realidad deplorable del hombre que vive en perpetua incertidumbre, transido de tanto esperar su sosiego, sacando del troje de su imaginación recuerdos de llanto, de amenaza, de tragedia íntima, silenciosa, que dejó sarro de sufrimiento y hojas de las ramitas cortadas de la esperanza en el suelo y en el cielo de la conciencia.

A este núcleo del mundo no se le ha enseñado a andar. Por eso se ha caído muchas veces con estruendo y grito, levantando polvo dramático que se pega a la historia como musgo rojo, húmedo, como cuajarón de heridas anchas y hondas en el pecho y en las sienes de las épocas. El estorbo, levantándose erizado en todos los caminos. Estorbos en las rectas de las vocaciones, en las ansias buenas de la juventud, en la calzada de la vejez, en

los propósitos de la inteligencia, en la desenvoltura de la idea y de la voluntad. No poder ser lo que uno quiere ser, renunciar a esa inclinación de letras, de arte, de ciencia, que se hace en nosotros resquemor y tormento de amor malogrado.

A la pobre gente nada más que se la ha enseñado a entumecer sus deseos, a rumiar piedra de renunciación, a desbaratar sus inclinaciones, a envidiar, a tener fe en lo supraterráneo, a odiar al mundo como se odia a un enemigo cruel, a recogerse en su ignorancia, a protestar estérilmente. A la pobre gente no se la ha enseñado a andar por kilómetros suaves hacia su bienestar y su aseo moral, que son los dos únicos principios de paz. Siempre entre unas dificultades aglomeradas en el ambiente, esparcidas en la marcha como colinas de roca, de vertientes verticales, como ríos anchos, revueltos, sin barca para pasar. La levadura de la existencia de estas muchedumbres es la dificultad, laberinto de dificultades, lo mismo que columnas de gran mezquita que desorientan y aturden.

La dificultad es la madre arisca del enfado. Cuando el enfado salta a la vida exterior, corriendo por el mundo, en el acervo de la historia van cayendo estrépitos, las llamas, los truenos, los relámpagos, las centellas que hacen los hombres con la química y con la mecánica. Y todo por eso, por que no se les ha enseñado a andar. Porque nada más que se les ha enseñado a caer, a traquetear en la vida, a bambolearse entre una orilla de incultura y otra de necesidad, las dos cicutas de los siglos, los manantiales de los enojos violentos, locos, irresponsables como una tempestad o una inundación. Faltan las muletas del amor, de la generosidad, del afecto, para que la gente humilde aprenda a caminar sin sobresalto, sin pena, sin morbos, en un paseo laborioso. Hacer de la vida eso, un paseo laborioso, no una cuesta de calvario; un tránsito fecundo y suave...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 2-V-1937.

### 583.—ESBOZOS. EL FACCIOSO UNIVERSAL

«Y que sobre el egoísta, sobre el que cierra los ojos y tapa los oídos para no ver y para no oír los dolores, los sufrimientos de los demás, caiga la imprecación de la palabra maldita, el estigma que encierra el nombre de traidor a la Humanidad.»

Así, con estas frases rotundas, con estas palabras que me hacen recordar piedras de hondas apuntando a malas sienes, termina un reciente discurso del consejero de Hacienda, don Domingo José Samperio. Magnífico final para que uno siga oyendo, pensando, como si el orador no hubiera terminado de esgrimir sinceridad, sentido común fino, que es la suprema categoría de la inteligencia; esa poesía que se desprende de la advertencia afable, del consejo, del itinerario marcado a través de paralelos de conciencia. La oratoria que no nos deja una larga sensación de recuerdos de espíritu historiando verdades, más que recuerdo de voz, más que recuerdo de ademán, es como amor breve del que no ha quedado en la memoria más que la cara, el vestido, el mirar. Recuerdo de alma, de intimidad perdiendo secreto por cariño a cualquier cosa, que redunda en beneficio de infelices o engañados, por enojo hacia errores o hacia desmanes, por valentía del carácter justo que no quiere extraviarse en mentira, es el mejor y el más glorioso recuerdo. Y las mejores palabras son las que tiempo después de oírlas, de leerlas, parece que hablan en nosotros, parece que siguen hablando escondidas, en el seno, en rebujo de entraña. O los que terminan como en entreacto, como en interrupción de cansancio, porque dejan ganas de más recogimiento oyendo o porque se enlazan con nuevos pensamientos nuestros creando conversaciones entre la mente y la conciencia.

No terminan jamás las palabras que le animan a uno a seguir pensando, haciendo más largo el camino que ellas empezaron, ingenieras de calzadas de conductas, de canales de actividades buenas. Esas últimas palabras de la conferencia del consejero de Hacienda, empiezan en mí, que es como si no acabaran en él, porque no muere, no acaba lo que da estímulo, fuerza, sentimiento para que otro empiece. Así entiendo yo el discurso, el libro, la lección, el simple comentario de periódico. Lo que termina allí, en aquella postrera línea, en aquella frase, sin hacer comienzo en nosotros, es lo mismo que agua que pasa por debajo del molino sin moler, lo mismo que aire sin fuerza para mover velero, aspas, grano en hora de beldar. En la historia no es buena generación la que no termina infundiendo al prólogo de la otra, de la recién nacida, las emociones, la vehemencia de empezar contra el yerro, de reempezar el acierto, camino de superaciones. Y en el hombre no es buen tiempo de su ánimo, de su sensibilidad, el que pasa sin que le haga empezar la virtud, la buena constancia, la dignidad que otros dejaron emprendidas. Continuar el camino que empezaron otros, camino de serenidad espiritual, de complacencia ante lo bueno, de severidad ante lo malo en sus diversas formas, debe ser la más honda inquietud del hombre, si es verdad que quiere nuevo mundo, que es el deseo más viejo. Libro que después de cerrado no siga haciendo en nosotros faena espiritual, no es un gran libro.

Cuando termino de leer esa conferencia, las últimas palabras son comienzo de mi reflexión, que es como si el discurso no hubiera terminado. No valdría nada si no me hiciera seguir pensando. No, no es lo mejor lo que sacia, lo que harta. Lo mejor es lo que deja ganas de más. Lo que deja deseos de seguir, de volver a empezar. Esas últimas palabras recién leídas, debajo de un cielo de mes de pájaros nuevos que ruta guerra en pureza de aire alto, muerte volando, me hace comenzar enfados pacíficos como de parábola, como de hijo bueno ante padre malo. Y sigo pensando en el egoísta, que es, sencillamente, el ladrón que roba felicidad, lluvia que nos malogra la jira, mano bárbara que nos rompe ese juguete de ilusión que todos los hombres llevamos en el alma. El egoísta es para el hombre lo que éste para el niño a quien prohíbe correr, saltar, tocar el tambor, comer su manzana. Cada cual tiene su juguete, aro de propósitos, trompeta de anhelos, peonza de imaginaciones. En unos es el bienestar, en otros el saber, en aquéllos la paz, en éstos el consuelo.

Pero viene el egoísmo, guardián de los jardines en los que desea jugar el hombre, y nos echa de allí, a voces, a palos. Y no podemos enredar pacíficamente con nuestros deseos, sin miedo, joviales, vareando aguas mansas, cogiendo flores, acariciando palomas, niñeando, en fin, que es la suprema normalidad del corazón. El hombre más perfecto no es el super-hombre como le entiende la filosofía, el vulgo. Es el que reanina intención, voluntad, curiosidad, sonrisa, capricho. Mas es muy difícil infantilizar sensaciones, que es perfeccionar mundo, estando ceñidos por imperio adusto de almas que no nos dejan enredar con propósitos esenciales para dar a la vida un carácter pleno de confianza, de valentía. La desconfianza, el más hondo preocupar del mundo, comienza a desinfantilizar temperamento en el instante en que el egoísmo nos hace sufrir o nos hace hacer sufrir, nos quita o nos hace quitar. Egoísmo que entra en nosotros como rijoso dismantelando purezas, hiriendo conceptos nobles, maltratándonos. O egoísmo que sale de nosotros como bala, como flecha. De una o de otra forma, todos somos víctimas del egoísmo, los unos por atropellados y los otros por atropelladores. Siempre con ese enemigo en presencia, faccioso de todos los pueblos. Siempre con ese guardián que nos prohíbe acercarnos a los buenos sitios.

Este, este es el gigante que hay que matar, reviviendo, dando realidad, a esfuerzos y tinos de leyenda en contra de sienes altas, duras...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 9-V-1937.

*La nueva reforma de prisiones tiende a que la gente haga más humana, más afectuosa, la vida de los delincuentes después de cumplir su condena.—De ABC.*

Esto me recuerda aquel episodio dramático que contaron los periódicos días antes de comenzar esta galerna de historia. Episodio que resume lo que es la libertad para el presidiario ya viejo. Aquel hombre, por fuerza de hábito en pensar lo que hizo, es posible que en vísperas de libertad, el recuerdo hubiera perdido lo sombrío, lo bermejo de heridas mortales, hechas por vengarse o por evitar que se vengaran en él. Y en la parte buena del corazón, porque el corazón, como algunas frutas podridas, tiene alguna parte libre de mal; en la parte sana del corazón, una alegría sentimental de memorias de hija pequeña que se quedó sola en el pueblo, teniendo miedo a la luna grande de algunas noches. El la dejó menudita, vestida de tela azul, cantando alrededor del brocal del huerto, en sombra de palmera grande. Siempre la veía así, con los ojos inmensos de la memoria. Siempre vestida de azul, como en aquel instante de día bueno en época de flor de almendro.

Muchas veces la caída de las hojas en el patio; el cielo arrojando blancuras malas; la llegada de más hombres con sus ropas fuertes y su mirar de campesinos, curiosos, tristes, en las esquinas de la cárcel, mirando ventanas, garitas, álamos de la carretera. Se habían vendido bastantes veces los mulos viejos de la cantera, que ya no valían para nada; envejecían las caras que llegaron jóvenes, con una apariencia de sensaciones inocentes, como colegial castigado sin culpa; el director ya había estrenado muchas pipas y la estufa ya había consumido muchos árboles. Y allí, en lo puro de la memoria del hombre, el aire jugando con el volante de la niña, siempre niña, sin crecer, los dedos contando bagatelas de juego, que son las monedas de oro de la avaricia infantil, millonaria de olvidos o de consuelos sin olvido, de caprichos.

Ella, perdida entre mimbres, entre espigas altas, cantando los primeros cantares, que tienen rima de romeros, de Jesús, chiquitín, amado por pastores, de ruelas de vírgenes riendo en un huerto. Lazarilla de su pensamiento, de su alegría y de su tristeza, esperando día libre, sin diana de soldados guardando salidas. Y en aquella pena nunca ausente, en aquella pena de las cartas que no venían, de las noticias que no llegaban contándole las cosas del pueblo, lo que hacía la niña por la tarde, si se divertía los domingos, si seguía teniendo miedo al viento de las noches del tardío, a las som-

bras de la marisma. Pena grande, de día tras día, haciendo años de impaciencia prisionera en cuerpo cautivo, que es la peor. Era como si la niña se hubiera muerto de miedo a la luna grande o se hubiera caído por el brocal a lo hondo. Siempre nada, nada, como si el pueblo estuviera en un confin remoto del mundo, al que no llegaran los barcos, los automóviles, los trenes.

Un día escribió al maestro una carta de urgencia, llorando. La respuesta fue fría, concisa, como de juez a reo. La niña estaba bien, en una casa de señores, sin miedo a nada. Y se lo dijo a todos, ante los caños herrumbrosos de la fuente, en el almacén del cáñamo, al compañero que estaba de rodillas junto a él, mirando la negra cara de un Cristo en una cruz de pino, en la capilla del presidio. Se lo dijo a todos, con alegría de novio, con alegría de niño que encuentra nido después de una paliza, de un largo llanto. ¡Estaba contenta, sin miedo a nada! Estas palabras fueron desde entonces la antifonía de todas sus horas, lo mismo que cuando encontramos un lugar preferido por un camino por el que creíamos no llegar. Cereza en su verano de ansias corriendo, sedientas. Cereza en el paladar de su espíritu, tan cansado, tan lleno de polvo de memorias. El director ya había estrenado más pipas, habían caído más veces las hojas, llegaban más caras nuevas y marchaban otras, envejecidas, todas con un estupor idéntico, como si fuera lo mismo entrar de joven que salir de viejo.

Llegó la rueda del año al hito de la época amarilla, la que recibe muerte de verdes, vida de vientos que malhumoran. Y entonces le tocó a él el buen naipe de la libertad en ese juego de hombres que castigan y de hombres que son castigados. Cuando se cerró la puerta tras su espalda, el volante de la niña dio un gran revuelo en su imaginación. Todo empezó a ser brocal, tierra de espigas, mimbres verdes en el mundo de su memoria. La seguía viendo niña, niña de azules intactos, niña cantando palabras con olor de romeros, de pellizas limpias de pastores de buena voluntad.

Aquella casa de señores estaba entre el bosque y la marisma. El corazón tenía amabilidades silenciosas para todos los encuentros, paisaje, cielo, gente que pasaba, porque el presentimiento de felicidad nos hace ser buenos hasta con lo malo Y un temblor de todos los temblores de los recuerdos de todos los años, del amor desperdigado en los días muertos, que iban dejando esperanza viva...

¡Ay, como ha crecido la niña, ya sin azul, ya sin volante! Corre hacia ella, muerto de sed de rostro hijo. Corre hacia ella como hacia montón de monedas de sueño, como hacia bien supremo, muerto hace mucho que resucita, también en sueño. Y todo fue igual que sueño, igual que sueño de moneda, de resurrección. La hija le tuvo miedo como a la luna grande. Y le miraba como si fuera la hija del otro, la del muerto. Mirada a ojos que nos



han dicho que son malos, a manos que nos han enseñado a odiarlas. Sintió frío de Audiencia, de cuando oyó la primera vez el ruido del cerrojo de la prisión. La hija le seguía mirando como de niña a la luna roja, baja, casi tocando la punta de la colina.

Y salió ahuyentado, lleno de vergüenza, de ganas de acabar. La tarde se iba muriendo en vendimias. Todos los ojos le parecían de carcelero. La marisma fue un convite a sus pasos locos. Y creyó el pobre viejo que en las aguas oscuras del mar estaba la eterna liberación...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 16-V-1937.

## 585.—ESBOZOS. IRRESPONSABILIDAD ARTIFICIAL

*Hay que castigar duramente la embriaguez.*—De unas declaraciones del ministro de Justicia.

También en eso de la embriaguez hay categorías, como en todos los vicios y virtudes del mundo. La categoría la da en lo humano, en lo inconsciente o en lo inteligente, la intensidad de lo que se hace. Puede decirse que la borrachera es una gran escala, una serie larga de notas que va desde el gemido, desde el suspiro, hasta la carcajada, hasta lo escandaloso de la voz en un alboroto como de trombones o de tambores mal tocados. Es trasiego o sedentarismo, por violencia, por sentimentalismo o por rabia, de hombres que buscan un rato de mundo distinto, de mundo artificial, con unas impaciencias y unos consuelos también artificiales. Dar al corazón esas sensaciones de alivio ficticio es engañarle, es hacerle sufrir más, después, al irse la niebla que nos esconde la realidad. Pero dentro de ese artificio, la categoría lo mismo que en la evidencia de la vida, lo mismo que en las costumbres que pulen o manchan mundo.

Yo catalogo a los borrachos en unos cuantos apartados, según la intensidad, como a los tontos, a los orgullosos, a los bribones, a los cínicos, a los ilusos. Categoría de los inofensivos, con sus consiguientes subdivisiones: Los del gemido, los que les da por recordar tumbas de hijos, de amigos; momentos de infancia o de juventud; tiempos que no supieron aprovechar; hostilidades domésticas que les torcieron la vocación; desdenes de mujer. Los expansivos, inventando aventuras deliciosas; proezas de años atrás cuando navegaron por mares lejanos, estuvieron en la guerra o cazaron en los mon-

tes; aventuras o anécdotas aprendidas en libros populares, escritos por embusteros maltratando arte, ciencia, historia. Los taciturnos, silenciosos, inmóviles, misántropos de rincón de taberna. Los que miran con ojos compasivos a la niña que entra vendiendo bagatelas, al jorobado a quien están bromeando, al ciego que toca el violín, a la mujer flaca, triste, que va a preguntar por su marido el sábado por la noche. Desperdigamiento de su lástima en el perro apedreado, en el niño que pasa llorando, en la moza delgada, pálida, peregrina de deshora, tosiendo por la calle allá.

Los optimistas, que son pesimistas cuando el entendimiento está despejado, normal, tarareando, mirando con aire de hombre que acaba de encontrar mucho dinero, con ojos amables que le hacen pensar a uno en los propios ojos cuando miraban puros colores de fruta propicia, la escuela cerrada, maestro emprendiendo viaje, paquete de madre volviendo del mercado. Siempre como si estuvieran viendo cosas agradables, suyas. Categoría de los tímidos, esos que buscan consuelo a sus penas, a sus impacencias, al disgusto reciente, al fracaso lejano, al presentimiento.

Los que se embriagan para ser más atrevidos en el favor que van a suplicar, en la carta que van a escribir, en las decisiones urgentes, en la protesta. Categoría de los que se engríen de su malicia o de las tonterías que saben hacer. Los que saltan, gesticulan, chascan, cantan, sueltan carcajadas, hacen risajes aprendidos en las «películas de risa», en los circos, imitando como los poetas malos al poeta bueno. Categoría de los que abruma con su manía, con sus proyectos imposibles. Y los que nada más que son joviales, charladores, espléndidos, cuando se embriagan.

Todas estas categorías de las maneras de la embriaguez, de las exteriorizaciones de esa anormalidad provocada, son, al fin y al cabo, dentro de lo abominable del vicio, como juegos de hombres un poco informales, de extraño juicio, asimilados, que se divirtieran así, muchacheando manías, inquietudes, bromas. El vicio que no ofende al prójimo, que no hurta la felicidad a nadie, es casi virtuoso comparado con las constantes abstinencias que siempre están hostilizando por envidia de bienes, por egoísmo, por mala intención. Gastarlo en alegrías es mejor que guardarlo miserablemente, sin provecho propio ni de ajenas necesidades.

Pero viene la última categoría de la embriaguez. Las otras son gemidos, embustes inofensivos, melancolías. Así como cuerdas de guitarra cuando dicen coplas alegres, llanto por cosas desaparecidas que dieran placer hace tiempo, sones de fiesta de barrio. Mas ésta es como de silbo avisando momento propicio para asaltar, como esas mismas cuerdas diciendo desolación, juramento, iras y venganzas. Categoría de los que se embriagan para ofender, para contradecir, para hacer todo lo malo que no se atreven a hacer sin

esa sugestión antinatural. Hombres que buscan la irresponsabilidad, la atenuante clásica de la embriaguez cuando van a matar, cuando calumnian, maltratan, destrozan. Hombres pacíficos, que saben que enloquecen, que se vuelven violentos con todo, por suspicacia, por extravío del carácter en esa ruta quebrada, entre cierzo, que da el alcohol a los pensamientos. Categoría del hombre bueno, cortés, fino, que se convierte en malo, en grosero, en áspero, en agresivo. Y del hombre malo, cobarde, que así busca la valentía.

Ir al delito por ese camino es una agravante concreta. El uno por premeditación y el otro por reincidir en lo que sabe que le hace bárbaro, en lo que enloquece su espíritu, poniendo en la recta de su vida mansamente digna, unos zig-zás que estrellan marcha de conducta...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 23-V-1937.

## 586.—ESBOZOS. LA OTRA GUERRA

*Después de la guerra, tiene que iniciarse otra contra el prejuicio y la falsedad. Si no, casi todo seguirá lo mismo. De unas declaraciones de Ossorio y Gallardo.*

La maroma de las épocas que van naciendo tira de lo viejo, de lo viejo que es gozo de instinto, mito de ilusión, vicio, engaño, devaneo de gulas, manjar de deseos, vino rancio de placeres en cántaros recién cocidos. La humanidad es una alma milenaria que echa en el tiempo siempre, siempre, el mismo calor y el mismo frío. Cambian las superficies de los caracteres, las fisonomías, pero el alma es la misma, la misma, eterna como el mar, con años en que predominan la calma, la serenidad, el recogimiento; con años en que predominan el ruido, las galernas, los malos vientos. Epocas en que maduran cosechas morales y épocas que no las dejan medrar. Epocas que crean y avivan fantasmas y épocas que pretenden deshacerlos.

Cada traslación del mundo en la noria del espacio es como una molinda, como unas trituraciones de sedimentos supersticiosos. La química y la física se ríen de la alquimia como se reiría un aeroplano de un Clavileño, y un transatlántico de una carabela. Todo se ha ido deshaciendo con martillos de ciencia. La letra fue borrando sombras seculares. El fantasma sobrenatural murió con la luz. La superstición va quedando atrás en noche y penumbra de historia, como signo muerto de generaciones...

Pero perviven otros fantasmas que vienen de lo antiguo. Fantasmas viejecitos, con rostro joven, que son yedra y musgo de todos los años del mundo, milano o víbora de todas las épocas. Yo quiero aludir a estos fantasmas atávicos que asustan, humillan, acobardan y meten respeto a la buena gente. No se cree en el fantasma del cuento rural, en el fantasma de las narraciones del invierno, ante la fogata, saliendo de las ruinas de los palacios, de los molinos solitarios sin rueda ni techo, de lo tenebroso del monte o de la orilla del mar en alboroto. Se cree en otros fantasmas que corren incansables, perpetuamente.

Unos, halagan; otros, amenazan; otros, nos hacen sentir reverencia y respeto. El prejuicio, por ejemplo, es el fantasma universal de hoy, de siempre, de todos los climas sociales. El fantasma terrible del prejuicio que atraviesa el mundo desde lo remoto hasta lo actual. Temer al prejuicio es lo mismo que temer a un fantasma de cuento de cocina campesina. Creer en la apariencia es creer en otro fantasma. He aquí las dos formas errantes que atemorizan, sobresaltan y engañan a la gente.

La superstición de ayer tenía su desasosiego en lo sobrenatural. La superstición de hoy tiene su inquietud aquí, en lo humano. Unos hombres son fantasmas de los otros. Allí está hablando un señor. Su lenguaje es el vestido de una utopía muy halagadora. La gente le escucha conmovida, apretada, en silencio. Es rico y combate a la riqueza, es soberbio y elogia a la humildad, paladea gulas y censura a los sibaritas, es miserable y habla mal de los tacaños. La gente cree, se enardece, hace ruido de salvas, que muchas veces son el elogio inconsciente a la picardía del orador, a lo ficticio de su emoción y de su sinceridad, a lo falso de su sentimiento. La pobre gente, entonces, está creyendo en un fantasma. El miedo al mundo, a sus murmuraciones, a sus criterios, es otro fantasma que nos hace andar con cautela, en larga zozobra, con una despreocupación fingida, externa, que es inquietud adentro.

Allí está otro señor que gesticula, vocea, domina con su desenfado y vanidad. Empieza a trajinar con los codos y se abre paso por entre la multitud buena y tímida. Este señor tiene en los codos el talento, la sabiduría, la perspicacia. En los codos está su inteligencia y su ingenio. La gente se aparta y le deja pasar. Y llega a la colina de su propósito haciéndose temer, con descaro de modos, impasible, sin perplejidad, riéndose del mundo, que no se atreve a pararle, que le deja correr y subir. Este señor es otro fantasma que mandará, se hará respetar, dominará temperamentos...

El miedo a decir la verdad, arrancar la careta del necio, del embustero, del hipócrita relapso, típico, del inmoral, del falso, es otro fantasma que se filtra por el muro débil de la carne hasta la celda de la conciencia. Es fantasma el temor a lo que el prójimo pueda decir o pueda pensar de nuestra con-

ducta, de nuestras inclinaciones, de nuestra actitud en circunstancias extraordinarias, decisivas. Juicios, ironías, miradas, gestos, adjetivos que imponen miedo tonto de fantasmas clásicos de leyenda, esperando en un recodo, saliendo de un bosque, corriendo por una calle señera y oscura.

Es fantasma el prestigio del petulante de buena traza, hilvanador de tópicos, de voz sonora, afectada, que amedrenta con palabras, con manotazos, con miradas fijas, insistentes. Su figura y su voz siembran respeto temeroso, cobardía, sensaciones zanguangas en hombres simples que no se atreven a erguirse, que dejan hacer, que conocen y sufren las consecuencias de la mentira y la dejan rodar, aguantando, medrosos, quejándose en lo íntimo.

El fantasma de la política es el cacique, que siembra miedo, con sonrisas, en los campos y en las ciudades. Más fantasmas sigilosos, atrevidos, cautos, desvergonzados, deslizándose con prisa o con técnica de lentitud socarrona por entre la bulla o el silencio de los hombres. Aquel fanfarrón es un fantasma al que no nos atrevemos a mirar ni cuando sonríe ni cuando jura. Un ímpetu nuestro, a lo mejor, bastaría para deshacer su crudeza exterior, falsa; pero nos apartamos como de un fantasma que brama, grita o levanta un viento frío en nuestro camino. Aquel sabio inédito que dicen que hace mucho y no hace nada, serio, distraído, raro en el vestir, también es un fantasma. Nadie se atreve a decir que este sabio no es sabio, que ese valiente es cobarde, que aquel apóstol es un pícaro, que ese humilde es soberbio, que este virtuoso es un pecador, que aquel honrado es un ladrón.

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 30-V-1937.

## 587.—ESBOZOS. PEQUEÑO MUNDO

*El Cantábrico*, 13-VI-1937. (V. O. C., págs. 855-857)

Mañana se marchan los niños por el mar allá, a tierras de abetos, a tierras de Anderssen, cuya literatura es como sueño largo de infancia convertido en vida de arte, en vida de cosas ensoñadas, misteriosas, alegrando o dramatizando corazones. O como peregrinación de niño en jornada grande con encuentros diversos que le hacen temblar de miedo o estremecerse de risa, huir o acercarse... Mañana se marchan los niños con sus ropas más guapas, recruzando meridianos de pequeñas fantasías, pensando con estupor aún sin madurar, con estupor aún de espiga verde, en qué huracán es éste, señor, qué huracán es éste tan en buen tiempo de sol que les lleva con urgencia de brisa mala por el mar allá...

En su imaginación, ahora, en los siglos de cosas que han pasado en un año, la vida será como páginas leídas, como episodios de cuentos de ese mismo Anderssen, repasados en convalecencias, aprendidos en la escuela, en la mesa familiar, en esos momentos en que los niños se aburren por el mal tiempo y buscan los libros que les dan dolor o contento de pequeños héroes luchando con vientos en caminos perdidos, con águilas en cumbres desiertas, con vagabundos, con manadas de lobos...

Y pensáis bien, niños de mis dársenas, de mis montañas, de esos campos y de esas riberas tan mías, tan de mi vocación. Pensáis bien; hacéis verdad de vuestras pequeñas fantasías. Vuestra vida, ahora, es como un triste cuento de aventuras malas, de dispersión de afectos corriendo desparvoridos por multitud de caminos. La guerra es como aquel maldito gigante que rompía los puentes por donde tenían que pasar los hijos pequeños del molinero; como aquel gigante de ojos como ruedas de moler, que con un silbido derrumbaba todos los árboles del bosque. O como aquel otro que estropeaba en una noche todo lo que el labrador cultiva en los campos durante muchos días. Malos gigantes cortando picos de montañas, haciendo grandes hogueras, removiendo surcos, hundiendo caminos, lanzando peñascos con hondas inmensas.

Vuestra vida, niños, en estos momentos, es lo que os parecía imposible en vuestras lecturas; la fantasía de aquellas páginas convertida en realidad de dolor, en verdad de ruido y de humo que parecen quejas sordas y aliento de miles de moribundos, empañando cielo. Es como si una gran tormenta os interrumpiera el juego, como tropel de otros niños que os empujara al salir de la escuela, que es cuando estáis más alegres, haciéndoos caer, hiriéndoos, o como si os espantaran repentinamente del sitio donde os encontráis más contentos, más felices, entretenidos con los pensamientos



que más os gustan, con esas cosas que hacéis o que pensáis hacer tan purificadas en delicia, en quimera pacífica, quieta, también de cuento bueno, de cuento sin hombres malos, sin miedos a noches muy oscuras, a zumbidos de vientos, a castigos de maestros que vengaran en vosotros sus desgracias o sus fracasos.

Y como uno de esos episodios que habéis leído, tiene que ser también vuestro desenlace en la tierra a donde vais. En esos episodios, todos los niños que han sufrido maltratos, hambre, muchos cansancios en caminos que no conocen, siempre encuentran almas buenas que las hacen olvidar los sufrimientos, los desprecios de la mala gente, las terribles soledades, las puertas que no se abrieron cuando más frío hacía, cuando más fuerte era la rabia del viento. Siempre sus penas acababan por encontrar un gran consuelo.

Ya sabéis vosotros que el consuelo es como una venda que las almas nobles ponen en las almas tristes o como cuando nos enseñan un camino seguro yendo perdidos. Y aquellos niños no se envanecen cuando se encuentran bien después de haber estado mal. No son como los hombres, que suelen humillarse, que suelen mostrarse sumisos, humildes cuando se ven desgraciados, y después, cuando les has hecho el favor, cuando les quitas las amarguras, cuando ya van gustando su nueva vida, suelen mirarte como a enemigo, como si les hubieras dado los sinsabores de antes del consuelo que les diste. No, esos niños no son así. Olvidan el pasado, pero no olvidan el consuelo que les dieron. Son agradecidos, sumisos, amigos de agradar, como si quisieran recompensar así el bien que les hacen. No son ásperos ni desobedientes, ni exigen nada. Sus sentimientos van creciendo con la gratitud. ¡Desventurados los hombres, niños míos, que no tienen gratitud o que el mundo no les ha dado motivos para tenerla! Los primeros son unos malvados, y los segundos, unos infelices, a los que es menester salvar para que no empiecen a sentir odio, que es lo peor que puede pasar por el alma de un hombre.

Sé tú bueno, allá, en esas tierras que van a consolarte. Sé como los niños de esos cuentos. Mientras tanto, queridos niños de mis dárseas y de mis campos, yo me quedo pensando en que la civilización tiene exabruptos como de hombre que, además de ser inteligente, es malo; en que la civilización a veces es como veneno, como escopeta que mata palomas, corzos, alondras.

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 20-VI-1937.

Cosa tan inservible, tan despreciada como una corteza de naranja bermejeando un poco en la calle, está siendo un insistente motivo de comentario, o mejor, de escándalo en ese otro escándalo de la guerra, universal, fatalmente estrepitoso, sonajero bárbaro del mundo, gota de sangre y gota de llanto saliendo sin parar... Y piensa uno en la gran trascendencia de esos motivos que parecen pequeños. Precisamente el mundo anda así por menospreciador de las cosas a las que considera insignificantes; por esa petulancia que nos lleva a lo grande, a lo gigantesco, como si no supiéramos que el gran río de efectos, rabioso o manso, transparente o turbio, se forma por humildad pequeñita de fuentes, y que unas diminutas semillas hacen la grandeza de la cosecha. Obsesión por los efectos de gran volumen, por lo monumental de la vida, por cosas como de océano, de cordillera, de leguas de desierto, no inquietud diaria, sencilla, por esas otras cosas que, en lo social, parecen briznas, chozas, malvas...

No es posible compenetrarse con lecturas de la gran filosofía, por ejemplo, si antes no hemos acostumbrado la mente, la reflexión y la sensibilidad a lecturas sencillas, fáciles, que vayan esclareciendo conceptos primordiales, seduciendo la atención como a niña los objetos de sus primeros entretenimientos. El hombre que sin esos preámbulos imprescindibles de la ciencia, del arte, quiere remontarse a máximas alturas del conocimiento, termina siempre por volverse loco. Don Quijote, en lo español, fue un loco de grandezas. Perdió el juicio por avidez de aventuras grandes, despreciando las aventuras pequeñas, naturales, las aventuras con galgo, con palomar, con arado de batán en la mies y en los encinares de su pueblo. Cada país tiene un tipo así, inventado por leyenda popular o por genio literario, que simboliza con humor o con tragedia, ese tonto afán de querer derrumbar montañas de un solo golpe de lanza o de querer talar un bosque de un solo hachazo.

Pues al mundo le pasa eso. Está loco por querer ir a lo grande sin compenetrarse con lo pequeño, sin comprender y sin sentir esos motivos tan infinitos a los que llama insignificantes. Esto es, sencillamente, lo que le pasa al mundo, a este mundo, enfermo de impaciencia, que me da impresión constante de hombre sin dientes que se empeña en masticar carne, de insensato que quiere llegar muy lejos sin descansar o de un niño que tiene la manía de ganar grandes carreras de veloces andarines, sin entrenamiento, sin cansancios de ensayo. Estudiando así al mundo, llega uno a la conclusión exacta, espontánea, de que se trata también de un Don Quijote que se ha

vuelto loco a fuerza de querer imposibles, a fuerza de huronear en raros estilos de felicidades, y al que los desengaños, las luchas, los encantamientos de Dulcinea y del yelmo —todos los grandes deseos suelen ser Dulcineas encantadas, imposibles—, las pedradas de los galeotes, le han convertido de manso en áspero, de paciente en frenético, de casto en deshonesto y de jovial en huraño.

Eso de las cortezas de naranja, tema tan de suelo, me sigue haciendo pensar en que si la misma energía que se lleva a la censura de esa actitud de la gente poniendo peligros en la calle, se hubiera puesto en la enmienda de otras actitudes semejantes a esa, de costumbres de mal desdén, de mala afición, el mundo estaría llegando al logro de sus ansias monumentales, casi al arreglo de esas cosas como de océano, de cordillera. Pero no se ha hecho así. Hemos tenido mucho amor por las grandezas exteriores a expensas de la más íntima miseria del alma. La avidez por las cosas de la materia ha sido más poderosa que la curiosidad por las cosas del espíritu, que es el que enseña a mirar al mundo con ojos serenos. Se da más importancia a una pierna rota o a una desolladura en un codo que a una mala costumbre en la que se resbalan los hombres rompiéndose la educación, la dignidad o la templanza...

En lo moral, todo es corteza de naranja. Hombres que tiran la corteza de la naranja de su grosería. Cortezas de la naranja de la ignorancia, del cinismo, de la mentira, de la insinceridad, llenando las calles. Como cortezas de naranjas son las palabras del insidioso, del embustero, del que calumnia, del que engaña a inocentes o a infelices. ¡Si nada más que anda uno entre esclavos que tiran las cortezas de sus naranjas: esclavos de sus vicios, de sus venganzas, de sus ambiciones y de sus envidias! Cortezas de naranjas por esos defectos morales conceptuados torpemente de insignificantes, pero sin la desaparición de los cuales no es posible andar con desenfado, sin peligro, para llegar a la aventura grande, porque no es camino propicio el que nos hace andar siempre mirando al suelo. No es posible, no es posible llegar a las cosas grandes, a las cosas monumentales, con estorbos constantes de las cosas que llamamos pequeñas...

MANUEL LLANO

*El Cantábrico*, 27-VI-1937.

## Í N D I C E S

Ofrecemos a continuación, además del índice de los artículos contenidos en los tres tomos, otro en el que —con inicial mayúscula— se registran los nombres propios (topónimos y antropónimos), tanto reales como de ficción. Con inicial minúscula, incluimos las palabras usadas por el autor que no se encuentran en el Diccionario de la Real Academia Española, siquiera en algunos casos, por entender que los términos pueden interesar al etnógrafo, folclorista, etc., o por dar el escritor un especial sentido a la palabra, no nos hayamos atenido a esa norma. En las palabras que están incluidas en la obra de Adriano García Lomas, *El lenguaje popular de la Cantabria montañesa*, 2.ª ed., Santander, 1966, añadimos las iniciales G. L. Los textos de estos tres volúmenes, sacados de distintas publicaciones periodísticas, adolecen de erratas, no siempre fáciles de subsanar, y por esa razón los ofrecemos tal y como los hemos encontrado publicados.

Los números precedidos de A., se refieren a los tres tomos de artículos. Los no precedidos de esa inicial se refieren a las Obras completas de Manuel Llano, ed. de la Fundación Marcelino Botín Sanz de Sautuola y López. Santander, 1968, 2 vols.



## TOMO I

*Págs.*

---

1. Ricardo León. «Las horas del amor y de la muerte» ... ..	13
2. Ante el Centenario de Santa Teresa de Jesús ... ..	14
3. Notas de la Montaña. «La fuente de la risa y la fuente del lloru» ... ..	17
4. Notas de la Montaña. «Creí que era un mulu y es un home» ... ..	19
5. Notas de la Montaña. «La anjanuca blanca» ... ..	21
6. Notas de la Montaña. «La cotería de los cantos maldecíos» ... ..	24
7. Notas de la Montaña. «Hay cosas que están cambiás» ... ..	28
8. Un libro de versos. «Flores de mi tierra» ... ..	31
9. Notas de la Montaña. «La onjana y la arrastrá» ... ..	33
10. Rápida. Ante la fiesta de la Raza ... ..	38
11. Una novela. «El amor de los hombres» ... ..	39
12. Notas bibliográficas ... ..	41
13. «Las cosas del señor López Tuero». Nimiedades, majaderías y simplezas ...	44
14. «Educación social». Propagandas feministas ... ..	46
15. Una novela y un libro de versos ... ..	48
16. Una novela interesante. «El vellocino de plata» ... ..	51
17. Una novela. «La maldad de las almas» ... ..	53
18. Verdades amargas. El problema social agrario ... ..	55
19. En el Ateneo. Lectura de cuentos del señor Aranaz Castellanos ... ..	58
20. «Juanito Ponce». La novela de un calavera regenerado ... ..	60
21. Leyenda histórico popular. «Blasones y tradiciones» ... ..	62
22. Un monólogo. ¡¡Pobre madre!! ... ..	64
23. «Pepina». Una novela montañesa ... ..	65
24-26 Por tierras montañesas. «Una leyenda de amores» ... ..	67
27. Las novelas de amor. «Corazón que sangró» ... ..	73
28. Por tierras montañesas. «Lo que vi en Barroscales» ... ..	75
29. La prehistoria. Interesante conferencia del P. Carballo ... ..	78
30. Temas interesantes. ¿Quiénes eran los cántabros? ... ..	80
31. Por tierras montañesas. «Metamorfosis de Estirpiales de la Lera» ... ..	82
32. Por tierras montañesas. «La madre loba» ... ..	84



33. Arpegios. Un libro de versos místicos ... ..	87
34. Santillana. Una leyenda montañesa ... ..	89
35. Cuentos de la Montaña. «La mentira de Lucas Seco del Tejar» ... ..	90
36. La valiosa obra de Don Jesús Carballo ... ..	93
37. Un libro de versos. «Trovas del peregrino» ... ..	97
38. Preparando un libro. Jesús Cancio, el poeta del mar ... ..	99
39. Literaturas del norte. La obra de Concha Espina ... ..	101
40. Literatura infantil. El periódico del niño ... ..	103
41. La literatura española en Alemania. «El llanto irisado» ... ..	105
42. La novela de hoy. «Huelga de golfos» ... ..	107
43. Ecos de la Montaña. «La rosa del amor y de la salud» ... ..	108
44. Teresa de Jesús. La poetisa que se muere de hambre ... ..	111
45. Libros nuevos. Un novelista montañés y un poeta alicantino ... ..	112
46. Cosas de antaño y de hogaño. Los «Trovadores» montañeses ... ..	114
47. Egoísmos aldeanos. El mozo que vuelve a Andalucía ... ..	116
48. Clasicismo y modernismo. No hay que pedir novedades a las modas forasteras ... ..	119
49. Feminismo. «Sed como vergel cerrado» ... ..	121
50. «La desheredada». Una interesante novela vasco-montañesa ... ..	123
51. A vuelo de pluma. Sacrificios y heroísmos del amor ... ..	124
52. La muerte de un poeta. Sus pesadumbres y sus presentimientos ... ..	126
53. Una bella leyenda. «El coloso de Rodas» ... ..	128
54. Miserias aldeanas. «La ingratitud de los hijos» ... ..	130
55. Dos novelistas. Fernando Robles y Luigi Motta ... ..	131
56. Poesía andaluza. El alma mora y las auroras de Mograr ... ..	134
57. Caminos de la Montaña. Las brujerías de la «Casa del alma» ... ..	136
58. Caminos de la Montaña... «Los carros de tierra vencen al amor» ... ..	138
59. Literatura montañesa. Un articulista que tiene mala memoria ... ..	141
60. Un gran poeta montañés. Las bellezas de «Bruma norteña» ... ..	143
61. Caminos de la Montaña... Donde nacen las «Flores sevillanas» ... ..	145
62. Caminos de la Montaña... Hablando con un poeta que no sabe leer ni escribir ... ..	147
63. Cuando caía la nieve. «Clavelín de mis amores, Rosuca de la mi casa» ... ..	150
64. Reseñas biográficas. El «Quijote» y los libros de caballerías ... ..	154
65. Los grandes novelistas. Se pide el Premio Nóbel para el ilustre escritor Don Armando Palacio Valdés ... ..	156
66. Los poetas montañeses. Una iniciativa que no debe ser olvidada ... ..	158
67. Ante el Centenario de Beethoven. Las lamentaciones de los escritores pesimistas ... ..	160
68. Caminos de la Montaña. «Las ambiciones del sarruján de Jongaya» ... ..	161
69. Los pícaros modernos. Una profesión muy difícil y complicada ... ..	163
70. El homenaje a la vejez. El espiritualismo no alivia los tormentos del hambre. ... ..	165
71. Caminos de la Montaña. «El acontecimiento extraordinario que indignó a los vecinos de Llendejoso» ... ..	167

72. Por la viuda de Curros Enríquez. El grito desconsolador del hambre ... ..	169
73. El perdón. La mejor obra de Pérez Lugín ... ..	170
74. Cuando llega la dicha ... ..	172
75. La estación de biología marítima. Datos interesantes de su desenvolvimiento.	183
76. Narración histórica. «El mayorazgo que fue en busca de un tesoro» ... ..	186
77. Opiniones. El anhelo más torpe e injustificado ... ..	195
78. El buen feminismo. Falta el bronce en el corazón de la mujer ... ..	197
79. Las bibliotecas populares. El Comité Hispanoamericano inicia una plausible campaña ... ..	199
80. Después de un Centenario. Los plañideros del romanticismo ... ..	200
81. Así nace el odio. Los avaros y los miserables ... ..	202
82. Un poeta y un literato. El liberalismo en la literatura ... ..	203
83. Una escuela para novias. El doctor que hará felices a los matrimonios ... ..	205
84. El cuento del sábado. La despedida ... ..	207
85. Hablando con Rosarito Iglesias. La «actriz castellana» que triunfó en Barcelona ... ..	209
86. Poesía andaluza. Las auroras de Mograr ... ..	211
87. Los dramas de la miseria. La culpa de los ricos que no saben serlo ... ..	213
88. «La Caridad de Santander». Han disminuido considerablemente las suscripciones ... ..	215
89. Caminos de la Montaña. Las pesadumbres de los viejos ... ..	217
90. Los pícaros modernos. Una profesión muy difícil y complicada ... ..	217
91. El cuento del sábado. La moza que se casó por caridad ... ..	217
92. En contra de la civilización. El escritor que se enamoró de la India ... ..	220
93. La carta de un suicida. El hombre que no encontró un amigo ... ..	222
94. Caminos de la Montaña... «El sol de los muertos» ... ..	224
95. Julio Verne. El grumete de la fragata «Coralie» ... ..	224
96. Caminos de la Montaña... «Las ambiciones del sarruján de Jongaya» ... ..	225
97. La crisis del matrimonio. Coquetería, vanidad y adorno ... ..	226
98. La caridad de los opulentos. Desventurados los que no hacen buen uso de sus riquezas ... ..	227
99. Divagaciones. La inmoralidad y las andanzas de un futurista ... ..	229
100. Caminos de la Montaña. Las marzas ... ..	230
101. Una novela costumbrista. «La canción de la tarde» ... ..	231
102. Curiosidades literarias. Las poesías más extravagantes ... ..	233
103. Relaciones hispanoamericanas. Los endecasílabos y la Exposición de Sevilla.	235
104. Informaciones montañesas. «Los misteriosos lamentos de la casa del alma».	236
105. Los nuevos novelistas. «El hombre que fue a la India» ... ..	243
106. Informaciones montañesas. Una tragedia de amor en la «Cueva de la Mora».	244
107. Lo que nos contó «Corazón sangriento». Unas horas con los «Boy-Scouts» santanderinos ... ..	250
108. Informaciones montañesas. «Al cura de Llendejoso le robaron el «sobeo» .	254
109. Informaciones montañesas. «Ya vien el indiano cargau de perras» ... ..	254
110. Informaciones montañesas. «La peña de los enamorados» ... ..	254
111. Cuando no hay pan. Las lágrimas de los hijos y la honradez ... ..	255

112.	«La novia del paje». Los guisos del desventurado Montño ... ..	257
113.	Informaciones montaÑesas. «La «anjana» que se enamoró de un cabrero».	258
114.	Informaciones montaÑesas. «La ambición del mayorazgo de Horcajales» ...	260
115.	CampaÑas sociales. Primero, el cuerpo; después, el espíritu ... ..	261
116.	Impresiones breves. El páramo y la montaña ... ..	262
117.	Informaciones montaÑesas. «Las penas del purgatorio y las azumbres de vino»	264
118.	Informaciones montaÑesas. La beatificación de un ilustre navegante o las improvisaciones de «Maricruz» ... ..	267
119.	Las fobias de algunos intelectuales. Una víctima del anhelo de popularidad y de la mala intención ... ..	270
120.	Comentarios ligeros. Las prevaricaciones y las campaÑas contra la pornografía ... ..	272
121.	Escenas cántabras. «El humo de las boronas y el perfume de las manzanillas».	273
122.	La literatura sociológica. Un paréntesis de observación meditativa ... ..	274
123.	En pocas líneas. El tonel de las Danaidas ... ..	276
124.	En pocas líneas. Guerra al hombre, hasta vencerle ... ..	276
125.	En pocas líneas. El nuevo Mesías o el gran manicomio de Eerden ... ..	277
126.	En pocas líneas. El amor y la caridad ... ..	278
127.	En pocas líneas. El urular del buho y el grito del quebrantahuesos ... ..	279
128.	En pocas líneas. El problema de la emigración y el luto de la orfandad ...	280
129.	En pocas líneas. Las ambiciones de los campesinos ... ..	281
130.	En pocas líneas. El lazo de los estranguladores indios ... ..	282
131.	En pocas líneas. Los fariseos y los místicos-bribónicos ... ..	283
132.	En pocas líneas. Se mira ceÑudamente al mar ... ..	284
133.	En pocas líneas. Las célebres palabras del fundidor de Londres ... ..	285
134.	En pocas líneas. Menos sociedades deportivas y más agrupaciones de amigos del libro ... ..	286
135.	En pocas líneas. Vale más la maldad del hombre que la virtud de la mujer.	287
136.	En pocas líneas. Esencias y trapos de mujer ... ..	288
137.	En pocas líneas. Una característica de los tiempos que corremos ... ..	289
138.	En pocas líneas. La danza diabólica de la menpsícosis ... ..	290
139.	En pocas líneas. El rotarismo es pecado ... ..	291
140.	En pocas líneas. Ante el centenario de Tolstoi ... ..	292
141.	Recogiendo una alusión. Nuestra colección de erratas, o el procedimiento para ir al cielo ... ..	293
142.	En pocas líneas. Más conciencia en los padres y más recato en las madres.	294
143.	Erratas y gazapos pintorescos ... ..	295
144.	En pocas líneas. Vanitas Vanitatis ... ..	296
145.	Erratas y gazapos pintorescos ... ..	297
146.	En pocas líneas. Charlatanería ... ..	298
147.	En pocas líneas. Superstición ... ..	299
148.	En pocas líneas. El pudor y el recato ... ..	300
149.	En pocas líneas. El Hipólito de Eurípides ... ..	301
150.	En pocas líneas. Los consejos de Eça de Queiroz ... ..	302
151.	En pocas líneas. La ciencia de los Caldeos ... ..	303

152.	En pocas líneas. La cuestión del agro ... ..	305
153.	Prosa aldeana. Al barrunto de la nieve y de la ventisca ... ..	306
154.	En pocas líneas. El miedo al comunismo ... ..	307
155.	En pocas líneas. La miseria ... ..	308
156.	Prosa aldeana. La leyenda de la «princesa» mora que murió de pena ...	309
157.	En pocas líneas. La cara dura ... ..	311
158.	En pocas líneas. La querella de los mercaderes ... ..	312
159.	En pocas líneas. El tendero que compró un blasón ... ..	313
160.	Prosa aldeana. Lo que nos contó una «adivina» del riñón de la Montaña.	314
161.	En pocas líneas. El desarme naval ... ..	317
162.	En pocas líneas. La mesnada de los respingos borreguiles ... ..	318
163.	En pocas líneas. Los diezmos que no quitan el hambre ... ..	319
164.	En pocas líneas. La querella del hambre ... ..	320
165.	En pocas líneas. La bolsa y el limosnero ... ..	320
166.	En pocas líneas. La sociedad de las buenas letras ... ..	322
167.	En pocas líneas. Las aventuras ... ..	323
168.	En pocas líneas. El cinematógrafo y la infancia ... ..	324
169.	En pocas líneas. La falta de educación ... ..	325
170.	En pocas líneas. La parábola divina ... ..	326
171.	En pocas líneas. Las comunidades ciudadanas ... ..	327
172.	En pocas líneas. El cintarazo ... ..	328
173.	Esbozos ... ..	329
174.	En pocas líneas. La poesía del emigrante ... ..	331
175.	En pocas líneas. La niebla y el resplandor ... ..	332
176.	Esbozos. Fraternidad ... ..	333
177.	En pocas líneas. La nochebuena ... ..	335
178.	En pocas líneas. El secreto de los tiempos ... ..	336
179.	En pocas líneas. La abulia de los periodistas ... ..	338
180.	En pocas líneas. Nuestro homenaje ... ..	339
181.	En pocas líneas. La escuela del emigrante ... ..	340
182.	En pocas líneas. Doña Antonia de Monasterio ... ..	341
183.	Esbozos ... ..	342
184.	Esbozos ... ..	344
185.	En pocas líneas. La sugestión y la veda ... ..	346
186.	En pocas líneas. El cura de Bouzas ... ..	347
187.	Esbozos ... ..	348
188.	Esbozos ... ..	350
189.	En pocas líneas. Las curanderas ... ..	352
190.	Esbozos. Los que engañaron al lobo ... ..	353
191.	En pocas líneas. El luto ... ..	354
192.	En pocas líneas. Heyse ... ..	355
193.	En pocas líneas. Vicente Medina ... ..	356
194.	En los puertos de Palombera. «Las cuitas de «Tilín» el «sarruján» ... ..	357
195.	En pocas líneas. El poeta de Comillas ... ..	358
196.	Leyendas ingenuas. «Los caudales que se convirtieron en piedras bermejas»	359

197.	Literatura montañesa. «Añoranzas de la tierra» ... ..	362
198.	Del folk-lore montañés. «El enemigo de los niños» ... ..	363
199.	Cuentos montañeses. «La nieta» ... ..	364
200.	En pocas líneas. La esclavitud ... ..	367
201.	Del folk-lore montañés. «El primer árbol del mundo» ... ..	368
202.	En pocas líneas. La maledicencia ... ..	369
203.	Tradiciones ingenuas. «Los robles que plantó el rey don Pelayo» ... ..	370
204.	En pocas líneas. La filosofía moderna ... ..	373
205.	Del folk-lore montañés. «Las plantas del amor» ... ..	374
206.	En pocas líneas. Un testamento literario ... ..	375
207.	Decadencias espirituales. Chismografía, charleston y «camel trot» ... ..	376
208.	Esbozos ... ..	379
209.	En pocas líneas. Lo bueno y lo malo ... ..	380
210.	Esbozos. Los mirones ... ..	382
211.	Un mensaje de Campoo. Canciones y rabeles ... ..	384
212.	Esbozos. Nombres de calles ... ..	385
213.	En pocas líneas. El dinero y la pobreza sin decoro ... ..	387
214.	Esbozos. Los figurones ... ..	388
215.	Aires de nuestra tierra. Comentarios a la carta de un hidalgo ... ..	391
216.	En pocas líneas. «Los trabajadores de la muerte» ... ..	394
217.	En pocas líneas. Los biliosos ... ..	395
218.	Del folk-lore montañés. «El curandero» ... ..	396
219.	Del folk-lore montañés. «Las doncellas del diablo» ... ..	398
220.	Cuentos pasiegos. «Por el alma de tiyu Pepi» ... ..	399
221.	En pocas líneas. Querellas ... ..	401
222.	Esbozos ... ..	402
223.	Del folk-lore montañés. «El ingenuo origen de un refrán» ... ..	404
224.	Esbozos. Las aventuras ... ..	405
225.	En pocas líneas. El exabrupto de un senador ... ..	407
226.	Del folk-lore montañés. «Supersticiones de la noche de San Juan» ... ..	408
227.	Esbozos. El respeto a la mujer ... ..	409
228.	En pocas líneas. Fray Luis ... ..	411
229.	Esbozos. Caridad ... ..	412
230.	Novela corta montañesa. «El jayón de Quivierga» ... ..	414
231.	En pocas líneas. Un crucero a Oriente ... ..	422
232.	Esbozos. Tradición ... ..	424
233.	Esbozos. El intrusismo ... ..	426
234.	Esbozos. La guerra ... ..	427
235.	En pocas líneas. Sanchos ... ..	429
236.	Supersticiones. «Las brujas negras del hábito blanco» ... ..	430
237.	En pocas líneas. El desarme ... ..	433
238.	Esbozos. Las mujeres ilustres ... ..	434
239.	En pocas líneas. La mujer, rival del hombre ... ..	436
240.	Esbozos. Rosona ... ..	437
241.	Esbozos. El tonto de Fresnales ... ..	439

242.	Esbozos. El último mayoral ... ..	442
243.	Esbozos. Las memorias de una mujer ... ..	444
244.	Esbozos. El romance de los cascabeles ... ..	446
245.	Esbozos. El señor Cipriano ... ..	449
246.	Esbozos. La alegría de la casa ... ..	452
247.	El cuento del domingo. «Cuando güelvas» ... ..	455
248.	En el Ateneo popular. Cursillo de Manuel Llano ... ..	457
249.	Esbozos. Muñecos de arcilla ... ..	460
250.	Esbozos. Almoneda ... ..	463
251.	Esbozos. Los templarios ... ..	465
252.	Esbozos. Los viejos ... ..	468
253.	Mitos y leyendas populares recogidos de la tradición oral ... ..	470



## TOMO II

	<i>Págs.</i>
254. El cuento del domingo. Pasó un murciélago ... ..	503
255. Esbozos. Entre pastores y labriegos ... ..	506
256. Esbozos. «La sabia» ... ..	506
257. Esbozos. Poetas, emigrantes y analfabetos ... ..	509
258. Esbozos. Zánganos y socarrones ... ..	511
259. El cuento del domingo. Elena y María ... ..	511
260. Esbozos. Los gorriones y las águilas ... ..	512
261. Esbozos. Romanticismo ... ..	514
262. Esbozos. La usura ... ..	516
263. El cuento del domingo. «El sobeco» ... ..	518
264. Esbozos. La gran careta ... ..	522
265. Esbozos. Bofetadas ... ..	525
266. Esbozos. Los niños y los hombres ... ..	527
267. Esbozos. El orgullo ... ..	528
268. Esbozos. Trovadores ... ..	531
269. Esbozos. Valera y Menéndez Pelayo ... ..	531
270. El cuento del domingo. Luna, lunera ... ..	533
271. Esbozos. Reflejos y candados ... ..	534
272. Esbozos. Lo nuevo y lo viejo ... ..	536
273. Esbozos. El cautiverio del mostrador ... ..	539
274. El cuento del domingo. Mariquita Melán ... ..	539
275. Esbozos. Protección a la agricultura ... ..	539
276. Esbozos. Gabriel Miró ... ..	541
277. Esbozos. Cosas de acá ... ..	543
278. Desde Sevilla. ¡¡Ijujú...!! ... ..	545
279. Desde Sevilla. La verdad ... ..	547
280. Desde Sevilla. La sala montañesa ... ..	549
281. Desde Huelva. Señoritos calaveras en La Rábida ... ..	551
282. Esbozos. Un montañés ... ..	553
283. Mitología cántabra. El trenti ... ..	555

284.	Esbozos. Tiempos viejos ... ..	555
285.	Esbozos. Celosías y libertades ... ..	557
286.	Esbozos. Regazos de piedra ... ..	560
287.	Recuerdos. La cadena ... ..	562
288.	Esbozos. Brocales y palmeras ... ..	562
289.	Esbozos. Una escuela de campesinas ... ..	565
290.	Esbozos. Del campo a la ciudad ... ..	567
291.	Esbozos. Caracteres ... ..	570
292.	Esbozos. Sencillez y belleza ... ..	570
293.	Esbozos. Hostilidades ... ..	573
294.	Esbozos. El hacha ... ..	576
295.	Esbozos. Samugos y carquesas ... ..	579
296.	Esbozos. En los pueblos ... ..	582
297.	Mitos. Pastores y niños ... ..	582
298.	Esbozos. Las hondas ... ..	582
299.	En los pueblos. Las alforjas y los hijos ... ..	585
300.	El cuento del jueves. Al volver ... ..	588
301.	Esbozos. Emigrantes de las letras ... ..	591
302.	El cuento del domingo. El castigo ... ..	593
303.	El cuento del domingo. La hechicera ... ..	596
304.	Esbozos. Tagore ... ..	598
305.	Nochebuena. Estampas de la ciudad ... ..	601
306.	En los pueblos. Un maestro cada mes ... ..	603
306. bis.	Las anjanas de Valdálga y Los diamantes del bien y del mal y Las Mozas del agua ... ..	606
307.	Picardías añejas. La petrina ... ..	606
308.	Lo viejo en lo nuevo. Mil ganas de una cosa ... ..	607
309.	Esbozos. Un portazo dramático ... ..	609
310.	En los pueblos. Los caballos del diablo ... ..	612
311.	Esbozos. Un libro ... ..	612
312.	Esbozos. La cara y el espíritu ... ..	614
313.	Esbozos. La expulsión de los labradores ... ..	616
314.	Estampas de la ciudad. En el quicio ... ..	618
315.	Cosas viejas. Tizones y cerillas ... ..	619
316.	Estampas de la ciudad. Guitarras sin clavijas ... ..	621
317.	Mitos del mar. Los espumeros ... ..	624
318.	Nuestras informaciones. Un ciego y manco que hace cohetes, es cantero, toca la dulzaina y construye una casa ... ..	627
319.	Nuestro reportaje del día. Setecientos años ... ..	629
320.	Nuestro reportaje del día. La tiraña ... ..	632
321.	Nuestro reportaje del día. Proyectos e inquietudes de una villa montañesa ... ..	635
322.	Nuestro reportaje del día. La campanilla tradicional que anuncia la abundancia ... ..	639
323.	Nuestro reportaje del día. Nuestra Señora de la Luz ha entrado en Potes ... ..	644
324.	Nuestro reportaje del día. Las viñas, los caminos y la enseñanza en Liébana ... ..	647

325. Esbozos. La paciencia ... ..	650
326. Esbozos. La verdad ... ..	653
327. Esbozos. Ambición ... ..	655
328. Esbozos. Alas verdes ... ..	655
329. Esbozos. Los tiempos ... ..	657
330. Esbozos. Apariencias ... ..	657
331. Esbozos. El hombre y el paisaje ... ..	657
331. bis. Las anjanas ... ..	660
332. Esbozos. Labradores en la ciudad ... ..	660
333. Esbozos. Montaña vieja ... ..	660
334. Esbozos. El dinero y el paro ... ..	660
335. Esbozos. Cada cuarto de hora ... ..	663
336. Esbozos. Martainville ... ..	665
337. Esbozos. El falso obrero sin trabajo ... ..	667
338. Esbozos. El ejemplo ... ..	670
339. Esbozos. Palabras viejas ... ..	670
340. Esbozos. Una utopía internacional ... ..	672
341. Esbozos. El escritor de «El obispo leproso» ... ..	675
342. Esbozos. El problema social del ciego ... ..	675
343. Esbozos. Un aspecto de la mendicidad ... ..	677
344. Esbozos. Enemigos de la reforma agraria ... ..	679
345. Esbozos. Un resplandor en Oriente ... ..	681
346. Esbozos. Unas lágrimas en una Universidad ... ..	684
347. Esbozos. Los anacoretas de las orillas del mar ... ..	687
348. Esbozos. El castigo ... ..	690
349. Esbozos. Las ciudades y los pueblos ... ..	690
350. Esbozos. Nuestros amigos los viejos ... ..	693
351. Esbozos. Los hombres, contra Marte ... ..	693
352. Esbozos. El vestido y el alma ... ..	696
353. Esbozos. El centenario de un hombre bueno ... ..	699
354. Esbozos. El trabajo de la mujer ... ..	701
355. Esbozos. Los padres bárbaros ... ..	704
356. Esbozos. Los huérfanos de los pescadores ... ..	707
357. Esbozos. Crear conciencias ... ..	708
358. Esbozos. Un poco de edad media ... ..	711
359. Esbozos. Los abades y los nobles ... ..	714
360. Esbozos. Las doce horas ... ..	716
361. Esbozos. El recelo de Europa ... ..	719
362. Esbozos. La literatura y las leyes sociales ... ..	721
363. Esbozos. El cautiverio y la libertad ... ..	724
364. Esbozos. Los señores de la braña ... ..	726
365. Esbozos. Los trabajadores y los vagos ... ..	728
366. Esbozos. Un signo de justicia ... ..	731
367. Esbozos. El ejemplo de la cartuja ... ..	734
368. Esbozos. El hacha y la lumbre ... ..	736

369.	Esbozos. El homenaje a la vejez ... ..	738
370.	Esbozos. El arca del cerebro ... ..	741
371.	Esbozos. Nuevos procedimientos ... ..	744
372.	Esbozos. La paciencia y la dignidad ... ..	746
373.	Esbozos. Nazaret y Jerusalén ... ..	749
374.	Esbozos. Los regalos en la historia montañesa ... ..	751
375.	Esbozos. La querella universal ... ..	754
376.	Esbozos. La otra banda ... ..	757
377.	Esbozos. Reformatorios de menores ... ..	760
378.	Esbozos. Ideas y fobias ... ..	763
379.	Esbozos. El pincel prodigioso ... ..	766
380.	Esbozos. La historia de una villa ... ..	768
381.	Esbozos. Lo que deja atrás la civilización ... ..	771
382.	Esbozos. La expansión popular ... ..	774
383.	Esbozos. Las dos castas ... ..	776
384.	Esbozos. El decoro y el lujo ... ..	779
385.	Esbozos. Una diana de literatura ... ..	782
386.	Esbozos. Los libros rotos ... ..	785
387.	Esbozos. La lucha antituberculosa ... ..	786
388.	Esbozos. La ley de vagos ... ..	789
389.	Esbozos. Lo viejo en lo nuevo ... ..	791
390.	Esbozos. El tormento universal ... ..	794
391.	Esbozos. Las vendimias del mal ... ..	797
392.	Esbozos. Mineros por las carreteras ... ..	799
393.	Esbozos. Los defectos del mundo ... ..	802
394.	Esbozos. Un collado de la ciencia ... ..	805
395.	Esbozos. Los libros y la política ... ..	808
396.	Esbozos. Las fuerzas nuevas ... ..	811
397.	Esbozos. Sonidos antiguos ... ..	814
398.	Esbozos. Remansos de bondad ... ..	816
399.	Esbozos. Actitud sentimental ... ..	818
400.	Esbozos. La ciudad y la aldea ... ..	821
401.	Esbozos. La novela y los problemas colectivos ... ..	824
402.	Esbozos. Días agrarios ... ..	827
403.	Esbozos. Un escritor montañés en Cataluña ... ..	830
404.	Mercado de leyenda ... ..	832
405.	Esbozos. Una fiesta de ocaso ... ..	835
406.	Esbozos. El intelectual parado ... ..	838
407.	Esbozos. La infancia y el cine ... ..	841
408.	Esbozos. Misiones pedagógicas ... ..	844
409.	Esbozos. Caminos de imaginación ... ..	847
410.	Esbozos. La moral y el idioma ... ..	850
411.	Esbozos. Los pastores en las brañas ... ..	853
412.	Esbozos. En una escuela ... ..	856
413.	Esbozos. La brújula de la conciencia ... ..	859

414.	Esbozos. Simas de la civilización ... ..	862
415.	Esbozos. La paz en las labranzas ... ..	865
416.	Esbozos. Tempestades mecánicas ... ..	868
417.	Esbozos. Cartas agrarias ... ..	871
418.	Esbozos. Concepto rural de la política ... ..	874
419.	Esbozos. El regreso a lo eterno ... ..	877
420.	Esbozos. Menéndez Pelayo y Valera ... ..	879
421.	Esbozos. La muerte de los bosques ... ..	882
422.	Esbozos. Cumbres y mares ... ..	885
423.	Esbozos. Una librería de lance ... ..	887

## TOMO III

	<i>Págs.</i>
424. Esbozos. La familia en la literatura ... ..	905
425. Esbozos. La familia y el mundo ... ..	908
426. Esbozos. El afecto en lo social ... ..	911
427. Esbozos. El Centro de Estudios irá a la aldea ... ..	913
428. Esbozos. Romancero montañés ... ..	916
429. Esbozos. La nueva fuerza ... ..	919
430. Esbozos. La Universidad popular ... ..	922
431. Esbozos. Los caminos de la desgracia ... ..	925
432. Esbozos. El cayado y la gubia ... ..	928
433. Esbozos. Elogio a la borona ... ..	931
434. Esbozos. Las ideas y el arte ... ..	935
435. Esbozos. Mi amigo el niño ciego ... ..	938
436. Esbozos. La novela y el mundo ... ..	941
437. Esbozos. Samaria y Judea ... ..	944
438. Esbozos. La Biblioteca y el jardín ... ..	948
439. Esbozos. El maestro de escuela ... ..	951
440. Esbozos. Aprendizaje del espíritu ... ..	954
441. Esbozos. Decadencias dramáticas ... ..	957
442. Esbozos. Episodios de la vejez ... ..	960
443. Esbozos. Los falsos doctores ... ..	964
444. Esbozos. La apariencia y la avaricia ... ..	964
445. Esbozos. Los hombres extraordinarios ... ..	968
446. Esbozos. Cerebros y conciencias ... ..	968
447. Esbozos. El desierto de la ciudad ... ..	971
448. Esbozos. El perdón y el olvido ... ..	974
449. Esbozos. La leyenda del lobo ... ..	977
450. Esbozos. El obrero estudiante ... ..	980
451. Esbozos. La oración y la conducta ... ..	984
452. Esbozos. Las malas costumbres ... ..	987
453. Esbozos. El miedo a la gente ... ..	989
454. Esbozos. Los hombres y el trabajo ... ..	992



455.	Esbozos. El arte del pueblo ... ..	995
456.	Esbozos. Museo de antigüedades ... ..	998
457.	Esbozos. Conceptos del patriotismo ... ..	999
458.	Esbozos. Las almas blancas ... ..	1.002
459.	Esbozos. Las almas tristes ... ..	1.004
460.	Esbozos. El paisaje del periódico ... ..	1.005
461.	Esbozos. Una cara de niño ... ..	1.008
462.	Esbozos. Un pobre caminante ... ..	1.011
463.	Esbozos. Un escritor y un pueblo ... ..	1.011
464.	Esbozos. Elogio de la emoción ... ..	1.015
465.	Esbozos. La emoción de la paz ... ..	1.015
466.	Esbozos. Retablos españoles ... ..	1.015
467.	Esbozos. El saber de los pueblos ... ..	1.018
468.	Esbozos. La sombra de Judas ... ..	1.021
469.	Esbozos. Los fantasmas perdurables ... ..	1.024
470.	Esbozos. Calvario de infelices ... ..	1.027
471.	Esbozos. El monte y el espíritu ... ..	1.029
472.	Esbozos. El vicio del ahorro ... ..	1.032
473.	Esbozos. Emboques ejemplares ... ..	1.034
474.	Esbozos. Sensaciones de infancia ... ..	1.037
475.	Esbozos. Lo político y lo moral ... ..	1.039
476.	Esbozos. Las cuatro murallas ... ..	1.042
477.	Esbozos. El cayado de la voluntad ... ..	1.045
478.	Esbozos. Los buenos sentimientos ... ..	1.048
479.	Esbozos. Un episodio vulgar ... ..	1.050
480.	Esbozos. Una sonata de historia ... ..	1.053
481.	Esbozos. El fracaso de la súplica ... ..	1.056
482.	Esbozos. Las plagas morales ... ..	1.059
483.	Esbozos. Ejercicio de la sencillez ... ..	1.061
484.	Esbozos. La roña en la plata ... ..	1.064
485.	Esbozos. Las vías dolorosas ... ..	1.067
486.	Esbozos. Elogio del entusiasmo ... ..	1.070
487.	Esbozos. Pecados de flaqueza ... ..	1.072
488.	Esbozos. Semblantes campesinos ... ..	1.075
489.	Esbozos. El Cristo del camino ... ..	1.078
490.	Esbozos. Sentimiento y verdad ... ..	1.078
491.	Esbozos. La política y la cultura ... ..	1.081
492.	Esbozos. El viaje imposible ... ..	1.084
493.	Esbozos. Un místico del arte ... ..	1.086
494.	Esbozos. El tirano y la sierva ... ..	1.089
495.	Esbozos. Organo y salterio ... ..	1.092
496.	Esbozos. El charco y las estrellas ... ..	1.094
497.	Esbozos. Las cuatro monedas ... ..	1.097
498.	Esbozos. Un día en el camino ... ..	1.100
499.	Esbozos. Lo sincero y lo falso ... ..	1.101

500.	Esbozos. El libro en la aldea ... ..	1.103
501.	Esbozos. El otro pan ... ..	1.106
502.	Esbozos. El drama del fracaso ... ..	1.108
503.	Esbozos. Las letras del paisaje ... ..	1.110
504.	Esbozos. Furias en los montes ... ..	1.112
505.	Esbozos. Cortesía en los campos ... ..	1.115
506.	Esbozos. La fuerza de la bondad ... ..	1.117
507.	Esbozos. La taberna y el arte ... ..	1.120
508.	Esbozos. El engaño de lo pintoresco ... ..	1.122
509.	Esbozos. Lo pasado en lo presente ... ..	1.124
510.	Esbozos. Una carta infantil ... ..	1.127
511.	Esbozos. Molinos de viento ... ..	1.129
512.	Esbozos. El Quijote del mar ... ..	1.132
513.	Esbozos. La mala gente ... ..	1.135
514.	Esbozos. Las manos muertas ... ..	1.137
515.	Esbozos. La vieja ciega ... ..	1.140
516.	Esbozos. El odio al ambiente ... ..	1.142
517.	Esbozos. Doce mil granizos ... ..	1.144
518.	Esbozos. La feria de los engaños ... ..	1.146
519.	Esbozos. El imperio de lo vulgar ... ..	1.149
520.	Esbozos. Tópicos de Navidad ... ..	1.151
521.	Esbozos. Los dos señoríos ... ..	1.154
522.	Esbozos. Retablo ... ..	1.156
523.	Esbozos. El pan y el vino ... ..	1.158
524.	Esbozos. Miedo y avaricia ... ..	1.161
525.	Esbozos. Drama de la abundancia ... ..	1.164
526.	Esbozos. Malaventura del arte ... ..	1.166
527.	Esbozos. La libertad y la prisa ... ..	1.169
528.	Esbozos. Evolución de la esperanza ... ..	1.172
529.	Esbozos. La aparición de lo popular en la Historia de España ... ..	1.174
530.	Esbozos. Decadencia de la librería ... ..	1.176
531.	Esbozos. Idilio del niño pobre ... ..	1.179
532.	Esbozos. La pobre juventud ... ..	1.181
533.	Esbozos. Lección de sencillez ... ..	1.184
534.	Esbozos. Los libros de mi amigo ... ..	1.186
535.	Esbozos. La mano escondida ... ..	1.188
536.	Esbozos. Los tres vendavales ... ..	1.191
537.	Esbozos. Jesús y Don Quijote ... ..	1.193
538.	Esbozos. El grillo y la radio ... ..	1.196
539.	Esbozos. Los valores del espíritu ... ..	1.198
540.	Esbozos. Elogio del hombre justo ... ..	1.201
541.	Esbozos. Los malos sentimientos ... ..	1.203
542.	Esbozos. El hombre y la naturaleza ... ..	1.205
543.	Esbozos. Las madres dolorosas ... ..	1.208
544.	Esbozos. La última anécdota de Gabriel Miró ... ..	1.211

545.	Esbozos. Ejemplo de convivencia ... ..	1.213
546.	Esbozos. La balalaika de Máximo Gorki ... ..	1.215
547.	Esbozos. La culpa del hombre ... ..	1.218
548.	Esbozos. En la puerta cerrada ... ..	1.220
549.	Esbozos. La risa y la burla ... ..	1.223
550.	Esbozos. La olimpiada popular ... ..	1.225
551.	Esbozos. La historia de la piedra ... ..	1.227
552.	Esbozos. Caminos de pensamiento ... ..	1.229
553.	Esbozos. El ángel y el espino ... ..	1.232
554.	Esbozos. Concepto de lo nuevo ... ..	1.234
555.	Esbozos. La buena respuesta ... ..	1.237
556.	Esbozos. El suelo y el cielo ... ..	1.239
557.	Esbozos. La rueda de oro ... ..	1.241
558.	Esbozos. El niño del cesto vacío ... ..	1.244
559.	Esbozos. Caminos de perfección ... ..	1.246
560.	Esbozos. Lo bárbaro y lo cruel ... ..	1.249
561.	Esbozos. El hombre de las malas noticias ... ..	1.251
562.	Esbozos. El museo regional ... ..	1.254
563.	Esbozos. Lecturas infantiles ... ..	1.256
564.	Esbozos. La vocación y el oficio ... ..	1.258
565.	Esbozos. Senderos de «Fábula» ... ..	1.260
566.	Esbozos. La película del jueves ... ..	1.262
567.	Esbozos. El buen compañero ... ..	1.265
568.	Esbozos. Tres consejos ... ..	1.268
569.	Esbozos. Exaltación de la limpieza ... ..	1.269
570.	Esbozos. La mala tradición ... ..	1.271
571.	Esbozos. Viejas palabras ... ..	1.273
572.	Esbozos. Punto de meditación ... ..	1.275
573.	Esbozos. Compañeras del hombre ... ..	1.276
574.	Esbozos. Males del espíritu ... ..	1.278
575.	Esbozos. La casa y la calle ... ..	1.280
576.	Esbozos. Las almas muertas ... ..	1.281
577.	Esbozos. Ritmo de vocaciones ... ..	1.283
578.	Esbozos. La superstición y las ideas ... ..	1.285
579.	Esbozos. El puente nuevo ... ..	1.287
580.	Esbozos. Escala de hipocresía ... ..	1.289
581.	Esbozos. Lo que se puede hacer ... ..	1.291
582.	Esbozos. Las muletas del amor ... ..	1.293
583.	Esbozos. El faccioso universal ... ..	1.295
584.	Esbozos. Viejas tragedias ... ..	1.298
585.	Esbozos. Irresponsabilidad artificial ... ..	1.300
586.	Esbozos. La otra guerra ... ..	1.302
587.	Esbozos. Pequeño mundo ... ..	1.304
588.	Esbozos. Se marchan los niños ... ..	1.305
589.	Esbozos. Cortezas de naranjas ... ..	1.307

ababol (G. L.). 32, 465, 534  
 abadejal. 80, 107.  
 abadejos. 80, 106, 789.  
 Abánades, Claro. A. 279, 280.  
 abarcas (G. L.). 35, 41, 55, 56, 88, 798,  
 810, 820, 828, 834, 877, 903. A. 45,  
 68.  
 abardalado. 754.  
 abarquero. 873.  
 Abel, tío. 385, 386, 387, 388, 389.  
 Abel, tío, el ciego. 789.  
 Abel, el tonto. 868.  
 ahora (G. L.). 238, 246. A. 92, 176, 180,  
 182.  
 Abraham. A. 691, 807.  
 Abul Hassan. A. 557.  
 acaldar (G. L.). 118, 227. A. 34.  
 acebuches. 374, 394.  
 Acerica, tía. 775, 815. A. 873.  
 acortezados. 447.  
 acuclada. 791.  
 acurriar. 107, 129, 213, 393, 550. A. 18.  
 achozar (G. L.). 107.  
 Adolfo, don. 808.  
 Adonis. A. 712.  
 Adrián, el loco. 794.  
 Adrián, el tonto. 909, 910.  
 Adriano, el pastor. 886.  
 afinuciau. A. 118.  
 Africa. A. 367.  
 agataones. A. 34.  
 agimar (G. L.). 112.  
 agirmar. A. 37, 440, 673.  
 agreos (G. L.). 31, 53, 80, 86, 88, 89,  
 106, 107, 135, 177, 299, 398, 458, 465,  
 466, 513, 519, 548, 684, 800. A. 91,  
 131, 138, 238, 282, 483.  
 agüenar. 651.  
 Aguiar, Daniel. A. 51, 52.  
 Aguilar Tejera, Agustín. A. 233, 234.  
 Agustín, tío. A. 963.  
 Agustina, Sor. 307, 308, 309.  
 ajanu. A. 36.  
 ajediar. 679.  
 ajincar (G. L.). 218.  
 Ajofrín. A. 616.  
 ajoracar. 672.  
 ajorricar (G. L.). 220.  
 ajuegar (G. L.). 671. A. 35.  
 ajuyir (G. L.). 114, 155, 218, 233, 514,  
 643. A. 316.  
 aladrar (G. L.). 534.  
 aladrería (G. L.). 465.  
 aladro (G. L.). 262, 361, 446, 465, 466,  
 502, 529, 534, 547, 549, 578, 809.  
 A. 441.  
 alampar (G. L.). 105, 118, 124, 219,  
 559, 649, 665, 668, 670, 671, 751, 808.  
 A. 22, 23, 34, 35, 260, 400, 596, 598.  
 alante (G. L.). 648, 666.  
 Alarcón, Pedro Antonio de. A. 125, 229,  
 513.  
 Albacete. 833.  
 Albaicín. A. 453, 514.  
 albarcas (G. L.). 101, 103, 108, 203, 288,  
 322, 349, 374, 381, 386, 392, 399, 404,

424, 489, 490, 529, 537, 545, 550, 627, 652, 694, 743, 809. A. 90, 91, 92, 130, 139, 148, 217, 237, 239, 259, 306.

albarquerías. 617.

albarquero (G. L.). A. 20, 37, 76, 125, 329, 330, 351.

Alberti, Rafael. A. 134, 135, 212, 213, 626.

Alberto, don. 845.

Alcalde del Río, Hermilio. A. 113, 273.

alcaz. 341.

alcontrar(se). 104, 114, 131, 162, 463, 484, 507, 554, 628, 632, 633, 642, 657, 662, 670, 672, 673, 681, 688, 693, 715, 716. A. 24, 35, 110, 138, 259, 316.

alcordarse. 104, 162, 218, 597, 628, 658, 676. A. 28.

Alejandría. 369, 397, 398, 423. A. 375, 423, 453, 855.

Alemania. A. 48, 60, 104, 200, 537, 833.

Aleyón. A. 129.

Alfonso I. A. 1.175.

Alfonso VI. A. 1.174, 1.175.

Alfonso VII. A. 1.176.

Alicante. 518, A. 541, 542.

alisa (G. L.). 445. A. 91.

alisal. A. 147, 178.

Almagro. A. 616, 658.

almanzara. 554.

Alonso, don. A. 1.014.

Alpujarra. A. 453.

Altamira. A. 80, 94, 549.

alterón. 535, 619.

Altisidora. 744.

Álvar Fáñez. A. 1.175.

Alvear, Gerardo de. A. 116.

Amelia. 449, 451, 918. A. 139, 140, 141.

América. A. 127, 184, 207, 353, 387, 593, 648, 754, 801.

Amicis, Edmondo de. A. 104.

amolanchín. 815.

amurriar(se). 232. A. 353.

Ana, Santa. A. 267, 268.

ancianera. 206.

Andalucía. 651. A. 80, 118, 134, 554, 566, 567, 618, 659, 667.

Andersen, Hans Christian. A. 104, 1305.

Andévalo. A. 698.

Andraca, Justito. A. 252, 353.

Andrés, don. 88, 816, 839. A. 668, 1069.

Andrés, tío. 815.

Angel. 918.

Angel, tío. 85, 86, 87, 88, 89.

Aniezo. A. 644, 645, 646, 647.

anjana (G. L.). 119, 128, 129, 131, 140, 186, 234, 235, 236, 283, 456, 471, 472, 564, 602, 619, 620, 623, 624, 625, 626, 628, 629, 630, 631, 632, 634, 635, 637, 638, 639, 640, 641, 642, 643, 644, 647, 648, 649, 650, 655, 656, 661, 662, 663, 665, 671, 672, 673, 677, 679, 681, 682, 684, 688, 689, 691, 692, 715, 716. A. 21, 22, 136, 237, 239, 258, 259, 260, 400, 453, 454, 460, 470, 471, 472, 479, 606.

anjaneru. A. 23, 260.

anjanos. 638.

anjanuca. 680.

anjear (G. L.). 84, 194, 289, 386, 479, 601, 652, 690, 757, 792, 794, 801, 849, 867, 897. A. 391.

anjeo (G. L.). A. 92, 438, 585.

Anselmo, don. 822, 823. A. 823.

Anselmo, don (pobre loco). 77.

Anselmo, tío. A. 503, 504, 505, 506, 873.

Anselmo, tío, el pesador. 381, 382, 383, 406, 832.

Anselmo, tío, saludador y curandero. 513.

Antillas, Las. A. 218, 314, 801, 1.086.

Antón, doctor. A. 81.

Antón, Manuel. A. 96.

Antonio. A. 661, 662.

Antonio, don. 775. A. 429, 430, 845, 1087.

Antonio, don, el recaudador. 382, 417.

Antonio, San. 67, 364, 382, 383, 387, 389, 801, 807, 833. A. 316, 621, 728, 829.

Antonio, tío. 816, A. 873, 963.

Antoñuco, tío. A. 264, 265, 266.

apartaduras (G. L.). 202.

Apeles. A. 116.

apeñascá. 672. A. 397, 503.

apiadosá. A. 109.

- apurir (G. L.). 669.  
 aquedar (G. L.). 150, 191, 212, 238, 641. A. 17, 274.  
 Arabia. A. 347, 1.080.  
 Aragón. A. 91, 453, 572, 656, 1175.  
 Aram. A. 129.  
 arambeles. 789.  
 Aranaz Castellanos, Manuel. A. 58, 59.  
 arañaduras. 792.  
 Aras, valle de, 635.  
 Arbíol, fray Antonio. A. 779.  
 Arcadia. 912. A. 662.  
 Arcadio, don 873.  
 Arenal, Concepción. A. 436.  
 argallos. 577.  
 Argamasilla. A. 411.  
 Argel. A. 132, 411, 423.  
 argumada. 218.  
 Aristóteles. 541.  
 Arkángel. 778.  
 Arlanzón. A. 453.  
 Arquetu, el. (G. L.). 557, 558, 559.  
 Arrastrá, La. 671, 672, 673. A. 33, 34, 35, 36, 37.  
 arrecatar(se) (G. L.). 195, 552, 652.  
 arregostar. A. 399.  
 arreguciau (G. L.). 114.  
 arrejonder. 100, 498, A. 247, 405.  
 arropañar. 201, 202. A. 245.  
 arromerada. 529, 626.  
 Arsenio, tío. A. 872, 963.  
 Artigas, Miguel. A. 533.  
 Ascensión, tía. 775, 778, 790, 791, 792, 793, 794, 795, 796.  
 aselar(se) (G. L.). A. 396.  
 Asensio, José María. A. 155.  
 Asia. A. 283.  
 Asturias. 471, 636. A. 22, 158, 364, 372, 375, 396, 550, 572.  
 Asturias de Santillana. A. 62, 452, 454.  
 asullar (G. L.). 213. A. 23.  
 Asunción, tía. 748, 789.  
 aterazo (G. L.). 211.  
 aticuenta (G. L.). 233. A. 69, 70, 217.  
 atotogar. 378, 416, 628, 659. A. 34, 71.  
 Augusto. 770. A. 808, 1.130.  
 avecer. 212.  
 Avelino. A. 123, 124.  
 Avellaneda, Alonso Fernández de. A. 411.  
 Avignon. A. 446.  
 Avila. A. 550, 611, 638.  
 Aznalfarache. A. 453.  
 «Azor», El. V. Fonso, El «Azor».  
 Azorín. 353, 354, 355. A. 294, 542, 838, 1.198, 1.199, 1.200.  
 Baco. A. 265.  
 badillo (G. L.). 99, 198.  
 Balbás, Eusebio. A.: 392, 393.  
 Balbás, Herminio, A. 349.  
 Balbás, Ricardo. 631. A. 472.  
 Baldat. A. 542.  
 Baltasar, Maese. A. 195, 196.  
 Ballesteros, Julián. A.: 252, 253.  
 Bana. V. Habana, La.  
 Bances Candamo, Francisco Antonio. A. 559.  
 Baragán. A. 1.078.  
 Baralt, Rafael María. A. 234.  
 barandial (G. L.). 219, 229. A.: 586.  
 Bárbara, Santa. A. 694.  
 barbique. A.: 246.  
 Barbusse, Henri. A. 427, 827.  
 Barcelona. A. 133, 149, 154, 210, 211, 271, 281, 322, 324, 593, 831, 1.225, 1.226.  
 Bárcena, Leopoldo. A. 614.  
 Bárcena de la Puente de San Miguel. A. 1.036.  
 Barcenaciones. 675.  
 Barcenamayor. 567, 612, 662, 675, 676. A. 248, 311, 546, 593, 594.  
 bárcenas (G. L.). A. 454.  
 Barcenillas. A. 245, 467.  
 Barcenuca. A. 139, 140, 141, 236, 237, 238, 239, 242, 243.  
 Barcenuca del Alisal. A. 34.  
 barciar(se). 100, 108, 225. A. 440.  
 bardalines. 87.  
 bardiasca. 105.  
 bardiascazo. V. vardiascazo.  
 Baroja, Pío. A. 132, 1.102.  
 Barquera, La. A. 453.  
 Barrés, Maurice. A. 225.  
 Barret, Rafael. A. 386. 387.  
 Barriobero, Eduardo. A. 1.183.



barrosca. 792.  
 Barroscales. A. 75, 76, 78.  
 barrosco (G. L.). 55, 102, 103, 104, 108,  
 139, 214, 503, 715, 716, A. 72, 116,  
 218, 239, 241, 274, 438, 479, 830.  
 barrosqueras (G. L.). 213. A. 329.  
 barrosquillos. A. 162, 241.  
 Bartolomé, San. 576. A. 701.  
 Basilio, tío. 513.  
 Basilio, tío, saludador. 521, 522, 523.  
 Basilios. A. 429.  
 basnas (G. L.). 177, 190, 193.  
 Basoa, Maximino. A. 770.  
 Bastón de Laredo. A. 641.  
 Baudalaire, Charles. 838.  
 Bautista, el cabrero. 886.  
 Bautista, tío, el vaquero. 398, 399, 400.  
 Bazin, René. A. 925, 928.  
 Baztán. 299.  
 Beethoven, Ludwig van. A. 160.  
 Bejarano Galvis. A. 1.271.  
 Belén. 879. A. 603, 692.  
 Bélgica. A. 48, 60, 537.  
 Belin, Edouard. A. 225.  
 belorto. V. velorto.  
 bello (G. L.). 199, 200, 202, A: 162,  
 173, 414, 448.  
 — Bello, Luis. A. 576.  
 bellucos. A. 85.  
 Benítez, J. A. 96.  
 Benjamín. 53, 54, 56, 57, 58.  
 Benlloch, cardenal. A. 114.  
 — Beorlegui, barón de. A. 293.  
 Berceo, Gonzalo de. 770. A. 651, 1.131.  
 Berlín. A: 106.  
 Bermúdez, Alfonso. A. 1.175.  
 — Bernardo, Ricardo. A. 159.  
 Bertheroy, Jean. A: 128.  
 berrichines. 659.  
 berronas (G. L.). 446. A. 577.  
 Besaya. A. 536, 811.  
 Betania. 755.  
 Betel. A. 945.  
 Bierzo, El. A. 453.  
 Bilbao. 327. A. 84, 210.  
 — Blasco Ibáñez, Vicente. A. 102.  
 bocás (G. L.). A. 73.  
 Boedo, Mariano. A. 232, 233.

Boileau, Nicolás. A. 204.  
 Bojer, Johan. A. 930.  
 bojona (G. L.). 694.  
 Bonilla San Martín, Adolfo. A: 105.  
 bonuca (G. L.). 638.  
 Borgoña. A. 289, 313, 667.  
 borona (G. L.). A. 17, 22, 27, 35, 45,  
 76, 91, 131, 136, 177, 273, 306, 361,  
 392, 444, 455, 459, 470, 586, 597, 707,  
 775, 917, 929, 933, 934.  
 boronal (G. L.). 465, 548, 577. A. 607,  
 608.  
 boronitas. A. 351, 447, 727.  
 borrasco. 510.  
 botellos (G. L.). 624.  
 Bourdelle, Emile. A. 930.  
 Bouzas. A. 347.  
 Brahma. A. 221, 368.  
 Brañaflor. 445, 448, 449, 457, 465, 470,  
 472, 474, 475, 479, 483, 487, 488,  
 489, 490, 491, 495, 497, 505, 506,  
 518, 521, 525, 526, 528, 533, 534,  
 537, 540, 543, 545, 547, 551, 553,  
 555, 569, 570, 577, 579, 580, 589,  
 590, 593, 595, 611, 613. A. 589, 590.  
 Bretaña, 627. A: 445, 446.  
 Brigdeport. A. 205.  
 brilla (G. L.). 40, 590.  
 brilleto, a. (G. L.). 125. A. 396.  
 Bruja de las tres escobas (G. L.). 561.  
 Bruja del hábito blanco (G. L.). 522.  
 Brummel, George Bryan. A. 446.  
 Bruselas. A. 290.  
 Bruyère, Jean de la. A. 699.  
 Buda. A. 221.  
 Budapest. A. 299.  
 Bueno, Manuel. A. 1.102.  
 Buenos Aires. A. 106.  
 bufardas. 757, 832.  
 Bunin, Iván. A. 870, 930, 1.202, 1.203.  
 Burgos. 327, 770. A. 288, 550, 1.130.  
 Burns, Robert. A. 204.  
 burricá. A. 19.  
 Bustablado. 567.  
 Bustiriguao. 650.  
 Byrd, Richard Evelyn. A. 225.  
 Byron, George Gordon. A. 114.

caballos del diablo (G. L.). 583, 584, 594, 619.  
caberón. 89.  
cabezón (G. L.). 340.  
Cabezón de la Sal. A. 81, 94.  
cabón. V. cavón.  
Cabrojo. 612, 634. A. 546.  
Cabueniaegino. A. 880.  
Cabuérniga. 612. A. 243, 392, 546, 547, 554, 573, 807, 1.213, 1.214.  
cachavear, 867.  
cache (G. L.). 40, 590. A. 146.  
Cachupín. A. 629, 635.  
Cachupina. A. 638.  
Cadalso, José. A. 671.  
Cádiz. 660. A. 116, 117, 118, 136, 298, 453, 800, 976, 1.068, 1.069.  
Caín. A. 1.204.  
Calabrez. A. 111, 112.  
Calais. A. 289.  
Calatayud. A. 210, 353.  
Calcuta. A. 222, 599, 600, 682.  
Calderón, A. 187.  
Calderón, Gonzalito de. A. 192.  
Calderón, Pedro. 355. A. 559.  
Calderón, don Rodrigo. A. 257.  
Caloca. A. 645.  
caltener(se) (G. L.). 505, 671. A. 35.  
Calvario. 322.  
callada (G. L.). 445.  
Camacho. A. 1.155.  
Camachos. A. 429.  
Camba, Francisco. A. 51, 53.  
Camba, Julio. A. 271.  
cambas (G. L.). A. 929.  
cambera (G. L.). 53, 59, 107, 161, 163, 236, 288, 497, 533, 619, 627. A. 67, 77, 503.  
camberón (G. L.). 194, 489, A. 18, 371.  
camberona. 107, 108, 110, 123, 132, 139, 159, 172, 172, 237.  
camientar(se) (G. L.). 112, 127, 132, 162, 171, 238. A. 28.  
caminantes de alforjas (G. L.). 473.  
campa (G. L.). 64. A. 82, 83, 84, 109, 350, 363, 432, 598.  
Campillo, Narciso del. A. 104.  
Campo, Jorge del. A. 193.

Campo, Teresita del. A. 193.  
Campoamor, Ramón de. A. 271.  
Campoo. 311, 612, 640, 651, 652, 667. A. 384, 385, 546, 547, 554, 596, 983, 1.213, 1.214.  
can (G. L.). 469.  
canales, las. 447.  
canalona. 102, 132, 140, 178, 200, 211. A. 21, 23, 174, 177, 237, 241, 242, 249, 259, 273, 311, 316.  
Cancio, Jesús. A. 99, 100, 101, 113, 116, 143, 144, 145, 149, 158, 159.  
Candelaria. 575.  
Candelas, Luis. A. 568.  
Cánovas del Castillo, Antonio. A. 391, 671, 672.  
Cansinos Assens, Rafael. A. 102, 103, 105, 106.  
Cantabria. A. 80, 95, 262, 263, 371, 415.  
Cantábrico, litoral. A. 708.  
cantío (G. L.). 186, 625, 632.  
cáрабо (G. L.). 67, 75, 83, 351, 362, 369, 375, 392, 414, 570, 792, 804, 810, A. 23, 245, 259.  
carauter. 112.  
Carballo, Jesús. A. 78, 79, 80, 81, 93, 94, 95, 96, 97.  
Cárcoba, Prudencio de la. A. 192.  
Cardenio. 879.  
Cardosa, Brañas de la. 199, 611, 613, 806. A. 448, 656, 727.  
Carlos V. A. 639.  
Carmela. A. 173, 174, 175, 176, 178, 179, 180, 415, 416, 417, 418, 419, 420, 619, 620, 621.  
Carmelo. A. 641.  
Carmen. 845.  
Carmona, 471, 612, 627, 644, 679. A. 248, 351, 392, 546, 576, 578, 579, 580, 581, 582, 603, 604.  
carmuniego, a. A. 573, 577.  
carnucas (G. L.). A. 245.  
Carolina del Sur. A. 407.  
Carpio, tío. 845.  
carquejas (G. L.). 31, 312, 369, 399, 515, 783, 793.  
Carraceo, Brañas de. 515. A. 581.  
Carrasquín. A. 641.

- Carriedo. A. 554.  
 Carril. A. 453.  
 Carro Rozo. A. 800.  
 Carrozales (G. L.). 106.  
 Cartes. A. 718, 802.  
 — Casanueva, Arturo. A. 423.  
 Cascajo, La. A. 569.  
 Cascajo, Teresa. A. 464.  
 castaña (G. L.). A. 34, 83, 136.  
 castañalera (G. L.). 100, A. 127.  
 Castañeira. A. 431.  
 Castejón, doctor. A: 96.  
 Castelar, Emilio. A. 680, 701.  
 Castellón, José. A. 235.  
 Castilla. 353, 355. A. 15, 38, 39, 164,  
 187, 190, 263, 270, 329, 391, 426,  
 452, 544, 549, 556, 572, 605, 617,  
 655, 667, 697, 770, 774, 932, 1.134,  
 1.175, 1.176, 1.198, 1.199.  
 Castillo (siete villas). 637.  
 castraorios (G. L.). 199, 200. A. 20,  
 290, 448.  
 Castrera. A. 28, 29.  
 castrera (G. L.). 108.  
 Castrillo, condesa de. A. 753.  
 Castro, Adolfo de: A. 104.  
 — Castro Urdiales. A. 628.  
 castrorizu. A. 28.  
 Castros. 671, 673.  
 castros, los. A: 36, 37.  
 Catalina, Santa. A. 630, 631, 786.  
 Cataluña. A. 81, 566, 567, 593, 831,  
 1.018, 1.284.  
 catener. V. caltener.  
 Cavada, Antolín, seud. V. González Ho-  
 yos, Manuel.  
 cavón (G. L.). 208, 481. A. 178, 208,  
 456.  
 Cazurro, Manuel. A. 184.  
 Cebilla (G. L.). 289, 790.  
 Cee. A: 510.  
 Cejador, Julio. A. 100, 102, 233, 291.  
 Celedonia. 515.  
 Caestina, La. 819.  
 Celia. A. 70, 71.  
 Celiuca. A. 72.  
 Celso, don. A. 351, 453.  
 celliscar (G. L.). 112.  
 cellisqueros (G. L.). 120.  
 Cendrero, Orestes. A. 184.  
 Cerceña. A. 399.  
 Cerdeña. 627.  
 Cernégula. 630.  
 Cervantes, Miguel de. 355, 766, 769. A.  
 154, 155, 156, 165, 322, 401, 411,  
 423, 654, 808, 1.129, 1.132, 1.151,  
 1.170, 1.275.  
 César (Emperador). A. 411.  
 Cezanne, Paul. A. 304.  
 cibilla. A. 400.  
 Cid Campeador. A. 288, 408, 719.  
 cierzadas (G. L.). 107.  
 Cieza. 632. A. 246, 467.  
 cilliscosa. A. 18.  
 Cinta, «La garbosa». 382.  
 Cinto, el becerrero. 391, 392, 393, 394,  
 395, 396, 397, 400, 798, 799, 800,  
 803, 804.  
 Ción, tía. A. 607, 608, 609.  
 — Cipriano, señor. A. 449, 450, 451.  
 Cisneros, cardenal. A. 832.  
 Civitavechia. A. 332.  
 Clarec, Abate. A. 287.  
 cocinos (G. L.). 100.  
 coguela (G. L.). 878.  
 ¡coila! A. 118.  
 ¡coile! A. 20.  
 cojilistranco (G. L.). 108.  
 Colio. A. 645.  
 colodra (G. L.). 59, 177, 190, 349, 530,  
 611. A. 915, 929, 940.  
 Coloma, Luis. A. 104.  
 Colón, Cristóbal. A. 115, 269, 552, 629,  
 641, 1.133, 1.134.  
 colñera. 813.  
 colorau (jefe de los «caballos del diablo»).  
 583, 584.  
 colorín (G. L.). 624, A. 26, 68, 116,  
 208, 360, 426.  
 Colsa. 807.  
 coluscente. A. 30.  
 Collado, Casimiro del. A. 351.  
 Collau de la Estrellá. 185.  
 ¡colle! 113, 145. A. 18, 35.  
 Comillas. A: 149, 358.  
 Conan Doyle, Arthur. A. 283.

Concilla. A. 656, 714, 727.  
 Concilla, Brañas de la. 296, 613, 757.  
 Concilla, Cuetu de la. 515, 806. A. 581.  
 Condolias. A. 369.  
 Consuegra. A: 616, 658, 1.174.  
 contornada. A. 117, 138.  
 Cooper, James Fenimore. A. 446.  
 Copérnico, Nicolás. A. 386.  
 corajiná. 660.  
 Cordera, la. A. 634.  
 corderero. 570.  
 Corona, monte. A. 800.  
 Corona, Jesús. A. 116.  
 Corona, Rafael. A. 552.  
 corraliega (G. L.). 487, 543, 571.  
 correndía (G. L.). 106, 114, 238, 480,  
 644. A. 208, 470.  
 Correpoco. 692. A. 248, 472.  
 corso. 292.  
 Cortadillo. 820.  
 cortejamientos. 225.  
 Cosa, Juan de la. A. 629.  
 Cospedal, Jesús de. A. 931.  
 Cossío. A. 268.  
 Cossío, Consuelo G. de. A. 604.  
 Cossío, José María de. A: 142, 919.  
 Costa, Joaquín. A: 671, 847.  
 Coterá (La). 611.  
 Coterá de los Cantos. 687.  
 cotorro (G. L.). 397, 419, 826.  
 Covadonga. 471, 644. A. 187, 372.  
 covejera, 303.  
 Cowper, William. A. 204.  
 crepiteo. 277, 447.  
 Crisanta. 449, 450, 451.  
 Crisanta, doña. A. 521.  
 Crispín, San. A. 403.  
 Cristo. 321, 322, 323, 324, 367, 770,  
 789, 838, 855, 895, 900. A. 57, 984.  
 Cristóbal. 825.  
 Cristóbal, San. A. 115, 269.  
 Cruz, braña de la. 102, 105.  
 cuarteo. A. 441.  
 Cuba. A. 671, 758.  
 Cubría, Francisco. A. 1.188.  
 cucar. (G. L.). 104.  
 cucleo. A. 396.  
 cuegle. (G. L.). 130, 619, 620, 621, 715,  
 716. A. 68, 478, 479.  
 Cuenca. A. 1.174.  
 Cueva. A. 785.  
 Cueva de las anjanas. 471. A. 21, 22.  
 Cueva de las Cáscaras. 800.  
 Cueva de la Mora. A. 243. 247, 248.  
 currinda. A. 71.  
 Curros Enríquez, Manuel. A. 169, 170.  
 corruliega. 101, 105, 146, 147, 148, 175,  
 204, 206, 208, 228, 230, 480, 683,  
 684, A. 70, 208, 274, 393, 456, 482.  
 cusiatsu (G. L.). 102, 124.  
 chaclotear. 288.  
 chachu (G. L.). A. 316.  
 Chápoli Navarro, Antonio. A. 113, 114.  
 Chateaubriand, François René. 308. A.  
 146, 248, 368, 445, 465, 826, 935.  
 Chiclana. A. 824, 976.  
 chinel. 292.  
 Chisco. A. 267, 351.  
 Chopín, Fryderic Franciszek. A. 88.  
 Churruca. A. 629.  
 Chus. 469. A. 431.  
 Chus, el de Comillas. V. Cancio, Jesús.  
 daque. (G. L.). 117, 172, 195, 200, 201,  
 212, 221, 234, 498, 521, 561, 628,  
 629, 630, 642, 671, 693, 716, 721,  
 A. 21, 28, 34, 35, 45, 138, 258, 273,  
 316, 374, 504.  
 Darío, don. A. 1.036.  
 Daudet, Alphonse. A. 410.  
 David. 810. A. 946.  
 Delgado, Enrique. A. 252.  
 demongrios (G. L.). A. 20, 315.  
 demongro (G. L.). 112, 113, 119, 124,  
 126, 127, 143, 144, 161, 171, 172,  
 201, 212, 225, 226, 227. A. 19, 22,  
 33, 208, 246, 259.  
 demongrón. 676, 716. A. 594.  
 demoño (G. L.). 652, 671. A. 18, 20,  
 28, 33, 37, 71, 105, 124, 217, 246,  
 249, 258, 315, 316, 479.  
 derrota (G. L.). 198.  
 desamoricar. 643.  
 Descartes, René. A. 225.  
 Deschamps, Enrique. A. 96.

- Deva, río. A. 646.  
 diaños (G. L.). 104, 227, 606, 630, 632, 639. A. 93, 219, 238, 240.  
 Díaz, Bruno. 627.  
 Díaz, Eduardo. A. 126.  
 Díaz, José María. A. 127.  
 Díaz de Freijo, Aurelio. A. 128.  
 Dickens, Charles. A. 125, 396, 446.  
 Diego, Gerardo. A. 116, 545.  
 Diego y Blanco, Fernando. A. 39, 40.  
 Dinamarca. 870  
 Diodoro. A. 304.  
 Diógenes. A. 222.  
 Dios. 73, 323, 364, 405, 487, 570, 659, 667, 668, 673, 680, 688, 698, 701, 702, 703, 752, 792, 796, 814, 849, 860, 863, 864, 873, 879, 886, 889, 895, 905, 906, 921. A. 15, 16, 17, 19, 20, 27, 28, 35, 36, 46, 61, 69, 70, 71, 78, 83, 84, 85, 87, 98, 110, 115, 119, 131, 149, 153, 168, 180, 189, 190, 191, 192, 193, 201, 207, 218, 222, 246, 247, 248, 259, 267, 270, 287, 300, 301, 315, 316, 321, 333, 347, 352, 357, 361, 364, 365, 367, 369, 373, 375, 388, 391, 392, 400, 411, 412, 419, 420, 426, 431, 433, 438, 439, 449, 452, 458, 459, 460, 462, 463, 471, 483, 563, 588, 594, 595, 597, 598, 611, 620, 626, 678, 679, 691, 693, 694, 696, 718, 792, 807, 808, 823, 824, 830, 831, 854, 978, 984, 985, 1.055, 1.075, 1.093, 1.140, 1.167, 1.173, 1.180, 1.183, 1.195, 1.201, 1.240, 1.241, 1.257.  
 Dobra. 475. A. 454, 467.  
 Dobres. A. 645.  
 Dolores. A. 353, 354.  
 Dolorosa, la. 388, 405.  
 Domingo, Marcelino. A. 1.102.  
 Dommer, Arrey de. A. 559.  
 Doroteas. A. 430.  
 Dotor, Angel. A. 235.  
 duendo (G. L.). 40, 362, 364, 389, 392, 517, 519, 755, 917. A. 836, 837.  
 Dueso, monte. 656.  
 Dulcinea. A. 216, 328, 430, 464, 1.134, 1.308.  
 Dumas, Alexandre. A. 733.  
 Durand, Margarita. A. 47, 198.  
 Eça de Queiroz, José María de. A. 302, 303.  
 Eerden. A. 277, 278.  
 Egipto. A. 1.080.  
 Elena. 458, 459, 460, A. 219.  
 —Elías. A. 807, 1.093.  
 Elías, Profeta. 327, 409. A. 916.  
 Elvira, doña. 88, 429. A. 1.069.  
 emboque (G. L.). 364.  
 emborracar(se) (G. L.). A. 245.  
 embozada (G. L.) 238, 671, 687. A. 18, 27, 35, 209, 396, 441, 1.218.  
 embozaúca. 202.  
 emburriar (G. L.). A. 440.  
 emburrión. 153. A. 247.  
 Emilia, la «Espantá». 458.  
 emperezosado. 480. A. 208, 456.  
 emperigotado. 806, 872, 895.  
 empimentar. A: 91.  
 emporquerizar. 679.  
 encarbunclada. A: 594.  
 Encarnación, doña. 88. A. 1.069.  
 Encarnación, tía. 44.  
 encebillar (G. L.). A. 401.  
 Encina, marqués de la. A. 391.  
 enfantasiado. A: 35.  
 Engels, Friedrich. 870.  
 engrillar. A. 110.  
 enguisar (G. L.). A. 70.  
 enjaquetar. A. 207.  
 enmiseriar. A. 92.  
 enrecelar. 643.  
 enredona. 58.  
 enreguiñado, a. A. 23.  
 enrelochar. 687. A. 27, 176, 310, 361.  
 Enrica, doña. A. 521.  
 enromerar. 805.  
 ensarrar. 141.  
 ensudariar. A. 71.  
 entarugar (G. L.). 102, 199. A. 130.  
 Entorná sel de la. 211.  
 entornadura (G. L.). 107, 122, 191.  
 Entralgo. A. 572.  
 Equión. A. 1.226.  
 erizo. 447. A. 915.  
 esbojar. 107. A. 21, 258.  
 esbrozar. A. 392.  
 Escagedo Salmón, Mateo. A. 269.

- escajal (G. L.). 108, 214, 229, 449.  
 Escalante, Amós de. A. 351.  
 Escandinavia. 870.  
 escanillo (G. L.). 219, 220, 263, 472, 626, 770. A. 131, 154, 189, 190, 389, 479, 915.  
 escarabitear. 469, 826. A. 397, 641.  
 escarcina. A. 20.  
 escata (G. L.). 307.  
 Escolástico, don. A. 1.014.  
 Escorial, El. 770. A. 1.130, 1.131.  
 escorrear(se) (G. L.). 105, 145. A. 29.  
 Escosura, Marcelino. A. 196.  
 escudillado, da. A. 35.  
 escudillas. A. 91.  
 Escudo (Brañas del). 213, 627.  
 Escudo, El. A. 404, 577, 604, 605.  
 escurriar (G. L.). 679.  
 escurrir (G. L.). 227.  
 esdrelón. A. 945.  
 esmanar(se) (G. L.). 113, 126, 128, 212.  
 esmigar. 607.  
 esmochar. A. 348.  
 espaldera. 36.  
 Espantá, la. V. Emilia, la «Espantá».  
 España. A. 78, 537, 616, 617, 655, 657, 658, 661, 662, 664, 665, 667, 733, 743, 860, 1.174.  
 españadura. A. 180.  
 espeluciar(se). A. 18, 34, 91, 217, 218.  
 Esperanza. 872, 873.  
 Esperanza, tía. 49, 50, 382, 815, 816.  
 Espina, regata de la. A. 348.  
 Espina, Concha. A. 101, 102, 103, 105.  
 Espinama. A. 645, 649.  
 Espinosa, Angel. A. 1.234.  
 espumeros. 611. A. 453, 625, 626.  
 espurrir (G. L.). 113, 806, 822. A. 440, 447.  
 Esquivias. 299. A. 568, 770.  
 estadojo (G. L.). 191, 364, 392, A. 169, 443, 714.  
 Estados Unidos. A. 81, 317, 407.  
 Estambul. A. 423.  
 estamengar (G. L.). 80, 81, 393, 404, 410, 717, 771, 801, 823, 826.  
 Esteban, tío. 815, 816, 833.  
 Estebanell y Suriñach, Santiago. A. 41, 42.  
 Estebanillo, el ciego. 905.  
 Estella, Diego de. A. 16.  
 estiel (G. L.). 403, 447, 458, 640, 872.  
 estil (G. L.). A. 404.  
 estirpiada. 165, 177, 263, 377, 392, 773. A. 90, 361.  
 Estirpiales de la Lera. A. 82, 83.  
 estorneja (G. L.). 102, 120, 134, 218, 225, 443, 791. A. 315.  
 estortijones (G. L.). 105, 106, 238.  
 estragar(se) (G. L.). 509, 578. A. 438.  
 estravío. 498.  
 estrellerías. 778.  
 Eugenio, tío. 583.  
 Eurípides. A. 302.  
 Europa. A. 600, 601, 683, 704, 719.  
 Eusebio, tío. A. 466, 467.  
 Extremadura. A. 334, 453, 572, 655, 697.  
 Facio. A. 240, 241, 808.  
 Facio el ovejero. A. 114.  
 Facio, el de Terán. A. 149.  
 Faguet, Émile Auguste. A. 700.  
 familiares, los (G. L.). 491.  
 Faria, Abate, José Custodio de. A. 312.  
 Fernahann, Elena. A. 46.  
 Farwets. A. 407.  
 Federico. 873.  
 Federico, tío. 824.  
 Felices, Alfredo. A. 1.063.  
 Fermín, tío. A. 640, 641, 642.  
 Fernán Caballero. A. 104.  
 Fernández, Máximo. A. 264, 414.  
 Fernández Almiñaque. A. 184.  
 Fernández y González, Delfín. A. 32, 112, 142, 146.  
 Fernández y González, Manuel. A. 165, 257, 677.  
 Fernández de Mier, Aurelio. A. 332.  
 Fernández Navarro, Lucas. A. 184.  
 Fernández Sanz, Mercedes. A. 296.  
 Fernando. V. Reguera y Urianes, Fernando.  
 Fernando. A. 619, 620, 621.  
 Fernando VI. A. 234.  
 Fernando VII. A. 667.



- Fernando, don. 43, 44, 45, 46, 375, 815,  
 839. A. 45, 668, 841, 871, 873.  
 Fernejuela. 561.  
 ferrada. 447, 473.  
 Ferrol, El. A. 762.  
 Fidel. 465.  
 Fierabrás. A. 506.  
 Filermo. A. 128.  
 Filipinas. A. 671.  
 Finojosa, la. A. 577.  
 Flandes. A. 257, 267, 446, 671, 754.  
 Flaubert, Gustave. A. 354, 882.  
 Fondevila, José. A. 1.102.  
 Fonso. 148, 456, 458. A. 24, 25, 26, 27,  
 244, 245, 246, 247, 248, 250, 359,  
 360, 361, 460, 607, 608.  
 Fonso, tío. A. 115.  
 Fontaineblau. A. 667.  
 Fontana, condesa de la. A. 391.  
 formuladas. 572.  
 Foro. A. 220.  
 Fragoso. A. 559.  
 Framá. A. 645, 646, 647.  
 France, Anatole. A. 304, 376.  
 Francfort. A. 48.  
 Francia. A. 47, 60, 80, 94, 104, 330,  
 380, 537, 671, 833, 1.040, 1.130, 1.174.  
 Francisco. 816. A. 873.  
 Francisco, don. 425, 426, 427, 428, 429,  
 430, 868.  
 Francisco, San. 75, 308, 322, 331, 383,  
 767, 791, 792, 895, 911. A. 809, 980,  
 1.068, 1.170, 1.222, 1.240.  
 Francisco, tío. 401, 402, 403, 404, 407.  
 A. 824, 960, 961, 962, 963.  
 Francisco, tío, trovador. 475.  
 Franciscón, tío. A. 115, 149.  
 Freixas, Vicente. A. 1.139.  
 Fresnales. A. 439, 440, 441, 442.  
 Fresneda. A. 22, 85, 110, 467.  
 Fuad, rey. A. 1.201.  
 Fuentona (canal de la). 199.  
 Gabriel y Galán, José María. A. 99,  
 1.078.  
 Cacituega, Luis. A. 252.  
 gajucas (G. L.). A. 399.  
 Galiarda, conde de. A. 918.  
 Galicia. A. 81, 94, 95, 169, 222, 436,  
 453, 550, 566, 567, 572, 1.175.  
 Galilea. 535. A. 561, 945.  
 Galileo. A. 319, 327, 1.170.  
 Galván, Francisco. A. 1.017.  
 Gallo de la Muerte. 506.  
 Gandarillas. A. 113.  
 Ganges. A. 282.  
 garabal. 550.  
 Garaizábal, Juan Pacífico. A. 708.  
 García, P. Celso. A. 204.  
 García, Miguel. A. 753.  
 García Lorca, Federico. A. 134, 514.  
 gargüelo (G. L.). 127.  
 Garizim. A. 946, 947.  
 Garma Baquiola, Alfredo de la. A. 65,  
 66, 112, 123, 124, 143.  
 garmal (G. L.). 103, 110, 446. A. 243.  
 Gaspar. 53, 54, 55, 56, 57, 58.  
 Gasset, Gustavo. A. 1.102.  
 Gayferos, conde de. A. 918.  
 Gelio, tío. V. Rogelio, tío.  
 Gelmírez, Diego. A. 1.174.  
 Genaro. A. 472.  
 Genaro, tío. 692.  
 Generoso, tío. A. 139, 140, 141.  
 Genio, tío, el cabrero. A. 109.  
 Génova. A. 671.  
 Getsemaní. A. 57, 423.  
 Gibraltar. A. 720.  
 Gijón. A. 122.  
 Gil Blas de Santillana. 475. A. 402, 404,  
 405, 467.  
 Ginebra. A. 695.  
 Giner, Francisco. A. 1.199.  
 Ginesillo de Parapilla. A. 429.  
 Giralt, Gustavo. A. 1.102.  
 Gironde, la. 446.  
 gitaño. 304.  
 Glasgow. A. 407.  
 glotear. 68.  
 Gnauch-Kühne, Isabel. A. 48.  
 Goethe, Johann Wolfgang. A. 60, 304,  
 935, 1.074, 1.088.  
 Goliat. 327.  
 Gómez, Enrica. A. 470.  
 Gómez, Germán, «Murcia». A. 627, 628.  
 Gómez, Josefa. 567.

- gomitaúra. 659.  
 Gonio, el ovejero. A. 83.  
 González, tío Eusebio. A. 580.  
 González Camino, Fernando. A. 916.  
 González Camino, Francisco. 352. A. 545, 1.055.  
 González de Condespina, conde. A. 1.175.  
 González Hoyos, Manuel. A. 62, 63, 67, 89, 544.  
 González de Linares, Augusto. A. 183, 808.  
 González Ruano, César. A. 322.  
 González Ruiz, José. A. 31, 32.  
 Gorki, Maksim. A. 935, 1.078, 1.215, 1.216, 1.217.  
 Gorostiaga, Antonio. A. 116.  
 goterial (G. L.). 105, 119, 204. A. 466.  
 Gracián, Baltasar. 355. A. 671.  
 Gran Bretaña. A. 81. 94, 104, 283, 285, 513, 537, 754.  
 Granada. A. 132, 257, 453, 512, 557, 655.  
 granilla. 371.  
 Gravina. A. 629.  
 greba. 288.  
 Grecia. A. 1.226.  
 Greco, El. 545. A. 520, 767, 1.014.  
 grijo (G. L.). 146. A. 23, 259.  
 grijona (G. L.). 106.  
 grillear, 881.  
 Grimm, Jacob. A. 104.  
 gritíos (G. L.). 127. A. 23, 138.  
 Grosclaude, Stephan. A. 225.  
 Guadalquivir. A. 452, 545, 553, 557.  
 Guajona, la. 477.  
 Gúdula, Santa. 880.  
 güeis. 559, 683. A. 168.  
 güelo, a. 679, 680. A. 35, 92.  
 güenura. 150, 162, 211, 233, 234, 481, 613, 670, 684. A. 86.  
 guerrilla (G. L.). 610.  
 Guevara, fray Antonio de. A. 578, 1.117.  
 Guido da Verona. A. 301.  
 Guisa, duque de. A. 289.  
 guitoncar. 114, 126. A. 21, 23, 84, 92, 110, 240, 259, 401, 432, 506.  
 Gun Bach. A. 1.102.  
 Gustiriguao. 679.  
 Gutiérrez, Hermenegildo. A. 555.  
 Gutiérrez, Hilario. A. 192.  
 Guzmán el Bueno. 770. A. 1.131.  
 Guzmán, Eugenio. A. 154, 155, 156.  
 Habana, La. 49. A. 78, 110, 208, 220, 351.  
 halalí. 794.  
 Hamilton, Lady. A. 446.  
 Hedjai. A. 349.  
 Hcdjaz. A. 367.  
 helechada. 118.  
 Heracles. A. 129.  
 Heraclio, don. A. 521, 522.  
 herba (G. L.). 165.  
 Hércules. A. 128.  
 Hermenegildo, San. A. 268.  
 Herminia. 449, 450, 451.  
 Herodes. A. 278, 1.180.  
 Herodoto. A. 1.226.  
 Herrán, Santiago. A. 460. ———  
 Herrerías, valle de. 634.  
 Heyse, Paul Johann Ludwig von. A. 355, 356.  
 higar (G. L.). 425, 764.  
 hilandero. A. 505.  
 Hinojosa de Calatrava. 847, 848.  
 hircino, a. 283, 466, 539.  
 hispise. A. 440.  
 Hiita, Arcipreste de. A. 143, 226, 334, 514, 651.  
 Hoffmann, Konrad. A. 930.  
 hollín. 511.  
 hombral (G. L.). 557, 558, 701, 702.  
 Homero. A. 1.105.  
 Hontoria. A. 543.  
 hopazo. 339, 840.  
 Horacio Flaco, Quinto. 735. A. 1.171.  
 Horcajales. A. 186, 188, 195.  
 horcina. 63, 64, 88, 374, 474, 502, 583, 584.  
 hortalizal (G. L.). 544, 760.  
 Hoyos, Manuel. 635, 641. A. 142.  
 Hoyos y Vinent, Antonio. A. 315.  
 Hoz de Anero. A. 1.203.  
 Huelva. A. 551, 552, 553.  
 Huete. A. 1.174.  
 hueveril. 446.

Hugo, Víctor. A. 146, 201, 205, 301, 446, 935, 1.092, 1.093, 1.094.  
Hurtado de Corcuera, Sebastián. A: 753.  
Hus. 316, 841.

Ibáñez, Ramón. A. 252.  
Ibio. A. 714.  
Ibio, Estanislao. A. 193.  
Iglesias, Juan José. A. 97, 98.  
Iglesias, Rosario. A: 209, 211.  
Iguña. 612. A. 32.  
ijana. 635, 636, 637.  
India. A. 220, 221, 282, 324.  
Indias. 479, A. 164, 178, 197, 456.  
Infantado, duque del. A. 753.  
Inglaterra. V. Gran Bretaña.  
Isidora, tía. 151, 152.  
Islam. A. 132.  
Israel. A. 946, 1.172.  
Istrati, Panait. A. 826, 1.078, 1.079, 1.080, 1.081.  
Italia. A. 48, 104, 303, 332, 537, 671, 700.  
Iturralde, Ezequiel. A. 637.

Jacob. 755. A. 945, 946.  
Jacobo, tío. 44.  
Jaffa. A. 598.  
jalibas (G. L.). A. 462.  
jana. 627, 643.  
Janín. A. 446.  
jarmoso. 102, 103, 106, 108, 125, 185, 202, 211, 627, 669. A. 17, 91, 109, 306, 447, 597.  
jatera (G. L.). 199, 693. A. 306, 447, 473.  
jayón. A. 176, 179, 180, 182.  
jedar (G. L.). 200.  
Jehová. A. 1.241.  
Jerez. A. 506.  
Jericó. 751, 756, 827, 893. A. 761, 858, 946, 1.158, 1.172, 1.193, 1.194, 1.249.  
Jerusalén. 67, 756. A. 749, 947, 1.193, 1.194, 1.250.  
Jesús. 859.  
Jesucristo. 382, 570, 755, 756, 837, 895, A. 42, 267, 284, 289, 315, 319, 326, 401, 422, 552, 601, 635, 683, 691,

692, 700, 714, 758, 853, 944, 945, 1.130, 1.153, 1.173. 1.175, 1.180, 1.181, 1.193, 1.194, 1.195, 1.240, 1.241, 1.298, 1.299.  
jiendir (G. L.). 469.  
jiga (G. L.). A. 117, 372.  
jila (G. L.). 150, 224, 225, 351, 447, 448, 453, 628. A. 17, 32, 67, 68, 70, 73, 109, 114, 124, 125, 146, 186, 187, 231, 238, 248, 273, 331, 350, 385, 416. 1.055.  
jilar (G. L.). 456. A. 459.  
jilorio. A. 24, 359.  
jiscar (G. L.). 613, A. 546.  
Joaquín, San. A. 267.  
Joaquín, tío. 830.  
Job. 316, 841. A. 819.  
jocar. 485, 632.  
Jongaya. A. 161, 163.  
joraco, a. 161, 200, 632, 673, A. 19, 37, 479.  
joracar. 715, 716. A. 478.  
joracón. 672. A. 36, 111.  
jorcina (G. L.). A. 399.  
jorcinar. A. 34.  
Jordán. 535. A. 277, 561.  
jormigos. A. 504.  
José. 810. A: 945.  
José, don. 775, A: 824, 845.  
José Luis. 886.  
Josefa, tía. 775. A. 845, 873.  
Joselino, tío. 878.  
José María, don. 766.  
Jozalba, collados de. A. 351.  
Juan. A. 459, 661, 662.  
Juan, don. A. 429, 430, 520, 521, 522, 759, 871.  
Juan, don, el guardamontes. 406, 815.  
Juan, don, el párroco. 545.  
Juan, San. 463, 575, 583, 584, 593, 594. A. 350, 385, 408, 453, 606, 624.  
Juan, tío. 823.  
Juan Bautista, San. 388.  
Juan de la Cruz, San. A. 16, 411.  
Juan José. 873.  
Juan José, don. 78.  
Juan Manuel. 871.  
Juan Manuel, don. 43, 45, 815.

- Juana. A. 459.  
 Juana, tía. 845.  
 Juanín, el sarruján. 373, 374, 375, 376.  
 jubilitero (G. L.). 502.  
 Judá. 755. A. 946, 947.  
 Judas. 322, 606, 751. A. 761, 834.  
 Judea. A. 945, 946.  
 juentá. A. 19.  
 Julián, San. A. 754.  
 Juliana, Santa. A. 543.  
 Juliana, tía. 449, 450, 451, 452, 487, 488, 553, 554, 613. A. 518, 519, 521.  
 Juliana, tía, «la Macona». A. 19.  
 ¡jumaca! 201, A. 69.  
 junciana (G. L.). 515.  
 juncideros, as. 79.  
 Junta de Voto. 636.  
 juriaco (G. L.). A. 34.  
 Justina, Santa. A. 268.  
  
 Katzzof, doctor. A. 205, 206.  
 Kaskel, Sibylle. A. 1.112.  
 Kellog, Frank Billings. A. 317, 345.  
 Kempis, Thomas A. 317, 842.  
  
 Labarientos (G. L.). 226. A. 431, 596.  
 Laburu, José Antonio de. A. 984, 986.  
 ladronicio. A. 22.  
 lagartesa. 458.  
 Lake, Simón. A. 225.  
 Lamartine, Alphonse-Marie-Louis de. A. 377, 446.  
 Lamas (collada de las). 611.  
 Lamasón. 612, 633. A. 363, 453.  
 lamber (G. L.). 708.  
 lambión (G. L.). 644.  
 lambionín (G. L.). A. 19.  
 lambrezao (G. L.). A. 247.  
 lampazo (G. L.). 123, A. 431, 439.  
 Langreo. A. 572.  
 Lanuza, doctor. A. 184.  
 laña. A. 32.  
 Lao, el tonto de Fresnales. A. 440, 441.  
 Lapice, Puerto. A. 536.  
 Lapie, Paul. A. 294.  
 Laredo. A. 593, 629, 630, 633, 636, 637, 638, 642, 643, 770, 832.  
 Larra, Mariano José de. A. 671.  
  
 Larrubiera, Alejandro. A. 102, 112.  
 Las Hurdes. A. 1.196, 1.197.  
 Las Lindes, ermita de. 160.  
 Lastra, la. A. 351.  
 Laura, tía, la encorvía. A. 69, 70, 71, 73.  
 Laurent, Joseph François. A. 653.  
 Lázaro. 837. A. 716, 1057, 1195.  
 Lázaro, Antonio. A. 322.  
 Ledda, A. 367.  
 Legendre, Maurice. A. 1.198.  
 legra (G. L.). 349, 445, A. 239, 918.  
 Leila. A. 132.  
 Leiro. A. 436.  
 lelá. 145, 164, A. 33, 38, 84, 115, 139, 149, 175, 417.  
 lelera (G. L.). 104, 126.  
 Leli. A. 115.  
 lelísima. A. 33.  
 lelo. 787, 799. A. 221, 245, 246.  
 lelona. 212, 480, 591. A. 208, 456, 606.  
 lelos. 514, 680. A. 18.  
 lelu. 111, 118, 200, 221. A. 20, 35, 86, 92.  
 lelucia. 104, 124, A. 149.  
 lelucios. A. 84, 240.  
 leluras. 514. A. 397, 504.  
 ¡leñe! A. 84.  
 León. A. 450, 467, 550, 572.  
 León XIII. A. 81.  
 León, Fray Luis de. 770. A. 16, 322, 411, 412, 1.131.  
 León, Ricardo. A. 13, 14, 88, 102, 113, 125, 132, 143, 271, 394.  
 Leopardi, Giacomo. 317, 744.  
 Lepanto. 770. A. 411, 464, 1.130.  
 lera (G. L.). 53, 112, 399, 768.  
 Lera, Alfonso. A. 168.  
 Lera, Sinforosa. A. 193.  
 Lerma. A. 405.  
 Leroba. A. 25, 76, 175, 238, 249, 417, 466, 473.  
 Leroba (crestas de). 103, 138, 693.  
 leronés. 458.  
 Leto. 145.  
 Leto, tío. A. 76.  
 Levante. 353. A. 80, 541, 697, 1.137.  
 Levi, Ezio. A. 102.  
 licionada. 213.

- Liébana. 612. A. 351, 472, 546, 645  
 649, 650.  
 liegrazo. 672. A. 37.  
 Liendo. A. 754, 1.270.  
 liar. 105, 110, 129, 601, 691, 715. A.  
 20, 110, 149, 448.  
 lijaúras. 114, 684. A. 30, 482.  
 Lillo, Manuel. 864.  
 Lillo, el sacristán. 554.  
 lindares. 79.  
 Linderu. 131.  
 Lindes, Las. A. 576.  
 Lindo. A. 128.  
 Liñan y Verdugo, Antonio de 870.  
 Liria, conde de. A. 391.  
 Lisboa. A. 302.  
 Lisías. A. 1.226.  
 Lito, el sacristán. A. 83.  
 Lituco. A. 315.  
 Liverpool. A. 451.  
 lobera. 515.  
 lobetos (G. L.). 612.  
 lomb (G. L.). 40, 404, 416, 419, 799.  
 A. 348.  
 lombilladas (G. L.). 191.  
 lombillo (G. L.). 41, 86, 165, 177, 190,  
 191, 192, 193, 208, 481, 517, 620,  
 659, 773, 792, 797, 860. A. 69, 115,  
 116, 146, 194, 208, 247, 608, 621, 828.  
 Lombraña. 465, A. 354, 438.  
 Londres. A. 287, 324, 333, 536, 557,  
 582, 672.  
 Longines (de la leyenda campesina). 496.  
 López Argüello, Alberto. A. 103, 104,  
 105.  
 López Tuero, Fernando. A. 44, 45, 46.  
 Lorenzo, San. 368. A. 854.  
 Lucas, tío. A. 91, 92, 93.  
 Lucas, el pastor. 832.  
 Lucía. 655, 656, 657.  
 Lucifer. 115. A. 293.  
 Lucín. 211, 212, 213, 214, 219, 220, 221,  
 222, 223, 224, 225, 226, 227,  
 229, 233, 234, 236, 237, 238, 244.  
 Lucinda. 471, 472, 474.  
 Luena. A. 375.  
 Luis XVIII. A. 667.  
 Luis Felipe. A. 1.040.  
 lumiagu (G. L.). 34, 650. A. 480.  
 Luzbel. A. 242, 243, 291, 300.  
 Luzmela. 830.  
 Lysa. A. 128, 129.  
 Llanos y Sáinz de Baranda, Antonio. A.  
 64, 65.  
 llanta. 288.  
 llavaza (G. L.). 99, 107, 119, 130, 176,  
 214, 620, 716, 921. A. 290, 397, 438,  
 448, 479.  
 llegrar. 146.  
 Llendejosó. 100, 102, 115, 119, 122, 124,  
 133, 135, 136, 137, 138, 142, 143, 147,  
 150, 151, 152, 159, 170, 174, 184, 185,  
 186, 187, 190, 191, 197, 198, 200, 202,  
 203, 204, 206, 208, 221, 223, 229, 230,  
 231, 237, 245. A. 167, 168.  
 Llendemozó. A. 22, 110, 247, 248, 310,  
 314.  
 macarenas (G. L.). 809.  
 macona (G. L.). 57, 63, 99, 106, 175, 177,  
 377. A. 90, 418, 918.  
 maconá. A. 18, 19, 177, 179, 264, 352.  
 Macono, el. V. Santos, tío, el Macono.  
 Macho, Urano. A. 1.256, 1.258.  
 Madre de Dios. A. 644.  
 Madre divina. 873.  
 Madre Dolorosa. 623.  
 Madre Santa. 603, 604.  
 Madrid. A. 131, 233, 380, 426, 436,  
 463, 653, 906.  
 Madrigal. A. 453.  
 Maeros, monte. A. 23, 260.  
 Maeterlink, Maurice. A. 403.  
 Maeztu, Ramiro de. A. 156.  
 Magdalena. 668. A. 458, 597, 691, 1.175.  
 Magdalena, la. 388.  
 magosta (G. L.). 362, 479, 488, 570. A.  
 91, 273, 350, 393, 915.  
 Mahoma. A. 187, 408.  
 maicera (G. L.). 456, 471, 557.  
 Mailla, la. 611.  
 ¡majoma! (G. L.). 104, 112, 118, 126,  
 128, 143, 161, 230, 554, 659, 715. A.  
 18, 20, 26, 33, 92, 217, 241, 265, 360,  
 372, 479, 519.

majuelo. 139, 202, 534, 544, 577, 770,  
 794, 799. A. 348, 354, 448, 859, 915.  
 majuelo, a (G. L.). A. 249.  
 Málaga, A. 670.  
 malenconía (G. L.). 233, 488, 514. A.  
 68, 69, 72, 109, 149, 274, 373.  
 Maliaño. A. 977.  
 malino (G. L.). A. 71, 73, 109, 110.  
 Malta. A. 423.  
 Malvina, la loca. 63.  
 Mamancio. A. 123, 124.  
 Mancha, la. A. 376, 402, 411, 453, 556,  
 744, 798, 815, 932, 1.134, 1.290.  
 Manila. 873.  
 Manolillo, el bufón. A. 257.  
 Manrique, Jorge. A. 233.  
 mansurro. 743.  
 Mantecón Fernández, Luis. 633.  
 Mantilla, río. A. 634, 639.  
 Mantilla, Juan. 808.  
 Manuel, don, el organista, 85.  
 Manuel, señor. A. 675, 676.  
 Manzana. A. 25, 26, 27, 136, 137, 138,  
 360, 361, 396, 503, 504.  
 manzanillero (G. L.). 624.  
 Marcela, A. 596, 597.  
 Marcela, tía. 557, 667, 668, 669, 670.  
 Marcelo, tío. A. 168.  
 marcerro (G. L.). A. 149, 350, 775, 776.  
 marcia (G. L.). 502.  
 Margallo, Juan García. A. 635.  
 Margarita, doña 839. A. 668.  
 Mari Cruz, curandera. 571, 572.  
 Marfa. 458, 459, 460, 683, 684, 685,  
 A. 482, 483.  
 María, doña. 816, 868, 906. A. 873.  
 María, tía. 663.  
 María, Virgen. 382.  
 María de San Juan Evangelista. A. 87,  
 88.  
 María Sarmientu. 561.  
 Mariana, Padre de Juan de. A. 1.174.  
 Mariana, A. 718.  
 Mariano, don. 429.  
 Maricruz, la versolari. A. 269.  
 Marinetti, Filippo Tommaso. A. 230.  
 Mariquita Melán. 561, 562, 563, 564, 565.  
 Maritina. A. 641.  
 Márquez, Faustino. A. 296.  
 Marsella. A. 451.  
 Marta, doña, la loca. 918, 919.  
 Marta, la moza. 889.  
 Martainville, Alfonso. A. 666, 667.  
 Martín, San. A. 628, 1.034.  
 Martínez, Alfonsita. A. 193, 195.  
 Martínez, Teresa de Jesús. A. 111, 112.  
 Martul. A. 576, 578, 675.  
 Marzales. 522. A. 518, 519, 521.  
 marzas (G. L.). 612. A. 45, 146, 230,  
 231, 393, 431, 775, 776.  
 Marroquina, tía. A. 770.  
 Marruecos. A. 671.  
 Masdeu, Juan Francisco. A. 1.174.  
 masera (G. L.). A. 414, 443, 929.  
 Mataflorida, marqués de. A. 667.  
 Mateo, San. 368. A. 854.  
 Mateu, José María. A. 196, 233.  
 Matheu, José María. A. 351, 663.  
 matorrás. 110.  
 matuja. 732.  
 Mauricio, don, el procurador. 85.  
 mayeta. (G. L.). 31, 106, 220, 364, 373,  
 399, 666, 692, 806, A. 447, 472.  
 mayetal (G. L.). 115, 200, A. 1.215.  
 Maza Solano, Tomás. A. 919.  
 Mazarrasa, María de las Nievas, 371.  
 Mazcuerras. 830, 831.  
 Mazorra, Luis. A. 113.  
 Meca, la. A. 367, 1.204, 1.250.  
 Medina, Vicente. A. 356, 1.102.  
 Medina del Campo. A. 617, 658.  
 Mediterráneo. A. 453.  
 melán (G. L.). 679. A. 258.  
 melanconía. 660. A. 504.  
 melanes (G. L.). 101, 129, 130, 139, 151,  
 220, 231, 233, 295, 479, 659, 671. A.  
 21, 35, 118, 441, 443.  
 Mendive, Francisco. A. 49, 203.  
 Menéndez Pelayo, Marcelino. 327, 328.  
 A. 155, 284, 532, 533, 549, 550, 709,  
 710, 880, 881, 916.  
 mengues. 671. A. 36, 68.  
 Mercadal. 634. A. 718, 879.  
 Mercedes, la roja. 54.  
 Mercedes. 663.  
 Mercedes, tía. 899.



- Mercurio. 770. A. 1.130.  
 Merimée, Prosper. A. 514.  
 Merino, Agustín. 630.  
 Mero, tío, el ovejero. 483.  
 mesar (G. L.). 108, 191, 198, 224.  
 Mesia, tía. A. 24, 29, 359.  
 Mesia, tía, la Macona. A. 28.  
 Mesías. A. 278.  
 Mesio. 147, 469, 521. A. 504.  
 Mesio, tío. A. 69, 70, 71, 138, 259.  
 Mesio, tío. A. 20, 22.  
 México. A. 106.  
 Mier. A. 187.  
 Mier, Elpicio de. A. 342, 509.  
 Mier, Petra de. A. 393.  
 miera. 31, 350.  
 Mieres. A. 453.  
 Miguel. 655, 656.  
 Miguel, don, el arcipreste. 392.  
 Miguel, San. 369, 410. A. 446, 853, 856.  
 Miguel, tío. A. 586.  
 Miguelón, A. 609.  
 Migueluco, San. A. 29.  
 mijina. 400.  
 Milá y Fontanals, Manuel. A. 104.  
 Milanu, el. V. Reguera y Urianes, Fernando.  
 Milton. A. 1.105.  
 Miraflores. A. 313.  
 miriquín. A. 85.  
 Miró, Gabriel. 518. A. 541, 542, 930, 1.102, 1.151, 1.203, 1.211, 1.212, 1.213.  
 mocarrias. A. 34.  
 moceo. 612.  
 Mograr. A. 211, 212.  
 Moisés. A. 1.041, 1.181.  
 mojón, 193.  
 Molina, María de. A. 278.  
 Molins, marqués de. A. 234.  
 mona (G. L.). 219. A. 18, 68, 239.  
 Mónaco, príncipe de. A. 185.  
 Monasterio de Alonso-Martínez, Antonia. A. 73, 75, 341.  
 Monedero Martín, Antonio. A. 55, 57.  
 Monipodio. A. 402, 820.  
 Montaigne, Michel de. 353, 354, 541, 653, 700.  
 Montalbán, Juan Pérez de. A. 559.  
 Montaña, la. A. 110, 136, 752, 754.  
 Monte A. A. 404.  
 Monteazor. 749, 754, 755, 756, 757, 758, 760, 762, 764, 771, 776, 779, 783, 813, 816, 820, 821, 826, 830, 932, 833, 850.  
 Montesinos, cueva de. A. 194, 536.  
 Montgomery, Helen Barret. A. 289.  
 Montiel. A. 323.  
 Mora, Fernando. A. 107, 108.  
 Morales, Tomás. A. 1.102.  
 Morand, Paul. A. 303, 304.  
 moscar (G. L.). 103, 191, 860. A. 447.  
 Motta, Luigi. A. 131, 133, 253.  
 Mozas del Agua. 462, 463.  
 Muñios, Conrado. A. 105.  
 Mumurah. A. 129.  
 muñiga. A. 18, 293.  
 Muriedas, Mauro. A. 931, 1.077.  
 Murillo. A. 69, 226.  
 Musgoso, mitológico. 410, 411, 412.  
 Musset, Alfred de. A. 1.186.  
 Mussolini, Benito. A. 288.  
 Nando. A. 258, 259, 260.  
 Nanita. A. 242.  
 Nansa. A. 352.  
 Nansa, río. A. 576.  
 Nantes. A. 224, 225.  
 Napoleón. A. 623, 700.  
 Navajeda. A. 611.  
 Navarra. A. 656.  
 Navas de Tolosa. 770. A. 1.130.  
 Nazaret. 323. A. 749.  
 Nazario. A. 84.  
 Nel. 683, 684, 685. A. 144, 209, 241, 242, 315, 316, 482, 483.  
 Nel. V. Nelón, el pastor.  
 Nel, tío. A. 130, 131.  
 Nela, tía, la biroja. A. 21, 258.  
 Nelillo. 479, 480, 481. A. 207, 266, 455, 456, 457.  
 Nelín. A. 208.  
 Nelón, el pastor, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 115, 116, 117, 118, 119, 123, 124, 126, 127, 128, 129, 132, 141, 143, 150, 152, 153, 163, 164, 165, 167, 168, 172, 176, 177, 179, 183, 194,

- 195, 196, 197, 203, 211, 212, 213, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 232, 233, 234, 236, 237, 238, 244, 245, 246.
- Neluco. A. 21, 258.
- Nesbit. 365.
- nial (G. L.). 56, 78, 106, 220, 224, 361, 399, 414, 415, 416, 417, 419, 422, 462, 506, 570, 583, 642, 650, 672, 752, 791, 806, 822. A. 23, 24, 37, 246, 349, 359, 628.
- nialada. 111, 446, 570.
- nialazo. 446.
- Nicaragua. A. 301, 302.
- Nidáguila de Castilla. A. 583.
- Nieremberg, J. Eusebio. A. 779.
- Nieto, Alejandro. 886, 887.
- Nieves. A. 75.
- Nilo. A. 423, 1.172.
- Niño Jesús. A. 644.
- Nisio. A. 33, 34, 35, 37, 116, 117, 118, 316, 420.
- Nisio, el de Viaña. A. 149.
- Nisio, tío. A. 179, 180, 181, 419.
- Nobel, Alfred. 870.
- Nodier, Charles. 491.
- Noé. A. 266.
- nogalera. 101, 120, 126, 159, 161, 217, 444, 450, 465, 755, 798. A. 82, 83, 147, 149, 418, 444.
- Nostradamus, Michel. A. 289.
- Novalés. A. 572, 640, 697, 714, 754.
- Nuestra Señora. 73, 387, 389, 405, 465, 755, 791, 863, 873, 900. A. 760, 792, 829.
- Nuestra Señora de las Amarguras. 322.
- Nuestro Señor. 795.
- nuética (G. L.). 229. A. 398, 504, 505.
- Nueva York. A. 386, 536.
- Nueva Zelanda. A. 533, 710, 881.
- Nueve Valles. A. 752, 753, 754.
- obeliscu. 650.
- obeso. 634.
- Obregón, Marcos de. A. 405.
- Oca. A. 453.
- Ocaña. A. 1.174.
- Odisea. 824.
- ojáncano (G. L.). 104, 129, 235, 445, 472, 475, 601, 602, 619, 620, 637, 639, 689, 691, 692, 693, 694, 695, 696, 697, 698, 699, 700, 702, 703, 705, 707, 708, 709, 711, 712, 715, 718, 719, 722, 723. A. 68, 71, 72, 73, 237, 440, 454, 467, 472, 473.
- Ojedo. A. 649.
- Olinos, conde. A. 918.
- Oliva, doña. 863, 864, 870.
- Olmedo. A. 770.
- onjana (G. L.). A. 35, 36, 37, 38, 72.
- onque. 514, 601, 638, 639, 642, 652, 666, 671, 675. A. 28, 30, 36, 84, 140, 163, 179, 208, 217, 219, 238, 240, 258.
- Orcajales, Patricio. A. 91.
- Orense. A. 436, 437.
- Oreña. A. 714.
- Oreña, cueva de. 212, 213.
- Oriente. A. 601.
- Ortega Munilla, José. A. 228.
- Ortiz de la Torre, Elías. A. 544.
- Oviedo. 327.
- Pablo, San. 114.
- Padilla, María de. A. 555, 556.
- Pailleron, María Luisa. A. 446.
- pairal (G. L.). 361.
- pajarayo (G. L.). 106, 446.
- pajón (G. L.). 480. A. 178.
- Palacio Valdés, Armando. A. 156, 157, 271, 335, 375, 376.
- Palencia. A. 42, 540, 544.
- Palermo. A. 451, 756.
- Palestina. A. 945.
- Palomba, la. 757, A. 714.
- palombas. 885.
- Palombero, concilla de la. 199, 611, 612, 613, 806. A. 398, 442, 443, 453, 656, 727.
- Palos. 770. A. 1.131.
- Palos de Moguer. A. 551.
- pampanarrota (G. L.). 117, 498. A. 24, 163, 260.
- Pamplona. A. 210.
- panadera. A. 31.
- panderón (G. L.). 194, 202.

Pandillo. A. 399, 400, 545, 572, 698.  
 panojera. 807.  
 pañolizo. 472.  
 pañuelizo. 120.  
 paparón (G. L.). 126, 776. A. 19.  
 Paquín del Escajal. A. 218, 220.  
 Paris. A. 146, 289, 300, 313, 379, 391, 533, 615, 704, 710, 881.  
 parlada. 112, 113, 123. A. 23.  
 parletano, a. 119, 290, 451.  
 parrilla (G. L.). A. 20, 306, 447.  
 Pas. 612. A. 273, 536, 546.  
 pasturo. 918.  
 Patricia. A. 660.  
 Patricio. 816. A. 429, 430, 873.  
 Patricio, don. A. 92, 93, 661, 662.  
 peá. 687. A. 26.  
 pecahijo (G. L.). 119, 225, 226. A. 22, 38, 259.  
 pecu (G. L.). 217, 220, 229, 457, 459, 460. A. 245, 246, 247, 248.  
 pedrés (G. L.). 417, 422, 471, 530, 731, 791, 885, 890, 923.  
 pedrisqueras (G. L.). 483.  
 Pedro. A. 459.  
 Pedro, el criado. 54.  
 Pedro, San. 113, 114, 117. A. 311, 635.  
 Pelayo, rey. A. 187, 372.  
 peldá. 471. A. 23, 260.  
 Pelegrín, el tonto. 86.  
 Pelegrina. 711.  
 Pelegrina, tía. A. 759.  
 Pellicer, José de. A. 155.  
 pensares. A. 176, 179.  
 Peña de los Enamorados. 184, 185, 187, 190, 237, 245. A. 73.  
 Peña Labra. A. 94, 662, 785.  
 Peña al Mar. A. 453.  
 Peña de la Mena. 471, 627. A. 22, 24, 260.  
 Peñamellera. A. 453.  
 Peñarrubia. 231, 473, 612, 634. A. 267, 364, 441, 546, 645.  
 Peña Sagra. A. 644, 645, 646.  
 Peñas al Mar. 452. A. 544, 546, 550.  
 Peñona, cueva en la. 715, 716.  
 Pepi, tía. A. 401.  
 Pereda, José María de. A. 44, 105, 112, 271, 549, 550, 551, 552, 553, 768, 935, 1.011, 1.012, 1.013, 1.014.  
 Pérez Galdós, Benito. A. 102, 132, 708, 935, 1.042, 1.102.  
 Pérez Hurtado, Fernando. A. 1.175.  
 Pérez Lugín, Alejandro. A. 170, 171, 172.  
 Pérez Zúñiga, Juan. A. 233.  
 pernal (G. L.). 40, 101, 103, 108, 130, 160, 177, 186, 198, 213, 398, 679, 693, 795. A. 17, 30, 147, 241, 243, 306, 316, 448.  
 pernalón. A. 30.  
 Persia. A. 615.  
 Perto. A. 20.  
 Perto, el tonto. A. 19.  
 perujal. 794.  
 Perujales. A. 19, 20, 21.  
 perujo. 373. A. 91.  
 Perrault, Charles. A. 104.  
 Pesa, barrio de la. 679.  
 Pesaguero. A. 645.  
 pescardo (G. L.). 79.  
 Pesto. A. 466.  
 Petra. 471, 473, 474.  
 Picasso, Pablo Ruiz. A. 304.  
 picaya (G. L.). 106, 630, 867, 899, 900, 918. A. 77, 90, 92, 315, 472, 609.  
 picayazos. 795.  
 picayear. 915.  
 picayos (G. L.). 37, 146, 153, 191, 198. A. 76, 77, 115, 267, 268, 441.  
 picorrelincho (G. L.). 369, 407, 797.  
 Picos de Europa. 327. A. 649.  
 Pidal y Mon, Alejandro. A. 155.  
 piescal (G. L.). 88, 401, 402, 544. A. 465.  
 piescos (G. L.). 49, 372, 620, 756.  
 Pilar. A. 459.  
 Píndaro. A. 1.226.  
 pindio. 31, 40, 59, 80, 108, 219, 243, 283, 386, 398, 403, 533, 655, 772, 787, 798, 799, 800, 805, 827. A. 18, 182, 194, 245, 282.  
 pino (G. L.). 422.  
 Piñares, Manolita. A. 193.  
 Pío X. A. 81.

- Pirineo. A. 346, 402.  
 pirujal. 213, 705.  
 pirujo (G. L.). 106, 220, 705.  
 Pisano. A. 1.077.  
 pisondera (G. L.). 449, 450, 466, 487, 619, 624.  
 Pisueña. A. 572, 698.  
 pitacoja. 78.  
 Pitágoras. A. 386.  
 pitano. 39, 40, 63, 391. A. 915.  
 pitemituca. A. 23, 259.  
 pitirriu. A. 22.  
 Plasencia. A. 770.  
 Plasencia, Antonio. A. 1.270.  
 Platón. A. 386.  
 Polaciones. 131, 454, 491, 567, 612, 634.  
     A. 246, 353, 354, 363, 437, 458, 546, 645, 793.  
 polacioniego. A. 330, 354.  
 Pólito. 145, 147. A. 388.  
 Pomar, Pepito. A. 392, 808.  
 Pombo Ibarra, Gabriel María de. A. 58.  
 Ponce, Juanito. A. 60.  
 Porriño. A. 572.  
 Portilla, tío Anselmo de la. A. 396, 397.  
 portillito. 424.  
 Porto-Cabello. A. 754.  
 Portugal. A. 104, 303.  
 Potes. A. 94, 436, 646, 647, 649.  
 pozancal (G. L.). 107, 288, 282.  
 Prado del Concejo. 111.  
 Pravía. A. 453.  
 Precioso, Artemio. A. 107.  
 prendador. 103, 517, 519.  
 Proaño. A. 351.  
 Proust, Marcel. A. 132.  
 Provedaño. A. 453.  
 Provenza. A. 667.  
 Puentenansa. A. 94.  
 Puente Ojedo. A. 646.  
 Puente San Miguel. 641. A. 714.  
 Puente de San Pedro, la. A. 605.  
 Puente de Santa Lucía, la. A. 604, 605.  
 Puerto de Santa María. A. 453, 824.  
 pulientas (G. L.). 63, 88, 89, 227, 372, 548, 756, 783, 804, A. 19, 131, 177, 315, 442, 915.  
 punta de costau. 513. A. 503.  
 Puntal. A. 634.  
 purquirizar. A. 71.  
 purriego (G. L.). A. 353, 354, 452.  
 pusiega (G. L.). 89, 105, 115, 150, 198, 225, 387, 510, 513, 760. A. 20, 91, 177, 239, 396, 439, 503.  
 Quasimodo. A. 712.  
 Quevedo, Francisco de. 325, 326. A. 257.  
 Quijano, Alonso. 766, 769, A. 148, 279, 402, 429, 593, 808, 1.130.  
 Quijano, José Antonio. A. 1.215.  
 Quijote, don. 755, 769, 770, 846. A. 194, 411, 429, 430, 654, 662, 1.014, 1.129, 1.131, 1.132, 1.133, 1.134, 1.149, 1.155, 1.194, 1.195, 1.199, 1.216, 1.275, 1.307.  
 Quintana, Vicente. A. 184.  
 Quivierga. 185, 465. A. 21, 22, 23, 24, 172, 173, 174, 177, 178, 179, 414, 416, 418, 419.  
 Quivierga, río. A. 249, 259, 260, 576, 604.  
 Rábida, la. A. 551, 552.  
 Raimundo, San. A. 646.  
 rajal. (G. L.). 101, 106, A. 82.  
 rajuco, a. (G. L.). 624. A. 91.  
 Ramales. A. 1.287, 1.289.  
 rambliza (G. L.). 445, 622, A. 608.  
 ramidreju. 632.  
 Rámila, la. 230.  
 ramilón (G. L.). A. 831.  
 ramilona (G. L.). A. 119, 159, 160, 161, 163, 231.  
 Ramón, tío. 382. A. 873.  
 ranquíos (G. L.). 107.  
 Raposo. 56, 57.  
 raspanal (G. L.). 106.  
 raspanorio (G. L.). 115.  
 Rastrillar, alcor del. A. 630, 642.  
 rebajeta. 67, 377, 401, 826.  
 rebeco, a. A. 163, 258.  
 Rebeco, tío. 458.  
 rebecuciado, a. (G. L.). 107, 119.  
 rebecura. A. 180.  
 rebequecer. A. 37.  
 rebiscar. 447. A. 20.  
 rebizcona. 199, 561, 659.  
 rebujos. 63.

recilla(s) (G. L.). 60, 100, 105, 107, 108, 110, 116, 129, 139, 150, 163, 165, 168, 179, 187, 194, 211, 212, 213, 222, 224, 238, 447, 453, 480, 538, 554, 684, 693, A. 17, 21, 22, 71, 116, 131, 138, 149, 175, 176, 179, 180, 191, 250, 258, 306, 416, 417, 483.  
 recilascas (G. L.). 100, 159.  
 Reclus, Onésimo. A. 47, 198.  
 recoila, e. 220, 479. A. 20, 455.  
 recolle(s). 104, 112, 118, 119, 128, 146, 147, 223, 232, 236. A. 21, 23, 28, 30, 33, 35, 37, 38, 245, 258, 259, 440.  
 regotríos (G. L.). 102. A. 27, 34, 91, 293, 297.  
 Reguera y Urianes, Fernando. 132, 135, 138, 141, 142, 144, 145, 161, 162, 163, 172, 173, 175, 180, 181, 182, 185, 188, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 204, 206, 207, 214, 215, 218, 219, 229, 230, 231, 237, 238, 239, 243.  
 Reinosa. A. 981.  
 rejeros (G. L.). 141.  
 rejoy. A. 167.  
 rejonas. A. 348.  
 relampagufos (G. L.). 112, 677. A. 23, 259.  
 relocho, a. (G. L.). 104, 212, 591, 669, 680. A. 18, 23, 259.  
 Remarque, Erich M. A. 427.  
 remellar (G. L.). 354.  
 remítico. 350.  
 remontas. (G. L.). 545.  
 Renedo (de Cabuérniga). 630, 660, 693. A. 110, 149, 243, 246, 248, 258, 392, 473.  
 renquear. 540.  
 rentina. 413.  
 Reocín. 612. A. 67, 546, 718.  
 repañu. A. 76.  
 Répide, Pedro de. A. 106, 666.  
 replano. 419, 517, 537.  
 resbalaúciu. 692.  
 resbalizar (G. L.). 698.  
 resollón. A. 396.  
 respelucios. A. 76.  
 respingo (G. L.). A. 207, 306, 318.  
 Resquicia, la. 673.  
 retorneado, a. A. 34.  
 Revaque, Jesús. A. 1.064.  
 Revilla de Camargo. A. 1.218.  
 revirado, a. (G. L.). A. 217.  
 Reyes, Manuel. A. 1.102.  
 Reyes Católicos. A. 617, 747.  
 Ribadesella. A. 112.  
 ribitín. A. 207.  
 Ricardo, tío. 824.  
 Richard, doctor. A. 186.  
 Richelieu, Armand-Jean du Plessis de. A. 347.  
 rigón. A. 466.  
 Rimíendos, tía. A. 76.  
 Rinconete. 820.  
 Riofrío de Avila. A. 1.271.  
 Ríonansa. 612, 644. A. 268, 352, 546.  
 riquicia. 672.  
 roblas (G. L.). 493.  
 Robles, Fernando. A. 131, 132.  
 Roblón, gigante. 409, 410.  
 Rocinante. A. 655.  
 Rodas. A. 128, 129.  
 Rodrigo, don. A. 92, 193, 195.  
 Rodríguez Marín, Francisco. A. 104, 155.  
 Rodríguez Parest, Buenaventura. A. 113.  
 Rogelio, tío. 111, 112, 113, 115, 116, 117, 118, 119, 124, 125, 127, 128, 129, 132, 143, 148, 149, 151, 152, 154, 155, 164, 165, 166, 168, 169, 175, 176, 177, 185, 202, 203, 211, 212, 224, 235.  
 Rolando. A. 719, 1.116.  
 Roldán, Belisario. A. 234.  
 Rolland, Romain. A. 1.078.  
 Roma. 423. A. 283, 284, 301, 302, 333, 381, 850, 1.175.  
 Romero Raizábal, Ignacio. A. 335.  
 Roncesvalles. A. 1.116.  
 Ronda. A. 506, 509.  
 ronquear. 539.  
 Roque, San. 322, 387, 389, 428. A. 268, 1.055.  
 Rosa. 449, 450, 451. A. 207, 437, 438, 439.  
 Rosal, Carmela del. A. 40.  
 Rosalino, tío. 784, 801, 802, 815.  
 Rosario. 465, 466, 468.  
 Rosaura. 119, 120, 121, 126, 127, 129,

- 132, 141, 142, 143, 144, 145, 161, 170, 171, 172, 174, 175, 176, 178, 181, 182, 185, 188, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 203, 204, 207, 216, 217, 219, 221, 222, 224, 226, 227, 228, 231, 232, 233, 245, 246, 479, 480, 481, 661, 663. A. 455, 456, 457.
- Rosaura, tía. 44. A. 1.067, 1.068, 1.069.
- Rosenda, tía. A. 218, 219.
- Rosona. 509, 510, 511.
- rosqueo (G. L.). A. 146, 231.
- Rosuca. A. 208, 209.
- roteña (G. L.). 170, 620, 684. A. 76, 177, 443, 483.
- rozada (G. L.). 102, 479, 533.
- Rozadío. 687, A. 351, 370, 482.
- Rudigundis, doña. 554, A: 519, 521.
- Ruente. 638, 662. A. 375, 392, 470.
- Rufo, el cabrero. A. 115.
- Ruiloba. A. 269, 714, 754.
- Ruiseñada. 635.
- Ruiz, tío Eusebio. A. 371.
- Ruiz Castillo, José. A. 1.213.
- Rulín. 784, 785, 797, 798, 799, 800, 801, 817, 819, 820.
- runfar. 68, 77, 411, 809, 824.
- runjar (G. L.). 112.
- Rupertu. A. 19.
- rustiana (G. L.). 106, 115, 227, 537. A. 306.
- rute. (G. L.). 388, 695, 708. A. 856.
- rutíos. (G. L.). 104, 114, 115, 212.
- Saavedra Fajardo, Diego. A. 671, 696.
- Sabía, la, curandera. A. 506, 507, 509.
- Sabinos, montes. 735.
- Sagasta, Práxedes Mateo. A. 671.
- Sagra. 475.
- Sahagún. A. 1.176.
- Saint-Malo. A. 445.
- Sainz Rodríguez, Pedro. A. 533.
- Sainz Tejedor, Alfredo. A. 243.
- Saiz Antomil, Miguel. 409.
- Saiz de la Maza, Joaquín. A. 553, 555.
- Saja. A. 473, 593.
- Saja, monte. A. 90, 447, 578.
- Saja, río. 111, 757. A. 146, 248, 273, 392, 454, 536, 543, 546, 714, 806.
- Salamanca. A: 271, 572, 611, 616, 658. salcera. 890.
- Salgari, Emilio. A. 133, 221, 222, 243, 253, 254.
- Salía, río. A. 28.
- Salín, el ciego. 59, 60, 61.
- Salmerón, Nicolás. A. 671.
- Salvador, don. 87. A. 1.069.
- sallo (G. L.). 501.
- Samaria. 755, 756. A. 691, 807, 858, 944, 946, 947, 1.172, 1.193, 1.241.
- Samaritana. A. 700.
- Samperio, Domingo José. A. 1.296.
- samugo. 514.
- Sánchez, Fermín. A. 252, 253.
- Sanchica. A. 464, 569.
- Sancho, don. A. 1.174.
- Sancho Panza. 317, 744. A. 329, 336, 383, 670, 1.115.
- Sandalio, tío. A. 439, 440.
- Sandoval, Antonio. A. 253.
- San Fernando. A. 824, 976.
- San Miguel, Fermín. A. 252, 253.
- San Pantaleón de Aras. 636.
- San Sebastián. A. 103.
- Sansón. 327.
- Santa Isabel. A. 714.
- Santa Lucía, Hoz de. 662.
- Santa María. 364, 863.
- Santa Marina, Luys. A. 593, 637, 831, 832.
- Santander. A. 83, 96, 279, 315, 358, 384, 510, 536, 551, 690, 824, 1.069, 1.112, 1.197, 1.254.
- Santén, Ángel. A. 40.
- Santiago de Compostela. A. 170, 1.175, 1.176, 1.204, 1.250.
- Santiago Matamoros. A. 267, 268.
- Santillana, Marqués de. A. 143, 645.
- Santillana del Mar. 352, 641. A. 62, 89, 543, 544, 549, 577, 638, 754, 1.055.
- Santis, Prudencio. A. 172.
- Santiuste, José. A. 184.
- Santo Cristo. 604.
- Santoña. 308, 309. A. 627, 628, 708.
- Santos. 816. A. 872.
- Santos, Mateo. A. 210.
- Santos, tío. 551. A. 823, 824.



Santos, tío, el «Macono». 453, 454.  
 Santos, tío, el Muñidor. 505, 506, 507.  
 Santotís. A. 351.  
 Santuca, la. A. 644, 645, 647.  
 Sanz, Roque. A. 60.  
 Sarceda. A. 351.  
 sarzo (G. L.). 40.  
 Satanás. A. 93.  
 Saura. A. 218, 219, 220.  
 Sayago. A. 311, 429.  
 Sbarbi, José. A. 234.  
 Seara. A. 53.  
 Sebío, tío. A. 150, 151, 152, 364.  
 Seco y Gutiérrez, Baldomero. A. 147.  
 Seco del Tejar, Lucas. A. 90, 93.  
 Segovia. 327, 770. A. 1.130.  
 Segur, condesa de. A. 104.  
 Sejos: 116, 198, 199, 200, 731, 805, 807.  
     A. 17, 243, 245, 293, 306, 447, 675,  
     728, 856, 1.213, 1.215.  
 sel (G. L.). 31, 40, 102, 108, 116, 117,  
     118, 122, 132, 177, 178, 185, 213, 223,  
     229, 350, 361, 392, 398, 404, 539, 618,  
     665, 832. A. 17, 28.  
 Sel Viejo. 611.  
 Selaya. A. 554.  
 Selores. A. 249, 593.  
 Sena, río. 880.  
 Señor, calvario del. 37.  
 Sepulturas, collada de las. A. 578.  
 Seraffín. 808.  
 serda. 59, 89, 139, 196, 382, 427, 509,  
     510, 578, 784, 795, 828.  
 serrón (G. L.). A. 442.  
 Sevilla. 770. A. 83, 150, 236, 453, 547,  
     549, 550, 553, 554, 557, 576, 580, 655,  
     677, 800.  
 Shoreditch. A. 318.  
 sibileo. A. 26.  
 Sicar. A. 944.  
 Sichem. A. 946.  
 Sidora. 148, 149, 150.  
 Sierrapando, Juan de. A. 112.  
 Siete Villas. 637.  
 Sigüenza. A. 541, 543.  
 Sikes. A. 128, 129.  
 Silda. A. 144.  
 Silo. A. 945.  
 Silos. 770.  
 Simal, José. A. 252.  
 Sinaí. 752. A. 700, 859, 1.172, 1.277.  
 Sinda. A. 34, 35.  
 Sindina. A. 207.  
 Sindo. A. 17, 18, 22, 76, 258, 259, 260.  
 Sinduco. A. 17, 21, 22, 24.  
 sipela. 514.  
 Siria. A. 128, 1.080.  
 sisibeo. 794.  
 soba. 640. A. 398.  
 soberao (G. L.). 99, 141, 185, 227, 476,  
     700. A. 19, 90, 150, 173, 180, 264,  
     350, 365, 414, 509, 608.  
 socarrar. 577.  
 socarreña (G. L.). 57, 100, 164, 206, 296,  
     351, 446, 483, 510, 580, 699. A. 348,  
     398, 439, 466, 504, 871.  
 Sodoma. A. 265.  
 Solar, Patricio del. A. 192.  
 Soledad, tía. 816. A. 873.  
 solenguana (G. L.). 106, 139, 268, 311,  
     480, 683, 716, 805, 842. A. 207, 267,  
     353, 416, 447, 479, 482.  
 Soler, Luis. A. 293, 294, 295, 339.  
 Sopena. 567. A. 392, 393.  
 Soria. A. 550.  
 Sotileza. 806.  
 Spengler, Oswald. A. 1.206.  
 Stendhal. (Marie-Henri Beyle.) A. 225,  
     446.  
 Suances. A. 185.  
 Sulamita. A. 243.  
 Suttner, Berta. A. 433.  
 Tablada. A. 557.  
 Tablanca, casona de. A. 32, 351.  
 Tagore, Rabindranath. A. 600, 601, 683,  
     1.247.  
 Tajahierro. 652.  
 Talavera, Arcipreste de. A. 347.  
 Talía. A. 49.  
 Talmud. A. 1.032.  
 talo (G. L.). 369, 395, 398. A. 929.  
 Tama. A. 645.  
 Támesis. A. 324, 332.  
 Tánago, Manuel G. A. 184.  
 Tano. 145. A. 83.

taranquera (G. L.). 458.  
 tardiego (G. L.). 881.  
 Tarifa. 770. A. 453, 1.131.  
 tarreña (G. L.). 32, 39, 63, 64, 116, 124, 165, 368, 369, 386, 401, 410, 422, 423, 510, 529, 539, 540, 553, 560, 679, 764, 789. A. 18, 29, 76, 131, 172, 239, 306, 414, 443, 447, 518, 608, 915, 917.  
 tarugos (G. L.). A. 90, 873.  
 tarugero (G. L.). 118.  
 Tasio. 201.  
 Tasio, tío. 480. A. 34, 35, 38, 137, 208, 456.  
 tasugo, a. (G. L.). 60, 61, 107, 458. A. 20, 22, 35, 38, 69, 84, 108, 110, 217, 246, 259, 831, 1.028, 1.215.  
 Telmo, San. A. 798, 875.  
 Telquinia. A. 128.  
 Telvina, tía. 224.  
 temblíos. (G. L.). 114, 674, A. 36, 84, 240.  
 Tenorio, don Juan. A. 328.  
 Teodoro. A. 873.  
 Terán. A. 149, 470, 479.  
 Teresa. 449, 450, 451.  
 Teresa, doña. 458.  
 Teresa de Jesús, Santa. 308, 328. A. 14, 15, 16, 411.  
 Teresuca. A. 115.  
 terrones. 665.  
 Tiber. A. 332.  
 Ticknor, George. A. 155.  
 Tijero, Manuel. A. 53.  
 Tilín. A. 28, 29, 30, 31.  
 Tino. A. 241, 242.  
 tiraña. A. 634.  
 Tiro. A. 129.  
 Tirso de Molina. A. 559.  
 Tirteafuera, doctor. A. 429, 569.  
 Tobías. A. 858.  
 Toca, Francisco. A. 184.  
 Tojanera. A. 440, 441.  
 Tojos. 630. A. 392.  
 Tojos, los. 650, 651. A. 310, 361, 593, 807.  
 tolatera. A. 29.  
 Toledo. A. 453, 514, 638, 1.174.  
 Tolstoi, Lev Nikolaevich. A. 292.  
 Tomás, Mariano. A. 107.  
 Tomás, Santo. 537.  
 Tonina, tía. A. 23, 259.  
 tonturas. 124.  
 toñá (G. L.). A. 167.  
 Toñín. 493, 494, 495, 496. A. 84, 85, 86, 87.  
 Toñín, el sarruján. A. 448.  
 Toño. A. 83, 415, 416, 417, 418, 419, 421, 422.  
 Toño, el sarruján. A. 161, 162, 163, 173, 174, 175, 176, 178, 179, 180, 182, 183.  
 topazos. 791.  
 Toporias. 650.  
 Toranzo. 641. A. 545, 546, 547, 554.  
 torción (G. L.). A. 18.  
 Toribio, Santo. A. 644, 646, 649.  
 Torre de Venero (Castillo Siete Villas). 637.  
 Torrecilla, Marqués de la. A. 97.  
 Torrelavega. A. 94, 627, 628, 922.  
 Torrente de la anjana. 107.  
 tortero (G. L.). 539.  
 Toscana. 627.  
 tozo, a. 284, 446, 501.  
 Trasmiera. 612, 640. A. 546, 547, 554.  
 trenti. (G. L.). 114, 117, 452, 619.  
 tresnar. (G. L.). 99, 102, 113, 133, 139, 153, 165, 174, 187, 200, 208, 220, 225, 463, 521, 559, 628, 661, 671, 683, 692, 783. A. 21, 36, 92, 139, 176, 180, 248, 315, 316, 353, 417, 448, 482, 504, 521.  
 Tresviso. 567.  
 tricha. A. 22, 259, 264.  
 Trigales, Timoteo. A. 82.  
 Trigueros y de los Campos, Fernando de los. A. 189.  
 ¡trinchoria! A. 35, 38.  
 triscar (G. L.). 424, 493. A. 25, 76, 207.  
 trisco. A. 581.  
 Trueba, Antonio. A. 104.  
 Tudanca. 612, 659, 660. A. 94, 248, 268, 546, 919, 1.014, 1.215.  
 tudancas (G. L.). A. 243, 348.  
 tullía. A. 22.  
 Túnez. A. 423.  
 Turmahan, Max. A. 47.  
 turruscar (G. L.). A. 33.

Ubiarco. 635. A. 453, 714.  
Ucieda. 661.  
Uclés. A. 1.174.  
Udías. 800, 801.  
ujano (G. L.). 672. A. 68.  
Unamuno, Miguel de. A. 155, 1.197,  
1.198.  
uncidero (G. L.). 193, 684. A. 483.  
Urbina. A. 146, 444, 504.  
Urraca, doña. A. 1.174, 1.175, 1.176.  
Usandizaga, Manuel. A. 1.258.  
usanu. 204.

vadillo. V. badillo.  
Val, Manuel del. A. 143.  
Valdáliga. 491, 612. A. 547, 554, 606.  
Valdecilla, Marqués de. A. 1.063.  
Valdeprado. A. 645.  
Valderredible. 635. A. 561.  
Valencia. A. 271, 656, 1.139.  
Valera, Juan. A. 532, 533, 709, 710,  
880, 881.  
Valladolid. A. 295, 823.  
Valle. A. 392.  
Valle, Teódulo. A. 806, 807.  
vallejines. 103.  
vallejo, a. (G. L.). 40, 85, 108, 116, 118,  
130, 235, 392, 807. A. 306, 316, 448.  
vallejón. 211, 224.  
Vaque, J. A. 201, 202.  
vardiascazo. 212, 659, 660. A. 19.  
Vargas. 288, 312, 850.  
Vasari, Giorgio. A. 700.  
vascas (G. L.). 471, 479. A. 71, 148,  
151, 152, 154, 173, 174, 207, 315, 364,  
365, 367, 415, 438, 442, 455.  
Vaticano. A. 700.  
Vázquez de Mella, Juan. A. 463.  
Vega, Lope de. 355. A. 536, 1.133.  
Vega de Pas. A. 374, 399, 572.  
vejera (G. L.). 108, 559, 639.  
Velarde, Pedro de. A. 1.130.  
Velasco, colegio de. A. 636.  
Velasco, Federico. A. 636, 637.  
Vélez de Guevara, Luis. A. 559.  
velorto, a. (G. L.). 101, 104, 311, 375,  
612, 670, 672, 673, 805. A. 91, 352,  
443, 546.

Vendejo. A. 645.  
Venecia. A. 332, 381.  
Venera, la, Castillo Siete Villas. 637.  
ventalle. 284, 466, 733. A. 13, 323.  
Ventillas. A. 349.  
ventolines (G. L.). A. 453, 656.  
Ventura. A. 807.  
venturao (G. L.). 111, 554, 610.  
Veragua, duque de. A. 391.  
Verderu, coteruco del. A. 23.  
Verne, Julio. A. 133, 225, 253, 254.  
Verona, Guido da. A. 669.  
Viaña. 612, 631, 693. A. 109, 149, 246,  
247, 248, 250, 314, 348, 392, 465, 466,  
467, 472, 544, 546, 587, 588.  
Vicente, don. 816, 824. A. 823, 824.  
Vicente de Paul, San. A. 1.199.  
Víctor. A. 873.  
Víctor, tío. A. 218, 219.  
Victoriano, tío. 423, 538, 539, 540, 578,  
580. A. 588, 590, 871.  
Vidal, Ernesto. A. 257.  
Vidal San Román, Francisco. A. 257.  
Vigny, Alfred de. A. 1.273.  
Vigo. A. 347.  
Villa, Ignacio. A. 546.  
Villalón, Cristóbal de. 518.  
Villegas, Manuel G. A. 113, 142, 143.  
viñales. A. 630.  
virada. 288.  
Virgen. 473, 603, 604, 694. A. 84, 86,  
109, 473, 626, 644, 1.151.  
Virgen de la Blanca. A. 629.  
Virgen de las Lindes. A. 249, 404.  
Virgen de la Luz. A. 645, 646.  
Virgen de las Nieves. 364. A. 109, 351.  
Virgen de la Peña. 635.  
Virgilio Marón, Publio. A. 1.171, 1.203.  
Virtudes. 543, 544.  
Vispieres. 641.  
Vivar del Cid. A. 556, 815.  
Vizcaya. 331. A. 81, 550.  
Volga, barquero del. A. 1.217.  
Voltaire, François-Marie Arouet. A. 700.  
Wagner, doctor (M. L.). A. 106.  
Weimar. A. 1.074.

Xirgu, Margarita. A. 122.

yabaza. V. llavaza.

Yemen. A. 349, 368.

yerbío (G. L.). 191, 198. A. 25, 27, 191,  
360, 361.

yezo (G. L.). 487, 529, 539.

Yudhichthira. A. 1.125.

Yunque, Alvaro. A. 386, 387.

Zahara. A. 349.

zalamerín. 220, 223. A. 86, 109, 209.

Zamacois, Eduardo. A. 409.

Zapatero y González, Luis. A. 42, 43.

Zaragoza. A. 210.

Zarcea. 131.

Zocodover. A. 349.

Zola, Émile. A. 277, 826.

Zorrilla, Francisco. A. 362.

Zozaya, Antonio. A. 522, 523, 524.

Zulueta, Antonio de. A. 270, 271.

Zurbarán, Francisco de. A. 1.044.

zurriascada (G. L.). A. 20.

